LOS ÚLTIMOS ESPAÑOLES DE MAUTHAUSEN

La historia de nuestros deportados, sus verdugos y sus cómplices

CARLOS HERNÁNDEZ DE MIGUEL

Lectulandia

«Tenía que intentar contar nueve mil historias, una por cada uno de los españoles y españolas que pasaron por los campos de concentración nazis. Sentía la necesidad de reflejar sus anhelos, viajar con ellos en esos fatídicos trenes de la muerte, acercarme a su sufrimiento en los campos, a la solidaridad en que se apoyaron para tratar de sobrevivir, a su alegría durante la liberación y a su frustración ante la imposibilidad de volver a su patria. Para ello visité a los pocos supervivientes que aún pueden hablar en primera persona. Conocerles ha sido uno de los mayores privilegios que me ha dado la vida.

No es un libro fácil, nunca pretendió serlo, pero espero que resulte útil ya que la historia de nuestros deportados no tiene fecha de caducidad. La intolerancia, el racismo, el populismo, las traiciones que sufrieron, los pactos que hicieron sus verdugos, la pasividad de “los hombres buenos” casi todo lo ocurrido se puede extrapolar hasta nuestros días. En este caso, quizás más que en ningún otro, mirar hacia el pasado es la mejor forma de comprender el presente y de prever nuestro futuro». (Carlos Hernández de Miguel).

En este libro se habla de víctimas y de verdugos. Los últimos españoles supervivientes de los campos de exterminio nazis nos recuerdan su sufrimiento y la forma en que perdieron a miles de compañeros a manos de los siniestros miembros de las SS. Sus palabras nos llevan a un mundo de torturas inimaginables, pero también de dignidad, solidaridad y resistencia.

Esta es la historia de esos hombres y mujeres que sobrevivieron o murieron entre las alambradas de Mauthausen, Buchenwald, Ravensbrück o Dachau. Y es también la crónica periodística que denuncia a los políticos, militares, empresarios y naciones que hicieron posible que más de nueve mil españoles fueran deportados a los campos de la muerte.

Lectulandia

Carlos Hernández de Miguel

Los últimos españoles de Mauthausen

La historia de nuestros deportados, sus verdugos y sus cómplices

ePub r1.0
Titivillus 27.06.16

Título original: *Los últimos españoles de Mauthausen*
Carlos Hernández de Miguel, 2015

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Conchi, por todo; y porque ha trabajado en este libro tanto como yo. Esta obra es tan suya como mía.

A mis padres y a mi hermano, porque hicieron que creciera libre.

A quienes me quieren, por estar siempre ahí.

A los periodistas que siguen creyendo que esta profesión consiste en contar la verdad, cueste lo que cueste y pese a quien le pese.

A quienes lucharon por nuestra libertad y pagaron un precio muy alto por ello.

«Siempre alerta, hermano de infortunio y sufrimiento.
»Siempre alerta si queremos que aquellos años de agonía no vuelvan».

ANTONIO HERNÁNDEZ MARÍN
Prisionero n.º 4443 del campo de concentración de Mauthausen

Agradecimientos

Este libro ha sido posible gracias a la fuerza y al compromiso de los últimos supervivientes españoles que pasaron por los campos de concentración nazis. A pesar de su avanzada edad y del dolor que les ocasiona recordar tanto sufrimiento, no han dudado en abrirme de par en par las puertas de sus casas y de sus memorias. A ellos y a sus familias va dirigido mi primer y principal agradecimiento.

Gracias también a las esposas, hijos, hermanos, sobrinos, nietos y amigos de deportados ya fallecidos que han querido contribuir a mantener vivo su recuerdo. Quiero citar especialmente a Pierrette Sáez por su ayuda personal, por su trabajo en la Amicale de Mauthausen de Francia y por aquel maravilloso «domingo republicano» en su casa de París; a Jeannine Laborda por colaborar permanentemente conmigo, por permitirme «conocer» a su padre Mariano y por su tremenda hospitalidad; a Adelina Figueras por convertirse en mi cómplice y hacerme sentir parte de su maravillosa familia; a Isabel Terres por su dulzura y por contarme tantas cosas sobre la vida de «nuestros Antonios»; a Cristophe Lesquendieu por buscar debajo de las piedras para conseguirme los datos y los contactos que más necesitaba; a Pedro García por conservar durante tantos años las fotografías y las cartas de nuestro tío y compartirlas conmigo; y a Josefa Fontanet y su hija Loli por dejarme entrar en sus vidas. Agradezco la amabilidad y el tiempo que me han dedicado Annie Bousquets, Chelo Llana, María Ibarz, Jean Estivill y Nathalie Cañete.

Otros familiares y amigos me han hecho partícipe, además, de sus investigaciones y experiencias: Pedro Gallego, de la Asociación Cultural La Partida de Camuñas (Toledo), con sus aportaciones y salvando de la quema valiosos documentos; Mario García permitiéndome conocer las extraordinarias memorias inéditas de su tío Servídeo; Etxahun Galpasoro acercándome a la figura del gran Marcelino Bilbao; Gabriel Estañ facilitándome testimonios del gran luchador que fue su abuelo Luis; Juan Almarza desvelándome datos sobre la vida de Antonio Luján; Jordi Curell contándome la historia de su tío Romá, gaseado en el castillo de Hartheim; Bienvenido Maquedano orientándome sobre la mejor forma de investigar en Zagan y en los archivos franceses; Rosemarie Barbella trasladándome el testimonio de su padre desde el otro lado del Atlántico; Joaquín Prades, Pepita de Luis, Dominique Ortuño, Llibert Tarragó y Josepa Gardenyes, dedicándome su tiempo.

Tres historiadores han tenido la paciencia de soportar mi incesante bombardeo de preguntas. Gracias a Martha Gammer, Rudolf A. Haunschmied y Benito Bermejo por ayudarme a entender el complejo mundo de la deportación y demostrarme que se

puede ganar la batalla de la memoria. En este punto, quiero citar también a: Joseph González y Jean Ortiz por introducirme en la historia del exilio español en Francia; Alfons Aragoneses, de la Universidad Pompeu Fabra, por permitirme acceder a una herramienta que ha resultado fundamental para poder realizar mi trabajo; Laura Fontcuberta, de la Amical de Mauthausen española, por su enorme ayuda, facilitándome datos de gran valor para mi investigación; y a Emilio Silva de la Agrupación para la Recuperación de la Memoria Histórica por estar siempre ahí.

En mi búsqueda documental quiero agradecer el esfuerzo de los profesionales que trabajan en los archivos que he consultado dentro y fuera de nuestras fronteras. En el caso de los centros documentales españoles, su tarea es especialmente meritoria debido a la vergonzosa ausencia de medios materiales y humanos que sufren. Debo citar, por su especial implicación, a Ralph Lechner y Christoph Vallant de Mauthausen Memorial Archives (MMA); Bruce Levy, Lindsay Zarwell y Thang Duong del United States Holocaust Memorial Museum (USHMM); Verena Neusüs del International Tracing Service (ITS); Mirek Walczak del Museo Memorial de Zagan; Eric Vanslander y Amy Schmidt de los National Archives and Records Administration (NARA); Mercedes de Pablos del Centro de Estudios Andaluces; Patricia González-Posada del Archivo histórico del PCE; Michèle Rault del Ayuntamiento de Ivry-sur-Seine; Silvia Dinhof-Cueto de la Gedenkverein der Republikanischen Spanier in Österreich (GRSÖ); Peppino Valota de la Associazione Nazionale ex Deportati Politici Nei Campi Nazisti (ANED); Margarida Sala I Albareda y Francesca Rosés del Museu d'Història de Catalunya; José Hernández del Centro Documental de la Memoria Histórica de España y Alfonso Dávila del Archivo General de la Administración.

Gracias por sus aportaciones a Judith Saxinger, del semanario alemán *Wirtschafts Woche*; Víctor Farradellas de la excepcional revista de Historia *Sàpiens*; François Martínez y Anne Laine de Ivry-sur-Seine; y Ramón Santamaría del PCE-Francia.

Quiero resaltar también la colaboración de: María del Mar Peña y Marta García Rodríguez con sus impagables traducciones; Ana Hidalgo y Steffi Obert con sus búsquedas en el Bundesarchiv; el historiador Carlos Engel y el periodista Javier Alfaya con su asesoramiento; Javier Rotaeche con su tenacidad para perseguir una pista que, a día de hoy, sigue abierta; y Kermy, que ha diseñado y programado el portal *www.deportados.es* en el que está volcada parte de mi investigación y el documental que he elaborado sobre la deportación española.

Dejo para el final a Miguel Ángel Liso y a Ernest Folch, que confiaron en mí desde el primer momento en que decidí acometer esta aventura; y a Yolanda Cespedosa, mi editora y mi guía por este mundo que me resultaba absolutamente desconocido. Sin vuestro respaldo, este sueño nunca se habría hecho realidad.

Introducción

Mi tío de Francia, el libro que nunca escribiré

En marzo de 2014 pasé por una experiencia que jamás creí tener que afrontar: dar a una hija la noticia de que su padre había fallecido en uno de los campos de concentración de Hitler. No tuve que viajar en el tiempo para hacerlo, vivo en un país en el que la memoria permanece secuestrada, o mejor dicho enterrada en una cuneta desde 1939. Habían pasado 73 años desde el fallecimiento del madrileño José Fontanet entre las alambradas de Gusen, pero Josefa desconocía el destino de ese hombre que tuvo que abandonarla poco después de nacer y cuyo rostro solo conoce por una vieja fotografía. «Tengo la piel de gallina», me decía ella mientras yo le contaba, con toda la delicadeza de la que era capaz, los datos de que disponía sobre el cautiverio y la muerte de su padre. Después del dolor inicial y de un interminable silencio al otro lado del hilo telefónico, finalmente me confesó que se sentía liberada: «Siempre tuve la duda de si había muerto durante la guerra mundial o si había rehecho su vida en Francia y nos había abandonado. Ahora sé que mi padre nos quería, pero le mataron y no permitieron que volviera con nosotras».

Mi inesperado encuentro con Josefa fue una agridulce experiencia más de las muchas que he vivido en el año y medio en que me he sumergido en el mundo de la deportación española.

Todo comenzó en la primavera de 2013. Avatares de la vida profesional me permitieron disponer del tiempo necesario para acometer una vieja tarea pendiente. Necesitaba arrojar un poco de luz sobre la historia de dos familiares muy cercanos, cuyas vidas seguían envueltas en un halo de oscuridad y misterio.

Mi abuelo materno, Pío de Miguel, fue «paseado» por un grupo de franquistas en los primeros meses de la sublevación militar contra la República. Su cuerpo debe seguir sepultado en una fosa común de un paraje soriano conocido como Las Matas de Lubia.

En mi infancia, su hueco fue cubierto por un señor de edad indeterminada y cabeza rasurada al que llamaba «mi tío de Francia». Él fue el abuelo que nunca tuve. Antonio Hernández venía cada verano a España desde París para compartir unos meses con sus hermanos y sobrinos que vivíamos dispersos entre Madrid, Sigüenza y Murcia. Tuvo que pasar mi adolescencia y disiparse la cultura del miedo que seguía rigiendo en los años finales del franquismo y en la primera década de la nueva democracia, para que yo pudiera saber que ese hombre alegre, optimista pero de

aspecto avejentado, había estado prisionero en un campo de concentración nazi. Mauthausen… hasta después de su muerte no fui plenamente consciente de lo que ese lugar representaba. Entonces ya era demasiado tarde, nunca pude escuchar de sus labios el relato de sus vivencias, lo que pensó mientras se enfrentaba a la crueldad de los SS, lo que humanamente sintió entre aquellas alambradas…

Año y medio después del inicio de mi investigación sigo sin tener ni un solo dato oficial sobre lo que ocurrió con mi abuelo. Como tantos otros miles de españoles, Pío de Miguel es un fantasma cuyo rastro se pierde una triste mañana de 1936. De su ejecución no quedó constancia en los registros militares y civiles de la «nueva España».

Más fácil resultó bucear en la vida de mi tío de Francia. El Centro Documental de la Memoria Histórica y los archivos franceses, austriacos y alemanes me han permitido reconstruir el trayecto que le llevó desde su querida Murcia hasta una de las sucias barracas de madera del campo de concentración. Jornalero primero y ferroviario después, Antonio Hernández se alistó en el cuerpo de Carabineros para defender la República. La dolorosa derrota le empujó al exilio y, más tarde, a enrolarse en el Ejército francés para afrontar una nueva guerra. Capturado por los alemanes, pasó varios meses en el campo de prisioneros de Sagan, junto a soldados franceses, británicos y holandeses. En enero de 1941, con el resto de los españoles, fue enviado a Mauthausen, donde perdió su identidad y se convirtió en un simple número, el 4443. Trabajó como un esclavo en la construcción del propio campo y en su terrible cantera, hasta que a finales de 1944 fue trasladado a Gusen, el lugar en el que murió la mayor parte de los deportados españoles. Nunca sabré por qué, pero Antonio Hernández consiguió mantenerse con vida y, junto a otros 2000 compatriotas, asistir a la llegada de las tropas norteamericanas el 5 de mayo de 1945. Tras las puertas del campo le aguardaba una amarga libertad, marcada nuevamente por un exilio que ya no abandonaría hasta el momento de su muerte.

En el curso de esta investigación se fueron apoderando de mí dos sentimientos encontrados: admiración e indignación. Admiración por esos hombres y mujeres que fueron fieles a sus ideales democráticos hasta el final; un final que para la mayoría representó una muerte atroz en los campos y para el resto un sufrimiento inimaginable. Indignación porque los verdugos reescribieron la historia tan pulcramente que, hoy, su manifiesta culpabilidad continúa siendo puesta en duda por numerosos «historiadores», políticos y periodistas. Y lo que quizás es peor, sigue siendo ignorada por la mayor parte de la sociedad española.

Estas certezas fueron las que me llevaron a abandonar mi proyecto inicial. Nunca escribiría un libro sobre mi tío de Francia. Él sería el primero en reprobar que mi

trabajo se centrara en las vivencias de un solo hombre. Tenía que intentar contar 9000 historias, una por cada uno de los españoles y españolas que pasaron por los campos de concentración nazis. Sentía la necesidad de reflejar sus anhelos, viajar con ellos en esos fatídicos trenes de la muerte, acercarme a su sufrimiento en los campos, a la solidaridad en que se apoyaron para tratar de sobrevivir, a su alegría durante la liberación y a su frustración ante la imposibilidad de volver a su patria.

Para ello visité a los pocos supervivientes que aún pueden hablar en primera persona. Conocerles ha sido uno de los mayores privilegios que me ha dado la vida. Pese a su avanzada edad, en sus ojos he podido ver la misma ilusión, el mismo compromiso y la misma determinación que les llevó en 1936 a luchar por la libertad. Resultaba gratificante escucharles relatar sus vivencias en el campo de concentración con serenidad y sin atisbo de rencor. Y era desgarrador ver a esos hombres, que rondan el siglo de vida, llorar como niños cuando recordaban los momentos más duros y la muerte de sus padres, hermanos, compañeros y amigos. Su testimonio representa una de las fuentes fundamentales de este libro, pero no la única. Si el objetivo era extender el relato al mayor número posible de testigos, necesitaba contactar con familiares de deportados ya fallecidos, buscar libros descatalogados, recuperar viejas memorias y desempolvar ediciones caseras realizadas por los propios prisioneros. Con todo ello he construido el relato humano de los hechos que constituye el núcleo central de esta obra y que se desarrolla cronológicamente en once capítulos.

En esta España desmemoriada resultaba imprescindible, además, señalar con el dedo a los culpables. En realidad hacen falta muchos dedos porque fueron demasiados los que contribuyeron, de una manera u otra, a que miles de españoles acabaran en las garras del aparato represivo nazi.

Franco, Serrano Suñer y otros destacados miembros del régimen fueron responsables directos de lo ocurrido. Mientras en España fusilaban y encarcelaban a miles de personas, en Europa dejaron que Hitler les hiciera parte del trabajo sucio, confinando y asesinando a los republicanos en campos como Mauthausen. Franco estuvo además en una privilegiada posición para salvar la vida de miles de judíos de origen sefardí, pero prefirió mirar para otro lado mientras los nazis les embarcaban en trenes rumbo hacia Auschwitz-Birkenau.

A los mandatarios franquistas, en el *ranking* de la infamia, les siguen Philippe Pétain y su gobierno colaboracionista que participaron, activamente primero y pasivamente después, en las deportaciones de españoles.

Igualmente repugnante y mucho menos conocido fue el papel jugado por los grupos industriales alemanes y estadounidenses que ayudaron a Hitler a llevar a cabo sus planes genocidas. Empresas que hoy siguen muy presentes en nuestras vidas tienen un negro pasado en el que se enriquecieron a costa del trabajo esclavo de los deportados españoles y del resto de los prisioneros de los campos.

La lista continúa, aunque a un nivel de responsabilidad mucho menor, con la

Unión Soviética y con los propios aliados. Stalin no dudó en pactar con Hitler, en mirar para otro lado mientras comenzaban las deportaciones y, tras la guerra, en acusar de traidores a los prisioneros que habían logrado sobrevivir. Washington y Londres, por su parte, ignoraron la existencia de los campos de concentración en sus planes bélicos. Fuera porque entre sus alambradas no había prisioneros británicos ni estadounidenses o fuera por otra razón, lo cierto es que provocaron miles de muertes con su pasividad y su falta de planificación.

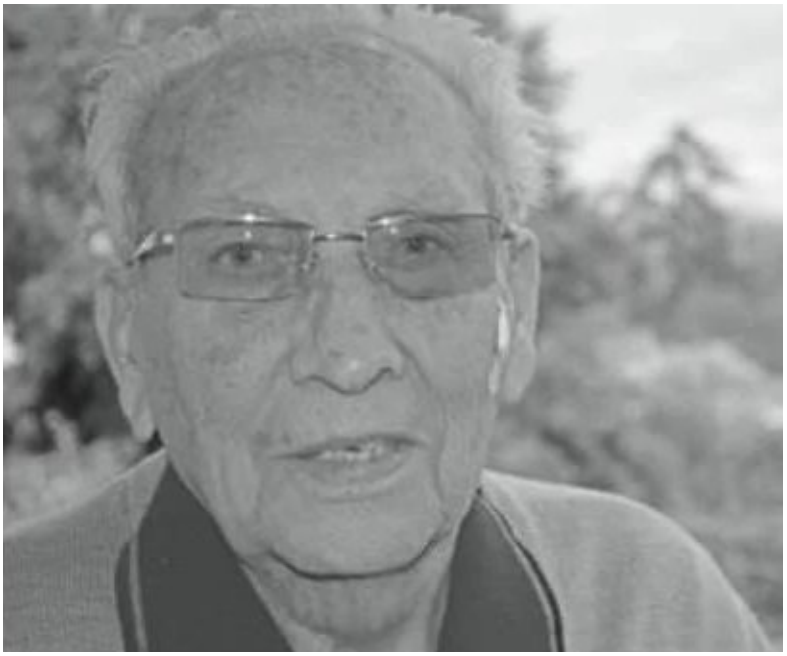
Los datos y documentos que inculpan directamente a todos estos responsables, junto a otros apuntes históricos, son la base con la que he elaborado los informes, que se intercalan en el relato de los protagonistas.

Este no es un libro fácil, nunca pretendió serlo, pero espero que resulte útil ya que la historia de nuestros deportados no tiene fecha de caducidad. La intolerancia, el racismo, el populismo, las traiciones que sufrieron, los pactos que hicieron sus verdugos, la pasividad de «los hombres buenos»… casi todo lo ocurrido se puede extrapolar hasta nuestros días. En este caso, quizá más que en ningún otro, mirar hacia el pasado es la mejor forma de comprender el presente y de prever nuestro futuro.

Esta humilde obra está dedicada a todos los «tíos de Francia» y a quienes no pudieron llegar a serlo porque fueron asesinados por defender nuestras libertades.

Los protagonistas

José Alcubierre Pérez. Llegó a Mauthausen en el convoy de Angulema en el que viajaban 927 hombres, mujeres y niños españoles. Acababa de cumplir 14 años. Participó en la operación que permitió conservar las fotografías que demostraban las atrocidades perpetradas por los nazis. Su padre murió en Gusen víctima de una paliza.



Manuel Alfonso Ortells. Combatió en la Columna Durruti durante la guerra de España. En Mauthausen se las ingeniaba para realizar dibujos que después regalaba a sus compañeros. En ellos siempre introducía su particular firma, la imagen de una pequeña ave que representaba la libertad. Por esa razón todos le llamaban Pajarito.

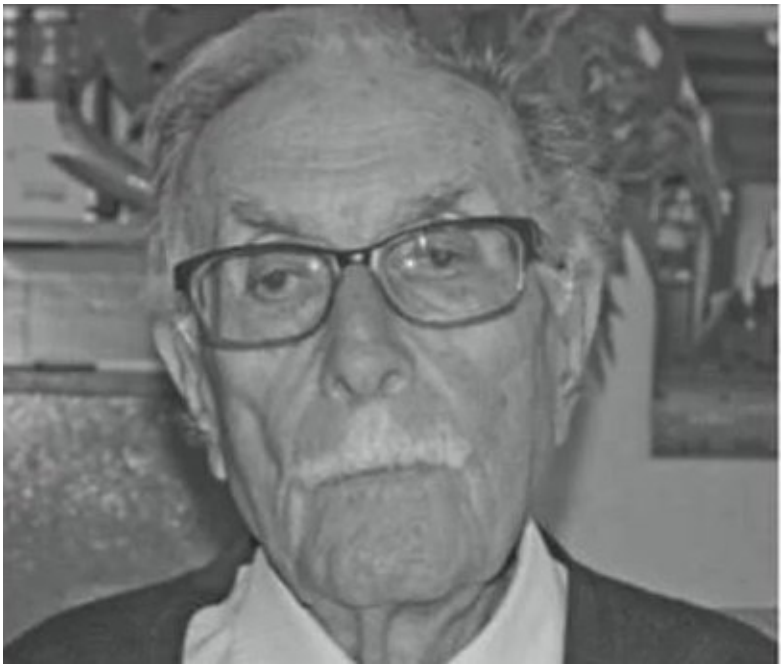
Neus Català Pallejà. Fue miembro de la Resistencia en Francia. Detenida, interrogada y torturada por la Gestapo, estuvo prisionera en los campos de concentración de Ravensbrück y Flossenbürg. Junto a otras deportadas realizó diversas acciones de sabotaje en la fábrica de armamento en la que trabajaba.

Eduardo Escot Bocanegra. Con solo 19 años alcanzó el grado de teniente en el Ejército republicano. A su llegada a Mauthausen le dieron un uniforme rayado en el que podían verse agujeros de bala y restos de sangre. Trabajó en la cantera y en los subcampos de Bretstein y Steyr. Su habilidad como zapatero le permitió sobrevivir.

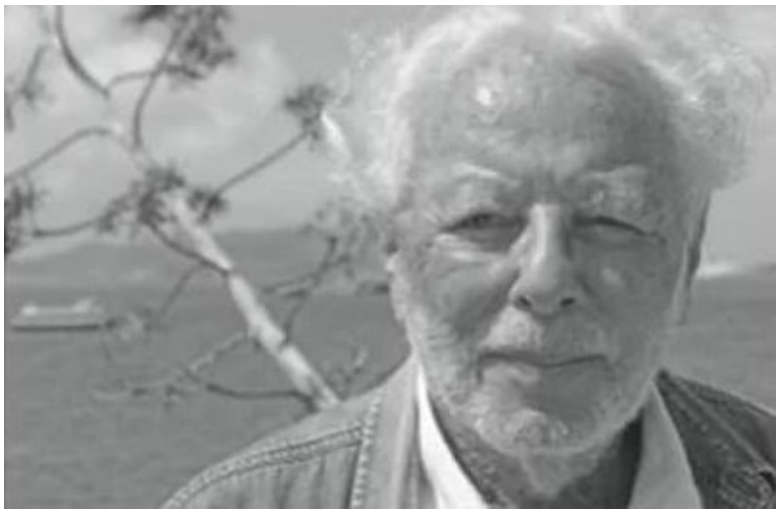
Francisco Griéguez Pina. Combatió en las batallas del Jarama y el Ebro como sargento de ametralladoras. Llegó a Mauthausen en abril de 1941. Salvó la vida porque fue destinado a grupos de trabajo alejados del campo central. En uno de ellos asistió a la fuga de varios prisioneros españoles.

José Marfil Peralta. Fue capturado por los alemanes en la batalla de Dunkerque. Pasó la mayor parte de su cautiverio en el mortífero campo de Gusen, donde logró salvarse gracias a su oficio de carpintero. Su padre fue el primer español que murió en Mauthausen.

Marcial Mayans Costa. Trabajó en la construcción de los terribles túneles de Ebensee. Jugó un papel fundamental para evitar que los prisioneros de ese subcampo fueran exterminados durante los últimos días de la guerra. Tras la liberación, regresó a España para seguir luchando contra la dictadura franquista.



Siegfried Meir. Miembro de una familia judía de Fráncfort, tenía solo ocho años cuando fue deportado a Auschwitz. Perdió a sus padres en el campo y fue evacuado en una marcha de la muerte que se cobró centenares de víctimas. Llegó a Mauthausen en enero de 1945. Protegido por los españoles, fue adoptado tras la guerra por Saturnino Navazo.



Lázaro Nates Gallo. Llegó a Mauthausen con 17 años en el convoy de Angulema. Consiguió trabajar en las tareas de limpieza de su barraca y así eludió la terrible cantera. Más tarde fue miembro del *kommando* Poschacher del que formó parte la mayoría de los menores españoles internados en el campo.

Virgilio Peña Córdoba. Miembro de la Resistencia francesa contra la ocupación nazi. Participó en diversos sabotajes en la base alemana de submarinos en la que trabajaba. Fue delatado por un compañero y enviado al campo de concentración de Buchenwald. Su hermano Hirilio murió en Gusen en 1942.

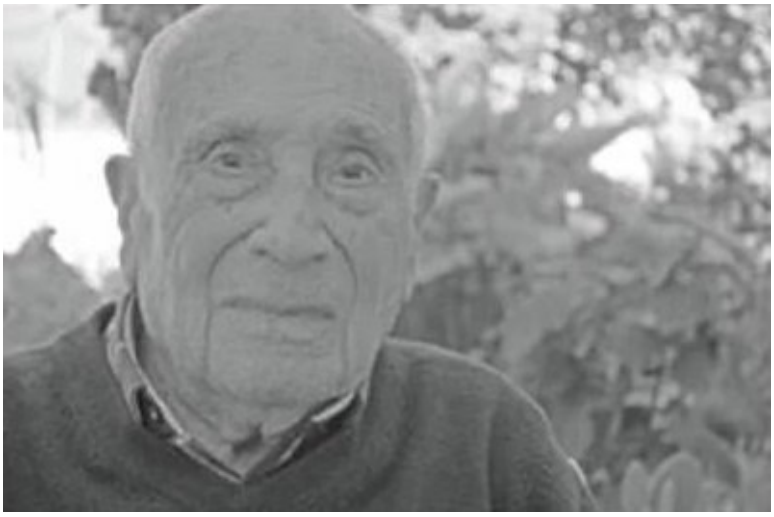
Luis Perea Bustos. Combatió en la defensa de Madrid, donde resultó herido en una pierna, y en las batallas de Teruel y del Ebro. Tras la invasión alemana de Francia trató de escapar a Suiza, pero los guardias fronterizos le impidieron la entrada al país. Llegó a Mauthausen en abril de 1941. Pasó la mayor parte de su cautiverio en Steyr. Falleció el 13 de julio de 2014 en Hendaya.

Esteban Pérez Pérez. Nació en diciembre de 1910. Hijo de una familia de labradores, combatió en la XV Brigada Internacional. En Mauthausen trabajó en la fabricación de combustible para los misiles alemanes V1 y V2. Tuvo una destacada participación en la organización clandestina española como responsable de un grupo de información. Falleció en Narbona el 15 de noviembre de 2014. Estaba a punto de cumplir 104 años.

Juan Romero Romero. Tras pasar varios meses trabajando en la cantera, formó parte del grupo de prisioneros que recogía la ropa y las pertenencias de los recién llegados. Ese puesto le hizo ser testigo de excepción de todo lo que ocurría en la antesala de la cámara de gas. Sigue soñando con la niña judía que le sonrió mientras se dirigía hacia la muerte.

Ramiro Santisteban Castillo. Compartió cautiverio con su padre, Nicasio, y con su hermano Manuel. Los tres sobrevivieron a Mauthausen pero Nicasio murió por las secuelas físicas y Manuel fue asesinado por la Guardia Civil mientras trataba de entrar ilegalmente en España. Ramiro fue presidente de la FEDIP, la principal asociación de deportados españoles.

Cristóbal Soriano Soriano. Llegó a Mauthausen en noviembre de 1940. Le acompañaba su hermano José, que poco después fue declarado inútil para el trabajo y trasladado a Gusen para morir. Cristóbal se jugó la vida yéndose voluntario tras él. No pudo evitar que José fuera gaseado por los alemanes en el castillo de Hartheim.



Esta obra también cuenta con el testimonio directo de los deportados Simone Vilalta, Elías González Peña, Robert Carrière y Domingo Félez Burriel. Igualmente valiosa ha sido la colaboración de los familiares de prisioneros ya fallecidos que han recopilado datos, recuerdos, cartas y textos. Con ellos hemos dado voz a: Manuel Amorós Lafuente, Marcelino Bilbao Bilbao, Vicente Delgado Fernández, Luis Estañ Alfosea, Josep Figueras Solé, Servídeo García Gómez, Antonio Hernández Marín, Dámaso Ibarz Arellano, Mariano Laborda Arilla, José Sáez Cutanda, Antonio Terres Gómez y Emiliano Yuste Aranda.

Las memorias, libros y artículos que publicaron personalmente o a través de familiares y amigos nos han permitido recuperar el testimonio de: Rafael Álvarez Fernández, Joaquín Amat Piniella, Fermín Arce Rioja, Rufino Baños Lozano, Francisco Batiste Baila, Alfonsina Bueno Vela, Emilio Caballero Vico, Enrique Calcerrada Guijarro, Dolors Casadella, Pascual Castejón Aznar, Francesc Comellas Linares, Mariano Constante Campo, Joan de Diego Herranz, José de Dios Amill, Felicitat Gassa, Victor Egea Zamora, Antonio García Alonso, Fernando García Ortega, Conchita Grangé Veleta, Roc Llop Convalia, Alfonso Maeso Huertas, Enrique Martín Hernández, Agapito Martín Romaní, Joaquín Mas Catalán, Lope Massagué Bruch, Elisa Maseailles Garrido, Secundina Mirambell Barceló, Pere Pey Sardà, Manuel Razola Romo, Ricardo Rico Palencia, Miguel Serra Grabulosa, Josep Simon I Mill, Amadeo Sinca Vendrell y Antonio Velasco Zapata.

Las entrevistas que concedieron a periodistas e historiadores han hecho posible reflejar las vivencias de: Joaquim Aragonés Campderrós, Francisco Bernal Lavilla, José Cabrero Arnal, Alfonso Cañete Jiménez, Jacint Carrió Vilaseca, Casimir Climent Sarrió, Jacinto Cortés García, José Escobedo Jimeno, Pablo Escribano Cano, Josep Ester Borrás, Antonio García Barón, Luis García Manzano, Joan Gil Balañá, Luis Gil Blanco, Angelines Martínez, Joan Mestres Rebull, Mercedes Nuñez Targa, Mauricio Pacheco Colmenero, Joan Pagés Moret, Juan Paredes, José Pons Pérez, Félix Quesada Herrerías, Santiago Raga Casanova, Tomás Salaet Artiola, Agustín Santos Fernández, Patricio Serrano Sanz, Joan Tarragó Balcells, Francesc Teix Perona, Jesús Tello Gómez y Estucha Zilberberg.

Con el fin de evitar una cantidad excesiva de notas a pie de página que podría dificultar la lectura, la fuente del testimonio de cada deportado se cita únicamente la primera ocasión en que aparece.

1

El despertar del sueño igualitario

> «El Gobierno francés nos encerró en campos de concentración como si fuésemos bestias. Allí moríamos de hambre, de frío y de todo tipo de enfermedades. No esperábamos ese trato del país de la "Libertad, igualdad y fraternidad"».
>
> RAMIRO SANTISTEBAN
> Prisionero n.º 3237 del campo de concentración de Mauthausen

«¿Me preguntas por qué luché a favor de la República? Anda que vaya cojones que tienes tú también, mira que preguntarme eso. Pues luché por ella porque era lo mejor que habíamos tenido hasta ese momento en España. ¿Tú sabes lo que era trabajar de sol a sol en los campos de Córdoba con ese calor y por un salario de miseria? Yo empecé a segar el trigo con 16 años, era casi un niño. Cuando llegó la República aprobó una ley implantando la jornada laboral de ocho horas. ¿Tú sabes lo que supuso eso para mí? Tenía tiempo para descansar. Yo que era un semianalfabeto comencé a estudiar porque tenía unas horas libres para poder hacerlo. La República hacía las cosas como se tenían que hacer y por eso nos la quitaron tan pronto. Para mí, para todos nosotros, defender la República era defender la libertad de los trabajadores»[1].

Satisfecho por la vehemencia y claridad con que ha expresado sus ideas, Virgilio Peña vuelve a recostarse en su sillón. Una leve sonrisa se dibuja en sus labios, provocada por la visible perplejidad que la contundente respuesta ha generado en su interlocutor. Este cordobés, con sus cien años cumplidos, parece haber hecho un pacto con el diablo. Su físico envidiable le permite andar con agilidad, trabajar en el pequeño jardín de su casa en la localidad francesa de Billère e incluso seguir conduciendo su viejo coche. Aún más importante para él es que su cabeza continúe tan fresca como cuando comenzaba su lucha en los años treinta.

La vida de Virgilio es la historia de la deportación española. El camino que condujo a algo más de 9000 hombres y mujeres hasta los campos de la muerte comenzó en los pueblos, las ciudades, los campos y las montañas de España. Cada

uno con sus propias singularidades, los futuros deportados eran personas muy comprometidas políticamente, como lo fue la mayoría de su generación. Campesinos, pastores, zapateros y también profesores, artistas y profesionales ilustrados: todos ellos habían visto en la joven República la respuesta a muchos de sus sueños de libertad e igualdad. Esa fue la razón por la que el 18 de julio de 1936 no dudaron en tomar las armas para hacer frente a la rebelión de una parte del Ejército, comandada por el general Franco.

José Sáez Cutanda lo hizo en la aldea albacetense de Bormate: «Yo empecé a guardar las ovejas con cinco años y medio. Más tarde, al ser de un pueblo agrícola, trabajaba en el campo, quitando hierbas o con una azada. Con siete años empecé a trabajar con el cacique del pueblo. Ganaba tres pesetas. Mi tío, que era socialista, me metió en la cabeza que eso era una injusticia. Eso me hizo ser más consciente y de ahí mi rebeldía ante la miseria que había. No entendía por qué teníamos que vivir con esas injusticias»[2].

Cuando José, Virgilio y el resto de sus compañeros tomaron la decisión de combatir, no sabían que eso les llevaría hasta las alambradas, los crematorios y las cámaras de gas de Mauthausen, Gusen, Dachau, Auschwitz, Ravensbrück o Buchenwald.

El gaditano Eduardo Escot tiene claro que, aunque hubiera sido capaz de adivinar el tremendo sufrimiento que le iba a ocasionar, habría actuado de la misma manera: «Yo era un joven aprendiz de zapatero y formaba parte de una familia muy humilde. Mi padre era campesino. Desde que era un niño me gustaba mucho leer y por mis manos pasaron todo tipo de libros, entre ellos algunos un poco revolucionarios. Así que cuando estalló la guerra yo estaba enterado de todo. La misma noche en que comenzó el golpe de Estado, mis amigos y yo nos hicimos con el Ayuntamiento»[3]. Escot aún no había cumplido los 17 años.

Con esa misma edad, el catalán Cristóbal Soriano se marchó de Barcelona hacia el frente de Aragón: «Mis hermanos mayores se habían ido a luchar contra Franco. Yo aún era muy joven, pero veía que las mujeres eran las primeras que se marchaban hacia el frente. Nos reunimos ocho amigos y decidimos dirigirnos hacia Belchite. Allí, cuando los anarquistas nos vieron, nos dijeron que éramos aún unos niños y nos obligaron a marcharnos a casa. Tuve que esperar a que llamaran a filas a la quinta del biberón y entonces sí pude alistarme para combatir en el Batallón Thaelmann de la XII Brigada Internacional»[4].

Marcial Mayans tenía el mismo problema que Cristóbal, pero se las ingenió para aparentar más edad y, así, combatir desde el primer momento: «Yo trabajaba de aprendiz en una librería situada en una travesía de la Rambla de Barcelona. No era movilizable porque aún no había cumplido los 16 años. Pero yo quería defender la República por todo lo que significaba. Aquello no fue una guerra civil, fue la sublevación de una banda de generales degenerados contra un gobierno democrático. Así que estaba decidido a intentar alistarme por todos los medios. Como tenía

bigotito, me lo arreglaba y le ponía un poco de carbón para que pareciera más oscuro y pasar por 18 años. Así que cuando los cumplí ya me habían dado la medalla al valor y una condecoración como herido de guerra por la patria. ¡La republicana! Estoy muy orgulloso de decirlo»[5].

En L'Hospitalet de Llobregat, Manuel Alfonso hizo como muchos otros jóvenes de la época, escaparse de su casa para poder pelear: «Aproveché que la Columna Durruti se encontraba en Barcelona, descansando en la retaguardia después de pasar varios meses combatiendo. El día que regresaban al frente me marché con ellos, sin decirle nada a mi familia»[6].

El laredano Ramiro Santisteban no llegó a combatir porque solo era un niño cuando comenzó la contienda. Con su familia, de larga tradición democrática, tuvo que huir de Cantabria a bordo de un pesquero, antes de que fuera ocupada por las tropas franquistas. Tras una penosa travesía llegaron a Francia, desde donde regresaron a la Cataluña republicana: «Para nosotros era un deber apoyar a la República. Mi padre era socialista y yo, aunque era un chaval, me consideraba de izquierdas. Como no podía combatir, mi padre hizo que me inscribiera en la Cruz Roja para ayudar. Él era un hombre muy pacífico y tolerante»[7]. Tres años después, Ramiro junto a su hermano Manuel y a su padre Nicasio formarían parte del primer convoy de españoles que llegó a Mauthausen.

Joseph González, experto en la historia del exilio español y miembro del CIIMER[8], resume el espíritu que empujó a esta generación a los campos de batalla: «Se trataba de una juventud muy politizada. Sabían contra qué se luchaba. No peleaban contra Franco y el yugo y la flecha, lo hacían contra el fascismo internacional. Es por eso, por lo que los republicanos nunca hablan de guerra civil, sino de la guerra de España. Ellos mantienen algo que los hechos avalan: se trató de una guerra antifascista en un país invadido por tropas moras, alemanas, italianas y portuguesas»[9].

Precisamente, si algo destacan con especial amargura los deportados españoles es la pasividad de las democracias occidentales y su falta de apoyo a la República. Una actitud bien diferente a la de Hitler y Mussolini que, desde el primer momento, contribuyeron decisivamente al triunfo final de Franco. Virgilio Peña no tiene dudas de cuáles fueron las causas que llevaron a cruzarse de brazos a los gobiernos de Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos: «No nos apoyaron porque éramos la república más progresista de Europa y nos tenían miedo. Teníamos una Constitución muy avanzada que otorgó el derecho de votar a las mujeres en 1931. Las francesas no pudieron hacerlo hasta 1945. En España había mucha más libertad desde el punto de vista social. En educación se avanzó mucho porque se crearon muchas escuelas. Francia e Inglaterra temían que sus sociedades se contagiaran de ese espíritu de libertad que reinaba en España. Por eso no hicieron nada para defender la República».

Cristóbal Soriano cree que esa fue una de las causas principales, si no la única, de la derrota final: «No nos ayudó nadie. Fue una lucha desigual en la que ellos

contaban con el apoyo de la aviación alemana, tropas italianas y numeroso armamento. A la República la abandonaron las democracias europeas y por eso perdimos la guerra».

PRISIONEROS POR PRIMERA VEZ

Cristóbal y quienes, más tarde, acabarían en los campos de concentración nazis formaron parte de la derrotada masa de civiles y militares que cruzó la frontera tras la caída de Cataluña: «Nosotros queríamos continuar la lucha. Creíamos que, una vez en Francia, nos llevarían en barco hasta Valencia para continuar combatiendo desde la zona que seguía controlando la República. Sin embargo, no nos dejaron».

Francia y el Reino Unido ya no escondían sus preferencias: el 27 de febrero de 1939 reconocieron oficialmente el régimen de Franco. Una semana después, el golpe de Estado del coronel Casado en Madrid, apoyado por una buena parte de las fuerzas republicanas, rindió la capital a los franquistas. Solo en ese momento terminó el sueño para Virgilio Peña: «Yo creo que el presidente Negrín tenía razón. Él quería resistir más tiempo, alargar la guerra todo lo posible porque parecía inminente el inicio de la contienda en Europa. Por eso muchos intentamos sin éxito que nos llevaran desde Francia hasta Valencia. Pensábamos que, si aguantábamos unos meses más, la guerra en Europa haría que Estados Unidos, Francia e Inglaterra se vieran obligados a apoyarnos. El golpe de Casado acabó con todas esas esperanzas y rindió Madrid. Eso tiene que quedar claro, que Madrid no cayó, a pesar de los años de duro asedio, sino que fue entregada a los franquistas». Las palabras de Virgilio, y los hechos que se produjeron en esos momentos finales, evidencian también las luchas intestinas que se dieron en el seno de la República y que contribuyeron a su derrota.

Fueron más de medio millón los españoles que entraron en Francia durante los primeros días del mes de febrero de 1939. Allí se encontraron con un inesperado recibimiento. Francia sentía rechazo y temor ante la desesperada masa de «rojos españoles». La principal preocupación de las autoridades fue utilizar a sus gendarmes para desarmar a los soldados republicanos. Sin embargo, no pusieron el mismo empeño en dar la más mínima ayuda al ejército de mujeres, niños, ancianos y jóvenes que habían recorrido a pie decenas de kilómetros con las tropas franquistas pisándoles los talones. Al hambre y al agotamiento había que unir la profunda desmoralización de unas gentes que habían visto fenecer su joven democracia y se sentían culpables de no haber sido capaces de defenderla.

Quizá, la imagen más descriptiva de esta deprimente situación la contempló en Banyuls el capitán del Ejército republicano Eulalio Ferrer: «Nos encontramos en un banco una escena dramática. Allí estaba Antonio Machado con su madre, sentados en la plaza pública como a las doce del mediodía. Mi compañero Cillán me dice: “Fíjate quién está aquí, don Antonio Machado”. Nos acercamos. Era un hombre deseando la

muerte. Su madre, acurrucada en sus brazos. Él con su sombrero caído, la barba crecida. Estaban tiritando. Hacía frío pero no tanto como para tiritar. Entonces yo, impulsivamente le di mi capote. Alcanzó a decir “gracias” malhumoradamente y nos dijo: “Estoy esperando a mi hermano Pepe”. La madre estaba dormida o enajenada de la vida mental»[10]. Poco después, el 22 de febrero, Machado moría en Collioure, veinte kilómetros al norte de donde le había visto Eulalio. Tres días más tarde lo haría Ana Ruiz, aquella madre que se acurrucaba en los brazos del poeta en el frío banco de Banyuls.

El Gobierno francés se veía incapaz de gestionar la catástrofe humanitaria que se producía en el sur de su país. Los informes del Ejército galo hablan de «situación dramática» y constatan que la cifra total de refugiados españoles, incluyendo militares y civiles, «no es inferior a los 450 000 que han penetrado 130 kilómetros en el interior de Francia por todos los caminos procedentes de los Pirineos»[11]. El Alto Mando se quedaba corto en sus estimaciones. Según los datos de la Legación de México en Francia, la cifra total de exiliados ascendió a 527 843.

Las autoridades galas optaron por una drástica estrategia: agrupar, aislar y confinar a todos los españoles. Tras pasar por campos de tránsito en los que se separaba a los hombres de las mujeres, la legión humana fue conducida a espacios al aire libre rodeados por alambradas y custodiados por guardias coloniales senegaleses. Casi la mitad de los refugiados fue concentrada en las playas próximas a la frontera catalana; 80 000 en Argelès, más de 100 000 en Saint-Cyprien, 20 000 en Barcarès y otros 25 000 en Agde. El resto fue repartido entre diversos campos de la Cerdaña francesa, el Vallespir, Gurs, Vernet d’Ariège y Septfonds. Ya fuera en las arenas frente al Mediterráneo o en las zonas habilitadas en el interior, los españoles probaban, por primera vez, la dura vida de los campos de concentración[12].

El malagueño José Marfil recuerda la decepción que sintió en aquellos momentos: «No podíamos creer que los franceses nos hicieran eso. Nos recibieron como borregos que había que poner en su sitio. Habían rodeado las playas y otros lugares con alambradas y nos metieron dentro. Realmente nos sentimos peor que los borregos porque a los animales no les custodian soldados armados con fusiles, pero con nosotros sí lo hicieron»[13]. Los refugiados recibieron el trato que se reserva a los peores delincuentes; encerrados y férreamente vigilados en esos espacios abiertos en los que no había la más mínima infraestructura.

El murciano Francisco Griéguez pasó las primeras semanas en las playas de Saint-Cyprien: «Fue horrible. Nos moríamos de hambre en esa playa. Estábamos todos revueltos, las mujeres, los chiquillos… todos revueltos allí. No había agua y no nos daban de comer casi nada»[14].

Veinte kilómetros más al norte, en las arenas de Barcarès, sobrevivía Virgilio Peña: «Cuando entramos allí nos encerraron como animales. A un lado teníamos el mar Mediterráneo y al otro los alambres y los guardias senegaleses impidiendo que nos escapáramos. Y aquello fue criminal porque no tenías qué comer, no tenías agua,

no tenías dónde hacer tus necesidades, no te podías lavar, no podías hacer nada. Además, el Ejército francés no permitía que llegaran las organizaciones de izquierda que nos querían llevar ropa y alimentos. Total, que tenías que aguantarte con lo que te daban ellos. Había unos panes redondos que debían pesar unos dos kilos y que nos teníamos que repartir entre veinte. Tocábamos a un cacho de nada. Y cuando llegaba la noche, con el frío y la humedad que hacía al lado del mar… Era imposible dormir». Lo único con lo que contaban para protegerse del helador aire que les azotaba en pleno mes de febrero eran algunas mantas y sus propios abrigos.

La experiencia adquirida durante la guerra, según explica Marcial Mayans, les ayudó a idear formas para sobrellevar el frío nocturno: «Para protegerte del viento, ¡que azotaba de miedo!, hacíamos agujeros en la playa y nos metíamos dentro. Para intentar calentarnos le metíamos fuego a algún neumático que encontrábamos. Pero cuando el viento soplaba desde el mar te tragabas todo el humo. Aquello era infame. Estaba tan desesperado que una madrugada, pasados unos días, me escapé por el río. El agua estaba más fría que la hostia». Fugas como la de Marcial fueron habituales, pero los evadidos no tenían a dónde ir, por lo que eran capturados muy pronto y devueltos a los campos.

La situación mejoró levemente cuando las autoridades francesas llevaron madera y otros materiales de construcción. Con ellos, los propios españoles levantaron barracas y unas mínimas infraestructuras. Manuel Razola se encontraba en el campo de concentración de Septfonds, más conocido como «camp de Judes». En él se apiñaban algo más de 15 000 republicanos, en su totalidad hombres: «A medida que íbamos construyendo barracones nos transferían a ellos. Dichos barracones eran mucho peores que los de los campos de concentración alemanes. No estaban tapados más que por la parte trasera y, cuando llovía, el agua entraba por todos los lados. Para dormir echábamos paja sobre el suelo. Nos veíamos obligados a dormir vestidos dado que no teníamos mantas. La alimentación estaba reducida al mínimo. Jamás en nuestras trincheras españolas nos habíamos visto acosados por tantos piojos y pulgas. Pronto, la espantosa ausencia de higiene propició la aparición de casos de disentería, a veces mortales»[15].

A ese mismo lugar fue trasladado Manuel Alfonso en el mes de marzo: «Había pocas barracas. Cientos de exiliados tuvimos que dormir al aire libre. Yo busqué un sitio para dormir en los pasillos, pero todo estaba ocupado. Nos arrimábamos a las paredes de las barracas para intentar descansar. Durante algunas noches tuve que dormir en el retrete, sobre el cemento. Una vez, uno, medio dormido, se meó encima de mí. En una ocasión tuve que pasar ocho días en la enfermería por haber comido peladuras de patatas. Había que quitarles la piel después de hervidas, con mucha paciencia, pero yo me las comí enteras. Hubo muchos muertos a causa de la privaciones y las secuelas de la guerra».

Había barracas pero, según explica Mariano Constante, las condiciones sanitarias e higiénicas seguían siendo lamentables: «La comida era todavía insuficiente y mala.

Los grifos de agua potable no estaban abiertos más que algunas horas al día. En cuanto al arroyo, era casi imposible acercarse a él. El agua estaba sucia. Por culpa de la falta de agua, la imposibilidad de ir al baño y de lavar la ropa, teníamos pulgas en cantidades increíbles, al punto que los guardias móviles dudaban si entrar al campo cuando realizaban la ronda. Esta situación dio lugar a numerosas epidemias. Las autoridades habían construido una enfermería donde algunos camaradas se esforzaban en realizar las curas, pero no tenían ni camas ni material. En cuanto a los medicamentos, la Cruz Roja los distribuía en proporciones insignificantes»[16].

Esta falta de higiene, unida a la masificación, provocó la aparición de ejércitos de roedores. Mariano Marcos trabajaba en la caseta de megafonía desde la que se «informaba» a los refugiados españoles: «Por la noche las ratas se entregaban a carreras nocturnas en nuestra *home*. Lo más fastidioso de estos bichos era que no respetaban ni la más mínima regla de cortesía y se permitían pasarnos por encima y hacernos cosquillas en la cara. Mis tres compañeros se envolvían el cuerpo entero bajo la manta, incluida la cabeza, protegiéndose así de cualquier contacto de las ratas. En cuanto a mí, yo era incapaz. ¡La muerte por asfixia habría sido súbita! Me hizo falta amañar un tubo en forma de chimenea donde me cupiesen la boca y la nariz juntas, para que pudiese respirar, dejando el resto de la cara y de la cabeza bien escondidas debajo de la manta. El comandante del campo, que se temía una epidemia de tifus, decidió otorgar una prima de 25 céntimos a todos aquellos refugiados que llevasen una rata muerta a nuestra caseta. Para evitar el hacinamiento de cadáveres, les cortábamos la cola y le devolvíamos “el objeto” al interesado. Ni que decir tiene que, para cobrar la prima, la rata debía tener su cola»[17].

La situación, con pequeños matices, era similar en el resto de los campos de concentración repartidos por el sur de Francia. Los refugiados/prisioneros españoles constataron la nula presencia de la Cruz Roja francesa en aquellos terribles meses. La verdadera ayuda llegó de algunas asociaciones de la izquierda gala y también de los cuáqueros. Este movimiento religioso de raíces cristianas se volcó en el reparto de comida, medicinas y alimentos. Los miembros de su rama británica, The Friends War Victims Relief Committee, y, especialmente, de la estadounidense, American Friends Service Committee, dejaron una honda huella de agradecimiento entre los refugiados españoles.

Otro factor que contribuyó a que la situación mejorara paulatinamente fue la actitud de los propios exiliados. La experiencia de la guerra hizo que se creara una mínima organización en cada campo para dotar a la comunidad de algunos servicios básicos. Virgilio Peña salvó la vida gracias a ello en las arenas de Barcarès: «Yo aún arrastraba una herida de la batalla del Ebro. Y menos mal que, muy pronto, los médicos españoles montaron una enfermería y empezaron a tratarnos. Ellos fueron los que me curaron porque no había doctores franceses ni de ninguna otra nacionalidad para ayudarnos».

MUERTE Y REPRESIÓN

Los ímprobos esfuerzos de los médicos republicanos no pudieron evitar la muerte de miles de hombres, mujeres y niños. Solo en los primeros seis meses de reclusión, en estos campos de concentración perecieron al menos 14 617 refugiados españoles. Esos son los fallecimientos por hambre, frío y enfermedades que han podido documentarse. Resulta imposible saber la cifra exacta de víctimas porque fueron muchos los que murieron sin que quedara constancia alguna de su triste final.

Francisco Guerra fue uno de los doctores que trabajó en los campos: «Es difícil describir la miseria de los exiliados españoles en los campos de concentración: el olor de sus cuerpos, el frío y la humedad que soportaban, la diarrea que continuamente sufrían, el hambre, la privación de libertad, la incomunicación y la ansiedad por su destino. Los informes sanitarios franceses iniciales indicaban que casi el 100% tenía parásitos, sobre todo piojos, el 30% sarna, la disentería bacilar era habitual y comenzaba a extenderse la fiebre tifoidea. Las autoridades francesas habilitaron para los heridos el Hospital Saint Jean Civil, el de Saint Louis y el viejo Hospital Militar de Perpignan, además de dos barcos hospital, el *Asni* y el *Maréchal Lyautey*, que estuvieron de servicio pocas semanas. Los médicos españoles atendimos a los exiliados en los campos de concentración, pero carecíamos de medios y no existían recursos terapéuticos apropiados, salvo los de la Sanidad Militar republicana transportados durante la retirada, que pronto se agotaron»[18].

Un significativo ejemplo lo encontramos en Saint-Cyprien, donde habían contraído disentería 85 000 de los 100 000 refugiados que malvivían en el campo. Dolors Casadella se encontraba allí con su hija de corta edad: «Tuvimos que dormir directamente encima de la arena. Sentada en el suelo, pasé la noche con mi niña encima de las rodillas. Rápidamente empezaron a morir los niños españoles. Mi hija vivió 15 días»[19].

Junto a los más pequeños, según pudo observar Sixto Úbeda, los ancianos fueron los más vulnerables: «Allí morían los que tenían más de cincuenta años, pues no podían aguantar las calamidades, las vicisitudes, la intemperie, el frío. Cada día enterrábamos a una pila de ellos en el cementerio que estaba enfrente del campo. Nos daban de comer un pan de dos kilos para 24 personas y tocábamos a dos sardinas. El agua que bebíamos era de las bombas artesanas que filtraban del mar y la descomposición del vientre era algo terrible». Eulalio Ferrer aporta un dato más sobre la «utilidad» de esas bombas que filtraban el agua del Mediterráneo: «Teníamos que hacer nuestras deposiciones en la misma orilla de la playa y se les ocurrió a los franceses en lugar de aljibes, poner unas bombas que extraían y depuraban, teóricamente, el agua del mar. Y lo que extraían eran nuestros propios detritus y claro, la cantidad de gente que murió de disentería fue enorme»[20].

La indiferencia ante la muerte de miles de españoles que demostraban las autoridades francesas contrastaba con el enorme interés que ponían en aplicar

estrategias represivas. Los refugiados eran tratados como delincuentes, sometidos a una disciplina cuasimilitar y a duros castigos físicos. Mariano Constante narra algunos aspectos de la vida cotidiana en Septfonds: «A veces, por la noche, una compañía de guardias móviles a caballo sitiaban una barraca y nos hacían salir bajo el pretexto de realizar un control. El comandante del campo nos obligaba mañana y noche a asistir a la izada y a la bajada de la bandera francesa sobre el mástil que había a la entrada del campo. Nosotros no teníamos nada contra la bandera francesa, era la bandera de la libertad, de la Revolución francesa. Pero que las autoridades, que nos tenían encerrados en esas condiciones, exigieran de nosotros la postura de "firmes" delante de ella, era demasiado. El comandante nos cortaba los víveres y la barraca se quedaba veinticuatro horas sin comer».

Los malos tratos no distinguían entre hombres y mujeres, adultos o niños. Joaquín Prades tenía solo catorce años de edad: «Estábamos muertos de hambre y teníamos tanto frío que una noche nos escapamos para coger cañas y cepas con las que hacer fuego. A la vuelta nos sorprendieron los guardias senegaleses que nos golpearon con la culata de sus fusiles. Allí todo funcionaba así, a gritos y golpes. Las primeras palabras que aprendí en francés fueron "*Allez hop*!"»[21].

El Gobierno galo creó centros especiales de internamiento en los que encerró a oficiales republicanos y miembros de las Brigadas Internacionales. El trato en estas cárceles era tan vejatorio y violento que algunas de ellas acabaron siendo clausuradas por las quejas de los partidos de la izquierda francesa. El campo disciplinario de mayor tamaño se estableció en Vernet d'Ariège. El recinto había sido utilizado como lugar de reclusión para los prisioneros de guerra alemanes, durante la Primera Guerra Mundial. Reutilizado desde 1939 como *camp répressif pour étrangers suspects*, recibió a algo más de 15 000 republicanos entre los meses de febrero y de marzo. Entre ellos se encontraban excombatientes de la Columna Durruti, de las Brigadas Internacionales y de otras unidades del Ejército Popular.

José Jornet explica la forma en que fueron tratados durante su estancia en Vernet: «Son sometidos a un severo registro a su llegada. Sus efectos personales son inmediatamente confiscados cuando no robados por los supervisores a cargo de la inspección. Al contrario que en otros campos de internamiento, hay una estricta división por zonas para aislar e identificar a los diferentes grupos presentes en el campo. La zona A está reservada a los internos comunes; la B para los considerados peligrosos, como los comunistas y los anarquistas; la C para el resto. La disciplina es draconiana y la insubordinación o la rebeldía conllevan la detención de los presos en reducidos cubículos que los refugiados bautizan como "cuadrilátero" o "picadero"»[22].

El tarraconense Josep Figueras se encontraba junto a uno de esos lugares en que internaban a los prisioneros que cometían alguna supuesta falta: «Yo dormía en la barraca 16. Muy cerca había un recinto descubierto rodeado de más alambradas en el que metían a los que no se portaban bien. Era un castigo tan o más duro como el que

recibimos años después en los campos de concentración nazis. No les daban comida, ni mantas… les dejaban a su suerte. Era una cárcel dentro de otra cárcel»[23].

Es difícil comprender los motivos por los que estos españoles fueron a parar a Vernet. Las autoridades les consideraban todavía más peligrosos que al resto de los exiliados. Sin embargo, la mayoría eran simples excombatientes republicanos y otros ni siquiera eso. Ramiro Santisteban era solo un niño que había huido de España junto a su familia: «Pusieron unas tuberías para que nos llegara el suministro de agua, pero había un coronel en la gendarmería que ordenaba que se cortara la llave de paso cuando más calor hacía. Y así nos tenía, durante horas, sin agua para beber ni para poder refrescarnos».

En las primeras semanas murieron decenas de españoles en Vernet y la enorme masificación forzó a los responsables del campo a trasladar a 6000 republicanos y apiñarlos en el interior de una antigua fábrica de ladrillos en la vecina localidad de Mazères.

INDESEABLES

Los refugiados no conseguían entender las razones que llevaban a las autoridades francesas a comportarse de una forma tan inhumana. El maltrato físico iba acompañado de una profunda campaña de desprestigio en los medios de comunicación. El Gobierno y los partidos de derechas tachaban a los exiliados de criminales, violadores, asesinos de curas e inmorales. Políticos y periodistas, mano a mano, se encargaron de provocar una alarma social que caló hondamente en la población francesa.

Los propios refugiados españoles eran conscientes del miedo irracional que llegaron a levantar entre la gente. Cristóbal Soriano no podía creer lo que escuchaba mientras era trasladado de un campo a otro, escoltado por gendarmes franceses: «En esa zona de Francia se habla catalán y yo les entendía todo lo que decían. Cuando íbamos a pasar, le decían a los más pequeños que se escondieran porque venía la gente que se comía a los niños». Los domingos, los campos se veían rodeados por decenas de curiosos que se acercaban para ver a los «monstruos españoles». Ramiro Santisteban percibió la evolución que se fue produciendo entre los habitantes de las poblaciones más próximas. Poco a poco, se dieron cuenta de que tras las alambradas no había demonios con cuernos y rabo, ni bestias despiadadas, sino personas normales y corrientes que vivían una situación desesperada: «El campo de Vernet estaba situado a lo largo de una carretera nacional. Los domingos se llenaba de gente que se acercaba a vernos como si fuéramos unos bichos raros. Nos miraban con mucha curiosidad. Algunos nos lanzaban paquetes de tabaco por encima de las alambradas. Los gendarmes no querían que lo hicieran, así que se ponían a gritar. Pero cuanto más gritaban, más tabaco y comida nos echaban. La gente se portaba

bien».

El primer objetivo que buscaban las autoridades francesas era conseguir que el medio millón de exiliados cogiera sus escasas pertenencias y volviera a España. Las calamitosas condiciones de vida a las que fueron sometidos en los campos de concentración constituyeron el primer revulsivo con el que «animarles» a hacerlo. Los datos demuestran que fue una fórmula eficaz. Ver morir a niños en las playas, padecer hambre, frío y todo tipo de humillaciones empujaron a miles de personas a desandar el camino del exilio.

Las primeras en volver fueron las familias menos comprometidas políticamente y que, por tanto, pensaban que no iban a ser represaliadas por el nuevo régimen fascista. Sin embargo, eran muchos los que no se atrevían a dar el paso. Manuel Alfonso temía el «recibimiento» que podía encontrarse al sur de los Pirineos: «Yo tenía la firme convicción de no volver a España por mis sentimientos antifascistas. Pero había veces que me fallaba la moral y me veía tentado por la posibilidad de regresar con los míos. Eso acabó el día que recibí una carta de mi casa. En ella me decían que si volvía a España podría trabajar con mi tío Vicente. Mi tío había muerto varios años atrás. Cartas así se recibían muchas en el campo. Nuestras familias usaban esos trucos para burlar a la censura y advertirnos de lo que nos ocurriría si decidíamos regresar. La represión franquista era más grande de lo que nosotros creíamos».

Los partidos republicanos, que habían logrado establecer pequeñas estructuras políticas en los campos, también se encargaban de informar a los exiliados de la situación que se vivía en España. Desde Andalucía, Extremadura o Cataluña llegaban datos sobre ejecuciones masivas, detenciones arbitrarias y todo tipo de torturas.

El Gobierno francés tuvo que redoblar su campaña de coacciones contra los españoles que, como Mariano Constante, se negaban a regresar: «Una presión intolerable fue ejercida por las autoridades del campo para hacernos retornar a España. Las condiciones de vida detestables, las amenazas, las presiones, todo era bueno para hacernos coger el camino de la frontera. Una verdadera quinta columna había sido creada en el interior del campo para desmoralizarnos y empujar a nuestros camaradas a volver a España».

Manuel Razola dibuja el panorama al que tenían que enfrentarse diariamente en los campos: «Éramos calumniados constantemente, arguyendo que habíamos venido a Francia a comer el pan de los franceses. Los dirigentes del campo se ensañaban con nosotros haciéndonos la vida imposible, multiplicando las presiones y las vejaciones. Los patronos tomaron la costumbre de acudir al campo para reclutar mano de obra. Sin embargo, la mayoría de nosotros rechazó, por dignidad, esa esclavitud disfrazada que se nos ofrecía. La desesperación provocó no pocos regresos a España y se empezó a amenazar a aquellos que se resistían a ello, con devolverlos a la fuerza a su país si no se decidían a alistarse en la Legión Extranjera».

Conforme avanzaban los meses, según Ramiro Santisteban, el nivel de presión

resultaba cada vez más difícil de soportar: «El buen trato se lo guardaban para los que regresaban a España. Todos los días nos hacían formar y un gendarme francés nos preguntaba: “¿Con Negrín o con Franco?”. A los que decían “con Franco” y regresaban a España, los ponían al otro lado de la carretera y veías llegar los camiones con pan para ellos»[24].

A pesar de la incertidumbre que les aguardaba en su patria, la campaña de maltrato, acoso y coacciones del Gobierno francés dio sus frutos. En agosto de 1939 había regresado a España la mitad del medio millón de refugiados que habían huido de las tropas franquistas durante el mes de febrero. Solo unos pocos miles habían logrado establecerse en otros destinos como México, Venezuela o la Unión Soviética.

Cuando Hitler invadió Polonia el 1 de septiembre de 1939 y, dos días después, Londres y París declararon la guerra a Alemania, quedaban en torno a 220 000 exiliados españoles en territorio francés. La inminente contienda bélica provocó que las autoridades francesas pasaran a necesitar la colaboración de los, hasta entonces, molestos «delincuentes» españoles.

DE INDESEABLES A DESEADOS

Ya en el mes de abril, el Gobierno francés había declarado «movilizables» a todos los españoles refugiados en su territorio. Con ello pretendían lograr dos objetivos. El primero, dar otro argumento más para volver a España a quienes seguían dudando sobre su futuro. El segundo, explotar a aquellos republicanos que en ningún caso pensaban regresar a su país. En los casi cinco meses que habían pasado desde entonces, varios miles de hombres se habían alistado en el Ejército francés, ya fuera en la Legión Extranjera o en las llamadas Compañías de Trabajadores Españoles. Un número importante de republicanos se incorporó por una cuestión de principios. Pensaban que, tras haber sido derrotados en España por el fascismo, la previsible guerra contra Hitler les daría una segunda oportunidad.

José Marfil se alistó junto a su padre en las Compañías de Trabajadores Españoles: «No lo hice para defender a Francia, sino para luchar contra el fascismo. Veníamos de luchar contra los alemanes en España, así que dijimos: “¡Merece la pena!”. Confiábamos en que países como Inglaterra y Francia contaran con el armamento necesario para combatirlos. Y por eso nos apuntamos voluntarios».

Lo mismo pensó el cordobés Juan Romero, que optó por la Legión Extranjera: «Me fui voluntario porque creía que era mi deber volver a combatir contra los alemanes. Nadie me obligó. Me enrolé porque quise»[25].

Sin embargo, la mayoría de quienes se habían alistado lo hicieron para escapar de las terribles condiciones de los campos y con la esperanza de ganar algo de dinero que les permitiera rehacer sus vidas. El barcelonés Josep Simon resume de forma sencilla por qué se unió a una compañía: «Tendríamos derecho a un paquete de

tabaco diario, comeríamos el rancho de los soldados franceses y cobraríamos medio franco por cada día de trabajo. También podríamos mantener correspondencia con nuestra familia y recibir paquetes de casa. Considerando las otras alternativas, esta me pareció la menos mala»[26].

En las semanas previas a la declaración de guerra, y especialmente a partir de ella, las presiones para alistarse volvieron a intensificarse. Manuel Razola era un veterano luchador antifascista, sin embargo, se resistía a incorporarse al Ejército francés: «Si a nuestra llegada a Francia hubiésemos visto en este Gobierno una clara determinación de luchar contra el nazismo, todos nosotros hubiésemos sido voluntarios para reanudar la lucha contra nuestro enemigo. Pero, de su actitud para con nosotros, de su represión, habíamos deducido que se trataba de un gobierno de capitulación».

Ramiro Santisteban destaca el hecho de que, tras meses de humillaciones, los españoles se sentían ofendidos por el brusco cambio de actitud de los responsables de los campos: «Al principio, nos machacaban preguntando quién quería regresar a España. Pero como veían que nadie quería volver, entonces comenzaban los insultos. El coronel del campo empezaba: "¡Vosotros que habéis asesinado, que habéis quemado iglesias! ¡Tenéis que volver a España!". Pero cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, ese mismo coronel se dirigía a nosotros y nos decía: "¡Acordaos, son los mismos que han quemado vuestros hogares, los que han matado a vuestras mujeres! Es el momento de vengaros. Alistaos en la Legión"»[27].

José Sáez recuerda otras promesas más «terrenales» que iban vinculadas al alistamiento: «Todos los días, a través de los altavoces del campo nos decían: "Españoles, enrolaos en el Ejército francés. Los enemigos que habéis combatido ayer son los que combatiréis mañana. Tendréis un traje azul cielo y, para comer, un primer plato y un segundo". Nosotros apenas teníamos ropa y no nos hartábamos de comer precisamente, así que había españoles que se alistaban. El día que se apuntaban tres o cuatro, el comandante del campo estaba contento y todo iba bien; pero el día que no se apuntaba nadie, ese día no se comía».

José siguió negándose a alistarse, pero cada vez más españoles como Manuel Alfonso cedían a las interminables presiones: «Fui voluntario a la fuerza. Era tanta la necesidad, la miseria… No tenía dinero, ropa ni amigos, así que para poder comer un poco mejor me apunté a una compañía de trabajadores».

A finales de 1939, en el campo de concentración de Septfonds se congregó un último grupo de «resistentes» españoles que seguían sin querer formar parte de las filas del Ejército francés. Entre ellos figuraban muchos de los más de 7000 españoles que acabaron en el campo de concentración nazi de Mauthausen. El fotógrafo Francesc Boix, el futbolista Saturnino Navazo, el boxeador Segundo Espallargás y destacados miembros de la organización comunista como Mariano Constante y Manuel Razola. Este último describe el capítulo final de su acto de rebeldía: «Fue necesario que las autoridades francesas ocupasen militarmente nuestro campo y que

recurriesen a la fuerza para diseminarnos en las compañías de trabajo formadas desde hacía ya meses en otros lugares».

En las fichas que se conservan del registro del campo, los nombres de todos ellos, junto a otros centenares de españoles, figuran como trasladados el 1 de noviembre de 1939 a localidades como Toul o Épinal, próximas a la frontera alemana[28]. Lo quisieran o no, los hastiados y desmoralizados republicanos se veían abocados a participar en una nueva guerra.

Joaquín Prades fue uno de los pocos que consiguió librarse de esa redada final realizada en Septfonds por los militares franceses. Él ya sabía que, aunque solo tenía catorce años, otros chavales de su edad habían sido reclutados: «Yo estaba con mi hermano Miguel, que tenía siete años más que yo. No queríamos alistarnos pero ya nada parecía que pudiera salvarnos. Nos cogieron y nos obligaron a pasar un reconocimiento previo a nuestra marcha. Allí había un médico español y uno francés. Yo iba detrás de mi hermano que, de golpe, se dio cuenta de que el doctor que pasaba la visita había hecho la guerra con él. Nos llevó aparte y nos dijo: “Os voy a hacer un papel para que vayáis a la barraca de la sarna. Allí nadie os hará nada”. Y así, como falsos sarnosos, nos libramos de ir a las Compañías de Trabajadores Españoles». Hoy Joaquín sabe que aquel encuentro casual con el doctor republicano les salvó, a él y a su hermano, de morir en el frente o de acabar en un campo de concentración nazi.

DE LAS HUERTAS A LA LÍNEA MAGINOT

Desconfianza, discriminación y desprecio. Estas son las tres «des» que definen la situación de los republicanos que sirvieron en las filas del Ejército francés. Una penosa coyuntura que, sin embargo, no les cogió de sorpresa después del trato que habían recibido en los campos de concentración y de la forma en que habían sido forzados a alistarse.

El número de españoles que estuvieron a las órdenes del Ministerio de la Guerra superó los 100 000. De ellos, unos 10 000 fueron enrolados en la Legión Extranjera y otras unidades militares, mientras que entre 30 000 y 35 000 hombres trabajaron en industrias de armamento, minas y tareas agrícolas. El resto, algo más de 60 000, constituyeron las llamadas Compañías de Trabajadores Españoles (CTE)[29]. Este cuerpo fue una invención del Gobierno francés para explotar laboralmente a los exiliados. Eran unidades militarizadas puesto que estaban sometidas a la disciplina castrense, dependían de los diferentes cuarteles generales y estaban dirigidas por oficiales del Ejército. Sin embargo, sus integrantes no portaban armas, vestían uniforme civil, realizaban trabajos estrictamente manuales de construcción, fortificación e incluso colaboraban en tareas agrícolas y forestales. Como apunta el madrileño Enrique Calcerrada, se trataba de un engendro de tal calibre que ni sus propios integrantes sabían lo que representaban: «A estas alturas ya no sabíamos lo

que éramos. Si se nos decía que éramos civiles, respondíamos que no, que éramos militares. Si se nos decía que éramos militares, decíamos lo contrario»[30]. A Manuel Alfonso le cuesta explicar el papel que desempeñó en aquellos meses: «Nos habíamos alistado, más o menos, como voluntarios. No éramos militares pero estábamos al servicio de ellos para toda clase de trabajos. Íbamos vestidos con un traje civil muy sencillo, pero al ser para todos igual era como un uniforme». A esta clamorosa indefinición hay que sumar la situación de desarraigo que sufrían estos hombres. Un desarraigo dramático que se resume en la experiencia que vivió el propio Manuel, cuando cayó enfermo en la compañía en la que prestaba sus servicios: «Al ingresar en el hospital me pidieron mis datos para el registro. Me preguntaron: “¿Domicilio?”, y respondí: “Ninguno”. “¿A quién avisar en caso de necesidad?”: “A nadie”. “¿Religión?”: “Ninguna”. La enfermera aquella se quedó parada y mirándome como a un bicho raro».

Cada CTE estaba formada por 250 españoles: 10 oficiales, 230 trabajadores y otros 10 empleados que ejercían de peluqueros, sastres, cocineros, enfermeros y secretarios. El grupo era tutelado por unos 25 militares franceses entre los que se encontraba el comandante, su segundo oficial y 12 guardias móviles que se encargaban de vigilar a los republicanos.

El 3 de septiembre de 1939 Francia había declarado la guerra a Alemania como respuesta a la invasión de Polonia. Aunque durante más de siete meses no se produjeron combates, los jóvenes franceses fueron llamados a filas[31].

La mano de obra española resultaba, en esos momentos, de gran utilidad, según explica Joseph González: «¿Qué ocurre en septiembre? Que es época de cosechas, de vendimia. Francia había movilizado a su juventud y la había mandado a la frontera. Alguien tiene que recoger esas cosechas y, entonces, encuentran esa mano de obra española casi gratuita. Cuando tú empleas a alguien en un trabajo y no le das más que la comida y la cama, eso se llama esclavitud. Y así fue. Cogieron a la juventud española y la pusieron a trabajar en el campo».

Otra parte de las compañías fue destinada a tareas relacionadas con la defensa nacional en localidades situadas junto a la frontera con Alemania. El Alto Mando francés decidió apostar por la estrategia que tan buenos resultados le había dado en la Primera Guerra Mundial. Resucitar y reforzar la línea Maginot le pareció la mejor opción para frenar a Hitler. Unos 12 000 españoles se dedicaron a construir fortificaciones y reforzar las ya existentes a lo largo de la que debía ser una inexpugnable barrera para las tropas alemanas.

Eduardo Escot fue de los primeros en llegar a la zona fronteriza: «Nosotros nos dedicamos a hacer una gran zanja anticarros. En su construcción trabajamos muchos españoles». José Sáez pertenecía a otra CTE desplegada a pocos kilómetros de la de Eduardo: «En la línea Maginot estuvimos en un gran bosque en el que teníamos que colocar estacas con alambres de púas. Una práctica que se hace en todas las guerras y que, de hecho, ya habíamos utilizado en España. El problema era las condiciones en

que estábamos. Había compañeros que no tenían ni zapatos. El capitán que nos comandaba nos decía que no tenía importancia, que utilizáramos la tela de unos sacos para envolvernos los pies y que, así, fuésemos a trabajar sobre la nieve. Teníamos poca comida, escasa ropa y muchos malos tratos. Cuando llegábamos a un pueblo, siempre nos dejaban las casas más apartadas para que no tuviéramos contacto con el Ejército francés. A los soldados, para meterles miedo, sus mandos les habían dicho que teníamos la sarna».

Esas penosas condiciones, según explica Manuel Razola, no eran lo único que desmoralizaba a los españoles: «Cuando llegamos a la línea Maginot, la población civil había sido evacuada. Dormíamos en las casas desocupadas. Dado que la alimentación era muy insuficiente, la completábamos con las verduras y frutas que hallábamos en los huertos abandonados y sin cultivar. En cuanto a lo demás, nos veíamos obligados a organizarnos nuevamente, por una parte para paliar las pésimas condiciones de trabajo que nos eran impuestas, por otra, para hacer frente a la situación de la *drôle de guerre*. Los franceses que nos vigilaban nos decían sin ambages que declarar la guerra a Alemania había sido un error, cuando de hecho el verdadero enemigo era la URSS. No podíamos por menos que pensar que esta actitud no presagiaba ningún futuro esperanzador ante un ejército fuerte y fanatizado como lo era el de Hitler».

A ese pesimismo contribuía también la experiencia que acumularon durante los tres años de guerra en España. Ramiro Santisteban recuerda la bisoñez de los oficiales franceses: «A toda mi compañía nos castigaron porque metimos nuestros cascos en el barro. El teniente que nos comandaba se puso hecho una fiera y nos acusó de sabotear el material. Un maestro de escuela español le dijo tranquilamente: “Por favor mi teniente, venga usted conmigo”. Salieron de la trinchera y le señaló con un dedo la posición en que se encontraban unos soldados que estaban haciendo maniobras. Se les veía a todos a muchísima distancia porque sus cascos estaban relucientes y brillaban bajo el sol. “¿Se da cuenta ahora de lo que ocurrirá si viene la aviación, mi teniente?”, le dijo nuestro maestro. El oficial se calló, pero nunca dio la orden a sus tropas de ensuciarse los cascos. Allí había un desorden y una inexperiencia tan grandes, que estábamos seguros de que el día que atacaran los alemanes, se los comían».

Francisco Griéguez cree que existía una mezcla de temor y falta de compromiso en muchos oficiales y soldados franceses: «Ellos tenían un dicho que era: “Si no hay vino, no hay soldados”. De la guerra no querían saber nada y además pasaban mucho miedo. Veían un avión a lo lejos y corrían a esconderse. Nosotros, entonces, les tirábamos una piedra y se daban un gran susto porque pensaban que era una bomba».

Su gran experiencia y la capacidad de trabajo permitieron a los españoles ganarse poco a poco el respeto de los generales franceses. Resulta muy significativa la reacción del general Georges, comandante en jefe del frente noreste, cuando sus superiores plantearon la posibilidad de replegar las compañías en mayo de 1940.

«Una retirada de estas CTE tendría efectos negativos», respondió por escrito Georges. En su misiva, destacó la rudeza y experiencia de los españoles y llegó a afirmar: «Cien españoles hacen el trabajo de ciento cincuenta trabajadores militares». Por ello pidió que se limitara al máximo la retirada de los trabajadores españoles[32].

La población civil, que inicialmente les había recibido con mucho recelo, también había cambiado de actitud. Ramiro Santisteban pudo comprobarlo cerca de la frontera belga: «Cuando teníamos unas horas libres e íbamos al pueblo, los vecinos te invitaban siempre a tomar algo en el bar. Valoraban mucho nuestra ayuda y nosotros les correspondíamos. Los civiles pasaban ya muchas necesidades y tratábamos de ayudarles en todo. Por la noche, cuando volvíamos con el camión cargado de carbón para las fortificaciones, dejábamos caer unos sacos cerca del pueblo. La gente nos lo agradecía mucho».

Pese a esa valoración positiva, los españoles seguían sin contar con los medios más imprescindibles para hacer frente a lo que se avecinaba. El dos de mayo, solo ocho días antes de que el Ejército alemán iniciara la invasión, el comandante de uno de los grupos más numerosos de la CTE solicitaba «que fueran enviados con urgencia 2200 cascos» y otras tantas máscaras antigás. En siete meses de *drôle de guerre* no se le había ocurrido hacer tan importante petición. El documento no llegó a su destino hasta el doce de mayo[33]. 2200 españoles ya llevaban dos días haciendo la guerra «a cabeza descubierta».

La «guerra de broma» había dado paso a la real el 10 de mayo de 1940. En pocos días el Ejército alemán ocupó Holanda, Bélgica y Luxemburgo e inició la conquista de Francia. Un considerable número de españoles se encontraba en ese frente nororiental.

Cristóbal Soriano «combatía» con la Legión Extranjera: «Me encontraba en la frontera belga y tenía solo 40 balas. No se me olvidará nunca. ¿Qué se puede hacer con 40 cartuchos? Nosotros veníamos de la guerra de España donde los alemanes habían probado todo su arsenal bélico. Así que yo les decía a los franceses: “¡Estáis locos, así nunca ganaremos la guerra!”. Y así fue, cuando se acabaron las 40 balas… ¡Sálvese el que pueda! No mucho tiempo después nos capturaron los alemanes. Íbamos seis españoles juntos. Estábamos agotados, paramos a descansar y nos quedamos dormidos. Nos despertaron unos gritos en alemán: “¡*Raus, raus*!”. Los soldados nos querían matar, pero fue el capitán el que les dijo que no, que éramos prisioneros de guerra. Ellos no sabían que éramos españoles, pensaban que éramos franceses. Poco a poco nos fuimos juntando un montón de prisioneros y, de golpe, vi a uno que venía con el brazo colgando. Era mi hermano, que había recibido un balazo».

En esa misma zona pero sirviendo en una compañía de trabajadores estaba Ramiro Santisteban: «Nuestro capitán desapareció la primera noche. Cogió su coche y a su conductor y se marchó. No le volvimos a ver más. Pues así fue todo. Las carreteras estaban repletas de soldados huyendo sin ningún mando, no había

resistencia… un desastre. Los militares franceses no estaban al tanto de la guerra moderna. Mientras huíamos, los aviones alemanes nos atacaban. Aquello fue una verdadera carnicería». Ramiro huyó hacia el oeste, en dirección a París, pero fue capturado junto a su padre y su hermano en la ciudad de Amiens.

En ese momento, otro numeroso grupo de españoles se encontraba rodeado por la Wehrmacht, junto al grueso del Ejército británico y parte de las tropas francesas, en la bolsa de Dunkerque. En un reducido palmo de terreno junto a las playas del Mar del Norte se congregaban más de medio millón de soldados aliados. La desesperada situación provocó que Londres decidiera la evacuación naval de sus tropas en la conocida como operación Dynamo. Entre quienes trataban de huir se encontraba un número indeterminado de republicanos alistados en la Legión Extranjera.

Gracias a un detallado informe que realizó el capitán francés Robert J. Eugène Noiret, sabemos que en la zona había también seis Compañías de Trabajadores Españoles de las que formaban parte 1500 hombres[34]. José Marfil era uno de ellos: «Cuando atacaron los alemanes con todas sus fuerzas, nosotros no teníamos nada para defendernos. Llegamos hasta las playas de Dunkerque y allí no había salida posible. Veíamos desde las dunas cómo los aviones nazis y británicos combatían sobre nuestras cabezas. Muy pronto los *stukas* alemanes se adueñaron del cielo y se dedicaron a bombardearnos. El fuego de artillería también fue muy intenso y provocó muchas bajas. Nos ametrallaban continuamente y yo vi, durante aquellos días, pasar muy cerca de mí las balas».

El capitán Noiret era quien comandaba el grupo de José, formado por las seis compañías españolas y otras dos internacionales. En su informe aportó detalles dramáticos de aquellos días y destacó el valor de los españoles. Noiret describió cómo el 23 de mayo participaban junto a un batallón francés del 148 regimiento de infantería en la fortificación del pueblo de Loon-Plage, en el extremo occidental de Dunkerque: «En la mañana del día 23, el batallón francés abandonó Loon-Plage sin avisarme. Por lo tanto, la defensa del pueblo y sus alrededores quedó en manos de los trabajadores españoles e internacionales». El capitán destacó que sus unidades contaban con algunas armas que habían conseguido en medio de aquel caos. Ante la intensidad de los bombardeos y la proximidad de las tropas enemigas, el grupo recibió la orden de rodear Dunkerque por el sur y estacionarse en las playas de Bray-Dunes, a donde llegaron el día 29: «La afluencia de civiles era muy grande. También la de soldados ingleses y franceses que llegaban en grupo o solos. Esta multitud llegó a pie, a caballo, con o sin material pero, generalmente, sin armas, sin mandos. Todos se amontonaron en Bray-Dunes a la espera de ser embarcados (…). Al día siguiente, la multitud se dispersó cuando comenzaron los bombardeos. A petición del comandante de la gendarmería, las compañías del grupo fueron puestas a su disposición y ejecutaron la limpieza de Bray-Dunes de restos de material, restos de animales muertos, armamento abandonado (…). Los días siguientes las unidades continuaron su trabajo, a pesar de que iban aumentando más y más en intensidad los

bombardeos y que provocaban sensibles bajas. Realizaron una contribución significativa a la inhumación de cadáveres, a la lucha contra los incendios que eran frecuentes como resultado de los ataques y al transporte de munición y material (…). El 1, 2 y 3 de junio la intensidad de los bombardeos aéreos y de artillería cobraron una gran amplitud. Las pérdidas fueron importantes entre las unidades del grupo que, aun así, resistieron tranquilas y en orden. El día 3, a consecuencia de un bombardeo efectuado con artillería de grueso calibre, tres franceses de la 59.ª compañía fueron mortalmente heridos. Varios españoles, que se habían resguardado en un refugio cubierto de raíles, murieron cuando una bomba de grueso calibre impactó sobre ellos. La tarde fue muy agitada debido a la intensidad de los bombardeos, y las pérdidas fueron muy sensibles entre las unidades que estaban dispersas entre las dunas».

Mientras tanto, la Royal Navy había conseguido evacuar a 225 000 británicos y más de 110 000 franceses. Entre estos últimos se encontraba un reducido número de españoles de la Legión Extranjera que, meses después, seguirían combatiendo contra Hitler.

Sin embargo, se impidió embarcar a los integrantes de las Compañías de Trabajadores Españoles al no considerarles miembros del Ejército francés. Ante esa negativa, el extremeño Servídeo García fue uno de los que trató de escapar por sus propios medios: «Empleamos toda clase de recursos e ideas que se nos presentaban para huir de aquel infierno o salvar la vida. Nos aventuramos en pequeñas embarcaciones, botes de entre cuatro y doce plazas que se encontraban en mal estado. Ello, unido a nuestras pocas cualidades para luchar con el agua y al embravecido Mar del Norte, impidió que pudiéramos llevarlo a cabo, naufragando cuantas veces lo intentamos. En una de ellas, la última, quedé con el calzón exclusivamente y agradecido porque había salvado la piel»[35].

El 4 de junio, Servídeo y el resto de los españoles fue capturado por los alemanes, como relató el capitán Noiret: «A las cinco de la mañana envié un emisario al cuartel general. A las seis y media regresó con la información de que se había producido la rendición. En ese momento las tropas alemanas surgieron alrededor nuestro y nos capturaron. Todas las unidades dispersas en las dunas fueron capturadas entre las 6.30 y las 7.30. La historia del grupo de trabajadores españoles e internacionales había terminado».

Servídeo recuerda la sensación que les invadió en el momento de ser capturados: «Es así como sin dejar de estar recluido ni gozar de un átomo de libertad desde que penetré en Francia, pasé de manos de unas tropas a otras y abandoné el territorio francés en el que tantos desengaños, calamidades y sinsabores había sufrido». La versión española de la batalla de Dunkerque terminaba con un puñado de republicanos evacuados, centenares de muertos y cerca de 2000 prisioneros.

El grueso de las Compañías de Trabajadores Españoles se encontraba muy lejos del frente de batalla. Durante más de treinta días, la invasión alemana apenas provocó

efecto alguno en la reforzada Línea Maginot. Los generales franceses, que tanto se habían preocupado en velar por su histórica barrera defensiva, comenzaban a darse cuenta de que no les iba a servir para nada. Hitler había sorteado la Línea por el norte y, tras tomar Dunkerque, dirigía a sus ejércitos hacia el sur para atacarla desde su retaguardia.

El 7 de junio, en un intento por seguir controlando la situación, el Alto Mando francés ejecutó el repliegue de más de 2200 españoles. Las nueve CTE en que estaban encuadrados fueron alejadas de la frontera y, tras recorrer en tren 180 kilómetros, se establecieron en las cercanías de la localidad de Sainte-Menehould[36].

Otros 10 000 republicanos permanecieron desplegados a lo largo de la Línea. Para unos y otros la suerte estaba echada. Entre ese día y el 11 de junio, en que cayó la ciudad de Reims, se inició una auténtica desbandada. La mayoría de los oficiales franceses desapareció. Los españoles, junto a miles de soldados galos, emprendieron una caótica huida hacia el este y el sur buscando alejarse de los alemanes.

Francisco Griéguez formaba parte de esa multitud que se batía en retirada: «Los franceses que tenían galones se esfumaron. Allí nada más que había soldados, cada uno por su lado, corriendo hacia todas partes. No hubo combate alguno en nuestra zona». El bilbaíno Marcelino Bilbao se enteró de la nueva situación bruscamente, a través de su amigo y paisano Ángel Elejalde: «Una mañana en la que dormía plácidamente me despertaron unas patadas: “¡*Gudari*! ¡Coge tu macuto y vámonos!”. “¿A dónde vas Jalde?”, le pregunté aún medio dormido. “¡Coge tu chaqueta y vámonos! ¡Rápido!”, insistía. “¡Que te van a fusilar por desertor…!”, le advertí. “Pobre Bilbao, ¡si los franceses ya están en París! ¡Nos han abandonado sin decirnos nada!”. Nos retiramos apresuradamente salvando lo poco que poseíamos. Ropa no, porque no teníamos, pero, por ejemplo, un saquito en el que habíamos ido guardando la ración de tabaco que los franceses nos repartían a diario y que, a los que no éramos fumadores, nos servía para hacer intercambios. Corríamos como locos pero los alemanes se nos echaban encima. ¡Joder! ¡Apareció la aviación y empezó sus bombardeos…!»[37].

Esos ataques provocaron decenas de víctimas entre los hombres, mujeres y niños que abarrotaban las carreteras. Enrique Calcerrada resume la obsesión que pasaba por sus cabezas: «Toda esa población, fuera de quicio, no tenía otra meta que la huida; huir como fuese, no importaba dónde, pero huir. Ese mundo amedrentado tenía que marchar por vías secundarias, caminos y atajos menos expuestos a los ataques de la aviación enemiga. Civiles y compañías similares a la nuestra se unían en la retirada en anárquica ola humana que se iba incrementando como una bola de nieve». Eduardo Escot supo desde el principio qué ruta tomar en medio de aquel tremendo caos: «Mientras fui teniente en la guerra de España adquirí un buen sentido de la orientación. Sabía hacia dónde debíamos caminar para llegar a Suiza. Estaba lejos pero resultaba la mejor opción en aquellos momentos».

Escot no lo lograría; otros españoles, como el manchego Luis Perea, sí. Tras

recorrer a pie, junto a varios compañeros, cerca de 200 kilómetros, consiguió llegar a la frontera suiza: «Nuestra sorpresa fue enorme cuando nos encontramos con que los guardias fronterizos suizos no nos dejaban pasar. No nos quedó más remedio que darnos la vuelta»[38]. Perea fue capturado por los alemanes, poco después, cerca de la ciudad de Delle.

Manuel Razola creyó tener más suerte cuando logró cruzar la frontera y entrar en Suiza. Formaba parte de un grupo de soldados franceses al que se había unido un puñado de españoles. Los suizos, inicialmente, les brindaron a todos el mismo trato, pero pasadas unas noches separaron a los republicanos: «Cuál no sería nuestra sorpresa al ver de cada lado de la escalera una fila de soldados con casco y con las bayonetas caladas que nos conducían hasta unos camiones militares. Los suizos habían adoptado precauciones propias de las de un traslado de criminales. Los camiones arrancaron en plena noche. Nos hicieron bajar de estos al llegar al otro lado de la frontera francesa. Allí nos abandonaron a nuestra suerte. Unas horas más tarde, los soldados alemanes nos descubrieron en el bosque en que nos habíamos ocultado». Razola y Perea fueron solo dos de los cientos de españoles que acabaron en el campo de concentración de Mauthausen gracias a la peculiar neutralidad que Suiza practicó durante toda la guerra.

El grueso de los republicanos, que seguían huyendo desordenadamente, no tuvo que probar la «hospitalidad» helvética. La Wehrmacht atravesó finalmente la Línea Maginot y les envolvió en la conocida como «bolsa de los Vosgos». Cerca de medio millón de soldados franceses y unos 10 000 españoles se vieron cercados en la región boscosa ubicada en el triángulo que forman las ciudades de Épinal, Sélestat y Belfort. Todos ellos cayeron en manos alemanas antes de que, el día 22 de junio, la Francia que ya controlaba el mariscal Pétain firmara un vergonzante armisticio con Hitler. Poco después de ser capturado, Josep Figueras sintió por primera vez que su suerte iba a ser diferente a la de sus compañeros franceses: «A ellos les metieron dentro de la iglesia de un pueblo. Allí atendieron a los heridos y les dieron de comer pan y chocolate. A los españoles nos dejaron fuera. Un oficial alemán se encaró con nosotros y nos empezó a llamar comunistas, rojos y cosas por el estilo. Nos quitaron todo lo que llevábamos, nos dieron una manta y nos mantenían separados del resto. Yo pensé que acabarían fusilándonos».

Hubo otro importante grupo de españoles que logró escapar de las garras de los nazis. En su mayoría formaban parte de compañías de trabajadores destinadas en lugares alejados del frente. Sus oficiales desertaron y ellos tiraron sus uniformes, huyeron y se dedicaron a trabajar en las granjas y los pueblos, especialmente, del sur del país. Virgilio Peña lo hacía en una zona tranquila, construyendo una pista de aterrizaje para cazas: «Nos reunió el oficial y nos dijo que los alemanes llegarían en unos pocos días. Nos aconsejó dispersarnos en grupos pequeños para evitar que nos cogieran prisioneros. Conmigo había compañeros que habían estado bajo mi mando

durante la guerra de España. Total, que al final éramos demasiados, unos quince. Formamos tres grupos que andábamos a cierta distancia durante el día y nos volvíamos a reunir para pasar la noche. Así conseguimos nuestro objetivo». Virgilio encontró trabajo en una viña y podría haber pasado toda la guerra sano y salvo. Sin embargo, meses más tarde se uniría a la Resistencia y sería detenido, torturado y trasladado al campo de concentración de Buchenwald.

No menos dramática es la historia de Josep Simon. A diferencia de la mayor parte de sus compañeros de la 22.ª CTE, Josep burló con otros doce españoles el cerco impuesto por los alemanes en los Vosgos. Hambrientos y agotados, trataron durante días de encontrar un trabajo que les permitiera comer. Desesperados por su situación decidieron presentarse en el Ayuntamiento de la ciudad de Remoncourt: «Atravesamos el pueblo sin ningún incidente. Una vez dentro del Ayuntamiento nos recibió el alcalde, a cuyo lado estaba un oficial alemán. Después de escuchar nuestras explicaciones nos hizo un salvoconducto. Nos recomendó que con ese documento nos presentásemos al comandante militar alemán que estaba destacado en la ciudad de Épinal, cabeza del departamento. A pie, hicimos ese considerable trayecto. Como teníamos tiempo, por el camino elucubrábamos sobre nuestro destino. Al llegar a la ciudad preguntamos por la comandancia de los alemanes. No nos costó trabajo encontrarla. Allí les entregamos el salvoconducto y quedamos confinados en una escuela». La falta de alternativas y la desesperación habían hecho que Josep Simon y sus doce compañeros se metieran ellos mismos en la boca del lobo. Simon pagaría su comprensible ingenuidad muy cara, con cuatro años y medio de interminables tormentos en Mauthausen. La mayoría de quienes le acompañaban en esas primeras horas de cautiverio en la escuela de Épinal solo pudieron salir del campo de concentración convertidos en humo y cenizas.

EN MANOS DE LOS NAZIS

En Épinal los alemanes establecieron uno de los llamados *frontstalags* o campos de tránsito. Había más de un centenar repartidos por toda Francia[39]. En ellos se reunió a los casi dos millones de prisioneros capturados durante el mes y medio que tardó Hitler en conquistar todo el país.

Eduardo Escot no daba crédito a lo que veía: «Era tremendo de ver. En Épinal había miles y miles de hombres. La inmensa mayoría eran soldados franceses pero también estábamos un buen número de españoles. Todos apresados y sin saber lo que iba a ser de nosotros». La masificación era tal, según relata Enrique Calcerrada, que los alemanes tuvieron que tomar medidas para evitar la aparición de epidemias: «Los prisioneros estábamos agrupados por nacionalidades y por razas; había franceses, que era el contingente más numeroso, belgas, judíos, polacos, españoles… Los británicos se habían disuelto como la sal en el agua y no se veían en Épinal. El hacinamiento de

miles de prisioneros necesitó que se tomaran drásticas medidas higiénicas, propias de todas las aglomeraciones en situación caótica. Los excusados habituales debieron ser reemplazados por largas zanjas recaudadoras de despojos e inmundicias». El problema llegó en el momento en que esos rústicos pozos negros comenzaron a rebosar. Calcerrada comprobó entonces quiénes eran el principal objetivo de las iras de sus guardianes: «Esa tarea fue destinada a un grupo especial de prisioneros, los judíos. Los alemanes les obligaron a realizar ese trabajo de forma humillante. Las inmundicias debían ser sacadas de las zanjas con cascos militares y, para colmo del caso, con la mano desnuda. Después tenían que echarlas en grandes recipientes descubiertos y transportarlas en una carreta empujada y tirada a fuerza de brazos. El suelo del cuartel era de tierra apisonada y con muchos baches y desniveles, por lo que la carreta, en su descompasado vaivén, esparcía su inmunda carga sobre sus servidores, rociándoles de excrementos. Los españoles no hacíamos ese trabajo, ni tampoco el resto de los prisioneros. A nosotros nos ocuparon en tareas más sencillas como la instalación de alambradas alrededor del cuartel para evitar evasiones».

Fugarse aprovechando el caos reinante no resultaba demasiado complicado. Los soldados alemanes eran incapaces de vigilar adecuadamente a tantísimos prisioneros. El problema era qué hacer y a dónde ir después de la evasión. Josep Simon no fue capaz de responder a esas preguntas cuando se escapó de Épinal junto a otro español. Ambos habían sido obligados a realizar unos trabajos, junto a varios franceses, en la cercana estación de ferrocarril. Aprovechando un descuido de sus guardianes, lograron llegar hasta un bosque próximo: «¿Y ahora qué? Pasado el momento inicial de euforia, comenzamos a pensar. ¿Qué podemos hacer? Solamente teníamos la ropa que llevábamos puesta. Sin dinero, mal calzados. El poco dinero y las escasas pertenencias las teníamos en aquella cuadra de caballos que nos servía de alojamiento. Mi amigo estaba resignado y me dijo: “Haré lo que tú quieras”. Como no veíamos las cosas claras y apesadumbrados por perder una ocasión así, volvimos al andén. Allí todo seguía igual, todo era normal. Nos reintegramos al grupo. Ni los franceses ni los guardias habían advertido nuestro intento de fuga».

Pasados unos días, los alemanes comenzaron a trasladar a los prisioneros hasta los que deberían ser sus destinos definitivos durante el resto de la guerra. Los oficiales fueron enviados a los llamados *oflags*, unos campos que ofrecían las mejores condiciones de vida en el universo represivo creado por el Reich. El resto fue trasladado a los *stalags* o campos de prisioneros de guerra en los que, más o menos, se cumplían las normas marcadas por la Convención de Ginebra. En este grupo se encontraban todos los españoles, ya que los alemanes les dieron el mismo trato que a los soldados franceses. Mezclados con ellos se dirigieron hacia sus nuevos destinos. Por delante, eso sí, les aguardaba un largo camino ya que, aunque algunos fueron enviados a *stalags* ubicados en territorio francés, la mayoría tuvo que recorrer centenares de kilómetros para llegar a los campos de prisioneros situados en las regiones más alejadas de Alemania.

Marcelino Bilbao tuvo relativa suerte porque fue destinado a Estrasburgo: «Fuimos a pie hasta allí. Ahogados por el sofocante calor de finales de junio, una enorme columna de prisioneros anduvimos durante un par de jornadas para completar los 150 kilómetros que distaban desde Épinal. La travesía agotó hasta al más fuerte, y los soldados franceses, que además caminaban equipados con macutos y otros enseres militares, sufrieron más de un desmayo. Menos mal que por el camino algunas monjas montadas en bicicleta repartieron comida entre los prisioneros. Las religiosas francesas se portaron muy bien con nosotros».

El destino de Josep Simon se encontraba a casi 1000 kilómetros de Épinal, en el *stalag* VIII-C levantado por los alemanes en la localidad de Sagan[40]: «No tuvimos tiempo de nada. Solo de recoger las escasas pertenencias que teníamos y… a la estación. Una vez allí, después de contemplar la salida de muchos trenes de pasajeros, nos metieron en uno que estaba destinado a transportar animales. Aquellos que, según los alemanes, eran aptos para cuarenta hombres o para ocho caballos. Pasado tanto tiempo, es difícil precisar si el viaje duró tres o cuatro días. Muchas veces el tren permanecía parado sin que nadie nos dijera los motivos. Supongo que, por las necesidades de la guerra, otros trenes tenían prioridad sobre el nuestro».

Quizás el traslado más duro lo sufrieron quienes habían sido capturados en la zona de Dunkerque. José Marfil caminaba hacia el este junto a su padre y millares de prisioneros: «Fueron muchas horas de caminata bajo un intenso calor. Según iba pasando el tiempo, yo veía que mi padre no era capaz de seguir el ritmo. Los alemanes trajeron unos camiones en los que iban subiendo a quienes no podían más. Mi padre se subió a uno de ellos y yo traté de seguirle, pero ellos me miraron y me empujaron abajo. El camión se marchó y nunca más le volví a ver». El padre de José se convertiría, dos meses después, en el primer español que murió en Mauthausen. Cuando se separaron en esa carretera francesa no sabían que en ese traslado se estaba jugando parte de su futuro.

Para los prisioneros, acabar en uno u otro *stalag* significó adelantar o retrasar en muchos meses su deportación. Quienes como el padre de José llegaron al situado en la ciudad de Moosburg fueron los primeros en ser deportados, en agosto de ese mismo año. José, en cambio, permanecería en la relativa comodidad de los *stalags* hasta el mes de enero de 1941, y otros republicanos, por el simple hecho de haber sido confinados en Fráncfort o Krems, no llegarían a Mauthausen hasta septiembre o diciembre de ese año. Por tanto, algo tan aleatorio como subir a un camión, separarse de un grupo o, simplemente el azar, influyó en el tiempo que pasaron entre las alambradas del campo de concentración. Ni siquiera los alemanes preveían esos «detalles» cuando hicieron que José se separara de su padre para continuar la marcha a pie: «Al término de la caminata llegamos a una estación donde montamos en un tren que nos llevó a Holanda. Luego nos subieron a un *ferry* que nos llevó hasta Alemania. Al desembarcar vinieron unos jóvenes hitlerianos que se pusieron a un lado y otro de la pasarela por la que teníamos que bajar. Según pasábamos nos

insultaron, nos empujaron y repartieron algunos golpes. Ahí comencé a darme cuenta de la actitud de estos alemanes fanáticos. Finalmente nos subieron a otro tren que nos llevó hasta la ciudad de Sagan». José había recorrido más de mil kilómetros. Ante él y ante otros 10 000 republicanos españoles se abrían las puertas de los campos de prisioneros de guerra.

PRISIONEROS CON DERECHOS

El Reich estableció un tupida red de *stalags* que cubría toda Alemania y las naciones ocupadas, con el objetivo de albergar a los millones de prisioneros que habían caído en sus manos durante la conquista de Europa. Los españoles quedaron inicialmente muy repartidos y la mayoría acabó pasando por dos o más campos. En Fallingbostel, Estrasburgo, Sagan y Altengrabow es donde se concentró un mayor número de republicanos. A su llegada les fotografiaron, tomaron sus datos y les dieron un número de prisionero grabado en una pequeña placa metálica que debían llevar colgada del cuello. Allí compartieron cautiverio y condiciones de vida con soldados franceses, holandeses, belgas, británicos… Se trataba de campos para prisioneros de guerra y no de campos de concentración. Los guardianes eran soldados del Ejército alemán en lugar de miembros de las temibles SS[41]. Eran recintos en que, por lo general, se respetaba la legislación internacional que garantizaba los derechos de los cautivos. Los españoles pudieron también mantener correspondencia con sus seres queridos y recibir paquetes con ropa y comida.

Francisco Griéguez encontró casi acogedor el *stalag* de la ciudad alemana de Trier: «No estábamos mal porque nos trataban como a prisioneros de guerra, igual que a los soldados franceses. El rancho era suficiente y para todos igual». Marcial Mayans se encontraba en un campo situado cerca de Fráncfort. Cuando lo compara con lo que viviría meses después en Mauthausen, no puede dejar de esbozar una sonrisa: «Conseguí pasar más de un año estudiando en la biblioteca del campo. Me camelé a un oficial explicándole que me interesaba mucho estudiar la vida y obra de los grandes filósofos y literatos alemanes, y me permitió dedicar tiempo a la lectura. Tuve esa suerte, pero porque eran soldados del ejército; aunque eran fascistas no eran de las SS. Eran otra cosa, eran más… personas».

A diferencia de Mayans, el resto de los prisioneros tenía que realizar diferentes trabajos. Unos se dedicaban a la limpieza y el mantenimiento de las instalaciones de los propios campos, mientras que otros fueron destinados a tareas agrícolas o forestales. Cristóbal Soriano recuerda su paso por el *stalag* de Fallingbostel: «En general, yo estaba bien. Me pusieron a trabajar la tierra y allí comíamos lo mismo que comía nuestro patrón. Lo único malo es que nos daban poco pan y cuando pedíamos más, siempre nos lo negaban diciendo que nos estropeaba el estómago».

Unos 750 españoles compartieron las barracas de madera del campo de

prisioneros de Sagan, en el extremo oriental de Alemania. Este lugar pasaría, años más tarde, a ser mundialmente conocido porque un campo anexo fue el escenario de la célebre «gran evasión»[42]. A su llegada, el castellonense Francisco Batiste no pudo evitar comparar el trato en ese campo con el que habían recibido en Francia meses atrás: «Hicimos una comparación que, en un principio, nos pareció favorable. Trato, alojamiento, alimentación e higiene así lo daban a entender. Y todo ello favorecido por la organización y disciplina que corría a cargo de oficiales aliados, aunque bajo mando y vigilancia del Ejército regular alemán. También fuimos autorizados a conservar nuestros escasos objetos personales, cuyo mayor tesoro era alguna foto familiar que, al contemplarla, elevaba nuestra decaída moral»[43].

El relato más pormenorizado de lo vivido en Sagan se lo debemos a Servídeo García, que, incluso, detalló el escaso menú que recibían los prisioneros: «Una especie de café sin azúcar ni cosa parecida por la mañana. A mediodía tres cuartos de litro de sopa hecha con patatas sin mondar, trozos de zanahoria, unas semillas parecidas al trigo y, en raras ocasiones, algún pedazo de tocino. Por la tarde, como cena, un pan militar de un kilo, muy negro y duro, por cada cinco prisioneros y 20 o 30 gramos de una clase de cecina que no puedo decir a base de qué estaba hecha, pero que aunque fuese de perro a nosotros nos sabía a puro jamón. A veces, en lugar de la cecina nos daban una pequeña porción de queso que, en realidad, era una pura mezcla de patatas u otra clase de harinas bastas».

Una escasa ración de alimentos para adultos jóvenes que trabajaban desde las seis de la mañana a las siete de la tarde: «El hambre que padecía el conjunto del grupo y la imposibilidad de saciarla, traía consigo una enorme cantidad de querellas y disputas sobre todo en la distribución de las comidas. Unos decían que les había tocado demasiado clara la porción de rancho, otros que su porción de pan era más pequeña que la de los demás. En fin, una guerra continua contra el horror del hambre».

Pasados los primeros días, la situación mejoró porque comenzaron a salir a trabajar al exterior ayudando a los campesinos y granjeros de la zona. Ello les permitía conseguir algo de comida extra. Aun así, Josep Simon no podía dejar de sentirse como un esclavo: «Nos veían como una mano de obra barata y susceptible de ser explotada. La movilización motivada por la guerra había dejado muchas vacantes en todos los sectores laborales. Los hombres jóvenes estaban combatiendo y nosotros podíamos cubrir sus puestos. Eso sí, no cobraríamos ningún sueldo. Aquellos que nos alquilaban solo tenían la obligación de alimentarnos. La paga, si es que la había, era para los oficiales del ejército. Nada nuevo, para eso nos habían hecho viajar hasta aquel lugar. Nos preguntaron qué oficio teníamos. Cuando me tocó el turno les dije la verdad: que siempre había trabajado en la rama del textil. Lo mismo dijeron otros compañeros. Salimos ocho trabajadores del textil. Seguramente no necesitaban gente de esa especialidad porque nos pusieron a trabajar en una plantación de árboles».

José Marfil tuvo más suerte porque su profesión era muy valorada en aquel lugar:

«Yo era carpintero y nos trataban muy bien. Trabajábamos en armonía con los civiles alemanes y comíamos bien. Éramos prisioneros de guerra y no pedíamos más. Si nos hubieran dejado allí hasta el final de la guerra hubiésemos sido felices».

La imagen que guardan los supervivientes de su paso por los *stalags* se ha idealizado considerablemente, debido al criminal trato al que fueron sometidos más tarde en Mauthausen. Sin embargo, fue en estos campos donde comenzaron a sufrir las iras de los soldados del Reich, tal y como explica Luis Estañ: «Allí vi el racismo de los alemanes por primera vez. A los ingleses, pese a ser sus enemigos, les trataban mejor. Luego íbamos los latinos que estábamos un escalafón por debajo. Luego los yugoslavos… y los que peor eran los negros. No los trataban ni como personas. Nos agrupaban en las barracas por nacionalidad y por estatus racial»[44].

En Trier, Amadeo Sinca fue víctima y testigo de constantes vejaciones: «El capítulo de humillaciones fue reservado para los españoles, o por lo menos nosotros así lo consideramos. Uno de mis mejores amigos, Primitivo, fue sorprendido mientras defecaba en un bosquecillo próximo. El guardia, con un bastón que llevaba, le azotó varias veces. Después le hizo recoger los excrementos con las dos manos y se los hizo pasear por todo el campo. Tras media hora de paseo le acompañó a uno de los recipientes y le hizo vaciar su maloliente contenido. Más tarde le llevó a una de las barberías del *stalag* donde le hizo cortar el cabello en la mitad del cráneo, así como afeitar media cara y medio bigote»[45].

Marcial Mayans, que seguía enclaustrado en la biblioteca de su *stalag*, sufrió en sus carnes la primera gran paliza de su vida: «Un oficial alemán empezó a hablar conmigo porque sabía que era español. Me contó que él había combatido en la aviación alemana, en la Legión Cóndor, durante nuestra guerra. Yo le pregunté si había participado en los bombardeos sobre Barcelona y me dijo que sí. Entonces me acordé del día en que sus bombas cayeron sobre la Maternidad. Yo bajé enseguida a ayudar porque estaba a 150 metros de mi casa. Cuando llegué vi cuerpos pequeñitos destrozados, mujeres mutiladas, sangre por todas partes… Un desastre. Total, que no pude evitar encararme con el alemán y decirle que no merecía una medalla sino una “corbata de cuerda”. ¡Hostias, me pegó una bofetada tremenda! Me tiró al suelo y me pateó con sus botas. Perdí doce dientes y después de la guerra me tuvieron que recomponer toda la cara».

José Marfil explica cómo en Sagan consiguieron cambiar mínimamente ese sentimiento de desprecio hacia los «rojos españoles»: «Recibimos la visita de un grupo de altos oficiales que, cuando se enteraron de que éramos republicanos dijeron: “Esos hombres no conocen la disciplina militar. Son anarquistas”. Uno de los nuestros entendía el alemán y pidió permiso para hacer una demostración». En ese momento, Servídeo García, que solía dirigir la instrucción de los españoles, dio la voz de «firmes» y comenzaron a desfilar marcialmente delante de los sorprendidos oficiales: «Después de que se marcharan, algunos soldados nos informaron de que les

había chocado mucho más porque no nos creían capaces de realizar esos ejercicios por ser civiles procedentes de las bandas o tribus que formaban los rojos revolucionarios de España. Nuestra actitud provocó un cambio en las autoridades alemanas que nos permitieron disponer de más amplitud en las barracas…».

Los prisioneros pudieron, durante su estancia en los *stalags*, disfrutar de su tiempo libre. En Trier, un recluso llamado Jean Paul Sartre escribió y consiguió que se representara una pieza teatral, *Barioná*, el hijo del trueno. En Sagan los internos llegaron a disponer de un pequeño teatro al que bautizaron como «Les Folies Saganaises», en el que los franceses realizaron diversas representaciones. También editaban una modesta revista, *Le Soleil Saganais*, que contenía chistes, pasatiempos, noticias y poesías. La música, la pintura y el fútbol fueron otras de las aficiones que se les permitió cultivar. El prisionero francés Jean Billon dibujó, en aquellos meses de relativa tranquilidad, varios retratos de prisioneros españoles[46]. Después de todo lo que habían pasado en la guerra de España y más tarde en Francia, los republicanos sentían que, definitivamente, ese no era un mal lugar para aguardar el final de la contienda. Sin embargo, su situación dio un giro dramático el día en el que unos hombres, vestidos con gabardinas, aparecieron en los *stalags*.

INTERVIENE LA GESTAPO

Aunque algunos grupos ya habían sido deportados a Mauthausen, la gran cacería de españoles en los *stalags* comenzó a finales de septiembre de 1940[47].

Agentes de la Gestapo se presentaron en los campos de prisioneros para localizar a los republicanos. El 1 de octubre le tocó el turno a Sagan, como recuerda Josep Simon: «Nos obligaron a formar. Primero nos fotografiaron uno por uno y nos hicieron una ficha. Llevaba la voz cantante un hombre vestido de paisano que hablaba bien el español. Nos interrogaron. En apariencia se trataba de conocer nuestra filiación, el origen y las habilidades profesionales de todos nosotros. Algunos compañeros no desconfiaron nada y contaron toda su vida con pelos y señales. Cuando me tocó el turno, entre otras cuestiones me preguntó si había combatido voluntario o había sido llamado a filas en la guerra de España. Yo respondí que fui llamado a filas porque esa era la verdad».

José Marfil preguntó al agente alemán por el motivo del interrogatorio: «No sabíamos que eran de la Gestapo pero yo les pregunté las razones por las que nos estaban fichando. Nunca olvidaré su respuesta: “Os vamos a llevar a un sitio apropiado para vosotros”». Servídeo García recuerda que el pánico se instaló entre los españoles: «A partir de ese momento se generó una gran preocupación. Circulaban todo tipo de rumores y bulos sobre lo que nos iba a ocurrir. Ninguno de ellos era nada halagüeño. El 26 de octubre el comandante del campo nos prohibió

volver a salir a trabajar al exterior y nos obligó a permanecer en las barracas».

Los republicanos de Sagan y de algunos otros *stalags* fueron informados de que iban a ser trasladados a Francia para ser puestos en libertad. Enrique Calcerrada, como muchos otros, desconfió de estas promesas: «Se nos dijo que volveríamos a Francia como liberados civiles pero que antes pasaríamos a manos de la Cruz Roja Internacional que nos acogería bajo su tutela, nos trasladaría y repatriaría. Además, nos dieron toda una serie de explicaciones a cuál más dudosa».

La realidad le dio la razón. Por ser españoles y republicanos habían dejado de ser prisioneros de guerra y su destino no era otro que el trabajo esclavo y el exterminio. Finalmente, Calcerrada, Servídeo, Simon y el resto de los republicanos de Sagan fueron trasladados en ferrocarril hasta el *stalag* de Trier. Allí pasaron cerca de dos meses aguardando un tren que les llevaría, como a otros 9000 españoles, rumbo a los campos de la muerte de Hitler.

Informe Francia.

De cómplice pasivo a ejecutor activo

La presencia de españoles en los campos de concentración nazis no se puede entender sin analizar el comportamiento de nuestro vecino del norte. Francia jugó un papel decisivo desde el origen de toda la historia, en julio de 1936, hasta su triste desenlace. La nación de la «Libertad, igualdad y fraternidad» jugó, paradójicamente, a favor de Franco durante buena parte de la guerra, después maltrató al medio millón de refugiados republicanos y, finalmente, colaboró con Hitler en la deportación de miles de ellos. Esta actitud no fue compartida por un amplio porcentaje de la población gala, pero sí contó con el apoyo de los sectores más poderosos de su sociedad.

La Francia de mediados de los años 30 sufría las convulsiones políticas, económicas y sociales que azotaban al resto de Europa. El país, que vivía una profunda crisis económica, se encontraba dividido entre quienes temían al comunismo y los que alertaban sobre el creciente auge del fascismo. Cuando Franco levantó a parte del Ejército para acabar con la joven democracia española, todo apuntaba a que el recién elegido Gobierno francés se pondría decididamente del lado de la República. En las elecciones celebradas en mayo de 1936, el triunfo había sido para una coalición llamada, al igual que en España, Frente Popular. Sin embargo, la variopinta composición de ese conglomerado de formaciones políticas que aglutinaba a partidos ideológicamente contrapuestos como el Socialista, el Comunista o el Radical de tendencia conservadora, hizo naufragar su proyecto desde el primer momento. Sus peleas internas fueron constantes y marcaron el breve mandato del primer ministro socialista Léon Blum.

Tras el inicio del golpe de Estado en España, Blum anunció su apoyo a la

República y su intención de venderle armamento. Las presiones de sus compañeros de coalición, de la oposición derechista y del Reino Unido le llevaron a dar marcha atrás en su decisión. A todo ello había que unir el creciente temor ante una posible invasión alemana. Blum se dejó arrastrar por el Ejecutivo británico, que todavía pensaba que sería posible apaciguar a Hitler y mantener una razonable convivencia entre las democracias europeas y el régimen nazi. Así el Gobierno francés optó finalmente por promover el «pacto de no intervención», al que se sumaron la práctica totalidad de las naciones europeas.

La guerra en España pasaba a ser un asunto interno en el que los países firmantes no debían intervenir. Alemania, Italia y Portugal, adheridas al acuerdo, lo incumplieron desde el primer día y prestaron apoyo logístico y militar a Franco.

Blum, al constatar esta realidad, vendió armamento a la República a través de terceros países. En 1937 su Gobierno cayó, víctima de las cuitas internas, y dejó paso a un Ejecutivo controlado por el ala conservadora de su coalición, que cortó todas las vías de ayuda a la democracia española.

El hispanista Jean Ortiz apunta otro hecho que, a su juicio, pesó decisivamente en la pasividad de los dirigentes franceses y británicos: «Hoy en día, documentos desclasificados en diferentes archivos demuestran que la famosa no intervención fue una farsa. Las clases dominantes en Francia y Reino Unido tenían miedo a la revolución social que se estaba produciendo en España. Le tenían más miedo a esa España republicana que a Hitler y a Mussolini. Eso es lo que está en el trasfondo de la no intervención que, en realidad, fue una intervención a favor de las tropas franquistas»[48].

PÉTAIN, EMBAJADOR ANTE FRANCO

En abril de 1938 el Frente Popular francés estaba en proceso de autoliquidación y las riendas del gobierno pasaron a manos del líder del Partido Radical, Édouard Daladier. El nuevo primer ministro dio otro volantazo a la derecha en su política interior y también exterior. En septiembre de ese año, Daladier y su homólogo británico Neville Chamberlain se sentaron a la misma mesa que Hitler y Mussolini para firmar el Tratado de Múnich que legitimaba la anexión de los Sudetes por parte de Alemania. Todo servía para contentar al Führer; incluso traicionar a Checoslovaquia, que perdía un territorio estratégico y que ni siquiera fue invitada a la reunión.

Consecuentemente con esta nueva política, el Gobierno de Daladier, los partidos conservadores y sus medios de comunicación comenzaron una devastadora campaña de desprestigio contra los «rojos españoles». En noviembre de 1938 el Ejecutivo aprobó un decreto sobre los «extranjeros indeseables» y cerró los pasos fronterizos para evitar la entrada de los primeros grupos de ancianos, mujeres y niños que huían desde el otro lado de los Pirineos. Igualmente, endureció los requisitos para acceder a

la nacionalidad francesa y para autorizar la celebración de matrimonios entre nacionales y extranjeros. Estas medidas y la campaña de demonización de los republicanos calaron hondamente entre la población gala y contribuyeron a crear un clima de hostilidad generalizado; un clima al que se tuvo que enfrentar el más de medio millón de españoles que cruzó la frontera en febrero de 1939.

El historiador Benito Bermejo señala que son dos los factores que explican esta actitud de rechazo hacia los refugiados: «Por una parte el ideológico, en el que se manifiesta una oposición completa a lo que ha representado la República española y se expresa un enorme miedo al comunismo. Pero hay otro factor determinante que podemos definir como racista; a los españoles del momento se les percibe como tribus salvajes que ponen en peligro el modelo de convivencia de su "mundo civilizado"»[49].

Joseph González, experto en el exilio español, también resalta el componente racista que había calado en la sociedad francesa: «En Francia todos son considerados indistintamente rojos. Estamos en un periodo donde la xenofobia y el racismo son muy importantes. La derecha está empujando fuerte con sus ideas, escribiendo artículos en los que se defiende que "detrás de los Pirineos comienza África". Los españoles son pintados como asesinos de mujeres, violadores de monjas… Por eso la mayoría les recibe con miedo, como gente muy peligrosa».

Bermejo destaca, no obstante, que no todo el pueblo francés se dejó llevar por esta ola de desprecio hacia los recién llegados: «No es una cosa unánime. Te encuentras con que una parte de la prensa francesa y de la opinión pública tienen una actitud bien distinta y se sienten concernidas e implicadas por lo que está pasando en España y también con la situación de los refugiados españoles. Por eso surgen muchas iniciativas para socorrerles».

Jean Ortiz coincide en este análisis pero incide en el hecho de que los grandes poderes se aliaron en contra de los españoles: «Claro que en el pueblo francés hubo muchas reacciones de solidaridad. Sin embargo, el Gobierno de Daladier era muy entreguista, muy conservador. Sus ministros de Interior y de Exteriores recibieron a los españoles bajo el decreto de noviembre de 1938 por el que les consideraba extranjeros indeseables. Eso supuso que se les tratara como a criminales, faltándoles al respeto, humillándoles. Una buena parte de la prensa les siguió el juego. Los periódicos de la zona, como *El Patriota de los Pirineos*, les tachaban de maleantes, de delincuentes que iban a contaminar a la gente. Se decía que las españolas eran unas prostitutas porque abortaban o porque fumaban. Incluso el ministro de Interior, en marzo de 1939, habló de la posibilidad de transferir a España a toda esa gente».

Cuando se produjo la avalancha de refugiados que huían tras la caída de Cataluña, Francia ya apoyaba abiertamente a Franco. A su llegada a la frontera, los gendarmes desarmaron a los republicanos y, más tarde, entregaron el arsenal a las tropas fascistas que aguardaban al otro lado de los Pirineos. El Gobierno francés no se mostró dispuesto a permitir el quimérico plan que numerosos combatientes albergaban, de

utilizar los puertos franceses para regresar al Levante español, donde la República seguía defendiendo sus últimos bastiones. De hecho, Daladier se apresuró a reconocer oficialmente al Gobierno de Franco. Lo hizo el 27 de febrero, un mes antes del final de la guerra. La República ya no tenía opción alguna, pero todavía controlaba una importante zona del este peninsular. Fue por tanto un gesto de alto valor simbólico por parte del Ejecutivo francés: estrechar la mano de Franco antes incluso de que hubiera caído el Gobierno democrático de España.

Joseph González resume la actitud de Daladier en esos días de febrero de 1939: «La evacuación de los republicanos españoles de Cataluña no se denominó "la retirada" por casualidad. Retirada es un término militar, una estrategia para poder continuar luchando. Y eso es lo que querían hacer, retirarse a Francia para volver a combatir a España. Ya lo habían hecho en el 37 cuando las tropas franquistas conquistaron el norte peninsular y tuvieron que huir a Francia para después regresar a Cataluña. Pero, esta vez, las autoridades francesas se lo impidieron. Por eso separaron a las familias cuando llegaron a la frontera. Por un lado los heridos, las mujeres, los viejos y los niños; por el otro los hombres de más de 15 o 16 años. Todos los que podían y querían regresar a España fueron encerrados en los campos, tras las alambradas y vigilados estrechamente por soldados senegaleses. Impidieron que esa juventud pudiera seguir luchando. Paralelamente, la III República francesa se apresuró a reconocer al Gobierno de Franco y le entregó los vehículos y las armas de los combatientes republicanos. También se negó a permitir que el Gobierno democrático español dispusiera del oro que el Banco de España tenía en Mont de Marsan[50]. Con ese dinero se habría podido facilitar comida y alojamientos dignos al medio millón de refugiados».

El Gobierno francés hizo, a continuación, otro gesto determinante. Nombró como primer embajador ante la España de Franco a un militar conocido por sus simpatías hacia los regímenes fascistas. Un hombre que, solo año y medio más tarde, dirigiría los destinos de la Francia nazi: Philippe Pétain. El veterano mariscal presentó en Burgos sus credenciales ante el dictador el 24 de marzo: «Tengo que expresar la satisfacción que siento por volver a tener contacto, en circunstancias especialmente importantes, con un antiguo compañero de armas, ahora entrado en la historia. Vecinos en Europa, vecinos igualmente sobre la tierra de África, con el acercamiento de intereses solidarios, orgullosos uno y otro de su gran pasado que han sabido forjar hombres con el más alto grado de culto por la patria (…). En nombre de mi país y en el mío propio, formulo ardientes votos para su excelencia y para el pueblo español».

Franco recibió con frialdad estas palabras. A esas alturas, se sentía en una posición de superioridad sobre su vecino del norte. El dictador español era un aliado privilegiado de Hitler, a quien los franceses temían sobre todas las cosas. Franco tenía ya en su cabeza la idea de aprovechar esa situación para arrebatar a París parte de su poder colonial en el norte de África. Aun así, el «Generalísimo» no ocultó ese día su aprecio personal por Pétain: «Deseo expresarle mi satisfacción porque haya sido su

excelencia quien haya sido encargado para tan alta misión»[51].

El mariscal consiguió en muy poco tiempo forjar una estrecha relación con Franco. A ambos les unía su profundo sentimiento anticomunista y el convencimiento de que Hitler iba a liderar una nueva Europa en la que no tendrían cabida las, a su juicio, caducas democracias. Pétain cumplió, una a una, la mayor parte de las reivindicaciones del dictador. Hizo que Francia le entregara la flota republicana, que se encontraba amarrada en puertos franceses, y los fondos que el Banco de España tenía depositados en entidades financieras galas. Ambos gobiernos tenían además un objetivo común: lograr que los refugiados españoles regresaran a la Península. Franco no deseaba tener un ejército de opositores concentrado a pocos kilómetros de sus fronteras. Pétain, por su parte, repudiaba a esa «turba» en la que, según él, se daban cita criminales, desarrapados y peligrosos revolucionarios.

Durante todo su mandato, el embajador francés no dejó de presionar a su Gobierno con escritos en los que solicitaba que se endureciera, aún más, el acoso al que eran sometidos los exiliados españoles: «Nuestros sentimientos de hospitalidad y de caridad humana pueden perfectamente conciliarse con un cambio de método. Convendría obligar a que se optara entre la repatriación y los batallones de trabajadores».

Pétain era consciente de que muchos refugiados se negaban a regresar porque sabían que en España les esperaba la cárcel o un pelotón de ejecución. El mariscal anunció en un informe a sus superiores que trataría de convencer a Franco para que suavizara o, al menos, maquillara sus ansias represoras: «Aprovecharé una muy próxima reunión al más alto nivel, en Burgos, para hacer ver el interés que existe desde todos los puntos de vista y sobre todo para acelerar la repatriación de los refugiados, que en España se tomen algunas medidas de clemencia destinadas a calmar algunas inquietudes, a veces no exentas de fundamento, que repercuten en nuestros campos de concentración»[52]. En el informe se ve con claridad que su petición de «algunas medidas de clemencia» no está motivada por un espíritu humanitario sino, simplemente, por el deseo de que los exiliados retornaran a España. Lo que les ocurriera después ya no parecía ser del interés ni de la incumbencia de Pétain.

Joseph González explica las consecuencias que tuvo esta estrategia: «La propaganda franquista, que las autoridades francesas permitían que se difundiera en los campos, consistía en decirle a los refugiados: “Si no tenéis las manos manchadas de sangre, podéis volver porque no os pasará nada”. Muchos de los que hicieron caso fueron fusilados o acabaron en los campos de concentración que el régimen franquista tenía diseminados por toda España».

ENROLADOS A LA FUERZA Y DESPUÉS OLVIDADOS

La Francia democrática decidió, sin contar con su opinión, alistar en su ejército a los refugiados españoles que deseaban permanecer en el exilio. Una decisión que llevaría, meses más tarde, a más de 9000 de ellos a los campos de concentración nazis.

Un documento del Estado Mayor francés, fechado el 15 de diciembre de 1939, aporta datos significativos. En ese momento existían 76 CTE «constituidas antes del inicio de la guerra utilizando voluntarios y otras 40 nuevas compañías formadas por prestatarios no voluntarios»[53]. Cada compañía constaba de 250 españoles, por lo que la aportación española ascendía a 19 000 «voluntarios» y otros 10 000 hombres a los que se había alistado sin su consentimiento.

Las normas que el general Gamelin, jefe del Estado Mayor del Ejército, estableció para las CTE demuestran con claridad que a los exiliados, en lugar de soldados, se les consideró, desde el principio, civiles militarizados de segunda clase. Así, Gamelin estipuló que a los españoles «en ningún caso se les alojará en los barracones de los acuartelamientos», estableciéndoles en lugares «diferentes y aislados». A los oficiales republicanos se les negó la posibilidad de castigar a sus subordinados porque eran los mandos franceses los que tenían «todas las atribuciones» en cuestión de disciplina. El listado de normas se refería a los republicanos como «milicianos» que debían ser custodiados con los medios humanos disponibles[54]. El rancho diario era lo único que los españoles podían compartir con los soldados franceses. Sin embargo, su salario se limitaba a una asignación de 0,50 francos diarios y 200 gramos u ocho paquetes de tabaco al mes. Con estos mimbres discriminatorios y con un estatus que se asemejaba más al de prisioneros que al de trabajadores o soldados, no resulta extraño que la presencia de los españoles en el Ejército francés estuviera plagada de todo tipo de dificultades e incidentes. Los primeros culpables fueron los comandantes de las distintas regiones militares, que complementaron las órdenes del Alto Mando con disposiciones aún más severas. Entre ellas destaca la nota de servicio dictada, con carácter secreto, por el Estado Mayor del II Ejército en la que se insta a aplicar las medidas necesarias «para evitar todo contacto entre los trabajadores (españoles) y las tropas (francesas)». Se especifica que, en caso de enfermedad, los republicanos deben ser tratados en el acuartelamiento y, si no queda otro remedio que hospitalizarles, «deberán estar siempre aislados y no tener ninguna relación con el resto de los enfermos ni con el personal sanitario, salvo los enfermeros y médicos encargados de su tratamiento. Una vez curados deben ser enviados directamente a su cuartel»[55].

Las autoridades departamentales y locales fueron todavía un paso más allá, según explica Joseph González: «Algunos prefectos escribieron textualmente: “Al que trate de huir, podéis matarle como a un perro”. Lo redactaron así, “comme un chien”. Es la prueba de que los republicanos se encontraban en unas condiciones en las que no tenían libertad ni la posibilidad de reivindicar absolutamente nada».

En algunas de las compañías el trato hacia los españoles fue tan brutal, que los

responsables se vieron obligados a matizar sus órdenes previas. En una nota de servicio, fechada en mayo de 1940, el Alto Mando recordaba a los comandantes: «Los refugiados españoles alistados en las Compañías de Trabajadores no son prisioneros». En consecuencia les instaba a permitir que se movieran con libertad por el acuartelamiento y a tratarles «como al cuerpo de tropa, con firmeza y comprensión». Aun así se insistía en la necesidad de «castigar con severidad la indisciplina» y condicionaba su «salida recreativa» del cuartel a que fueran acompañados de los oficiales de su unidad[56].

FRANCIA CONDENA A MUERTE A LOS ESPAÑOLES

La rápida y exitosa invasión de Francia por parte de Alemania contó con la complicidad de los sectores más derechistas de la sociedad gala. Mientras el coronel De Gaulle huía a Gran Bretaña para organizar la resistencia a la ocupación, Pétain abandonaba Madrid, se hacía con el poder y se apresuraba a ofrecer un armisticio a Hitler que, *de facto*, supuso una rendición incondicional. El Reich se anexionó las provincias de Alsacia y Lorena, ocupó con sus tropas más del 60% del territorio y estableció, en el resto del país, un gobierno títere presidido por Pétain. Italia, por su parte, se quedó con una franja de terreno de unos 30 kilómetros de ancho a lo largo de su frontera. Hitler defendió en estos términos ante Mussolini su decisión de no ocupar la totalidad de Francia: «Se trata por el momento de hacer lo posible porque haya un Gobierno francés que funcione y con el que se pueda conversar. Esto es preferible a que rechacen las propuestas alemanas y se marchen al extranjero, a Londres, para continuar la dirección de la guerra desde allí, sin encargarse de las responsabilidades administrativas, poco agradables, que estaríamos obligados a asumir las potencias ocupantes».

Pétain estableció la sede de su tutelado Gobierno en Vichy. Desde allí, según el texto del armisticio, tenía plenos poderes en la llamada «zona libre» que se extendía por el sur y el este del país y unas competencias más restringidas en el territorio ocupado por las tropas alemanas. La realidad fue bien diferente. Jean Ortiz explica que los nazis ejecutaron sus planes represivos y de exterminio en toda Francia con la permisividad, en algunos casos, y la colaboración, en otros, de las autoridades de Vichy: «Fue una colaboración activa, cómplice, deliberada, porque el Gobierno de Pétain era un gobierno fascista que quería un modo de nazismo al estilo italiano. Quienes años más tarde detienen a los españoles que colaboran con la Resistencia son, en muchos casos, los gendarmes franceses que trabajan codo con codo con la Gestapo».

Esta actitud colaboracionista de Pétain y sus hombres resultó decisiva para terminar de marcar el destino de los miles de republicanos que habían sido capturados por los alemanes durante la invasión de Francia. Existen numerosos documentos

oficiales en los que se demuestra que el Gobierno nazi no sabía qué hacer con los prisioneros españoles. No tenía decidido, por tanto, enviarles a los campos de concentración. De hecho, en un primer momento les dio la misma consideración que a los soldados franceses y, por ello, les trasladó a los *stalags*, los campos para prisioneros de guerra en los que se respetaban, más o menos, las convenciones internacionales. Pasado el desconcierto inicial provocado por la enorme cantidad de hombres capturados en la batalla de Francia, Hitler consultó el asunto con el Gobierno de Franco, pero también con Vichy.

El Ejecutivo francés sabía que los españoles que habían formado parte de su ejército durante la guerra corrían el riesgo de acabar en campos de concentración. Lo sabía y, pese a ello, no hizo nada por evitarlo. Pétain se encargó de negociar con las autoridades alemanas la liberación de buena parte de sus oficiales y soldados que habían sido apresados durante la invasión. El resto quedó cautivo en unas condiciones razonablemente aceptables en los *stalags*. Solo a los españoles se les retiró la condición de prisioneros de guerra y se les envió a lugares como Mauthausen, Dachau o Buchenwald.

Una prueba inapelable de la complicidad francesa en las deportaciones de los republicanos la encontramos en una nota oficial de mayo de 1942. En ella el Estado Mayor del Ejército se desentendía de los prisioneros españoles que se encontraban en manos de los nazis: «Las Compañías de Trabajadores Españoles son unidades de mano de obra que no pueden considerarse como pertenecientes a las Fuerzas del Ejército del país. Nunca han figurado en la tabla de formaciones del Territorio llevada a cabo cuando la movilización. Si los miembros franceses de dichas unidades (oficiales, suboficiales y soldados) son militares, el personal de nacionalidad española que las compone es, por lo contrario, totalmente civil. Los trabajadores españoles capturados en Francia durante la guerra son por lo tanto prisioneros civiles. Así pues, el Estado Mayor del Ejército solo puede dejar a la Oficina del Ministro la tarea de precisar al Servicio Diplomático de los Prisioneros de Guerra, las condiciones en las que los intereses de dicho personal extranjero en cautividad deben ser representadas ante las autoridades alemanas»[57].

La nota demuestra que existían conversaciones directas entre los gobiernos de Vichy y Berlín sobre la situación en que se encontraban los españoles. A esas alturas de 1942 la mayoría de ellos había muerto, pero unos 3000 seguían tratando de sobrevivir en los campos de concentración. Su situación habría cambiado radicalmente si Pétain les hubiera reconocido como miembros de su ejército, cosa que sí hizo con los franceses que servían en las mismas Compañías de Trabajadores Españoles. Los responsables militares argumentaban que al ser personal «totalmente civil» no podía considerárseles prisioneros de guerra. Un argumento más que discutible al tratarse de unidades militarizadas, sometidas a la disciplina castrense, dirigidas por oficiales galos y que estuvieron presentes en todos los frentes de batalla. Sin embargo, Pétain optó por olvidar los servicios prestados y desentenderse de ellos.

Realmente, el hecho de que fueran civiles y no militares no dejaba de ser una burda excusa para condenarles a muerte. Así lo demuestra el hecho de que el Gobierno francés tampoco se preocupara por los españoles que habían servido en la Legión Extranjera. En ese caso sí que no había dudas de que se trataba de verdaderos soldados del ejército, pero, igualmente, fueron separados de sus compañeros y enviados a los campos. Queda claro que el criterio de selección acordado entre Vichy y Berlín no respondía al estatus militar de los republicanos, sino al simple hecho de ser «rojos españoles».

Pétain llegó a ignorar los informes que redactaron algunos de sus oficiales. El capitán francés Robert J. Eugène Noiret, que dirigió el grupo de Compañías de Trabajadores Españoles presente en la batalla de Dunkerque, fue capturado allí por los alemanes junto a centenares de republicanos. Liberado meses después gracias a las gestiones de Vichy, Noiret realizó un detallado documento en el que no escatimó elogios para los españoles que estuvieron a su cargo. De ellos llegó a decir que unieron su destino al de la patria francesa: «En ese periodo entre el 21 de mayo y el 4 de junio, donde el personal francés y español experimentó duras pruebas físicas y morales, constaté que a pesar de la fatiga, las pérdidas y las privaciones, la moral de todos en general y en particular de los españoles e internacionales que vincularon su suerte a la de Francia, no flaqueó en ningún instante». Noiret informó a sus superiores sobre su responsabilidad personal en la captura de los españoles: «Como estaban vestidos de civil, pude haber ordenado medidas de dispersión y una cierta cantidad de ellos que conocían la región podrían haber evitado ser capturados. Los alemanes se mostraron muy sorprendidos por la presencia de tantos españoles en ese sector»[58].

El capitán francés entregó su informe en septiembre de 1941; en él recomienda que «los trabajadores españoles que se han significado por sus actos de bravura, coraje y abnegación sean recompensados». En ese momento, los republicanos que habían sido capturados en Dunkerque ya estaban en Mauthausen, pero Vichy no se preocupó por su vida y, mucho menos, por condecorarles como proponía Noiret.

Aún más activa, si cabe, fue la actuación de las autoridades colaboracionistas en el proceso de deportación a Mauthausen, en agosto de 1940, de los exiliados españoles que vivían en el campo de Les Alliers. Ubicado en las proximidades de la ciudad de Angulema, este centro de refugiados se encontraba dentro de la zona ocupada por los alemanes, pero su funcionamiento era responsabilidad de la prefectura francesa del departamento de Charente.

El prefecto, Georges Malick, se encargó de organizar el convoy. Según la correspondencia oficial que mantuvieron las máximas autoridades, se trataba de una operación para trasladar a los españoles hasta la Dordogne, en la zona libre controlada por Vichy. Sin embargo, las pruebas documentales reunidas por los

periodistas Montse Armengou y Ricard Belis indican que los prefectos y los responsables del campo conocían que el verdadero destino del tren sería un campo de concentración en Alemania.

Dolores Sangüesa, que trabajaba como intérprete para el director del campo, Aristide Soulier, recordaba lo que este le comentó, pocos días antes de la salida del convoy: «Nos dijo que los alemanes iban a cerrar el campo porque todos los refugiados serían enviados en un tren a la zona libre. Sin embargo, nos recomendó que nuestros familiares abandonaran el campo antes de que llegaran los alemanes». El mismo día en que partía el convoy, Dolores tuvo la prueba definitiva de que no se dirigía hacia Dordogne. Acababa de recontar a los españoles que habían subido al tren y fue a comunicárselo al responsable de seguridad del campo: «Él me preguntó: "¿Ya sabes adónde van?". Y yo le contesté: "Pues a la zona libre…". Y él me contesta: "¡No, van a Alemania!". Entonces yo le digo: "¡Hay que avisarles, ellos no saben que los mandan para Alemania!". Y *monsieur* Couillaud me paró y me dijo: "Tú no sales porque si no…". Y se pasó el dedo por la garganta. Entonces *monsieur* Coulliaud se encaró con *monsieur* Soulier, que estaba allí presente, y le dijo: "*Vous êtes un traîte*!, '¡tú eres un traidor!', ¿por qué no les has dicho adónde van?"».

Ese mismo día, el subprefecto del vecino departamento de Cognac escribía una carta al prefecto de la Charente. En ella se quejaba porque en su territorio aún quedaban españoles y añadía algo más: «He insistido al prefecto para saber de la suerte de estos españoles "rojos", cuya eliminación ha sido ordenada por el *Armeeoberkomando* del 7 al 13 de julio de 1940. He tenido conocimiento de que 2000 españoles han sido reagrupados en el campo de Les Alliers, de Angulema, con vistas a la salida de un convoy y que se han olvidado del reagrupamiento en el departamento de Cognac (…). He dado el aviso personalmente de que todos los españoles, sin excepción alguna (ya que todos son presumiblemente indeseables porque tuvieron que huir de España), sean arrestados por el servicio de gendarmería y transferidos al Campo de Alliers. Es una depuración que se impone y lo único que lamento es no gozar del poder de decidir su medio de ejecución»[59].

Quedaba claro que el destino del convoy era un secreto a voces y que, por tanto, era imposible que Pétain y el resto de su Gobierno no lo conociera. En el mismo momento en el que el subprefecto de Cognac enviaba su terrible carta, el tren con 927 hombres, mujeres y niños a bordo partía hacia Mauthausen.

2

Camino del infierno

«Lamiendo el agua que se condensaba en los tornillos de aquel funesto vagón fue como salvé mi vida».

VIRGILIO PEÑA
Prisionero n.º 40 843 del campo de concentración de Buchenwald

Las mujeres y los niños gritaban y lloraban mientras los hombres intentaban, sin demasiado éxito, aparentar una falsa tranquilidad. Con empujones, alaridos y algún que otro golpe, los soldados de la Wehrmacht les habían obligado a subir a unos rústicos vagones de madera destinados al transporte de tropas y animales. En sus puertas se podía leer una inscripción: «*Hommes 40, chevaux en long 8*», «40 hombres, 8 caballos a lo largo». El suelo estaba cubierto de paja y el único «mobiliario» del vagón era un bidón metálico abandonado en un rincón.

Un grito seco salió de las voces de los 927 forzados pasajeros cuando las pesadas puertas se cerraron con estruendo. Aún no lo sabían, pero esos hombres, mujeres y niños conformaban el primer convoy de deportados civiles de la Segunda Guerra Mundial. Este ensayo se convertiría después en una práctica habitual por la que millones de judíos serían trasladados a los campos de exterminio. Sin embargo, en el tren que partió de la estación de Angulema el 20 de agosto de 1940 no había judíos, solo familias españolas que se habían refugiado en Francia huyendo de las tropas franquistas. En el primer convoy de la muerte de la historia, los lamentos que se escuchaban tenían acento andaluz, aragonés, murciano o catalán.

EL CONVOY DE ANGULEMA

José Alcubierre aún no había cumplido los 15 años cuando subió a ese tren en compañía de sus padres. Recuerda muy bien cómo, los días previos, la tensión había ido creciendo en el campo de Les Alliers, muy cerca de la ciudad francesa de Angulema. Los rumores de que algo grave iba a ocurrir muy pronto saltaban de barracón en barracón. Algunas familias aprovecharon para huir, pero su padre

Miguel, como tantos otros, no tenía a dónde ir, ni en Francia ni, mucho menos, en España. El hermano de José había sido un alto cargo de la Generalitat de Catalunya, por lo que toda la familia se sabía condenada si llegaba a caer en manos de los sublevados. Esa fue la razón, junto a sus firmes convicciones republicanas, por la que los Alcubierre huyeron de Barcelona, cruzaron la frontera y acabaron en Les Alliers: «Al principio no estuvimos mal. Trabajábamos y cobrábamos igual que los franceses. Si ellos cobraban dos francos la hora, nosotros también. Todo cambió cuando los alemanes llegaron en junio de 1940, ya no trabajamos más y empezó a faltar de todo. El 20 de agosto cercaron el campo y nos dijeron, coged lo que podáis y a la plaza. Fuimos allí con las cosas que pudimos cargar, cruzamos todo el pueblo de Angulema y nos llevaron a la estación de ferrocarril. Allí nos pusieron delante de los vagones, vagones de 8 caballos o 40 hombres. Pero ocupábamos mucho más espacio que 8 caballos o 40 hombres. Nos hicieron montar y, poco después, el tren emprendió la marcha»[60].

Apretados, sudorosos y con una visión limitada por la escasa luz que se filtraba a través de las rendijas de la pared del vagón, todos se preguntaban cuál sería el destino de ese viaje no deseado. «No sabíamos adónde iba —recuerda Alcubierre—. Algunos decían que a Noruega, otros a Alemania, nadie sabía hacia dónde íbamos. Hoy día lo puedo decir, entonces no, pero hoy lo puedo decir: si hubiésemos sabido lo que íbamos a sufrir, muchos nos habríamos tirado del tren o hubiéramos intentado escapar o hacer algo. Lamentablemente no lo sabíamos y no lo hicimos».

Muy cerca de José se encontraba Lázaro Nates, que no se despegaba ni un momento de su madre y hermanos. La natural inconsciencia que le daban sus 17 años, le permitía observar con cierta distancia todo lo que ocurría en el interior del vagón. La inquietud era permanente entre los adultos, pero repuntaba en los frecuentes momentos en que alguno de ellos, supuestamente informado por la ubicación del sol, afirmaba conocer la dirección exacta que seguía el tren. La tesis más extendida era que el destino final sería la frontera española. Solo esa explicación tenía algún sentido para la mayoría de los pasajeros; los alemanes habían decidido ponerles en manos de los soldados franquistas: «Muchos en el vagón se preguntaban en voz alta adónde íbamos, y otros les contestaban que íbamos hacia España. Otros, en cambio, decían que íbamos hacia el norte. Durante nuestro recorrido, el tren se paró en varias estaciones»[61].

Esas paradas fueron pocas y muy espaciadas, por lo que los agotados pasajeros descubrieron la utilidad del bidón metálico situado en el rincón del vagón. A la vista de todos, tenían que hacer allí sus necesidades. Según pasaban las horas, el olor y las altas temperaturas del mes de agosto generaban un ambiente irrespirable. Cuando, por fin, les permitían bajar de los vagones, la frescura del aire apenas compensaba la inquietud que les generaban algunas visiones como las que quedaron grabadas en la mente de Lázaro: «Fue en esas paradas cuando me di cuenta del fanatismo que tenían los alemanes. Veíamos a jóvenes de las juventudes hitlerianas que nos miraban con

arrogancia y nos escupían».

«En estas condiciones el viaje se prolongó durante cuatro días —explica Alcubierre— en los que mi padre y mi madre siempre estuvieron junto a mí. Y a una cierta hora de la madrugada, muy temprano, el tren se paró. Yo le dije a mi padre: “¿Papá, dónde estamos?”. Y mi padre me contestó: “No lo sé hijo, no sé, no veo nada”. Era de noche todavía. Y así estuvimos esperando a que el día viniera. Cuando amaneció, vimos la claridad del día pero no éramos capaces de saber dónde nos encontrábamos». La familia Alcubierre y el resto de los pasajeros del convoy se encontraba en la estación de un pequeño pueblo de la Austria anexionada por el Reich, Mauthausen.

El tren estuvo detenido durante largas horas porque las autoridades alemanas no sabían qué hacer con parte de los pasajeros. El campo de concentración de Mauthausen no estaba preparado para recibir mujeres y niños. Por eso, la larga espera en aquella vía muerta solo pudo obedecer al tiempo que los oficiales del campo necesitaron para consultar con sus superiores y estos, a su vez, con el régimen de Franco[62]. En las más de cinco horas que el convoy permaneció parado, Berlín y Madrid escribieron el negro futuro de estos 927 españoles.

José Alcubierre recuerda lo que sucedió al final de esa larga espera: «Conseguimos ver un letrero en el que estaba escrita la palabra Mauthausen, pero no entendíamos su significado. Y, de repente, empezamos a escuchar ruido de botas en el andén y se abrieron las puertas. Los centinelas habían cambiado, ya no eran soldados del ejército como los que nos habían escoltado en Angulema; eran de las SS». Esos hombres de negros uniformes e insignias con macabras calaveras eran los encargados de la seguridad y el funcionamiento de los campos de concentración. Su primera misión era «dar la bienvenida» a los nuevos prisioneros y conducirles hasta el recinto del campo.

«Uno de los SS subió al vagón y empezó a decir a todos los hombres, entre ellos a mi padre: “Tú abajo, tú abajo…”. Cuando llegó hasta mí, me habló en alemán, yo no entendía su idioma, así que me hizo señas. Yo comprendí que me preguntaba la edad. Con los dedos de mis manos le dije que tenía catorce años y medio. Entonces me dijo que bajara, y así lo hice».

En los vagones quedaban solo las mujeres y los niños menores de 13 años. «Empezaron las mujeres a chillar: “¡Mi marido! ¡Mi hijo!…”». A Alcubierre se le quiebra la voz mientras describe lo ocurrido. Han pasado más de setenta años desde aquel día, pero en su cabeza sigue resonando lo que escuchó en esos dramáticos momentos: «Aún parece que estoy oyendo los gritos de las mujeres, entre ellas mi madre».

También chillaba la madre de Lázaro Nates, que tuvo el valor de esconder a otro de sus hijos, de 12 años de edad, debajo de una manta. Lo que no pudo conseguir es evitar que se llevaran a Lázaro: «No le dio tiempo ni a despedirse de mí porque subió el soldado al vagón y me tiró fuera enseguida. No pudo hacer nada, salvo gritar».

En medio del griterío y los llantos, los SS cerraron las puertas de los vagones mientras los hombres y los niños considerados adultos eran agrupados en el andén. Aunque sumaban 490, sesenta de ellos no llegarían a ser inscritos en el registro de entrada al campo. No existe prueba documental sobre cuál fue su destino, pero Lázaro Nates sabe lo que les sucedió: «En el grupo había inválidos de guerra que en Angulema recibían mucha ayuda por parte de las mujeres. Yo vi cómo les subieron a un camión descubierto y se los llevaron. Y ya no les vimos más. Se ve que los liquidaron enseguida». Lázaro calcula que en ese grupo había unos 30 hombres. «Estoy seguro de lo que vi. Yo era solo un niño y era muy curioso, lo miraba todo». Esa curiosidad y esa necesidad de observar lo que ocurría le habían permitido contemplar la primera de las muchas atrocidades que vería en Mauthausen; a partir de ese momento también serían su mejor arma para prever los riesgos y mantenerse con vida.

Mientras Lázaro, José y el resto de los españoles comenzaban su marcha a pie hacia el campo, el tren con las mujeres y los niños emprendió un interminable viaje que duraría más de dos semanas y terminaría en España. Allí los alemanes les entregaron a las autoridades franquistas, que les recibieron como verdaderos criminales. Jesús Ramos, uno de aquellos niños, recordaba la vida que les tocó sufrir a partir de ese momento: «Mi madre tenía que presentarse todas las semanas en el cuartel de la Guardia Civil. Toda la familia íbamos marcados como si fuéramos judíos con la estrella de David, éramos los rojos, así nos llamaban. Si te encontrabas con la cuadrilla de falangistas te daban de hostias hasta que se cansaban»[63].

Pero aún peor fue el destino de quienes se apearon en Mauthausen. Solo 73 de ellos consiguieron sobrevivir. El resto moriría de todas las formas imaginables. Ni quienes quedaron en el campo, ni las mujeres y niños que llegaron a España, supieron nada durante años sobre la suerte de sus seres queridos. Alcubierre recuerda cómo en Mauthausen muy pronto circularon rumores de que sus madres y hermanos estaban alojados en un campo situado a escasos kilómetros de donde se encontraban ellos. Sin embargo, en esos mismos instantes su madre malvivía en la España franquista pensando que nunca más vería ni a su marido ni a su pequeño José.

LOS TRANSPORTES DE CARNE REPUBLICANA

El llamado «convoy de los 927» fue un caso excepcional en la historia de la deportación española al tratarse del único en el que se transportó a familias enteras con ancianos, mujeres y niños. En el resto de los convoyes viajaron, entre agosto de 1940 y mediados de 1942, grupos de hombres. Se trataba de aquellos miles de republicanos capturados por los alemanes durante la ocupación de Francia, que habían permanecido confinados hasta entonces en los campos de prisioneros de guerra. Un número inferior, pero que también se cuenta por millares, de españoles y

españolas miembros de la Resistencia, llegaría a los campos entre 1943 y el final de la guerra. El viaje de todos ellos fue, si cabe, aún más dramático que el que sufrieron los pasajeros de Angulema. Las condiciones que padecieron, durante días, en el interior de los vagones provocaron numerosísimas muertes.

El martirio comenzaba en el mismo momento de embarcar. Alfonso Maeso describía así en sus memorias el inicio de su viaje, desde el *stalag* de Trier hacia Mauthausen, un gélido 22 de enero de 1941: «Hacinados como bestias, en cada vagón metieron a muchos hombres, a todos los que pudieron. Si alguien se resistía a entrar porque veía que el acceso era imposible, lo empujaban a puñetazos o a golpes con las culatas de sus fusiles, acompañando sus agresiones con gritos e insultos en alemán. Calculo que en el vagón iríamos más de 100 personas, con lo que disponíamos del margen justo de maniobra para respirar, frotarnos el cuerpo, girarnos y poco más. Nos dábamos calor los unos a los otros, en ocasiones sentados, también de pie, sin movernos de un palmo de terreno. En plena noche, sin luz, carentes de agua y comida, sin paradas para las necesidades fisiológicas (…) luchando por aplicar la boca en las rendijas de las puertas o en las reducidas ventanillas alambradas a la espera de recibir un halo de aire fresco, era toda una odisea. Si bien era intenso el frío en el exterior, muchos de nuestros compañeros perecieron por asfixia, nosotros mismos apilamos sus cuerpos inertes en un rincón»[64].

Una sensación de asfixia que sigue angustiando, aún hoy, a otro de los pasajeros de ese tren, José Marfil Peralta: «En una esquina habían puesto un gran recipiente que tenía que servirnos de letrina. Nos intentábamos alejar todo lo posible de ella porque de allí salía un hedor insoportable. Además, el sucio contenido se derramaba por el suelo con cada sacudida del tren».

Los más afortunados fueron los prisioneros que ocuparon el último vagón, entre los que se encontraba Josep Simon. Eran solo una treintena, por lo que no padecieron la angustia de sus compañeros de viaje. Lo peor para ellos fue la escasez de víveres: «Solo nos dieron unas latas de conserva para comer y nada de beber. Si alguno tenía un trozo de pan, se lo comió el primer día. La mayoría no teníamos nada y aguantábamos el hambre como podíamos, aunque lo peor era la sed, eso sí que era una auténtica tortura».

La falta de agua en aquellos transportes es algo que recuerdan amargamente todos los deportados. Virgilio Peña no es capaz de describir por teléfono su traslado en tren desde Compiègne hasta el campo de concentración de Buchenwald. Solo cara a cara y con el gesto retorcido por la emoción, Virgilio se decide a recordar aquellos terribles momentos. Él y las otras 2000 personas que abarrotaban los vagones habían sido detenidas por colaborar con la Resistencia: «Pese a ser el mes de enero, comenzó a hacer un calor… Y la gente comenzó a orinar y hacer sus necesidades en el bidón. Cuando estaba por la mitad, no sé por qué, se volcó y aquello olía peor que los sitios en los que se cría a los cerdos. Yo me enganché con estos dos dedos a la manilla que

había en la pared del vagón para atar a los animales. Y agarrado a esa manilla, día y noche, fui hasta Buchenwald. Había mucha gente que gritaba: “¡Mamá!”. Yo pensaba: “Sí, sí, llama a tu madre…”. No es por alabarme pero yo no grité. Yo no grité porque sabía que mi madre no iba a venir a ayudarme. Y la gente gritaba, gritaba. Y el que se caía no se levantaba más porque nadie le ayudaba». Nadie quería perder su preciado sitio y mucho menos agacharse en el atestado vagón. Aun así, Virgilio salvó la vida de un agotado resistente francés al que sujetó la cabeza varias veces para impedir que cayera al suelo del vagón. Mientras la sed mataba a los más débiles, Virgilio se las ingeniaba para ingerir unas gotas de algo parecido al agua: «Yo seguía enganchado a la manilla esa. Iba al lado de la puerta y cuando el tren estaba en marcha yo arrimaba la nariz a los tornillos, que estaban cubiertos de pequeñas gotitas, parecía como si sudaran, y pasaba mi lengua por allí para intentar refrescarme un poco». Así fue, Virgilio salvó su vida chupando, durante días, los tornillos de la pared del vagón que se humedecían ligeramente por la condensación. «No hay palabras para describirlo, fue algo criminal», concluye con la voz apagada por el dolor.

Virgilio llegó a Buchenwald en enero de 1944. Un año en el que Alemania avanzaba inexorablemente hacia su derrota final pero se empeñaba en mantener intacto su estricto régimen represivo. Cuanto peor le iba la guerra a Hitler, más inhumanas eran las condiciones en que trasladaba a los prisioneros españoles, ya en su totalidad miembros de la Resistencia. Es imposible saber el número de los que perecieron en el interior de estos trenes. Sus cuerpos eran llevados directamente a los crematorios. En los libros de registro de los campos no se reflejaba su llegada o, si se hacía, se atribuían los fallecimientos a «causas naturales».

Uno de los convoyes que se cobró mayor número de víctimas fue el llamado «tren de la muerte». Los aliados ya habían desembarcado en Normandía y se dirigían hacia París, por lo que los nazis decidieron evacuar las cárceles de la zona y trasladar a los presos hacia campos situados en Alemania. Más de 2000 personas fueron subidas al tren que partió de Compiègne a las nueve de la mañana de un caluroso 2 de julio. Cuando, tres días después, los SS abrieron en la estación de Dachau las puertas de los vagones, uno de cada cuatro prisioneros había muerto de sed, asfixia o fruto de las reyertas que se produjeron por la desesperación. Entre ellos se encontraban republicanos como Francisco Luis Calvo, Pedro Basilio, Félix Martín García y los hermanos José y Pedro Benet[65].

El último gran transporte de prisioneros hacia los campos en el que se encontraban españoles resistentes fue, precisamente, el peor de todos. Un viaje eterno de más de dos meses que atravesó Francia y Alemania bajo constantes bombardeos aliados. El convoy, que se ganó a pulso el apelativo de «tren fantasma», partió el 3 de julio de 1944 de la estación de Toulouse con medio centenar de presos en su interior. Entre ellos se encontraban Elvira Ibarz, su hija María y su sobrina Conchita Grangé. Durante el tortuoso trayecto se irían sumando pasajeros y numerosos españoles,

procedentes de diferentes prisiones y de campos de internamiento como el de Vernet d'Ariège. El pasaje alcanzó la cifra de 656 personas: 592 hombres y 64 mujeres. El tren fue atacado en varias ocasiones por grupos de partisanos que intentaban evitar que llegara hasta Alemania. Así lo recuerda Conchita Grangé, la última superviviente española del «tren fantasma»: «Aquel tren desaparecía y volvía a aparecer. Lo ametrallaron los norteamericanos y también fue atacado por los maquis. Hacían saltar las vías del ferrocarril para liberar el tren, para que no llegara a Alemania, pero no lo consiguieron. A veces nos hacían andar unos kilómetros para reanudar el transporte. Todos nos decían: "¡No llegaréis, no llegaréis!…". A veces pasábamos ocho días en una estación porque no se podía avanzar, pues las vías estaban cortadas»[66].

Una cifra indeterminada de prisioneros murió por el camino y cerca de 160, entre ellos 39 españoles, lograron fugarse. Quienes no pudieron hacerlo llegaron al campo de concentración de Dachau el 28 de agosto. Las mujeres tuvieron que pasar 12 días más en el interior de los vagones porque su parada final era todavía más remota: el campo de concentración femenino de Ravensbrück.

Tras viajar en estas condiciones inhumanas, los deportados se creían, pese a todo, afortunados por haber alcanzado con vida su destino. Muy pronto, se dieron cuenta de que lo peor estaba por venir. Solo uno de cada tres conseguiría sobrevivir al perfeccionado sistema de exterminio nazi.

BIENVENIDOS A MAUTHAUSEN

De los más de 9300 españoles que fueron deportados a los campos, 7500 fueron internados en Mauthausen. El transporte más numeroso llegó el 27 de enero de 1941 con 1506 hombres. Dos días antes habían desembarcado otros 751 españoles y 24 miembros de las Brigadas Internacionales, originarios de países tan diversos como Yugoslavia, Rumanía, Italia o Cuba. Este dato nos recuerda que la suerte y, sobre todo, la desgracia que sufrieron los republicanos españoles fue compartida, en todo momento, por otro colectivo menos numeroso pero no menos importante e igualmente olvidado: el grupo de jóvenes idealistas que llegaron a España, desde diversos países de Europa y América, para combatir como voluntarios en defensa de la República. De los cerca de 9000 brigadistas que compartieron el exilio francés con los republicanos, varios centenares terminaron sus días en lugares como Dachau, Auschwitz, Bergen-Belsen o el propio Mauthausen.

José Marfil Peralta iba junto a «los internacionales» en ese tren que llegó a Mauthausen a las dos de la madrugada del 25 de enero de 1941. Ese invierno fue uno de los más fríos de la guerra. Durante la noche, en esa región austriaca anexionada por Alemania las temperaturas rozaban los treinta grados bajo cero: «Empezamos a oír un ruido de botas sobre el suelo helado. Pronto sentimos que el convoy estaba completamente rodeado. Dentro del vagón estábamos muy asustados. Entonces

percibimos que unos focos lo iluminaban todo y, en ese momento, abrieron las puertas dejándonos totalmente ciegos con la intensa luz. Unos segundos después, pudimos ver que quienes nos gritaban y nos recibían a golpe de fusil con sus furiosos perros eran miembros de las SS, la famosa guardia especial de Hitler. Fuimos conscientes de que algo había cambiado. Al ver este comportamiento de los alemanes yo pensé que nos iban a liquidar a todos. Estábamos convencidos de que nos iban a fusilar esa misma noche, sin que nadie se enterara. Pero no nos fusilaron… fue peor todavía».

Francisco Batiste estaba cerca de José Marfil y recuerda su primera visión al asomarse a la puerta del vagón: «Ante nuestros atónitos ojos apareció un paisaje cubierto totalmente por una espesa capa de nieve. Jamás había contemplado tal blancura y belleza, blanco nítido que prontamente quedó enrojecido por el efecto de los culatazos y los ataques de los feroces perros alemanes adiestrados a tal fin. Bajo un frío terrible, atormentados por la sed y el hambre, éramos obligados a saltar de los vagones sin apenas podernos sostener en pie».

El recibimiento fue idéntico para todos y cada uno de los convoyes cargados con españoles. Luis Perea, hasta su fallecimiento en el verano de 2014, nunca pudo olvidar la falta de piedad de los SS: «Abrieron las puertas de los vagones y empezaron a dar patadas y a lanzar los perros contra nosotros. Teníamos que bajar rápidamente. Muchos estábamos enfermos con diarrea y con fiebre, pero ahí no se respetaba nada. Estaban como enloquecidos…».

Ya en el andén, aprendían por primera vez el estilo de formación que gustaba obsesivamente a sus guardianes: en fila de a cinco. Así, entre golpes, gritos y ladridos comenzaba el recorrido a pie de cinco kilómetros que les debía conducir desde la estación hasta el recinto del campo. «Había que ir formado de a cinco. Y en cada lado —rememora Marfil— estaban los soldados con el fusil dispuesto para disparar. Estábamos muy bien vigilados, nunca habíamos visto tantos hombres dedicados exclusivamente a controlarnos. Los SS eran unas verdaderas bestias».

Los prisioneros tenían que atravesar, en estas condiciones, el centro del pueblo de Mauthausen. Muchos recuerdan las luces encendidas en las casas y algunos rostros que les miraban tras las ventanas. Ramiro Santisteban no olvida, pero dice comprender y perdonar a esos austriacos que les veían pasar con aparente indiferencia: «Tras la liberación, algunos de ellos me confesaron que no hacían nada porque tenían miedo. Nos veían pasar delante de sus casas, observaban cómo nos pegaban… Lo veían todo. Solo alguno de ellos se atrevió a lanzar, de forma anónima, algo de pan. Pero fueron casos excepcionales».

Cuando dejaban atrás las últimas viviendas, el camino se adentraba en un terreno arbolado. José Marfil recuerda que los focos de un vehículo alemán iluminaban ese empinado sendero por el que tenían que transitar casi corriendo: «El suelo estaba helado, por lo que algunos se caían. Los SS les hacían levantarse a puntapiés. Si alguno ya no podía avanzar más… ¡Pam!, un tiro, y el resto a seguir la marcha, cuesta

arriba, siempre cuesta arriba». A unos metros de José Marfil, también trataba de mantener el equilibrio Josep Figueras: «Los que no podían seguir se quedaban allí abandonados. Pasábamos por encima de ellos como podíamos, intentando no pisarlos, pero, a veces, era imposible. A algunos de ellos los SS los remataban en el suelo».

Los cadáveres eran cargados en el camión que cerraba la marcha. Aunque la muerte ya lo impregnaba todo, la sed era más fuerte que el miedo y los prisioneros aprovechaban cualquier despiste de sus guardianes para recoger un puñado de nieve y llevárselo con ansia a la boca, según observó Alfonso Maeso: «El miedo era enorme. Teníamos tanto miedo que nadie se quería situar en los extremos de la formación, para así tratar de protegerse de los perros y de los golpes de los soldados. Yo era consciente de la situación. No podía imaginar, claro está, lo que se nos avecinaba, pero sí que estábamos a punto de entrar en un lugar en el que sufriríamos enormemente. El instinto me aconsejó pasar desapercibido, no hacer durante la travesía ningún movimiento anormal que llamara la atención de nuestros guardianes. Y acerté. (…) Otros, muertos de sed, fueron atacados cuando intentaban coger algo de nieve. Los que se rezagaban era empujados y golpeados». Joan Tarragó, que compartía grupo con Marfil, Figueras y Maeso, describía así la situación: «Desde un avión, nuestra columna habría parecido una serpiente por los movimientos que hacíamos en zigzag cada 20 o 30 metros. Nos golpeaban los soldados de la derecha y nos amontonábamos hacia la izquierda, nos pegaban los de la izquierda, al mismo tiempo que nos echaban los perros encima, y nosotros otra vez hacia la derecha»[67].

El cortejo seguía su ascenso, paso a paso, y sus integrantes sentían como si estuvieran sumergidos en un mal sueño. Deslumbrados por los focos o por el sol, según fuera de noche o de día; congelados por el frío o descompuestos por el calor, dependiendo de la climatología imperante en el momento de su llegada… pero siempre asustados y aturdidos por una estruendosa banda sonora saturada de ladridos, gritos, ruido de golpes y rematada por el sonido seco de los disparos.

Eduardo Escot hacía este recorrido a plena luz del día, lo que le permitió ser consciente, antes que otros muchos prisioneros, del terrible lugar al que se dirigían: «Subía la cuesta hacia Mauthausen por primera vez junto a mi paisano de Olvera, Cristóbal Raya, que sería asesinado en Gusen[68]. Entonces fue cuando vi una figura, y reconocí a un antiguo compañero de mi compañía de trabajadores del Ejército francés. Estaba vestido con el traje a rayas y al verle supe que estaba todo perdido. Miré a mi amigo Cristóbal y le dije: “Raya, estamos jodidos”. Así es y así fue: “Estamos jodidos”». Juan Romero no lo vio tan claro como Escot cuando contempló por primera vez a un nutrido grupo de prisioneros: «Estábamos llegando al campo y entonces les vi a todos con sus trajes rayados. Creía que aquello no podía ser otra cosa que un hospital».

Los peores presagios se confirmaron al alcanzar la cima de la colina: «De pronto

llegamos a un terreno llano —recuerda Marfil— y vimos ante nosotros levantarse unos muros enormes. Cruzamos una gran puerta de piedra coronada por el águila imperial con las alas desplegadas, portando entre sus garras una cruz gamada».

La primera visión del campo, con su imponente aspecto de fortaleza de granito, intimidaba, aún más, a los ya desmoralizados prisioneros. Tras cruzar «la puerta del águila» atravesaban el «patio de los garajes», subían unas escaleras y giraban a la derecha para llegar a la única entrada que daba acceso al interior del campo de concentración. Una vez flanqueada, eran obligados a formar por primera vez en la *appelplatz*, la gran plaza central en la que, a partir de entonces, pasarían revista varias veces al día. En ese lugar, como macabro regalo de bienvenida, Francisco Griéguez contempló las primeras ejecuciones: «Estábamos allí formados, no habíamos comido ni nada. Llevaba todo el día lloviendo y nosotros allí mojados, mojados, mojados. Estábamos helados de frío, muertos de hambre y asustados. Sobre todo muy asustados porque traían a gente atada y los mataban allí, delante de nosotros. Creo que eran yugoslavos y veíamos cómo les fusilaban, a unos pocos metros de donde estábamos».

En esa plaza es también donde los españoles observaron con estupor como los SS les dejaban en manos de un grupo de prisioneros. Gritaban y golpeaban tanto o más que los propios nazis. Eran los *kapos*, delincuentes comunes austriacos, alemanes y polacos que ejercían de verdaderos ayudantes de los SS. Ellos eran los que mantenían la disciplina en la temblorosa formación. Los españoles también les bautizarían muy pronto con el sobrenombre de «cabos de vara» debido a las fustas que utilizaban para golpearles. Dichas varas eran mangueras de goma que rellenaban con arena, mangos de picos o látigos fabricados con nervios y piel de buey.

EL PROCESO DE DESHUMANIZACIÓN

Tras una espera que podía durar minutos o varias horas, uno de los comandantes, acompañado del intérprete, les daba la «bienvenida». Ese papel le solía corresponder al capitán Georg Bachmayer, el verdadero número dos del campo. No hay ni un superviviente que no coincida en el contenido del amenazador discurso que les brindó el día de su llegada. «Vosotros, que habéis entrado por esa puerta, solo podréis salir del campo por aquella salida», les decía Bachmayer, mientras señalaba con su dedo la chimenea del crematorio. Marcial Mayans se quedó petrificado cuando escuchó ese mensaje: «Señalaba la chimenea que se alzaba orgullosa, insolente, expulsando un humo que salía negro por la grasa que quemaba, la poca grasa de los muertos. La llama era roja y blanca. Y nos repetía: “¡Por allí se sale!”».

«Fue a través de ese simple gesto —recuerda Marfil— con el que nosotros aprendimos lo que era un horno crematorio».

Las palabras de Bachmayer aún resonaban en sus oídos cuando los *kapos*

comenzaron a gritar y a golpearles para continuar con su bautismo concentracionario. Lo siguiente era quitarse toda la ropa para, completamente desnudos y con sus pertenencias en las manos, pasar por unas mesas en las que prisioneros-secretarios les tomaban algunos datos personales: nombre y apellidos, fecha y lugar de nacimiento, nacionalidad y, finalmente, el contacto de un familiar cercano «para enviarles vuestras cenizas». Después, debían entregar la ropa y objetos personales a los miembros del *kommando* de la desinfección. Se trataba de un grupo de trabajo por el que pasaron varios españoles, como Juan Romero: «Cogíamos la ropa en unas parihuelas y la llevábamos a desinfectar y después a lavarla. Los SS se quedaban con todos los objetos de valor: los anillos, el reloj, la cartera. No dejaban nada».

Mientras la ropa quedaba almacenada, los prisioneros seguían un metódico recorrido que empezaba, como describe José Marfil, en una improvisada barbería: «Nos llevaron a una gran sala donde nos afeitaron, sin el más mínimo miramiento, la cabeza y los genitales: teníamos pequeñas heridas en todas partes».

Los barberos utilizaban las mismas navajas para rasurar a todos sus «clientes», tan usadas y desgastadas que más que cortar el pelo lo arrancaban de raíz. «Los más bajitos tenían que subirse a un taburete —prosigue el relato Marcial Mayans—, allí te lo afeitaban todo, pero a mí lo que peor me supo es que me quitaran el bigote; un bigote que cuidaba con esmero desde que tenía 14 años y que me sirvió para aparentar más edad y poder alistarme en el Ejército Republicano». Un dolor mayor hizo que Mayans se olvidara pronto de su querido mostacho: «A continuación te desinfectaban, pasabas por delante de uno que tenía un pincel, una especie de brocha impregnada con un líquido raro. Te pintaba delante, detrás, en la cabeza, por todo el cuerpo. Sentías como si te pasara fuego por la piel».

Agotados, desollados y humillados, Mayans y el resto de los deportados aún debían pasar por uno de los peores trances de ese día: «Finalmente bajábamos unas escaleras y nos metían en las duchas. Era una sala grande en la que cabían 100 o 150 personas que, tras entrar nosotros, cerraron desde fuera con una especie de volante. Enseguida comenzó a salir agua hirviendo. “¡Asesinos!”, empezamos a gritar todos… y de golpe, ¡agua helada! La que te hacía más daño era la caliente, pero la helada también te dejaba fatal».

Rafael Álvarez recuerda haber visto a los SS disfrutar del macabro espectáculo: «El agua nos abrasaba o nos helaba, dependía solo del capricho del SS que manejaba las llaves de paso. Recuerdo sus ojos clavados en la ventana de cristal que había en la puerta y cómo se reía a carcajadas contemplando cómo unos pobres indefensos no podíamos evitar los chorros de agua demasiado caliente o demasiado fría que él nos administraba»[69]. Tras media hora de suplicio, y otra vez con palos, gritos y carreras, volvían a hacerles formar completamente desnudos y mojados en la *appelplatz*.

Finalmente les entregaban unas chanclas con suela de madera, una cuchara, un

plato y el uniforme rayado. La mayoría de los prisioneros, como le ocurrió a José Alcubierre, tenía que intercambiar las prendas con otros compañeros para intentar hacerse con una que pudiera resultarle de cierta utilidad: «Decíamos… esta es grande, esta es pequeña… coge tú esta… y así cambiamos las cosas porque a nadie le iba bien aquel traje de cebra».

Aún peor fue la sorpresa que se llevaron otros recién llegados como Josep Figueras, Eduardo Escot y Josep Simon. Encontraron restos de sangre y pistas suficientes como para deducir la forma en que habían muerto los anteriores portadores de sus «recién estrenados» uniformes. Simon lo describe así: «Después de observar detenidamente los zurcidos que tenía, descubrimos con escalofríos que se trataba de pequeños orificios que habían dejado las balas en el tejido. Ese detalle nos afectó profundamente. Comenzábamos a ver a qué lugar habíamos ido a parar. Si a ellos les había tocado, ¿por qué no a nosotros? Así de macabro…».

Esta planificada bienvenida concentracionaria terminaba cuando los prisioneros recibían un número que sería, a partir de ese momento, su única identidad en el campo. Por ello lo llevaban inscrito en una pequeña placa metálica que se colgaban del cuello o de la muñeca. También debían lucirlo en unas estrechas bandas de tela que cosían en la camisa y el pantalón del uniforme. La numeración de los recién llegados no era correlativa ya que, hasta finales de 1941, los SS reasignaban los números de los muertos a los nuevos prisioneros.

Junto al número individual, todos los españoles recibieron un distintivo que les identificaba como colectivo. En el sistema represivo nazi, la obsesión por el orden y la catalogación les hizo crear un símbolo para diferenciar a cada grupo de prisioneros. Los judíos portaban en sus uniformes la estrella de David, mientras el resto de los presos lucía un triángulo invertido. Los delincuentes comunes lo llevaban de color verde, los presos políticos rojo, a los homosexuales se les había reservado el rosa, a los gitanos y asociales el negro[70], y a los testigos de Jehová y objetores de conciencia el morado. En el interior del triángulo, los prisioneros que no eran de origen alemán llevaban además la letra inicial de su país. La lógica haría pensar que los españoles recibirían el triángulo rojo de prisioneros políticos, como de hecho ocurrió, años más tarde, en el resto de los campos[71]. Sin embargo, en Mauthausen, los republicanos españoles recibieron el triángulo azul que les distinguía como apátridas. Un triángulo azul sobre el que, contradictoriamente, aparecía escrita una «S» que les definía como *spanier*, es decir, como apátridas españoles. En los libros de registro del campo y en la mente de los SS, esa definición era un poco más amplia: todos los recién llegados eran *rotspanier*. La explicación de por qué aquellos hombres nacidos en una nación amiga del Reich, como era España, merecían estar en ese lugar obedecía a una sencilla razón: se trataba de «rojos españoles».

El proceso de deshumanización de los deportados había concluido. Habían sido humillados, despojados de sus pertenencias, de sus recuerdos y también de esas

cabelleras, cejas, barbas y bigotes que les diferenciaban de los demás. Ahora solo eran seres desmoralizados y uniformados a los que ni siquiera sus familiares más cercanos podrían identificar entre la masa rayada.

«Yo no era ya Marcial Mayans Costa. No era nada. Solo era el 9057. Te llamaban por ese número y, si no contestabas, recibías una lluvia de patadas y puñetazos. Así era el campo, destinado a brutalizarte, a disminuirte moral y físicamente».

Lázaro Nates también reflexionaba al final de ese día aciago, mientras se enfundaba por primera vez el uniforme con el número 3832: «Siempre he sido muy observador y ese día me di cuenta de que nos habían metido allí para no salir. Muchos decían y creían que íbamos a estar solo unos meses. Yo les contestaba que en un lugar en el que te tratan así, te dan un número y un traje rayado, no te van a dejar salir a los tres meses».

Sin romper la formación, y ya con sus «nuevos» atuendos, hubo prisioneros como Mariano Constante que fueron testigos de las primeras selecciones que realizaban los SS entre los españoles: «Me fijé en que un grupo de 40 o 50 de los nuestros, enfermos y agotados, habían sido separados. Entre ellos se hallaba mi amigo Paco… Entraron los últimos en los sótanos de las duchas y no los volvimos a ver nunca más. ¿Inyección de gasolina, pelotón de ejecución, cámara de gas? Lo ignoro»[72].

Los gritos de los *kapos* ponían nuevamente en marcha a los recién llegados. El rebaño humano era conducido finalmente hasta las barracas que habían sido preparadas para su llegada. En ocasiones, como relató el barcelonés Joan de Diego, los oficiales alemanes hacían que varios prisioneros/músicos interpretaran en ese momento la melodía *Adiós a la vida*, de la ópera *Tosca*. Esos acordes repletos de macabra ironía hacían aún más dura la entrada en la barraca. En su interior los deportados encontraban pocos motivos para reactivar su moral. Cada uno de estos habitáculos estaba pensado para albergar a doscientos prisioneros pero siempre se superaba con creces esa cifra. En algunos momentos de la historia del campo llegó a haber hasta 1600 hombres hacinados en el interior de una sola barraca.

José Marfil estaba en la número 17. Recuerda la congoja que le provocó ver el espacio totalmente diáfano. No había estufa de carbón, ni un solo mueble, ni una mala litera: «No teníamos cama, no existía. Lo que nos encontramos fue un montón de colchones de paja apilados que llegaban hasta el techo. Tuvimos que cogerlos y extenderlos sobre el suelo».

Servídeo García pronto se percató de que, pese al enorme cansancio acumulado, no iba a ser fácil conciliar el sueño en esas condiciones: «Se nos asignaron dos colchonetas, con apenas dos dedos de paja, por cada cinco individuos. Esa fue la razón por la que tuvimos que desistir de dormir de otra forma que no fuera de costado. Si querías darte la vuelta tenías que levantarte y volver a dejarte caer del otro lado, por lo que en ese instante corrías el riesgo de perder el sitio y quedarte descolocado. Una vez acostados no había posibilidad alguna de dar un paso en el dormitorio que no fuera sobre el montón de carne humana que formábamos dos

centenares de parias».

Antonio Hernández, en la barraca 18, usaba el uniforme y las chanclas de madera como almohada: «Lo más trágico era ver cómo tantos seres humanos tenían que dormir en aquellos reducidos metros cuadrados. Las sardinas en lata se hubiesen mofado de nosotros. ¡Y qué problemático era salir del fondo de la barraca para ir a evacuar al urinario! Los camaradas tenían que marchar a cuatro patas buscando, entre los "horizontalizados" compañeros, el espacio necesario para poner manos y pies»[73]. Miguel Serra señala que lo peor de todo era el regreso: «Seguramente por culpa de la alimentación, del frío, del nerviosismo y la angustia todo el mundo se levantaba muchas veces por la noche. Lo trágico era cuando volvías, cuando no había manera de recuperar los 20 centímetros que te tocaban porque alguien ya se había puesto en ellos. A oscuras, entre cabezas, culos, piernas y pies, si conseguías esquivarlo todo y volver a poner la cabeza sobre tu almohada, te sentías muy afortunado»[74].

Solo un prisionero español tuvo algo de felicidad esa primera noche en Mauthausen. Manuel Alfonso llegó bien entrada la madrugada en un convoy formado por 846 prisioneros: «Éramos tantos y era tan tarde que no sabían dónde meternos. Por eso nos dejaron la ropa y todas nuestras cosas y nos llevaron a una barraca en la que había colchones de paja y algunas mantas». Manuel pasó esas horas de relativo descanso pensando cómo esconder su más preciado tesoro. Finalmente eligió unas mantas para camuflar algunos lápices y el retrato de su madre, un dibujo que había realizado él mismo durante su estancia en el campo de prisioneros de Estrasburgo. Manuel estaba convencido de que a la mañana siguiente empezaría una vida de pesadilla. Pero no pudo evitar esbozar una sonrisa pensando que la imagen de su madre le haría compañía a lo largo de esa dura travesía.

EL PRIMER AMANECER

La campana, situada en la puerta principal, sonaba a las 4.45 horas de la mañana en verano y treinta minutos más tarde en invierno. Su sonido marcaba el inicio del primer día de martirio. Los *kapos*, a empujones y golpes, conducían a los aturdidos prisioneros hasta la zona de aseo, situada en la parte central de la barraca. En menos de media hora, centenares de hombres peleaban por utilizar los agujeros que hacían las veces de retretes e intentaban hacerse un hueco para lavarse en unas grandes pilas circulares. No había jabón y solo unas pocas toallas sucias con las que únicamente lograban secarse los primeros que llegaban a la sala.

La higiene era una quimera en todos los campos, tal y como describe gráficamente Siegfried Meir, superviviente de Auschwitz y de Mauthausen: «¿Cómo puedes ser limpio si no tienes agua, no tienes jabón, no tienes nada? Tienes disentería, te cagas encima y hueles mal. Y cuando te ven los SS te dan una patada en

el culo y te hacen caer porque les das asco»[75]. Como decía Siegfried y corrobora Cristóbal Soriano, en numerosas ocasiones les faltaba hasta el agua: «A veces había una avería o, a veces, los alemanes la cortaban porque les apetecía, especialmente en invierno. Entonces, como no había agua en el lavabo, tenías que salir fuera, coger la nieve y lavarte con ella. Y eso había muchos españoles que no lo resistían y morían».

Pese a las dificultades que ellos mismos imponían a los reclusos, Enrique Martín señala que los *kapos* y los SS se mostraban inflexibles con quienes no habían podido asearse: «Hacíamos nuestra *toilette* desnudos de la cintura a la cabeza. ¡Desgraciado de aquel que tratara de pasar fingiendo haberse lavado! Los palos, bofetadas y golpes llovían sobre él, terminando con el castigo de someterle a pasar un cuarto de hora bajo la ducha de agua helada. Algo que generalmente ocasionaba la muerte». Según Enrique, antes de que muchos hombres hubieran podido siquiera alcanzar los lavabos, los *kapos* anunciaban a su manera que el tiempo del aseo había concluido: «El *kapo* al que llamábamos el Rubio, con una malicia premeditada y armado con el mango de un pico, entraba con una furia de loco dando palos a diestro y siniestro. Aquellos que lograban llegar hasta la puerta de salida, recogiendo lo que podían de su vestimenta, se sentían con un poco de suerte. Aquellos que no podían salir buscaban el rincón opuesto, agrupándose para esquivar los palos. Hacia ese pelotón de víctimas se dirigía el Rubio con gritos que parecían aullidos, dando palos por aquí, palos por allá. Conseguíamos salir a la calle, unos sangrando, otros llorando y quejándonos»[76].

En estas pésimas condiciones, los deportados recibían el «desayuno»: un cuarto de litro de un líquido al que llamaban café, pero que estaba compuesto de agua coloreada con algún tipo de semilla tostada imposible de identificar. Minutos después debían presentarse a la primera formación del día. Los recién llegados se percataban entonces de que estaban aislados de la parte central del campo. Se encontraban en el llamado «campo de cuarentena», formado por las barracas 16, 17, 18 y 19 y separado del resto del recinto por una alambrada no electrificada y por un muro de granito[77]. Mientras los veteranos formaban en la *appelplatz* y después marchaban a trabajar a los distintos *kommandos*, ellos pasaban lista delante de sus barracas y permanecían al margen de la rutina concentracionaria. Este periodo de teórica cuarentena duraba entre siete semanas y un solo día, dependiendo del espacio disponible y de las necesidades laborales de los SS.

Durante ese tiempo los presos, como no tenían que trabajar, recibían la mitad de la ya de por sí escasa ración diaria de comida. «La única ventaja de la cuarentena era que no trabajábamos —apunta José Marfil—. Tras la formación matinal, nos hacían pisotear el suelo congelado. Hacía muchísimo frío, así que nuestro objetivo era intentar resguardarnos lo mejor que podíamos del gélido viento. Con el traje de presidiarios sufríamos terriblemente por el frío y la humedad. Entonces, para calentarnos un poco, nos restregábamos los unos contra los otros. Era un momento de calma que duraba muy poco porque, en cuanto nos veían, los *kapos* venían y nos

dispersaban a palos».

Además de dedicarse a alisar la nieve, los reclusos aprendían las primeras normas de la vida en Mauthausen. Lo primero era conocer la pronunciación correcta en alemán de su número de prisionero, ya que cuando pasaban revista debían contestar rápidamente tras escucharlo de boca del *kapo*. A algunos les resultó más fácil que a otros. Josep Figueras, adscrito a la barraca 18, no era capaz de recordarlo por mucho que se esforzara. Por esa razón recibió varias palizas durante sus primeros días de cautiverio. Finalmente, Josep decidió memorizar la voz y el lugar en que se encontraba el preso que ocupaba en la lista el puesto anterior al suyo. Tras escucharle, sabía que el siguiente en gritar tenía que ser él.

Las lecciones improvisadas de alemán iban unidas al aprendizaje de la fiera y absurda disciplina del campo. Al grito *mützen ab, mützen auf*, los novatos debían repetir, una y mil veces, el gesto de quitarse y ponerse el gorro. Un acto que realizarían en infinidad de ocasiones durante su estancia en Mauthausen. No hacerlo correctamente cuando pasaba un oficial, o ejecutarlo de torpe manera en las formaciones, podía acarrear los castigos más severos. En esas primeras horas de cautividad, los españoles comprobaron que vivir o morir podía depender de aspectos aparentemente triviales. Josep Pons Carceller estaba condenado desde el principio. Su amigo Joan Tarragó explica el motivo: «Pons fue golpeado en más de una ocasión porque tenía la piel más oscura que los demás. El hombre estaba desolado. Como él decía, todo le pasaba por tener la piel tan negra. Se abandonó, no se lavaba y, hacia el final, se dejaba la barba. “Me dejo la barba —decía antes de morir—, ¿no dicen los nazis que no somos hombres, que somos cerdos?”». Las palabras del ya moribundo Pons Carceller describían perfectamente el concepto que los alemanes tenían de los prisioneros. En la ideología y la mentalidad nazis no se trataba de personas normales. Eran *untermenschen*, hombres inferiores. «*Stück*. Así nos llamaban también —recuerda Ramiro Santisteban—. Nunca nos llamaban hombres. Nos decían *stück*, que significa trozo».

Poco a poco los nuevos prisioneros se iban percatando del significado real de la palabra Mauthausen. El aislamiento al que estaban sometidos en la cuarentena era muy relativo y pudieron comunicarse con otros republicanos que ya se encontraban en el campo desde hacía meses. Enrique Martín se avergonzaba, años después, del rechazo inicial que le produjo encontrarse con ellos: «Al principio tendíamos a rechazarlos por su aspecto astroso, por temor a que nos contagiaran alguna enfermedad incurable. Enjutos, oscuros, cadavéricos, curtidos por los vientos fríos de esa meseta austriaca, parecían haber soportado un riguroso régimen penitenciario durante muchos años. Su presencia miserable infundía en nuestra ignorancia un sentimiento de horror y tristeza. Pero cuál no sería nuestra estupefacción cuando les escuchamos hablar en nuestra lengua y supimos que su estancia en ese penal oscilaba entre los dos y seis meses a lo sumo… Por algunos rasgos físicos descubrimos que esos esqueletos andantes no eran otros que nuestros propios camaradas de la guerra

de España, de los campos de concentración de Francia o de las Compañías de Trabajadores». Esos fantasmas, efectivamente, hablaban en castellano y aunque trataban de dar consejos a los novatos, lo único que conseguían era deprimir aún más a jóvenes como Joaquín Amat: «Eran auténticos esqueletos. Daban mucha pena. Pensábamos: “Así estaremos nosotros dentro de poco”. Estaban completamente desnutridos, tenían las caras llenas de costras, de golpes, de moraduras. Todos cojeaban. En fin, si vieses cómo estaban… vestidos de cualquier manera, con trapos y ¡con el frío que hacía! Estábamos en enero y aquel año, no sé, pero al año siguiente llegamos a 37 grados bajo cero»[78].

Esos espectros renegridos por el frío y la falta de alimento se dejaron ver, aún más, cuando llegó la hora de que los recién llegados recibieran su primera comida sólida. Era mediodía y José Alcubierre seguía al lado de su padre; jamás podrá olvidar lo que le ocurrió: «Nosotros teníamos un cuenco y una cuchara que nos habían dado a nuestra llegada. Esos serían nuestros únicos cubiertos durante casi cinco años. Trajeron unas grandes marmitas de 50 litros y nos echaron un cazo a cada uno. Yo, cuando percibí aquel olor… pensé que no era posible que nos tuviéramos que comer eso. Le dije a mi padre: “Oye papá, ¿vamos a comer esto?”. “No sé hijo, si no hay otra cosa tendremos que comerla”. En ese momento se me acercó uno de los españoles que había llegado antes que nosotros y me dice: “¿Qué hay chaval, no comes?”. Yo seguía pensando: “¿Yo me voy a tener que comer esto?”. Y el español me insiste: “Si no lo comes ahora lo comerás mañana porque es lo único que hay”. Me le quedé mirando y le dije: “Pues no sé, yo me voy a morir de hambre antes que comer esto. ¿Lo quieres tú?”, y se lo di. ¡Cuando vi cómo comía aquel hombre! Había llegado el 6 de agosto, nosotros llegamos el 24. Y cuando vi como devoraba aquella comida infecta… ¡Madre mía! Dos días más tarde nosotros también nos comíamos aquella sopa como si fuera un manjar».

Informe Mauthausen.

Una pieza más en el universo represivo nazi

Cincuenta días. Ese es el tiempo que tardó Adolf Hitler en abrir el primer campo de concentración en su amada Alemania. Tras ser nombrado canciller el 30 de enero de 1933, el Führer decidió establecer una gigantesca red de recintos represivos para eliminar a los «enemigos del Estado». El 21 de marzo, los periódicos de Múnich ya publicaban una circular del jefe de policía de la ciudad en la que se anunciaba la apertura, al día siguiente, del campo de Dachau.

Hitler no estaba engañando ni traicionando a su pueblo, al menos a quienes le habían votado. El flamante nuevo jefe de Gobierno se limitaba a cumplir su programa electoral, expresado con gran profusión de detalles en su obra *Mein Kampf*: «Quien

hable de una misión del pueblo alemán en este mundo, debe saber que esa misión solo puede consistir en la formación de un Estado que ve, como su mayor finalidad, la conservación y el progreso de los elementos raciales que se mantuvieron puros en el seno de nuestro pueblo y en la Humanidad entera. Con esa misión, el Estado, por primera vez, asume su verdadera finalidad. En lugar del palabreo ridículo sobre la seguridad de la paz y del orden, por medios pacíficos, la misión de la conservación y del progreso de una raza superior es la que debe ser vista como la más elevada tarea». Hitler también anunciaba su intención de imponer una dictadura, a la que llamaba eufemísticamente «democracia germánica». Su discurso populista había calado en una población azotada por la crisis y desencantada de los partidos políticos tradicionales: «La característica más remarcable del parlamentarismo democrático consiste en que se elige un cierto número, supongamos 500 hombres o también mujeres en los últimos tiempos, y se les concede a estos la atribución de adoptar en cada caso una decisión definitiva. Prácticamente, ellos representan por sí solos el gobierno, pues, si bien designan a los miembros de un gabinete encargado de los negocios del Estado, ese pretendido gobierno no cubre sino una apariencia; en efecto, es incapaz de dar ningún paso sin antes haber obtenido la aquiescencia de la asamblea parlamentaria. Por esto es por lo que tampoco puede ser responsable, ya que la decisión final jamás depende de él mismo, sino del Parlamento. El parlamentarismo democrático de hoy no tiende a constituir una asamblea de sabios, sino a reclutar más bien una multitud de nulidades intelectuales, tanto más fáciles de manejar cuanto mayor sea la limitación mental de cada uno de ellos. En oposición a ese parlamentarismo democrático está la genuina democracia germánica de la libre elección del Führer, que se obliga a asumir toda la responsabilidad de sus actos. Una democracia tal no supone el voto de la mayoría para resolver cada cuestión en particular, sino llanamente la voluntad de uno solo, dispuesto a responder de sus decisiones con su propia vida y hacienda».

Ese Führer responsable y abnegado no podía ser otro que él mismo, aunque los alemanes nunca le eligieran para tal fin. Su intento de ser refrendado por la mayoría absoluta de su pueblo naufragó en las elecciones celebradas el 5 de marzo de ese mismo año. Durante la campaña, los nazis utilizaron en su favor todo el aparato del Estado y jugaron la baza del miedo al comunismo. Una estrategia que se vio reforzada por el misterioso incendio que destruyó por completo el Parlamento alemán[79].

Finalmente, el NSDAP[80] venció ampliamente superando los 17 millones de votos, pero más del 55% de los electores apoyaron a otras fuerzas políticas[81]. Hitler sabía, por tanto, que los primeros enemigos que debía eliminar eran los que tenía más cerca. Los diputados comunistas, junto a otros dirigentes y simpatizantes izquierdistas, inauguraron Dachau. Mientras atravesaban las puertas del campo de concentración, el 23 de marzo de 1933 el resto del Parlamento aprobaba la «Ley para solucionar los peligros que acechan al Pueblo y al Estado», un decreto que acababa

con la democracia y otorgaba todo el poder a Hitler. Los diputados socialistas votaron en contra y, por ello, muy pronto seguirían los pasos de sus compañeros comunistas. Hasta 1944, unos 7000 alemanes fueron ejecutados por motivos políticos. Esta cifra engloba las ejecuciones oficiales pero no contabiliza a los miles de disidentes que perecieron de hambre, frío y todo tipo de torturas. Se calcula que fueron más de un millón los ciudadanos del Reich que pasaron por los campos de concentración levantados por su Führer[82].

En esta fase inicial de su estrategia de eliminación del adversario y del diferente, los nazis abrieron un segundo campo en Oranienburg, en 1933. Una de sus primeras víctimas fue el poeta anarquista de origen judío, Erich Mühsam. En esos meses de dura represión, los dirigentes locales nazis establecieron nuevos campos o reutilizaron para sus fines otros lugares de internamiento que, hasta entonces, estaban destinados a albergar a delincuentes comunes. Papenburg, Neusustrum, Börgermoor o Esterwegen son nombres poco conocidos pero que acarrearon mucho dolor y sufrimiento a quienes no compartían la ideología única. Ni siquiera el premio Nobel de la Paz Carl von Ossietzky se salvó de acabar confinado en uno de ellos. Estos campos y especialmente Dachau sirvieron de modelo para construir el universo concentracionario nazi.

La red creció, en un principio, de forma desorganizada hasta que Heinrich Himmler, comandante en jefe de las SS, asumió su control total en 1934. Enamorado de la eficaz brutalidad que Theodor Eicke había demostrado como máximo responsable de Dachau, Himmler le nombró inspector de los campos de concentración y le encargó su reorganización. Eicke cerró los recintos más pequeños y ordenó la construcción de grandes centros de internamiento. En 1936 se inauguraría Sachsenhausen, un año después Buchenwald, en 1938 Mauthausen y en 1939 Flossenbürg y el campo femenino de Ravensbrück. Una vez iniciada la guerra, se levantaron nuevos campos, no solo en Alemania sino también en las naciones ocupadas, para acoger a los millones de prisioneros de los ejércitos vencidos y de las minorías que se pretendía eliminar. Nombres como Bergen-Belsen, Auschwitz, Neuengamme, Plaszow, Treblinka o Terezin fueron engrosando la lista. Los alemanes llegaron a disponer de más de 20 000 centros de internamiento repartidos por toda Europa y el norte de África[83].

El número dos de Himmler era el responsable de la Oficina Central de Seguridad del Reich (RSHA). El *SS-obergruppenführer*, Reinhard Heydrich, ocupó ese puesto hasta su muerte en junio de 1942, víctima de un atentado perpetrado en Praga por la Resistencia checa. Le sucedió un no menos sanguinario general de las SS, Ernst Kaltenbrunner. Los dirigentes nazis consiguieron que la red de campos constituyera una pieza fundamental para la seguridad del Reich pero también para su economía. Con la juventud alemana luchando en los frentes de batalla, los prisioneros fueron la mano de obra perfecta para trabajar en las granjas, las empresas, las canteras y las fábricas de armamento. Trabajadores esclavos sin derecho alguno, cuya manutención

y alojamiento apenas requería gastos puesto que su destino final era el exterminio. Explotar y exterminar eran los dos únicos verbos que debían conjugarse en las comandancias de los campos.

El obsesivo afán organizador de la cúpula nazi llevó a Heydrich, el 2 de enero de 1941, a emitir un relevante decreto: «El Reichsführer SS y jefe de la policía alemana ha dado su aprobación a la clasificación de los campos de concentración en varias categorías, teniendo en cuenta la personalidad del prisionero y el grado de peligrosidad para el Estado. De acuerdo a ello, los campos de concentración quedan clasificados en las siguientes categorías: categoría 1, para todos los prisioneros con acusaciones leves y aptos para ser corregidos; también para casos especiales de encierro en solitario; categoría 2, para prisioneros con graves acusaciones pero todavía aptos para ser reeducados; categoría 3, para los prisioneros que difícilmente se pueden rehabilitar: aquellos sobre los que pesan las más graves acusaciones, quienes ya han sido previamente condenados por crímenes y prisioneros asociales»[84].

Dachau, Sachsenhausen y Auschwitz I fueron clasificados en la primera categoría, mientras que Buchenwald, Flossenbürg, Neuengamme y Auschwitz II quedaban en el escalón intermedio. La categoría 3, la más dura, quedó reservada únicamente para Mauthausen, el campo al que iría a parar la inmensa mayoría de los españoles. La clasificación no incluyó decenas de recintos, incluidos los campos de exterminio o fábricas de la muerte en que se aplicaría la «solución final» a millones de judíos. En la práctica, independientemente de la categoría, las condiciones de vida y el trato de los SS fue similar en todos los campos. Sin embargo, la categoría 3 provocó la concentración de delincuentes alemanes y austriacos en Mauthausen, lo que supuso un sufrimiento añadido para los republicanos que fueron allí deportados.

EN UNA COLINA JUNTO AL DANUBIO

El 12 de marzo de 1938 el Ejército alemán entraba en Austria y se producía el Anschluss, la anexión de su territorio por el Reich. Solo unos días después, Himmler visitó sus nuevos dominios acompañado por Theodor Eicke y por el jefe de la Administración de las SS, Oswald Pöhl. La comitiva se dirigió a una zona regada por el Danubio en la que se encontraban las localidades de Mauthausen, St. Georgen y Langenstein. Himmler disponía de precisos informes sobre las productivas canteras de granito que había en esa región.

Himmler quedó maravillado por las posibilidades que le ofrecía el lugar y tomó inmediatamente la decisión de levantar dos grandes campos. Uno junto a la cantera Wiener Graben y situado a cinco kilómetros, colina arriba, de la localidad de Mauthausen. El segundo recinto se construiría a cuatro kilómetros del primero, en la localidad de Langenstein y muy cerca de las canteras de Gusen. Cinco meses

después, el ocho de agosto de 1938, llegaron a Mauthausen los primeros trescientos prisioneros, procedentes del campo de concentración de Dachau. En su mayor parte se trataba de delincuentes comunes alemanes, aunque también figuraban entre ellos algunos presos políticos. Vigilados por una guarnición de ochenta SS, su primer trabajo consistió en construir las barracas de madera que servirían para su alojamiento y el de los prisioneros que irían llegando durante las siguientes semanas. Con el comienzo del nuevo año, la población de reclusos, que no paraba de crecer, comenzó a trabajar en la cantera.

El campo fue construido, paso a paso y durante años, por los propios prisioneros, por lo que la estampa que se encontraron los primeros españoles, llegados en agosto de 1940, fue radicalmente diferente a la de quienes entraron en los albores de 1942. La alambrada electrificada que rodeaba el campo fue siendo sustituida, metro a metro, por muros de granito. Se erigieron nuevos edificios y se habilitaron campos anexos. Mauthausen no paró de crecer hasta el mismo momento en que fue liberado por las tropas norteamericanas.

Tenía dos zonas bien diferenciadas: el círculo exterior en el que se movían los SS y el recinto interior, también llamado «campo I», donde vivían los deportados. Este último estaba rodeado de alambradas, por las que circulaban 380 voltios de electricidad, y de murallas con torres de vigilancia. Solo se podía penetrar en él por la gran puerta situada en el extremo noroeste. Desde ella se accedía directamente a la *appelplatz* o patio de revista, que dividía el recinto en dos partes bien diferenciadas. En el sector izquierdo se agrupaban quince barracas de madera, numeradas y perfectamente alineadas en tres filas de cinco, en las que dormían los prisioneros. A continuación estaba el aislado campo de cuarentena al que iban a parar los recién llegados y que comprendía los barracones 16, 17, 18 y 19; en ellos también se internó a un numeroso grupo de mujeres en los momentos finales de la guerra. Junto a él, pero aún más aislado y vigilado, se levantaba el bloque 20 o barracón de la muerte; un lugar en el que se encerraba a prisioneros que debían «desaparecer» lo antes posible. Al otro lado de la plaza, en el sector derecho, se situaban varios edificios de ladrillo que albergaban los servicios logísticos y represivos del campo: el primer edificio era la lavandería, en cuyo sótano se encontraban las duchas y la sala de desinfección; en el segundo estaban las cocinas; el tercero era la cárcel que contaba con 33 pequeñas celdas y que escondía en su subsuelo la cámara de gas, la sala de disección y el crematorio; el cuarto era la enfermería, en cuyos bajos había una sala de ejecuciones y un segundo crematorio[85].

El campo sería constantemente ampliado debido al creciente número de prisioneros. Concebido inicialmente para albergar a 3000 personas, llegaron a concentrarse más de 21 000 hombres, mujeres y niños. En 1944, junto al campo de cuarentena, se abrió el campo II, que contenía las barracas 21, 22, 23 y 24. Poco después, se levantó el campo III, formado por ocho barracones, en el que se alojó primero a mujeres procedentes de Varsovia y, durante el último mes de la guerra, a

1400 prisioneros extremadamente débiles, de los que más de 500 acabaron en la cámara de gas.

En el círculo exterior los SS tenían sus dependencias logísticas, oficinas y la mayor parte de sus alojamientos. Era la zona considerada segura, en la que no debía haber prisioneros salvo en los momentos en que realizaban determinados trabajos. El edificio más destacado era la *kommandantur*, en el que se ubicaba el despacho del comandante del campo, y que estaba situado junto a la entrada principal. Por los alrededores se distribuían garajes, talleres, dormitorios, cocina y demás servicios de los militares alemanes. Los oficiales de las SS eran los únicos que vivían lejos del campo. En un primer momento se alojaron, junto a sus familias, en casas de las poblaciones más próximas y, más tarde, dispusieron de confortables chalets construidos por los prisioneros.

Desde la puerta principal del campo salía un camino que conducía directamente a la gran cantera de granito. En una gran explanada, situada unos metros colina abajo, se ubicaba el campo de deportes de los SS. Junto a él se construyó una de las ampliaciones exteriores de Mauthausen: el campo ruso. Rodeado de alambradas, fue concebido inicialmente para alojar a los prisioneros de guerra soviéticos aunque, finalmente, fue utilizado para albergar a los enfermos y dejarles morir de hambre. En el verano de 1944 los alemanes se vieron forzados a levantar un segundo campo exterior al noreste de la puerta principal. Allí se habilitó un campamento de tiendas para alojar a los judíos que llegaban, principalmente, desde Hungría.

Hasta aquí la descripción del campo central de Mauthausen, al que los alemanes llamaban *hauptlager*. Desde él se gestionaría, con el paso de los años, una red de campos satélite que se extendió a lo largo y ancho de Austria e incluso parte de Alemania y Yugoslavia. Estos subcampos, conocidos como *kommandos* o *nebenlager*, se crearon junto a canteras, fábricas, granjas o infraestructuras en las que se requería mano de obra esclava. Contaban, generalmente, con sus barracas en las que se alojaban los prisioneros y con sistemas de seguridad similares, aunque a menor escala, que los del *hauptlager*. Su tamaño variaba enormemente e iba desde grandes subcampos como Gusen o Ebensee, que llegaron a alojar más reclusos que el propio campo central, hasta pequeños *kommandos* en los que apenas trabajaba una docena de deportados. No se conoce la cifra exacta de *nebenlager*, pero superó con creces el centenar. Localidades como Steyr, Bretstein, Gunskirchen, Floridsdorf, Linz, Melk o Viena contaron con uno o varios de estos subcampos. Cada uno de ellos estaba dotado de la correspondiente guarnición de SS dispuestos no solo a vigilar, sino también a hacer la vida imposible a los prisioneros.

El universo de Mauthausen con todos sus *nebenlager* llegó a albergar en los últimos meses de la guerra a más de 80 000 prisioneros[86]. A lo largo de sus casi siete años de existencia, pasaron por él unos 200 000 hombres, mujeres y niños de los que 120 000 fueron asesinados.

Los españoles que pasaron por los campos, de los que hay constancia documental, ascienden a 9328. De ellos murieron 5185, sobrevivieron 3809 y constan como desaparecidos 334. Estos datos representan una tasa de mortalidad del 59%. Ese índice general se eleva hasta el 64% cuando nos fijamos en las cifras de Mauthausen: 7532 hombres, mujeres y niños internados en el campo central o en algunos de sus subcampos, de los que murieron 4816.

Los primeros republicanos llegaron a Mauthausen el 6 de agosto de 1940. Eran 400 hombres trasladados desde el campo de prisioneros de guerra de Moosburg, cercano a la ciudad alemana de Múnich. En un plazo de poco más de un mes llegarían otros cinco convoyes cargados con cerca de 900 españoles. Desde ese momento, el flujo prácticamente se detuvo hasta que en diciembre de 1940 comenzó el gran desembarco. Entre el 13 de diciembre y el 27 de enero llegaron más de 3000 españoles a bordo de tres grandes transportes. Otros 1300 lo harían entre marzo y abril. A partir de ahí, y hasta diciembre, los ingresos se redujeron notablemente y apenas llegaron 600 hombres repartidos en pequeños grupos. La gran deportación española a Mauthausen concluyó el 19 de diciembre de 1941, con la llegada del último convoy con más de 300 republicanos, procedentes del *stalag XVII-B*, situado junto a la ciudad austriaca de Krems. Desde entonces y hasta el final de la guerra seguirían entrando españoles con cuentagotas. La práctica totalidad de ellos eran miembros de la Resistencia francesa capturados por la policía francesa y la Gestapo.

LOS AMOS DEL CAMPO

La elevada cifra de prisioneros que llegó a albergar Mauthausen hizo que la guarnición alemana fuera de las más numerosas de todos los campos de concentración, tan solo superada por la de Auschwitz. En 1945, según los datos que recuperó el Ejército de Estados Unidos de los archivos alemanes, había 5000 SS prestando sus servicios en el campo central y en sus subcampos[87]. Se calcula que, a lo largo de sus siete años de historia, fueron más de 15 000 los SS austriacos, alemanes y croatas que pasaron por Mauthausen y sirvieron a las órdenes de sus sanguinarios comandantes.

Los oficiales del campo eran hombres de escasa preparación intelectual que abandonaron sus humildes trabajos o escaparon del desempleo para hacer carrera en las SS. El poder absoluto y la impunidad con que contaban los emplearon en dos sentidos. Por un lado, dieron rienda suelta a su instintos racistas y criminales con el ejército de prisioneros que tenían a su entera disposición. Pero, de paso, estos «idealistas» también aprovecharon para enriquecerse. La corrupción estaba institucionalizada en Mauthausen. El saqueo comenzaba con la llegada de los presos, a los que se les robaba todas sus pertenencias; seguía con el desvío de comida y suministros, que acababan en las cocinas de sus esposas o vendidas en el mercado

negro; y terminaba con el robo de los dientes de oro que extraían de los cadáveres de los deportados. Todos participaban del juego y todos sacaban su correspondiente tajada.

El máximo responsable del campo era el *lagerkommandant*, puesto que ocupó durante algo menos de un año Albert Sauer. Su excesiva permisividad con los prisioneros se apunta como la principal razón por la que fue destituido en abril de 1939. Su sucesor hasta el final de la guerra fue Franz Ziereis. Comerciante de profesión, el desempleo le llevó a intentar ganarse la vida como carpintero en su Múnich natal. Su destino cambió en el momento en que optó por alistarse en el ejército y después en las SS, donde tuvo una carrera fulgurante. Aún no había cumplido los 35 años cuando fue nombrado comandante de Mauthausen. Siempre bien valorado por Himmler, Ziereis alcanzaría el grado de coronel antes de finalizar la guerra. Otro punto que jugó siempre a su favor fue su buena relación con August Eigruber, gobernador y líder nazi de Oberdonau, la región de la Austria anexionada en que se encontraba el campo. Su falta de cultura, ya que apenas sabía leer y escribir, la suplió con creces con su crueldad; una crueldad que sus superiores le exigían, tal y como él mismo explicó en la declaración jurada que realizó antes de morir: «En el año 1941 los comandantes de todos los campos de concentración alemanes recibimos la orden de ir a Sachsenhausen, cerca de Berlín. Allí nos mostraron cómo eran liquidados los comisarios políticos rusos por métodos muy rápidos. Los rusos eran agrupados en una parte de la sala y conducidos a través de un oscuro pasillo a la celda de ejecución, mientras una radio sonaba a bajo volumen. En la otra parte de la celda había un agujero en el muro con un apoyo móvil para un arma. En el momento en el que se terminó de disparar a los comisarios políticos, todos los SS del equipo de Glücks[88] estaban borrachos. El *SS-oberführer* Loritz[89] supervisó la masacre. Los cuerpos de los rusos muertos fueron arrojados fuera con increíble brutalidad. Había ocho crematorios móviles que estaban constantemente en funcionamiento y que podían incinerar entre 1500 y 2000 cuerpos al día. La cremación se prolongó al menos durante cinco semanas. Cuando nosotros llegamos a Sachsenhausen, creo que aquello ya estaba sucediendo desde hacía quince días»[90].

Ziereis aplicó una máxima en Mauthausen que obligó a cumplir a todos sus subalternos: nadie podía tener las manos limpias de sangre. La responsabilidad de los crímenes allí perpetrados debía ser compartida por todos los miembros de la guarnición. De su carácter, los prisioneros resaltan, sobre todo, su irascibilidad, su crueldad extrema y su afición por la bebida. Casado y con tres hijos, su familia compartía sus macabros gustos y aficiones. De su esposa Ida, deportados como Mariano Constante recuerdan su desprecio y sus constantes malos tratos: «Aquella matrona estaba a juego con su marido. Su bestialidad nada tenía que envidiar a la de Ziereis y no pasaba una sola vez cerca de nosotros sin largarnos varios puntapiés. Era fuerte y robusta, de pelo hirsuto, y nos hacía pensar en una bruja»[91].

Sus dos hijos varones, Günter y Siegfried, habían heredado el perfil más siniestro

de su padre. Las tropas estadounidenses, después de liberar el campo, realizaron un informe sobre ambos atendiendo a las denuncias de los prisioneros. De Günter, el pequeño de ocho años, se destacaba que su mayor pasatiempo consistía en visitar la cantera en que trabajaban los deportados: «Allí se tropezaba a propósito con un prisionero y dejaba caer su sándwich. Luego gritaba y explicaba a los SS que los prisioneros se lo habían intentado quitar. Por esa causa murieron numerosos hombres». El informe se centraba, no obstante, en su hermano mayor, al que calificaron como «un nazi de doce años». Los investigadores estadounidenses afirmaban que la primera vez que le interrogaron solo dijo mentiras: «Pero cuando tuvo que enfrentarse cara a cara con los prisioneros del campo de Gusen, testigos visuales de sus perversos pasatiempos, se puso histérico y al final consintió en decir la verdad». El informe incluía una declaración jurada y firmada por Siegfried en la que afirmaba: «Siguiendo las órdenes de mi padre, maté con un fusil Mauser entre quince y veinte prisioneros. Mi perro era de caza (…), lo lancé contra los deportados unas quince veces. Un SS llamado Mosinsky era el guardián de los perros en Mauthausen. Él tenía un pastor alemán (…). Un día me preguntó si quería lanzarlo contra los prisioneros. Yo había salido de casa para ir a por leche, así que primero recogí la leche y luego lo hice. El perro estuvo cuatro minutos sobre esa gente hasta que el SS le llamó y le hizo volver. Calculo que murieron cinco o seis personas (…). Una vez fuimos al campo a la hora de la comida. Mientras estábamos allí, vi a un hombre que iba a por su ración dos veces. Se lo conté a mi padre y pensé que, a lo sumo, se le regañaría. Pero no fue así. Alguien me dio una pistola, apuntó por mí y tuve que apretar el gatillo. El hombre se desplomó sin hacer ruido (…). Una noche, sobre las diez, me llevaron al campo para disparar nuevamente contra los prisioneros. Por qué razón, lo desconozco. Solo sé que mi padre y los otros SS estaban terriblemente borrachos y me pidieron que lo hiciera. Un SS más sensible me sacó de allí antes de que comenzara a disparar». El informe estadounidense incluía el testimonio de algunos prisioneros que atestiguaban que Siegfried actuaba, muchas veces, por iniciativa propia: «Azuzaba al perro salvaje de su padre contra los prisioneros, cuyas pantorrillas, muslos, nalgas y abdomen eran cruelmente desgarrados por el perro. A veces lo hacía animado por su padre o por otros oficiales de las SS, pero a menudo lo hacía porque quería. Lo hacía como una forma de entretenimiento»[92].

Ziereis contaba en la comandancia con un ayudante, puesto que ocupó primero Viktor Zoller y, desde 1942, Adolf Zutter. Sin embargo, el oficial que más contacto tenía con los prisioneros era Georg Bachmayer. Tanto es así que los españoles le bautizaron con varios apodos: el Gitano, el Negro y el Tío de los perros. Bachmayer era el *schutzhaftlagerführer*, responsable de la seguridad del campo. Encargado de mantener la disciplina entre los prisioneros, su mera presencia helaba la sangre de los deportados. En su carácter pesaba el hecho de contar con un físico nada ario, de corta

estatura, con una mano medio inútil y la piel bastante oscura. El prisionero que mejor le conoció, ya que trabajaba en la oficina de la Administración Central del campo, fue el español Joan de Diego. En 1973 esbozó este retrato de Bachmayer: «Sus orígenes no eran para los SS suficientes para considerarle puro y de la raza de los señores, por estos motivos decían que olía mal. Bachmayer sabía que se le miraba de soslayo, pero, superior en grado, ejercía toda la autoridad de su jerarquía, imponiendo a los SS la más rigurosa disciplina, llegando a la brutalidad. Temido por todos, no regateaba su ira ni su crueldad y, cuando la ocasión se presentaba, aplicaba su ley como la entendía. Frente a los deportados, ningún freno le paraba: caer en sus manos equivalía, después de las más sádicas torturas, a una muerte segura. Su humor variaba bruscamente y pasaba de la ira más violenta a una especie de bondad religiosa. Cuando la ira le invadía, se le descomponían las facciones, sin que de sus labios desapareciera una media sonrisa casi permanente, creando una máscara en donde podían leerse los más demoníacos designios. Ante este ogro, forjando proyectos monstruosos, nos vimos los españoles en aquellos tiempos de éxodo y calamidad»[93].

Bachmayer era especialmente temido por su afición a utilizar a su perro, *Lord*, para torturar y asesinar a los deportados. El sádico SS, con el paso de los años, llegó a sentir un cierto respeto hacia los prisioneros españoles. A algunos de ellos les ayudó decididamente para que pudieran seguir con vida. Esta actitud contradictoria ha hecho que ciertos supervivientes le recuerden con una imagen menos negativa. Se trata, no obstante, de apreciaciones subjetivas puesto que los datos y los testimonios señalan a Bachmayer como uno de los mayores carniceros de Mauthausen. Era un lobo que se transformaba en cordero cuando llegaba a la casa en la que residía con su esposa y sus dos hijas. A diferencia de la familia de Ziereis, los prisioneros tienen un grato recuerdo de la señora Bachmayer y de sus pequeñas. Mariano Constante realizó diversas reparaciones en su casa y no podía creer que, por primera vez desde su llegada al campo, le trataran como a un ser humano: «La señora Bachmayer nos recibió con una sonrisa en los labios y nos susurró un tímido “buenos días”. Al poco rato entraron en la habitación las dos niñas del “gitano sanguinario”, contemplando nuestro trabajo. Preguntaban a su madre qué hacíamos allí limpiando el suelo. Las niñas nos miraron y sonrieron. ¡Qué maravillosas eran aquellas sonrisas en el infierno de Mauthausen!».

El otro personaje clave en la dirección del campo fue el jefe del departamento político, la *politische abteilung*, sede de la Gestapo en Mauthausen. El *SS-hauptsturmführer* Karl Schulz se ganó a pulso su apodo, «el Pájaro de la muerte». A su cargo se encontraban la cárcel, la cámara de gas y los distintos lugares donde se perpetraban las ejecuciones. Schulz tenía la responsabilidad, y la ejercía con pasión, de cumplir las órdenes de exterminio que llegaban desde Berlín. Otra de sus competencias era mantener al día los registros de entrada y estancia en el campo, para lo que contaba con un grupo de prisioneros secretarios y con el estudio, en el que se

fotografiaba a los recién llegados y se retrataba la vida y la muerte en Mauthausen.

La lista de oficiales destacados en el campo central se completa con otros dos nombres: Anton Streisweiser y Johannes B. Grimm. Streisweiser era uno de los ayudantes de Bachmayer, que destacó por su instinto criminal. Herido catorce veces en el frente ruso, disfrutaba viendo cómo su perra, *Asta*, destrozaba a los prisioneros. Grimm, por su parte, controlaba los trabajos en la cantera de Mauthausen. Sus métodos provocaron miles de muertes y fueron aplaudidos por sus superiores, que no pararon de concederle ascensos y de elogiar la enorme productividad que obtenía de los deportados[94].

El mayor subcampo de Mauthausen, Gusen, también contó con comandantes a la altura de sus criminales responsabilidades. Karl Chmielewski estuvo al mando desde su apertura hasta el otoño de 1942. Nacido en Fráncfort, no consiguió finalizar sus estudios y fracasó en sus intentos de ganarse la vida como escultor y publicista. El Ejército le dio la oportunidad de ascender y de dedicarse a «gestionar» los campos de concentración. Su primera experiencia relevante la tuvo en Sachsenhausen, que le sirvió de trampolín para convertirse en comandante de su propio campo. Violento y alcohólico, le gustaba participar directamente en la tortura y el asesinato de los prisioneros. Por esa razón hizo suya la idea de un subordinado de utilizar un método novedoso para eliminar a los deportados, «el baño de la muerte». Miles de prisioneros sucumbieron como consecuencia de esta práctica, que mezclaba la aplicación de agua helada y el ahogamiento directo. Chmielewski fue responsable directo de numerosos crímenes, entre ellos la matanza de 120 prisioneros durante una noche de 1942, en la que se encontraba borracho.

Su sucesor, Fritz Seidler, también consiguió reunir un amplio currículum en los dos años y medio que ocupó el cargo. Tras pasar por Sachsenhausen y ser segundo comandante en Auschwitz-Birkenau, llegó a la comandancia de Gusen en octubre de 1942. Los prisioneros coinciden en que era un criminal menos impulsivo y mucho más sistemático que Chmielewski. Era de los pocos oficiales que no gritaba, nunca se alteraba y no bebía. En lugar de eso le gustaba golpear y asesinar con sus propias manos. En los momentos finales de la guerra fue, además, uno de los más firmes partidarios de cumplir la orden de exterminar a los más de 20 000 prisioneros que quedaban con vida en Gusen.

3

Vivir para morir

> «Mi lema era correr para sobrevivir. Correr para lavarme, correr para llegar el primero a uno de los kommandos de trabajo menos duros, correr para la distribución de la sopa, correr para evitar los golpes, correr, siempre correr».
>
> JOSÉ MARFIL PERALTA
> Prisionero n.º 3787 del campo de concentración de Mauthausen

El final de la cuarentena suponía el traslado de los prisioneros al campo I o recinto interior. Era el momento en que ingresaban realmente en la maquinaria de exterminación y explotación mediante trabajo esclavo que era Mauthausen. Solo un puñado de SS entraba diariamente en el campo I. Los oficiales y soldados alemanes despreciaban a los prisioneros, a los que consideraban sucios animales portadores de todo tipo de enfermedades. Por ello, el sistema de seguridad de los campos estaba pensado para reducir al mínimo el contacto entre los guardianes y la masa de «infrahombres». La vigilancia se realizaba desde la altura que proporcionaban las torres que salpicaban la muralla, mientras que el mantenimiento del orden y la disciplina en el recinto interior se dejaban en manos de un selecto grupo de prisioneros: los *kapos*. Estos «presos con galones» tenían una estructura muy jerarquizada en cuya cúspide se encontraba el *lagerältester* o responsable de todo el campo. Bajo sus órdenes estaban los *blockältester* que, con la colaboración de varios ayudantes, imponían su ley en la barraca que tenían a su cargo. Cada barracón de madera (*block*) estaba dividido en dos partes simétricas llamadas stube separadas por una sala central que albergaba los lavabos y las letrinas. El stube tenía una gran zona diáfana en la que se apiñaban las literas de tres pisos para los prisioneros y una pequeña dependencia separada donde se alojaban los kapos.

La mayoría de los españoles se concentraba en las barracas 11, 12 y 13. Las posibilidades de sobrevivir dependían en gran medida de la lotería que suponía caer en los dominios de un *kapo* o de otro. «Tenían derecho sobre la vida y la muerte de cualquiera», resume Eduardo Escot. Su rostro se tensa cuando recuerda el sucio trabajo de estos prisioneros que habían dado el paso hacia el lado oscuro. Francisco

Griéguez equipara su crueldad a la de los propios SS: «¡Ay! Eran terribles. Eran ellos los que mataban a la gente. Los que asesinaban y pegaban porque, cuando entrábamos al campo, los soldados se quedaban fuera. Dentro del campo los amos eran los *kapos*. La mayoría eran alemanes y polacos». Ramiro Santisteban describe la dictadura de terror que imponían en su barracón: «Un jefe de barraca tenía todos los derechos sobre los presos. Mataba durante la noche a diez, a quince, a veinte, a los que fuera… y no tenía que dar cuentas a nadie. A la mañana siguiente estaban todos los cadáveres colocados en el suelo para que así pudieran contarlos. El jefe de barraca comunicaba a los SS el recuento con toda normalidad: "En la barraca número tal, tantos presos, tantos vivos, tantos muertos". No tenía que dar cuentas a nadie».

«Había *kapos* buenos y *kapos* malos —matiza Cristóbal Soriano—. Había jefes de barraca que eran un poquitín mirados y no te decían nada. Pero había otros que nada más llegar… palos por aquí y palos por allá. Recuerdo a un alemán al que llamábamos "el Baranda". Un día me dio una gamela[95] pero yo tenía disentería y no me atreví a comérmela. Decidí dársela a un amigo catalán que se llamaba Alexandre, pero el Baranda se dio cuenta y me dio un puñetazo que me dejó noqueado. Perdí el conocimiento y, cuando volví en mí, Alexandre me contó lo que había ocurrido y también me confesó que, a pesar de todo, se había comido mi gamela».

Con el paso del tiempo, los españoles tomarían conciencia de los extremos a los que podía llegar la crueldad de estos prisioneros convertidos en brazos ejecutores de los SS. El poder de los *kapos* era tal en el universo concentracionario nazi, que la tasa de mortalidad en los campos dependía, en buena medida, de ellos. Si Buchenwald o Dachau fueron menos mortíferos para los españoles que Mauthausen, fue en parte por las características especiales de sus *kapos*. Así lo corroboran los datos y sobre todo los testimonios de los propios prisioneros. Virgilio Peña da la clave de esta enorme diferencia: «En Mauthausen los *kapos* eran los triángulos verdes alemanes, es decir, los presos comunes, los delincuentes, los criminales… En cambio en Buchenwald, que era donde yo estaba, mandaban los presos políticos. Entre ellos había incluso antiguos combatientes de las Brigadas Internacionales, así que cuando llegábamos a la barraca yo me sentía casi como en mi casa». El aragonés Pascual Castejón pudo comparar personalmente estas diferencias ya que fue trasladado a Dachau tras una larga estancia en Mauthausen: «El campo de Dachau era muy diferente en todo y por todo. Estaba administrado por esos luchadores políticos que eran los Internacionales y, como no había ni un solo castigo, la diferencia era total»[96].

EXTERMINIO MEDIANTE EL TRABAJO

Los recién llegados, ya mezclados con los esqueléticos veteranos, formaban en la *appelplatz* a las 5.15. Se habían levantado media hora antes para pasar por el tormentoso momento del aseo y tomar el aguado café matutino. Una vez acabado el

recuento, los prisioneros eran organizados en *kommandos* para salir a trabajar al exterior del recinto. Entre las seis de la mañana y las siete de la tarde, el campo I quedaba casi desierto. Los SS y los *kapos* que dirigían los distintos grupos de trabajo escoltaban a los reclusos, que solo descansaban una hora al mediodía para tomar un ridículo almuerzo. El primer consejo que recibían los novatos era siempre el mismo: «Evitad, si podéis, trabajar en la cantera». Una recomendación difícil de cumplir ya que, entre agosto de 1940 y mediados de 1941, la práctica totalidad de los presos eran destinados exclusivamente a la construcción del propio campo y a la temida cantera. Muy pronto los republicanos españoles descubrieron las razones por las que nadie quería pasar por ella.

Situada a menos de un kilómetro de la puerta principal, la Wiener Graben fue la cantera más rentable para el III Reich. Las piedras de granito que se extraían de ella se utilizarían para levantar el propio campo pero, sobre todo, servirían a los sueños faraónicos del Führer. Junto a su arquitecto jefe, Albert Speer, diseñaron un ambicioso proyecto para erigir un nuevo Berlín y engrandecer otras ciudades de su imperio. Hitler lo tenía bien planificado: Linz, situada a poco más de 100 kilómetros de su localidad natal, y Viena serían embellecidas con el granito de Mauthausen.

Esos sueños serían la pesadilla de miles de hombres que perderían la vida en la cantera. Cada día, durante más de doce horas, los prisioneros picaban, tallaban y acarreaban las piedras. Un trabajo inhumano que era acompañado por los golpes y las torturas a las que les sometían constantemente los *kapos* y los SS. En las primeras horas ya se realizaba la primera selección natural, tal y como señala Eduardo Escot: «Quienes estaban acostumbrados a realizar trabajos duros tenían más posibilidades de sobrevivir. Un hombre que nunca había trabajado en el campo, un hombre que antes de la guerra desempeñaba una profesión liberal, lo pasaba mucho peor».

José Marfil optó el primer día por esforzarse al máximo, creyendo que así le irían mejor las cosas: «Para evitar recibir los palos de los *kapos* trabajé a un ritmo muy alto. Pronto me volvieron a pegar y fui consciente de que se golpeaba por golpear, independientemente de lo que hicieras. Delante de mí, un compañero cogió una piedra pequeña, pero el *kapo* le obligó a coger una mucho mayor y le hizo cargársela a la espalda. El pobre no podía ni dar un paso. Entonces la piedra se le cayó y le cortó un dedo; aun así los SS le obligaron a seguir trabajando. Así comprendí lo que había dicho el comandante del campo en su discurso de bienvenida. Nuestra exterminación estaba bien organizada, bien programada y bien realizada».

José de Dios Amill describe gráficamente la frenética actividad que se mantenía constante durante toda la jornada: «El ruido de la cantera era ensordecedor ya que había muchos presos que trabajaban con unos “martilletes” para perforar la piedra y, de vez en cuando, hacían explotar barrenos. Entonces nos orillaban en un extremo por donde pasaba un torrente que ejercía de barrera natural para evitar que pudieras escaparte. Cuando los barrenos explotaban, toda la cantera retumbaba y las grandes piedras caían por doquier. Gran parte de la plaza quedaba sembrada de rocas de todo

tamaño que después, con las parihuelas, había que recoger para que quedase bien limpia. También había máquinas trituradoras que hacían carboncillo de todas las medidas. Otros hacían bordillos para calles y carreteras… En la tarde del primer día de la cantera me di perfecta cuenta de la encerrona que aquello significaba, pues trabajar en ella no conducía a nada salvo al crematorio. La comida era insuficiente y, desde que uno se levantaba al despuntar el día hasta que se iba a la cama, eran muchas horas, y poco a poco se iba debilitando gradualmente, se iba perdiendo peso y fuerzas… A la caída de la tarde la sirena de la cantera se dejaba oír para dar fin a la jornada de trabajo y teníamos que ir a formar frente a la escalera, en la gran plaza, para ser contados y emprender la subida al campo»[97].

Los deportados sabían que lejos de terminar su sufrimiento, llegaba el peor momento del día. Frente a ellos se alzaba la empinada escalera que conducía desde la base de la cantera hasta la cima de la colina en que se encontraba el campo. Era entonces cuando, cada recluso, debía cargar sobre sus espaldas una piedra de hasta 50 kilos de peso y subir los irregulares escalones. En fila de a cinco, como siempre, iniciaban la ascensión. «Cuando terminábamos de trabajar —explica Cristóbal Soriano— teníamos que coger una piedra y si los SS veían que era muy pequeña, te decían que la tiraras y te daban una más pesada. Muchos compañeros morían porque recibían golpes y puntapiés que les hacían caer junto a la piedra y esta les chafaba la cabeza. Había soldados alemanes que disfrutaban en invierno, cuando la escalera estaba helada y llena de nieve; disfrutaban dándote una patada para hacerte caer. De esta forma se provocaban muchas muertes».

La escalera era inicialmente una resbaladiza rampa jalonada con unos 140 escalones muy irregulares[98]. No fue hasta 1943 cuando se remodeló con los 186 peldaños más rectilíneos que se han conservado hasta la actualidad. Por tanto, un altísimo porcentaje de los 7000 prisioneros españoles que pasaron en algún momento por la cantera, solo conocieron la inestable, y aún más peligrosa si cabe, escalera inicial.

Según algunos historiadores, la mayoría de los trabajadores únicamente subía los peldaños cargados con la pesada piedra una vez al día, al finalizar la jornada. Esta versión requiere ser matizada. El testimonio de los deportados españoles deja pocas dudas de que hubo dos periodos bien diferenciados. Entre agosto de 1940 y diciembre de ese año todos los prisioneros realizaban ese terrible recorrido varias veces al día. La reducción a un único viaje se produjo con la llegada de 1941. Desde ese momento únicamente la *straftkompanie* o compañía de castigo y los grupos de trabajo formados por judíos seguirían subiendo la terrible escalera varias veces al día.

Por tanto, los cerca de 2000 republicanos españoles que, como Amadeo Sinca, trabajaron en la cantera a lo largo de 1940, tenían que escalar los malditos peldaños entre diez y doce veces cada jornada: «Nuestro trabajo se limitaba a transportar piedras al hombro, efectuando de 5 a 6 viajes durante la mañana y otros tantos por la

tarde. En la realización de dicho trabajo, debíamos subir y descender una escalera de piedra de 139 peldaños, empleando como mínimo tres cuartos de hora en cada viaje. Los últimos trayectos, con nuestros cuerpos agotados por el cansancio, los realizábamos la mayoría de las veces a golpes de palo. El que cogía una piedra de tamaño regular y era localizado por un cabo o cualquier SS, era brutalmente castigado, obligándole a coger otra mucho más pesada».

Los prisioneros sabían también que no todos los puestos de la formación eran iguales. Los lugares más peligrosos eran los de los extremos, donde los *kapos* y los SS se cebaban con mayor facilidad. Los tres puestos centrales eran algo más seguros y, en ocasiones, eran reservados por los propios reclusos para aquellos compañeros que exhibían peligrosamente una mayor debilidad.

Fermín Arce fue testigo de lo poco que le sirvió a un profesor español esa relativa protección: «Un SS paró su mirada en la pequeña piedra que sobre los pies tenía el señor Munera, al que para evitarle contratiempos o castigos injustos le hacíamos colocarse en el medio de los cinco que componíamos la fila. “¡Eh tú, español! —le dijo—. Ven aquí”. Cuando el señor Munera llegó a la distancia de un metro del SS, este le ordenó: “¡Quítate las gafas!”. El señor Munera obedeció. “¿Por qué subes piedras más pequeñas que los otros?”. Y sin darle lugar a que le respondiera, comenzó a abofetearlo con tal saña que la sangre comenzó a resbalar entre la comisura de sus labios. “¿Qué profesión tienes?”. “Profesor”, contestó el señor Munera. “Profesor —inquirió el energúmeno—, ¿sabes lo que hacemos nosotros con los profesores como tú? ¿No? ¡Quítate el gorro y ponte a limpiar mis botas con él, que buena falta les hace!”. Y cogiéndole por el cogote le obligó a arrodillarse y a que le limpiase las botas (…). Meses después el señor Munera fue incluido en un *kommando* destinado a Gusen, donde murió asesinado, como tantos miles de presos»[99].

No había climatología que fuera benévola para quienes trabajaban en la cantera. Joan de Diego tuvo que sufrir el tórrido calor del verano: «Los primeros seis meses fueron muy duros para los españoles, y en particular aquel mes de agosto del año 1940, que fue calurosísimo. Caía sobre nosotros un sol de plomo. Las insolaciones eran inevitables y a muchos de nuestros compatriotas se les hinchó la cabeza hasta tal extremo que parecían más monstruos que humanos. Nos resultaba muy difícil mantener los pies dentro de las chancletas de suela de madera que nos habían dado. Teníamos que tener muchos reflejos para poder conservar el equilibrio necesario para andar, subir y bajar por aquellas escaleras. Y día tras día, como esclavos, como bestias, como bueyes que tiran del yugo para acarrear el peso, así andábamos nosotros cargados con pesados bloques de piedras sobre las espaldas, la frente inclinada hacia el suelo, los ojos buscando dónde poner los pies, que heridos, iban dejando el rastro de su sangre»[100]. Para intentar conseguir un poco de flexibilidad en su rústico calzado, los prisioneros llegaban a rajar como podían la parte central de la suela de madera. Aun así, según cuenta Marcial Mayans, todo era inútil y las chanclas

solo suponían un martirio que añadir al peso de las piedras, a la empinada escalera y a la amenaza de los SS: «Era un cacho de madera liso y un poco redondeado por la punta y por detrás. No tenía forma alguna, por lo que igual te servía para el pie derecho que para el izquierdo. Llevaba un trozo de tela por encima de diez centímetros de ancho que era donde metías el pie. Allí entraba el agua, la nieve y todo. No teníamos calcetines, a veces nos poníamos unos trapos que no valían para nada. Cuando metías los pies en la nieve, las sandalias esas se quedaban allí, clavadas».

«El descenso a esa sima en los amaneceres del invierno o primeros días de la primavera —describe Enrique Calcerrada— era un tropel diabólico formado por miles de chancletas zapateando por el duro suelo. Los escalones de piedra, todos desiguales en altura, fueron con frecuencia medidos con nuestras espaldas, porque las lisas suelas de madera resbalaban en las piedras heladas y los presos, al caer, golpeaban a otros que a su vez caían sobre los demás, formándose a veces montones de presos en la escalera. Algunos infortunados se iban a pique, cayendo por el costado descubierto y aplastándose, en caída libre, cincuenta metros más abajo».

Deportados como Luis García Manzano recuerdan que, en invierno, la nevada escalera no mantenía durante mucho tiempo su color natural: «Lo que era horroroso en aquellos tiempos en que nevaba en el invierno, es que la escalera estaba roja de sangre. La nieve no era blanca y eran decenas de hombres los que yacían en la escalera muertos o heridos. Y a los que estaban heridos los liquidaban igualmente los SS. Era un momento en que también cogían a algunos, los llevaban hacia el precipicio que tiene 65 metros de altura y los tiraban abajo. Eran instantes de espanto y mucho miedo»[101].

La cantera representaba a la perfección el objetivo para el que fue creado Mauthausen: eliminar prisioneros. El exterminio, entre 1940 y 1942, estaba por encima del interés en explotar el trabajo de los deportados. El orden de estas prioridades cambiaría con el avance de la guerra y, posteriormente, el Reich daría mayor valor a la contribución de los presos esclavos a la industria bélica. Pero ese giro interesado de las autoridades alemanas aún quedaba muy lejos. Durante sus primeros dos años y medio de cautiverio, los republicanos españoles estaban destinados al crematorio. Y eso se reflejaba, cada día, en el comportamiento de los SS, que utilizaban la cantera como lugar de entretenimiento en el que martirizar y asesinar a los prisioneros de las formas más imaginativas.

Eduardo Escot vivió en varias ocasiones el método utilizado con mayor frecuencia por parte de los soldados alemanes: «Hubo muchas liquidaciones en la cantera. Sobre todo cuando subíamos o bajábamos la escalera. Los SS se ponían a un lado y a otro de ella y cuando veían que un brazo, una pierna o una cabeza sobresalía de la formación, le golpeaban con el fusil y lo mataban; o lo agarraban y lo tiraban por el tajo». Esta práctica, repetida en infinidad de ocasiones y consistente en arrojar

a los prisioneros desde el punto más alto de la cantera, recibía por parte de los SS el irónico nombre de «salto del paracaidista».

En la base de la escalera, Víctor Egea contempló otra de las formas en que se torturaba a los prisioneros: «Hacía una temperatura, al menos, de 22 grados bajo cero. El riachuelo que pasaba por la cantera estaba completamente helado. Un SS que andaba por allí, para divertirse, no imaginó otra cosa que la de transformar a un judío en una figura acartonada. Le obligó a hacer un agujero en el hielo, y cuando este era lo bastante grande, tras darle varios golpes y patadas, le obligó a meterse en él. Con un reloj en la mano le tuvo cerca de quince minutos allí sumergido. Al SS le divertía ver a aquel hombre convertirse en una figura de cartón»[102]. Egea añade que el judío logró salir por su propio pie, moviéndose como un torpe muñeco. Minutos después, se suicidó lanzándose contra la valla electrificada.

En la temida compañía de castigo, la *straftkompanie*, se agrupaban los prisioneros que habían cometido alguna falta disciplinaria grave o que, simplemente, habían tenido la mala suerte de cruzarse con un SS que no tenía un buen día.

El murciano Antonio Velasco fue uno de los pocos españoles que salió con vida de ella y pudo contar su terrible experiencia. Su llegada a la temida compañía se produjo tras fugarse del campo y ser nuevamente capturado por los nazis: «Siete veces al día subíamos y bajábamos la mortífera escalera cargados con una piedra (…). La llevábamos en una especie de pequeño taburete de madera sin patas, cuyo respaldo se acoplaba a nuestra espalda, siendo en la tabla del asiento en la que se ponía la piedra. El taburete se ataba a nuestros hombros con unas estropajosas correas cuyo roce nos producía dolorosas heridas. Cuando alguno no podía con la piedra, por ser muy grande o porque escaseaban las fuerzas, su aniquilación era inminente. En todos los viajes había uno, dos o tres que morían por este motivo (…). En este *kommando*, el que no recibía alguna ayuda alimenticia extra no duraba más de tres o cuatro días». Velasco comprobó cómo pese a ser la más mortífera compañía de trabajo de Mauthausen, había dentro de ella reclusos que ocupaban un escalafón inferior: «Salimos del campo como de costumbre, trotando por el camino desnivelado que tantísimas veces habíamos pateado. Al llegar a unos veinte metros de la escalera, en el lugar en que el abismo de la cantera se encontraba más cerca, el *kapo*, siguiendo órdenes de los SS, se emplazó delante de la formación y nos gritó un ¡Alto!, imperativo. Inmediatamente, los SS sacaron de la formación a seis judíos, les hicieron cogerse de las manos y les obligaron a avanzar hasta el límite del abismo. Los seis judíos se negaban a dar el paso que les precipitaría al fondo del vacío. Entonces los SS empezaron a apedrearles valiéndose de las muchas piedras que había en el lado opuesto del camino. Duró poco el martirio, ya que la segunda piedra lanzada llegó al rostro del judío situado en el centro de la fila y convirtió su cara en un sanguinolento despojo (…). Otro de los judíos, pretendiendo esquivar las pedradas, tropezó con el que estaba caído lo que le obligó a cogerse al que tenía más cerca (…). Los dos

cuerpos, ya excesivamente magullados por el efecto de las pedradas, desaparecieron por la pedregosa pared del precipicio. Los otros cuatro judíos permanecían en el suelo retorciéndose. Nosotros, los de la *straftkompanie*, seguíamos formados, mirando precavidamente hacia un lado u otro temiendo que la salvajada continuase trayéndonos consecuencias inesperadas. Como los otros cuatro judíos seguían en el suelo removiéndose penosamente, los SS ordenaron al *kapo* que les arrastrara hasta hacerles desaparecer por el acantilado (…). Al llegar a la base pudimos comprobar que, entre las piedras arrancadas del tajo por los barreneros, estaban los seis cuerpos descuartizados»[103].

Estas atrocidades se repetían cada día en la cantera. Ver caer a los «paracaidistas» desde las alturas era algo cotidiano para los prisioneros que trabajaban en la Wiener Graben. Retirar sus cadáveres formaba parte de las tareas de José Escobedo: «Más le valía a los miembros de la compañía de castigo que la muerte les llegase rápidamente. Tenían que transportar corriendo pesadas piedras. Con esto bastaba para matar a cualquiera pero, además, bajo los golpes asestados por los *kapos*, los hombres se caían y se formaba un amasijo de rocas y de carne que nos veíamos obligados a retirar cuatro o cinco veces al día. En más de una ocasión, el jefe del *kommando* me mandó coger la pala y la escoba para despejar el terreno de dedos, orejas y demás restos sanguinolentos»[104].

El horror que les producían estas escenas quedaba muy pronto aparcado en un rincón de sus cerebros. Todos los esfuerzos físicos y mentales debían estar destinados a un único objetivo: llegar con vida al final de la jornada. Cuando eso por fin ocurría, había reclusos que no tenían que subir la escalera cargados con la consabida piedra. En su lugar, los *kapos* les obligaban a acarrear el cargamento de cadáveres que se había generado durante el día.

Los españoles recuerdan cómo, en ese momento, se las ingeniaban para arrastrar los cuerpos exhaustos, pero aún con vida, de algunos de sus compañeros. Eduardo Escot pudo salvar así a su amigo José Miranda: «Había un malagueño que se llamaba Miranda. El pobre estaba tan débil que no podía subir. Puso sus brazos alrededor de mi cuello y, de esa manera, conseguimos llegar arriba». Al igual que Miranda, Juan Romero también consiguió esquivar la muerte gracias a la ayuda de otros españoles: «Era imposible resistir el ritmo de trabajo. Un día me habría quedado allí para siempre si no llega a ser por dos compañeros que me llevaron en brazos hasta el campo».

La entrada en el recinto interior pasadas las siete de la tarde era dantesca. «Siempre llevábamos algún muerto cargado a la espalda —relata Marcial Mayans— o en las parihuelas que arrastrábamos entre varios. Y, encima, cada día nos repetían lo mismo que nos dijeron durante nuestro primer día: “No olvidéis que entráis al campo por la puerta pero solo saldréis de él por la chimenea”».

Los afortunados españoles que trabajaban en otras tareas contemplaban horrorizados el regreso de sus camaradas. Manuel Alfonso recuerda aquella procesión

de esqueléticos y agotados españoles: «Yo estaba formado en la *appelplatz* y veía como subían los *kommandos* de la cantera. Llevaban una carreta con los muertos… veías como colgaban los brazos. Era terrible. Los cadáveres iban directamente al crematorio, que se encontraba en un sótano. Había unas escaleras y una rampa para bajar. Los cogían por los pies y las manos y los tiraban como si fueran trozos de madera».

Es imposible calcular el número de prisioneros que murieron como consecuencia de su paso por la cantera central de Mauthausen. A las víctimas directas habría que sumar miles y miles de nombres: aquellos deportados que cuando ya no podían seguir trabajando en ella, debido a su extrema debilidad, eran enviados a lugares como Gusen o Hartheim para ser exterminados. En los juicios de Dachau, celebrados tras el final de la guerra, el responsable de supervisar los trabajos en la Wiener Graben declaró que no menos de 10 000 deportados murieron allí entre 1942 y 1945. Si tenemos en cuenta que los años 1940 y 1941 fueron los más duros, podemos imaginar la enorme magnitud de la masacre humana perpetrada en la cantera.

Los prisioneros que trabajaron en la construcción del campo tampoco vivieron experiencias mucho mejores. Levantar los muros, empedrar los suelos y erigir las nuevas dependencias eran unas tareas extenuantes y peligrosas. Enrique Calcerrada explica los escasos recursos con que contaban: «Esta gigantesca obra fue ejecutada a base de fuerza humana, sin más máquina que la carretilla y la parihuela. Todo, cavar, mover material, transportar…, se realizaba a fuerza de brazos, con una cadencia infernal, sin importar el clima que hiciera».

Alfonso Maeso cree que el frío fue el peor de sus enemigos: «Se calaba hasta los huesos sin compasión. Pese al intenso trabajo, la fina tela del abrigo y el pijama rayado eran insuficientes para mantener el calor del cuerpo. Los pies se arrastraban por la gélida nieve, mientras mis manos, casi insensibles, parecían haberse convertido en dos trozos de corcho. Sin fuerzas decidí acercarme al fuego para recuperar el aliento y calentarme, ignorante aún de la crueldad de nuestros guardianes. Postrado ante las brasas, sin llegar prácticamente a notar los efectos del fuego, sentí un terrible golpe, una tremenda patada que me tiró al suelo. No puedo decir dónde me pegó, porque el dolor, como un calambre, recorrió todo mi cuerpo hasta llegar a la cabeza».

Josep Simon también fue víctima de la obsesión que los *kapos* y los SS tenían por evitar que los prisioneros perdieran un solo minuto de su trabajo: «Estaba esperando a que un compañero me pasara la pala. De pronto, vi a un SS delante de mí. Comenzó a gritar aunque yo no entendía nada de lo que me quería decir. De los gritos pasó a los golpes, hasta que caí al suelo. Mis compañeros miraban pero no podían ayudarme. Aquel hombre se cebó conmigo, cuando me tenía en el suelo me aplastó la cara con su bota. Lo hizo a conciencia y con ganas; entre la bota y la grava del suelo, me dejó las dos mejillas destrozadas. Cuando se quedó satisfecho, se despidió de mí con una buena patada. Hice un esfuerzo y me incorporé medio baldado. Tenía que continuar trabajando como si no hubiera ocurrido nada, porque quedarse en el suelo habría sido

muy peligroso».

HAMBRE, MUCHA HAMBRE

Las atrocidades sufridas y contempladas durante los largos años de cautiverio no son el peor recuerdo que conservaron los deportados tras su liberación. Quizá porque el cerebro del ser humano es capaz de adaptarse a la normalización del horror o, tal vez, porque quienes padecieron los mayores tormentos no vivieron para dar su testimonio, lo cierto es que los supervivientes coinciden en que su máximo martirio fue la falta de alimentos.

El menú que recibían los prisioneros no era fruto de una decisión apresurada tomada por el comandante de turno. Fue Berlín quien estableció una dieta de 2300 calorías diarias por preso, frente a las 3500 o 4000 necesarias para hacer frente al extenuante trabajo al que eran sometidos. La realidad fue aún peor y en Mauthausen la comida no aportaba ni siquiera 1500 calorías por jornada y, además, se reducía a la mitad en el caso de los enfermos y de quienes se encontraban pasando el periodo de cuarentena. Esa combinación de explotación laboral y falta de alimentación fue la mayor causa de mortalidad entre los españoles. La esperanza de vida media de los prisioneros de Mauthausen era de solo seis meses entre 1940 y el otoño de 1943; esa cifra subió ligeramente, hasta los nueve meses en el periodo comprendido entre el invierno de 1943 y el otoño de 1944; y volvió a bajar hasta los cinco meses de media en 1945.

Eduardo Escot no tiene dificultades para recordar de qué se componía el menú que recibían cada día: «Patatas con nabos y zanahorias. ¡Todos los días igual! Por eso el hambre era peor que el trabajo más duro en la cantera». Francisco Griéguez detalla un poco más el régimen de comidas diario: «Por la mañana nos daban un café, que no era café sino una especie de cosa hervida. Luego a mediodía un litro de sopa aguada, sin fuste, con algunos trocitos de nabo y patatas. Por la noche nos daban un trocito de salchichón o un pedacito de margarina y un pan cuadrado que teníamos que repartirnos entre varios. Eso es lo que nos daban. Siempre lo mismo». En ocasiones la zanahoria era sustituida por otra hortaliza, la margarina por un trozo de queso fresco y el salchichón por un tipo de embutido de sabor difícilmente identificable. Ahí terminaba la variedad gastronómica de Mauthausen.

El hambre se convertía muy pronto en una obsesión que no se disipaba nunca. La vida de los prisioneros giraba siempre en torno a la forma de conseguir, como fuera, un poco más de comida. Uno de los momentos en los que más se percibía esa lucha era durante la hora del almuerzo. Si bien los deportados «desayunaban» y «cenaban» en el campo central, a mediodía se les repartía la ración de sopa en sus lugares de trabajo. José Marfil recuerda la batalla que se producía en el instante en que llegaban varios presos portando unas enormes cacerolas: «Nadie quería situarse en los

primeros puestos de la fila. Si estabas de los primeros, lo que te tocaba era pura agua. Los platos se llenaban de agua sin sustancia alguna, mientras que los nabos y las patatas permanecían en el fondo de la marmita. Yo intentaba colocarme en el sitio adecuado. Ni muy lejos ni muy cerca pero, claro, todos hacíamos lo mismo… y empezaba la lucha. Los *kapos*, a palos, trataban de que nos adelantáramos y, si no podía evitarlo, ya sabía que ese día tendría que comer agua caliente. En cambio, si había suerte, me tocaba el turno cuando ya quedaba poco en la marmita y la sopa estaba espesa. Incluso esos días, al terminar de comer, el hambre no se había atenuado y eso me obsesionaba».

En estas condiciones, los enfrentamientos entre los deportados eran frecuentes y la desconfianza, según recuerda Enrique Calcerrada, se convertía en permanente: «Bien por el hambre que padecíamos, o porque en realidad nos dieran el trozo más pequeño o por simple ilusión óptica, cada vez que había reparto de comida creíamos recibir el pedazo menor. Eso ocurría incluso si el pan era entregado para un pequeño grupo de tres o cuatro, en cuyo caso las porciones eran medidas, pesadas y echadas a suertes para estar seguros de haber obrado en el reparto con la mayor equidad. La comida llegó a dominar nuestro cerebro como una rabiosa obsesión, pues la conquista del menor átomo de suplemento alimenticio equivalía a alargar la vida en proporción a su valor calorífico. El hambre estuvo siempre encima, siempre condicionó nuestros actos. Era un hambre insoportable, canina y feroz».

Unos días después de su llegada, los prisioneros ya vivían atormentados por la falta de alimento. Según pasaba el tiempo, los ojos se les hundían y les salían edemas en diversas zonas del cuerpo. Cuanto mayor era la degradación física, más se agudizaba el ingenio y más hondo se enterraban los escrúpulos si el objetivo era conseguir un poco de comida extra. Lo más sencillo y menos peligroso era arrancar hierbas y plantas para añadírselas a la sopa y dotarla de una mayor consistencia. A partir de ahí no había límites. Como cuenta Antonio García Barón, cada uno llegaba hasta donde podía: «Yo les quitaba las suelas a los muertos y me las comía a trocitos. Durante 18 meses comí y chupé cartón. Me sabía a chocolate. Los huesos los convertía en harina con ayuda de un martillo. Buscaba caracoles en la cantera y los asaba. En invierno nos permitían hacer fuego, al menos a unos cuantos»[105].

La desesperación llegó a tal extremo que provocó casos de canibalismo. Solo algunos prisioneros, como Paulino Espallargás, han reconocido haberlo visto con sus propios ojos. Más extraño es que un español confesara haber protagonizado, en primera persona, uno de estos actos. Lo hizo el murciano Antonio Hernández en un manuscrito inédito titulado «¿Canibalismo? No. ¡Hambre!». En él describía un episodio que vivió junto a su amigo Antonio Cebrián en 1941: «Nos fallaban las fuerzas y al pasar por detrás de las cocinas encontramos un pequeño envoltorio abandonado al pie de una de las ventanas del crematorio. En su interior había dos metros de intestinos. “Mira Hernández —me dijo Cebrián— son tripas de cerdo”. Y

con ansia dio un bocado en uno de sus extremos. “Lo ves, no hay duda, sabe a tocino”. Yo también mordí con hambre. Minutos después la partimos por la mitad y nos saciamos con ella». El hambre hizo que no vieran o no quisieran ver los cadáveres abiertos en canal que yacían muy cerca del lugar en el que hicieron su descubrimiento.

La falta de alimentos también condujo a una situación extrema a José Alcubierre que, a sus catorce años, intentaba sobrevivir en compañía de su padre, Miguel. «Una mañana salimos de la barraca para formar en los grupos de trabajo. En ese momento viene mi padre y me da un pañuelo en el que estaba envuelto un pedacito de pan. Yo le dije: “Papá, ¿no has comido tu pan?”; y me dijo: “Cómetelo tú y ya está bien”. Traté de replicarle pero insistió: “¡Cómetelo!”. Yo no sé si por obedecer o porque tenía hambre me comí su pan. Yo, su hijo, me comí su pan…», repite Alcubierre, mientras la emoción le obliga a hacer una pausa en su narración. Aunque han pasado más de siete décadas, tiene grabado en el corazón lo que ocurrió en aquellos momentos: «Al día siguiente, lo mismo. “Buenos días, papá”. “Buenos días, hijo”. Y me da su trozo de pan. “¿Otra vez me das tu pan, papá?”. “¡Cómetelo y cállate!”. Y cogí el pan y me lo comí. Durante todo ese día estuve pensando y me prometí a mí mismo que no volvería a ocurrir. Así que opté por esconderme. En esa época éramos más de 400 en mi *stube*. Por la mañana nos levantaban, pasábamos al sitio donde había una gran pileta en la que nadie se lavaba y después nos sacaban afuera. Y yo me escondí. Vigilaba a mi padre y cuando iba hacia un sitio, yo me iba al lado contrario». Cuando, ya por la noche, Miguel Alcubierre encontró a su hijo, José le confesó que se había escondido porque había decidido que nunca más se comería su pan.

La dureza del trabajo se agudizaba por la escasez de comida y también por la imposibilidad de descansar mínimamente durante la noche. Tras regresar del trabajo a las 18.00 o las 19.00, formar nuevamente en la *appelplatz* y devorar la pírrica cena, los prisioneros debían entrar en la barraca entre las 20.00 y las 21.00, momento en que se apagaban las luces. A diferencia del periodo de cuarentena, ya no dormían en el suelo, pero las estrechas literas de tres pisos que se amontonaban, unas junto a otras, eran compartidas por tres y hasta cuatro reclusos.

Francisco Griéguez afirma que, pese al cansancio acumulado durante el día, las noches las pasaba completamente en vela: «¡Ay, no dormías nada! Llegabas del trabajo a la barraca y, enseguida, entraban los *kapos* chillando y pegando palos. “¡A acostarse! ¡Apagad la luz!…”, y siempre un jaleo enorme. Para dormir nos apretábamos uno contra otro porque aquello estaba repleto de gente. Y el pie de uno lo tenías en tu cara y el tuyo en la del otro. No dormías, no descansabas de noche ni un segundo».

Las ventanas permanecían abiertas incluso en las madrugadas más duras del invierno. Marcelino Bilbao, arropado con una manta que debía compartir con otro

compañero, veía cómo se formaban carámbanos de hielo en el interior de la barraca: «Las mantas estaban tan asquerosamente sucias que ya no se sabía por dónde cogerlas y desprendían un hedor espantoso. Todo estaba cubierto de piojos, pululaban sobre el pan como hormigas en un hormiguero. Por espacio de tres días y de tres noches nos fue imposible pegar ojo, pues los piojos nos comían vivos. Un prisionero que no estaba en condiciones de levantarse tuvo partes del cuerpo literalmente devoradas por esos malditos parásitos».

«Tenías que dormir con ellos —explica Lázaro Nates—. Y cuando estabas formado y no te podías mover, veías como se subían por tu chaqueta. Además todo estaba infectado de liendres. Si no podías lavarte, ¿qué quieres que hiciéramos? ¡Contarlos!». Los prisioneros dedicaban parte de su escaso tiempo libre a despiojarse mutuamente. Pese a la falta de medios y las lamentables condiciones higiénicas, los SS castigaban duramente a quienes portaban alguno de estos parásitos. José Alcubierre fue testigo de las palizas que recibieron, por este motivo, sus compañeros de barraca: «Normalmente una vez cada quince días había revista de piojos. Hacían que nos subiéramos todos a un taburete y nos miraban con una lámpara. Nos miraban todo, delante, detrás, arriba, abajo, la cabeza… Y al que le encontraban piojos, pobre de él. Al padre de Jacinto Cortés le pegaron una paliza tremenda».

Las desinfecciones masivas del campo no empezarían hasta junio de 1941. Aun así, los SS no conseguirían nunca acabar con la plaga. La masificación y la falta de higiene permitían la propagación de los parásitos y de todo tipo de enfermedades: sarna, tuberculosis, tifus, disentería… A ello había que sumar las frecuentes lesiones y heridas sufridas en la cantera y en el resto de *kommandos*. El estado de salud de los deportados solo podía definirse como catastrófico. Tras unos meses de estancia en el campo, eran pocos los que superaban los 40 kilos de peso.

El sistema concentracionario nazi no tenía sitio para aquellos que no podían trabajar. Quienes acudían a la enfermería o *revier*, rara vez vivían para contarlo. Los presos se enfrentaban, por tanto, a otra de las crudas realidades de Mauthausen: estar sano era prácticamente imposible, pero estar enfermo suponía la muerte.

ENFERMERÍA Y MATADERO

Los españoles hacían todo lo que podían para no acabar en el *revier*. Josep Figueras tenía un remedio para paliar los efectos de la disentería y de los problemas digestivos: «Teníamos frecuentes diarreas y para curarnos comíamos pan casi quemado y sobre todo carbón. Los trozos de carbón aliviaban mucho cuando tenías ese problema».

Lázaro Nates sufría un tremendo dolor de garganta que le provocaba fiebres muy elevadas. El *kapo* de su barraca trataba de llevarle a la enfermería pero el joven español se negaba: «Tenía las amígdalas muy inflamadas y se habían infectado; yo no quería ir al *revier* porque allí te mataban. Desde la ventana de mi barraca podía ver la

chimenea del crematorio, encendida permanentemente. Un día, el *kapo* se cansó y me llevó a una enfermería que había para los alemanes. Salió un prisionero austriaco con unas tenazas, me abrió la boca y me las arrancó de cuajo. Y, menos mal… yo creo que si no llega a ser por eso habría acabado muriendo porque ya estaban llenas de pus».

Cada prisionero experimentaba sus propios métodos de cura. Un SS lanzó a Cristóbal Soriano contra una estufa de carbón encendida, lo que le provocó unas profundas quemaduras en las nalgas: «Empecé a "desinfectar" las heridas con mis propios orines y me di cuenta de que aquello funcionaba. Estuve varios días haciéndolo y no me han quedado ni marcas. Todos los médicos a los que se lo he contado después de la liberación se han quedado muy extrañados. No sé por qué, pero fue así como me curé. Yo nunca fui a la enfermería. Preferíamos morir en la barraca al lado de los amigos que ir allí».

Emilio Caballero se enfrentó a una situación que le pudo conducir a la muerte. Su paso por la cantera le dejó incapacitado para seguir trabajando: «No comprendí cómo me pudieron salir tantos forúnculos en las piernas y en la espalda; en unos días me quedé completamente inválido. En la ingle izquierda me salió un bulto como una berenjena, completamente negro, con una banda que me llegaba hasta los forúnculos de abajo; era imposible andar y no podía desplazarme de ninguna manera. Dos o tres días más tarde el jefe de la barraca, que era un animal, me cogió a cuestas y me llevó a la enfermería. De tan feo que estaba, me dijo que me cortarían la pierna por la gangrena. Había varios presos que estaban antes que yo para pasar la revisión. Tenía que tomar una decisión drástica, pasase lo que pasase. Como pude entré al váter, me senté en la cubeta y me reventé el enorme bulto. Salió toda la sangre y todo quedó normal menos las dos heridas, una en la ingle y la otra en la pierna izquierda. Después, cuando ya me tocó el turno a mí, como el jefe de la barraca le había dicho al médico SS que tenía la gangrena, este me miró la pierna y sin decir una palabra se puso delante de él y le dio una torta que no esperaba»[106].

En demasiadas ocasiones estos esfuerzos fueron infructuosos. Las dolencias se agravaban y, al final, como le ocurrió a Manuel Alfonso, se acababa internado en la enfermería. Los pacientes apenas comían y, dependiendo del momento, podían llegar a compartir entre cuatro una sola cama: «No estaba enfermo, me mandaron allí porque estuve con un prisionero que tenía tifus. Debido a mi trabajo en la oficina de arquitectos del campo, me pusieron cerca de la puerta, en el único sitio en el que había un poco de aire. Allí he visto morir a la gente sin mantas ni nada. Morían encima de las maderas porque no había ni colchones, no había de nada. Era terrible, terrible, terrible».

Juan Romero llegó a la enfermería aquejado de un serio problema digestivo y casi muere ahorcado: «Tenía mal el vientre y estaba en la cama. Cuando pasaron dos oficiales médicos y vieron que era español, me empezaron a llamar bolchevique. Yo les dije: "No soy bolchevique, soy republicano español", pero ellos dijeron que me

abrirían el vientre». Juan cree que esos SS le prepararon la trampa que estuvo a punto de costarle la vida: «Más tarde, estaba hablando yo con un chico francés que ejercía como intérprete en el hospital cuando volvieron los oficiales: “¡Español, ven aquí!”. Me llevaron a los retretes donde alguien había pintado la hoz y el martillo. Me acusaron de haberlo hecho y se prepararon para ahorcarme. “Yo les juro por mi familia que no he sido yo”. Supliqué durante un rato, y el intérprete, que nos había seguido, puso mucho empeño en hacerles comprender mis palabras. Lo hizo tan bien que, al final, me dejaron en paz. Nunca he podido darle las gracias a ese muchacho… No supe qué fue de él, pero me salvó. ¡Iban a colgarme!».

Esteban Pérez se resistía a ir al *revier*. Veía como, día a día, se le iban hinchando las piernas provocándole un dolor insoportable: «Cuando ibas a pasar la visita médica, era nada más que para morir. Entonces aguantaba uno todo lo que podía». Llegó un momento en el que no podía caminar y mucho menos trabajar. Le trasladaron a la enfermería, donde conoció el método de eliminación más empleado: la inyección de gasolina. Fue un médico-prisionero checoslovaco, Josef Podlaha, al que centenares de presos acabarían debiendo la vida, el que le puso al corriente de lo que allí ocurría. Diariamente, los médicos SS realizaban un proceso de selección entre los hospitalizados. Una lista se iba rellenando rápidamente con el número de los prisioneros. Se anotaba a los que se encontraban en peor estado y también a muchos enfermos cuyo estado no era grave. Todo dependía de las necesidades de espacio que hubiera en la enfermería y del carácter y el estado anímico del oficial médico encargado de pasar la revista. Minutos más tarde, todos los que habían sido apuntados recibían una inyección de gasolina en el corazón y eran enviados al crematorio. «Mañana por la mañana di que te has recuperado y vete a trabajar —le dijo Podlaha a Esteban—. Si no lo haces, tendré que ponerte la “picadura”»[107].

El castellonense Joaquín Mas no necesitó que nadie le contara cómo se aplicaban las inyecciones porque fue testigo de ello en la enfermería de Gusen: «Yo me encontraba enfermo de tuberculosis en la barraca 29, que se utilizaba como *revier*. Era un día aparentemente como los otros y estaba en la cama cubierto únicamente por una camisa rota y maloliente. En plena mañana se presentó un sujeto que, uno a uno, nos hizo quitar la camisa y nos apuntó, con grandes caracteres, nuestro número de prisionero en el pecho y en la espalda. Cuando llegó delante de mí le pregunté el motivo de tal marca, ya que todos llevábamos el número en la muñeca izquierda. “Es muy simple —me contestó en mal español—, es para que se vea con más claridad en el momento oportuno”. Y terminó con su trabajo». Joaquín recuerda que todos comenzaron a inquietarse y a pensar en lo peor. Después del almuerzo, el *kapo* de la enfermería les sacó de la cama, les hizo formar completamente desnudos y comenzó a examinarles. Aprovechaba cuando se encontraba a la espalda del enfermo para anotar, si así lo decidía, su número en una lista. De esta manera, los presos no podían saber si habían sido o no seleccionados. «Cuando terminamos de pasar todos delante del *kapo*, se marchó. Nuestra suerte estaba ya decidida, lo que agrandó nuestra

inquietud. Los comentarios se sucedían: “¿Te han tomado el número a ti?”; la respuesta era la misma en todos: “No lo sé, no lo sé”. Hablábamos para consolarnos y engañarnos, pero nuestro interior ni con engaños se consolaba. Un compañero de Sants decía: “Si nos matan estaremos mejor, no pasaremos hambre, ni frío, ni calor y la tranquilidad y el reposo no nos faltarán. De todas formas, si no nos matan, moriremos”. Ante tanto dolor, uno de Murcia aún tenía humor enseñando sus piernas y brazos que eran todo huesos: “Fíjate Mas, estoy como para hacer un encuentro de boxeo”. Y diciendo esto sonreía, aunque llorando por dentro». Pasaron las horas y la angustia hizo que ninguno probara el pan que les dieron a modo de cena. Poco después sucedió todo: «En medio de aquel silencio se oyeron grandes pasos y hablar fuerte en alemán. Delante venía el *kapo* con un papel en la mano. Detrás de él otros dos sujetos con una camilla y otro con un ataúd sin tapa. Había muy poca iluminación, por lo que tenías que estar muy cerca de ellos para ver lo que hacían. Dejaron la camilla en el suelo y encima colocaron el ataúd. Acto seguido el *kapo* dijo un número. Todos nos incorporamos para ver lo que iba a pasar. El número correspondía a un polaco. Le dijo: “Échate en esta caja”, y el polaco obedeció. Uno de los tres sujetos que acompañaban al *kapo* sacó algo de una pequeña caja y apuntó a la altura del corazón del infeliz que estaba tendido en el ataúd. Acto seguido, los otros dos cargaron con la camilla y desaparecieron. Nuestra inquietud estaba justificada, habían confeccionado una lista con los que debían ser inyectados. ¿Con qué materia inyectaban? Yo lo ignoraba, solo vi que la pobre víctima no murmuró, ni un suspiro, ni se movió. Pocos minutos después la camilla estaba de regreso pero ahora sin ataúd. La operación se fue repitiendo sucesivamente. Imaginaos nuestra agonía. Había un polaco que se abrazaba con los otros. Otros rezaban en silencio mientras la masacre continuaba». Mas tenía el número 10 197. «El *kapo* gritó: “Diez mil…”. Creo que la sangre se me heló. Era un diez mil pero no el 10 197. Se trataba del primer español. Cantaron varios números más y un nuevo diez mil… este era el pobre murciano. Salió de la cama tambaleándose, parece que lo estoy viendo: su estatura baja y su cuerpo esquelético. Me miró y no pronunció palabra, era el fin de otra vida. Cerré los ojos y pensé que aquella noche no nos dejaban a uno vivo. El de Sants también fue llamado… en total fueron cinco españoles, el resto polacos y quizá de alguna otra nacionalidad. La poca luz que había se apagó. La matanza había terminado por aquella noche… todo oscuro y todo silencio. El día amaneció como uno más y nos dieron la sopa de la mañana. Muchas camas estaban desocupadas»[108].

COBAYAS HUMANOS

La inyección de gasolina y otros productos letales en el corazón era solo uno de los métodos de exterminación que utilizaban los responsables médicos del campo. El

más conocido de estos fue Eduard Krebschach, un pediatra alistado en las SS al que los españoles llamaban el Banderillero o el Inyectador. Krebschach dirigió los servicios médicos de Mauthausen entre julio de 1941 y mayo de 1943. En ese tiempo, además de hacer honor a sus apodos, cometió todo tipo de atrocidades, como el asesinato del madrileño Francisco Boluda. El nazi se «enamoró» de la perfección estética que tenía el rostro de este prisionero. Su obsesión le llevó a ordenar su decapitación, tras la cual él personalmente vació su cráneo, lo lavó y lo utilizó para decorar su escritorio[109]. Heribert Heim fue uno de los muchos ayudantes que tuvo Krebschach. En los escasos dos meses que pasó en la enfermería del campo realizó infinidad de intervenciones quirúrgicas sin razón alguna. Decenas de prisioneros murieron en su mesa de operaciones tras extraerles órganos sanos o amputarles brazos y piernas. Heim también practicó, como su maestro, el vaciado de cráneos para obtener limpias calaveras que regalaba a sus colegas para que las usaran como pisapapeles.

La lista de barbaridades que se cometían en el *revier* de Mauthausen y de todos sus subcampos es interminable. En Gunskirchen la locura sádica del jefe médico, Hermann Richter, fue tal que escandalizó incluso a sus superiores que terminaron por cesarle. Las actividades de Richter fueron el objeto central de un informe secreto, hoy desclasificado, del Ejército de Estados Unidos elaborado inmediatamente después de la liberación del campo. Bajo el título «Inspección del campo de concentración de Mauthausen», los norteamericanos recabaron el testimonio de varios médicos prisioneros, como el checo Josef Podlaha: «Podlaha declara que fue obligado a enseñar cirugía al doctor Hermann Richter, un SS de 28 años. Si bien Richter al principio únicamente diseccionaba cadáveres, después de dos meses de prácticas comenzó a operar indiscriminadamente a prisioneros del campo. Seleccionaba una víctima y le decía que sufría una enfermedad que él curaría con una operación. Richter era plenamente consciente de que no había ninguna base patológica para sus operaciones. Después de la intervención, Richter perdía todo el interés por su víctima que, si era capaz de sobrevivir durante dos semanas, acababa siendo asesinada en la cámara de gas. Otro *hobby* de Richter, según Podlaha, era matar a la gente por su piel. La piel humana era usada para fabricar pantallas de lámparas, guantes, instrumentos de equitación, bolsos, cubiertas de libros, etc. La piel tatuada era especialmente demandada como pieza de coleccionista»[110].

El mismísimo comandante en jefe de Mauthausen, Franz Ziereis, también aludió a él en la confesión que realizó poco antes de morir: «El Dr. Richter asesinó a centenares de prisioneros operándoles sin ningún motivo y extrayéndoles porciones del cerebro, estómago, bazo o intestinos»[111].

El dueño del quirófano de Gusen se llamaba Helmuth Vetter. Este doctor SS, tras investigar sobre el tifus en Dachau y Auschwitz, decidió centrar sus nuevos estudios

en la tuberculosis. Vetter inyectaba flemas purulentas en los pulmones de los prisioneros para observar su reacción y su evolución. A los pocos que sobrevivían les hacía practicar duros ejercicios hasta que caían agotados. Finalmente los liquidaba con las habituales inyecciones de gasolina. Su antecesor en el puesto, Hermann Kiesewetter, era aficionado a las trepanaciones cerebrales. Este siniestro personaje también es mencionado en el informe realizado por el Ejército de Estados Unidos con la colaboración de los médicos prisioneros: «De acuerdo con el testimonio del doctor Goscinski, Hermann Kiesewetter realizó numerosas operaciones estando borracho. Asesinó al menos a 30 personas al día con inyecciones intravenosas de bencina y de peróxido de hidrógeno. Las víctimas de estos tratamientos caían inconscientes, pero sus corazones continuaban latiendo durante 24 horas (…). El *hobby* del doctor Heschel era abrir el pecho de los pacientes y observar el latido del corazón durante un rato y después extraerlo completamente (…). Podlaha asegura que en Mauthausen fueron castrados doce homosexuales y sometidos a un tratamiento de hormonas masculinas durante un periodo de seis meses. En diferentes momentos durante el experimento, su respuesta a las hormonas fue testada con el uso de prostitutas que trataron de excitarles (…). En 1942 un grupo de unos quince prisioneros fueron encerrados en un lugar infectado de piojos. No les permitían matarlos. Después les infectaron con sarna. El experimento para acabar con los bichos se hizo con polvos y ungüentos. A los piojos les fue bien en este experimento; solo sobrevivió uno de los conejillos de Indias».

El informe estadounidense desgrana el trabajo de otro de los «servicios médicos» del campo, el que desarrollaban los dentistas: «Entre 1941 y marzo de 1945, fueron enviados a Berlín unos 25 kilos de oro de los dientes de los prisioneros muertos. Podemos asumir que la misma cantidad acabó en manos de los SS. Muchos prisioneros fueron asesinados para quitarles sus dientes de oro».

Quedaba claro que la misión terapéutica de los odontólogos nazis se limitaba al cuidado de las bocas de los soldados y oficiales de la guarnición. Su preocupación sobre los reclusos se centraba exclusivamente en arrancarles sus valiosas prótesis. Berlín había cursado a todos los campos unas instrucciones muy precisas sobre los pasos a seguir tras la muerte del prisionero. Las piezas debían ser fundidas, pesadas, registradas en un libro dedicado exclusivamente a tal fin y enviadas a la capital del Reich. El botín anual que salió hacia Berlín rondaba los cinco kilos de oro. Es imposible saber lo que sustrajeron los oficiales del campo.

Mención destacada merecen los experimentos realizados por los SS de Mauthausen relacionados con la alimentación de los prisioneros. La historiadora Rosa Torán señala: «Cada campo solía estar especializado en un tipo de experimento concreto. En el caso de Mauthausen el objetivo básico era el de investigar sobre tipos de papillas. Aunque también probaban fármacos y realizaban otras terribles pruebas, su principal objetivo era fabricar sustancias baratas que pudieran sustituir la

alimentación tradicional, que resultaba mucho más cara»[112].

El informe estadounidense revela que Podlaha y el resto de los médicos prisioneros tuvieron constancia de cuatro grandes experimentos de este tipo: «(El primero) fue ordenado por el doctor Schenk de la Universidad de Berlín. Se usaron 150 prisioneros y se trajo un laboratorio especial desde la capital alemana. Podlaha dedujo, por las características del equipo, que el objetivo era determinar los niveles de diversas sustancias en la sangre, incluyendo vitaminas B y C. Podlaha estima que el 70% de las víctimas usadas para estos experimentos murieron. (…) Entre el 1 de diciembre de 1943 y el 31 de julio de 1944 se realizaron los siguientes experimentos relacionados con la nutrición: *ration* (a) 150 conejillos de Indias humanos de los que murieron 76; *ration* (b) 110 conejillos de Indias humanos de los que murieron 75; *ration* (c) 110 conejillos de Indias humanos de los que murieron 45»[113].

El informe menciona que entre los fallecidos había prisioneros de nacionalidad española. De hecho, al menos uno de esos cobayas españoles consiguió vivir para contarlo. Alfonso Maeso nunca supo qué es lo que estuvo comiendo durante cerca de un mes: «Durante todo este tiempo, a excepción de la primera semana en la que nos ordenaron trabajar normalmente, nos mantuvieron aislados de todo y de todos en la barraca número 13. Tuvimos que comer, dos o tres veces al día, una extraña papilla blanca que debíamos degustar sin pan. Pronto, los efectos defraudaron sus expectativas, o al menos así lo creo, porque nuestros cuerpos, cada vez más débiles, comenzaron a hincharse de forma alarmante, en especial la cara, los ojos y las piernas. Cuando la deformación fue muy evidente, suspendieron la prueba y regresamos a la rutina. Nuestros compañeros de la enfermería nos dijeron que aquellas níveas gachas estaban cocinadas con una especie de harina compuesta por huesos de animales que previamente habían molido. El objetivo, según parece, era testar aquel engrudo con nosotros y averiguar si era útil para sus tropas».

Existen varios testimonios de prisioneros españoles que sufrieron durante meses la inoculación de extrañas sustancias. Marcelino Bilbao fue incluido, en abril de 1942, en uno de estos rebaños de conejillos de Indias humanos: «Formaba parte de un grupo de treinta rusos y españoles a quienes durante seis semanas consecutivas, cada sábado, se nos tomaba una muestra de sangre. Al cabo de esas seis semanas se nos llevó a la enfermería para ponernos inyecciones en la zona cardiaca; inyecciones que producían una inflamación que se extendía paulatinamente, como un trazo de lápiz azul, hasta el hombro. Cuando llegaba hasta esa zona, ya no podía ni mover la cabeza. Cada tarde debíamos presentarnos en la enfermería y el médico SS hundía los dedos en la región dolorosa. Los primeros días, estaba uno como paralizado de la cabeza a los hombros, y esa sensación no desapareció hasta pasados quince días. Los que ya no tenían ni fuerzas para personarse en la enfermería eran llevados al barracón veinte, donde estaban apiñados otros enfermos. Mientras tanto llegó un fuerte contingente de prisioneros procedentes de diferentes países y, para hacerles sitio, los

SS procedieron a la eliminación de todos los enfermos inyectándoles gasolina; así fue como algunos españoles que pertenecían a mi grupo fueron asesinados. Durante una semana me sentí tan débil que casi tenía que andar a gatas. Luego la inflamación fue cediendo y quince días más tarde, con ocasión de una nueva visita a la enfermería, el médico SS nos preguntó si todavía nos dolía; al contestarle que no, nos dio un par de bofetadas y nos echó de allí. Así finalizaba una nueva aventura, pero de los treinta hombres que habían sido sometidos a aquel experimento, solo sobrevivimos siete».

Francisco Batiste, Casimir Climent, Joan Gil y Joaquín Calderón fueron seleccionados para un experimento similar aunque de menor duración: «Recuerdo que la profunda inyección no fue excesivamente dolorosa —apunta Batiste—. Sus efectos fueron rápidos. Durante unos días una persistente fiebre hizo presa en nuestros cuerpos a la vez que, sobre nuestro pecho, aparecía una inflamación en forma de un gran círculo rojizo, no de idéntico diámetro en todos los casos. Según las reacciones de cada uno, fiebre y círculo fueron decreciendo. De una a tres semanas transcurrieron hasta su total desaparición, periodo en el que los SS medían milímetro a milímetro las oscilaciones y tomaban apuntes. Mejor alimentados que de costumbre, periódicamente nos extraían sangre cuyos tubos eran agregados a la filiación de cada uno».

Quienes sobrevivieron volvieron a sus trabajos como si nada hubiera ocurrido. Fue en ese momento cuando Casimir Climent aprovechó su privilegiado trabajo en la secretaría de la oficina de la Gestapo para obtener algunos datos. El experimento había sido organizado por el Instituto de Inmunología de Viena y su objetivo estaba relacionado con la investigación de una bacteria. Climent, años más tarde, achacaría a esta prueba la fulminante muerte por lepra de Joaquín Calderón, ocurrida en Francia tras la liberación.

Jugar con el cuerpo de los deportados resultaba un divertido pasatiempo, incluso para los SS que no trabajaban en el *revier*. El máximo responsable de la Gestapo en el campo, Karl Schulz, planteó un macabro dilema a uno de los prisioneros que trabajaban en el estudio fotográfico. Si se ofrecía voluntario para ser castrado le concedería la libertad. Stefan Grabowski, el deportado polaco protagonista del juego, optó por someterse a la operación. Antonio García compartía trabajo con él y visitó a Grabowski en la enfermería: «Estaba acostado, su cara y sus manos estaban lívidas. Me dijo meneando la cabeza: “Ya está hecho”. Me contó con todo detalle cómo habían hecho la intervención porque le habían aplicado anestesia local y, por tanto, pudo seguir todo su desarrollo»[114]. Después de varias semanas, Schulz cumplió su promesa y liberó al prisionero. Entre los deportados corrió la noticia de que, mientras era escoltado por un soldado alemán, Grabowski se suicidó lanzándose al Danubio. La realidad fue bien diferente. El historiador Benito Bermejo ha podido documentar que regresó a su Polonia natal y consiguió rehacer su vida.

Fuera de Mauthausen hay dos símbolos que reflejan la magnitud de la barbarie

cometida por los nazis en las salas de operaciones. Uno son las lámparas de piel humana de Buchenwald y otro los experimentos genéticos realizados con gemelos por el doctor Mengele en Auschwitz. En ambos casos hubo españoles que pueden dar su testimonio sobre lo ocurrido. Virgilio Peña pudo ver las lámparas de piel humana que guardaban en sus casas y despachos los jefes nazis de Buchenwald: «Tras la liberación, los presos que habían trabajado con los médicos SS sabían donde estaban todas estas cosas. Las buscaron, las encontraron y con ellas montaron una exposición para que todo el mundo pudiera ver lo que habían hecho. Estaban las lámparas, los restos de piel, sobre todo tatuada que era la que más les gustaba… Y luego había restos de seres humanos que conservaban porque tenían algún tipo de rareza o malformación».

A casi 700 kilómetros de allí, en Auschwitz, un niño de nueve años llamado Siegfried Meir cayó enfermo de tifus: «Me llevaron a la barraca donde se experimentaba con gemelos. Entonces yo no sabía nada de estos experimentos, pero es allí donde me metieron. El doctor Mengele tenía un equipo de varios médicos. Cuando tienes el tifus estás como en estado de coma, aunque eres consciente de lo que ocurre a tu alrededor. Yo no tenía fuerzas y no sé qué es lo que me hicieron, pero lo cierto es que me curé. Tampoco sé cuánto tiempo estuve allí, hasta que me empecé a sentir mejor y un buen día me dijeron: “Bueno, ya puedes irte, estás curado”». Ahora que ya ha cumplido los 80 años, Siegfried sigue preguntándose la razón por la que decidieron salvar su vida. Se inclina por pensar que su pelo rubio y sus rasgos arios fueron, como le volvería a suceder más adelante, los que le permitieron salir vivo de su encuentro con Mengele.

LOS HÉROES *REVIER*

Todos estos sucesos permiten calificar de milagro el hecho de que un prisionero pasara por los servicios médicos del campo y fuera capaz de contarlo. En todos los casos en que así ocurrió, se dio una mezcla de factores entre los que la suerte y, sobre todo, la ayuda de otros presos evitó el desenlace habitual. Especialmente desconocido hasta hoy ha sido el heroísmo de los españoles que trabajaban en el *revier* de Gusen. Gracias a las memorias de Servídeo García podemos poner nombres a buena parte de ellos: Buenaventura Gibal, Julián Pérez, José Puig Vila, Josep Travería, Pablo del Río y Joaquín Caro. Servídeo estuvo más de un año enfermo de tuberculosis y logró sobrevivir gracias a estos presos que desempeñaban diferentes tareas en la enfermería: «Gibal era practicante (…) me tomó a su cargo y fue mi mejor consejero ayudándome en todo lo relativo a mi enfermedad, no escatimando ningún tipo de medicamento, aunque para ello corriera el riesgo de ser apaleado. Se preocupó de falsear mi carta clínica consignando un diagnóstico distinto del que realmente me correspondía. En lugar de “tuberculosis”, que me habría acarreado una muerte rápida

en la cámara de gas o mediante la inyección de bencina en el corazón, Gibal escribió “bronquitis”. En vez de anotar “positivo” en los análisis de esputos que se me hacían, puso “negativo”. Además, renovaba mi carta clínica cada mes y me cambiaba de cama siempre que lo creía oportuno para despistar del todo al médico SS». Servídeo recuerda, además, cómo Julián Pérez le consiguió comida extra mientras que José Puig Vila se las apañó para hacerle una radiografía fuera de horas y lejos de la vista de los alemanes. Pese a todos estos desvelos, la enfermedad se agravó y sus amigos decidieron operarle un domingo, aprovechando la ausencia de los médicos SS. Los cuidados de Travería, Del Río y Caro fueron fundamentales para salvar su vida y la de muchos otros españoles.

En la enfermería del campo central de Mauthausen esos héroes han sido más conocidos y reconocidos. Ya hemos mencionado con anterioridad al médico checoslovaco Josef Podlaha: un doctor de la Universidad Karl de Praga que, tras salvar la vida a la esposa de un oficial alemán, logró un estatus privilegiado dentro del *revier*. Junto a él hubo, al menos, tres republicanos que trabajaron como médicos o enfermeros y consiguieron evitar numerosas muertes: Pedro Freixa, Salvador Ginestá y Joaquim Galopa.

Los nombres de todos ellos, checos o españoles, son recordados con admiración y cariño por quienes tuvieron que pasar por sus manos. Lázaro Nates, después de haber evitado la enfermería en varias ocasiones, terminó ingresado por una dolorosa hernia gástrica: «Fue Podlaha quien me atendió porque tenía un bulto enorme. Él me dijo que había que quitarlo porque, de no ser así, seguiría creciendo y podía ser peligroso. Recuerdo que le contesté: “Yo no me opero porque me van a liquidar con una inyección”. Me miró y me dijo que eso no ocurriría porque me operaría él personalmente. Yo tenía miedo pero tampoco podía hacer nada. Y todo salió bien».

Como Lázaro, Josep Simon también debe su vida al médico checo. Tras recibir una paliza de un SS, fue llevado a la enfermería: «Se trataba de una persona excelente y era un extraordinario profesional. Desde sus posibilidades, cambió mucho la situación de los internos que estaban bajo su cuidado. A mí me curó perfectamente y además me buscó un trabajo (en la propia enfermería) que me permitió alargar el tiempo de estancia en aquel lugar. El hecho de vivir resguardado y poder comer un poco más de sopa cada día me permitió ganar fuerza y mejorar mi estado físico». Cuando Josep tuvo que retornar a su *kommando* de albañiles, tenía la energía suficiente para poder sobrevivir.

Ramiro Santisteban recuerda el valor y la imprescindible osadía de los trabajadores españoles del *revier*. «Pedro Freixa salvó la vida del compañero Balaguer. Necesitaba urgentemente una transfusión pero no podía hacérsela en la enfermería y mucho menos coger sangre de allí. Freixa enganchó a mi hermano Manuel y le sacó sangre, que le puso inmediatamente a Balaguer. No había podido hacer ningún análisis previo para comprobar si eran o no del mismo grupo sanguíneo. ¡Una locura!, pero salió bien», sonríe Ramiro al recordar el feliz desenlace. Él

mismo, poco después, se enfrentaría a una situación límite. El contenido de una carretilla se le cayó sobre su pierna provocándole una profunda herida. Un compañero de la enfermería le puso una venda y le dijo que no quería ni verle por allí. Ramiro sabía que, con ese mensaje, no hacía otra cosa que advertirle sobre el destino que le esperaba si ingresaba en ese momento en el *revier*. Aunque trataba de cambiarse la venda cada dos días, la herida empeoraba y su cojera terminó por alertar al SS del que dependía su *kommando* de trabajo: «Me preguntó qué me pasaba en la pierna y yo le respondí que nada. Insistió e insistió y al final me levantó el pantalón… —Ramiro se echa la mano a la nariz y hace un gesto de rechazo—. ¡Ese olor! Yo ya estaba acostumbrado y no lo notaba, aunque él lo percibió enseguida. Estaba podrido. Tenía un agujero enorme que llegaba casi hasta el hueso. “Mañana tú no vienes a trabajar y te vas a la enfermería”, me dijo. “Me va a perdonar pero no voy”, le dije yo. “¡Cómo que no! ¡Es una orden!”. Y yo le respondí: “Usted lleva una pistola, si quiere me pega dos tiros pero yo no voy a la enfermería”». Ramiro tuvo suerte porque el oficial nazi le tenía un relativo aprecio: «Entonces, en uno tono más calmado, me dijo que tenía que curarme y que él se ocuparía de que no me ocurriera nada. Y así fue, me llevó a la enfermería y me puso en manos del doctor Freixa, al que ordenó que velara por mi recuperación».

Freixa, Ginestá y Galopa llegaban incluso a tratar a los prisioneros españoles con el instrumental y los medios técnicos reservados a los SS. Mariano Constante tenía serios problemas respiratorios que empezaban a poner en riesgo su vida: «El doctor Freixa y el practicante Ginestá, que trabajaba con él, me propusieron hacer una radiografía con el aparato de los SS. No era la primera vez que lo utilizaban para ayudar a un compañero enfermo. Era muy arriesgado, y no solamente para el enfermo, sino también para Freixa y Ginestá, que hubiesen sido colgados inmediatamente si les hubiesen descubierto. Con todo, accedí a su propuesta». El día en que se decidieron a hacerlo, a punto estuvieron de ser sorprendidos por un oficial alemán: «Por suerte no se dio cuenta de lo que pasaba y se fue. Volví a meterme medio en pelotas y enseguida Freixa diagnosticó el estado de mi aparato respiratorio: tenía una ligera lesión en el pulmón derecho (…) sin rodeos me dijo que la tuberculosis empezaba a hacer de las suyas». Freixa y Ginestá trataron con los medios a su alcance la enfermedad de Constante. Lo mismo hicieron con otros españoles a los que inyectaban calcio para tratar de mejorar sus condiciones físicas.

José Alcubierre contó durante su estancia en la enfermería con la ayuda de Joaquim Galopa. En esos días, el barcelonés también fue testigo de la otra cara de los prisioneros españoles que habían asumido un puesto de cierta responsabilidad. El médico español Ramón Vergé se dejó arrastrar por quienes le mandaban y acabó convertido en un monstruo: «El famoso Ramón era más malo que la trilita. Era él quien ponía las inyecciones de gasolina en el corazón». Alcubierre se había dañado seriamente una pierna mientras trabajaba. Era pleno invierno y los nuevos pacientes

eran recibidos con una ducha de agua helada: «Ramón era de Barcelona, como yo. Le dije: “Te pido, por favor, que no me hagas pasar por la ducha”. Hacía mucho frío, yo aún era un niño y me sentía muy débil. Él me dijo… nunca lo olvidaré: “Tú vas a pasar por la ducha como todos”. Le insistí en mi ruego pero no me hizo caso. Menos mal que había allí un chaval muy majo, Galopa, y a escondidas me dijo: “Pasa por la ducha y al otro lado te espero yo con una manta”. Y pasé, ¡uf! Sentí un frío tremendo, pero pasé. Como Ramón estaba al otro lado y no podía vernos, Galopa me tapó enseguida con una manta y me fui a acostar a la cama. ¡Bueno la cama, que no era ni cama ni nada, solo un cacho de madera!». Alcubierre pidió inmediatamente reincorporarse al trabajo. Sabía que cada minuto en el interior de esos muros representaba una macabra ruleta rusa a la que no quería volver a jugar.

Informe responsabilidad franquista (I).

El contexto histórico y político en que se producen las deportaciones

¿Es posible que Franco no conociera la existencia de los campos de concentración nazis y lo que en ellos ocurría? ¿Resulta factible que Alemania enviara a miles de prisioneros españoles a Mauthausen sin el consentimiento de Madrid? ¿Pudo ignorar el Gobierno español que el Reich perseguía y exterminaba masivamente a millones de judíos, gitanos, homosexuales y disidentes políticos? La documentación existente demuestra que la respuesta es la misma para las tres preguntas: no, no y no.

El régimen franquista hizo un seguimiento constante de la suerte que corrían tanto los «rojos» que se encontraban exiliados en Francia como los miles de judíos sefardíes que eran perseguidos en toda Europa. Los servicios de seguridad español y alemán mantuvieron un intercambio de información constante y colaboraron en diversos países para perseguir a disidentes políticos. En España, la Gestapo actuó con total impunidad, mientras que en Francia colaboró con la policía franquista en la búsqueda y captura de los dirigentes republicanos que permanecían allí refugiados. La estrategia represiva y los objetivos a eliminar fueron compartidos por ambos regímenes.

Tras la derrota del Eje, el régimen franquista se encargó de limpiar sus archivos de documentos comprometedores. El material más sensible fue destruido o robado. Hoy en día las fundaciones Francisco Franco y Ramón Serrano Suñer siguen disponiendo de una buena parte de los documentos oficiales de la época. Aun así, una serie de pruebas que demuestran lo ocurrido se salvaron de la quema. Otras quedaron en los archivos de la Alemania nazi y fueron recuperadas por británicos y estadounidenses al finalizar la guerra.

Son evidencias claras, como veremos en los siguientes informes, de que el régimen franquista fue cómplice activo y pasivo de la deportación de los españoles a los campos de concentración y del exterminio de miles de judíos. Sin embargo, antes

de analizarlas resulta imprescindible repasar la estrecha vinculación existente entre ambos regímenes entre 1936 y finales de 1943. En ese periodo, la identificación de ideales y de objetivos fue casi total. Alemania y España eran la misma cara de una única moneda y caminaban juntas en la construcción de una gran Europa fascista, limpia de comunistas, disidentes y judíos. Se trataba de una sólida relación que comenzó a forjarse años antes de que Franco ni siquiera se planteara hacerse con el poder.

EL ALZAMIENTO NACIONAL… DE HITLER

El Partido Nazi alemán colonizó España durante el llamado bienio conservador (1934-1936), periodo en que la derecha dirigió las riendas de la II República. Si en 1933 apenas contaba con 20 oficinas, a mediados de 1936 había pasado a disponer de 163 sedes distribuidas por todo el país[115]. La permisividad de las autoridades hizo que la formación política de Hitler, pese a ser ilegal en España, pudiera ir inaugurando dependencias bajo el paraguas de organizaciones tales como la Asociación Nacional Alemana de Dependientes de Comercio o el Frente de Trabajo Alemán.

La implantación y expansión de esta red estaba dirigida desde Hamburgo por la Auslands Organisation (AO), la Organización Exterior del Partido Nazi. Sus objetivos no eran ningún secreto. En 1934 el diario *Völkischer Beobachter*, principal órgano de propaganda de la formación fascista, los explicaba con absoluta claridad: «La influencia del Partido Nazi en países extranjeros se extiende literalmente alrededor de todo el planeta. “Mis dominios son el mundo entero” (es el lema que) podría colocarse sobre nuestro cuartel general en Hamburgo. Esta Organización Exterior comprende hoy más de 350 ramificaciones nacionales y puntos de apoyo del Partido Nazi en todas partes. El Partido Nazi la desarrollará aún más, en un esfuerzo por trasplantar a todos los países extranjeros los objetivos del Reich Nacional Socialista»[116].

En esa operación de «trasplante», Hitler contaba con el respaldo en España de organizaciones todavía minoritarias como la Falange, pero también con amplios sectores de la derecha y del Ejército, que coqueteaban con el fascismo alemán e italiano. El líder de la CEDA, la gran coalición conservadora que sustentaba al Gobierno, asistió al congreso que el Partido Nazi celebró en Núremberg en 1933. A su regreso, José María Gil Robles marcó las distancias y también las coincidencias con el Nacional Socialismo: «Como católico, tengo que mantener todas las reservas doctrinales a un movimiento nutrido de esencia panteísta, que llega a la anulación del individuo y a una verdadera deificación del Estado. Además, la violencia erigida en sistema, me parece absolutamente reprobable. Otra cosa es la violencia para rechazar la agresión, que no solo admito y proclamo, sino que he sido el primero en practicar.

Aparte de esto, en el fascismo hay mucho de aprovechable: su raíz y su actuación eminentemente populares; su exaltación de los valores patrios; su neta significación antimarxista; su enemistad con la democracia liberal y parlamentarista; su labor coordinadora de todas las clases y energías sociales; su aliento juvenil, empapado de optimismo, tan opuesto al desolador y enervante escepticismo de nuestros derrotistas e intelectuales»[117].

Buena parte de estas reticencias se fueron disipando con el paso del tiempo. Los agentes de Hitler en España tendieron lazos con los políticos derechistas y con los generales que terminaron levantándose contra la República. Su estrategia fue similar a la que llevaron a cabo en naciones como Bélgica, donde agentes de la AO trataron de aupar al poder al fascista Léon Degrelle.

En España la red fue dirigida, principalmente, por cuatro destacados militantes del Partido Nazi: Friedrich Burbach, Walter Zuchristian, Erich Schnaus y Hans Hellermann. Conocemos buena parte de sus actividades por los documentos que tuvieron que abandonar en su sede de Barcelona tras fracasar el golpe de Estado en Cataluña, en julio de 1936. Los archivos fueron requisados por las milicias republicanas y publicados, por primera vez, en 1937[118]. Gracias a ellos sabemos que, en los meses previos a la sublevación militar, la AO llegó a contar con 2500 agentes, distribuidos en las principales ciudades españolas. Sus trabajos abarcaban desde el control de la prensa hasta el tráfico de armas, pasando por la distribución de propaganda y la persecución de disidentes políticos y judíos. Todo se hacía con un doble objetivo: mejorar la imagen de Alemania entre la sociedad española y conspirar contra la República.

Durante el bienio conservador los informes de los agentes nazis reflejaban su sintonía con el Gobierno. El 18 de octubre de 1934, Zuchristian escribió una nota informativa tras la represión militar de la Revolución de Asturias y la detención de Manuel Azaña: «Ahora ellos están actuando en el sentido correcto. La fraternidad roja está recibiendo su golpe de gracia. Este agitador solo ha tenido el destino que merecía».

La red nazi en España dejó constancia por escrito de sus estrechas relaciones con los militares que protagonizarían el levantamiento. De Manuel Goded, que lideraría meses después la sublevación en Baleares y Cataluña, dicen en octubre de 1935 que es «nuestro buen amigo el general Goded», mientras que Millán Astray es «muy conocido y tenemos con él conexiones indirectas». En los documentos y cartas, los miembros de la AO citaron también a empresarios y medios de comunicación con los que trabajaron para lograr sus objetivos.

El control de la prensa fue una de sus mayores preocupaciones. Un total de 50 agentes alemanes se dedicaron exclusivamente a relacionarse, amenazar, sobornar y espiar a directores de periódicos y periodistas. Gustav Reder fue el encargado de coordinar esta labor. Según plasmó en sus informes, en 1934 consiguió que 30 diarios le publicaran 64 artículos de propaganda filonazi. Esa cifra se multiplicó durante

1935. Solo en septiembre de ese año se escribieron 145 reportajes en la prensa española teledirigidos por Reder. Para conseguirlo tuvo que gastar 22 450 pesetas en pagar a los medios y 900 marcos en sobornar a periodistas. Reder utilizó además a empresas alemanas como Siemens y Opel para que insertaran anuncios publicitarios en medios considerados afines.

El 17 de agosto de 1935 realizó esta petición a la Sección Industrial del Reich para el suplemento *Blanco y Negro*: «Es a menudo recomendable, por razones políticas, prestar apoyo a editores extranjeros que han realizado buenos servicios en relación con los intereses alemanes, insertando anuncios en los números especiales que quieran realizar. Yo considero que estas consideraciones políticas son aplicables particularmente a los editores del diario *ABC*, un periódico español con gran difusión que ha adoptado una sólida actitud de amistad hacia Alemania (…). El mantenimiento de esta amistosa posición de *ABC* ha sido asegurada por medio de estos grandes contratos publicitarios». Reder también habla del diario *Informaciones*, del que dice que es afín a Gil Robles y que «puede considerarse un altavoz de Alemania».

Igual de clara y eficaz se mostró la red nazi para perseguir a los periodistas que consideraba hostiles. En varias cartas que envió a Berlín, Reder denunció a corresponsales españoles como Gerardo Isla, que informaba para el diario *La Vanguardia*. De él, en una nota enviada al cuartel general de la AO en Hamburgo, afirmaba: «Últimamente está siendo cada vez más audaz y nos parece que es el momento para hacerle una seria advertencia». Isla fue vigilado y acosado por la Gestapo hasta que, finalmente, fue expulsado de Alemania.

Para llevar a cabo sus actividades, los agentes nazis ocuparon cargos tapadera en las filiales españolas de empresas alemanas como Opel y Siemens. En sus boletines informativos explicaban cómo debían utilizar determinadas palabras clave para sus comunicaciones. Para referirse a los arios debían hablar de «grupo 1»; miembros del partido, «grupo 50»; masones, «grupo M»; judíos, «grupo U».

Estas cautelas se incrementaron en 1936. Poco antes de las elecciones de febrero y ante el previsible triunfo del Frente Popular, la red nazi distribuyó entre sus sedes una reveladora circular: «Las condiciones que prevalecen en Madrid nos hacen pensar que es recomendable tomar medidas de precaución y ser extremadamente cuidadosos durante las siguientes semanas. Les pido que pongan todo el material escrito que no sea necesario para el trabajo en un lugar seguro, empaquetado y sellado; preferiblemente en el Consulado alemán. En el caso de que sea necesario un cese de la correspondencia, recibirán un telegrama mío con el texto: “Contrato firmado, Juan”. En ese caso deberán inmediatamente retirar todo el material de sus domicilios o de cualquier otro lugar de almacenamiento. Esta carta debe destruirse inmediatamente. Con un saludo fraternal y Heil Hitler».

Días después, tras constatar que pese al triunfo de la izquierda no habían sufrido ningún tipo de represalia, los responsables de la AO reorganizaron la red. En las

cartas se pasó a hablar en clave comercial para encubrir el verdadero significado de sus mensajes. El 1 de abril, una comunicación enviada desde el cuartel general a todas las secciones locales demuestra que los dirigentes nazis estaban al tanto de los planes golpistas que se estaban ultimando. En ella se dice que la izquierda ha ganado mucho poder pero «no podrá mantener sus posiciones. Por esta razón es particularmente necesario para nosotros mandar instrucciones apropiadas a nuestros agentes y clientes para que ellos estén preparados para afrontar cualquier situación».

Tres semanas más tarde el líder de la red, Hans Hellermann, viajó a Alemania para recibir órdenes. Allí fue recibido por Himmler, prueba de la importancia de la misión que desempeñaba en España en aquellos meses previos a la sublevación. A su regreso se produjo la movilización de todas las secciones de la AO y de los 2500 agentes de que disponía en España. En esos días la red incrementó sus contactos con la Falange y con oficiales del Ejército. En sus documentos queda constancia de un súbito e intenso «proceso de adquisición de patatas» que, en realidad, ocultaba la distribución de armas a grupos que se preparaban para participar en el levantamiento.

La mayor parte de estos datos, hallados en 1936 en el cuartel general de la AO en Barcelona, se vieron corroborados por los documentos que los aliados encontraron en Berlín al finalizar la guerra. Tras el análisis de los mismos, la Oficina de Servicios Estratégicos (OSS) de Estados Unidos elaboró una serie de informes en los que sacó a la luz nuevos hechos y extrajo contundentes conclusiones: «Entre el 15 y el 20 de mayo de 1936, Hans Hellermann convocó a los 32 líderes más importantes de los Grupos Locales y Puntos Fuertes de la AO en Barcelona y les dio instrucciones (…) Hellermann ayudó a organizar la Gestapo, la Falange y el alzamiento de Franco en España. Hellermann estaba considerado una de las personas más involucradas en los preparativos de la revolución de Franco»[119].

Tras ser sofocada la rebelión en Barcelona, Hellermann tuvo que huir de España y dirigirse a Berlín. Allí le recibió personalmente Adolf Hitler, que seguía al minuto los acontecimientos bélicos que acababan de comenzar en España.

DE CÓMPLICES A ALIADOS

El fracaso del golpe de Estado y, como consecuencia de ello, el inicio de la guerra, provocaron que las relaciones de Franco con la Alemania nazi pasaran de la complicidad inicial a una férrea y definitiva alianza. Ni él ni el resto de los generales sublevados tenían intención de dar marcha atrás en su asalto al poder. Franco había llegado a Tetuán a bordo del *Dragon Rapide*, una de las primeras cosas que hizo fue reunirse con dos de los responsables locales del Partido Nazi alemán. Se trataba de los jefes de la AO en Tetuán, Johannes Bernhardt, y en Marruecos, Adolf Langenheim. A través de ellos hizo llegar una carta personal a Hitler en la que requería su ayuda militar, en una primera fase, para trasladar sus tropas a la

Península. Una operación vital que se había visto frustrada porque los barcos de la Armada habían permanecido leales a la República. El Führer no solo accedió a su petición sino que decidió doblar el número de aviones que se le solicitaban. Hitler no había contado con la posibilidad de que el golpe en España terminara derivando en una guerra. El inesperado escenario que se abría ante él, sin embargo, le aportaba dos grandes ventajas: por un lado, su indispensable ayuda le permitiría incrementar su influencia y control sobre el bando sublevado; y, por otro, el conflicto bélico le serviría de banco de pruebas para su armamento y sus tropas.

En esos días ya resultaba evidente que si los generales decidían seguir adelante con sus planes el país se vería sumergido en un baño de sangre. Franco era consciente de ello y así lo manifestó en la primera entrevista que concedió a un medio de comunicación internacional. El periodista Jay Allen, del británico *News Chronicle*, narró desde Tetuán su encuentro con el jefe rebelde: «A mi pregunta ¿ahora que el golpe ha fracasado en sus objetivos, por cuánto tiempo seguirá la matanza?, contestó tranquilamente: “No habrá compromiso ni tregua, seguiré preparando mi avance hacia Madrid. Avanzaré —gritó—, tomaré la capital. Salvaré España del marxismo, cueste lo que cueste” (…). ¿Eso significa que tendrá que matar a la mitad de España? El general Franco sacudió la cabeza con sonrisa escéptica, pero dijo: “Repito, cueste lo que cueste”»[120].

A finales de julio llegaron a Tetuán los primeros aviones de transporte alemanes. Todo el operativo fue obra de la Luftwaffe, que con 25 aeronaves estableció un puente aéreo que permitió a los rebeldes trasladar desde África a Jerez y Sevilla entre 2500 y 3000 soldados diarios. El 7 de agosto Johannes Bernhardt requisó el hotel Cristina, en la capital andaluza. Allí un grupo de alemanes, técnicos en comunicaciones, tendieron líneas telefónicas hasta el cuartel general de Franco y Queipo de Llano. Un día después se produjo la llegada de un contingente técnico alemán enviado por Hitler que trabajó con los sublevados en diversas tareas tales como: vigilancia y supervisión de vuelos, radio para los vuelos, suministro de combustible; preparación de las dependencias, mantenimiento, compras, transporte, servicio de teléfono y noticias, taller, labores administrativas de secretaría y contabilidad[121].

El 15 de septiembre de 1936, uno de los corresponsales de *The New York Times* en España informaba desde Extremadura de las razones por las que la guerra seguía adelante: «El éxito de los rebeldes ha sido posible por un único factor: el servicio de transporte aéreo alemán de que dispone el general Franco. El secreto es que Cáceres se ha convertido en una gigantesca base aérea que está inundada de aviadores alemanes»[122].

Tras el decisivo impulso inicial, la ayuda logística, política y militar no hizo más que crecer durante todo el desarrollo de la guerra y resultó fundamental para el desenlace final. Franco era consciente de ello y así lo reflejó en el telegrama que envió a Hitler tras la derrota republicana: «En el Día de la Victoria, España entera se

une conmigo en el recuerdo al pueblo alemán y a su Führer que tantas pruebas nos dio de afecto en los días duros de la guerra»[123]. En ese momento Hitler era un hombre feliz. Había cumplido todos sus objetivos: acabar con una España democrática que suponía un escollo para sus planes bélicos, extender su control e influencia sobre el recién nacido régimen español y, por último, testar todo su arsenal militar.

Durante la guerra que acababa de terminar, Franco y Hitler también habían coincidido en los métodos para acabar con los enemigos. Los militares alemanes que actuaban como asesores del ejército sublevado llegaron, sin embargo, a escandalizarse ante las ejecuciones masivas y la crueldad ejercida sobre los vencidos. Roland von Strunk, uno de los miembros de las SS que operaba como oficial de enlace con los generales franquistas, se lo confesó en pleno campo de batalla al corresponsal del *New York Herald Tribune*: «El capitán Strunk me dijo que en dos ocasiones había protestado personalmente ante Franco y que este realizó un desmentido *pro forma*. La respuesta de Franco fue la misma en ambas ocasiones. Franco dijo con una sonrisa cómplice: “Este tipo de cosas no pueden ser verdad. Usted tiene datos erróneos, capitán Strunk”»[124]. Según el testimonio de varios periodistas extranjeros que cubrían la guerra, los escrúpulos de los oficiales nazis no obedecían tanto a razones humanitarias como de puro pragmatismo: creían que los prisioneros eran más útiles trabajando en la reconstrucción del país que muertos y enterrados en una fosa común.

Más allá de estas diferencias puntuales, España imitó el modelo represivo nazi. Si en Alemania se levantó el primer campo de concentración en 1933, la España sublevada lo hizo en 1937. Desde ese momento su número fue creciendo y extendiéndose por el territorio que iba siendo conquistado a la República. Los historiadores estiman que cerca de medio millón de prisioneros pasaron por los más de 180 campos de concentración que se establecieron en España. No contaban con cámaras de gas ni crematorios, pero sí guardaban similitudes con los gestionados por los nazis[125]. Las condiciones de vida eran inhumanas, la comida insuficiente, los malos tratos cotidianos y la amenaza de la muerte planeaba constantemente sobre los internos. Los prisioneros eran sometidos, además, a un trabajo esclavo que sirvió para construir infraestructuras y realizar obras faraónicas por toda España. Otra similitud, casual o no, es que los delincuentes comunes ejercían como *kapos* y, por tanto, mandaban sobre los presos políticos.

Madrid y Berlín fueron de la mano en el sistema represivo y también en el político e ideológico. En marzo de 1939 el régimen franquista se sumó al gran acuerdo anticomunista suscrito por Alemania, Japón e Italia. En el llamado pacto Antikomintern se establecía «el intercambio de información sobre actividades de la Internacional Comunista» y se acordaba tomar «rigurosas medidas» en contra de quienes dentro o fuera trabajasen «directa o indirectamente» con ella. España estaba ahí, desde el principio, junto a las tres naciones totalitarias que desencadenarían poco

después la Segunda Guerra Mundial.

LA FALSA NO BELIGERANCIA

Un mes después de que la Wehrmacht se lanzara a la conquista de Francia, el Gobierno franquista cambió el estatus de España en la guerra, pasando de la neutralidad a la «no beligerancia». Se trataba de una muestra clara de su apoyo al Eje y una declaración de intenciones de cara a su inminente entrada en el conflicto bélico. Solo dos días después, el 14 de junio de 1940, el Ejército franquista invadió el protectorado internacional de Tánger, tutelado hasta ese momento por británicos, franceses y españoles. Franco obtuvo así el primer rédito de su cercanía al nuevo amo de Europa.

En esos días llamó a la puerta del dictador español un viejo conocido y gran amigo: el mariscal Philippe Pétain. El que fuera primer embajador francés ante la España franquista se había hecho con el poder en Francia en plena invasión alemana. A la una de la madrugada del 17 de junio, el ya primer ministro francés hizo llamar al embajador español, José de Lequerica. Junto a su ministro de Asuntos Exteriores, Pétain pidió al diplomático que transmitiera un mensaje a Franco: quería que aprovechara su estrecha relación con Hitler para trasladarle el deseo de Francia de rendirse y firmar un acuerdo de paz. La gestión dio sus frutos y el 22 de junio alemanes y franceses suscribían el armisticio[126].

Es en ese momento cuando los miles de españoles enrolados en el Ejército galo fueron capturados por la Wehrmacht. Y fue también en este periodo de idilio político y militar entre Franco, Hitler y Pétain cuando se produjeron las primeras deportaciones a los campos de concentración nazis. El «Generalísimo» estaba decidido a aprovecharse de su privilegiada posición en el nuevo escenario que se abría en Europa. Y lo hizo para todo menos para ayudar a sus compatriotas, que morirían entre las alambradas de Mauthausen.

Franco entregó la política exterior a su cuñado y ministro de la Gobernación, Ramón Serrano Suñer. Convencido fascista, admirador de Hitler y del régimen nazi, era el perfecto interlocutor para una España que se preparaba para entrar en la guerra junto a sus aliados alemanes e italianos. Ese compromiso de abandonar la «no beligerancia» se lo trasladó personalmente a Hitler en la visita que hizo a Berlín en septiembre de 1940. Tras el encuentro, Serrano Suñer también lo proclamó públicamente en una entrevista concedida al diario nazi *Völkischer Beobachter*: «No estamos en guerra pero nuestra línea de acción no puede ser considerada como indiferente. Tenemos en España ahora un Gobierno que dará la orden para la acción en el momento oportuno»[127].

Solo un mes más tarde, Serrano Suñer fue reforzado por Franco al entregarle

también la cartera de ministro de Asuntos Exteriores. Investido de plenos poderes, el «cuñadísimo» recibió con todos los honores a Himmler en Barcelona y organizó el encuentro entre Franco y Hitler, que se celebró en Hendaya el 23 de octubre. Una reunión que debía ser decisiva para la entrada de España en la guerra.

Historiadores como Paul Preston han documentado exhaustivamente lo ocurrido en esa reunión y el deseo del régimen franquista de participar en el conflicto junto a sus aliados del Eje. Así quedó reflejado en el protocolo secreto que se firmó tras el encuentro y cuya copia española fue destruida, años más tarde, por orden personal de Franco. En el documento firmado por Alemania, Italia y España se decía: «En cumplimiento de sus obligaciones como aliada, España intervendrá en la presente guerra al lado de las Potencias del Eje contra Inglaterra, una vez que la hayan provisto de la ayuda militar necesaria para su preparación militar, en el momento en que se fije de común acuerdo por las tres Potencias, tomando en cuenta los preparativos militares que deban ser decididos».

Si finalmente no se produjo ese hecho fue por un cúmulo de razones e intereses cruzados que, en ese momento, jugaron en contra de los deseos de Franco. Tres fueron los factores principales que mantuvieron a España fuera de la guerra en este periodo.

El primero de ellos fue la falta de interés inicial de Hitler. El Führer conocía el calamitoso estado en que se encontraba España en general y su ejército en particular. Por ello daba un valor mínimo a su participación activa en el conflicto. Lo fundamental para él era que el estratégico territorio de la Península estaba en manos amigas. Sabía, por tanto, que no necesitaba que España entrara en la guerra para contar con sus materias primas y utilizar su territorio como base para sus agentes, sus aviones, sus barcos y sus submarinos.

El segundo elemento está estrechamente relacionado con el anterior. Franco tenía que sacar una tajada lo suficientemente grande como para justificar el sufrimiento que iba a representar para el país lanzarse a una nueva guerra. Sus peticiones a Hitler se podían resumir en dos: suministro de armas, alimentos y otras materias primas, por un lado, y conquistas coloniales en el norte de África, por el otro. En ambos casos, y especialmente en el segundo, el precio era demasiado para un Hitler que no estaba especialmente necesitado del concurso español en su triunfante campaña bélica. Conceder a Franco más territorios africanos supondría una mayor humillación para la Francia colaboracionista de Pétain, a la que deseaba mantener como aliada. Italia también veía a España como un rival a la hora del reparto que se suponía que se iba a producir tras la victoria final. Mussolini prefería ser el único compañero de armas de Hitler en Europa y, por ello, trató de convencerle de la inutilidad de la participación española.

El tercer factor que pesó, aunque en menor medida, fueron las discrepancias en el seno del propio régimen franquista. Recientemente ha podido documentarse que numerosos generales y políticos que trabajaron para evitar la entrada de España en la

guerra no lo hicieron ni por el interés del país ni por motivos ideológicos; sencillamente, fueron sobornados por el espionaje británico. El servicio de inteligencia del Reino Unido gastó el equivalente a 200 millones de dólares[128] en pagar a Nicolás Franco, hermano del «Generalísimo», y a generales tan conocidos como Aranda, Varela, Queipo de Llano, Orgaz y Kindelán. Según los documentos, desclasificados en 2013 por el Gobierno británico, el M16 creía tener garantizado que si finalmente Franco decidía, pese a todo, seguir adelante con sus planes, los generales sobornados darían un golpe de Estado. Esta «certeza» y, en conjunto, la eficacia real que tuvo esta operación autorizada personalmente por Churchill, es más que discutible. Serrano Suñer, en esos instantes, contaba con el respaldo absoluto de Franco para meter a España en la guerra.

Mientras llegaba ese momento, el régimen franquista apoyó decididamente a Alemania. Cedió los puertos y aeropuertos a su ejército; le suministró materias primas, especialmente el wolframio que tanto necesitaba su industria; permitió que el país se llenara de agentes de la Gestapo que disponían de sedes propias en las oficinas de la policía española; utilizó sus embajadas en los países aliados como verdaderos centros de espionaje al servicio de Berlín… En definitiva, el Gobierno de Franco se dedicó a seguir las órdenes de Hitler y a cumplir las necesidades que le iban surgiendo en el curso de la guerra.

En los documentos oficiales de la época se refleja claramente quiénes eran los aliados y quiénes los enemigos de España. El propio Serrano Suñer lo expresó sin reservas en una orden en la que recortaba los derechos de los diplomáticos de las naciones que habían sido invadidas por Alemania: «En manera alguna se concederán autorizaciones para nuevos funcionarios de cualquiera de estos países y se deberán restringir hasta el máximo las prerrogativas y facilidades de aquellos diplomáticos que, en muchísimos casos, suelen utilizarse en servicio de la causa del enemigo de España y en contra de los países de Eje»[129].

Tras la invasión de la Unión Soviética en junio de 1941, el régimen franquista decidió dar un paso más y enviar tropas a combatir junto al Ejército alemán. Los cerca de 50 000 hombres que sirvieron en la División Azul son solo otra prueba más de la falsa «no beligerancia» española. Serrano Suñer volvió a Berlín en el mes de noviembre para firmar la renovación del tratado anticomunista, el pacto Antikomintern. España continuaba en la estela del Eje, pero Hitler seguía sin querer conceder a Franco las contrapartidas que pedía para entrar oficialmente en la guerra. Además, el tiempo había dado la razón al líder nazi: la cooperación española, tropas incluidas, era más que suficiente para seguir adelante con sus planes.

GIRANDO EL TIMÓN Y REESCRIBIENDO LA HISTORIA

La entrada de Estados Unidos en la guerra y los problemas de Hitler en el frente

oriental provocaron que Franco comenzara a plantearse la conveniencia de variar su estrategia. El «Generalísimo» seguía convencido de que Alemania saldría victoriosa pero, por si acaso, prefirió suavizar y disimular su apoyo a las naciones del Eje. A finales de 1942 pilotó un paulatino giro dirigido a mejorar sus relaciones con los aliados, que incluyó la destitución del germanófilo Serrano Suñer. Su sucesor, Francisco Gómez-Jordana, continuó, no obstante, actuando como decidido aliado del régimen nazi. Muy significativo resulta el telegrama que envió a los embajadores españoles en Berlín y Vichy, en marzo de 1943: «Paso clandestino frontera Pirineo por personas enemigos Eje adquiere cada día carácter más grave (…). Sírvase V. E. manifestar a esas autoridades necesidad imprescindible de que fuerzas ocupación intensifiquen al máximo vigilancia fronteriza, tanto más fácil de realizar del lado francés que del español por las condiciones del terreno. Para su información y uso discreto, le comunico que el Gobierno llegaría hasta devolver a Francia a quienes a pesar de todo sigan pasando clandestinamente»[130].

La situación cambiaría definitivamente a finales de 1943. La derrota de Alemania comenzaba a parecer cada vez más probable y Franco temía que Hitler le arrastrara en su caída. Por ello, el dictador realizó un paulatino pero decidido cambio de bando para terminar echándose en brazos de los aliados. En octubre de ese año España abandonó su «no beligerancia» y realizó una declaración de neutralidad. Esta decisión fue acompañada de otro gesto, la retirada de la División Azul. El discurso del coronel García Navarro, que mandaba el último grupo de voluntarios españoles en el frente ruso, pone en evidencia las contradicciones a las que se enfrentaba el régimen franquista: «Nuestra Patria está de luto porque se ve obligada, en un azar transitorio de las circunstancias de la guerra, a obedecer a sus propios enemigos; a los que, en la hora actual y en la continuidad de la Historia, nos trataron siempre de herir y de mermar. Es un momento amargo del que solo unos miserables y canallas se pueden alegrar. ¡Que nadie ignore el alcance de este hecho! Se regresa en contra de nuestra voluntad, así como del sentimiento de la mejor parte de nuestro país. ¡España se ve obligada a acceder a la imposición extranjera! (…). Es la imposición de Inglaterra y Estados Unidos, agotando todos los medios a su alcance, la que nos obliga a regresar»[131].

Parecía claro que al dictador español le quedaban dos tareas por delante. La primera era convencer a los aliados de que sería un amigo fiel a partir de ese momento. El miedo a Stalin jugaría a su favor. Norteamericanos y británicos acabarían pensando que, en la Europa de posguerra, era mejor contar en España con un dictador amigo que con una democracia gobernada por la izquierda que pudiera tender lazos con la Unión Soviética.

La segunda misión se antojaba igual de compleja, pero resultaría, muy pronto, igual de exitosa. Franco debía reescribir la historia y lograr que su pueblo fuera el primero en creerse el nuevo relato de los hechos. Para ello contó con el control absoluto de los medios de comunicación. Los directores de los periódicos recibieron

del Gobierno, a finales de 1943, unas instrucciones muy concretas sobre la forma en que debían empezar a informar sobre la marcha de la guerra: «Si hemos de considerar los acontecimientos del mundo con la objetividad y con el realismo necesarios, interesa antes tener en cuenta la actitud de España con igual objetividad. El primer hecho, el más importante y decisivo para este realismo de visión, es que ESPAÑA NO HA ENTRADO EN LA GUERRA. Este hecho manda efectivamente sobre cualquier otra consideración. Y España no ha entrado en la guerra por propia y libre decisión». A partir de este principio, las instrucciones moldeaban a su antojo la realidad histórica: «España no está subordinada a ningún internacionalismo político. Ha resuelto su problema dentro de sus fronteras. Las ayudas recibidas durante la cruzada fueron contra el comunismo, sin significar identidad de programa para cuestiones estrictamente españolas. Durante nuestra cruzada, núcleos muy importantes de países que no son totalitarios —Estados Unidos, Inglaterra, Francia, naciones hispanoamericanas, etc.— expresaron su adhesión fervorosa al caudillo Franco. El Movimiento recibió igualmente la adhesión y el servicio de numerosos españoles destacados, no conocidos por fascistas. Entre ellos se encontraban los intelectuales de mayor prestigio que militaron en el campo de la República y manifestaron su repulsa a lo que ocurría en la zona roja. España mantiene relaciones con los países en guerra. Especialmente son cordiales con los países hispanoamericanos, muchos de los cuales se alinean al lado de los aliados. Una guerra ofrece siempre dos posibilidades: la de ganar o la de perder. El que entra en una guerra lo sabe y se atiene a esta ley. Si gana obtiene ventajas, si pierde sufre las consecuencias de su derrota. Lo que no puede ocurrir es la suerte de perder sin la suerte de ganar, y por ello sería canallesco vincular la suerte de un país a la de una guerra en la cual no participa por propia y espontánea decisión. ESPAÑA NO ESTÁ EN GUERRA»[132].

Esta fue la verdad oficial que se mantuvo durante los siguientes años y que, todavía hoy, algunos historiadores franquistas tratan de defender. En ella se dibuja la imagen de un dictador hábil, que utilizó mil y una estrategias para mantener a España fuera de la guerra. Se habla de un país neutral que incluso ayudó más al bando aliado que al Eje. Los hechos y los documentos, como hemos visto, desmienten categóricamente esa versión.

El propio Gobierno franquista, tras imponer el cambio en el discurso oficial, realizó un informe muy esclarecedor. En él se analizaba la reacción que había provocado en el seno del régimen el giro de 180 grados que se había dado respecto al antiguo aliado nazi: «En el sector falangista más exaltado y entre los más seguros del triunfo alemán, las nuevas directrices se juzgan pesimistas y como causa de que Alemania pierda en el futuro toda la confianza en los dirigentes del partido español. Sectores más templados del mismo Partido estiman que tales consignas serán sin duda fruto de circunstancias estudiadas y meditadas por el Mando; pero que por consecuencia política elemental, los dirigentes del Partido y de la Propaganda, ante el fracaso de su anterior orientación, que tan expresamente rectifican las nuevas normas,

debieran pedir ser sustituidos y que otros menos significados hubieran llevado a cabo la rectificación (…)»[133].

El propio régimen hablaba claramente de rectificación y reconocía el desconcierto que provocaba el cambio de bando. Franco personalmente le decía al embajador alemán en Madrid, en abril de 1944, que «el momento de entrar nosotros en la guerra ya pasó»[134]. Solo a partir de este instante y por los motivos interesados que ya conocemos, el Gobierno franquista realizaría gestiones para interesarse por la suerte de algunos grupos de judíos. Ni siquiera entonces dedicó ni un minuto de su tiempo a pensar en los miles de españoles que seguían tratando de sobrevivir en los campos de concentración alemanes.

4

Gusen, el matadero de Mauthausen

> «Gusen era el infierno, mucho peor que Mauthausen. Nos pegaban a todas horas. Yo cogí el tifus y no me fue nada bien porque en la enfermería no te atendían. Lo único que hacían era poner inyecciones de gasolina en el corazón».
>
> ELÍAS GONZÁLEZ PEÑA
> Prisionero n.º 9314 del campo de concentración de Gusen

El *revier* o la eliminación directa no eran los únicos destinos para los prisioneros enfermos y débiles. Los SS contaban con un matadero muy especial: el subcampo de Gusen, ubicado a cinco kilómetros del campo central. José Marfil apenas duró dos meses en Mauthausen: «Me mandaron a Gusen porque cogí la sarna. Yo estaba completamente cubierto de piojos, como muchos otros compañeros. Muy pronto empezamos a enfermar y en una revisión me encontraron los granitos y me clasificaron como “sarnoso”. Me rociaron con azufre y al poco tiempo… ¡Alé!, a Gusen, que allí le matarán más pronto».

Gusen comenzó a construirse en otoño de 1939 y recibió a los primeros internos alemanes y austriacos en marzo de 1940. Su emplazamiento era ideal para explotar a los reclusos, ya que se encontraba junto a una gran fábrica de ladrillos y tres canteras, entre las que destacaba la muy productiva de Kastenhofen. Administrativa y jerárquicamente Gusen dependía de Mauthausen, aunque en la práctica funcionaba como un campo completamente autónomo. Contaba con su propio registro de entradas, de defunciones e incluso los prisioneros recibían un número de identificación diferente del que habían obtenido en el «campo madre». Al igual que este, iría creciendo en tamaño y ya en 1944 se abrirían otros dos subcampos, Gusen II y Gusen III.

Durante el verano de 1940 llegaron miles de prisioneros desde Polonia, por lo que el lugar empezó a ser conocido como «el campo de los polacos». El comandante, Karl Chmielewski, les recibió con una frase bien elocuente: «Nunca volveréis a ver Polonia». No se trataba de una amenaza vacía, en palabras de la historiadora austriaca Martha Gammer: «Gusen fue todavía mucho peor que el campo central. Gusen era el

infierno dentro de los infiernos»[135].

Los españoles no tuvieron noticias de su existencia hasta el 24 de enero de 1941. Ese día, un viernes que se presentaba como una jornada más de sufrimiento en Mauthausen, los SS realizaron la primera gran selección entre los prisioneros. El objetivo era hacer hueco para los dos grandes convoyes de republicanos que iban a llegar durante las siguientes 48 horas. Los oficiales nazis agruparon a los enfermos e inválidos en un extremo del campo. Después formaron al resto de los deportados para completar el cupo, cercano al millar, eligiendo entre los sanos a los hombres de mayor edad. El pánico y el desconcierto se desató entre los presos españoles. Nadie sabía exactamente a dónde trasladarían a los elegidos y comenzaron a circular todo tipo de teorías. Unos pensaban que el destino era una muerte segura, mientras otros se agarraban a la esperanza de que los nazis, siempre necesitados de mano de obra, les enviarían a un sanatorio en el que podrían recuperarse lo suficiente para volver a trabajar.

Un pequeño grupo de jóvenes españoles sufría mucho más que cualquiera de sus compañeros. Ellos no temían ser seleccionados; su preocupación se centraba en sus padres, que ya superaban los cuarenta años, una edad muy poco recomendable en Mauthausen.

Hasta ese momento ya habían vivido el martirio añadido de compartir cautiverio con sus progenitores y, en algunos casos, también con sus hermanos. Para José Alcubierre fueron los meses más terribles de su reclusión. «Yo tenía una admiración especial por mi padre. Esos meses junto a él fueron los más duros, moralmente fueron los peores. Yo le veía cada día subir de la cantera agotado, con la edad que tenía, agotado… Y cuando llovía le veía empapado, calado hasta los huesos. Yo le preguntaba: “Papá, ¿estás cansado?”. Y él, que era muy baturro, siempre me decía que no. “Papá, ¿cambiamos la camisa?”. Y él me contestaba: “¡No! Yo estoy bien y tú también estás bien así”. Pero yo le veía empapado y agotado y eso me hundía completamente».

Ramiro Santisteban, junto a su padre, Nicasio, y su hermano Manuel, habían tratado en todo momento de no trabajar juntos. «Así, si maltrataban a uno, no corríamos el riesgo de salir a defenderle, lo que podía resultar fatal. Ojos que no ven…». No obstante, cuando formaban, él y su hermano no podían evitar ver los abusos que cometían con su padre: «Eso es lo peor que ha podido existir. Porque ves que maltratan a tu padre al lado tuyo y no puedes hacer nada. Si intervenías, aún podía ser peor. Lo más horrible que podía ocurrir en un sitio como Mauthausen era estar con otro miembro de la familia. Yo trataba de ayudarle en todo lo que podía, aunque había veces que era imposible. No sé por qué razón el jefe de la barraca la había tomado con él. Cualquier disculpa era buena para pegarle. Una vez que no llevaba bien puesta la gorra, cuando estábamos formados, el *kapo* se llevó a mi padre al lavabo, le metió una ducha de agua fría y le dio una buena paliza. Mi hermano y yo quisimos entrar pero era lo peor que podríamos haber hecho. Fueron los compañeros

los que nos detuvieron: “¡No te muevas, no te muevas!”. Cuando oyes los palos… no es agradable», concluye Ramiro con voz temblorosa.

Félix Quesada tampoco ha olvidado el momento en que vio a su padre, Ciriaco, deformado tras una terrible paliza: «Se levantó para besarme. Cuando le vi, me dio un asco terrible: parecía un sapo, la cara toda hinchada en sangre, casi no se le veían los ojos. Y en vez de ir hacia él, di un paso atrás. Él bajó la cara y empezó a llorar. Y eso no me lo he perdonado en la vida»[136].

Ese sufrimiento compartido se multiplicó por mil durante esa gélida mañana de enero de 1941 en que se produjo la gran selección. Salvo en el caso de Ramiro Santisteban, los peores presagios se cumplieron y los padres de José Alcubierre, Félix Quesada y muchos otros fueron sacados de la formación. Los chavales ignoraron las amenazas de los SS y corrieron a lanzarse en sus brazos. «Me tiré a él —recuerda José Alcubierre—. Nos agarramos los dos, nos estrechamos muy fuerte. Y cuando vi que dos SS venían a por mí, le dije: “Papá tenemos que separarnos, me tengo que marchar porque los SS vienen para separarnos”. Me dijo: “Sí, tú cuídate mucho, mi hijo”. Yo le contesté: “¡No! ¡Cuídate tú papá, yo me cuidaré, pero tú cuídate mucho!”». Alcubierre tiene que parar unos segundos su narración para recuperar el sosiego. «Y se marchó, lo vi marchar… se acabó. Y nunca más vi a mi padre».

Félix Quesada, Jesús Tello y Elías González tuvieron más «suerte» que José. Los tres se obstinaron tanto en permanecer junto a sus padres, que los SS decidieron incluirles en el grupo de seleccionados: «Quería estar con mi padre. Así que me fui con él», resume lacónicamente Elías. Ni siquiera se planteó el riesgo para su propia vida que suponía esa decisión[137].

Tampoco se lo pensó Jacinto Cortés, que se negó a separarse de su padre, Francisco, y de su hermano José, seleccionado debido a la invalidez que le había ocasionado perder una pierna durante la guerra[138].

Tras las nuevas incorporaciones, el grupo partió a pie hacia Gusen dejando vacías las barracas necesarias para acoger a los nuevos deportados. Los jóvenes se sentían momentáneamente felices por seguir al lado de sus padres. Aún no sabían que, en la mayoría de los casos, solo les serviría para ser testigos de su muerte.

VOLUNTARIOS PARA EL «SANATORIO»

Quienes quedaron en el campo central albergaban serias dudas sobre la suerte de sus compañeros. La idea de que no podía haber nada peor que Mauthausen estaba tan extendida, que los SS no tuvieron problemas para completar con voluntarios los siguientes cargamentos de enfermos y débiles que enviaban hacia Gusen.

Eduardo Escot trató de convencer a su paisano Cristóbal Raya para que no se marchara: «Me decía que, si bien en Gusen se comía igual de poco que en Mauthausen, allí no se trabajaba. No olvidaré cuando se despidió de mí y me dijo:

“Bueno Eduardo, a ver quién es el primero que vuelve a ver nuestro querido pueblo de Olvera”. Yo le respondí: “Quizá ninguno de los dos”». Solo Escot logró regresar, 50 años después, a Olvera.

En marzo de 1941, Cristóbal Soriano tenía un motivo de peso para apuntarse voluntariamente a la expedición que se preparaba para partir hacia Gusen. Quería seguir los pasos a su hermano José, que había sido trasladado allí el mes anterior. Cristóbal sabía que José tenía muy pocas posibilidades de sobrevivir porque arrastraba las secuelas dejadas por una bala recibida en el brazo mientras combatía a los nazis en la Legión Extranjera: «Yo busqué la forma de ir a Gusen y sí, sí, tuve suerte. El que se encargaba de hacer la lista me dijo: “Vas a hacer una gran tontería, pero, en fin, si tienes un hermano allí, quizá merezca la pena”. Anotó mi nombre, fui a Gusen y encontré a mi hermano». Cristóbal logró cuidar de él durante nueve meses más, aunque no pudo evitar que finalmente fuera trasladado y gaseado en el castillo de Hartheim.

La esperanza de un futuro mejor y, sobre todo, la obsesión por salir del infierno que padecían en Mauthausen llevó a varios republicanos a extremos inimaginables. Simularon cojeras y todo tipo de dolencias para ser seleccionados por los SS. Así, lograron su objetivo sin saber que se estaban metiendo en la boca del lobo.

Hubo otros españoles que no lograron cumplir su deseo de marcharse al «sanatorio» de Gusen. Alfonso Maeso fue uno de ellos: «Nos dijeron que se admitían voluntarios para ir a Gusen, aunque, en el caso de que nadie se decidiera, 50 o 60 españoles serían elegidos a la fuerza. Confundidos como estábamos, en aquel momento me cuestioné si no sería aquel lugar mejor que este y, sin pensarlo dos veces y sin haber hallado aún respuesta a mi pregunta, decidí ofrecerme voluntario. Fue otro, un asturiano al que nunca olvidaré, quien pensó por mí. Me desmarqué de mis compañeros y pasé a formar parte de la ya nutrida columna de presos que, ignorantes como yo, ofrecían a la humanidad uno de sus últimos desfiles, tal vez el definitivo. Nada más llegar a la fila, recibí un fuerte golpe, del que tardé unos segundos en recuperarme. Cuando lo hice, me di cuenta de que la bofetada no procedía del oficial al que esperábamos y que para mi suerte aún no había llegado, sino del asturiano, quien, sin darme tiempo a reaccionar, tiró de mí y me devolvió a la formación original. Aquel gesto, que entonces entendí como una agresión intolerable, en realidad me salvó la vida. El asturiano arriesgó la suya propia, ya que podría haber sido descubierto por el SS. Pero no lo entendí hasta que aquel hombre de bien, que no tendría más de 30 años, me explicó la realidad de Gusen».

En el caso de Luis Estañ, la bofetada salvadora se la dio uno de los *kapos* al que, no sabe muy bien por qué, había caído en gracia: «A los más demacrados se los llevaban a otro campo. Creíamos que peor que aquí no se podía estar en ningún sitio. Yo también estaba muy delgado pero no me sacaron, así que me ofrecí voluntario. El secretario de la barraca, que era muy culto y buena persona, cuando iba tomando los números y llegó a mí me dio una bofetada y me mandó para atrás. Yo me volví a

poner en la fila y, cuando me tocó, me golpeó nuevamente. Cuando pasó todo aquello me dijo: “¿Tú sabes dónde van ellos? Van a Gusen, porque aquí no podemos matar tanta gente. De todos estos que van para allá, dentro de unos días solo quedarán con vida dos o tres”».

Hacia finales de 1941, llegaron a Mauthausen las primeras noticias sobre lo que realmente les esperaba a los «inquilinos» de Gusen. Desde ese momento dejó de haber voluntarios y los seleccionados trataban de evitar su destino con los escasos medios a su alcance.

Lázaro Nates, junto a su amigo Manuel Gutiérrez, arriesgó la vida para eludir el temido traslado: «Un día nos seleccionaron a mí y al Sardina para ser enviados a Gusen. Sabíamos que allí morían a patadas, así que actuamos de forma un poco inconsciente. Mi amigo me dijo que fuéramos a ver a uno de los SS que estaban a cargo de la selección. Yo le contesté que nos iban a dar un montón de palos, pero al final fuimos. Se quedó muy extrañado porque éramos los primeros en atrevernos a hacer una cosa así. Nos preguntó la razón por la que no queríamos ir a Gusen y le dijimos que nuestros padres estaban en Mauthausen y no queríamos separarnos de ellos. Era mentira, ni el Sardina ni yo teníamos allí a nuestros padres, pero tuvimos suerte y se lo creyó. Era un SS muy peligroso, recuerdo que tenía el látigo en la mano; sin embargo, se echó a reír y le ordenó al jefe de los *kapos* que nos sacara de la lista y metiera a otros dos en nuestro lugar».

Estos casos son excepcionales, puesto que la maquinaria nazi acabó trasladando a Gusen a 5266 prisioneros españoles del total de 7532 deportados que llegaron a Mauthausen. En otras palabras, para siete de cada diez republicanos, Mauthausen solo fue una puerta de acceso hacia el horror aún mayor que les esperaba en Gusen. El balance final es aterrador: 3959 republicanos fueron asesinados allí, lo que significa que tan solo uno de cada cuatro españoles pudo salir con vida del mortífero subcampo[139].

LA VERDADERA CARA DE GUSEN

Enrique Calcerrada partió de Mauthausen en octubre de 1941, y nada más comenzar la marcha a pie de cinco kilómetros se percató de que no se dirigían hacia un lugar de descanso, sino hacia una rápida exterminación: «Íbamos en esa columna unos mil presos, casi todos españoles. El alboroto de la guardia y los aullidos de los perros formaban una diabólica comunión. Aquello era una salsa de patadas, culatazos, mordiscos de perro en las piernas de los más enfermos y débiles, que de mal modo podían seguir la marcha infernal de la columna. Algunos infortunados caían al suelo, impotentes o heridos, dando lugar con ello a nuevos lotes de humillaciones e insultos por parte de los guardianes. Para muchos infelices era el comienzo de su fin; sus cuerpos continuaban el viaje colgados de los hombros de sus camaradas que a duras

penas podían con los suyos propios. Los últimos cientos de metros teníamos que hacerlos apoyándonos los unos en otros, todos empujados por un pelotón de SS que golpeaban y gritaban como diablos enfurecidos (…). Ya estaba casi completa la formación cuando entramos las últimas decenas de la columna, cargados con nuestros moribundos, y fuimos al extremo más alejado a descargar los “fardos”. Excepto una veintena de compañeros que yacían por tierra, algunos de los cuales no se levantaron más, el casi millar de los recién llegados tuvimos que ejecutar por milésima vez la ristra de ejercicios disciplinarios, con sus repetidos *¡Mützen ab!, ¡mützen auf!* ¡Gorros fuera!, ¡gorros puestos!».

Los republicanos españoles se desmoralizaron al confirmar que habían escapado de la sartén para acabar quemándose en el fuego. Eugenio Prats describe lo que sintió en esos momentos: «Cuando llegamos a Gusen y vimos lo que era el campo… En comparación, Mauthausen era un paraíso. Gusen era la muerte inexorable del hombre, era la desolación; aparte de los malos tratos estaba lleno de pulgas, piojos y la sarna era la reina. Así que a los pocos días estábamos cubiertos de ella, llenos de granos; a mí me salió un bulto entre las piernas pero nos encontrábamos sin medicamento alguno»[140].

Aún más deprimente fue la escena que contempló el zamorano Ricardo Rico a su llegada en marzo de 1941: «Nos quedamos asombrados ante los moribundos inválidos del campo. Transportaban sobre mantas a los deportados muertos la noche anterior en un impresionante desfile. Estos muertos eran colocados en los emplazamientos que cada *block* tenía la costumbre de ocupar durante la revista, en la *appelplatz*, extendidos en líneas detrás del personal formado. Luego iban llegando otros *kommandos* con sus respectivos muertos, que eran llevados a hombros o en carro. De esta forma se acumulaban los cadáveres de cada jornada que eran transportados a la plaza y presentados en las tres formaciones de cada día, hasta su ingreso oficial en el crematorio. Así surgió la expresión que circulaba entre los españoles recientemente llegados a Gusen, ¡aquí hasta los muertos forman!»[141].

La historiadora Martha Gammer resume en tres puntos lo que supuso Gusen para los republicanos españoles: «Primero, para los españoles fue una sentencia de muerte ser enviados a Gusen. Aquí nadie debía sobrevivir más de tres meses porque era un campo de exterminio por el trabajo. Quienes no estaban capacitados para ello eran asesinados con gas, sumergidos en agua helada o fusilados. Segundo, los españoles eran especialmente odiados por ser considerados comunistas. Tercero, sufrieron mucho por el frío. Por eso lo pasaron peor que los soviéticos y los polacos. Muchos enfermaron y fueron exterminados porque no podían trabajar. Lo peor comenzó en noviembre de 1941. La mayoría de los prisioneros españoles murió en Gusen en el invierno del 41 al 42. El clima fue terrible y duro, con temperaturas de menos 25 a menos 29 grados, había hambre y un trabajo durísimo en la cantera de Gusen».

Cristóbal Soriano, que pasó más de cuatro años en este campo, añade otro factor fundamental que contribuyó a la alta mortalidad entre los prisioneros españoles: «Una

de las diferencias con Mauthausen eran los *kapos*. En Gusen eran casi todos polacos, profundamente católicos. Ellos no nos querían porque decían que los españoles habíamos matado a muchos curas». Los republicanos que lograron sobrevivir coinciden en este análisis: los *kapos* eran, al igual que en Mauthausen, unos asesinos natos, pero, además, se habían marcado como objetivo la eliminación de los «rojos españoles».

Este es el panorama al que se tenían que enfrentar los recién llegados: peores condiciones de vida y salubridad, *kapos* y SS aún más despiadados y un trabajo, si cabe, más duro que el que se realizaba en el campo central. Para los deportados había dos lugares especialmente temidos: la cantera Kastenhofen y «el pozo», un enorme agujero en el que construían un gigantesco molino destinado a machacar las piedras. Durante cerca de dos años, desde la llegada de los primeros españoles en enero de 1941 hasta finales de 1942, los *kommandos* de trabajo cambiaban su composición diariamente. Eso significaba que el prisionero se levantaba, cada jornada, sin conocer cuál sería su tarea y de qué *kapo* dependería su vida o su muerte.

Cristóbal Soriano explica esa primera tortura por la que tenían que pasar, una mañana sí y otra también: «Tras el recuento matinal, formábamos por barracas. Un compañero te decía: “El cabo aquel es mejor que el otro” y, claro, todos queríamos ir a trabajar con el que nos habían dicho que era mejor. Y como se juntaba más gente de la necesaria, pues garrotazo va y garrotazo viene. Y había muchos muertos».

A José Marfil le duele recordar las escenas de las que era testigo y víctima cada día: «Si bien todos los *kapos* eran peligrosos, había unos cuantos que eran un poco menos crueles. Queríamos ir con ellos pero si necesitaban doscientos hombres, pues contaban doscientos y, el resto, ¡fuera! Entonces los que sobraban corrían hacia otros *kommandos* menos malos, y como todos hacíamos lo mismo, nos encontrábamos siempre peleando».

Ricardo Rico describe con mayor detalle esta batalla en la que los SS se regocijaban viendo a los prisioneros enfrentarse los unos contra los otros: «La lucha era desesperada por incorporarse a las formaciones de trabajo consideradas como mejores, dejando vacías las otras, como las canteras y sobre todo “el pozo”. Para impedirlo, estaban allí los *kapos* y los SS. Con estacas, gomas llenas de arena, mangos de picos y otros artefactos “cortaban” aquellos racimos humanos que se aferraban, como náufragos a una tabla, a estas formaciones donde creían salvarse. Al final les arrancaban de estos grupos considerados completos y estos hombres eran incorporados a fuerza de palos y golpes a los peores *kommandos*. Los deportados que habían sido cogidos para “el pozo” salían de las filas, escapándose en un intento supremo de salvar su vida. Después de ser perseguidos por un enjambre de *kapos* y salvajemente golpeados por estos, quedaban muchos de ellos tendidos por tierra, para ser más tarde eliminados en el interior del campo. Otros salían hacia el trabajo en una situación físicamente desastrosa. Era sobre todo esta caza al hombre, a una gran escala, la que transformaba la plaza del campo en un campo de batalla».

Agotados y, en muchos casos, gravemente heridos, los prisioneros de Gusen salían, finalmente, para enfrentarse a doce horas de duro trabajo. Los más afortunados trabajaban en la construcción del campo que, como ocurría en Mauthausen, fue levantado por los propios internos. Quienes no habían logrado colarse en los *kommandos* más benévolos, acababan en «el pozo» o, como le sucedió a Jacint Carrió, en la cantera: «Aquel primer día fui a parar a Kastenhofen. Mientras unos separaban piedras, los otros las cargaban. Buena parte de la producción iba a parar al mismo campo, donde otros *kommandos* levantaban el muro que rodeaba toda la instalación. Los *kapos* organizaban el trabajo. Los nuevos nos quedamos cargando vagonetas. El trabajo era agotador: había piedras que no podíamos levantarlas entre tres. Lo mejor era coger una pala y no dejarla, simulando que trabajabas. La supervivencia dependía de la propia capacidad de dejar pasar las horas haciendo el mínimo esfuerzo. Nuestra obsesión principal era apuntarse a un grupo que hiciera el trabajo soportable».

En la cantera Kastenhofen de Gusen se repetían escenas ya vividas por muchos republicanos en la Wiener Graben de Mauthausen: los SS golpeaban, en ocasiones hasta la muerte, a aquellos reclusos que portaban piedras demasiado pequeñas. Ricardo Rico no ha podido olvidar la crueldad de los *kapos* que dirigían los trabajos: «A uno le llamaban el Tigre por su ferocidad y ensañamiento en la exterminación de los que trabajaban en su sector. Llegó a hacer apuestas con otros *kapos* para ver quién era capaz de liquidar más presos en la jornada. Solo en un día le ganó de esta forma 250 cigarrillos al Largo (…). El Largo controlaba una de las zonas de la cantera y mataba a los presos que caían al suelo lanzándoles piedras sobre sus cabezas». Rico vio también como los SS obligaban a los presos a matar a sus compañeros: «Al bajar la pendiente de la cantera, la piedra rodaba cayendo sobre la cabeza de uno de los que iba delante. Los SS y los *kapos* le acababan de matar a culatazos y palos; y a veces levantando la piedra y dejándola caer sobre su cabeza. También obligaban a sus propios compañeros a hacer esta misma operación».

Existen menos testigos que puedan contar lo que sucedía en «el pozo», el otro *kommando* de la muerte. Rico pudo ver lo que ocurría en él desde el tejado de una barraca en cuya construcción estaba trabajando. En esa época, los presos ya habían hecho un gran agujero de unos quince metros de profundidad, donde se asentarían los cimientos del molino de piedra. Tenían que bajar con parihuelas hasta el fondo donde cargaban rocas y arena y, después, volver a subir el empinado terraplén: «En las pendientes de bajada y subida por el lado opuesto del pozo había dos filas de *kapos* que, estacas en mano, formaban una especie de pasillo. Estaban acompañados por algunos SS pues era día de ofensiva[142]. El personal del *kommando*, llevando cada dos hombres una parihuela vacía, tenía que pasar entre estas dos filas de asesinos que descargaban sobre ellos golpes a voluntad. Bajaban apresuradamente, resbalando y cayendo, la pendiente. Al llegar a la plataforma del fondo, los equipos de carga les llenaban las parihuelas mantenidas siempre en las manos. Una vez cargados tenían

que subir la pendiente, lo cual exigía un enorme esfuerzo pues había que evitar a toda costa que la tierra cayera, lo cual daba motivo a palizas especiales. Seguidamente salir del hoyo y, siempre a una velocidad intensa, vaciar la tierra en el montón y volver a empezar el proceso. El deportado que caía al suelo, extenuado, era apaleado aún más intensamente por otro equipo de criminales especializados que lo dejaba ya fuera de combate».

Uno de los pocos españoles, por no decir el único, que sobrevivió a esos macabros pasillos que organizaban los *kapos* y los SS en «el pozo», fue José Marfil: «Se nos había atascado una carretilla cargada de piedra y arena en el barro. En ese momento, los SS llegaron armados con porras y formaron un pasillo. Tuvimos que pasar por el medio, recibiendo una ristra de golpes, incapaces de protegernos con nuestros brazos porque teníamos que seguir arrastrando la maldita carretilla. Finalmente, agotados por la fatiga, cubiertos de sangre, vimos a nuestros verdugos satisfechos de sí mismos, haciendo comentarios sobre sus hazañas». Marfil se encontró, meses después, con la sorpresa de que un *kapo* le nombró su ayudante. El primer día en el que ejerció esa responsabilidad fue consciente de que cualquier gesto de humanidad era incompatible con su nuevo cargo: «Tenía bajo mis órdenes a un grupo de veinte prisioneros que debían acarrear piedras desde la cantera hasta el molino de piedra. Yo les dejaba que cogieran las de un tamaño inferior y que caminaran lentamente. Nos topamos con un SS que se sorprendió al ver la escena, les quitó las piedras y les obligó a cargar con otras que eran mucho más grandes. Después se dirigió a mí y me pegó un topetazo con el que dejó claro que yo no servía para ser *kapo*».

Al finalizar la jornada, los afortunados que habían ido a parar a los *kommandos* menos duros eran los primeros en llegar al campo. Enrique Calcerrada acababa de ser trasladado desde Mauthausen y contempló la entrada de los prisioneros. Los hombres de los grupos de trabajo tenían buen aspecto, lo que le hizo pensar que quizá Gusen no era un mal lugar. Lo que le pareció raro es que no veía ni a un solo español. Momentos después lo entendió todo, comenzaban a llegar los trabajadores de la cantera y del pozo: «Traían las caras amoratadas, llenas de sangre y pupas, los labios abultados, los ojos hundidos y los pómulos muy salientes. Mi cuerpo empezó a temblar, como si todas mis fuerzas me abandonasen al mismo tiempo, cuando vi que la mayor parte de estos hombres llevaban el triángulo azul en sus ropas, rotas en su mayoría, simples trapos en muchos de ellos. Venían tan desfigurados que no podía reconocer a ningún amigo, compañero o anterior vecino de barraca. A esos grupos que llegaban amontonados, apaleados, pero que todavía entraban por sus pies, seguían otros infelices en peores condiciones aún. Medio descalzos, extenuados, curvados, arrastrando los pies, colgados de otros compañeros que los sostenían para evitar su exterminio, cayéndose en ocasiones, entraban los grupos más castigados de los presos de Gusen. Tras ellos, y para cerrar el cortejo, venía una carreta cargada con cuerpos exánimes, cuyas cabezas, piernas y brazos colgaban por todos los costados,

empujada y tirada por una reata de presos apaleados por unos cuantos cabos. Imposible hacerse una idea de los cuerpos que podía acarrear aquel vehículo infernal».

La cantera Kastenhofen funcionó hasta 1974 y el molino de piedra de Gusen continúa en pie. Ambos pertenecen en la actualidad a una de las empresas que se aprovechó durante toda la guerra del trabajo esclavo de los prisioneros. Solo la construcción del molino se cobró la vida de unos 2000 republicanos españoles, algo más de la mitad de los que murieron en Gusen.

UNA EPIDEMIA TRAS OTRA

«Los domingos los destinaba a la búsqueda y captura de piojos. Una vez tuve la curiosidad de contar los hallados, dándome la modesta cantidad de 225 piezas. Y eso sin poderme permitir el lujo de decir que me había limpiado del todo». El relato de Servídeo García nos da una idea de la situación higiénica y sanitaria en el campo. Si en Mauthausen eran una plaga, en Gusen la presencia de pulgas y piojos fue sencillamente aterradora.

Las condiciones de salubridad llegaron a ser tan lamentables como para inquietar a los propios SS. Las epidemias, especialmente de tifus, diezmaban a los reclusos y, en ocasiones, alcanzaron tales proporciones que afectaron a los soldados alemanes e incluso a la población de las localidades cercanas. En octubre de 1941, un brote de fiebres tifoideas forzó a los responsables del campo a cerrar durante unos días la cantera. Al año siguiente, el mismísimo comandante en jefe de Gusen, Karl Chmielewski, contrajo el tifus. Junto a él enfermaron 200 SS de los que 25 murieron. También fallecieron varios civiles y se tuvieron que decretar periodos de cuarentena en los municipios de Gusen, Langenstein y Frankenberg. Según los datos recopilados por el historiador austriaco Rudolf A. Haunschmied, 6665 presos murieron de enfermedades epidémicas solo en los años 1941 y 1942[143].

Jesús Tello rememora uno de esos brotes: «Murieron muchos muchos. Yo mismo enfermé, me puse a 40 de fiebre o más. Eso fue pasado el verano del 41 más o menos, tal vez un poco más. Uooo, terrible, nos pusieron en cuarentena. Pusieron unos bidones para hacer nuestras necesidades, fíjate que teníamos que subir un tablón hasta el bidón y hacer nuestras necesidades al aire libre»[144]. Jacinto Cortés recuerda que debido a la diarrea «temblaba solo de pensar en la noche. Teníamos que levantarnos muy a menudo. Mi hermano, a pesar de su buena voluntad, no podía levantarse solo y me despertaba para que me lo cargara en la espalda y lo llevara al váter. Solo llevábamos puesta la camisa e íbamos descalzos a través del frío y la lluvia. Prefería ir hasta el váter que hacerlo entre los *blocks*, pues si los *kapos* nos descubrían no podíamos evitar una buena paliza. A menudo cogían a alguien que, con la diarrea, no había tenido tiempo de llegar al váter y se lo hacía encima: se ensañaban con él y

durante el día los *kapos* se lo contaban entre sí para poderle martirizar más»[145].

Epidemias, trabajo inhumano, asesinatos, mala alimentación… El cóctel que los SS prepararon a los internos de Gusen solo podía conducir a un lugar: el crematorio. La esperanza de vida media en el campo apenas superaba los tres meses. El peso medio de los prisioneros entre 1940 y 1942, el único periodo del que hay estadísticas, era de 40 kilos.

ELEGIDOS PARA MORIR

En Gusen los procesos de selección que realizaban los SS eran más frecuentes y letales que en Mauthausen. Los elegidos eran conducidos a barracas donde se les abandonaba hasta que morían de hambre, o bien eran eliminados de forma rápida mediante la famosa inyección de gasolina en el corazón.

José Marfil sentía escalofríos cada vez que veía a los alemanes prepararse para llevar a cabo una nueva purga: «Una selección, para todos los deportados y en todos los campos, era sinónimo de muerte. Rodeado de un grupo de oficiales, el comandante recorría todos los bloques. Se paraba delante de cada preso, le miraba y si le señalaba con el dedo el secretario anotaba su número. Sentíamos pánico mientras se iba aproximando porque sabíamos que, si nos apuntaba, sería la muerte. Los seleccionados eran hacinados en una barraca, rodeada de alambradas y próxima al crematorio. Su ración de comida se reducía a la mitad e iban muriendo de hambre. En una ocasión, cuando el comandante llegó hasta mí, me miró de la cabeza a los pies y ordenó que apuntara mi número. No puedo describir la angustia que sentí. Sin embargo, todavía no sé por qué, el *kapo* de mi barraca intervino en mi favor y dijo: “Aún es joven este hombre, todavía puede trabajar”. El comandante me ordenó que corriera un poco… ¡Yo volé! Me moví tan rápido como pude. Al final el secretario no anotó mi número y salvé la vida. Busqué los ojos del *kapo* y con la mirada le di las gracias por lo que había hecho».

Estas selecciones se cobraron la vida del mayor número de españoles en los meses de noviembre y diciembre de 1941. En ese periodo, según narra Ricardo Rico, los prisioneros eran congregados en la *appelplatz* para agilizar el proceso: «En esa fecha empezaron las grandes escogidas de inválidos que se hacían en la plaza bajo la supervisión de los oficiales SS y el comandante del campo. Con la cifra 1 designaban a los deportados que consideraban aún aptos para el trabajo. Los designados con el número 2 caían inmediatamente entre las manos de una caterva de *kapos* y escribientes que les inscribían en las listas de inválidos. Les marcaban su número de matrícula en el pecho, con tinta china, cuyo signo para los deportados significaba su próxima entrada en el crematorio. A partir de ese momento, estos hombres se consideraban ya como muertos. Distribuían entre sus amigos o conocidos las prendas mejores que poseían: gorro, chaqueta, calzado… A cambio recibían otros más usados,

pues como iban al crematorio ya no tendrían necesidad de nada. Seguidamente eran conducidos a las barracas 31 y 32, donde un personal de represión escogido entre los mismos presos se encargaba de exterminarlos».

Históricamente, Gusen siempre ha permanecido en un segundo plano eclipsado por la triste fama del campo central. Historiadores locales como Martha Gammer o Rudolf A. Haunschmied han dedicado sus vidas a evitar que la historia de las decenas de miles de prisioneros que fallecieron en él quede en el olvido. Haunschmied recuerda que los datos oficiales hablan de un mínimo de 40 000 muertos: «Desconocemos cuántas víctimas fueron exterminadas sin que quedara constancia de ello, pero fueron muchos miles. La cantera de Gusen vio, si cabe, más sufrimiento que la de Mauthausen. Solo en 1943 trabajaban en ella más de 2800 deportados, frente a los 1200 que lo hacían en la del campo central. Gusen fue peor que Mauthausen en muchos aspectos. Sobre todo para el colectivo de republicanos españoles».

Informe responsabilidad franquista (II).

Las deportaciones de españoles a los campos de concentración

Hasta después de la muerte de Franco, nadie pudo pedir explicaciones a los dirigentes del régimen por su responsabilidad en la deportación de los españoles a los campos nazis. Tampoco en ese momento, en el que recuperábamos las libertades, resultó una tarea sencilla. Los pactos que hicieron posible la Transición arrojaron una gruesa capa de impunidad y silencio sobre los crímenes cometidos durante el franquismo. El único testimonio relevante sobre el tema se lo arrancó Montserrat Roig a Ramón Serrano Suñer en junio de 1976. La periodista preguntó al «cuñadísimo» si habló con el ministro de Asuntos Exteriores alemán sobre los españoles que se encontraban internados en los campos. El que fuera mano derecha de Franco durante los primeros años de la Segunda Guerra Mundial, contestó que, en septiembre de 1940, durante su visita a Berlín, «se lo comenté de pasada porque alguien me lo dijo en el avión de ida. Los nazis me dijeron que no eran españoles, sino gente que había combatido contra ellos en Francia». Ante la vaguedad y la inconsistencia de la respuesta, Roig le interpeló sobre los civiles y los niños españoles que fueron deportados desde Angulema en agosto de 1940: «Serrano Suñer me dijo que eso lo ignoraba pero que su preocupación más importante era luchar para que los tanques de Hitler no entraran en España». La periodista no pudo seguir con su conversación. Sin embargo, en solo un minuto, el exministro de Franco había demostrado con sus falsedades el interés que tenía por enterrar el asunto. Llevaba haciéndolo desde finales de 1942, cuando fue defenestrado por su cuñado y tuvo que abandonar el Gobierno. En ese momento Serrano Suñer se llevó a su casa el grueso

de sus archivos oficiales, por lo que hoy únicamente podemos conocer una pequeña parte de la verdad. Se trata, no obstante, de información lo suficientemente clara como para concluir que Franco y los suyos no solo fueron cómplices pasivos, sino que llegaron a decidir quiénes debían morir y quiénes podían abandonar libremente Mauthausen. Los exiliados españoles que acabaron en los campos estuvieron en su punto de mira desde el primer momento. El nuevo régimen siguió sus pasos desde que cruzaron los Pirineos hasta que acabaron en el interior de los hornos crematorios.

VIGILANCIA Y PERSECUCIÓN CONJUNTA

Hitler y Franco interconectaron sus servicios de seguridad antes, incluso, de que finalizara la guerra en España. El comandante en jefe de las SS y de la Gestapo, Heinrich Himmler, fue quien tomó la iniciativa y envió a sus hombres a Burgos para negociar un acuerdo con las autoridades franquistas. El pacto se concretó el 31 de julio de 1938. Ese día, la Dirección General de Seguridad y la Gestapo firmaron un protocolo de actuación conjunta que agilizaba los procesos de extradición y el intercambio de información sobre sus comunes enemigos. El punto más importante del documento quedó redactado así: «La policía alemana y española responderán recíprocamente a las demandas que mutuamente se hagan, sin descuidar las actividades que en el futuro puedan desplegar los emigrados españoles adversarios a la Causa Nacional, repatriados después de la guerra o que se refugien en territorio alemán. La policía alemana y española se harán entrega directa y sistemáticamente, por el medio más rápido, de comunistas, anarquistas y afiliados de otras tendencias peligrosas al Estado». Del protocolo se extraen dos conclusiones: el régimen franquista ya tenía previsto, ocho meses antes de acabar la guerra, centrar sus actividades represivas en los exiliados españoles que huyeran del país; y ya desde ese temprano momento contaba con el apoyo de la policía política alemana para cumplir su objetivo.

Tras la victoria final de los ejércitos de Franco, la embajada y los Consulados españoles en Francia se pusieron manos a la obra; sus edificios se convirtieron en centros de espionaje desde los que se vigilaba permanentemente a quienes habían cruzado los Pirineos. Madrid estaba informado, diariamente, de lo que ocurría en los campos de refugiados en los que se hacinaba medio millón de españoles. En los informes que llegaban al Ministerio de Asuntos Exteriores desde la Embajada en París se advertía del papel que los exiliados iban a jugar en el conflicto mundial que se avecinaba: «Si llega la guerra, desgraciadamente el que quiera enrolarse voluntariamente (en el Ejército francés) podrá hacerlo»[146]. Es evidente, por tanto, que cuando las tropas alemanas invadieron Francia y capturaron a cerca de dos millones de prisioneros, el régimen franquista sabía que entre ellos había numerosos españoles.

En los primeros días de ocupación nazi, la Embajada española en París se movilizó para, en coordinación con la Gestapo, perseguir a los líderes republicanos que se encontraban refugiados en territorio francés. La operación fue dirigida desde Madrid, personalmente, por el propio Ramón Serrano Suñer. El entonces ministro de Gobernación se encargó de elaborar listas negras que hizo llegar a las autoridades francesas y alemanas. La más conocida de ellas es la llamada «Relación de algunos de los principales responsables de los crímenes cometidos durante la dominación roja que están en ignorado paradero». En ella aparecían 209 nombres entre los que se encontraban Azaña, Largo Caballero y Federica Montseny. Serrano Suñer se apoyó en el acuerdo suscrito con la policía política alemana para evitar trabas diplomáticas y agilizar la detención de todos ellos. Quienes no pudieron huir a tiempo, como el presidente de la Generalitat de Catalunya, Lluís Companys, o los exministros republicanos Joan Peiró y Julián Zugazagoitia, fueron detenidos por la Gestapo y enviados a España, donde fueron torturados y ejecutados.

El embajador en París, José Félix de Lequerica, fue uno de los funcionarios del régimen que más disfrutó de la libertad que le daba moverse en un terreno controlado por los agentes de la Alemania nazi y de la Francia colaboracionista de Pétain. Ayudado por falangistas, policías españoles y miembros de la Gestapo, el diplomático lideró la cacería de su enemigo número uno: Manuel Azaña. A pesar de la delicada salud del expresidente de la República, Lequerica preparó una operación para detenerle en su habitación del Hôtel du Midi, en la localidad de Montauban. Los detalles de la misma los plasmó en un informe que remitió a Madrid: «El viernes 1 de noviembre, seis u ocho hombres, con uniformes de la policía francesa, deberán sacar a Azaña de su cama, lo meterán en una ambulancia y esta saldrá inmediatamente rumbo a Hendaya». El plan se frustró porque Azaña entró en coma y murió poco después. Unos días antes se había suicidado su médico personal, Felipe Gómez Pallete. Las razones de su dramático final se las explicó a su amigo, el representante diplomático de México en Francia: «Pocas líneas para decirle adiós. Le había jurado a don Manuel inyectarlo de muerte cuando lo viera en peligro de caer en las garras franquistas. Ahora que lo siento de cerca me falta el valor para hacerlo. No queriendo violar este compromiso, me la aplico yo mismo para adelantarme a su viaje. Dispense este nuevo conflicto que le ocasiona su agradecido, Pallete»[147].

Esta obsesión por capturar a sus «enemigos» marcó la estrategia franquista respecto a los refugiados españoles que se encontraban en la Francia ocupada por los nazis. La suerte que corriera el resto de ellos, entre los que había decenas de miles de ancianos mujeres y niños, no importó lo más mínimo. Esa actitud queda reflejada en la escasa documentación que se conserva de la época. El 9 de julio de 1940, un mes antes de que se iniciaran las deportaciones de los españoles a los campos de concentración nazis, el cónsul en Hendaya envió un telegrama urgente a los ministerios de Asuntos Exteriores y Gobernación. En él pedía instrucciones, ya que un oficial del Ejército alemán se había presentado en la delegación diplomática

española: «Ha preguntado si nos interesa que los numerosos rojos españoles refugiados en aquella región sean concentrados en Campo Bidart. Ruego urgentísima contestación permitiéndome sugerir respecto de ello que, si accedemos a la concentración, nos reclamarán los gastos de subsistencia correspondientes, por lo que tal vez cabría designar nominativamente las personas que ese Ministerio desee sean traídas a España de entre la masa de refugiados, desinteresándonos totalmente del resto». Ese mismo día, Serrano Suñer contestaba a través de uno de sus subsecretarios: «De momento es procedente la concentración en Campo Bidart, para enviar enseguida listas de las personas que se desea vengan a España, y que cuando, en plazo breve, tengamos la certeza de que han sido repatriados todos aquellos que convengan, nos desinteresaríamos de los restantes»[148]. El régimen se desinteresaba oficialmente, ante las autoridades alemanas, del destino que pudieran correr los refugiados.

Paralelamente, Serrano Suñer se encargó también de cerrar la única vía de escape que permanecía abierta en esos críticos momentos. El presidente de México, Lázaro Cárdenas, continuaba siendo el más preocupado por la situación en que se encontraban los exiliados españoles. Cárdenas había logrado pactar con Pétain el traslado de entre 100 000 y 150 000 refugiados a diversas naciones latinoamericanas. Sin embargo, Madrid interfirió desde el principio y obligó a las autoridades alemanas y francesas a poner todo tipo de obstáculos a la salida de los españoles. El régimen franquista prefería que los nazis custodiaran a toda esa enorme masa de hombres, mujeres y niños a los que consideraba peligrosos enemigos. Cuando Pétain rompió el acuerdo de repatriación con México a finales de 1942, apenas 7000 exiliados habían logrado embarcar rumbo hacia América.

INFORMADOS SOBRE LAS DEPORTACIONES

El análisis de la correspondencia que intercambiaron las autoridades nazis y españolas en el segundo semestre de 1940 demuestra que el exterminio de refugiados republicanos pudo haber alcanzado mayores proporciones. Con el ya probado desinterés del régimen franquista, el Gobierno alemán y sus títeres franceses decidieron resolver el problema que les ocasionaban los exiliados españoles.

El 20 de agosto de 1940 se produjo la deportación a Mauthausen de 927 hombres, mujeres y niños españoles que se encontraban en el campo francés de Les Alliers, en las proximidades de Angulema. La metódica forma de actuar del régimen nazi hace difícil creer que no se informara previamente al Gobierno español sobre la organización de este convoy. También sería sorprendente que las autoridades francesas, que colaboraron con los alemanes en la operación, no mantuvieran a España al corriente del tema. Pétain tenía una estrecha relación personal con Franco y con el embajador español, José Félix de Lequerica. Si el mariscal había confiado a

ambos la vital misión de solicitar el armisticio a Hitler, no parece lógico que ahora les ocultara un hecho de esta relevancia que afectaba a casi un millar de españoles.

En cualquier caso, el mismo día en que partió el tren hacia Mauthausen, la Embajada alemana en Madrid se dirigía al Ministerio de Asuntos Exteriores para hacerle el siguiente ofrecimiento: «Rogarle que comunique si el Gobierno español está dispuesto a hacerse cargo de 2000 (dos mil) españoles rojos que actualmente se hallan internados en Angoulême (Francia)»[149]. Una copia de la carta fue enviada al ministro de la Gobernación, Serrano Suñer. No hay constancia de que nadie respondiera a los diplomáticos alemanes.

Cuatro días después, el convoy de Angulema con sus asustados pasajeros llegó al campo de concentración. Los oficiales de las SS se mostraron desconcertados al saber que, en su interior, había hombres, mujeres y niños. En esa época Mauthausen solo estaba preparado para recibir prisioneros varones. Este hecho provocó que el tren permaneciera detenido durante horas en la estación. No existe constancia documental de que se consultara con las autoridades franquistas, pero lo cierto es que se decidió que las mujeres y los pequeños fueran enviados hacia España. Los hombres y los niños mayores de 14 años fueron obligados a bajar de los vagones e internados en el campo. Es muy improbable que los alemanes tomaran esta decisión, que incluía el traslado a España de una parte de los pasajeros, sin hablarlo previamente con sus aliados y amigos españoles.

La forma en que se fueron sucediendo los hechos permite deducir que entre Berlín y Madrid había dos líneas de comunicación diferentes y paralelas. En una de ellas participaban los responsables políticos y de seguridad de cada régimen, Serrano Suñer y Himmler, que eran quienes realmente tomaban las decisiones. Y en la otra se encontraban los respectivos ministerios de Asuntos Exteriores, que trataban de gestionar temas sobre los que no estaban debidamente informados. Quienes protagonizaron la primera línea se encargaron de no dejar huellas documentales de sus actos. Sin embargo, las comunicaciones entre los representantes diplomáticos sí nos permiten conocer más detalles sobre lo ocurrido.

El 28 de agosto la Embajada alemana mandó una nueva nota en la que ampliaba su consulta sobre los «rojos» de Angulema al conjunto de los refugiados españoles: «La Embajada agradecería al Ministerio de Asuntos Exteriores le hiciese saber si el Gobierno español está dispuesto a acoger, además de los 2000 mencionados rojos, a los 100 000 rojos españoles en total que se hallan en los campos de concentración instalados en los territorios franceses ocupados por las tropas alemanas. En caso de que el Gobierno español se negara a ello, esta Embajada agradecería una comunicación referente a lo que el Gobierno español opina sobre el futuro de estos internados, ya que las autoridades alemanas de ocupación se proponen alejar próximamente de Francia a los referidos españoles». Sobre la nota, un alto funcionario de Exteriores escribió a mano: «Pedir información urgente a

Gobernación»[150]. Nuevamente se miraba hacia Serrano Suñer, que parecía ser el único que tenía todas las claves del asunto.

A pesar de la enorme gravedad de esta advertencia, las autoridades franquistas siguieron sin contestar a la Embajada. Ni en esta ocasión ni cuando se recibieron otras dos notas similares en septiembre y octubre. A mano, eso sí, los responsables del Ministerio anotaron: «Esperar respuesta de Gobernación». Pero la contestación nunca llegó.

El 1 de septiembre las mujeres y los niños del convoy de Angulema entraron en España por la frontera de Irún y fueron interrogados por la policía franquista. Los datos que aportaron llegaron también hasta el Ministerio de Asuntos Exteriores. El todavía ministro, Juan Luis Beigbeder, solicitó a su embajador en Berlín que abriera una investigación sobre el tema. En su carta, Beigbeder hizo constar que los pasajeros «desaparecidos» eran «varones mayores de 14 años». La respuesta tardó siete meses en llegar. En ese momento ya se había producido el cambio en el Ministerio y Serrano Suñer acumulaba la cartera de Exteriores y la de Gobernación. Fue a su despacho donde llegó la nota del Gobierno alemán en la que se informaba detalladamente sobre el destino de los hombres y los adolescentes que viajaban en el tren: «Eran rojos con sus familias que habían estado internados en Angulema. Los hombres, que en su tiempo habían tomado parte activa en la lucha contra el Gobierno nacional español y que se encontraban en condiciones de ser internados, fueron llevados al campo de concentración de Mauthausen»[151]. La forma en que Serrano Suñer reaccionó ante esta carta quedó patente en la anotación manuscrita que hizo sobre ella uno de sus ayudantes: «Como no resulta posible averiguar quién solicitó esta gestión y puesto que no parece oportuno hacer nada a favor de los internados, archívese».

A la luz de estos documentos se puede extraer una doble conclusión: el régimen ignoró el ofrecimiento de las autoridades alemanas y, por ello, provocó que los 490 españoles de Angulema acabaran en Mauthausen; más tarde tuvo conocimiento exacto del lugar en que se encontraban, pero no le pareció oportuno hacer nada por ellos.

«SE LES ENVIARÁ A CAMPOS DE CONCENTRACIÓN»

Unos días antes de la llegada a Mauthausen del convoy de Angulema, habían sido internados en ese campo de concentración los primeros españoles procedentes de los *stalags*. En este caso no se trataba de civiles, sino de una pequeña parte de los republicanos enrolados en el Ejército francés que habían sido capturados por los alemanes. El resto, más de 6000, seguía junto a los soldados franceses, holandeses o belgas, en los campos de prisioneros de guerra donde se respetaban las convenciones internacionales.

Todo cambió para ellos con la visita que Serrano Suñer realizó a Berlín entre el 16 y el 25 de septiembre de 1940. En esos días, la mano derecha de Franco mantuvo encuentros con toda la cúpula del Reich, incluido Hitler. En plena temporada de «cacería de rojos» en Francia, Serrano Suñer dedicó todo el tiempo posible a reunirse con los dos máximos responsables del aparato represivo nazi: Heinrich Himmler y su número dos y jefe del Departamento Central de Seguridad del Reich (RSHA), Reinhard Heydrich. Si creemos lo que Serrano Suñer dijo en 1976, en ningún momento habló con ellos sobre lo que debían hacer con los prisioneros españoles. Sin embargo, el mismo día en que el ministro franquista abandonaba Berlín, la RSHA difundió una orden muy específica titulada «Tratamiento en los territorios alemanes y exteriores de los antiguos combatientes rojos españoles». En ella se decía: «Por orden del Führer (…) de entre los combatientes rojos de la guerra de España, por lo que a los súbditos españoles se refiere, procede directamente su traslado a un campo de concentración del Reich»[152].

El historiador que más ha investigado el tema de la deportación española, Benito Bermejo, considera que la promulgación de la orden tiene una relación evidente con las conversaciones mantenidas por Serrano Suñer: «Creo que es algo más que una casualidad. La víspera, el ministro español se había visto con Himmler y con Heydrich. En la orden se determina que los denominados “combatientes de la España roja de nacionalidad alemana” sean puestos en manos de la Gestapo. Sin embargo, se dice que los españoles deben ser enviados a un campo de concentración. No especifica que ese campo sea Mauthausen, pero sí que se les debe retirar la condición de prisioneros de guerra y ser internados en un campo de concentración».

La orden llegó a finales de septiembre a las sedes de la Gestapo en Francia, Polonia, Alemania, Bélgica, Holanda, Checoslovaquia, Noruega y Luxemburgo. El uno de octubre, los agentes de la policía política alemana se presentaron en el campo de prisioneros de guerra situado junto a la localidad polaca de Sagan. En unas semanas, los 750 españoles que permanecían allí fueron fichados, separados del resto de los prisioneros aliados y enviados a Mauthausen. La historia se repitió en todos los *stalags* en los que había republicanos. De un plumazo todos perdieron los derechos que les asistían como prisioneros de guerra.

Mientras se producía este proceso de deportación sistemática de los españoles, Himmler era recibido en Madrid con todos los honores por Serrano Suñer. El número dos del Reich se reunió con Franco en el palacio de El Pardo y disfrutó de una corrida de toros en una plaza de las Ventas engalanada con decenas de banderas con la cruz gamada. Coincidiendo con el fin de la visita oficial del Reichsführer a España, el 23 de octubre de 1940 Franco y Hitler celebraron su célebre reunión en Hendaya.

Entre ese día y el 27 de enero, más de 4300 republicanos atravesarían las puertas de Mauthausen. El resto seguiría sus pasos, principalmente, a lo largo de ese año 1941.

EL RÉGIMEN FRANQUISTA EN CONTACTO CON MAUTHAUSEN

El estatus especial que se brindó a los españoles a su llegada a los campos es una prueba más de que algo había ocurrido en las reuniones mantenidas por los jerarcas nazis y franquistas. Los prisioneros republicanos fueron los únicos que tuvieron que coser en sus uniformes el triángulo azul que les identificaba como apátridas, en lugar del distintivo rojo que lucía el resto de los presos considerados políticos. También estuvieron más de dos años sin poder mantener correspondencia con sus familias, una limitación que no se impuso a otros prisioneros. Finalmente, tampoco parece casual que la inmensa mayoría de ellos fuera recluida en Mauthausen, el único campo encuadrado en la categoría III y, por tanto, destinado a internos irrecuperables.

Pero, más allá de estos hechos discriminatorios, hay otras pruebas que revelan cómo el régimen franquista tuvo información y capacidad de decisión sobre el destino de los prisioneros españoles. Cuando quiso liberar y, por tanto, salvar de la muerte a alguno de ellos, lo hizo sin el más mínimo problema.

Existe constancia de dos deportados que abandonaron Mauthausen gracias a las gestiones que Serrano Suñer realizó ante las autoridades alemanas. Fernando Pindado fue liberado en julio de 1941 y Joan Bautista Nos Fibla un mes más tarde. Sus familias habían utilizado sus contactos en el régimen franquista para llegar hasta el todopoderoso ministro. Las autoridades alemanas no pusieron ningún problema para sacarles del campo y repatriarles a España. El resto de los prisioneros les vio marchar sin saber que su destino era la libertad. Pindado y Nos Fibla llevaban ya un año viendo cómo miles de españoles eran torturados y asesinados en Mauthausen y Gusen. Según contaron ellos mismos, ninguna autoridad española se interesó por conocer su experiencia en los campos. O no les importaba o sabían perfectamente lo que ocurría o, posiblemente, ambas cosas.

El régimen franquista realizó más gestiones para liberar a otro puñado de prisioneros, pero llegaron demasiado tarde. En el archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores se conservan varias cartas del embajador en Berlín que siempre acaban de la misma manera: «Hechas oportunamente las gestiones pertinentes cerca del Ministerio de Negocios Extranjeros del Reich, este me contesta que el mencionado prisionero ha fallecido en Mauthausen»[153]. La alta mortalidad evidenciada en esas cartas tampoco preocupó a las autoridades franquistas.

Especialmente triste fue el papel que desempeñó el Consulado español en Viena. Su responsable, Guillermo Pecker y Cardona, mantuvo una fluida comunicación con los SS responsables de Mauthausen. En los archivos alemanes se conservan los mensajes que intercambió con el campo para pedir datos sobre los prisioneros o los objetos personales de algunos fallecidos. El historiador británico David Wingeate analizó estos documentos y descubrió comportamientos sorprendentes. En una ocasión, los SS de Mauthausen remitieron al Consulado el dinero que uno de los reclusos fallecidos llevaba cuando llegó al campo. Los tres marcos y medio nunca

fueron enviados a su familia y aún continúan en el expediente que se guarda en el Bundesarchiv. Wingeate también encontró pruebas de que el cónsul ignoraba y mentía a las mujeres españolas que le escribían desesperadas, solicitando información sobre sus maridos, padres o hijos. El historiador recuerda que Pecker nunca recorrió los escasos 160 kilómetros que le separaban de Mauthausen y añade que, en los últimos meses de la guerra, el Consulado fue trasladado a la localidad de Altmünster: «Allí, los diplomáticos españoles pudieron disfrutar de la belleza del lago y, cuando les placía, hacer una excursión en limusina o en barco a su orilla meridional. Y allí, apenas a quince kilómetros de distancia, habrían encontrado un pueblecito encantador. Su nombre, Ebensee»[154].

La crueldad demostrada por los funcionarios del Consulado de Viena o la pasividad de la Embajada de Berlín contrasta con el empuje que la diplomacia franquista demostró en otros casos en los que las víctimas no eran «rojos». Acceder a los campos no era una tarea imposible para los representantes de países amigos, como era el caso de España. En Finlandia, nación aliada del Eje, el embajador Agustín de Foxá visitó repetidas veces el campo de concentración de Nástola. Allí se encontraba un grupo de prisioneros españoles que habían combatido en las filas del Ejército soviético y que le habían escrito declarando su lealtad a la «nueva España». El embajador reflejaba en sus informes enviados a Serrano Suñer la situación de estos jóvenes: «Algunos han perdido las uñas de los pies por el frío y tienen que llevarlos envueltos en trapos. Causa dolor ver a estos pobres niños españoles demacrados, anémicos, con pústulas y granos (…). Pasada la lista, todos me rodean. Me piden noticias de la nueva España, del Generalísimo Franco. Les entrego algunos números de *Arriba* que me arrebatan de las manos»[155]. Serrano Suñer gestionó con las autoridades finlandesas y alemanas la repatriación de los 16 prisioneros españoles.

La diplomacia española, siguiendo órdenes del Gobierno de Franco, también fue muy diligente a la hora de interceder ante el Gobierno alemán para ayudar a prisioneros de otras nacionalidades. En los archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores queda constancia de las gestiones que Madrid realizó ante Berlín para obtener información, hacer llegar paquetes de comida e incluso liberar a ciudadanos franceses que se encontraban recluidos en los campos.

Pocas dudas quedan a estas alturas de que el régimen franquista estaba al tanto de lo que ocurría y solo intervenía para salvar a aquellos prisioneros que, por una u otra razón, le interesaban. Una prueba más de su deseo de que el resto no saliera con vida la encontramos en un informe que el Alto Estado Mayor del Ejército elaboró en diciembre de 1943. En él se expresaba su preocupación por el hecho de que los aliados, al conquistar el norte de África, estuvieran liberando a los españoles de los campos: «Este clima político es favorable a los refugiados políticos españoles que militaron en los partidos republicanos y en las filas rojas durante nuestra cruzada, autorizándoles reuniones y constitución de comités y liberándoles de los campos de concentración donde se encontraban internados»[156].

NIÑOS Y MAYORES

A la luz de todas las evidencias, el historiador Benito Bermejo incide en un agravante que ahonda en la responsabilidad de los dirigentes franquistas: «No es que sea factible o no factible, es que nos consta que lo sabían. Si hubo detalles que no conocieron es porque hicieron todo lo posible por no enterarse de ellos. Pero nos consta que sabían que los españoles estaban en los campos de concentración nazis. Y sabían que entre ellos había menores de edad. En todos los casos es grave. Pero este desistimiento, esta ignorancia activa de las autoridades españolas tiene características de responsabilidad en el grado más extremo porque también estamos hablando de menores de edad; o sea, de personas por las que, *a priori*, el Estado español tendría que haberse sentido en la obligación absoluta de interceder. Es aún más sangrante ese hecho, el que hubiera menores de edad españoles que no gozaron de ninguna protección de las autoridades, a pesar de que tenían plena constancia de que estaban allí».

Son muchas las vías por las que el Gobierno de Franco supo del internamiento de menores españoles en Mauthausen. Ya vimos cómo el propio ministro de Asuntos Exteriores, en septiembre de 1940, fue informado de que los niños de más de 14 años del convoy de Angulema habían sido internados junto a sus padres. Pero hay más: los dos prisioneros por los que se interesó Serrano Suñer y que fueron liberados por los alemanes eran menores; Fernando Pindado tenía 14 años, y Juan Bautista Nos, 16.

Sin contar a los judíos sefardíes, al menos 61 niños y adolescentes españoles de entre 13 y 17 años pasaron por los campos de concentración nazis. De ellos cinco fueron asesinados en la cámara de gas del castillo de Hartheim y otros doce murieron como consecuencia del hambre, el agotamiento o las torturas.

La cifra de españoles que fallecieron o fueron dados por desaparecidos en los campos asciende a 5519 hombres, mujeres y niños. Se trata de una cifra incompleta porque un número indeterminado pasó por ellos sin que quedara rastro de su presencia. Igualmente hay que considerar las gravísimas secuelas que sufrieron los 3809 supervivientes. Decenas de ellos murieron en los cinco primeros años de libertad por la debilidad y las enfermedades que contrajeron entre las alambradas. Entre los restantes hubo suicidios, vidas rotas y un sinfín de calamidades. Quienes aún hoy pueden contarlo siguen regresando al campo cada noche, cuando las pesadillas les recuerdan todo el horror vivido. Si hemos arrancado este informe con los argumentos de Serrano Suñer, parece lógico terminar dando la palabra a las víctimas. Ellos son los que más derecho tienen a opinar sobre la forma en que el régimen franquista escribió su destino.

Manuel Alfonso Ortells. Pasó cuatro años, cuatro meses y veintitrés días en Mauthausen: «Para Franco éramos un problema y le dijo a Alemania que hicieran lo que quisieran con nosotros. Al dejarnos allí nos condenó a muerte. Franco, contento

de no tener que hacerlo él, ya lo hicieron los alemanes en su nombre».

Eduardo Escot Bocanegra. Pasó cuatro años, tres meses y nueve días en Mauthausen: «Fue Serrano Suñer, ministro de la Gobernación de Franco, el que dijo que nos metieran en campos de concentración. Así que el responsable primero de que los españoles acabáramos en los campos fue Serrano Suñer».

Francisco Griéguez Pina. Pasó cuatro años, un mes y tres días en Mauthausen: «Nos juzgaron y decidieron que había que liquidar a todos los republicanos españoles. Fuimos casi diez mil españoles a los campos y la mayoría se quedó allí. Les mataron a palos, trabajando y sin comer».

José Alcubierre Pérez. Pasó cuatro años, ocho meses y doce días en Mauthausen. Iba en el convoy de Angulema: «Nos dejaron toda la mañana dentro del tren sin saber qué hacer con nosotros. Eso no ocurría con el resto de transportes de deportados… ni de rusos, ni de polacos… Está claro que le preguntaron a Serrano Suñer y dijo: “Hacer lo que queráis con ellos, no son españoles”. Y es también por esa razón por la que fuimos los primeros y los últimos que llevamos el triángulo azul; porque éramos apátridas».

Lázaro Nates Gallo. Pasó cuatro años, ocho meses y doce días en Mauthausen. También iba en el convoy de Angulema: «¡Claro que estuvo de acuerdo Franco! Cuando nuestro tren estuvo parado en la estación de Mauthausen estuvieron consultando con la Embajada española para ver lo que hacían con las mujeres y los niños».

Cristóbal Soriano Soriano. Pasó cuatro años, cinco meses y once días en Mauthausen y Gusen: «Franco era aliado de Hitler y de Pétain. Como Franco no nos quiso, Hitler pensó que lo mejor era hacernos trabajar y, al mismo tiempo, matarnos. Como hicieron con los judíos. Y cada día en Mauthausen mataban españoles».

Ramiro Santisteban Castillo. Pasó cuatro años, ocho meses y veintinueve días en Mauthausen: «Nos enviaron a los campos para exterminarnos porque nos consideraban como enemigos políticos y nos trataban como eso. Franco lo veía con buenos ojos. ¡Cómo iba a ayudarnos! De eso, ni hablar».

José Marfil Peralta. Pasó cuatro años, tres meses y once días en Mauthausen y Gusen: «El día que cayó Francia nos condenaron a muerte. A los españoles nos mandaron a Mauthausen donde teníamos que morir todos. Esa era la condena que tuvimos de los alemanes y de los franceses en compañía de Franco».

5

El bieneio negro

> «En el campo, por la noche, soñábamos que éramos libres y estábamos con la familia. En el campo no teníamos pesadillas; la pesadilla comenzaba cuando nos despertábamos».
>
> RAMÓN MILÁ FERRRERONS
> Prisionero n.º 3975 del campo de concentración de Mauthausen[157]

1941 y 1942 fueron los «años de plomo» en Mauthausen y Gusen. El 90% de los españoles que perdieron la vida en estos campos lo hicieron durante este bienio negro. Como explica el historiador Benito Bermejo, «la mayoría de ellos sucumbió bajo un triángulo formado por la falta de alimentos, la ausencia de higiene y el esfuerzo físico». Todo ello, eso sí, acompañado de un amplio repertorio de métodos de exterminio y de torturas.

El castigo más frecuente y el que primero sufrieron los republicanos fue el azotamiento público. Los reos, apoyados en un reclinatorio diseñado especialmente para tal fin, se bajaban los pantalones y, dependiendo de la gravedad de la falta cometida, recibían 25, 50 y hasta 75 latigazos en las nalgas. Josep Figueras lo padeció en varias ocasiones: «Te pegaban por cualquier cosa. Te daban con una goma en el culo y tenías que ir contando los golpes en voz alta y en alemán hasta llegar al 25. Si te descontabas, te equivocabas o te perdías, volvían a empezar. Nunca olvidaré cómo se decían los números en alemán».

Hasta la acción más inocente podía conducir al prisionero al potro de castigo. Eugenio Prats cometió el delito de intentar protegerse del frío: «Me dieron 25 latigazos porque, como no teníamos calcetines, para aliviar el frío atroz que imperaba, puse un poco de paja dentro de los zuecos de madera que usábamos como calzado».

Los oficiales alemanes y los *kapos* solían competir en dureza a la hora de aplicar esta tortura que, en ocasiones, resultaba mortal. Enrique Calcerrada se salvó de milagro en Gusen: «Carol[158] usaba goma rellena de arena, preparada con tan sádico refinamiento que, allí donde golpeaba, levantaba un verdugón superior a su

diámetro… La experiencia de una vez anterior me indicó que, metiéndome el gorro entre los dientes para amortiguar la reacción al impacto, el cuerpo resistía mejor el dolor». Carol extendió el castigo más allá del número estipulado de golpes: «Envuelto en barro y mojado hasta los huesos continué recibiendo impactos de la goma en la cara y, al querer protegerme con las manos, también en los brazos. Por fin vino a caerme, con todo su peso, dando un salto en la boca del estómago. Viendo su persistencia homicida, me hice pasar por muerto».

IMPROVISANDO VEJACIONES

La vida en el campo estaba diseñada para que los cautivos se sintieran humillados y sometidos durante las 24 horas del día. Sus vidas no valían nada, eran simples marionetas en manos de los SS y los *kapos*, que les torturaban por el puro placer de sentirse superiores y todopoderosos. Las vejaciones llegaban a extremos como el que contempló Jacint Carrió en Gusen: «Fue un día que regresábamos agotados del trabajo. Un deportado que ya no podía más se desplomó en el suelo, sin fuerzas para levantarse y entrar en la barraca. Agonizaba con la boca abierta y, entonces, el comandante Chmielewski se meó en su boca»[159]. En otras ocasiones los reclusos tuvieron que comerse sus propios excrementos porque así se le antojó al oficial alemán de turno.

Otra de las diversiones favoritas de los guardianes era reunir a los extenuados prisioneros que acababan de volver del trabajo y forzarles a realizar agotadores y humillantes ejercicios físicos. Marcial Mayans explica en qué consistía uno de ellos: «Teníamos que coger un taburete y repetir una y otra vez varios movimientos. Subirte a él, bajarte, tumbarte en el suelo y volver a empezar. Todo lo hacían para humillarte». Era frecuente, como tuvo que comprobar Joaquim Aragonés, que este tipo de torturas se perpetrara en plena madrugada: «El SS que mandaba en nuestra barraca, la 18, al que llamábamos el Keipo, era alcohólico. A veces, a altas horas de la noche entraba y con el látigo nos hacía salir a todos fuera, tanto si llovía como si nevaba. Nos obligaba a hacer el salto de la rana o correr, y cuando estábamos bien cansados y mojados nos hacía volver a entrar en la barraca. Nos exprimía la poca fuerza que nos quedaba y no nos dejaba descansar»[160].

Josep Simon señala que los SS más jóvenes eran aún más sádicos que sus mayores: «Nos veían como juguetes a los que maltratar. Nos teníamos que tirar al suelo y hacer flexiones hasta que se cansaban. Otra variante era hacernos correr para ver si aún lo podíamos aguantar. Como estábamos mal calzados, con las chanclas de suela de madera, el ejercicio era todavía más difícil. Finalmente, otras ocasiones, nos obligaban a bailar a base de palos; no podías parar porque entonces eras su blanco preferido. Todo ello sin que importasen las condiciones climatológicas que hubiera, a veces con lluvia, otras con mucho calor o frío. Si alguno daba signos de flaqueza… es

lo que estaban esperando para ensañarse con él». Uno de los SS destacaba, según Josep, por su especial crueldad: «Una vez nos hizo formar a doscientos españoles y desfilar sin parar mientras nos golpeaba con el mango de un pico. Recibíamos los golpes en la cabeza, en la espalda, en las rodillas y en las piernas. No podíamos protegernos porque salir de la formación habría sido un suicidio. Otros SS le animaban a continuar, mientras él nos llamaba puercos, bandidos, asesinos y terminaba siempre con la palabra maldita: *krematorium*».

En este océano de vejaciones, lo peor que le podía ocurrir a un prisionero era atraer las miradas de los SS. Carlos Grey-Molay[161] no pudo evitar convertirse en el centro de atención de los soldados y oficiales alemanes. Carlitos, tal y como le llamaban sus compañeros, era negro. Nacido en Barcelona, su familia provenía de la colonia española de Guinea. José Alcubierre fue testigo de su llegada al campo el 7 de junio de 1941: «Los alemanes le miraban como a un bicho raro. Le tocaban para ver si su piel desteñía, le abrían la boca para mirarle los dientes y se reían sin parar. Luego le empezaron a lavar con agua y jabón. Le frotaban con fuerza para ver si eran capaces de quitarle el color negro. Los prisioneros polacos empezaron también a reírse y nosotros nos enfrentamos a ellos porque se trataba de un compañero. Aunque era español le tenían en una barraca aparte. En cuanto podía se venía con nosotros, pero los SS le decían: “Tú eres negro, así que no te juntes con estos”». Como si fuera una atracción de circo, Carlitos fue admirado por el propio comandante Ziereis, que decidió colocarle como camarero en el pabellón de los oficiales. El propio Himmler tuvo ocasión de contemplar esta «rareza de la naturaleza» en una de las tres visitas que realizó al campo. Mariano Constante, que trabajaba como ordenanza de los SS, estaba presente: «Ziereis hervía en deseos de que su jefe supremo admirara aquel representante de una raza aún más baja que la de los subhombres. Hizo toda una serie de comentarios abominables sobre nuestro compatriota y su color de piel, acompañando sus explicaciones de bromas que provocaban la risa histérica de sus secuaces y que remató con este comentario: “Es un negro español, sí, pero desciende de los negros de África, y lo que es más, de una tribu de antropófagos. Su padre comía carne humana”». La curiosidad inicial entre los alemanes degeneró pronto en un profundo rechazo hacia el «salvaje» que tocaba su comida. Grey-Molay fue destinado a limpiar los retretes de los SS y, finalmente, a la cantera. Carlitos, el negro de Mauthausen, consiguió sobrevivir gracias a la ayuda de sus compañeros. Las secuelas de la tuberculosis y el recuerdo de las vejaciones a que fue sometido le acompañaron hasta el fin de su vida.

Todas estas humillaciones y torturas acabaron pareciendo juegos de niños al lado de los métodos de exterminio que inventó el régimen nazi. En el informe que el Ejército estadounidense realizó tras la liberación dejaron constancia de ocho formas diferentes de homicidio[162]. Los militares norteamericanos se quedaron muy cortos en sus apreciaciones.

MÉTODO 1: FUSILAMIENTOS

En un principio se realizaban en el edificio que albergaba la cárcel. Cuando el número de condenados se fue incrementando, los SS habilitaron un lugar específico, al aire libre, situado en el exterior del recinto del campo. El llamado «polígono de ejecuciones» se encontraba, no obstante, muy cerca de los talleres en que trabajaban algunos prisioneros. Por ese motivo, Antonio García fue testigo habitual de estos fusilamientos: «Los SS colocaban cortinas negras en las ventanas para que no pudiéramos verlo. Pero el sistema tenía sus fallas y, si lo deseábamos, podíamos perfectamente ser espectadores sin ser vistos. No lo hacíamos todos los días porque el espectáculo era insoportable. Cada jornada se sacaba y fusilaba a una cantidad determinada de presos. Un día eran cinco y otro eran diez. Esto ocurría entre el mediodía y las dos de la tarde». Los alemanes aprovechaban determinadas fechas para darse un festín de sangre. En la mente de Antonio quedó grabada una de ellas. Era el 20 de abril de 1943, el día en que Adolf Hitler celebraba su 54 cumpleaños: «Ese día excepcional vimos llegar, hacia las diez y media de la mañana, a los mandamases del campo, más numerosos que en otras ocasiones. Al mismo tiempo, y por primera vez, unos prisioneros trajeron una mesa en la que colocaron una pila de expedientes. A continuación llegó el piquete de ejecución, formado por cinco SS al mando de un oficial, todos voluntarios, salidos del *politische abteilung*, o sea, de la Gestapo del campo. Les seguían cuatro prisioneros que trabajaban en el crematorio que llevaban unos guantes de goma para no mancharse de sangre, que les llegaban casi hasta los codos. Dos *kommandoführer*, con su pistola en la cintura y sin precauciones mayores, conducían un grupo numeroso de reclusos en formación y marcando el paso. Nunca los condenados venían esposados o atados. Llegados al destino, se les ordenó ponerse en fila india (…). Contamos 48 hombres y 4 mujeres. El día era frío. A los hombres, los oficiales les ordenaban desnudarse y colocar el paquete de ropa delante de sus pies. Las mujeres quedaron vestidas con su traje de prisioneras. Llamaron a la primera víctima, una muchacha, quizá no mayor de 18 años, con la chaqueta de preso abierta por falta de botones. Llegó altiva delante del comandante Ziereis, quien tenía su expediente en las manos; la interrogó unos momentos aunque para nosotros sus palabras eran inaudibles. Finalmente, le hizo una señal para que se dirigiera hacia el polígono de ejecución. Ella le escupió en la cara, los SS gritaron y Ziereis levantó la mano para abofetearla, pero no lo hizo. Colocada en el siniestro lugar, retumbaron las órdenes rituales de “carguen, apunten, fuego”. El oficial avanzó y dio con su revólver el tiro de gracia en la cabeza. A la primera víctima, una a una siguieron las otras; la última fue inmolada alrededor de las 16 horas, cayendo sobre el charco de sangre y barro rojo que habían creado sus 51 compañeros»[163].

Los nazis idearon una variante más imaginativa para realizar algunas de estas ejecuciones con arma de fuego. En una sala anexa a los crematorios del campo,

construyeron el llamado «estudio fotográfico» también conocido como «el rincón del tiro en la nuca». A los prisioneros que eran llevados hasta allí se les decía que se situaran bien rectos, en un punto exacto de la pared, mirando hacia el frente para poder realizarle unas fotografías. No se percataban de que, a la altura de su cuello, había un agujero por el que otro SS sacaba el cañón de su pistola y les disparaba.

MÉTODO 2: FALSAS TENTATIVAS DE EVASIÓN

El prisionero político alemán Gerhard Kanthak realizó un exhaustivo informe tras la liberación con los datos a los que tuvo acceso en las oficinas administrativas de las SS. Según sus pesquisas, unas 5000 muertes quedaron consignadas en los archivos del campo como intentos de fuga. Kanthak estimaba que los casos reales no pasaron del millar. El resto de los falsos registros encubrían fusilamientos y todo tipo de asesinatos cometidos a sangre fría. Kanthak fue testigo de cómo los SS idearon métodos específicos de eliminación basados en la burda simulación de un intento de fuga.

Varios republicanos «trataron de escapar» delante de los ojos de Cristóbal Soriano: «Estabas trabajando y los SS que estaban de guardia te decían en alemán: “¡Español, ven aquí!”. Cuando te acercabas, te pedían el gorro y no tenías otro remedio que dárselo. Entonces lo tiraban más allá de la línea de seguridad, junto a la alambrada. Cuando ibas a buscarlo… ¡Pam! El soldado que estaba en la torre te disparaba y te mataba. Luego rellenaban el parte diciendo que te habías intentado escapar».

Una variante fue bautizada sarcásticamente por los SS con el nombre de «la recogida de frambuesas». Seleccionaban a varios pacientes internados en la enfermería y les obligaban a levantarse. Después les entregaban unas cestas y les trasladaban hasta el bosque con el supuesto objetivo de recolectar frutos silvestres. Una vez allí, curiosamente, los prisioneros siempre intentaban fugarse y, por ello, sus guardianes se veían obligados a meterles una bala en la cabeza.

Lázaro Nates explica el motivo por el que los SS ponían tanto empeño en este tipo de prácticas: «El soldado que disparaba era gratificado. Recibía unos días de permiso por cada prisionero al que mataba mientras trataba de fugarse».

MÉTODO 3: EXPOSICIÓN AL FRÍO

«¿Por qué en Mauthausen y Gusen el clima era el mejor aliado de los SS?». Esta pregunta retórica se la sigue haciendo hoy en día José Marfil. Los prisioneros padecían tórridos veranos que daban paso a largos meses de intenso frío en los que se alcanzaban temperaturas cercanas a los treinta grados bajo cero. La primavera y el otoño apenas existían y las noches eran gélidas durante prácticamente todo el año.

Esta climatología, como decía Marfil, dotaba a los alemanes de uno de los mejores sistemas naturales de tortura y exterminación.

Luis Estañ vio morir congelados a muchos prisioneros: «Yo he visto matar gente de todas las maneras posibles. Una de las más frecuentes era por frío. Se dice que cuando uno muere de frío lo hace con una sonrisa en la boca. La verdadera razón es que cuando alguien se está helando, empieza a hacer muecas. Nadie muere riéndose».

Los SS buscaban cualquier excusa, y si no la había la fabricaban, para forzar a los deportados a pasar largas horas a la intemperie. Ricardo Rico ya se había habituado en Gusen a que los alemanes escondieran a algún prisionero antes de pasar la revista de la tarde. Realizado el recuento, se constataba la «fuga», motivo por el que eran obligados a permanecer formados durante toda la madrugada: «Los SS escogían las noches en las que hacía peor tiempo; esto daba un resultado terrible de mortandad de todos los enfermos y personal ya de una edad avanzada».

Rico, junto a otros españoles internados en Gusen, no han podido olvidar una fecha en la que centenares de prisioneros perdieron la vida: «Era el 19 de mayo de 1942 a las tres de la madrugada. Nos hicieron levantar a todos, ir desnudos a la explanada donde se pasaba lista, y nos hacinaron en un extremo de esta. Incluso los enfermos y los heridos tuvieron que salir del hospital. Hacía mucho frío y, apretujados los unos contra los otros, sosteníamos una lucha continua para no quedar en la parte exterior del grupo y hallar el calor que propiciaba el contacto con los cuerpos en el interior de aquel amasijo humano. Al hacerse de día, llegó el sol y la variación de la temperatura fue tan brutal que resultó insoportable para muchos. A las nueve de la noche nos llevaron a las duchas y, con el cuerpo mojado, permanecimos aún largo rato en la explanada. Luego, cada uno regresó a su barracón. Así pues, tras esa jornada, los nazis pudieron contabilizar más de 800 muertos»[164].

Los SS solían impacientarse cuando los prisioneros resistían durante horas, e incluso días, este terrible tormento. Por ello, era frecuente que recurrieran al agua para acelerar sus muertes. El efecto, según describe Francisco Batiste, era devastador: «Los prisioneros, totalmente desnudos, hacinados en una explanada, eran rociados con mangueras de agua templada bajo temperaturas gélidas. Al despuntar el día aparecía a la vista un cuadro dantesco; lo que antes eran personas se habían convertido en puros bloques de hielo. Consumada la masiva obra exterminadora, varios grupos de internados se dedicaban a despegarlos del helado suelo y transportarlos a los hornos crematorios que funcionaban al máximo».

Este procedimiento se practicaba también en subcampos como Ebensee o Steyr. En este último se encontraba Luis Perea: «En Steyr murieron muchos compañeros de frío. Nadie puede imaginar las atrocidades que vivimos. Ver como meten a un compañero en un bidón de agua helada y dejarlo completamente tieso. No es lo mismo contarlo que ser testigo de ello».

No conocemos el número de republicanos que pereció por este cruel método de ejecución. En el «libro de los muertos», los médicos SS atribuían su fallecimiento a

fallos cardiacos, inflamaciones pulmonares y otro tipo de muertes naturales.

MÉTODO 4: EL MURO DE LAS LAMENTACIONES

En la pared de piedra situada junto a la puerta principal del campo, los SS disponían de argollas y cadenas para dar rienda suelta a su crueldad. El lugar fue testigo de tantas atrocidades que, aún hoy, sigue siendo conocido como «el muro de las lamentaciones».

Mariano Constante fue uno de los españoles que lo sufrió y vivió para contarlo: «Me colocaron los brazos en la espalda, a la altura de las caderas. Luego pasaban la cadena entre las dos manos y con un gancho iban subiendo los eslabones uno a uno. Los brazos subían retorcidos, descuartizados, provocando unos dolores tremendos hasta que el cuerpo se encontraba a unos treinta centímetros del suelo. Sentía tanto dolor que me parecía que estaba ya fuera del mundo»[165].

Ramiro Santisteban veía cada día a quienes sufrían ese tormento: «La muerte que te daban no era nada fácil. Te ataban las manos a la espalda y te colgaban con las cadenas para que el resto te viera. Allí te tenían uno o dos días hasta que, al final, te mataban».

Luis Estañ añade otra de las torturas que los SS realizaban en el muro: «Con las manos atadas con una cadena a la espalda, te colocaban una moneda entre la nariz y la pared y te obligaban a sujetarla durante horas. Los presos se destrozaban la nariz y el rostro de tanto como apretaban».

El sufrimiento de los prisioneros acababa en numerosas ocasiones de una forma aún más terrible. Los SS lanzaban a sus perros contra las víctimas, que se encontraban encadenadas e indefensas.

MÉTODO 5: LOS PERROS SS

El título que resume esta forma de ejecución y tortura no es un juego de palabras. Los perros de la guarnición de Mauthausen y del resto de los campos eran considerados por los nazis como unos miembros más de las SS. Cada uno contaba con su nombre, su número de soldado y recibía un trato y una alimentación privilegiada. Hitler sentía pasión por este animal y llevaba al límite el adiestramiento de sus perros. Su obsesión se trasladó a todo el Reich, lo que dio pie a absurdos experimentos en los que científicos alemanes trataron de que los canes, literalmente, «hablaran» con sus dueños[166]. Los SS prefirieron ser más prácticos e introducir a sus animales en el arte de la represión y la tortura.

Ramiro Santisteban sigue escuchando sus ladridos cuando habla de ellos: «Veías que el soldado iba con un perro al que tenía amarrado. Y, de repente, soltaba el enganche y lo lanzaba contra el primero que pasaba. Lo hacía por pura diversión. Si

te enganchaba, salías en trozos».

En Mauthausen, los prisioneros recuerdan especialmente a *Lord*, el perro del segundo comandante del campo, Georg Bachmayer. Era un cruce de dóberman y gran danés que había sido adiestrado para matar. José Alcubierre tuvo que correr delante de él en varias ocasiones. Quizá porque era solo un niño o, tal vez, porque le había caído en gracia, lo cierto es que Bachmayer le daba ventaja suficiente para escapar: «Lo hacía siempre que atravesábamos la puerta del campo para dirigirnos a la cocina, en la que trabajábamos. Nos daba unos metros de margen y, entonces, soltaba al perro. Salíamos corriendo a toda prisa para meternos en la cocina antes de que nos alcanzara. Lo hacía para reírse de nosotros. Pero cuando iba en serio… Hubo uno al que destrozaron completamente».

Mariano Constante fue testigo de una de esas veces en las que Bachmayer «iba en serio». *Lord* y otros animales acabaron con la vida de un grupo de prisioneros alemanes: «Uno tras otro fueron derribados por los perros arrancándoles lamentos espantosos. Cuanto más intentaban escaparse de los colmillos de los canes, mayor era el encarnizamiento de las bestias. Poco a poco, pedazos de sus carnes eran arrancados, dejando ver heridas enormes por las que chorreaba la sangre que iba manchando el adoquinado de la plaza, y aquí y allá jirones de tela y de carne humana se esparcían por el suelo. Bachmayer había llegado con los perros a eso de las cuatro de la mañana, y hasta pasadas las seis, viendo que se aproximaba la hora de marchar al trabajo, no dio orden de encadenarles y rematar a los hombres que aún respiraban». Constante conocía a los dos españoles que cuidaban de los perros. Entre sus obligaciones se incluía la de ejercer como «muñecos» para su entrenamiento. Aunque iban protegidos, no podían evitar sentir un profundo pánico cuando los SS les dejaban a merced de los animales: «Es tremendo el miedo que entra —le contaba a Constante uno de ellos— cuando ves aparecer aquellos perrazos enormes, muchísimo más impresionantes que los lobos, que vienen hacia ti, clavándote sus ojos de animal salvaje, que acechan el momento propicio para lanzarse sobre ti, con el morro arrugado, gruñendo y con la escalofriante hilera de dientes afilados como puñales. Es una pesadilla insoportable el pensar que aquel hocico y aquellos dientes han triturado las carnes de nuestros infortunados compañeros».

En Gusen, más de un español fue víctima del perro del comandante del campo. Chmielewski, según relata Amadeo Sinca, se encontraba completamente borracho cuando decidió asesinar por este cruel método al aragonés Ángel Bardina.

MÉTODO 6: LA HORCA

La inmensa mayoría de los ahorcamientos se ejecutaba en lugares cerrados y lejos de la vista de los internos. Los más «oficiales» se realizaban en los sótanos de la cárcel, aunque cualquier sitio era bueno para colgar a un prisionero. Los *kapos* aprovechaban

las tuberías de los lavabos o las vigas de las barracas para estrangular con cinturones o cuerdas a los desgraciados que deseaban eliminar.

En toda la historia de Mauthausen apenas hubo dos o tres ahorcamientos públicos. A pesar de su reducido número, la grotesca parafernalia utilizada por los nazis para celebrarlos ha provocado que sobre estas ejecuciones existan multitud de relatos, libros y testimonios de quienes las presenciaron. Es fácil comprender por qué cuando se conocen todos los detalles.

El primero tuvo lugar en junio de 1941. Los reos eran tres prisioneros alemanes que habían logrado fugarse y fueron capturados pocas horas más tarde. Un año después se produjo otra ejecución similar, esta vez de un *kapo* austriaco. Su nombre era Hans Bonarewitz y había conseguido escapar oculto en una caja que debía ser trasladada al exterior del campo. Bonarewitz fue detenido nuevamente y encerrado durante días en el interior del propio cajón que le había permitido alcanzar efímeramente la libertad.

Las dos ejecuciones siguieron un idéntico y ridículo ritual ideado por los máximos responsables del campo. Varios reclusos arrastraban unos pequeños carros sobre los que iban situados los reos. Junto a ellos, los alemanes habían colocado carteles en los que podían leerse frases como «Ya estoy de vuelta en casa». Por delante desfilaba una banda de músicos prisioneros que entonaba una triste melodía: *J'attendrai*[167].

El relato más completo de lo que ocurrió en la segunda de estas ejecuciones fue el que realizó Joan de Diego. Según su testimonio, la macabra fiesta en la que se ahorcó a Bonarewitz se prolongó durante dos jornadas consecutivas. Joan y el resto de los internos de Mauthausen fueron obligados a formar en la *appelplatz* para contemplar el espectáculo: «La puerta principal se abrió de par en par. En el umbral apareció un grupo de gitanos tocando diferentes instrumentos. Tras ellos, dos hombres tiraban del carrillo que servía para transportar muertos al crematorio. Dos carteles dispuestos en pirámide lo guarnecían, en ellos se leían denigrantes inscripciones. También el prisionero formaba parte de la decoración; derecho en la delantera del carrillo, guardaba difícilmente el equilibrio. El grupo de músicos fue avanzando lentamente al son de una canción a la moda. Pararon frente al corredor que se abría entre las dos filas de deportados. Terminadas las últimas notas de la canción que servía de preludio, atacó de nuevo la orquesta un pasacalles cuyo nombre evocaba la primavera y se titulaba *Todos los pájaros están ya aquí*. Dirigida la orquesta por una especie de payaso "encarnavalado" con un sombrero de copa blanco, avanzaba al paso. Haciendo movimientos de bufón apoyaba una mano sobre la cadera izquierda, mientras que en la otra movía al compás una vara dando a la escena efectos de parada de circo. Durante una hora pasearon aquel desgraciado al son de la misma zarabanda. Terminada aquella mascarada, bajó el preso del carrillo. Le rodearon los SS para mofarse de él; también se lo disputaban dándole puñetazos y puntapiés. Las equimosis y hematomas pronto transformarían su cara en algo deforme. Todo esto

sucedía antes de que el detenido estuviera dispuesto sobre el potro en el cual iban a pegarle 25 palos en las nalgas… Por aquel día el primer acto terminaba así. El auto de fe continuaría al día siguiente (…). Subió el preso al cadalso. El jefe del campo, un prisionero llamado King Kong[168], iba tras él. La cuerda estaba preparada. Pronto quedaría esta anudada al cuello de aquel desgraciado. King Kong bajó del patíbulo, apoyó el pie sobre el resorte que hacía ceder la trampa dejando al hombre en el vacío. Una brusca sacudida hizo vacilar el cuerpo. La cuerda se había roto por el peso, cayendo aquel en el fondo de la cavidad abierta por la trampa. Un rumor sordo parecía salir del fondo de la tierra invadiendo el recinto amurallado. Los SS repartidos estratégicamente daban gritos para imponer silencio. Ante la estupefacción general vimos montar al reo sobre el cadalso, y avanzando hasta el borde, dirigió unas palabras a sus compañeros de infortunio: "¡Sed buenos, amaos como hermanos!", exhortaba antes de que King Kong le asiera por el cuello de la chaqueta y a empujones fuera arrastrándole hasta la cuerda en la cual debiera quedar colgado. Repetida por segunda vez la ejecución, se rompió de nuevo la cuerda cayendo el reo sin conocimiento. King Kong saltó hacia aquel. El comandante Ziereis daba furiosos gritos, mientras que en aquel lugar olvidado de los dioses se oía el rumor de centenares de pechos. Era ya el tercer intento. Durante dos horas permanecimos formados frente al ahorcado, luego nos hicieron desfilar uno por uno delante del patíbulo mirando fijamente al hombre asesinado»[169].

El relato resulta tan esperpéntico que resultaría difícilmente creíble de no ser por dos hechos inapelables: existen fotografías que recogen diversas escenas del desfile previo a la ejecución y no hay ni un solo superviviente que no corrobore, punto por punto, lo narrado por Joan de Diego. A sus 91 años, Lázaro Nates lo recuerda como si fuera ayer: «Yo me encontraba muy cerca del patíbulo. King Kong probó la horca; se colocó la cuerda en el vientre y confirmó su resistencia. Sin embargo, cuando fueron a ahorcarle, la cuerda se rompió dos veces. A la tercera lo consiguieron». A Manuel Alfonso aún le afectó más lo que sucedió después: «Nos hicieron desfilar a todos por delante del patíbulo, levantar la cabeza y mirar al ahorcado».

De Diego solo cometió un error en su impecable narración de los hechos. La orquesta del campo no estaba formada únicamente por gitanos. En ella había músicos de orígenes diversos, entre ellos, un español: el alicantino Antonio Terres. Su viuda, Isabel, explica cómo acabó participando en ese cortejo: «Antonio había sido carabinero durante la guerra de España. Ya entonces, la música le permitió acceder a un destino, algo menos peligroso, alejado del frente de batalla. No se separó de su clarinete ni en España, ni después en Francia. Fue a su llegada a Mauthausen cuando se lo quitaron. Sorprendentemente, un amigo suyo que se encargaba de recoger las pertenencias de los recién llegados le dijo un día: "Antonio, allí hay un clarinete y yo creo que será el tuyo". Consiguió sacarlo y se lo dio. Antonio, al verlo, dijo enseguida: "¡Sí, es mi clarinete!". A partir de entonces comenzó a tocar a escondidas, hasta que un alemán le descubrió. Le ordenó que se levantara y empezara a tocar.

Antonio se moría de miedo. Después de escucharle, le dijo: “Se acabó el trabajo para ti”, y le incorporó a la orquesta. Con ella empezó a tocar en las ejecuciones y cuando azotaban a algún prisionero. Antonio me contaba que sentía miedo y mucha pena por lo que veía, pero tenían que tocar porque, si no lo hacían, iban ellos después. Los prisioneros de la orquesta lograron salvar algunas vidas porque consiguieron incorporar a ella a varios judíos que estaban condenados a morir en unos pocos días»[170]. Siete décadas después, Isabel todavía conserva como un tesoro aquel clarinete que tantas veces resonó en algunos de los momentos más dramáticos que se vivieron en Mauthausen.

MÉTODO 7: EL BAÑO DE LA MUERTE

Esta «especialidad» fue ideada por el sargento de las SS Heinz Jentzsch y aplicada con entusiasmo en Gusen por el comandante del campo, Karl Chmielewski. La *todebadeaktionen* o «acción del baño de la muerte» se cobró la vida de miles de prisioneros, entre ellos numerosos españoles. El malagueño Pedro Gómez fue uno de los testigos clave en los juicios de Dachau en los que se juzgó y condenó a parte de los SS de Mauthausen y Gusen. Ante el tribunal militar norteamericano, detalló en qué consistía esta práctica: «Cuando llegaban los que habían sido declarados inválidos, recibían una pastilla de jabón. Entonces bloqueaban los tres desagües y dejaban correr el agua hasta que alcanzaba una altura de 40 o 50 centímetros. En ese momento, los guardias utilizaban sus látigos de cuero para obligarles a tumbarse en el agua. Si alguno no lo hacía, ellos le ponían el pie en el cuello o en la cara y los mantenían así hasta que se ahogaban. Después de esto, si alguno quedaba con vida era forzado a sumergirse de nuevo. Luego los cuerpos eran trasladados fuera de allí. No solía permanecer con vida más que uno o dos de todo el grupo». Otro de los testigos en el juicio fue el prisionero polaco Stefan Szmura, que recordaba ante el tribunal los gritos en castellano que procedían del interior de las duchas: «El agua estaba roja de la sangre de los prisioneros. Algunos gritaban en sus lenguas “Jesús” y “María” mientras otros suplicaban en español. Grill[171], con un látigo de cola de buey en la mano ordenaba sumergirse a los prisioneros, luego levantarse y volver a sumergirse»[172].

José Marfil explica que en algunos momentos tuvieron que soportar esta tortura diariamente: «Había que hacer hueco a los nuevos convoyes que llegaban de toda Europa. Todas las tardes nos metían en las duchas, que estaban rodeadas por un muro de unos cincuenta centímetros que retenía el agua. Todos queríamos evitar los grifos que salían a gran presión con agua helada. Nos cruzábamos y tratábamos de escabullirnos en el sitio que había. Los alemanes con impermeables y botas entraban allí y se liaban a palos. La duración dependía de la voluntad y del humor de los SS. Cuando todo había terminado, el espectáculo era desolador. Muchos compañeros, los

más débiles, yacían bajo los 40 cm de agua. Unos salíamos por nuestro pie y el resto en dirección al crematorio».

Servídeo García matiza que, otras veces, salir vivo del baño de la muerte no servía absolutamente de nada: «Perecieron en las duchas 58 de los 62 que formaban uno de los grupos. Mi compañero Balbino Rincón fue uno de los que salió con vida pero, en unión de los otros tres supervivientes, fue sometido a una nueva prueba de la que nadie escapaba: una inyección de bencina aplicada directamente en el corazón».

Especialmente duro para los republicanos fue el invierno de 1941-1942. El número de españoles en Gusen era lo suficientemente elevado como para que los SS se fijaran especialmente en los «rojos españoles». Uno de los episodios más destacados se lo narró José Pons a la periodista Montserrat Roig: «Recuerdo una de las duchas que tuvimos los de la barraca 17, donde todos éramos republicanos, hacia finales de 1941. A medida que íbamos entrando, los SS nos pegaban y nos arrojaban al montón de carne humana que se iba acumulando. El ayudante del campo gritó de pronto un ¡Viva Franco!, que ahogó el ruido del agua de las duchas. Nadie contestó. Todos los republicanos aguantábamos con firmeza bajo el agua. El nazi repitió su bramido. Ya no podíamos más, estábamos débiles. Alguien contestó con un ¡Viva Franco!, apagado. Los chorros de agua helada seguían cayendo sobre aquellos cuerpos. Pasó un buen rato hasta que los presos, con toda la fuerza de nuestros pulmones, contestamos al grito del SS. Este, satisfecho, dio orden de salir de las duchas. La salida fue catastrófica, los SS multiplicaban los latigazos entre grandes risotadas. Este día fue uno de los más criminales que conocimos los republicanos de Gusen»[173].

El testimonio de los deportados indica que no siempre los SS bloqueaban los desagües. Si el objetivo no era eliminar a todo el grupo, el suplicio se «limitaba» al agua fría y los palos. Ese tormento sí lo sufrían, varias veces al mes, todos y cada uno de los prisioneros de Gusen, como recuerda Cristóbal Soriano: «Tenías que ponerte debajo del helado chorro. Si no lo hacías, venía el *kapo* y te molía a golpes. Cada uno hacía lo que podía. Unos morían por el precario estado en que se encontraban y otros no».

MÉTODO 8: MORIR APALEADO

Los puñetazos, latigazos y palos eran parte de la rutina en los campos. Los prisioneros convivían con ellos y hasta llegaban a acostumbrarse a recibir su ración diaria de golpes. El objetivo era no caer al suelo por muy duro que fuera el castigo, porque una vez en él la paliza podía convertirse en mortal. Eso es lo que le ocurrió a Miguel Alcubierre. Encontró la muerte solo dos meses después de ser trasladado a Gusen y separarse de su hijo José. «Me enteré un año después de que ocurriera porque me lo contó un español al que yo no conocía —recuerda con gesto afligido

José—. Mi padre siempre iba junto a otros dos aragoneses. Eran tres mañicos que no se separaban, se ayudaban mucho y un día pasó lo que pasó. Estaban cargando piedras y uno de ellos cayó. El *kapo* se lanzó a pegarle y los otros dos trataron de protegerle. Entonces sacó el pito, llegaron otros *kapos* y, entre todos, comenzaron a golpearles a los tres. Acabaron en el suelo y allí los mataron a puntapiés, golpeados con mangos de pico… Así murió mi padre».

Los testimonios que dan cuenta de la muerte a golpes de republicanos españoles son muy numerosos. Tratar de descansar en el trabajo, tener piojos, no quitarse el gorro al paso de un oficial, acercarse a un estufa para tratar de calentarse… Cualquier gesto podía despertar la ira de los SS y costarle la vida al prisionero. A veces, como pudo constatar Josep Simon, resultaba imposible conocer las causas de una masacre. Una noche, un convoy formado por entre 100 y 200 deportados fue exterminado a palos. Josep y el resto de los presos no podían ver nada desde sus barracas, solo oían sus gritos y los golpes que recibían de manos de los *kapos*. Lo que Josep sí vio, a la mañana siguiente, fueron las paredes y el suelo del lugar de la matanza, que continuaban teñidos de rojo. Los cadáveres destrozados habían sido retirados a primera hora por otros prisioneros. «Ninguno de nosotros sabía quiénes eran aquellos hombres ni a qué nacionalidad pertenecían. Quedaría en secreto. No se les registró al entrar y tampoco se hizo al salir… convertidos en humo y cenizas. Sus familiares no tendrían noticia sobre su muerte. Pasarían a formar parte de las listas de desaparecidos. Sus cenizas anónimas sirvieron probablemente para fertilizar algunos campos austriacos. Desaparecieron sin dejar rastro».

MÉTODO 9: LA CÁMARA DE GAS

Baldomero Chozas, Alfonso Maeso, Tomás Salaet y Josep Simon fueron cuatro de los españoles que participaron en la construcción de la cámara de gas de Mauthausen. «Trabajé en ella sin saberlo. Nosotros mismos tuvimos que contribuir con nuestro trabajo a hacer posible aquel horror», se seguía lamentando Josep Simon muchos años después. El comandante del campo, Franz Ziereis, confesó en su lecho de muerte que el diseño de la cámara correspondió al responsable de los servicios médicos del campo, el doctor SS Eduard Krebsbach[174].

Siguiendo sus indicaciones, los prisioneros empezaron a construirla en el otoño de 1941 y fue utilizada por primera vez a comienzos de 1942[175]. Aunque su apariencia era idéntica a la de la sala de duchas, contaba con unos agujeros en el techo que servían para introducir el gas venenoso. Krebsbach cometió un error de bulto en su diseño que se hizo patente en el momento en que gasearon al primer grupo de deportados. Tomás Salaet explica lo que ocurrió: «Trabajé en una cámara de gas. Era como unas duchas, una habitación de unos 25 a 30 metros cuadrados, con sus tuberías y duchas. En vez de dejar que la puerta se abriera hacia fuera, la

construyeron abriéndose hacia adentro. Al dar el gas, todos los presos llevados por el instinto de salvación, se lanzaron hacia la salida y se quedaron muertos detrás de la puerta. A los alemanes les costó mucho trabajo abrirla. Después la rectificaron para que abriera hacia fuera»[176].

El responsable de la farmacia del campo, el *SS-untersturmführer* Erich Wasicky, era el encargado de suministrar los productos que generaban el mortal gas. El más utilizado fue el tristemente célebre Ziklon B, que constituyó la principal arma para exterminar a millones de judíos en campos como Auschwitz-Birkenau o Treblinka. En Mauthausen, los médicos SS también experimentaron con otras sustancias como el Formalin, el Gix o el Aota. Su objetivo era encontrar productos más baratos y que mataran con mayor rapidez. Las consecuencias de estas pruebas fueron terribles. Hubo ocasiones en que las víctimas tardaron horas en morir, y otras, en que el gas experimental no logró su objetivo por lo que los agonizantes hombres fueron, finalmente, quemados vivos en el crematorio.

Todos los prisioneros, tal y como relata Francisco Griéguez, conocieron muy pronto lo que ocurría en esa supuesta sala de duchas situada en los sótanos de la cárcel: «Claro que lo sabíamos. Los propios SS y los *kapos* nos hablaban de ella. Nos amenazaban diciéndonos: “Si haces esto o haces lo otro, irás a la cámara de gas”».

Uno de los testimonios más valiosos de lo que allí ocurría lo puede seguir prestando Juan Romero. Este cordobés, que ya ha superado los 95 años de edad, mantiene la mente extraordinariamente lúcida. Su trabajo, recogiendo la ropa y las pertenencias de quienes llegaban al campo, le permitió comprobar la eficacia asesina de la cámara de gas: «Si había grupos de nuevos prisioneros que llegaban al campo y no iban a la ducha… ¡malo! Si los hacían esperar afuera es porque iban directamente a la cámara de gas, era automático. Era tan habitual que ocurriera, que ya estábamos acostumbrados. Una vez, llegó un convoy de judíos en el que había hombres, mujeres y niños. Era un grupo de unas treinta o cuarenta personas. Pasaron delante de nosotros y una niña, pequeñita, me miró y me sonrió…». Juan carraspea y desvía la mirada. Gana tiempo para recobrar la serenidad y poder así concluir su relato: «Me sonrió un poquito. La pobre niña, ignorante, no sabía a dónde iba. Su cara y su sonrisa la sigo viendo por las noches, cuando me voy a la cama. Nunca he podido olvidar aquello».

La utilización de gas en el subcampo de Gusen es un asunto que, aún hoy, se sigue investigando. Los nazis no construyeron una cámara permanente como la de Mauthausen. En su lugar, realizaron gaseamientos masivos en el interior de determinadas barracas que, previamente, habían sido selladas herméticamente. Hasta ahora, la tesis mantenida por expertos como David Wingeate planteaba que estas ejecuciones fueron escasas y solo se produjeron en los momentos finales de la guerra[177]. Esta afirmación es rebatida por la historiadora austriaca y directora del Memorial de Gusen, Martha Gammer: «El primer exterminio por gas se realizó el 2 de marzo de 1942. Los alemanes utilizaron un producto para matar ratas con el que

gasearon a 164 prisioneros de guerra soviéticos. Existen documentos y testimonios que demuestran que los SS empleaban, como cámaras de gas, barracas selladas herméticamente y también una granja situada en las proximidades del pueblo de St. Georgen».

Los únicos testigos de las atrocidades cometidas en esa granja son los propios habitantes de ese municipio austriaco. Los prisioneros, por su parte, confirman que los gaseamientos no se limitaron a una sola barraca. Emilio Caballero tuvo el triste honor de habilitar una de ellas para este fin: «Al grupo de los albañiles nos hicieron realizar los trabajos de aislamiento y todo lo necesario en la barraca 16. Fue dentro del campo de Gusen donde se produjo el gaseamiento de todos los presos que, en esos momentos, se encontraban en ella, en particular oficiales del Ejército soviético».

José Marfil asistió a otra de estas ejecuciones masivas. En este caso, los SS habían seleccionado a los presos más débiles y los habían reunido en el interior de otro barracón: «Los alemanes habían bloqueado previamente todas las ventanas. Después llenaron de Ziklon B la barraca. Nuestros pobres camaradas, ante la horrible muerte que se avecinaba, se apiñaron en las ventanas. La barraca parecía que iba a explotar, el pánico de los desgraciados era perceptible desde el exterior, los gritos eran terribles. Nosotros permanecíamos impotentes, paralizados por el horror. ¿Cuánto tiempo pasó hasta que llegó el silencio? No lo sé, pero recuerdo que los equipos de limpieza estuvieron trabajando toda la noche. En ese momento fui consciente de que esa pesadilla me perseguiría toda la vida».

Rafael Álvarez había estado alojado en esa barraca hasta horas antes de la masacre. Su cama fue ocupada por un rumano de aspecto esquelético y él fue trasladado a otro dormitorio: «La tarde siguiente, después del regreso del trabajo, fui a ver la barraca que había hecho las funciones de cámara de gas. La “saca” de mi camastro estaba despanzurrada; tenía un agujero por el que el rumano debió meter su cabeza buscando el oxígeno salvador que sus pulmones necesitaban. Por el suelo se veían manchas de vómitos y sangre; camastros, sacas y tablas habían sido esparcidas por el suelo. Parecía un campo devastado después de una encarnizada batalla. La puerta y las ventanas estaban abiertas. Reinaba un silencio abrumador»[178].

Es muy probable que Marfil y Álvarez se refieran a los hechos que detalla la historiadora Martha Gammer: «Hubo una acción especial consistente en ubicar a los prisioneros en el bloque 31. La barraca, que estaba situada detrás de la enfermería, fue gaseada con más de 600 presos en su interior. Después realizaron una segunda ejecución con otros 600. Se trataba del periodo final y el objetivo era exterminar al mayor número posible de hombres».

MÉTODO 10: FORMAR HASTA CAER EXTENUADO

Servídeo García, tras su liberación, hizo el ejercicio de calcular el tiempo que había

pasado formado, en posición de firmes, durante su cautiverio. La cifra resultante era reveladora: 3000 horas. No se trata de una estimación exagerada puesto que, además de las habituales revistas matutina y vespertina, a los prisioneros se les sometía a interminables formaciones de castigo.

Siegfried Meir describe lo que sucedía en ellas: «Tenías que estar muy recto y con la cabeza baja. Duraban mucho tiempo. Cinco, seis horas o mucho más. Lo hacían a propósito para ver cómo la gente se tambaleaba. Cuando veían que un prisionero no podía permanecer erguido y se iba a caer, le sacaban de la formación y ya no le veíamos nunca más».

Como ya hemos visto, los SS solían inventarse falsas fugas para castigar a los deportados. Su crueldad era aún mayor cuando se trataba de evasiones reales. En agosto de 1941, tras la fuga de varios prisioneros del pequeño subcampo de Bretstein, sus 45 compañeros permanecieron formados de día y de noche. Alfonso Cañete estaba entre ellos: «Nos tuvieron dos días enteros formados. No podías cagar ni mear, ni te daban nada para comer. Estábamos uno detrás de otro y no te podías mover; si lo hacías, los SS te daban cuatro o cinco palos con un vergajo. Lo malo no era eso, lo peor era cuando nos acostábamos; estábamos tirados contra el suelo boca abajo, pero el terreno era de tierra y como no podías ir al váter lo hacías acostado, cuando se meaba el que estaba en lo alto, el líquido corría delante de tus narices. Había unos mosquitos que se te metían en la nariz y no tenías más remedio que menear la cabeza y entonces te daban con el vergajo. Fueron dos días de muerte, durísimos»[179]. Al menos dos presos murieron ese mismo día y varios más arrastraron secuelas que les acabaron costando la vida.

El 22 de junio de 1941, coincidiendo con el inicio de la invasión alemana de la Unión Soviética, todos los prisioneros fueron sacados de sus barracas y concentrados en el patio de los garajes. Miles de hombres se hacinaron allí entre las tres de la madrugada y las nueve de la noche. Se trataba de la mayor operación de desinfección que se vivió en el campo. Las barracas fueron gaseadas con pesticidas e insecticidas industriales para tratar de acabar con los piojos, pulgas y demás parásitos. Si bien, durante esas largas horas, los deportados no tuvieron que permanecer formados, sí se encontraban a la intemperie y completamente desnudos. Francisco Griéguez pasó por ese suplicio: «Nos raparon y nos metieron la cabeza en unos cubos con desinfectante. Después nos llevaron a los garajes y allí pasamos todo el día en cueros».

Durante toda la jornada, los altavoces emitían música castrense y proclamas victoriosas del Reich. La fecha elegida para esta gran desinfección no parece ser casual; los oficiales del campo temían que el inicio de la ofensiva militar contra la URSS pudiera empujar a los prisioneros a emprender una sublevación. Sin embargo, no hubo revuelta alguna, tan solo muchas muertes. El frío de la madrugada, el calor del día, la deshidratación y el agotamiento se cobraron numerosas vidas. Algunos supervivientes hablan de cerca de 150 fallecidos, aunque el dato real es imposible conocerlo ya que la sangría continuó cuando los debilitados reclusos regresaron a sus

barracas. Ese momento lo relata José Alcubierre: «En el instante en que nos hicieron entrar en los barracones, caíamos como moscas al respirar aquella cosa con la que habían desinfectado las barracas. Algunos caían muertos en el acto». Agapito Martín amplía el relato: «Al caer la noche nos dieron la orden de replegarnos hacia el campo. Ninguno de nosotros podría haber imaginado que, para desinfectar nuestras barracas, habían utilizado el mismo producto que empleaban en las cámaras de gas. Todos los bloques habían sido sellados, de modo que abrimos la puerta y las ventanas y nos pusimos a quitar las protecciones que impedían la salida del gas. Comenzamos a limpiar y a preparar el dormitorio que seguía teniendo un intenso olor. Cuando llegó el momento de guardar silencio, en el dormitorio no se oía ni el zumbido de una mosca. A la mañana siguiente, al despertar, muchos compañeros ya no vieron la luz del sol»[180].

La desinfección concluyó con muchas víctimas y sin que se produjera la temida rebelión. Lo que nunca supieron los responsables del campo es que, ese día, un grupo de españoles aprovechó esas horas de sufrimiento para hablar de política y de resistencia. Ese triste 22 de junio de 1941 surgió el embrión de la organización clandestina de los prisioneros de Mauthausen.

MÉTODO 11: LA ALAMBRADA ELECTRIFICADA

El tendido eléctrico que rodeaba inicialmente la mayor parte del campo central se fue reduciendo según avanzaba la construcción del gran muro de piedra. Aun así, siempre permaneció una zona del perímetro protegida únicamente por la alambrada. Era el extremo noroeste del campo, el que se encontraba detrás de las barracas 5, 10 y 15. Durante el día, como los prisioneros se encontraban trabajando en el exterior, la valla permanecía desconectada. Al caer la tarde, cuando regresaban los diferentes *kommandos*, comenzaban a circular por sus alambres los 380 voltios de electricidad.

Mariano Constante dormía en la barraca 15. La cercanía a la valla constituía una tentación demasiado fuerte para que sus guardianes la pasaran por alto: «Por las noches venían los SS y ordenaban a los prisioneros que salieran a tocar las alambradas. Cuando los desgraciados no lo hacían, los SS les empujaban para que, al caer, no tuvieran más remedio que agarrarse a los hilos eléctricos recibiendo la descarga mortal y haciendo chispear las alambradas como si fueran fuegos artificiales».

El cerco eléctrico era, además, una invitación para los presos desmoralizados que no se veían capaces de soportar un día más de tormento en el campo.

MÉTODO 12: EL CREMATORIO

Situado junto a la cámara de gas, su chimenea no dejaba de escupir humo durante 24

horas, los 365 días del año. Su funcionamiento dependía directamente de la oficina de la Gestapo, que dirigía Karl Schulz. El crematorio era el lugar en el que se eliminaban los centenares de molestos cadáveres que se acumulaban en el campo cada jornada. Sin embargo, existen multitud de testimonios que demuestran la cremación de prisioneros que aún se encontraban con vida. Dámaso Ibarz tuvo ocasión de vivirlo en repetidas ocasiones: «Junto a los que morían por hambre o agotamiento, había prisioneros que aún estaban vivos. Los recogían como si fueran basura y los llevaban al crematorio». Ibarz, junto a otros compañeros, logró salvar a un paisano de Fraga que se había desvanecido: «Antonio Ezequiel estaba en el suelo y los cabos de vara ya iban a cargarlo en el carro de los muertos. Entre varios conseguimos apartarlo porque, si no, lo hubieran quemado vivo»[181].

Aún más estremecedora es la historia de Josep Rosés, que literalmente consiguió regresar del mundo de los muertos. Su fuerte constitución y un carácter rebelde le convirtieron en objetivo de los SS y de los *kapos* del subcampo de Steyr. Tras una de las muchas palizas que recibió, sus verdugos creyeron que había fallecido y le arrastraron hasta el depósito. Rosés tuvo suerte porque en Steyr no había crematorio y los cuerpos eran trasladados 30 kilómetros, hasta Mauthausen. Cuando recuperó el conocimiento, se encontraba en el campo central cubierto por una montaña de cadáveres. A pesar de su extrema debilidad logró zafarse de ellos y llegar hasta la enfermería. Desde allí fue enviado a la barraca en que le contó su odisea a Josep Simon: «Rosés arrastró una cojera durante toda su vida. Su mujer contaba que, hasta el día de su muerte, gritaba en sueños: “Soy inocente, soy inocente”».

La sola presencia del crematorio era una tortura para los internos. José Alcubierre sigue mirando hacia el cielo cuando habla de este tema: «Las llamas salían por la chimenea. Durante todo el día y toda la noche. Y cuando el viento soplaba hacia nosotros, llegaba el olor a carne quemada». Ramiro Santisteban dormía en la barraca número 6: «Tenía el crematorio justo enfrente de la ventana donde yo dormía. Si venía el viento de ese lado te cascaba todo el olor. La chimenea nunca la he visto parada y siempre con llamas que subían 5 o 6 metros».

Con el paso del tiempo, los prisioneros no solo se acostumbraron a ese hedor amargo, sino que podían identificar el tipo de personas que estaban siendo incineradas. Les bastaba con mirar el aspecto del humo que expulsaba la chimenea: «Los jóvenes y sanos generaban humaredas negras, aceitosas, y llamas que lamían las chimeneas. Los viejos y demacrados emitían un humo amarillo pálido»[182].

En Gusen, recientes estudios han permitido realizar un descubrimiento sorprendente: el crematorio tiene ruedas. La historiadora Martha Gammer explica el porqué: «Por los datos de que disponemos, el horno llegó aquí en el verano de 1940 y es entonces cuando empezó a utilizarse. En ese momento la tasa de mortalidad era más alta que en el campo central y por eso necesitaban eliminar los cuerpos rápidamente». Gammer cree que el crematorio móvil era desplazado de un lugar a otro según las necesidades de los SS. Fue en enero de 1941 cuando lo instalaron en su

emplazamiento actual y definitivo.

El nivel de víctimas creció tanto durante los meses finales de la guerra, que se construyó un segundo crematorio en Mauthausen y se volvió a ampliar el de Gusen. Fue en este último campo y en esa época cuando a José Marfil le seleccionaron para trasladar el cuerpo de un judío que acababa de ser asesinado: «Tuvimos que llevarlo al crematorio entre cuatro. Era la primera vez que entraba en su interior. Era un almacén inmenso, blanco, pero no había nada, solo muertos. Estaban unos encima de otros, colocados de forma ordenada, cabeza con pies y pies con cabeza, para que entraran más. Debajo del montón, por el peso, salía un líquido que parecía café con leche. Un grupo de presos estaba allí, metiendo los muertos dentro de los hornos y sacando ceniza».

Crematorio y cámara de gas constituían el corazón de la máquina de exterminio nazi. Por ello, Berlín había establecido unas estrictas normas para todos los campos de concentración. Los prisioneros que formaban parte de los llamados *sonderkommando*, los comandos especiales que trabajaban en estos dos lugares, debían ser eliminados periódicamente. El objetivo era evitar que hubiera testigos que pudieran contar lo que allí ocurría. El comandante del campo, Franz Ziereis, reconoció que esta orden había sido cumplida a rajatabla durante todo su mandato. Puntualmente, una vez cada tres semanas se asesinaba a todos los hombres que trabajaban en las cámaras de gas y los crematorios de Mauthausen y Gusen[183].

MÉTODOS 13, 14, 15…: UN HORROR SIN LÍMITES

La tipología criminal es tan amplia como retorcida la sádica imaginación de los SS que custodiaban y dirigían los campos. Cada deportado contempló con sus ojos cómo guardianes y *kapos* compitieron en la búsqueda de métodos aún más crueles para asesinar. Alfonso Maeso nunca logró borrar el terror que le provocó ver a varios SS convertir en criminales a los propios prisioneros. Primero enterraron a un yugoslavo, dejando su cabeza al descubierto. A continuación forzaron a sus compañeros a patearla, como si fuera un balón de fútbol, hasta que murió: «Poco después, mientras desalojaban del hoyo su cuerpo inerte, un espeso silencio dio paso al cansino murmullo de los picos y las palas; y muy dentro de mí, tanto que me costaba oírlo, un fino hilo de voz gritaba: “La vida sigue, la vida sigue”».

Lo mismo trató de pensar Cristóbal Soriano cuando vio el maltrato al que sometían a algunos compañeros en Gusen: «Trabajábamos fabricando material de guerra. Los SS les obligaban a coger con las manos el hierro recién fundido. Se las quemaban tanto que ya no podían trabajar más y, por esa razón, les acababan matando».

Borrar un número de sus minuciosos libros de registro. Eso era lo único que significaba para los SS la muerte de un ser humano. Su desprecio por la vida ha

quedado más que patente en estas páginas, pero quizás el suceso que mejor lo refleja es el que vivió Enrique Calcerrada: «Un día la sorpresa saltó durante la revista: “¡Hay un preso de más!”. Se realizaron varios recuentos y se revisaron los listados hasta identificar al espontáneo: “Tú estás muerto”, le dijeron. Se trataba de un polaco al que registraron como liquidado, probablemente porque fue dado por fallecido y trasladado en la carreta junto a otros cuerpos. De poco le sirvió haber sobrevivido. Tras unos momentos de chanza se lo llevaron y nunca volvimos a verlo». No había duda de que, ahora sí, el polaco estaba muerto.

Informe Hartheim.

El castillo de la eutanasia y la pureza de la raza

En la gran Alemania que soñaba Hitler no había lugar para el diferente, ya fuera por su raza, religión, ideología o tendencia sexual. El Führer tuvo que esperar unos años, desde que llegó al poder, para ejecutar sus planes de exterminación con los que pretendía limpiar Europa de judíos, gitanos y otras minorías. Sin embargo, pudo poner en práctica desde el primer momento otras medidas encaminadas a garantizar la deseada pureza de la raza aria.

La primera de ellas la había expuesto con claridad en *Mein Kampf*, su particular biblia ideológica: «El Estado debe procurar que solo engendren hijos los individuos sanos, porque el hecho de que personas enfermas o incapaces pongan hijos en el mundo es una desgracia, en tanto que el abstenerse de hacerlo es un acto altamente honroso».

Seis meses después de ser nombrado canciller, su Gobierno aprobó la «Ley para la prevención de descendencia con enfermedades hereditarias», que entraría en vigor el 1 de enero de 1934. En ella se establecía la esterilización forzosa de personas que padecieran: «1. Deficiencia mental congénita; 2. Esquizofrenia; 3. Depresión maniaca; 4. Epilepsia hereditaria; 5. Baile de San Vito hereditario (enfermedad de Huntington); 6. Ceguera hereditaria; 7. Sordera hereditaria; 8. Serias deformidades físicas hereditarias. Además, cualquiera que sufra alcoholismo crónico puede ser esterilizado»[184].

Se abrieron por todo el país dos centenares de cortes eugenésicas para estudiar y aprobar las operaciones de esterilización. Los médicos y enfermeros fueron obligados a denunciar ante las autoridades a aquellos pacientes afectados por la ley. Durante el primer año de su entrada en vigor las cortes eugenésicas ordenaron la esterilización de 62 463 personas. Diez años después, tras la finalización de la guerra, las víctimas sometidas a este tipo de prácticas ascendían a cerca de 300 000. Hitler no fue, en cualquier caso, el ideólogo de las leyes eugenésicas. La inspiración le había llegado desde la orilla oeste del océano Atlántico. A comienzos de los años 30, la mitad de los Estados Unidos contaba con una legislación que autorizaba la esterilización

forzosa de discapacitados, delincuentes sexuales y enfermos mentales[185].

EUTANASIA, UN ASESINO EDULCORADO

Para Hitler la esterilización era solo un primer paso necesario pero que no acababa con el problema de fondo. Un gran número de discapacitados requerían internamiento en instituciones estatales o ayudas públicas en las que se invertían muchos millones de marcos. Desde antes incluso de su llegada al poder, el aparato de propaganda del NSDAP bombardeó a la población con anuncios en prensa y carteles que cubrían las paredes de las ciudades y pueblos de Alemania, en los que denunciaba el inasumible coste que representaba para el Estado cargar con las personas «insanas». Resultaba imprescindible ir, por tanto, más allá y eliminar directamente ese lastre.

Hitler aprovechó un caso especialmente dramático para activar el ambicioso programa de eutanasia. El 20 de febrero de 1939, un niño llamado Gerhard Herbert Kretschmar había nacido en Leipzig con diversas taras. El bebé carecía de parte de un brazo y de una pierna y existían dudas sobre sus capacidades mentales. Su padre quiso acabar con su vida y, ante la oposición de los doctores, solicitó ayuda a Hitler. El Führer ordenó a su médico personal, Karl Brandt, que acudiera al hospital y examinara al pequeño. Según el propio Brandt declaró tras la guerra en los juicios de Núremberg, Hitler le pidió que, en caso de confirmarse las deficiencias físicas del bebé, autorizara su eliminación. El niño fue asesinado el 25 de febrero por los médicos de Leipzig, bajo la supervisión de Brandt.

Satisfecho por el resultado del que sería conocido como «caso Knauer», Hitler encargó a Brandt y al jefe de su Cancillería, Philipp Bouhler[186], establecer un programa para matar a los niños que sufrieran defectos físicos o mentales. En el verano de 1939 se aprobó un decreto en el que se obligaba a los médicos y enfermeros a informar sobre los niños menores de tres años que sufrieran malformaciones. En cada centro, una comisión formada por tres doctores decidía la suerte del pequeño. Si su veredicto era «eutanasia» se le trasladaba a una sala especial del hospital para ser asesinado.

La extensión de esta práctica a los adultos se oficializó en octubre de 1939. Hitler dictó una orden secreta en la que asignaba esta misión a Brandt y Bouhler. El documento, firmado de puño y letra por el Führer, exoneraba de toda responsabilidad a los doctores que aplicaran la eutanasia siguiendo los criterios marcados por el Gobierno: «Con el fin de que los pacientes considerados incurables, de acuerdo al mejor juicio humanitario de su estado de salud, reciban una muerte compasiva»[187]. Hitler temía la reacción de la opinión pública alemana y, por ello, se empeñó en que la operación se desarrollara con la máxima discreción. La organización encargada de ejecutarla tomó su nombre en clave, «T4», de la dirección en que se ubicaba su sede central en Berlín: Tiergartenstrasse, 4.

Para llevar a cabo sus propósitos, Brandt creó varias asociaciones que escondían detrás de sus caritativos nombres un entramado de sufrimiento y de muerte. La Fundación de Beneficencia para el Cuidado Institucional, la Oficina Central de Compensación para Hospitales y Asilos de Ancianos y la Fundación de Caridad para el Transporte de Enfermos con Limitaciones fueron las organizaciones tapadera que gestionaron los recintos en que se realizaron los asesinatos. En ellas trabajó personal civil y también unos 350 médicos de las SS. Fue precisamente este cuerpo, comandado por Himmler, el que se encargó de incautar seis edificios para reconvertirlos en centros de eutanasia: Bernburg, Brandenburg, Grafeneck, Hadamar, Hartheim y Sonnenstein. Se trataba de viejos manicomios, clínicas o asilos de ancianos.

Tras ser expropiados y trasladados sus internos a otras instituciones, los edificios pasaban a ser gestionados por algunas de las falsas asociaciones caritativas de la T4. El objetivo era que los vecinos de la zona no sospecharan cuál era el verdadero propósito para el que iban a ser utilizados. Técnicos de las SS procedían después a habilitar un espacio, con apariencia de sala de duchas, como cámara de gas. Junto a ella instalaban uno o dos hornos crematorios para deshacerse de los cadáveres. A partir de ahí el procedimiento era similar en todos los casos. Miembros de la T4 comenzaban a visitar los hospitales y asilos alemanes y austriacos. Seleccionaban a sus víctimas y las trasladaban engañadas, diciéndoles que su destino iba a ser un sanatorio de reposo.

El transporte se realizaba en autobuses grises que llevaban las ventanillas tapadas para que nadie pudiera ver quiénes viajaban en su interior. A su llegada al centro, los pacientes desembarcaban en zonas habilitadas especialmente para ello, alejadas de las miradas de los curiosos. Un grupo de administrativos, médicos y enfermeros inscribía sus datos en un registro. Sin perder ni un solo minuto se les pasaba a una sala para que se desnudaran, se les fotografiaba y, finalmente, entraban en la cámara de gas, donde morían asfixiados por monóxido de carbono. Los cuerpos que destacaban por sus especiales malformaciones eran diseccionados e investigados; el resto de los cadáveres iba al crematorio. Finalmente, se enviaba a sus familiares una urna con las cenizas, una carta de condolencias y un certificado de defunción en el que se consignaba una causa ficticia de la muerte.

Entre diciembre de 1939 y enero de 1940 comenzaron los gaseamientos en Bernburg, Brandenburg y Grafeneck. Hartheim y Sonnenstein no entraron en funcionamiento hasta finales de la primavera mientras que Hadamar lo hizo a partir de enero de 1941. Estos edificios se encontraban aislados, a cierta distancia de los cascos urbanos y debidamente protegidos para evitar que los habitantes de la zona pudieran acercarse a ellos. En Hadamar se colocaron carteles advirtiendo a la población del riesgo de contraer enfermedades infecciosas si se aproximaban al hospital.

A pesar de todas estas precauciones, la actividad de estos centros no pudo pasar

desapercibida durante mucho tiempo. La llegada ininterrumpida de pacientes a los que nunca se veía pasear por los jardines, el humo negro que expulsaba permanentemente la gran chimenea instalada en el tejado y, sobre todo, el terrible olor a carne quemada dieron la voz de alarma. En Brandenburg los vecinos y las autoridades locales expresaron su inquietud por lo que ocurría en el interior del «sanatorio». Las pestilentes fumarolas y las llamas que salían por la boca de la chimenea obligaron a los SS a trasladar el crematorio a un segundo edificio situado a más de cinco kilómetros de distancia.

En Grafeneck la líder del movimiento femenino del Partido Nazi escribió a un dirigente local para trasladarle su preocupación. En su carta hablaba de la «terrible impresión» que estaba generando en la población lo que allí ocurría: «Obviamente nuestro Führer no sabe nada acerca de esto pero el partido puede perder su credibilidad si sigue engañando a la población». La misiva acabó en manos de Himmler, que en diciembre de 1940 respondió al dirigente local de su partido en los siguientes términos: «Puedo informarle de forma reservada que los hechos que tienen lugar han sido autorizados por el Führer y son ejecutados por un grupo de médicos. Las SS solo prestan asistencia con camiones, coches… Estoy de acuerdo con usted en una cosa. El proceso debe haber fallado si el asunto, como parece, ha pasado a ser de dominio público»[188]. Himmler terminaba su carta anunciando su compromiso de «desactivar Grafeneck», cosa que efectivamente hizo ese mismo mes.

Quejas similares se fueron produciendo en el resto de las localidades cercanas a los centros de eutanasia, lo que llevó a Hitler a dar por finalizado el programa, en agosto de 1941. En año y medio de gaseamientos, los responsables de los centros registraron en sus libros el ingreso y «desinfección» de más de 70 000 personas. Cada «sanatorio» eliminó de media a 10 000 internos, salvo Hartheim que estuvo cerca de doblar esta cifra[189]. La organización también dispuso en Alemania y Polonia de unidades móviles en las que se asfixiaba a los pacientes de los asilos y manicomios. Se cree que pudo haber, por tanto, varios miles de muertos de los que no quedó huella alguna.

En las oficinas de la T4 se escribieron orgullosos informes evaluando el ahorro que había representado para Alemania esta operación. En ellos se concluía que en caso de no haber sido eliminadas, las más de 70 000 víctimas habrían supuesto un gasto para el Estado de más de 885 millones de marcos.

En todo este proceso destaca la implicación de buena parte de la comunidad médica alemana y, muy especialmente, del personal que servía en los centros de eutanasia. Uno de los trabajadores de Hadamar relató la fiesta que organizaron para celebrar su récord de asesinatos: «El doctor Berner dijo que se iba a incinerar el cadáver número 10 000 y que todo el personal debía asistir a la cremación. Por la tarde nos reunimos en la sala del ala derecha, donde todos recibimos una botella de cerveza, y de ahí bajamos al sótano. El cadáver desnudo de un hombre muerto con hidrocefalia yacía en una camilla. Los incineradores colocaron el cuerpo sobre una

especie de bandeja y le empujaron al interior del horno. El señor Merkle[190], que llevaba un atuendo similar al de los clérigos, pronunció una oración fúnebre»[191].

Aunque es cierto que la mayor parte de las víctimas fueron enfermos mentales y discapacitados, la T4 sirvió para mucho más. En primer lugar, la subjetividad del término «insano» permitió eliminar a otro tipo de individuos no deseados, como mendigos, ancianos, judíos y alcohólicos. En segundo término, facilitó a los SS la posibilidad de experimentar métodos de exterminación masiva.

Una de las lecciones que Himmler aprendió de la T4 fue que los grandes centros de exterminio no podían instalarse dentro de Alemania por el impacto negativo que su presencia provocaba en la población. Esa fue una de las razones que le llevaron a elegir naciones ocupadas, especialmente Polonia, para levantar industrias del crimen como Treblinka o Auschwitz-Birkenau en las que perecerían millones de personas.

DE LA T4 AL TRATAMIENTO ESPECIAL 14f13

Aunque la T4 teóricamente dejó de funcionar en agosto de 1941, en realidad lo único que hicieron los jerarcas nazis fue detener la aplicación centralizada de la eutanasia. Desde ese momento la eliminación de los «insanos» no se realizó en los grandes centros, sino que se derivó a clínicas y hospitales de toda Alemania. Allí se les asesinaba con sobredosis de barbitúricos e inyecciones letales en un proceso conocido como «eutanasia salvaje», que provocó todavía más víctimas. Se estima que no menos de 130 000 hombres, mujeres y niños murieron de esta manera, entre agosto de 1941 y el final de la guerra.

De los seis grandes centros de eutanasia, Grafeneck y Brandenburg cerraron por el malestar generado entre la población. Hadamar desmanteló su cámara de gas y su crematorio para después sumarse a la «eutanasia salvaje», con la que eliminó cerca de 5000 personas hasta su cierre en marzo de 1945. Para los otros tres recintos se ideó un nuevo plan. Ya desde tres meses antes de la teórica liquidación de la T4, Himmler había planteado a Bouhler la posibilidad de extender el programa de eutanasia a los prisioneros de los campos de concentración que no fueran aptos para el trabajo. A esas alturas había campos como Mauthausen que aún no disponían de cámaras de gas[192] para realizar esta labor. Bouhler cumplió órdenes y puso a trabajar en ello a su número dos, el coronel Viktor Brack. Como siempre, los nazis bautizaron la operación con un rimbombante nombre en clave: *sonderbehandlung 14f13*, «tratamiento especial 14f13». 14f era el código con el que se registraba en los campos la muerte de un prisionero. Le seguía un número que determinaba el motivo del fallecimiento: el 1 para causas naturales, el 2 para suicidio o accidente, el 3 para intento de fuga… El 13 se asignó a quienes eran enviados a los centros de eutanasia. El término «tratamiento especial», que completaba el nombre en clave, denotaba el particular y macabro sentido del humor del que siempre hacían gala los líderes nazis.

En 1941 llegaron a Bernburg y Sonnenstein los primeros prisioneros procedentes de Buchenwald, Flossenbürg, Gross-Rosen, Neuengamme, Ravensbrück y Sachsenhausen. Hartheim recibió deportados de Dachau y, sobre todo, de Mauthausen. Los médicos de la T4 visitaban los campos de concentración y realizaban la selección de aquellos internos considerados enfermos y especialmente inútiles por los SS que estaban a cargo de su custodia. Rara vez los doctores se molestaban en examinar a los elegidos. Los prisioneros subían a los camiones convencidos de que les conducirían a un sanatorio en el que podrían recuperar la salud y, así, volver a ser trabajadores útiles para el Reich. Sin embargo, cuando llegaban al centro de eutanasia correspondiente seguían el mismo y rápido camino hacia la muerte que habían recorrido meses atrás los miles de discapacitados alemanes. En menos de seis horas, sus restos abandonaban el lugar a través de la chimenea del crematorio.

A diferencia de lo que ocurrió durante el periodo inicial de la T4, los nazis no registraron la mayoría de estos gaseamientos. Por ello no es posible dar una cifra exacta de víctimas, aunque las estimaciones realizadas por los expertos hablan de un mínimo de 20 000 prisioneros asesinados. De ellos, más de la mitad lo fue en Hartheim, el lugar en el que perdieron la vida varios centenares de españoles.

HARTHEIM, SUBCAMPO DE MAUTHAUSEN

Desde el siglo XVII, la estilizada silueta del castillo renacentista de Hartheim reina sobre el horizonte de la Alta Austria. En 1898 el edificio fue donado por su dueño, el príncipe Starhemberg, a una organización caritativa que lo convirtió en un asilo para enfermos mentales. Tras la anexión alemana, las SS se hicieron cargo de él y lo dotaron con dos hornos crematorios y una cámara de gas de 6 metros de largo por 4 de ancho. Hartheim se convirtió así en uno de los seis centros de eutanasia utilizados por el régimen nazi.

Su ubicación resultó ser ideal para exterminar prisioneros de los campos de concentración. Mauthausen se encontraba a solo 35 kilómetros de distancia. Desde allí, a partir del verano de 1941, comenzaron a llegar los primeros deportados para ser gaseados. Después se unirían, aunque en menor número, reclusos de Dachau y otros campos. La vinculación de Hartheim con Mauthausen fue tal, que en abril de 1944 pasó a depender administrativamente del comandante Franz Ziereis. El castillo acabó, por tanto, convertido en uno más del centenar largo de subcampos que tenía Mauthausen.

Uno de los primeros en describir el interior del castillo y su funcionamiento fue el mayor Charles H. Dameron. En junio de 1945 dirigía uno de los equipos del Ejército de Estados Unidos que investigaba los crímenes de guerra nazis. En su informe final detalla numerosos aspectos sobre Hartheim: «Se instaló en la planta baja del edificio

una sala de recepción, sala de fotografías, sala para desnudarse los pacientes, cámara de gas, mortuorio, sala equipada con un horno crematorio y una sala de disección. Una máquina eléctrica para machacar huesos formaba también parte del equipo y existen evidencias de que hubo dos hornos en el crematorio. La institución operaba bajo la dirección de la conocida como Fundación para el Cuidado Institucional cuyo cuartel general estaba en la calle Tiergarten, 4 de Berlín (…). La mayoría de los trabajadores llegó entre abril y mayo de 1940, y provenían de las SS, SA o fueron contratados por los anteriores. Todos los empleados entrevistados, desde la secretaria del director a la mujer de la limpieza, tenían que firmar un juramento por el que guardaban secreto sobre lo que vieran o escucharan en el establecimiento, bajo pena de muerte o de confinamiento en un campo de concentración».

Dameron habla de las primeras víctimas, enfermos mentales asesinados bajo el paraguas de la T4: «Eran traídos de sanatorios mentales como Linz-Niedermhart, Baumgartenberg, Gallneukirchen, Wien-Steinhof-Graz-Feldhof, Wiesengrund y otros». El informe explica que los responsables del lugar utilizaban términos como «redención» y «desinfección» para referirse a los asesinatos. Dameron describe todo el proceso, tal y como se lo contaron los propios trabajadores de Hartheim: «Las víctimas eran traídas en grandes autobuses con capacidad para entre 50 y 90 personas. El número de autobuses que llegaba cada día oscilaba entre dos y tres. Las víctimas siempre iban acompañadas de enfermeros o enfermeras, dependiendo de su sexo. Eran introducidas a través de un corredor cerrado a una sala donde revisaban su historial. Luego se les llevaba a otra sala donde eran desvestidos por los enfermeros y enviados inmediatamente a la sala de fotografía, donde a la mayoría se les retrataba. El siguiente paso era la cámara de gas en la que las víctimas eran reunidas en grupos de 60. Aquí eran sometidas al gas que les causaba la muerte en un periodo de 10 a 15 minutos. No hay una evidencia definitiva obtenida de los empleados del castillo con referencia a los tipos de gas utilizados, pero al menos durante el último año se usó monóxido de carbono. El gas causaba inmediatamente su muerte. El personal encargado de su cremación entraba luego en la cámara y trasladaba los cuerpos de las víctimas a la morgue adyacente, donde esperaban a ser incinerados. Aquellos que eran marcados por los doctores eran diseccionados con propósito experimental. Los cerebros se conservaban y eran enviados a Viena. El paso final en el tratamiento de los cadáveres era cumplido por los encargados de la incineración que lanzaban los restos en un horno de fuel. Las cenizas de las víctimas eran sacadas de los hornos y de forma indiscriminada se enviaban a los familiares. En palabras de un testigo: “No les preocupaba si eran las cenizas correctas o no” (…). En julio de 1941 empezaron a llegar a Hartheim prisioneros de Mauthausen para ser ejecutados (…) incluyendo rusos, polacos, ucranianos, españoles y alemanes. El número total de prisioneros del campo de concentración ejecutados en julio y agosto de 1941 se estima en 10 o 15 buses cargados con 60 personas cada uno, es decir, entre 600 y 900 prisioneros. A sus familiares no se les enviaba información alguna sobre su muerte»[193].

Uno de los SS encargados de incinerar los cadáveres se llamaba Vinzenz Nohel. Tras ser detenido después de la guerra por la policía austriaca, confesó algunos de los macabros detalles que rodeaban su trabajo diario: «Como el trabajo era extremadamente duro y muy estresante, recibíamos cada día un cuarto de litro de aguardiente (…). En una ocasión fueron gaseadas 150 personas de una vez. La sala de gas estaba repleta hasta el punto de que la gente que se encontraba dentro se sostenía en pie por la presión de unos cuerpos con otros. Cuando acabó todo, nosotros tuvimos dificultad para separar los cadáveres. La sala que servía como depósito para los cuerpos estaba al límite de su capacidad. Los cadáveres que se encontraban aplastados en el suelo, por el peso de los demás, estaban empezando a descomponerse. En otra ocasión llegó un transporte de mujeres enfermas de tifus. Por orden del capitán Wirth, cuatro mujeres fueron conducidas a la sala roja y allí fueron despachadas de un tiro en la nuca por el propio capitán. Ya que hablo de mujeres, quisiera mencionar que estas resultaban más fáciles de incinerar que los hombres. Creo que eso podría deberse a que tenían mayor cantidad de grasa. Al principio los restos de las incineraciones eran tirados al Danubio, pero más tarde empezaron a enterrarse. Sobre la persona del capitán Wirth, solo quisiera decir que ese tipo era una bestia. Amenazaba a todos, en cuanto tenía ocasión, con enviarles a los campos de concentración o con el fusilamiento. Con esto, creo que he dicho todo lo que sabía. Todavía tengo fuertes pesadillas, en algunas de ellas se me aparecen los muertos en espíritu y creo volverme loco»[194].

El siniestro capitán Wirth al que alude Nohel en su declaración fue uno de los mayores criminales nazis de la historia. Tras servir en Hartheim, ejerció como comandante de los campos de exterminio de Chelmno y Belzec, donde introdujo los gaseamientos masivos que le permitieron asesinar a centenares de miles de personas. Hasta el final de la guerra siguió vinculado a la «solución final», trabajando de inspector en otros campos de exterminio como Treblinka.

El tiempo de «aprendizaje» que Wirth pasó en Hartheim lo hizo como jefe de la Administración y de todo el personal. Por encima de él solo estaban los dos médicos que gestionaron el centro de eutanasia durante sus cinco años de existencia. El máximo responsable fue Rudolf Lonauer, un psiquiatra de la cercana ciudad de Linz, firme defensor de las teorías pseudocientíficas que justificaban la supremacía de la raza aria y la necesidad de preservarla. Lonauer permaneció en el cargo hasta mediados de 1943. En ese momento le sustituyó el que hasta entonces había sido su número dos, un doctor nacido en Estrasburgo llamado Georg Renno. Descrito como un hombre sin sentimientos por sus subordinados, declaró, en una de las ocasiones en que fue juzgado tras la guerra, que abrir el circuito que llenaba de gas la cámara en que se encontraban los prisioneros «no representaba nada especial» para él.

El resto de la plantilla de Hartheim lo componía unas 70 personas entre médicos, enfermeros, administrativos y personal de limpieza. Vivían en el propio castillo y eran obsequiados por sus superiores con fiestas nocturnas y excursiones que solían

compartir con los SS que custodiaban Mauthausen; un merecido descanso tras duras jornadas de trabajo en las que llegaban a exterminar a 200 prisioneros. Durante los cinco años que estuvo operativo murieron en Hartheim más de 30 000 hombres, mujeres y niños. Entre ellos hubo, al menos, 449 españoles.

LOS ESPAÑOLES DE HARTHEIM

Entre agosto y septiembre de 1941 llegaron a Hartheim los primeros grupos de republicanos procedentes de Mauthausen. En los libros de registro del campo de concentración se reflejaba que el destino de los prisioneros era el *lagersanatorium Dachau*, «campo-sanatorio de Dachau». Solo en esos dos meses murieron gaseados unos 240, más del 50% del total de víctimas españolas que perecieron en el castillo. Ochenta más fueron asesinados en diciembre de ese año, unos 120 en 1942 y una decena en 1944.

La historiadora Rosa Torán destaca la importancia que tuvo Hartheim para la deportación española: «El castillo de Hartheim funcionó como un verdadero *kommando* de Mauthausen. Antes de que se instalaran las cámaras de gas en el campo, los prisioneros que estaban más débiles y enfermos, con el eufemismo de trasladarles a un sanatorio, eran transportados hasta el castillo y gaseados. Fueron 449 los republicanos españoles de los que hay constancia documental que perdieron la vida en Hartheim. Aunque no fue la primera cámara de gas que utilizaron los nazis, tuvo una gran importancia histórica porque formó parte de la cadena que utilizaron para ir perfeccionando el método del asesinato en masa».

Los españoles que estaban recluidos en Mauthausen aportan datos relevantes sobre la forma en que los SS seleccionaban a los internos que debían ser trasladados al castillo. Algunos fueron trasladados a la fuerza, pero un gran porcentaje se ofreció voluntario creyendo que su destino sería realmente un sanatorio en el que poder recuperarse de la extrema debilidad que padecían. José Marfil trató de escapar del infierno que vivía en Gusen apuntándose en uno de los transportes que iba a partir hacia Hartheim: «No fui yo solo. Todo el mundo se apresuró para inscribirse. Se formó una larga cola. El secretario iba apuntando los números de la matrícula en su cuaderno. Finalmente, cuando me tocó estar frente a él, se negó a inscribirme. Yo estaba desesperado. No entendía por qué me rechazaba. Yo solo quería descansar y recuperar fuerzas. Hasta después de la liberación no comprendí que aquel hombre me había salvado la vida».

Cristóbal Soriano, sin embargo, trató de convencer a su hermano José de que intentara evitar su traslado al «sanatorio»: «Estábamos los dos en Gusen. Mi hermano arrastraba una herida de bala que sufrió durante la invasión alemana de Francia. En la barraca 12, en la que se encontraba, consiguió resistir unos meses porque como cantaba muy bien le cayó en gracia al jefe del barracón. Pero cuando le mandaron a

trabajar a la cantera fue incapaz de aguantar. Entonces le dijeron que le iban a llevar a un sanatorio para recuperarse y que después le darían la libertad. Yo le dije: “¿Estás loco? ¡No te presentes!”. Pero se presentó, lo subieron a un camión y ya no supe más de él. No sabía si estaba muerto o le habían liberado. Cuando acabó la guerra me enteré de lo que habían hecho con él». José Soriano fue asesinado en Hartheim en diciembre de 1941.

En esa época los oficiales de Mauthausen llevaban ya meses utilizando otro método para eliminar a los prisioneros. Se trataba de un camión herméticamente sellado, una verdadera cámara de gas móvil que recibía el nombre en clave de «unidad fantasma». El camión hacía el recorrido entre Gusen y Hartheim, conducido por oficiales de las SS, e incluso en algunas ocasiones por el propio comandante del campo, Franz Ziereis. Cuando los prisioneros se encontraban encerrados en la parte trasera, se conectaba a ella la salida del tubo de escape para que el monóxido de carbono hiciera su trabajo. Cuando el camión fantasma llegaba a su destino no quedaba ni un solo pasajero con vida. Sus cadáveres eran quemados en los hornos de Mauthausen, de Gusen o del propio castillo de Hartheim. También hubo españoles, como el almeriense José Cortés García, que fueron víctimas de este sádico procedimiento de exterminación.

En los momentos finales de la guerra, como hicieron en todos y cada uno de los campos, los nazis trataron de borrar las huellas de sus crímenes cometidos en Hartheim. Para ayudar en esas tareas, el 13 de diciembre de 1944 los SS trasladaron a un grupo de prisioneros desde Mauthausen. Entre ellos había dos españoles, Miguel Juste y Mauricio Pacheco, que trabajaban como albañiles. El testimonio de estos deportados es excepcional puesto que fueron los únicos, de los miles que pasaron por el castillo, que salieron con vida para contarlo. Pacheco narró así su experiencia: «En los garajes de los SS descubrimos unos montones de ropa de niño, de mujer y de hombre. En el parque encontramos infinidad de placas de identidad metálicas de las que usábamos en Mauthausen y también una fosa con restos de huesos humanos. Nuestro trabajo consistió en destruir todas las instalaciones que pudiesen delatar lo que los nazis habían hecho en el castillo. Cuando estábamos terminando aquellos trabajos, llegaron al castillo treinta y tantos niños acompañados por seis enfermeras y así el siniestro castillo se transformó en un centro de reposo para huérfanos de guerra»[195].

Los prisioneros temían ser asesinados al terminar su tarea. Por esa razón, Miguel Juste realizó una acción audaz. Entre los ladrillos del tabique que estaban levantando para ocultar los accesos a la cámara de gas, introdujo una botella con un mensaje en su interior: «Esta puerta la cerró el español Miguel Juste. Prisionero en Mauthausen. 18-12-44». Miguel dejó esa valiosa pista para la posteridad con la certeza de que sería una de las últimas cosas que haría en su vida. A su regreso a Mauthausen, los albañiles fueron escondidos por la organización internacional de los prisioneros. Sin embargo, quizá por el caos generado ante su inminente derrota o por alguna otra

razón que nunca sabremos, los SS no se preocuparon de buscarles. El mensaje de Miguel sería descubierto tras la liberación. Ese pequeño trozo de papel demostraba la terrible historia que se escondía detrás de los muros del feliz orfanato con que se encontraron las tropas norteamericanas, en mayo de 1945.

6

Sobrevivir

> «Quienes tenían esposa e hijos se acordaban a todas horas de ellos y acababan muertos. Yo, como no tenía a nadie, solo me preocupaba de comer y de permanecer con vida hasta la noche».
>
> FRANCISCO GRIÉGUEZ
> Prisionero n.º 4058 del campo de concentración de Mauthausen

Los republicanos españoles que lograron llegar con vida al verano de 1942 lo consiguieron gracias a un cúmulo de circunstancias. Sin embargo, tal y como apunta Virgilio Peña, hubo un factor común que les ayudó a resistir: «La mayor parte de los prisioneros de otros países solo contaban con meses de servicio en sus ejércitos y, en el caso de los civiles, ni siquiera con eso. Nosotros, en cambio, teníamos la experiencia de haber combatido y sufrido durante tres años en la guerra de España; eso y el haber tenido que sobrevivir en los campos de arena franceses de Barcarès, Saint-Cyprien…». Esa larga experiencia les decía que respetar las reglas del juego establecidas por los SS les conduciría directamente al crematorio. Los deportados fueron aprendiendo, a base de golpes, a improvisar conductas que les permitieran sobrevivir en la peligrosa jungla de los campos. Cada uno tenía sus trucos, aunque la mayor parte de ellos se pueden resumir en media docena de normas no escritas. Eran las seis reglas de la supervivencia: aparentar estar sano, no destacar, ser útil, tratar de ahorrar esfuerzos, comer todo lo posible y evitar caer en la melancolía.

Ya hemos visto cómo los prisioneros cumplían la primera de estas normas evitando ir a la enfermería. La virtud de no destacar la adquirían desde el mismo momento en que desembarcaban en la estación de ferrocarril y, desde entonces, la llevaban a la práctica cada minuto del día: «Que no me vieran, ese era mi objetivo —explica Francisco Griéguez—. Primeramente, cuando salíamos al trabajo, siempre pensaba en no ponerme en la orilla, ni ponerme delante ni detrás, siempre en medio. Y en todo momento hacía lo mismo… siempre con cuidado e intentando pasar desapercibido porque si ponían sus ojos en ti, no te escapabas. Había que conseguir que no te vieran».

Si alguien logró alcanzar un estado cercano a la invisibilidad, ese fue Siegfried

Meir. Al ser un niño, se tenía que quedar completamente solo, tanto en el recinto interior de Auschwitz como en el de Mauthausen: «Yo tenía un sexto sentido. Imagínate el campo casi vacío porque todos se habían marchado a trabajar. Y yo allí, solo, con nueve años, sin nada que hacer. Cuando veía de lejos abrirse la puerta y entrar a varios nazis siempre pensaba: ¿Para qué vendrán? Yo me escondo. Siempre estaba alerta y desaparecía cuando veía a gente que podía venir a hacerme daño».

Otra de las obsesiones de los deportados era demostrar a los SS que resultaba rentable mantenerles con vida. Profesores, abogados, o marineros como Francisco Batiste, sabían que no tenían utilidad alguna para los alemanes: «Juan Serralta, magnífico marmolista de mi pueblo, se apresuró a advertirme que olvidase taxativamente declarar que mi oficio era el de marinero. Un trabajo manual, fuera el que fuera, era preferible al intelectual o a cualquiera que fuera incompatible con los trabajos del campo». Ser útil, por tanto, resultaba imprescindible; pero ni mucho menos era la garantía de una larga vida en Mauthausen.

UN TRABAJO SALVAVIDAS

Las condiciones climáticas, la escasa alimentación y la extrema dureza del trabajo en la mayor parte de los *kommandos* generaba un cóctel que resultaba incompatible con la vida. Los prisioneros trataban de ahorrar energías como fuera. Una piedra sin cargar, un minuto menos sosteniendo el pico y la pala podían ser decisivos para poder finalizar la jornada. «Nos turnábamos para vigilar los movimientos de los SS y de los *kapos* —recuerda José Marfil—. Cuando no había ninguno cerca, trabajábamos más despacio. De esa manera conseguíamos aguantar un poco más».

Francisco Batiste matiza la eficacia real de esta estrategia: «Trabajar con la vista más que con los brazos era pura utopía en el contexto del campo, dando ocasión a despertar los instintos sanguinarios de la mayoría de nuestros vigilantes. A lo más que se podía llegar, con suerte, era a manejar la pala a un ritmo sostenido a quien le cupiese tal menester, hurtando algo de peso a su contenido y ayudarnos mutuamente en la carga de las vagonetas si se trataba de bloques de granito de peso excesivo». Se trataba, por tanto, de un recurso puntual más que de un método que garantizara la salvación. Por eso, para escapar de la muerte, el gran objetivo consistía en acceder a un puesto de trabajo especializado, alejado de la intemperie y de los *kapos* más sanguinarios. La enorme maquinaria de exterminación que era Mauthausen requería de un numeroso ejército de prisioneros que desempeñaran determinados trabajos básicos. Secretarios, zapateros, carpinteros, barberos, ordenanzas… Una larga relación de puestos que ocuparon los llamados *prominenten* o, como les llamaban los españoles, los enchufados. Llegar a ser uno de ellos suponía recibir un pasaporte hacia la vida.

Manuel Alfonso tenía que apoyarse en las paredes de la barraca para poder

alcanzar su litera. Llevaba dos meses trabajando en la construcción de una carretera y sus fuerzas habían llegado a su fin: «Si llega a durar quince días más no habría aguantado porque ya no podía más. Pero siempre he tenido suerte en los momentos críticos y, entonces, me reclamaron para trabajar en la oficina de arquitectos del campo. Como yo era dibujante, lo dije a mi llegada a Mauthausen, y me llamaron en el momento oportuno». Manuel aún tuvo que competir por el puesto con otros cinco deportados: «El día que hicimos las pruebas éramos seis. Tuve suerte y me escogieron a mí. Y eso que había un dibujante profesional que debía tener unos cincuenta años. Días más tarde le vi cargado con una gran piedra y, poco después, murió». Manuel pasó cuatro años, hasta la liberación del campo, en esa oficina en la que comía mejor y tenía hasta una estufa de carbón. «Siempre me sobraba un poco de comida, así que salía a la puerta de mi barraca y se la daba siempre al mismo. Era un prisionero francés que, como agradecimiento, me dio algunas lecciones para aprender su idioma. Otra ventaja que tuve es que me alojaron en el *block* de los enchufados y allí se estaba bien».

Esa barraca era la número seis y, tal y como dice Manuel, gozaba de mejores condiciones de espacio e higiene que el resto de los barracones en que se apiñaban los prisioneros. Mariano Constante describió así su primera noche junto a los enchufados: «Me encontraba en una litera individual, y, ¡supremo privilegio!, por primera vez en el campo, con derecho a colchoneta de paja y cubierta; era una bolsa o saco de cuadritos azules que servía para todo y la colocábamos como cubrecama. Acostumbrado a dormir prensado, sobre una tarima, con una manta para dos, aquello era un lujo»[196].

Lázaro Nates fue uno de los más afortunados y no llegó a trabajar ni un solo día en los *kommandos* más exigentes: «Fue al principio del todo. Aún no nos habían llevado a la cantera y el *kapo*, un gitano alemán, buscaba a alguien que barriera la barraca. Se lo pidió a un chaval, pero le dijo que no porque quería estar en el trabajo junto a su padre. Entonces levanté la mano y le hice el gesto de barrer. Se echó a reír y me cogió. Así pasé los primeros años, que fueron los más fríos, sin bajar a la cantera y trabajando a cubierto. En cierta manera, a ese empleo le debo la vida».

Eduardo Escot también logró quedarse a cargo de la limpieza de su barraca: «Eso significaba estar calentito y tener un poco más de comida. Cuando meses más tarde me trasladaron al subcampo de Bretstein, me salvó la vida mi experiencia como zapatero. Trabajaba en el interior de un barracón mientras otros compañeros morían de frío. Además fabricaba cosas para los *kapos*. A uno le hice unas botas con pedazos de viejas correas de la fábrica. A cambio me daba comida, que después compartía con otros españoles que estaban peor que yo».

Juan Romero cree que le debe la vida al *kommando* de la desinfección en el que se encontraba encuadrado: «Comíamos un poco más que los otros y no teníamos que salir a trabajar fuera del campo. Por eso logré sobrevivir. En el convoy en el que llegué al campo íbamos veinte españoles y solo salimos con vida tres o cuatro»[197].

Abandonar el campo central y ser trasladados a otros subcampos era una obsesión para quienes trabajaban en la cantera y en otros lugares extenuantes. Si marchar a Gusen era una muerte casi segura, otros *kommandos* ofrecían mayores opciones de sobrevivir. Ebensee era otro infierno en el que perecieron miles de prisioneros, aunque Marcial Mayans lo encontró menos hostil: «Sufrí mucho en Ebensee, pero era otra cosa. No se mataba tanto como en Mauthausen y podíamos dormir cada uno en nuestra cama, en lugar de dos o tres. Teníamos nuestro colchón de paja, una manta y la estufa que nos calentaba un poco».

El nuevo destino, en este caso Redl-Zipf, también supuso la salvación para Francisco Griéguez: «En Mauthausen, después del trabajo, para poder subir al campo me tenía que agarrar a los amigos. Ya no podía andar, estaba muy agotado. Un día, recuerdo que me senté en una piedra porque estaba totalmente hundido. En ese momento vino un compañero y me dijo: “Paco, el jefe de tu barraca está tomando nombres para salir”». Si bien Griéguez no sabía si el cambio le conduciría a algún matadero aún peor, no lo dudó ni un instante: «Fui corriendo para allá. Alrededor del *kapo* había lo menos 200 personas diciéndole: “¡Márcame, márcame!”. Conseguí ponerme delante y anotó mi número. Al día siguiente salí para Redl-Zipf. Allí, de vez en cuando, me ponían a pelar patatas y me daban una gamela extra. No era todos los días, pero una gamela de más a la semana era mucho».

Incluso en el mortífero Gusen los prisioneros tenían una pequeña oportunidad de escapar de la muerte si destacaban en determinados oficios. José Marfil era carpintero: «Durante años tuve suerte y fui sobreviviendo. Luego, mi experiencia profesional me sirvió de mucho. Conseguí que me seleccionaran para trabajar en la carpintería y durante el último año ya no tuve que salir del campo. Allí estuve bien y pude ayudar a bastantes amigos». Marfil conserva aún hoy varias fotografías de esos amigos en las que se puede leer una dedicatoria elocuente: «Gracias por tu comportamiento».

La otra cara de la misma moneda, también en Gusen, fue la que le tocó a Cristóbal Soriano. Ser un consumado sastre no le sirvió absolutamente de nada: «Nunca logré que me cogieran. Cuando los SS pidieron prisioneros que conocieran la profesión, yo me presenté inmediatamente. El comandante me miró de arriba abajo. Yo llevaba el uniforme de rayas todo roto, debido al trabajo en la cantera, así que debió pensar: “¡Pues vaya sastre que debe ser este!”. Me echó de un puntapié y me dijo: “¡Vete de aquí, puerco!”». Soriano logró salvarse porque un compañero le enseñó a cortar y pulir piedras, un trabajo que se realizaba a cubierto y que resultaba mucho más llevadero que el del resto de *kommandos* de la cantera.

«ORGANIZAR» COMIDA

Eran pocos los enchufados que, pese a todo, recibían una alimentación suficiente para

garantizar su supervivencia. La mayoría de ellos, eso sí, aprovechaba los pequeños privilegios de que gozaban en sus trabajos para robar algo de comida. El resto de los prisioneros también pasaba el día pensando y buscando la forma de sustraer una patata, un nabo o cualquier cosa que llevarse a la boca. Poco a poco, formaron pequeños grupos para ejecutar estos robos y después repartirse el botín. De hecho, los españoles llegaron a acuñar un término específico para referirse a estas acciones; ellos no robaban, lo que hacían era «organizar» comida.

Lázaro Nates la «organizaba» en su propia barraca. «Cuando barría el suelo siempre estaba solo. Entonces me dedicaba a registrar las camas en las que dormían los prisioneros que trabajaban en la cocina. Había veces que encontraba un pedazo de salchichón o de margarina… Y me lo quedaba todo. También recogía las colillas que tiraban los SS y, cuando tenía unas cuantas, se las cambiaba a algún compañero por algo de comida. Había gente que se estaba muriendo de hambre pero prefería fumar antes que comer. ¡Hasta qué punto llega el vicio del tabaco!», se sorprende todavía hoy Lázaro. Un poco más fácil lo tenía Juan Romero, que siempre encontraba algo masticable entre las pertenencias de los que llegaban al campo: «Quienes trabajábamos recogiendo sus ropas aprovechábamos los momentos en que los SS no estaban cerca para buscar en ellas. Entre las camisas y los pantalones de los deportados siempre aparecía algo que llevarse a la boca».

A Francisco Griéguez se le sigue iluminando la cara cuando recuerda el único robo que logró realizar en sus cuatro años de cautiverio: «¡Sí! ¡Una vez cogí un nabo! Pasábamos delante de la cocina y habían descargado un cargamento. Conseguí coger uno y lo escondí, más tarde, en la barraca. Tuve la mala suerte de que, al pasar revista, lo encontraron. El *kapo* me pegó dos bofetadas y me tuvo cuatro o cinco horas castigado junto al muro».

Francisco fue afortunado porque se encontraba en un subcampo en el que el trato era menos cruel. Si hubiera estado en el campo central o en Gusen, donde malvivía Cristóbal Soriano, la pena podría haber sido la muerte: «Pasábamos todo el día pensando cómo encontrar una patata, una zanahoria o algo. Un compañero te decía: “Va a llegar un tren con patatas”. Y te jugabas la vida para ver si podías coger alguna para luego repartírtela con los amigos. Si no te cogían, bien. Si te pillaban era la muerte. Era así de claro. Cuando acabábamos de trabajar y volvíamos al campo, a veces había un control. Si te encontraban una patata… Te daban palos y palos hasta que te mataban. O te colgaban por los brazos durante horas o días».

El hambre era, a pesar de todo, más fuerte que el miedo. Josep Figueras no lo dudó un instante cuando vio la posibilidad de darse su primer atracón en muchos años: «Otro compañero y yo tuvimos que llevar un recipiente con unos 50 litros de sopa. Aprovechando la ausencia de los SS, decidimos comer sin parar, hasta que nuestras barrigas se hincharon como una pelota. Yo pensé que reventaría. Como creía que iba a morir, llegué a decirle a mis compañeros que me buscaran en la enfermería cuando hubiera fallecido»[198]. Josep consiguió tumbarse en un lugar resguardado y

acabó recuperándose tras una eterna y dolorosa digestión.

Si bien los prisioneros que trabajaban en la cocina tenían más opciones de «organizar», también eran los que se encontraban más controlados. Luis Perea explica el sistema que ideó su amigo Miguel Aznar para llevar comida a sus compañeros: «Aznar trabajaba ayudando a los cocineros. Cuando le tocaba limpiar las enormes cacerolas en las que se guisaba, se bajaba los pantalones, cogía con sus manos la grasa sólida que quedaba en el fondo y se la untaba en el interior de los muslos y en las nalgas. Cuando llegaba a la barraca la desprendíamos de su cuerpo y nos la comíamos».

MANTENER LA MORAL O MORIR

«Nos salvamos los que creían en Dios y los que creíamos en Stalin. Eso es una verdad como un templo. Quienes éramos conscientes de haber luchado por una causa justa en España y después por echar a los alemanes de Francia teníamos una moral distinta a los que no lo habían hecho. Tener convicciones, creer en algo era fundamental para seguir adelante». Aunque Virgilio Peña reconoce que su afirmación puede resultar un tanto exagerada, cree que, como idea general, responde perfectamente a lo que ocurrió en los campos.

El fin de muchos deportados comenzaba cuando morían sus esperanzas. Aguantar día a día en el corazón del infierno solo era posible para aquellos que unían a su fortaleza física una solidez mental y emocional inquebrantable. Para sobrevivir, era imprescindible acostumbrarse a convivir con la muerte. Ramiro Santisteban lo explica gráficamente: «Veías a un muerto por el suelo y lo único que hacías era mirar el color del triángulo que llevaba en el uniforme. Si era azul, decías: “¡Coño, era un compañero!”. En cambio si era de otra nacionalidad… Ya era tan corriente que casi ni te inmutabas».

Alfonso Cañete habla de una necesaria atrofia mental ante esa generalización del terror: «En un campo como este, donde había tantos muertos todos los días, llegaba un momento en que uno se atrofiaba, no perdías la moral sino la noción de la realidad. Con un tratamiento tan deshumanizado no ves horizonte, te dices que allí no puedes vencer. Veías todos los días el humo de los crematorios y cuando llevas allí años ya no te impresiona. Te acostumbras al olor de la carne. Perdíamos el sentido humano». En palabras de otros deportados, no se trataba de enterrar los sentimientos, pero sí de adormecerlos para poder continuar adelante. Esa actitud, según José Marfil, no era fácil de mantener: «Eran mis camaradas los que estaban ahí, siendo golpeados a todas horas por los *kapos*. Y yo me encontraba cobijado, en el taller en que trabajaba. Eso me provocaba un sentimiento extraño cercano a la culpabilidad. ¿Por qué no puedo compartir esta suerte con ellos?».

Resulta más que comprensible que José se atormentara con este tipo de preguntas,

no obstante hacérselas con demasiada frecuencia resultaba muy peligroso. Lo mejor en el campo, según confirma la inmensa mayoría de los supervivientes, era pensar lo menos posible, especialmente en la familia: «No había que pensar en nada —afirma Luis Perea—. Cuando llegaba a la barraca por la noche, solo pensaba en que había logrado pasar otro día más. Mañana, ya veremos».

«Allí no pensábamos en nada, únicamente en sobrevivir —añade Manuel Alfonso —. No pensábamos ni en novia, ni en madre, ni en nadie. Había que olvidarlo todo. Yo no me acordaba de nadie. Si querías salir de allí no tenías que pensar».

Antonio García Barón fue aún más explícito cuando le contó al maestro de periodistas, Manu Leguineche, lo que pasaba por su cabeza: «Tampoco convenía pensar demasiado en los buenos tiempos, en el pasado. Eso era lo dañino, confrontar el pasado con el presente. No hay cosa peor que recordar en la adversidad los tiempos felices. Era una droga peligrosa, un vicio que envió a más de uno al suicidio o hacia las alambradas de alta tensión. “Pon la mente en blanco”, les decía. El pensamiento consume tanto o más que el trabajo corporal. Piensa solo en ti, no en la familia. Los sentimientos duraban poco. Los flacos de cuerpo pero fuertes de mente tenían más posibilidades de alargar la vida. Los recién llegados nos preguntaban sobre la mejor técnica para seguir vivos: “Endurece el cuerpo en el trabajo —les decía—, ponte a prueba, no te lamentes. Si caes en la melancolía, si piensas que no vas a salir, estás perdido; eso se lleva la mitad de las energías. Olvida, trabaja, resiste. El desánimo te llevará al bombo”. El que se ponía a recordar obsesivamente los viejos y felices tiempos cuando hacía el amor a su mujer, dormía la siesta, el que se obsesionaba con los delirios gastronómicos, con las caricias a los hijos, con los amigotes, con las tabernas, con las novias o con las amantes, con las fiestas del pueblo, con las lonchas de jamón serrano, con el vino rosado y frío que se deslizaba por el gaznate, con la caricia de la madre… ese tenía ya la marca de la muerte escrita en sus ojos».

Y así ocurría, en la inmensa mayoría de las ocasiones. Ramiro Santisteban vio como varios camaradas se dejaban literalmente morir de tristeza y melancolía: «Recuerdo, sobre todo, el caso de José Pérez. Era un asturiano muy amigo de mi padre. Los domingos los pasaba en soledad, sentado al sol, pensando. Mi padre le decía, “¡No te quedes así, coño!”. Y él solo repetía: “Mis hermanas, mi madre… ¡Pobrecitas!”. Mi padre trataba de sacarle de ese estado: “Tu madre y tus hermanas están en libertad. ¡Piensa en ti!”. Pero él se quedaba allí, mirando la chimenea… Hasta que murió. Era fundamental mantener la moral y tratar de no pensar». Francisco Batiste comprobó muy pronto que, mentalmente, soportaba mejor el cautiverio que sus amigos de mayor edad: «A los más jóvenes, un halo de natural inconsciencia y la ausencia de seres amados nos permitía soportar mejor la situación. Quienes, como mi buen camarada Agustín, tuvieron que abandonar a su esposa y a una hijita sin apenas haberla conocido, sufrían un trauma que podía dar paso a un estado crítico. Para evitarlo, procurábamos que en nuestras conversaciones se tocasen temas diversos, alusiones a otros recuerdos que formaban parte de nuestro

anecdotario y ¡cómo no!, soñar con un pronto regreso a nuestro querido pueblo y componer con sus productos naturales suculentos platos que compensarían la tenaz hambre que estábamos sufriendo».

Batiste aporta otro dato relevante, exhibir ante los SS un estado depresivo resultaba además muy peligroso: «Había que procurar esforzarse por mantener un semblante que no reflejase tu estado de ánimo. Los de la raza aria odiaban a quienes daban pruebas de debilidad o llegaban a convertirse en lo que denominaban "musulmanes", condición propia de quienes alcanzaban el último grado de agotamiento».

Siempre había excepciones; a presos como Josep Simon y José Alcubierre acordarse puntualmente de sus familias les daba fuerzas para continuar en pie. Simon tenía claro que «por la noche había que olvidarse de todo, no pensar en nada y dormir para poder afrontar el día siguiente». Pero los domingos volaba con su imaginación hasta su pueblo de Olván, en Cataluña. El día en que se celebraban las fiestas patronales era especialmente importante para él. En esas horas, salía del campo y disfrutaba, como uno más, de los festejos: «Escapábamos con la imaginación. De esa manera nos podíamos sentir libres dentro de la cautividad. Tener esos pensamientos no me permitía deprimirme, todo lo contrario. Quería volver a ver a mi mujer y a mi hija, poder abrazarlas, ser libre para volver a mi pueblo. Era una lucha continua contra la desesperanza».

Alcubierre también daba rienda suelta a sus fantasías: «Me agarraba a mi familia. Pensaba en mi madre, en mi hermano y en mi otro hermano que murió en el frente de Teruel. Todos los días pensaba, ¿qué hará mi hermana Consuelo, ahora mismo, en Barcelona? Imaginaba cosas y eso me ayudaba». José era consciente de que no podía permitirse el lujo de perder la moral: «Había días en que pensaba… de aquí no salgo, de aquí no salgo. Pero el tiempo iba pasando y yo seguía con vida. Y eso me reforzaba en la idea de que podría salir de allí».

Abstraerse del horror cotidiano y convencerse de que era posible escapar con vida de él; esa era una de las tareas mentales más difíciles y más necesarias. «Había camaradas con los que estabas charlando y, de repente, ¡pum!, estaban muertos —explica Esteban Pérez—. Y pese a eso, yo no pensé nunca, ¡nunca!, en la muerte. Pensé en luchar por la vida y en cómo hacer para salir. Pero la muerte yo no la esperaba, la huía».

Igual de contundente se muestra Manuel Alfonso: «¡No, no y no! ¡Yo nunca pensé en la muerte! Veía a los demás morir pero yo siempre permanecía optimista».

«Siempre decía: "¡Hay que salir adelante!" —añade Eduardo Escot—. Nunca pensé que todo estuviera perdido». Lázaro Nates seguía siendo ese adolescente extremadamente cuidadoso y práctico que lo observaba todo con la máxima atención: «Llega un momento, cuando estás en un ambiente así, en que te acostumbras a la muerte y dejas de pensar en ella. Yo tenía un carácter jovial y no me tomaba las cosas dramáticamente… aunque todo fuera muy dramático. No puedes estar día y noche

dándole vueltas a todo porque si no acabas lanzándote contra las alambradas eléctricas».

El suicidio era la única salida que encontraban los prisioneros más desmoralizados. Narcís Galí solo pudo aguantar unos meses en el subcampo de Steyr. Un día de marzo de 1942 acabó con su vida ante los horrorizados ojos de su amigo Pere: «Acostumbrado a la libertad, no quiso someterse al hambre, los golpes, al trabajo agotador… a vivir en manada. Escogió el tren de viajeros, el de las tres de la tarde. Lo vio venir y salió corriendo. La máquina no destrozó su cuerpo de atleta porque la bala que le había disparado el centinela con su fusil llegó antes. El tren se paró; los viajeros miraban por las ventanillas con gran desesperación de los SS, a los que no les gustaba nada que los civiles se dieran cuenta del espectáculo. Su muerte fue comparable a su vida, fue el último gesto de propaganda antifascista»[199].

El «suicidio combativo» de Galí se puede considerar excepcional. Otros españoles no tenían ánimos ni fuerzas para alcanzar un final tan épico. Lo único que les importaba era no fallar. Antonio García Barón se convirtió, sin quererlo, en colaborador necesario de algunos de estos suicidas: «Yo tenía una correa de dos hebillas. Se la quité al cadáver de un “Mussolini”. Los suicidas me la pedían prestada para ahorcarse. Se subían al banquillo, se ajustaban el cinturón italiano, un golpe misericordioso al banquillo y adiós a la vida. Yo descolgaba a los muertos, les devolvía la lengua a la boca, les cerraba los ojos y recuperaba la correa».

Rara vez el suicidio obedecía a un acto impulsivo y poco meditado. El proceso de desmoralización y hundimiento era progresivo; quienes lo sufrían eran perfectamente conscientes de la pendiente por la que se estaban deslizando. José Alcubierre recuerda la serenidad con la que solían actuar: «Alguno se presentaba por la noche y le decía a un amigo: “Toma, el pan de la cena”. ¡La ración de pan, entera, y se la daba! El otro enseguida se imaginaba lo que iba a ocurrir y le decía: “¡Venga, no hagas el tonto! Ya verás como en tres meses salimos de aquí”. A la mañana siguiente se encontraba a su amigo muerto, agarrado a la alambrada».

Uno de ellos, y la prueba de que ni con el físico de un gran deportista se tenía garantizada la supervivencia en los campos, fue el boxeador catalán Llorenç Vitrià. Con solo 16 años había despertado la admiración del público durante los Juegos Olímpicos de París en 1924. Tras diez años más de exitosa carrera profesional, el púgil fue perdiendo sus últimos combates con la vida, hasta que el 18 de junio de 1941 decidió tirar la toalla y lanzarse contra la alambrada de Gusen.

En ese mismo campo, Cristóbal Soriano intentó acabar con su vida, pero sus compañeros lograron evitarlo: «Me agarraron entre cuatro o cinco amigos. “¿Tú estás loco? Perteneces a nuestro grupo y tienes que aguantar”, me dijeron. En fin, no sé por qué intenté hacerlo, fue un momento en el que perdí la noción de todo».

Enrique Calcerrada también estaba tan hundido anímicamente que sus camaradas le vigilaban para que no cometiera una locura. Los *kapos* le habían dado una terrible paliza y no se sentía capaz de regresar, la mañana siguiente, a su trabajo como

picapedrero: «Esperé a que mis compañeros se durmieran y salí de la barraca». No sabe si por su debilidad o por el miedo que sentía se desmayó antes de llegar a la alambrada: «Me despertó el ruido que hacía otro prisionero. El infeliz se lanzó a los hilos electrificados, levantando una llamarada con cada una de sus manos al chocar con los alambres, y otra al hacerlo la cabeza. Emitió un quejido de dolor fuerte pero corto, seguido de una olorosa e intensa humareda que duró varios minutos. El olor a carne quemada perduró en mi olfato varios días».

Ese intenso olor penetraba hasta el interior de las barracas. Por eso, quienes dormían junto a las ventanas llegaban a pedir a los suicidas que se alejaran unos metros antes de abrasarse en las alambradas.

En Gusen, según cuenta José Marfil, el número de suicidios fue tan alto que los SS terminaron por cortar el fluido eléctrico a causa de los cortocircuitos que se ocasionaban: «Yo mismo pensé varias veces en suicidarme, sin embargo, al final siempre decía: “Quizá mañana”. Yo interiormente felicitaba a los que lo hacían porque habían tenido el valor y la fuerza para acabar con todo».

Manuel Ramos también quería morir pero no podía escaparse del control al que estaba sometido. Su hermano Galo le tenía vigilado y, por las noches, ataba su pierna a la de Manuel con una cuerda: «Cuando sentía un tirón le preguntaba: “¿A dónde vas, Manolo?”; “voy a mear”, le contestaba. “Bueno pues yo voy contigo”»[200]. Galo y Manuel lograron sobrevivir.

No tuvieron el mismo final los hermanos Ortiz Crespo. Gonzalo, el mayor, no pudo soportar el sufrimiento de Antonio, que se encontraba muy débil y sumido en la más profunda desesperación. El deportado guipuzcoano Francisco Pintos fue testigo de cómo Gonzalo abrazaba fuertemente a su hermano instantes antes de lanzarse con él a la alambrada[201].

La desesperación y la rabia que empujaban a muchos al suicidio fueron, en cambio, las que suministraron al niño judío Siegfried Meir la fuerza necesaria para resistir: «Tenía muy pocos años cuando empezó la persecución de la comunidad hebrea en Alemania. Mi padre siempre me decía: “No te preocupes, a nosotros nunca nos pasará nada porque somos los protegidos de Dios”. Cada vez que yo le preguntaba las razones por las que no podía jugar en la calle con mis amigos o no podía entrar en las tiendas, él me repetía lo mismo: “No te preocupes, Dios nos protege”. Y claro, cuando llegué a Auschwitz con nueve años y vi cómo moría la gente a mi lado, me pregunté dónde estaba Dios. Veía sacar muertos de la barraca cada mañana. Los agarraban por las piernas y los tiraban en un carro para llevarlos al horno. Y seguía preguntándome dónde estaba Dios. Por eso he odiado, a partir de ese momento, cualquier tipo de representación religiosa. Tenía una rabia en mi interior que creo que es lo que me salvó. La rabia fue lo que me empujó a querer sobrevivir».

LA SOLIDARIDAD COMO MEJOR ARMA

El factor decisivo para salvar el mayor número de vidas entre las filas de los republicanos españoles fue, sin duda, la solidaridad. Una solidaridad que abarcó todos los grados imaginables, desde compartir con el compañero una patata en la penumbra de la barraca, hasta lograr esconder las pruebas de los crímenes que se cometían en el campo y que servirían para condenar a decenas de responsables nazis en los juicios de Núremberg y Dachau. No todos se beneficiaron por igual y, por ello, no todos la valoran de la misma manera. Lo que demuestran los testimonios de los supervivientes es que, desde los primeros pequeños gestos, los deportados fueron construyendo un entramado de solidaridad que les permitió mejorar su posición en el campo y evitar numerosas muertes. La camaradería era un sentimiento que los españoles cultivaron durante la guerra y el exilio francés. Aunque a su llegada a Mauthausen se les había tratado de despojar de su identidad, ese espíritu de unión y de lucha nunca fue doblegado del todo, al menos en una buena parte de quienes ahora tenían que vestir el traje rayado.

No había pasado ni un mes de la llegada de los primeros republicanos al campo, cuando surgió la ocasión de demostrarlo. El 28 de agosto de 1940 falleció José Marfil Escalona. Era la primera víctima que se cobraba Mauthausen entre nuestros compatriotas. Su hijo, José Marfil Peralta, llegó al campo cinco meses después y enseguida fue informado de la reacción que provocó entre los españoles la muerte de su padre: «Un compañero se fue a ver al comandante Bachmayer y le dijo que querían guardar un minuto de silencio en señal de homenaje a mi padre. Este se quedó tan sorprendido que le dio su consentimiento». En la revista de la tarde el zaragozano Julián Mur[202] se salió de la formación y ordenó a sus compañeros rendir homenaje al caído. «Lo ocurrido provocó la sorpresa entre los SS —relata Marfil—. Los alemanes respetaban este tipo de actos de valentía. Los presos polacos, cuando les pegaban, solían arrodillarse y rezar. Eso generaba aún más ira entre los guardianes, que despreciaban su cobardía. Sin embargo, nosotros tratábamos de aguantar y de levantarnos una y otra vez sin quejarnos ni suplicar. Y eso hacía que nos tuvieran algo de respeto». Los republicanos españoles trataron de mantener este tipo de homenajes hasta que el número de víctimas fue tan alto que la tarea se convirtió en una misión imposible.

Joan Pagés fue testigo de otra de las primeras acciones de solidaridad que surgió de forma espontánea entre un numeroso grupo de españoles: «Cuatro compañeros fueron enviados a la compañía de castigo. Todos los republicanos decidimos que teníamos que salvarles. La única manera de hacerlo era darles más comida. Como la comida no se podía comprar ni tampoco robar[203] —siempre fuimos contrarios a robar a otro preso—, acordamos darles parte de nuestra ración. Decidimos que todos los republicanos les daríamos una cucharada de sopa y un pedazo de pan igual que la uña. Esto permitió que los castigados comiesen dos platos de sopa a mediodía y les quedara aún otro para la noche… Los cuatro se salvaron»[204].

Estos primeros gestos fueron decayendo bajo las botas, los palos y las pistolas de

los SS. Con la llegada de los grandes convoyes cargados de españoles, comenzó el exterminio masivo de republicanos. El historiador Benito Bermejo explica por qué esa resistencia y solidaridad solo pudo consolidarse con el paso del tiempo: «Para que existiera esa solidaridad era condición necesaria que existiera una posibilidad de supervivencia. En las circunstancias de los primeros momentos, la necesidad, la precariedad, la dureza de la situación era tan extrema que no podían privarse de algo que aportar al otro. Ese algo podía ser el trozo de pan o la posibilidad de poder socorrerle ayudando a llevar una piedra. Las circunstancias de ese primer momento, en esa política de exterminio, no dejaban casi margen. ¿Qué quedaba, el apoyo moral? Y casi ni eso». En esos meses terribles, tal y como dice Bermejo, no había apenas fuerzas ni comida para compartir con los camaradas.

Muchos amaneceres y muchos cadáveres después, los españoles fueron accediendo a esos puestos de enchufados que les permitieron pequeños pero valiosos privilegios. Lo primero que hicieron, tras recuperar algo de peso, fue ayudar a sus compañeros. Se trataba de acciones aisladas y espontáneas que, poco a poco, fueron creando una red y un hábito de solidaridad. José Alcubierre lo resume así: «El que podía ayudaba mucho. Todos no podían porque había quienes trabajaban en sitios de los que no se podía sacar nada. Hubo compañeros que nunca dejaron de ir a la cantera y esos recibieron mucha ayuda. El que tenía posibilidad de echar una mano siempre lo hacía. No solo era con comida, los zapateros, por ejemplo, te arreglaban los zapatos cuando podían». Alcubierre también explica la forma en que se organizaban los prisioneros: «Formábamos pequeños grupos. Yo tuve que estar unos días en la enfermería y allí apenas comía. Estaba en un grupo con dos madrileños y dos aragoneses. Ellos siempre conseguían robar patatas o un poco de salchichón. Me esperaban y por la noche nos juntábamos y nos lo comíamos a escondidas, bajo las mantas».

Eduardo Escot, gracias a su trabajo de zapatero, estaba entre quienes tenían la capacidad de ayudar: «La solidaridad era difícil pero no imposible. Yo le di muchas gamelas a mi amigo Raya. El pobre estaba muy débil y se las comía…». Escot se entristece recordando que esa ayuda no impidió que su paisano se desmoralizara y acabara marchándose voluntario a Gusen, donde fue asesinado. El rostro del viejo luchador gaditano solo se recompone cuando se le pregunta por la ayuda, esta sí fructífera, que prestó a José de Dios: «Él cuenta en sus memorias que yo le salvé la vida. Fue en el subcampo de Steyr. Allí yo recibía ración doble de comida debido a mi trabajo y una de las gamelas se la daba a ese hombre. Él siempre me ha estado agradecido por aquello, pero simplemente hice lo que tenía que hacer». La modestia de Escot es un rasgo generalizado entre los supervivientes. Quien más, quien menos, todos se jugaron la vida para ayudar a alguno de sus compañeros, aunque ellos no lo recuerdan como lo que realmente fue: un acto de puro heroísmo. Lo siguen valorando, igual que entonces, como la reacción natural ante la inminente muerte de un amigo.

En el mismo subcampo de Steyr en el que se encontraban Escot y De Dios, se produjo la salvación *in extremis* del tarraconense Josep Figueras. Con su 1,75 de estatura, se había quedado en 35 kilos de peso. Su debilidad ya no pasaba desapercibida para los SS: «Un día cuando volvía de trabajar, un oficial de las SS nos ordenó a varios deportados cargar un camión con graba. Yo no podía más y solo movía la pala cuando me miraban. Al final me descubrió, anotó mi número en un papel y me dijo que al día siguiente, que era domingo, me castigarían con 25 latigazos». Josep se derrumbó. Estaba convencido de que, debido a su precario estado físico, el tormento le acabaría conduciendo al crematorio. Cuando ya daba todo por perdido recurrió a un amigo que trabajaba limpiando los zapatos de los SS: «Era sábado por la tarde y los oficiales se habían marchado a sus casas o de fiesta. Le pedí a este amigo que buscara el papel en el que habían anotado mi número y lo destruyera. Y consiguió hacerlo». Al día siguiente el SS no era capaz de recordar el número del preso al que debía castigar. Identificar a Josep entre el enjambre rayado de seres esqueléticos y rapados le resultó materialmente imposible.

No menos audaz fue la actuación con la que Luis Perea evitó que su camarada Miguel Aznar se siguiera consumiendo por una pertinaz bronquitis. Entre varios españoles llevaban días arrastrándole hasta las formaciones. Después, le mantenían escondido para que los SS y los *kapos* no se percataran de su incapacidad para seguir trabajando. Todos sabían que esa situación no se podría mantener durante mucho tiempo. Un compañero, con ciertos conocimientos médicos, sugirió que el remedio para Miguel pasaba por administrarle unas friegas de alcohol. Luis fue consciente de que había llegado la hora de jugársela por su amigo: «Yo trabajaba fuera del recinto del campo y tenía contacto con obreros civiles austriacos. Conseguí convencer a uno de ellos de que me consiguiera una botella de *schnaps*, el aguardiente local. A cambio le tuve que dar un montón de cigarrillos. Ya “solo” me quedaba introducir el licor en el campo». Perea escondió la botella junto a sus genitales y se dispuso a cruzar la puerta: «Todos los días, cuando volvíamos del trabajo, entrábamos casi corriendo. Esa vez, apenas podía andar por la molestia que me ocasionaba el *schnaps*. Un SS debió sospechar algo porque se puso ante mí y me detuvo». Perea recuerda el sudor frío que comenzó a recorrer su rostro; sabía que el castigo por una falta así podría ocasionarle la muerte. «El alemán me sonrió y me dijo: “Españoles muy listos”. Y, entonces, se dio la vuelta y se marchó». Tembloroso, consiguió llegar hasta la barraca en la que se encontraba Miguel. Las friegas de aguardiente y la protección de sus compañeros le permitieron recuperarse y sobrevivir. Luis Perea siempre se preguntaría por qué razón aquel SS decidió no registrarle.

Estas acciones aisladas se convirtieron en habituales en determinados *kommandos*. Quienes trabajaban en las inmediaciones de las cocinas sabían que los alimentos que se almacenaban en ellas podían salvar la vida de más de un compañero.

Josep Simon era albañil y pasó unas semanas reparando, junto a otros españoles, las instalaciones en que se preparaba la comida de los prisioneros. Era una

oportunidad que no se podía dejar escapar. Josep ató con cuerdas las perneras del pantalón sobre sus tobillos, convirtiéndolas en dos grandes bolsas. Encima se puso un segundo pantalón para disimular: «Un compañero vigilaba y, mientras yo abría el pantalón de abajo, otros compañeros lanzaban las patatas en el interior. Las patatas se deslizaban sobre mi vientre magro y caían en las perneras. La parte más peligrosa llegó en el momento de regresar a la barraca, andando con esfuerzo para que no se notara». Conseguido el objetivo, el preciado botín se repartía entre los más débiles: «Era un riesgo necesario, no estaba obligado a ello, lo hacía de forma voluntaria. Esas patatas ayudaban a sobrevivir a unos cuantos compañeros que las necesitaban más que yo».

Las extremas condiciones de vida en el campo generaron este tipo de comportamientos y alianzas solidarias entre los prisioneros. Los nazis no habían logrado su objetivo de deshumanizar a los republicanos españoles. Era previsible que más pronto que tarde, como había ocurrido en los campos franceses y en las compañías de trabajadores, la resistencia individual desembocara en una acción colectiva y organizada.

Informe deportadas.

Españolas en los campos de concentración

«No nos hemos hecho valer como los hombres. La gente no sabe que también hubo españolas en los campos de Hitler». Más resignada que molesta, Neus Català sonríe desde su silla de ruedas mientras analiza el pasado. A punto de cumplir los cien años, cree que si los compañeros que pasaron por los campos de concentración nazis fueron los grandes olvidados, las mujeres aún han sido relegadas a un rincón más marginal de la historia de España. «No supimos valorar lo que habíamos hecho. Por eso permanecimos en silencio, incluso tras la muerte de Franco. Estábamos cansadas, pero al final hicimos algo. Me costó mucho convencer a las mujeres de que contáramos nuestra historia»[205]. Los ojos de Neus se llenan de orgullo. Con grandes dosis de esfuerzo y paciencia, en su libro *De la resistencia y la deportación* consiguió reunir algunos testimonios de quienes habían callado hasta ese momento; unas mujeres valientes que pagaron un precio muy alto por defender la libertad de España y de Europa.

RESISTENTES

No conocemos el número exacto de españolas que pasó por los campos de concentración nazis. En la base de datos de la Amical de Mauthausen y otros campos y de todas las víctimas del nazismo existen 277 casos documentados de deportadas a

las que se ha podido poner nombre y apellido. Las estimaciones realizadas por historiadores y expertos elevan esa cifra a un mínimo de 300 y un máximo que rondaría el medio millar. De lo que no hay duda es de que todas ellas compartieron una misma trayectoria: lucharon en la guerra de España, se exiliaron en Francia y allí se incorporaron a la Resistencia.

La imagen que mejor reflejaría a las españolas que formaron parte de la guerrilla francesa sería la de una joven montada en bicicleta que esconde en su mochila un arma, un paquete de explosivos o una carpeta con documentos y mapas. Su papel en la lucha contra los invasores nazis resultó determinante, según destacan sus propios compañeros. Muchas de ellas tenían que compaginar esta responsabilidad con el cuidado de sus hijos y, además, la mayoría había sido testigo de la muerte o la detención de sus padres, hermanos o maridos.

Neus Català resume en su libro las tareas que desempeñaban dentro de la guerrilla: «En general, las mujeres fuimos utilizadas como enlaces dentro de la densa red de información, en los pasos por las montañas y fronteras, en la solidaridad en las cárceles (…). Los controles de la policía francesa y de las patrullas alemanas los asumíamos primero nosotras. Pero estuvo además el transporte de armas y propaganda. Las mujeres también empuñaron las armas en batallas célebres como La Madeleine[206], en la que participaron Pilar Vázquez y Benita Guiu, o la toma de la cárcel de Nimes, en la que colaboró, entre otras, María de Le Pontil».

La lista de mujeres resistentes es larga y está incompleta. Los nombres de la mayoría de ellas han quedado relegados al olvido.

En su casa de Ivry, Pepita Molina apenas da importancia a lo que ella, su hermana y su cuñado hicieron durante los años de la ocupación alemana. Vivían en Burdeos junto a su madre y colaboraban activamente con la Resistencia: «El marido de mi hermana Lina se llamaba Luis González. Él estaba muy metido en la guerrilla y nosotros ayudábamos en todo lo que podíamos. Un día a Luis le esperaba la Gestapo en la puerta de casa. Oímos los disparos y cuando salimos ya estaba muerto. En el forro de su gabardina encontraron panfletos con propaganda antinazi. Recuerdo que mi hermana Lina nos dijo: “Aquí no conocemos a nadie”. Poco después registraron la casa y nos llevaron detenidas a las tres. Nos interrogaron por separado pero ninguna contamos nada y, al final, nos dejaron marchar. Yo ni siquiera pude ir al entierro de Luis porque los alemanes temían que se convirtiera en un acto de protesta contra la ocupación. Solo dejaron que asistieran dos personas y, claro, fueron mi hermana y mi madre. Pocos días más tarde, miembros de la Resistencia nos avisaron de que los nazis iban a volver a por nosotras y que debíamos marcharnos cuanto antes. Cogimos unas cuantas cosas y conseguimos escapar con la ayuda de varios compañeros resistentes»[207]. Pepita logró evitar así su envío a los campos de concentración, pero no su vinculación al mundo de la deportación. El destino quiso que, tras la guerra, conociera y se casara con Manuel de Luis, un republicano español que acababa de ser liberado en Buchenwald.

Casos como el de Pepita y Lina Molina son más que frecuentes. Con la llegada de la paz, muchas mujeres resistentes minusvaloraron el papel que habían jugado y borraron esa heroica página de sus vidas. Si conocemos el nombre de un pequeño grupo de luchadoras es gracias a Neus Català. En su libro *De la resistencia y la deportación*, cincuenta de ellas relataron sus historias con una humildad pasmosa.

Eran mujeres como Paulina Iglesias, alias Lina Bosque, que participó en numerosas operaciones de la Resistencia. A pie o en bicicleta transportaba mensajes, suministros y armas para sus compañeros. Lina se encargaba también de recoger el material militar que los aliados les lanzaban desde los aviones durante la noche: «¡Lo que es la inconsciencia! Recuerdo que con la tela de los paracaídas nos confeccionábamos blusas».

En Toulouse, María Linares se dedicaba a fabricar bombas: «Eran unas cajitas que yo iba a comprar, eran de marquetería muy bonitas y pequeñitas. Poníamos la trilita dentro y cuando ya estaba todo montado colocábamos una pila eléctrica para poner el contacto; no podíamos abrir más de medio centímetro las cajas, con pinzas y con mucho cuidado porque habrían explotado. Esas cajitas muy bien atadas y en un paquete muy bien hecho eran mandadas a los “gordos” que había que quitar de en medio».

A 60 kilómetros de allí, en la localidad de Gaillac, Josefa Ramos se incorporaba al Estado Mayor de los guerrilleros españoles. Además de transportar armas y esconder a compañeros resistentes, su principal misión era atentar contra intereses alemanes: «Se actuaba por la noche. Íbamos en bicicleta hasta el lugar indicado. A mí me dejaban en el sitio, me cogían el material y los hombres iban a colocarlo. Luego volvíamos todos juntos porque teníamos que informar del trabajo realizado. Y al llegar apenas a casa, ya oíamos el ¡bum!, señal de que todo había saltado por los aires».

En la ciudad de Angulema, Pilar Claver se agarraba del brazo de un compañero para pasear, ante los soldados nazis, como una simple pareja de enamorados. En su bolso llevaba armas y folletos contra la ocupación que introducía en los buzones de las casas. Sin embargo, su trabajo más gratificante lo realizaba en la estación de ferrocarril. Allí llegaban desde la España franquista los voluntarios de la División Azul que se dirigían a combatir junto a los nazis: «Siempre había alguno que había sido alistado a la fuerza. Siempre conseguíamos hacer bajar y esconder a alguno de ellos; uno, dos o tres. Les teníamos que llevar escondidos a nuestras casas, buscarles ropas y, en el momento oportuno, pasarles al bosque».

Las españolas resistentes consideraban una más de las suyas a la polaca Estucha Zilberberg. Había trabajado en la guerra de España como voluntaria en el Cuerpo de Sanidad Militar de las Brigadas Internacionales y ahora colaboraba activamente con la Resistencia: «Mis primeras misiones se concretaron en el transporte de dinamita destinada a los grupos de acción y de sabotaje. Todos los medios para transportarla eran buenos: desde los envoltorios de pastelería, que en aquella región solo se podían

adquirir los domingos por la mañana, hasta el cochecito de nuestro hijo. Las cargas se confeccionaban en nuestra casa (…). El 6 de febrero de 1943 caí en manos de la Gestapo, en la estación de Lille, cuando me dirigía a una reunión clandestina. Me encerraron en la siniestra cárcel de Loos-lez-Lille, donde la Gestapo me sometería a las torturas más salvajes que nadie pueda imaginar. Allí me dieron la peor noticia que podía recibir: la del fusilamiento de mi marido. Había sido detenido el 19 de septiembre de 1942, en el curso de un importante sabotaje. Fue encerrado en la misma prisión y fusilado el 15 de diciembre. Permanecí en aquella cárcel hasta fines de 1943, sufriendo interrogatorios periódicos que, afortunadamente, pude resistir sin soltar prenda. Luego, llegué a la ciudad alemana de Essen. El 1 de diciembre de 1944, después de un año de encierro en distintas prisiones alemanas, entraba al campo de exterminio de Ravensbrück»[208].

Como Estucha, la mayoría de las resistentes españolas que fueron detenidas sufrieron durante días los interrogatorios y las brutales torturas de la Gestapo o de los policías franceses de Pétain. Una de ellas fue la zaragozana Elisa Maseailles Garrido: «En el interrogatorio los alemanes me pegaron, no mucho; pero me quemaron las uñas con un cigarro puro. Y como me asusté tanto, estaba tan asustadica, acobardada, pues… me ensucié toda y ellos… la peste. La peste, por la gran descomposición que me entró, provocó que me acabaran echando. Eso me salvó de que me torturaran más. Me llevaron a una celda donde estuve 21 días incomunicada». A Conchita Grangé la detuvieron junto a su tía Elvira y a su prima María: «Afortunadamente no nos torturaron, no nos hicieron como a una chica que estaba en nuestra celda, a ella sí que la torturaron pues la pusieron dos electrodos en los pechos y los tenía completamente negros; la pobre estaba en un rincón como un animal, incapaz de la menor reacción. Yo he visto cómo les arrancaban las uñas de los pies y las manos a hombres y mujeres». Secundina Mirambell sufrió la crueldad de los agentes de la Gestapo en la ciudad de Orleans. Allí resistió incluso a la amenaza de asesinar a su hijo si no colaboraba: «Empezaron los interrogatorios acompañados de bofetadas, puñetazos, quemaduras con cigarrillos en los brazos. Ante mi silencio, más tarde emplearon la matraca, luego el lavabo y, finalmente, el suplicio de la bañera. Este tratamiento duró cerca de 15 días. Cuando me permitieron salir a pasear por el patio de la cárcel, mis camaradas no me reconocieron debido a que mi cara estaba hinchada y desfigurada por los golpes»[209].

A Neus Català la detuvieron en noviembre de 1943 junto a su marido y otros resistentes. No ha olvidado las condiciones en que se produjo su interrogatorio: «Fue terrible. No recibí ni un solo golpe, pero tuve que controlar mis nervios durante más de media hora, con una pistola en cada sien y una ametralladora en la espalda, con el constante manejo del sistema de seguridad de las armas. Me decían: “Habla, no seas tonta; si tu marido lo ha dicho todo y te lo carga todo a ti… Te engaña con otras mujeres”».

EL PUENTE DE LOS CUERVOS

Centenares de españolas pasaron meses en condiciones muy duras en cárceles como Compiègne, Fort de Romainville, Saint Michel o Loos-lez-Lille. Entre 300 y 500 de ellas fueron deportadas, finalmente, a campos de concentración. A bordo de vagones de ganado, realizaron el mismo viaje que, tres o cuatro años antes, habían recorrido los republicanos españoles capturados durante la invasión de Francia. Las condiciones que padecieron en estos convoyes fueron igual o más duras que las de sus compañeros.

Neus formó parte del llamado «convoy de las 27 000»[210]. Un transporte en el que se agrupó a 1000 mujeres procedentes de diversos presidios y campos de Francia y que tardó cuatro interminables días en llegar a su destino: «Mil mujeres, muchos vagones y cuatro días de viaje sin parar, sin higiene, sin aire para respirar, sin saber qué sería de nosotras; hasta hacíamos turnos para respirar por la pequeña rendija del tren. No teníamos sitio para sentarnos, nos apañábamos, poníamos espalda contra espalda como podíamos. Éramos noventa o más en cada vagón, con un cubo de basura en medio para hacer nuestras necesidades, y que con el traqueteo se volcaba. Olía muy mal. Algunas salieron muertas»[211].

La práctica totalidad de las españolas finalizaron su viaje en un frío lugar del Reich llamado Ravensbrück, el puente de los cuervos. Situado cerca de la ciudad de Fürstenberg, fue el mayor campo de concentración femenino levantado en territorio alemán. Se calcula que unas 132 000 mujeres, 20 000 hombres y 1000 adolescentes pasaron por él. Más de 90 000 personas perdieron la vida entre sus muros. Sus guardianas eran *aufseherinnen*, miembros de la sección femenina de las SS. Neus fue muy pronto consciente de que eran igual de crueles que sus compañeros de cuerpo: «Eran malas bestias, unas mujeres muy violentas. Nosotros enseguida les pusimos apodos para distinguirlas y que no supieran que hablábamos de ellas». Tras la llegada, se repitió la habitual recepción que pasaba por registrar a las recién llegadas, desnudarlas, afeitarlas y entregarles sus uniformes de prisioneras: «Nos dieron unos zuecos para andar. Nos mirábamos y nos reíamos de nosotras mismas, pero había que andar con aquellos zuecos para darse cuenta de la dificultad y el sufrimiento que nos producían».

Hasta ahí, el trato fue similar al que habían recibido los republicanos españoles en Mauthausen. Sin embargo, ellas no fueron marcadas con el triángulo azul de apátridas y la «S» de *spanier*, sino con uno de color rojo con una «F» en el centro que las catalogaba como prisioneras políticas francesas. Finalmente, por su condición de mujeres fueron víctimas de otro macabro «tratamiento especial»: a muchas de ellas les inyectaron un líquido para que se les retirara la menstruación. En el caso de Neus, funcionó; no volvió a tener la regla hasta 1951. Otra de sus compañeras, Alfonsina Bueno, sufrió durante toda su vida las secuelas que le provocó aquel producto químico: «Me llevaron a la enfermería junto a otras cuatro deportadas. Una enfermera

rusa fue obligada a inyectarnos en la vagina o, mejor dicho, en el cuello del útero, un líquido que ni ella seguramente sabía lo que era. Lo que yo sí sé es que al salir de la maldita enfermería, entre mis piernas caían unas gotas amarillas que al mismo tiempo iban quemando la piel»[212].

No fue el único experimento que sufrieron en Ravensbrück. La enfermería del campo era dirigida por un amigo de la infancia y médico personal de Heinrich Himmler. Karl Gebhardt, doctor de las SS, era además el jefe de las investigaciones supuestamente científicas que se realizaban en todos los campos de concentración. Gebhardt ocupaba, paradójicamente, la presidencia de la Cruz Roja alemana mientras realizaba en Ravensbrück todo tipo de sádicos experimentos con las reclusas. Los más frecuentes consistieron en amputar brazos y piernas para intentar, posteriormente, reimplantarlos. Gebhardt también quería buscar soluciones médicas para las heridas de guerra que sufrían en el frente los soldados alemanes. Para ello realizó dos tipos de pruebas sobre los cuerpos de las prisioneras. La primera consistía en provocar profundas heridas en sus piernas e infectarlas con bacterias muy agresivas, tratando después de detener la infección a base de sulfonamidas. La segunda estaba dirigida a estudiar el proceso de regeneración de huesos, músculos y nervios, así como al trasplante de tejido óseo de un cuerpo a otro. Gebhardt rompía los huesos de las mujeres, cortaba nervios y músculos para intentar después recomponerlos. Estas prácticas se realizaron sobre numerosas prisioneras, pero especialmente en un grupo de 74 jóvenes polacas. El resto de las reclusas las conocían como *kaninchen*, lapins o conejillas. Conchita Grangé no ha podido olvidar el primer encuentro que tuvo con ellas: «Al llegar al campo unas deportadas me dijeron “te enseñaremos a las *petites lapins* (conejillas)”. Y yo, inocente, preguntaba si acaso conseguiríamos conejos para comérnoslos. Nos llevaron a una barraca donde vi a mujeres operadas. Les habían operado las piernas, cortado tendones, los músculos, rasgado la piel, se les veía el hueso, todo para experimentar con el cuerpo humano. Tenían unas cicatrices horribles. A otras les inoculaban productos químicos o sufrían amputaciones».

Wanda Półtawska fue una de las víctimas de estos experimentos. Tras su liberación escribió un libro en el que describía el tormento que sufrieron tras ser operadas: «Miré mi termómetro y dije en voz alta: “Algunas décimas por encima de los 40 grados de temperatura”. ¿Qué? ¿Y aún estoy consciente? Zielonkowa tenía 40 grados y las otras lo mismo. Las piernas estaban hinchadas, rojas y calientes. La mía estaba tan inflamada que el yeso que me habían puesto cortó mi piel. A lo largo del muslo, hasta la ingle corría una estría roja que terminaba en un doloroso tumor (…). El doctor Oberheuser se estremeció cuando entró en la habitación: “*Es stinkt hier*” (“Aquí apesta”). ¡Oh sí!, ¡apesta! Era el hedor dulcemente nauseabundo de la pus y de la carne podrida. En la pierna de Zielonka era visible un estrecho y pútrido surco desde el que fluía la pus hacia abajo. Junto a uno de los cortes, ella tenía una pérdida de tejidos musculares como resultado del proceso de descomposición de su pierna.

Nos dolían mucho las extremidades y teníamos dolores de cabeza. La morfina que nos suministraban dos o tres veces al día no nos libraba de ese dolor insoportable»[213]. Cinco de las *kaninchen* murieron víctimas de estos experimentos, otras seis fueron ejecutadas y el resto padeció terribles secuelas durante el resto de su vida.

Su caso fue el más conocido, pero ni mucho menos el único. En los últimos meses de la guerra pasó por Ravensbrück otro de los más terribles médicos de las SS, Carl Clauberg, que continuó con sus experimentos de esterilización sobre mujeres judías y gitanas que había iniciado en Auschwitz. Su «técnica» consistía en inyectar un producto químico irritante que provocaba la obstrucción de las trompas de Falopio. En junio de 1943 ya escribió una carta personal a Himmler comunicándole sus grandes avances: «El método de esterilización no quirúrgico que he inventado es casi perfecto. En el futuro, un médico con experiencia, con una oficina debidamente equipada y la ayuda de diez auxiliares, podrá llevar a cabo en un solo día la esterilización de cientos, o incluso de 1000 mujeres»[214]. Decenas de prisioneras murieron como consecuencia de los experimentos de Clauberg. El doctor eliminaba periódicamente a algunas de sus conejillas humanas para realizarles la autopsia y comprobar los efectos que había provocado su tratamiento.

EL DELITO DE SER MUJER

La mesa de operaciones era uno más de los muchos lugares en que perecían las prisioneras. Neus Català explica cómo perdió a muchas de sus compañeras de las formas más horrorosas: «Muchas murieron allí. Mi mejor amiga era una viejecita francesa que había sido miembro destacado de la Resistencia. *Madame* Gauville se llamaba. Siempre estaba a mi lado pero al final la mataron. Un día la tiraron cuando aún estaba viva al horno crematorio. En Ravensbrück se moría de “muerte natural” de mil maneras: por el tifus, disentería, hambre, torturas, inyecciones de bencina en el corazón o en las venas, provocando en estos casos dolores horribles; por unos polvos blancos que te adormecían para siempre jamás; por fusilamientos, destrozadas por los perros, ahorcadas, a palos, aplastadas por los vagones de mercancías o la apisonadora, ahogadas en las letrinas».

Durante el tiempo que permanecieron en los campos, las deportadas españolas tuvieron ocasión de comprobar que su condición de mujeres representaba un agravante más para afrontar la dura vida concentracionaria. Dolors Casadella temió acabar en uno de los burdeles que los nazis habían abierto por toda Europa: «Una mañana, al despertar la jefa de la barraca gritó: “Las que quieran ir a una casa de prostitución que pasen por mi despacho”. Todas gritamos: “Hum”. Contestación: “Os prevengo que si no hay voluntarias, os cogeremos por la fuerza”. Esto fue terrible, sobre todo las más jóvenes decidimos matarnos si nos hacían esto». Dolors, que había

visto morir a su bebé en los campos de arena franceses, veía horrorizada el comportamiento que los SS tenían con las mujeres embarazadas y con los recién nacidos: «Había una española medio loca; se la veía hablando sola. Era asturiana y la habían capturado cerca de Leningrado. Estaba encinta cuando la cogieron y al dar a luz mataron a su bebé»[215].

Los niños y los recién nacidos estaban condenados a muerte desde el principio. Neus Català vivió numerosas experiencias relacionadas con los «hijos de Ravensbrück»: «A las madres que daban a luz en aquella época les ahogaban el bebé en un cubo de agua (…). Cuando el horno crematorio no daba más de sí, se abría una zanja, se llenaba de gasolina y se les prendía fuego. Así desapareció un gran número de niños judíos o gitanos. Las SS les hacían bajar a las zanjas, con un bombón en la mano, bajo el cínico pretexto de protegerles de un bombardeo. Alguna vez lo hacían tan cerca del campo que sus madres oían sus alaridos y se volvían locas de dolor». Elisa Maseailles fue testigo de un infanticidio que le marcaría para toda su vida: «Una de las veces me encontré con una señora que era judía y tenía una niña de pecho. Lloraba la criatura; claro, como la madre no comía, la criatura tampoco sacaba nada y la llevamos al hospital del campo. Allí le explicó al doctor, un comandante, que la niña lloraba día y noche y estaba muy delgada. El doctor le dijo: “Venga usted mañana que le traeré algo que darle para su niña”. Volvimos al día siguiente, a la hora que el doctor nos dijo. Cuando llegamos, en lugar de darle una medicina sacó la pistola, la cogió por el cañón y con la culata le pegó al bebé en la tapita de los sesos. Como era tan pequeñita le hizo saltar la tapa de los sesos, le ensució el traje y gritaba *Raus! Raus!* ¡Fuera, Fuera!».

Conchita Grangé hace hincapié en la especial persecución que sufrían los niños gitanos: «Uno de ellos, el más pequeño, tenía solo 3 o 4 años y corría por la calle de los barracones. Una de las *aufseherinnen* le gritó, pero el niño no la escuchó y ella le lanzó el perro. Lo mordió y lo destrozó. Después, ella le remató dándole palos con la *matraque*. Fue horroroso»[216].

Al igual que los hombres, las deportadas destacan la solidaridad como uno de los principales factores que les ayudó a salir con vida de los campos. Simone Vilalta conserva como un tesoro el regalo que le hicieron sus compañeras durante su estancia en Ravensbrück: «Cuando cumplí 21 años me entregaron este librito que habían hecho a mano y en el que habían escrito una breve historia. Me acuerdo mucho de la solidaridad que tuvimos entre nosotras. Hubo una mujer más mayor que yo que me hizo de madre. Esos son los únicos buenos recuerdos que tengo del campo»[217].

Las prisioneras francesas y españolas mantuvieron siempre una estrecha relación de camaradería. Una fraternidad que, según apunta Neus, se había fraguado tiempo atrás: «En el exilio ya colaborábamos mucho y también en la Resistencia. En nuestro grupo en Ravensbrück estaba Geneviève, la sobrina del general De Gaulle. Era una persona muy sencilla y muy trabajadora. Entre todas nos ayudábamos bastante».

Fruto de esa colaboración surgió una importante organización clandestina dedicada, fundamentalmente, a socorrer a las mujeres que se encontraban más débiles.

Estucha Zilberberg destaca el papel que jugó la española Carlota García: «Charlie formaba parte de la dirección del Colectivo Internacional (CI) de solidaridad y de resistencia. Las reuniones del CI se hacían a menudo en nuestro barracón, en lo que llamábamos “el rincón”, situado en el nivel más alto de las literas, desde donde se veía venir mejor el peligro. Fue así como pude comprobar el importante papel que nuestra Charlie asumía en la elaboración de todas las tareas que se organizaban para hacer frente a los SS y a las criminales jefas de barraca que teníamos en Ravensbrück. Charlie era una mujer fuera de serie, cuya actitud supo granjearle la simpatía y la admiración de todas aquellas que la conocieron, fuesen españolas o no. Charlie era para todas nosotras como un inextinguible rayo de sol. No era mucho mayor, pero siempre se nos apareció como una madre que velaba día y noche por sus retoños; lo que no le impedía mostrarse algo coqueta. Era la primera en abandonar la litera y en acudir a la “sala de aseo”. Allí se despojaba de todos sus andrajos y se lavaba con agua fría todo el cuerpo y luego peinaba sus hermosos cabellos tirándolos hacia atrás. Así daba ejemplo, para que no nos dejásemos ganar por la suciedad, que era el primer síntoma de debilidad y de abatimiento; o sea: el primer paso hacia la fatal resignación y el hundimiento moral. De tal forma nos inculcaba aquella saludable coquetería que podía conducirnos hasta el robo de un mantel, como me ocurrió a mí en uno de los grupos de trabajo. Con él, tras recortarlo en dieciséis rectángulos, nos confeccionamos pañuelos. Charlie no perdía nunca su sangre fría y poseía una firme convicción ideológica. Uno de los muchos ejemplos de su amistad y solidaridad lo tuvimos cuando Angelines Martínez cayó enferma de tuberculosis. Charlie le brindó constantemente sus cuidados maternales y organizó un equipo de encubridoras que se encargaron de ocultar a los SS, y a las jefas de barraca, el verdadero estado de Angelines».

REBELDÍA FRENTE A LA BARBARIE

Escuchando y leyendo sus testimonios se deduce que las mujeres españolas fueron incluso más combativas en su cautiverio que los hombres. Antes de su deportación, Dolors Casadella participó en una rebelión en la cárcel en que se encontraba recluida. El objetivo era evitar que los gendarmes franceses se llevaran a varias compañeras: «Cuando se abrió la puerta y entraron seis gendarmes una lluvia de zuecos les cayó en la cabeza; uno sangraba. Se retiraron, pero se llevaron a una de las nuestras que se debatía y chillaba: “¡Camaradas! ¡Me llevan!”».

La actitud resistente de estas mujeres no se doblegó con su traslado a los campos de concentración. Mercedes Núñez, a la que sus compañeras llamaban afectuosamente Paquita, había acabado en uno de los subcampos de Ravensbrück.

Con otras siete españolas trabajaba en la fábrica de armas que la empresa HASAG tenía en la localidad de Leipzig. Allí las prisioneras se unieron para realizar una arriesgada protesta: «Los nazis nos quisieron pagar un salario delante de todo el personal civil. La decisión que adoptamos fue unánime y gritamos todas a una: "¡No queremos salario alguno porque nosotras no somos obreras libres! ¡Somos detenidas políticas!". Aprender esta pequeña frase en alemán había supuesto un esfuerzo sobrehumano. Pero la aprendimos. Para los que conocen lo que significaba un grito hostil en el campo, aquella actitud no fue fruto de nuestra inconsciencia, sino un gesto de una profunda dignidad. Fuimos rápidamente secundadas por las soviéticas y después por todas las deportadas. Cuando el *obermeister* (capataz) dejó una papeleta o bono de pago frente a cada una de nosotras, las papeletas se rompieron, mientras que en todas partes se oía el grito de "¡Somos políticas!". Ni una sola de las 6000 mujeres recogió su bono. Los guardianes se desgañitaban y golpeaban con una furia bestial. Volvimos al campo marcando el paso, con la cabeza erguida. Antes habíamos decidido: si llaman a una para castigarla, saldremos todas. Pero no ocurrió nada. Luego supimos por qué. Los obreros alemanes de la fábrica habían protestado al ver cómo nos golpeaban»[218].

Incluso en los momentos más dramáticos que uno pueda imaginar, las deportadas sacaron las fuerzas necesarias para plantarse ante sus guardianas. En el terrible campo de Bergen-Belsen se concentraron decenas de miles de prisioneras durante los momentos finales de la guerra. Una epidemia de tifus provocó la muerte de centenares de deportadas, entre ellas una niña judía de origen alemán llamada Ana Frank. Felicitat Gassa describe la situación que acabaría provocando la pequeña rebelión: «Al otro lado de la alambrada vi una fila de hombres que llevaba el traje rayado y cada uno… ¡un cadáver!, cogido por el pie o por la mano, no sé. Lo arrastraban hasta la fosa, allá abajo, lejos. Y la otra fila subía de vacío. Y así durante dos o tres días». Finalmente, según relata Mónica Jené, las *aufseherinnen* trataron de que ellas hicieran el mismo trabajo en el sector femenino del campo: «Cuando vieron que los aliados iban a entrar, nos exigieron que sacáramos aquella montaña de cadáveres y que los lanzáramos en una zanja. Querían que los aliados no los vieran. Una amiga mía había intentado coger un cadáver y se había quedado con un brazo en las manos de lo descompuestos que estaban. Entonces hicimos una protesta general y nos negamos a hacerlo»[219].

En cada grupo de trabajo se repitió este tipo de actos de resistencia. Neus Català y sus compañeras se declararon en huelga de hambre para denunciar la pésima calidad de la comida que recibían. Trabajaban en la fábrica de armamento del llamado *Kommando Holleischen* y sabían que, en aquellos difíciles momentos por los que atravesaba el Reich, los alemanes las necesitaban: «¡Madre la que se armó! Telefonazos al comandante, gritos, palos, pero nada. A trabajar toda la noche, sin pausa. A la mañana siguiente, cuando nos llevaron al campo pensando en lo peor, nos esperaba la única ensalada verde y la última que probé en toda mi detención. La

verdad es que podía habernos costado la vida».

El valor de las prisioneras no se detuvo en organizar protestas. En sus puestos de trabajo trataban constantemente de sabotear el proceso de producción. Neus se especializó en inutilizar los proyectiles que manipulaban en Holleischen: «Saboteábamos las balas que teníamos que fabricar. Unas compañeras se dedicaban a cazar moscas y después las poníamos en la zona que albergaba el detonador. Cuando no teníamos moscas, escupíamos. Estoy segura de que muchas de las cajas de balas que salían de allí nunca pudieron utilizarse. Cuando regresábamos a la barraca nos preguntábamos entre nosotras: ¿Cuántas moscas has matado hoy? “Veinte, treinta, cincuenta”. Cada mosca era una bala que no serviría para acabar con la vida de algún compañero. Estas pequeñas cosas representaban para nosotras una gran victoria. Era peligroso y si te cogían no lo contabas, pero seguimos haciéndolo hasta el final».

En cada campo, en cada industria, las prisioneras utilizaban la imaginación para impedir el normal funcionamiento de la cadena de producción. Mercedes Núñez explica lo que hacían en la fábrica de HASAG: «Los obuses salían defectuosos, las máquinas se estropeaban y el montón de chatarra aumentaba cada día ostensiblemente. Cada una imaginaba la mejor manera de contribuir a aquel desbarajuste. Entre los obuses buenos se colocaban los defectuosos y los que estaban en buen estado se echaban a la chatarra».

A Conchita Grangé la sorprendieron mientras saboteaba las piezas de aviones que fabricaba cerca de Berlín: «Mi trabajo consistía en controlar las piezas que pasaban por la cinta. Yo las dejaba pasar sin revisarlas pero teníamos que vigilar que no nos vieran los SS. Esto lo hacíamos todas, pero aquel día nos cogieron a tres, una holandesa, una belga y yo. Al llegar a la barraca nos dieron seis bastonazos y nos cortaron el pelo a rape. Tuvimos la suerte de que habían bombardeado y no se podía salir, porque normalmente te desnudaban y te daban 30 bastonazos».

Ante el avance de las tropas soviéticas, Conchita y su tía Elvira tuvieron que integrar una de las tristemente célebres marchas de la muerte. Los nazis evacuaban los campos para evitar que los prisioneros fueran liberados por el enemigo: «A las que caían de fatiga, las mataban y las dejaban en las cunetas; ayudábamos todo lo que podíamos a las más cansadas. Las cunetas estaban llenas de cadáveres y de armas». Si lograron salvar finalmente su vida fue por pura casualidad. Una noche se alejaron del grupo para cobijarse del frío. Eso hizo que los SS no las vieran cuando decidieron ametrallar a los pocos supervivientes que quedaban con vida. Conchita y Elvira pudieron esconderse hasta que llegaron los soldados soviéticos. Desde ese momento, su objetivo fue encontrar a su prima María que, meses atrás, había sido trasladada al campo de Bergen-Belsen. Conchita no ha olvidado el momento en que se reencontró con ella en la habitación de un hospital: «Cuando vimos a nuestra pobre María estaba completamente desconocida. ¡Qué horror! No tenía más que la piel pegada a los huesos, era un esqueleto viviente pero que se moría al mismo tiempo. Estaba tan convertida en esqueleto que en todas las junturas de los huesos, los dedos, los codos,

las rodillas, las nalgas, las vértebras, todos esos huesos habían perforado la piel… tenía los huesos al desnudo. Hubiera dicho que parecía un esqueleto de los que usan en los estudios de medicina. Fue repatriada en avión y ni siquiera pudieron ponerle una inyección para salvarla. Había sido envenenada por las aguas del campo de Bergen-Belsen. Como había tantos montones de cadáveres, se declaró el tifus. Los últimos días, las aguas de aquel campo se envenenaron. A pesar de su estado, conservaba toda su lucidez»[220].

Las supervivientes arrastraron problemas físicos y psíquicos durante toda su vida. Solo unas pocas obtuvieron el reconocimiento que merecían por parte de las autoridades francesas y de algunas instituciones españolas. Alfonsina Bueno murió en 1979 sin haberse recuperado de las secuelas que le dejó el producto químico que le inyectaron en el útero a su llegada a Ravensbrück. Poco antes escribió estas palabras para el libro de Neus: «Después de 30 años sigo sufriendo a causa de los experimentos a los que me sometieron en el campo. He pasado muchos meses en los hospitales. Perdí la salud y la juventud. Dependo en gran parte de los demás. Los médicos y los amigos me han cuidado. La FNDIRP ha defendido todos mis derechos, pero mi vida personal está deshecha. Pero lo digo, no me arrepiento de nada. Moralmente soy como siempre fui: antifascista, amante de la Paz y la Libertad».

7

Resistencia política y humana

> «En Mauthausen descubrí hasta dónde puede llegar el hombre cuando odia sin límites, pero también supe de su capacidad para hacer el bien y, créanme, es mucha».
>
> ALFONSO MAESO
> Prisionero n.º 3447 del campo de concentración de Mauthausen

El origen de la organización política de Mauthausen se remonta a la gran desinfección de junio de 1941. Ese día un puñado de comunistas españoles aprovecharon las largas horas de espera en las que estuvieron concentrados en el patio de los garajes, para plantear la necesidad de crear una estructura que articulara la solidaridad y la resistencia. Desnudos, y bajo un sofocante calor, se fueron reuniendo en pequeños grupos para contarse sus desventuras, pero también para intercambiar ideas y propuestas. Esa jornada finalizó con el nombramiento de un primer Comité de Dirección. De él formaban parte Manuel Razola, José Perlado, Santiago Bonaque, Joan Pagés y Manuel Bonet.

Ciertos historiadores y algunos deportados afirman que se ha exagerado la importancia real que tuvo esta organización. Teniendo en cuenta las dificilísimas circunstancias en que operó y el testimonio de numerosos prisioneros de otras nacionalidades, podemos concluir que su papel fue determinante, en especial después de 1943, para evitar un elevado número de muertes. El deportado Pierre Daix habló sobre ella en nombre de sus compañeros franceses: «Personalmente, es a dicha organización a la que debo la vida. La deuda de gratitud colectiva de los franceses de Mauthausen, primero con los españoles, y luego, para con los checoslovacos es inconmensurable. De no haber sido por ellos, de no haber sido por esa organización que habían logrado estructurar en medio de la angustia y de las torturas, a costa del sacrificio de tantos de los suyos, jamás los grandes convoyes de resistentes franceses hubiesen podido agarrarse a aquel mundo de Mauthausen. Y en vez de regresar a nuestros hogares uno de cada tres, tal como hemos conseguido, no hubiésemos regresado más que uno de cada cinco, uno de cada siete o quizás uno de cada

diez»[221].

La estructura política comunista española fue la única que existió en el campo hasta finales de 1943. El resto de nacionalidades tardó más tiempo en movilizarse; lo mismo les ocurrió a los numerosos presos anarquistas y socialistas españoles, que tuvieron serias dificultades para armar sus propias organizaciones. Cuando lo hicieron, hubo momentos en que salieron a relucir las discrepancias políticas entre «las izquierdas» que se arrastraban desde la guerra de España. Existen testimonios que certifican los roces entre comunistas y anarquistas o entre catalanes y otros grupos de españoles. Se trataron, en cualquier caso, de enfrentamientos puntuales que se solventaron con cierta rapidez y sin grandes consecuencias. Las distintas organizaciones tendieron lazos desde el principio y terminaron por fundirse en una estructura de unidad.

En sus comienzos, la organización apenas era capaz de planificar algunos pequeños robos de comida y controlar su posterior reparto entre los prisioneros más debilitados. Fue con el paso del tiempo, cuando su poder creció en la medida en que los españoles fueron accediendo a puestos clave en la estructura del campo.

A través de ellos se comenzó a obtener información de primera mano sobre los planes de los SS y se consiguió emplear a otros compañeros en lugares estratégicos. Allí veían mejorar notablemente sus condiciones de vida, podían robar alimentos, escuchar noticias sobre la marcha de la guerra o alcanzar otros objetivos que contribuyeran al bien común. Los españoles fueron acabando con la tiranía que ejercían en el campo los triángulos verdes, los presos comunes alemanes y austriacos que habían monopolizado, desde el principio, esos puestos. Muchos de ellos fueron, además, abandonando paulatinamente el campo para marcharse a combatir en las filas del Ejército nazi.

Mariano Constante, que ocupó cargos destacados en la dirección comunista, explica la estrategia de los republicanos: «Estábamos convencidos de que, para intentar cambiar las actividades de la mafia de los delincuentes comunes, era necesario introducirse en sus filas. Era necesario entrar en su fortaleza y luchar dentro de ella. Varios compañeros españoles habían conseguido hacerse emplear en los talleres de ebanistería, sastrería, electricidad y mecánica. Eso les permitía mantenerse en vida y no ser exterminados en poco tiempo en los duros trabajos de la cantera. Al mismo tiempo podían ayudar algunas veces a los más débiles, dándoles 3 o 4 cucharadas de sopa, que podían suponer vivir una jornada más. Allí la lucha por la vida era al día, a la hora y casi podría decirse que al minuto (…). En la organización perseguíamos varios objetivos: mantener nuestros principios y nuestra moral; era necesario tener una voluntad inquebrantable de combate y de esperanza, sin la cual nada era posible; tener confianza en la victoria final; luchar contra la depravación y la corrupción evitando hacer el juego de los SS para perjudicar a otros presos políticos; hacer lo posible para impedir que los de delito común nos robasen nuestra escasa comida; intentar introducir españoles de confianza en los lugares de trabajo donde

hubiera posibilidades de ayudar a los demás; conseguir informaciones y vigilar la conducta de los SS con el fin de hacer frente y prever sus reacciones; establecer contacto con los deportados políticos de otras nacionalidades»[222].

Las limitaciones y peligros, no obstante, eran enormes. Las reuniones se celebraban, cuando se podía, en las letrinas. Cuando no, que era la mayoría de las veces, su operatividad se reducía al mínimo o se detenía. Los propios miembros de la dirección comunista perecían al mismo ritmo y de las mismas crueles maneras que el resto de los prisioneros. Uno de ellos, Manuel Bonet, quiso dar ejemplo con su muerte. La organización había decidido que las raciones suplementarias de comida que se lograban no fueran repartidas a los enfermos que estaban desahuciados. Se trataba así de priorizar los pocos recursos con los que contaban. Bonet cayó enfermo de tuberculosis y renunció inmediatamente a disponer de esa ración. Su amigo Miquel Serra no ha olvidado las palabras que le escuchó decir ese día: «“Miquel, el partido llevaba razón cuando decía que teníamos que dirigir todos los esfuerzos a salvar a los compañeros que todavía tienen esperanzas de salir de aquí. Ayudar a un muerto es contraproducente. Yo voté este acuerdo y quiero ser el primero en respetarlo (…)”. Al cabo de tres o cuatro días se lo llevaron al campo ruso donde murió en brazos de Joan Sarroca. Bajo la almohada estaba todavía la comida que este compañero le había dado y que no había querido quedarse».

Esa férrea disciplina que demostró Manuel Bonet, por duras que fueran sus consecuencias, resultaba imprescindible para alcanzar cualquier pequeño objetivo en Mauthausen. José Alcubierre recuerda la forma en que se acataban las órdenes: «Yo ocupaba ya un puesto de trabajo bastante privilegiado y, un día, un civil austriaco me regaló un reloj. Uno de los responsables de la organización me lo vio cuando regresé al campo y me preguntó: “¿De dónde lo has sacado?”. Antes de contestarle yo ya me lo estaba quitando. Se lo di sin rechistar. El reloj sirvió para sobornar a alguno de los enfermeros del campo ruso y salvar algunas vidas. Eso era la solidaridad y la organización».

Una de las obsesiones de sus responsables y, en general, de todos los prisioneros, era tener acceso a informaciones fiables sobre la marcha de la guerra. En los primeros años de cautiverio, los alemanes difundían por los altavoces del campo boletines propagandísticos en los que se jaleaban sus victorias militares. Eran malos tiempos para la esperanza, según podía constatar cada día José Alcubierre: «Nuestro *kapo* nos permitía andar más despacio cuando pasábamos delante de un gran mapa de Europa. Las banderitas con la cruz gamada avanzaban más y más hacia Moscú. Estábamos desesperados porque confiábamos en que los rusos, cuando entraran en la guerra, acabarían muy rápido con los alemanes. Pero veíamos cómo estaba pasando todo lo contrario».

Para burlar la propaganda nazi, los españoles consiguieron disponer de una radio, desde el verano de 1941. Istvan Balogh, combatiente húngaro de las Brigadas Internacionales, logró fabricarla a base de «retales» en el taller de los electricistas en

el que trabajaba. Aunque durante años resultó de gran utilidad, el aparato permanecía desmontado durante largos periodos de tiempo por temor a que fuera descubierto por los SS. Por tanto, la principal y más constante fuente de información la encontraban los prisioneros en sus lugares de trabajo. Se trataba de estar atentos mientras los soldados alemanes o los civiles, con los que coincidían en determinados *kommandos*, intercambiaban opiniones sobre la evolución de la guerra. Uno de los encargados de recopilar todas esas noticias era Esteban Pérez: «Yo tenía la responsabilidad de dirigir un grupo de españoles que nos reuníamos todas las tardes, después del trabajo. Nos juntábamos para contarnos lo que habíamos visto y oído a lo largo de la jornada. Sobre todo, buscábamos el contacto directo con los civiles austriacos para intentar conocer las novedades que había en los diferentes frentes».

EL PODER DE LOS SECRETARIOS

Si hubo un puesto en el campo que resultó crucial y positivo para los republicanos, ese fue el que ocupó Joan de Diego. Este catalán entró a trabajar como secretario en la oficina central, el verdadero corazón administrativo de Mauthausen. Muy pronto fue consciente de que las gestiones que se realizaban en ese lugar condicionaban buena parte de la vida y también de la muerte de sus compañeros: composición de los *kommandos* de trabajo, traslados a los subcampos, defunciones… Todo pasaba por allí.

Joan fue controlando, paso a paso, algunos de estos resortes para sacar españoles de los peores destinos y enviarles a otros lugares con mayores opciones de sobrevivir. Este empeño chocaba, no obstante, con un muro que dificultaba sus movimientos y mantenía su vida pendiente de un hilo: su jefe, el secretario número 1 y preso común alemán Josef Leitzinguer. Ayudado por la organización española y por el médico checo Podlaha, decidió acabar con él. Leitzinguer era morfinómano por lo que el primer paso, según relata De Diego, fue encargarse de que siempre dispusiera de una cantidad suficiente de esa droga: «Las dosis bien equilibradas fueron minando a Leitzinguer que pronto ganaría un estado de euforia sin precedentes. Un día, cuando llegó al paroxismo, los presos responsables de la oficina presentamos nuestras quejas al capitán Bachmayer. Le dijimos que no entendíamos su estado de demencia. Cuando Bachmayer se presentó de improviso, Leitzinguer no pudo negar su ebriedad». El secretario fue castigado con una pena de cuarenta días de reclusión en el calabozo. Tras su liberación no recuperó su puesto, sino que fue enviado a Gusen, donde acabó siendo asesinado durante un supuesto intento de fuga. Era un gran triunfo para De Diego y la organización española: «Con su caída, se desmoronaba también la mafia y por consiguiente los presos de delito común perderían la hegemonía en el campo. Esta circunstancia abría el paso hacia los puestos clave; desde aquel momento los presos políticos ganarían la oficina central. Esta serviría de

eje a la Resistencia internacional coordinando todos los servicios con hombres seguros y de buena voluntad, permitiendo también humanizar, en lo posible, la vida en aquel infierno»[223].

Otro lugar de importancia vital era la oficina de la Gestapo. Su administración corría a cargo del *kapo* Emili Sailer, un alemán que ejercía como intérprete de español. El día que tuvo que marcharse a combatir en el frente, cedió su puesto al valenciano Casimir Climent. Sailer había conocido en Barcelona a varios profesores de Climent y, por esa razón, entablaron cierta amistad cuando se encontraron en Mauthausen: «Antes de marcharse me dijo: "Has de trabajar de tal manera que, si algún día os liberan, el mundo sepa lo que han hecho con vosotros"». En su nueva responsabilidad, Casimir fue ayudando a otros prisioneros y logró integrar en su oficina a varios compañeros antifascistas, entre ellos a un catalán con el que culminó su tarea: «Josep Bailina y yo podíamos controlar todos los expedientes, tener las llaves de todos los cajones. Si los expedientes llegaban dos o tres meses antes que los presos, los podíamos ir eligiendo: nuestra elección era entre los fascistas y los hombres que merecían nuestra ayuda»[224].

Para los responsables de la organización, como resume Mariano Constante, el papel jugado por los secretarios Climent, Bailina y De Diego, permitió salvar un número incalculable de vidas: «De la rapidez con que actuásemos dependía a menudo el poder rescatar a un compañero en las primeras horas de su estancia en el campo. Las conversaciones escuchadas en la oficina política por Climent o Bailina, los comentarios sintonizados por De Diego, nos permitían enviar hombres a uno de los *kommandos* exteriores, sacándolos momentáneamente de las garras de la Gestapo. De los comentarios hechos en la *kommandantur* podíamos deducir cuántos eran los grupos de deportados que se esperaban. De las habladurías entre oficiales SS, podíamos entresacar informaciones importantes sobre cualquier acontecimiento en la vida del campo: el cambio de un jefe de *block*, el traslado de un SS, la decisión de aumentar el número de prisioneros en un grupo de trabajo determinado. Hasta el más mínimo detalle tenía a veces un valor vital. Por ejemplo, si uno de los SS, responsable de un grupo de trabajo, tenía dos días de permiso… eran dos días de calma relativa en aquel grupo al que podíamos enviar compañeros extenuados».

La importancia de esos «cargos estrella» que ocupaban los secretarios no debe eclipsar el papel que jugaba cada uno de los prisioneros. Como también destaca Constante, no había esfuerzo pequeño si aportaba un poco de comida o algo de moral a otro compañero: «Los compatriotas sastres confeccionaban manoplas y calcetas con pedazos de tela robada a los SS o con trapos viejos. Los de la desinfección, a veces, recuperaban algún jersey usado, de los robados por los SS a los recién llegados y que servían para aliviar a nuestros enfermos. Los zapateros reparaban los zuecos, colocaban una tirilla de cuero para mantenerlos agarrados a los pies evitando así heridas graves y con ellas a veces la muerte. Los del lavadero procuraban constituir una reserva de camisas y calzoncillos para que algunas víctimas de la disentería

pudieran cambiarse de ropa, antes de que los SS o el jefe de *block* notasen que se habían ensuciado. Incluso en la cantera, donde la organización como tal tenía nula capacidad, se consiguieron pequeños logros. Los españoles que trabajaban en ella, y tras una larga odisea de castigos, torturas e incluso de muertes, habían conquistado puestos reservados a los bandidos alemanes como maquinistas de trenes de vagonetas, labradores de piedra, conductores de máquinas, herreros… Ellos podían ayudar a nuestros compatriotas y esconder, a veces durante horas, a algunos de los prisioneros de otras nacionalidades que sin su ayuda hubieran sido exterminados inmediatamente»[225].

La lista resulta interminable porque los españoles lograron ocupar hasta los puestos más insospechados. Era un republicano quien afeitaba diariamente al comandante del campo, Franz Ziereis, mientras otro compañero peinaba a su esposa y a las del resto de los oficiales alemanes. Ocho españoles ejercían como ordenanzas de los SS limpiando sus uniformes y sus dependencias. Incluso quienes cuidaban de los cerdos aportaban su granito de arena robando parte de su «apetitosa» comida.

Joan Tarragó dirigió parte de sus esfuerzos a mantener distraída la mente de sus compañeros. Por eso se decidió a crear una pequeña biblioteca clandestina en el campo. A finales de 1942 empezó a recoger los libros que conseguían introducir los prisioneros franceses. Poco a poco llegó a reunir más de 150 ejemplares: «Al principio la gente tenía pocos ánimos para leer, pero a medida que las condiciones físicas mejoraron un poco, la biblioteca estuvo más frecuentada»[226].

UNIDAD NACIONAL E INTERNACIONAL

El impulso definitivo a la organización lo dieron los prisioneros que llegaron a partir de 1943. Se trataba de miembros de la Resistencia que aportaron nuevos métodos de lucha y, sobre todo, trajeron un aire de optimismo que inundó el campo. Los alemanes habían dejado de ser invulnerables. El Ejército soviético les hacía retroceder en Estalingrado, mientras los grupos de partisanos y resistentes les atacaban desde su retaguardia.

La llegada de resistentes franceses sirvió además para acabar con la francofobia, que estaba muy extendida en el campo. Los republicanos contaban con una larga lista de agravios acumulada durante los últimos años. El brigadista checo, Artur London, explica que ese sentimiento también había calado en presos de otras nacionalidades: «Los españoles reprochaban a Francia el que hubiese contribuido, merced a su política de no intervención, a la derrota de la República. Le reprochaban además la existencia de los campos de Saint-Cyprien, Argelès, Vernet y otros, en los que habían estado internados. Los checoslovacos no perdonaban a Francia los acuerdos de Múnich ni el incumplimiento de sus compromisos con respecto a su país, sacrificado a Hitler. Los polacos la acusaban de haberse limitado a la *drôle de guerre* mientras su

nación era invadida, devastada y martirizada. Los alemanes y austriacos echaban en cara a los franceses ¡el que hubiesen resultado vencidos! Numerosos soviéticos sustentaban, igualmente, opiniones similares. Fue necesario desplegar grandes esfuerzos para poner fin al aislamiento y al desprecio de los que eran objeto los franceses. Las noticias que llegaron de las actividades que realizaba la Resistencia y la propia actitud solidaria de los presos galos lograron barrer ese sentimiento»[227].

Entre los recién llegados también había numerosos españoles. La mayoría eran comunistas pero, junto a ellos, desembarcaron anarquistas, socialistas y simples republicanos. Joaquim Amat-Piniella describe la esperanza que despertaron en él estos compañeros: «Traían el aire fresco de los campamentos de maquis, venían forjados en la abnegación y el heroísmo de la lucha clandestina, eran los heraldos y una marea liberadora que derribaba el muro del Atlántico. Eran portadores de la idea de la unión de todos contra el enemigo común. Un gran entusiasmo invadió el campo. Las gestas de los recién llegados corrían de boca en boca»[228].

Su empuje forzó un decisivo cambio que culminó con la creación del primer Comité de Unidad Nacional español, que aglutinó a todos los sectores políticos, en la primavera de 1944. Su dirección fue compartida por miembros del PCE, la CNT y el PSOE. La llegada de miles de resistentes franceses, yugoslavos, checos… también animó a estas nacionalidades a construir sus propias organizaciones. La movilización, ahora sí, fue tan rápida que antes del verano de 1944 se constituyó el primer Comité Internacional (CI) de los prisioneros de Mauthausen.

En septiembre de ese año, los deportados dieron un último paso en su nivel organizativo y fundaron el AMI, Aparato Militar Internacional. A esas alturas, los españoles ya llevaban meses con estructuras paramilitares que, aunque contaban con escasísimas armas, sí estaban relativamente bien organizadas. Por esa razón, Fernando Fernández Lavín, primero, y Miguel Malle, desde comienzos de 1945, fueron los dos máximos responsables del mando central del AMI junto al general soviético Andréi Pirógov. El papel de esta estructura militar cobró especial importancia, como veremos, en los momentos finales de la historia del campo y, también, durante las horas y días que siguieron a la liberación.

El grado de organización, control de la situación y relativo bienestar que los españoles alcanzaron en los meses finales de la guerra llegaba a sorprender a los prisioneros que ingresaban en el campo. En un informe realizado por la dirección del Partido Comunista de España tras la rendición de Alemania, se recogen dos testimonios muy elocuentes. Ernesto Udave y el murciano Antonio Martínez García explicaban lo que se encontraron en septiembre de 1944 cuando fueron trasladados desde Dachau a Mauthausen: «Había 160 españoles de los viejos, es decir, de los que habían llegado en 1940. Cuando llegamos nos fueron a recibir y nos colocaron en buenos *kommandos*». «En Mauthausen recibimos la ayuda de los viejos; barricas enteras de comida que robaban de la cocina. Los españoles viejos se vestían muy bien»[229].

Siegfried Meir llegó al campo central, procedente de Auschwitz, en enero de 1945. Aunque solo tenía diez años, también se percató enseguida de la situación en que se encontraban los republicanos: «La mayoría de los españoles había muerto en los primeros años. Los pocos que habían logrado sobrevivir estaban bastante organizados y estabilizados. Tenían de todo y a mí incluso me fabricaron unas botas a la medida».

Esta evolución positiva no se produjo en todos los subcampos. En Gusen, los supervivientes relatan que nunca se dieron las condiciones suficientes para poder constituir una mínima organización. El hambre, la dureza del trabajo y el poder de los crueles *kapos* polacos apenas variaron con el paso de los años. Jacint Carrió explica lo sucedido: «En Gusen estábamos tan atropellados que solo nos movíamos de cara al plato. Empezamos a organizar de verdad la Resistencia cuando faltaba poco para la liberación. Había muchas diferencias entre Mauthausen y Gusen. Los de Gusen éramos unos parias, estábamos tan acabados que cuando volvíamos del trabajo no hablábamos más que de comida. Solo cuando teníamos el estómago tranquilo hablábamos de política».

Son pocas las acciones coordinadas que se llevaron a cabo en ese subcampo. En una de ellas participó José Marfil, que, junto a varios compañeros, estableció un método sistemático para robar patatas y hacérselas llegar a quienes realizaban los trabajos más sacrificados. El llamado *kommando* del pan consiguió algunos éxitos «organizando» mendrugos de la cocina para después distribuirlos entre los españoles.

LOS LIBROS Y LAS FOTOGRAFÍAS QUE PROBARON LOS CRÍMENES

La actitud solidaria y combativa de los republicanos españoles no solo salvó vidas, también permitió clavar la tapa del ataúd a numerosos miembros del régimen genocida nazi. De Mauthausen salieron algunas de las pruebas más concluyentes que sirvieron para conocer la crueldad que se ejerció en los campos y castigar a sus responsables en juicios celebrados en lugares como Núremberg o Dachau. Los prisioneros que veían cada día los libros en que se registraban las muertes, o las fotografías en que los SS inmortalizaban sus crímenes, temían que todas esas evidencias pudieran acabar siendo destruidas por los alemanes. Joan de Diego, en las oficinas centrales, Casimir Climent y Josep Bailina en las dependencias de la Gestapo y Francesc Boix, Antonio García y José Cereceda en el laboratorio fotográfico no pensaban permitir que eso ocurriera.

Climent y Bailina vieron su oportunidad a finales de 1944. Recibieron la orden de actualizar todas las fichas en las que se consignaba la información sobre los prisioneros. Los dos secretarios, en lugar de destruir las antiguas, decidieron esconderlas en diversas dependencias. El día de la liberación, el material que habían

acumulado pesaba cerca de 15 kilos.

Joan de Diego, en la oficina central, tuvo que esperar hasta el último momento para salvar del fuego los listados de defunciones y otros documentos de gran relevancia: «No sé de dónde saqué la sangre fría, pero el caso es que cogí aquellas listas delante de los SS que estaban enloquecidos, quemándolo todo para que no quedase ningún vestigio de su barbarie. Estos libros, sobre todo el de las muertes naturales, han servido para todos los procesos judiciales. Los escondí en el secretariado y después los entregué a la organización clandestina del campo»[230].

Con esta documentación rescatada de las llamas, De Diego, Climent, Bailina y otros españoles confeccionaron los listados de republicanos asesinados en Mauthausen. Sin su determinación y valor el destino final de más de cinco mil españoles habría sido siempre una incógnita para sus familiares y amigos, que les aguardaban en España o en el exilio francés.

El estudio fotográfico fue el otro lugar en que se amontonaban las pruebas de las atrocidades cometidas por los SS. Los fotógrafos del campo retrataban los asesinatos, los suicidios y las torturas con la misma normalidad con la que inmortalizaban las visitas de los altos cargos del Reich. Los alemanes habían interiorizado que la exterminación de los prisioneros solo era una parte más de su engorroso trabajado diario y, como tal, la documentaban pormenorizadamente. El estudio fotográfico constituía un departamento clave dentro de la organización del campo. Su control y funcionamiento dependía directamente de la Gestapo y de su máximo responsable, Karl Schulz. De hecho, el estudio comenzó a operar en unas dependencias situadas en el edificio de la policía política.

Estuvo dirigido hasta la primavera de 1943 por Friedrich Kornacz. Este fotógrafo profesional alemán se dejó seducir por los cantos de sirena de Hitler e ingresó en las SS, donde alcanzó el grado de *oberscharführer*. Destinado a Mauthausen, Kornacz destacó como un gran artista pero no precisamente de la imagen. La llegada en un convoy de judíos holandeses de un profesor de lenguas llamado Alexander Katan le sirvió para dar rienda a su crueldad. Katan era enano y Kornacz consideró su «rareza» digna de estudio y escarnio. Le fotografió desde todos los ángulos posibles, le hizo posar junto a prisioneros de gran estatura y terminó preguntándole: «¿Sabes por qué te he fotografiado? Porque te vamos a matar y así podremos analizar científicamente tu esqueleto»[231]. Kornacz cumplió su amenaza y unos días después recibió el esqueleto de Katan perfectamente montado. Solo restaba realizar una nueva sesión fotográfica para completar el «trabajo».

En junio de 1941, la llegada del *SS-hauptscharführer*, Paul Ricken, provocó diversos cambios en el estudio. El primero fue su traslado a una barraca sin número situada en el extremo sureste del campo. El segundo fue la «dispersión» de Kornacz, que delegó en su recién llegado número dos las principales tareas del departamento; unas tareas que el propio Ricken describió ante el tribunal militar que le juzgó en

Dachau: «Hacía todos los trabajos fotográficos que se me solicitaban y fotografiaba los hechos que sucedían diariamente en el campo. También se realizaban fotografías de pasaporte para los SS y aquellas de los prisioneros que eran necesarias para diversos documentos. Además, se hacían fotos de las muertes no naturales y de las producidas por armas de fuego, fugas, así como de los suicidios»[232]. Ricken permaneció en el estudio fotográfico hasta comienzos de 1944, cuando fue destinado al subcampo de Leibnitz-Graz, momento en que le sustituyó Hermann Schinlauer.

Las fotografías siempre eran realizadas por los propios SS, que muy pronto empezaron a contar con prisioneros como ayudantes. Antonio García, gracias a su experiencia profesional, fue el primer español en incorporarse a la plantilla. Su trabajo era el de revelar y archivar las fotografías. De cada una de ellas se hacían cinco copias, una se conservaba en las propias dependencias del estudio y las otras cuatro se enviaban a los cuarteles generales de Berlín, Oranienburg, Viena y Linz. García contó, tras la liberación, que su antecesor en el puesto, el polaco Stefan Grabowski, realizaba una sexta copia de algunos negativos, que después escondía en una viga. El español mantuvo esa costumbre y fue acumulando material durante los siguientes años.

A finales de 1941, entró en escena otro republicano que acabó convirtiéndose en el gran protagonista de la historia: Francesc Boix. Este barcelonés había mamado desde pequeño el amor por la fotografía y, con solo catorce años, emprendió un aprendizaje más profesional en un laboratorio de la Ciudad Condal. Con el inicio de la guerra, Boix comenzó a ejercer de fotógrafo para el semanario *Juliol*, órgano de expresión de las Juventudes Socialistas Unificadas de Cataluña (JSU). Tras pasar por los campos de concentración franceses de Vernet y Septfonds, donde compartió la barraca 26 con otros muchos republicanos, fue forzado a alistarse en noviembre de 1939 en la 28 Compañía de Trabajadores Españoles[233]. Capturado por los alemanes en la zona de los Vosgos, llegó a Mauthausen el 27 de enero de 1941. Antes de que acabara ese año, su experiencia como fotógrafo le permitió ocupar una plaza de ayudante que había quedado vacante en el estudio.

La relación entre Boix y Antonio García fue turbulenta casi desde el principio y marcaría los acontecimientos que se fueron sucediendo entre las paredes del laboratorio. Aunque los dos eran comunistas, sus formas de ser eran absolutamente incompatibles. García tenía un carácter reservado y, según el testimonio de amigos como Manuel Alfonso, bastante timorato. Boix era todo lo contrario, una personalidad intensa y caótica que incluso se ganaba el favor y la simpatía de los SS para conseguir sus objetivos. Resulta muy significativa la descripción que se hacía de él en un informe realizado por la «comisión de cuadros» del PCE tras la liberación: «Francesc Boix. Ninguna preparación política. Indisciplinado en grado sumo. Anárquico. Sectario. Se le ha llamado muchas veces la atención. Aparte de esto ha realizado muy buenos trabajos. Propuesta de utilización: puede seguir en la JSU»[234].

Salvo García, los supervivientes españoles guardan un excelente recuerdo de

Boix. Ramiro Santisteban tiene sobrados motivos para ello: «Salvó la vida de mi padre. Tenía ya cerca de cincuenta años y no podía seguir trabajando en la cantera. Boix hacía muchos trabajos clandestinos para los SS, robaba a los alemanes, robaba a los prisioneros y robaba a todo Cristo. Esos chanchullos le permitían tener buena relación con algunos oficiales, que utilizaba para ayudar a quien podía. Un día me llevó a ver al capitán para pedirle que trasladara a mi padre a un trabajo en el que pudiera recuperarse. Y hubo suerte, porque ese día engancharon a un cocinero alemán que había robado un salchichón. Le llevaron a la cantera y a mi padre le pusieron a pelar patatas en la cocina. Logramos salvarle gracias a Boix. Tenía la cara más dura que el cemento pero ayudaba siempre que podía. Se merece un monumento».

Boix había aprendido estos métodos de los SS que trabajaban en el laboratorio. El propio Paul Ricken realizaba sesiones fotográficas y revelados para uso privado de los comandantes del campo y de otros miembros de la guarnición. A cambio obtenía dinero, tabaco y suculentas gratificaciones. El español, poco a poco, se especializó en este tipo de prácticas y se dedicó a comerciar con productos del mercado negro. A finales de 1943 consiguió que Ricken aceptara la incorporación al equipo de un nuevo ayudante español, José Cereceda.

Este importante rol convirtió a Boix en un valioso peón de la organización española. Sus dirigentes no tardaron en pedirle que asumiera la responsabilidad de sacar del estudio las fotografías que probaban los crímenes cometidos en el campo. Es difícil precisar el momento en que Boix las robó; de hecho, es probable que lo hiciera de forma paulatina. De lo que no hay duda es de que, junto a centenares de negativos que consiguió sustraer por sus propios medios, también sacó del estudio las copias que había ido acumulando su compañero. Antonio García, que se encontraba en esos momentos internado en la enfermería, nunca perdonó a Boix que hiciera toda la operación sin ni siquiera consultarle.

El material fue puesto en manos de la organización española, que se encargó de esconderlo en diferentes lugares del campo. Hay muchos y contradictorios testimonios sobre quienes participaron en esa tarea. Algunos negativos se ocultaron en los marcos de las puertas de las barracas y en otros lugares más insospechados. El toledano Ramón Bargueño camufló parte del material en un emplazamiento en el que nunca lo buscarían los SS: su segura y temida cárcel. Bargueño, que trabajaba en ella, aprovechó una vieja chimenea en desuso para camuflar el paquete. Pese al éxito de la operación, entre los responsables de la organización española seguía existiendo el temor de que las fotografías fueran finalmente descubiertas por los alemanes. Por esa razón tomaron la decisión de sacarlas del campo y buscar un escondite más seguro en el exterior. Esa misión la recibieron, en el otoño de 1944, varios jóvenes españoles que formaban parte del llamado *kommando Poschacher*.

LOS MÁS JÓVENES ASUMEN EL RIESGO

Este peculiar *kommando* fue creado en el verano de 1943. El comandante del campo llegó a un acuerdo con Anton Poschacher, dueño de una empresa familiar dedicada a la construcción y a la explotación de una pequeña cantera situada cerca del pueblo de Mauthausen. Las SS entregarían un grupo de trabajadores esclavos al empresario, a cambio del pago de la correspondiente tasa que serviría para engordar los bolsillos de los oficiales alemanes. Poschacher necesitaba operarios que sustituyeran a los jóvenes austriacos que se habían marchado al frente para combatir. Ziereis y Bachmayer decidieron reunir, para tal fin, a un grupo de chavales españoles. Entre ellos se encontraban los adolescentes que habían llegado con sus familias desde Angulema, tres años atrás. Muchos de ellos trabajaban ya en el campo central, pero otros, como José Alcubierre, fueron trasladados desde los subcampos en que se encontraban destinados: «Al llegar a Mauthausen, nos hicieron formar delante de la *kommandantur*. Llegó el comandante y nos dijo que si queríamos alistarnos en el Ejército alemán o bien preferíamos trabajar en la cantera. Todos nos miramos sorprendidos y asustados. Varios habíamos perdido a nuestros padres en Gusen o en aquella maldita cantera. Después de unos segundos de silencio, nos dijo: “Bueno, vais a trabajar en la cantera, pero en la del pueblo, y vais a ganar dinero en la empresa de un buen amigo mío. Os guardaremos los marcos en la caja del campo y, cuando seáis libres, podréis recogerlos”. Finalmente, nos dijo que teníamos su permiso para cambiar nuestros gorros de tela rayada por las gorras civiles que llevaban algunos prisioneros alemanes. Así que fuimos por el campo, todo chulos, quitándoles las gorras a los alemanes».

Era el primero de los muchos privilegios que tuvieron los 42 miembros del «comando pochaca», sobrenombre por el que era conocido por los prisioneros españoles. En su nuevo trabajo, disponían de más comida que el resto de los prisioneros y eran tratados con menos crueldad. En lugar de balazos, recibían patadas, puñetazos y azotes. Ramiro Santisteban destaca el hecho de que todos llegaran vivos hasta el día de la liberación: «Para mí fue la salvación porque, por entonces, yo estaba muy débil y extremadamente delgado. Allí trabajábamos duro, pero el trato y la comida eran mejores».

Trabajar fuera del campo les permitía moverse con cierta libertad por el pueblo y mantener contacto con algunos de los habitantes de la zona. Lázaro Nates era, sin embargo, muy consciente de que seguía siendo un esclavo: «El trabajo era muy intenso y todos los días, al terminar la jornada, volvíamos al campo para pasar la revista y dormir. Solo al final la cosa mejoró, cuando ya veían la guerra perdida nos permitieron quedarnos permanentemente fuera del campo».

Fue en octubre de 1944, cuando todos los «pochacas» obtuvieron un salvoconducto que les otorgaba un régimen de semilibertad. Muchos abandonaron la cantera y fueron desperdigados entre granjas y pequeñas empresas. En ellas trabajaban y también dormían. Su estatus se asemejaba más al de un civil en libertad condicional que al de un prisionero. Alcubierre no tiene dudas: «Si hubiésemos

querido escaparnos, lo habríamos hecho. No nos vigilaban apenas, pero adónde íbamos a ir. Sin hablar alemán, vestidos con trajes civiles marcados con rayas de pintura roja por aquí y por allí…».

Los «pochacas» estaban muy integrados en la organización española y se verían llamados a jugar un papel decisivo en la operación dirigida a salvaguardar las fotografías. En la situación tan especial en la que se encontraban, varios de ellos habían trabado amistad con Anna Pointner, una antifascista austriaca que vivía junto a sus tres hijas en una casa situada en las afueras de la villa. Anna no dudó en contestar «sí» cuando uno de los jóvenes españoles a los que había cogido cariño le preguntó si estaría dispuesta a esconder un paquete cuyo contenido tenía vital importancia. Ese joven no era otro que José Alcubierre, que relata todo el camino que siguieron las fotografías: «Fue el propio Boix el que nos lo pidió. Él era de las JSU como varios de nosotros. Primero se dirigió a Jesús Grau y le dijo que tenía unas fotografías y que quería que las bajáramos al pueblo y las guardáramos. Dijo que el objetivo era, si algún día salíamos del campo, poder denunciar lo que habían hecho los alemanes. Grau le contestó que lo hablaría con Jacinto Cortés y conmigo. Me explicó el plan y me preguntó mi opinión: “¿Qué te parece? Bajamos las fotografías y arriesgamos lo que arriesgamos…”. Sabíamos que, si nos cogían, nos mataban. Ahí no había perdón posible. Pero yo y Jacinto Cortés le contestamos lo mismo: “Si hay que sacarlas, las sacamos”. Hicimos tres paquetitos, uno para cada uno, y cada cual se lo escondió donde pudo. A nosotros casi nunca nos registraban cuando salíamos del campo, así que conseguimos hacerlo. Trabajábamos en una cantera pequeña, de la empresa Poschacher, en la que teníamos una barraca para guardar material. Y allí las escondimos. Algún tiempo después nos separaron y nos mandaron a trabajar a otros sitios, así que decidimos mover el paquete. Yo tenía cierta amistad con una de las hijas de la señora Pointner, así que primero le pregunté a ella si creía que su madre querría guardar las fotografías. Me dijo que sí, así que me fui a ver a Anna con el paquete y ella, efectivamente, accedió a esconderlo».

La señora Pointner lo guardó primero en su sótano, pero después prefirió buscar un lugar más seguro. En el muro situado detrás de su casa, movió una piedra y lo ocultó tras ella.

El comandante del campo, Ziereis, ordenó poco antes de la liberación que se destruyeran todas las fotografías almacenadas en el estudio. Paul Ricken, que había regresado en marzo de su destino en el subcampo de Leibnitz-Graz, fue el encargado de ejecutar la orden. Los nazis no sabían que una parte sustancial del archivo se encontraba lejos de las llamas. Boix y sus «pochacas» solo tuvieron que esperar unos días, hasta la llegada de las tropas norteamericanas, para presentarse en la casa de Anna y recuperar el paquete. Todos juntos celebraron, por fin, el final del régimen nazi. El momento quedó inmortalizado en varias instantáneas realizadas con la cámara que Boix había sustraído a los SS; la misma cámara con la que ya había registrado algunos de los momentos clave de la liberación del campo.

Tal y como señala Benito Bermejo, el historiador que más ha indagado en la historia del estudio fotográfico de Mauthausen y en la biografía de Boix: «La mayoría de las fotografías, sin embargo, no salió del campo hasta el día de la liberación. El dato que tenemos apunta a que el paquete que guardó la señora Pointner durante meses era una caja de pastillas Valda. En su interior no podían caber demasiados negativos. El propio Boix declaró en el juicio de Dachau que hubo fotografías que permanecieron escondidas en el laboratorio fotográfico y en otros lugares del campo». Bermejo recuerda que, en esa declaración, el fotógrafo español afirmó haber conservado 20 000 negativos. Aunque esa cantidad pueda resultar exagerada, el historiador no tiene dudas, por tanto, de que el volumen de las fotografías que se salvaron es mayor del que escondió la señora Pointner.

La operación en la que se jugaron sus vidas Alcubierre, Cortés y Grau se realizó porque nadie sabía lo que podía ocurrir en los momentos finales de la guerra. Eran conocidos los planes que el Reich tenía para destruir las pruebas de sus crímenes y también para eliminar a los prisioneros que habían sido testigos de los mismos. El paquete de la señora Pointner era una apuesta segura que podría sobrevivir a los propios republicanos españoles si estos eran exterminados. Finalmente, no se cumplieron los peores pronósticos; Boix y otros compañeros de la organización no solo conservaron sus vidas, sino que lograran salvar de la quema, en los momentos finales, otra importante cantidad de fotografías.

Lo que nunca se sabrá es el número de copias que tenían los propios SS y que guardaban como recuerdo de su «trabajo» en el campo. Tras la liberación, José Marfil descubrió algunas de ellas en las dependencias abandonadas por los alemanes: «Estaba buscando comida y mantas. Al abrir un cajón encontré veinte fotografías en algunas de las cuales se veían las atrocidades que se cometían en el campo. Yo estaba entonces tan acostumbrado y asqueado de ver esas escenas que no les di valor alguno. Al día siguiente se las enseñé a unos soldados estadounidenses que andaban por allí y me pidieron que se las regalara como *souvenir*. Y se las di. Todavía me estoy arrepintiendo por lo que hice, pero en aquel momento no representaban nada para mí».

Sobre estos importantes acontecimientos ha existido una natural confusión creada por el secretismo con que se llevó a cabo la operación y también por la información parcial de que disponían algunos prisioneros. A ello hay que sumar el manto de sombras que sobre Boix extendió su compañero Antonio García. Su testimonio no sería mencionado en estas páginas de no ser porque ciertos historiadores asumieron como propias sus cuestionables afirmaciones. García llegó a acusar a Boix de «lamebotas de los SS» y de ser complaciente con los crímenes que se cometían en el campo[235]. Lo hizo años después del fallecimiento del fotógrafo español y, por tanto, cuando este ya no podía defenderse. Sus declaraciones, que llegaron a cuestionar, incluso, la documentada experiencia fotográfica de Boix antes de llegar a Mauthausen, fueron desmontadas punto por punto por el historiador Benito Bermejo

en su obra *Francesc Boix*, el fotógrafo de Mauthausen, así como por los testimonios de numerosos supervivientes.

EL LEGADO DE BOIX

Al margen de estériles polémicas, el botín obtenido por Boix, García y los suyos tuvo una importancia crucial. Solo un mes después de la liberación del campo comenzaron a publicarse algunos reportajes ilustrados con las imágenes robadas por los españoles. Esas fotografías no pasaron desapercibidas para los investigadores norteamericanos y franceses que perseguían a los criminales de guerra nazis. Por esa razón, Boix fue llamado a comparecer en el histórico juicio contra los miembros de la cúpula del Reich que se celebró en la ciudad de Núremberg. El fotógrafo barcelonés compareció ante ese tribunal internacional los días 28 y 29 de enero de 1946. Fue el único deportado español que tuvo ese privilegio. Boix apoyó su declaración con 18 fotografías que conmocionaron a jueces, fiscales y al público que asistía a la vista. En ellas podía verse a prisioneros esqueléticos, deportados ahorcados, fusilados y electrocutados en la alambrada. También mostró instantáneas del grotesco cortejo que acompañó a Hans Bonarewitz en su camino hacia el patíbulo, de los trabajos en la cantera y de reclusos despeñados desde el tajo de los «paracaidistas». Eran imágenes que solo dejaban indiferentes a quienes se sentaban en el banquillo de los acusados. Sin embargo, el rostro de algunos de ellos cambió de color cuando comenzaron a ver una serie de fotografías que daban por destruidas. En ellas aparecían los oficiales del campo junto a miembros de la cúpula del Reich durante sus visitas a Mauthausen. En primer plano de una de ellas, junto a Himmler, se veía al jefe de la Oficina de Seguridad del Reich. En los interrogatorios previos, Ernst Kaltenbrünner había negado estar al corriente de lo que ocurría en los campos de concentración e incluso había afirmado no conocer personalmente Mauthausen. Boix mostró una foto hecha en la cantera en la que aparecía el antaño todopoderoso general alemán. En ese instante, Kaltenbrünner dio el paso final hacia la horca.

Boix también identificó en el banquillo a Albert Speer, ministro de Armamento y de la Guerra, y ofreció numerosa información sobre los métodos de ejecución, el funcionamiento del campo y el asesinato de prisioneros soviéticos. Lo que no pudo hacer, aunque lo intentó, es aprovechar la tribuna para denunciar la complicidad del régimen franquista en la deportación de los republicanos españoles: «Fuimos prisioneros de guerra durante seis meses, y después nos enteramos de que el ministro de Exteriores se había entrevistado con Hitler para discutir la cuestión de los extranjeros y otros asuntos. Nos enteramos de que nuestra situación había sido una de las cuestiones tratadas. Oímos que los alemanes preguntaron qué se debía hacer con los prisioneros de guerra españoles que habían servido en el Ejército francés, los que eran republicanos y exmiembros del Ejército republicano. La respuesta…». En ese

momento, el fiscal francés le quitó la palabra: «Eso no viene al caso»[236].

Las fotografías volvieron a ser decisivas en Dachau, donde se juzgó a parte de la cúpula de Mauthausen. Boix no solo acudió como testigo sino que aprovechó para ejercer como reportero gráfico durante las vistas. Un trabajo que siguió desempeñando hasta su muerte y que le permitió retratar a personajes como Picasso o Dolores Ibárruri, Pasionaria. Su cámara también estuvo presente en las manifestaciones y mítines que la oposición antifranquista celebraba en las calles de Francia.

La tuberculosis y otras dolencias que arrastraba de su paso por el campo le acompañaron hasta su fallecimiento, el 7 de julio de 1951. Estaba a punto de cumplir los 31 años de edad. Sus restos descansan en el cementerio parisino de Thiais. La Amical de Mauthausen francesa y la española tratan desde hace años de recaudar los fondos suficientes para garantizar la perpetuidad de su tumba. Sin apenas ayudas oficiales, serán los deportados y sus descendientes los que acarrearán con los costes de mantener vivo el recuerdo del fotógrafo de Mauthausen.

LAS FUGAS Y LA CAZA DE LA LIEBRE

En el campo central de Mauthausen y en Gusen los intentos de fuga no fueron frecuentes y se saldaron, casi siempre, con la rápida muerte de quienes los protagonizaban. Es significativo que no conste testimonio o documento que acredite la tentativa de evasión de un solo español en estos dos recintos. Las estrictas medidas de seguridad a las que estaban sometidos los prisioneros, unido a su extrema debilidad física, hicieron que la inmensa mayoría ni siquiera se planteara esa posibilidad.

La situación fue diferente en algunos de los subcampos, especialmente en los más pequeños, donde los SS contaban con menos recursos materiales y humanos para controlar a los internos. La ausencia de vallas electrificadas y unas condiciones de vida ligeramente más favorables, que permitían conservar la energía necesaria, animaron a varios españoles a buscar el camino de la libertad. Como en el caso de deportados de otras nacionalidades, la mayoría de los intentos empezaba y terminaba en tragedia. Tras conocerse la fuga, los responsables del campo castigaban al resto de los reclusos con interminables formaciones bajo el sol, la lluvia o la nieve. Paralelamente, los SS iniciaban lo que ellos mismos denominaban «la caza de la liebre». Una persecución sistemática a la que se sumaban, de buen grado, numerosos civiles de las granjas y aldeas cercanas. Durante los días que fuera necesario, soldados, agricultores y granjeros peinaban bosques y montañas hasta dar con los exhaustos y asustados fugitivos. Una vez capturados, no había piedad. Los evadidos eran torturados y ejecutados en el acto o a su regreso al campo central. En otras ocasiones, las menos, se les incorporaba a compañías de castigo en las que estaban

condenados a morir en unos pocos días, salvo que contaran con la desinteresada ayuda de otros compañeros.

El número de españoles que trataron de fugarse en alguno de estos subcampos se reduce a diecisiete. De ellos, siete murieron en el intento y solo diez lograron pasar unos días de precaria libertad[237]. Aunque existe cierta confusión sobre el destino de algunos de los evadidos, todos los datos apuntan a que ninguno consiguió finalmente su objetivo y, más temprano que tarde, acabaron muertos o fueron devueltos a los campos de concentración. Fugarse era casi imposible, pero aún era más complicado sobrevivir en un territorio desconocido en el que cada uno de sus habitantes podía y solía ser un enemigo.

La fuga más conocida, y también la que permitió a sus protagonistas disfrutar de un mayor periodo de libertad, se produjo en el subcampo de Bretstein, situado a 150 kilómetros de Mauthausen. En el verano de 1941, se encontraba allí un grupo de cincuenta españoles construyendo el perímetro del propio campo. Se trataba de una situación propicia que quisieron aprovechar cuatro de ellos: Antonio López, Primitivo Izquierdo, Manuel Cerezo y el murciano Antonio Velasco[238]. A través del testimonio de este último, podemos conocer los detalles de esta increíble epopeya.

Todo comenzó en una templada noche del día 22 de julio: «Abrimos muy sigilosamente la ventana pero ninguno de los cuatro quería saltar primero. El miedo y la duda nos atenazaban. “¡Salta tú!”, le decía el uno al otro susurrándole las palabras al oído. “¿Y por qué he de ser yo?”, respondía el aludido. Nadie se decidía. El amanecer se avecinaba, los ánimos se alteraban haciendo que el tono de nuestras voces resultara cada vez más inteligible. Llegamos a la conclusión de que alguno de los presos se había despertado y nos escuchaba. Decidimos dejarlo para la siguiente noche y nos fuimos cada cual a su catre». Veinticuatro horas después de ese primer fracaso, los cuatro españoles superaron sus miedos y consiguieron escapar: «Aprovechamos la escasa vigilancia y un exceso de confianza por parte de los SS. Nuestro ilusionado objetivo era Suiza, pues calculamos que nos encontrábamos a una distancia razonable y porque, además, era la única nación europea en la que no habían hecho presa las garras fascistas». Esa distancia «razonable» eran 450 kilómetros que atravesaban el corazón del Reich.

Los cuatro españoles habían pasado tanta hambre en Mauthausen, que aprovecharon su nueva situación para atracarse de leche, huevos y hortalizas que robaban en las huertas y granjas que encontraban en su camino: «Cuando conseguíamos bastante suministro, comíamos sin tino ni medida. Nos tragábamos lo que teníamos a mano, mezclando todo sin reparar en indigestiones ni cosa parecida. Por eso, de vez en cuando, nuestros vientres sufrían los tormentos de los retortijones. Excepcionalmente, una noche en una granja encontramos gran cantidad de huevos en conserva y, cómo estarían nuestros estómagos de enjutos que yo llegué a engullir diecisiete (…). Poco a poco conseguimos encontrar ropas austriacas para todos, adoptando cada uno la que mejor le cuadraba en lo largo o en lo corto, porque en lo

referente a la cintura los cuatro la teníamos como los juncos que proliferan en las márgenes de ciertos ríos. A pesar de ser verano, muy contento, yo me planté un abrigo bastante potable y, en la cabeza, un sombrero tirolés que me daba un aire de cazador. Parecíamos extraños individuos desorientados, pero como el pelo nos había crecido bastante, casi, casi podíamos pasar por oriundos del lugar. El haber abandonado el asqueroso traje de rayas y aparecer borrado el estigma de nuestras cabezas peladas nos hacía creer que habíamos ganado el primer combate de la primera batalla de la cruenta guerra en la que voluntariamente estábamos inmersos. A pesar de ir decentemente vestidos, sabíamos que nos sería imposible evitar las sospechas que podríamos inspirar en las personas que encontrásemos. Siempre resultaría extraña nuestra presencia en una retaguardia que permanecía tranquila debido a que los jóvenes estaban en los frentes y los otros trabajadores habían sido enviados a las fábricas de material de guerra. Nos desplazábamos siempre de noche, siguiendo el trayecto de las carreteras, que nos ayudaban a orientarnos. Por esa razón, atravesábamos andando bastantes pueblos, llegando a encontrarnos con algún transeúnte que nos saludaba vociferando el conocido “Heil Hitler”, al que correspondíamos debidamente; eso sí, algo preocupados por nuestro acento que dejaba al descubierto la condición de gente extraña».

Con ese aspecto de delgados cazadores tiroleses, los cuatro se atrevieron incluso a cruzar la ciudad de Salzburgo. Primitivo Izquierdo, agotado y descontento con la ruta tomada, decidió separarse del grupo. Semanas después fue capturado y trasladado al campo de concentración de Dachau, del que consiguió salir con vida. El 4 de septiembre Antonio Velasco fue apuñalado varias veces y, finalmente, capturado por un guardabosques austriaco. En las siguientes horas cayeron López y Cerezo. La gran fuga de Bretstein había terminado; atrás quedaba mes y medio de sufrimiento pero también de gratificante libertad. Cerezo fue enviado a Gusen, mientras que Velasco y López regresaron a Mauthausen. Los dos estuvieron, en distintos momentos, en la temida compañía de castigo que trabajaba en la cantera. La ayuda de otros españoles, que les suministraron diariamente un poco de comida extra, les permitió sobrevivir. Ambos llevaban un par de círculos de tela, uno rojo y otro negro, cosidos en su uniforme a rayas que indicaban su condición de fugados. Ese distintivo era un motivo más para que los SS dieran rienda suelta a su brutalidad. Por ello, Velasco decidió actuar en el mismo momento en que salió de la compañía de castigo y fue destinado a un *kommando* que construía las viviendas de los oficiales de las SS: «El primer día, nada más llegar y antes de que observara mis círculos el responsable SS del lugar, me los quité descosiéndolos cuidadosamente para no deteriorar el sitio de la chaqueta en el que estaban cosidos. Para disimular el color claro que había quedado en los redondeles, los froté con un puñado de hierba fresca consiguiendo que la diferencia del color quedase casi perfectamente paliada»[239]. El caso de los cuatro de Bretstein es inédito en la historia de Mauthausen. Se trató de la única fuga en la que todos sus protagonistas consiguieron llegar con vida al día de la liberación.

El resto de las evasiones protagonizadas por españoles no tuvo un final tan feliz. También en Bretstein, en mayo de 1942, el intento de fuga del lanzaroteño Pedro Noda y del oscense Antonio Castro fue abortado por los SS. Los dos fueron torturados hasta la muerte. En el caso de Castro, el suplicio se prolongó durante más de quince días. Los alemanes consignaron su muerte como natural y provocada por «hidropesía y deficiencias en la circulación sanguínea». Eduardo Escot, que se encontraba en Bretstein, fue testigo de cómo su cuerpo fue exhibido ante el resto de los prisioneros para que sirviera de ejemplo: «A uno lo dejaron en la montaña, pero al otro lo trajeron al campo, muerto. Lo pusieron delante de nosotros para que viéramos que había sido capturado y asesinado».

La historia se repitió en junio de ese año en el subcampo de Steyr. Constantino Bernuz, José Martínez Carpio y Joaquín Galí apenas pasaron unas horas en libertad. Fueron capturados y asesinados en el acto.

El *kommando* de Vöcklabruck también fue testigo de la evasión de otro grupo de españoles. El barcelonés Joan Adelantado, el andaluz Francisco López Bermúdez y el extremeño Agustín Santos Fernández se fugaron la noche del 5 de abril de 1942. «Me deslicé arrastrándome por el suelo hacia las alambradas —relata Agustín Santos—. Corté las tres hileras inferiores, de forma que pudiera deslizarse un cuerpo humano, y les hice una seña con la mano a mis dos compañeros. Uno tras otro, por entre las matas de hierba, salimos al exterior. Cuando nos encontrábamos a unos 500 metros del campo se empezaron a oír los silbatos y algunos gritos en alemán. La evasión había sido descubierta y empezaba la parte más dura y más arriesgada de nuestra empresa. Enseguida los proyectores se pusieron a rastrear el terreno que rodeaba el campo, mientras que los silbatos y los gritos y órdenes se hacían más y más intensos. Calculando que ya nos habíamos alejado bastante, nos levantamos y echamos a correr hacia el bosque».

Francisco Griéguez vivía la fuga desde el otro lado de la alambrada. Llevaba unas horas dormido cuando le despertaron los gritos de los SS: «Entraron chillando en nuestra barraca: “¡Se han escapado tres!”. Nos sacaron a la plaza y nos tuvieron tumbados hasta el día siguiente. Toda la noche asustados, viendo los focos y escuchando las sirenas. Pasamos mucho miedo».

Mientras tanto, los tres evadidos se alejaban todo lo posible de Vöcklabruck. «Nuestro uniforme nos impedía establecer contacto con nadie, so pena de ser denunciados —continúa narrando Agustín Santos—. Teníamos que aprovechar la primera noche para llegar a las montañas del Tirol. En los días siguientes comíamos de lo que encontrábamos en las granjas y del mismo modo nos agenciamos ropa vieja y abandonamos los trajes de penado. De esta manera podíamos andar un poco más cuando ya amanecía».

Tras veinte días de marcha, un encuentro fortuito con un paramilitar austriaco provocó la división del grupo y la detención de Joan Adelantado. Días después, López Bermúdez resultó herido por los disparos de un guardia forestal. Agustín

extrajo algunos de los perdigones del brazo de su amigo que se encontraba débil y desmoralizado: «El viejo[240], tras unas horas de marcha, se sintió desfallecer y me dijo que continuase solo: “Yo no puedo seguir, estas montañas son mucho para mí y no voy a ser para ti más que un estorbo”. Traté de animarlo y le recordé la promesa que nos habíamos hecho antes de escaparnos, de ayudarnos mutuamente hasta el fin. Como pensábamos que no estábamos muy lejos de Suiza, decidimos abandonar la montaña y, con mucha prudencia, seguimos la marcha cerca de las carreteras. Aquello sería nuestra perdición. Dos días más tarde éramos detenidos en un pueblo llamado Landeck. A unos 350 kilómetros del campo y apenas a 30 de Suiza»[241]. Agustín Santos fue enviado a una compañía de castigo, primero en Mauthausen y después en Gusen. En ella pasó cerca de ocho meses. Gracias a su juventud y a la ayuda de otros españoles consiguió vivir para contarlo. El «viejo» López Bermúdez falleció en diciembre de ese año. El destino de su tercer compañero de fuga daría pie, en sí mismo, a escribir un libro.

Joan Adelantado, tras su captura, fue enviado a un *kommando* de castigo en el Tirol reservado a condenados a muerte. El mismo día de su llegada se fugó de nuevo junto a un catalán que fue abatido por los SS. Adelantado consiguió llegar a la frontera de Eslovenia, donde fue capturado por los alemanes antes de que pudiera unirse a los partisanos yugoslavos. Fue trasladado a Mauthausen y después a Buchenwald. Allí, su largo historial de fugas hizo que los SS le enviaran a un batallón de castigo situado en Langensalza, en pleno centro de Alemania. En los momentos finales de la guerra y ante el avance soviético, los nazis evacuaron el campo y organizaron una de las llamadas «marchas de la muerte» con todos los prisioneros. Sin agua ni comida, recorrieron a pie centenares de kilómetros hasta que el 23 de abril de 1945 se toparon con las tropas aliadas que les liberaron. Joan Adelantado seguía con vida.

LA REBELIÓN DE LOS MISERABLES

Si bien el campo central apenas registró intentos de evasión, en febrero de 1945, apenas tres meses antes de la liberación, se produjo una fuga masiva que despertó la admiración del resto de los prisioneros. Fue la gran rebelión de los miserables, un grupo de hombres que prefirió morir luchando.

El *block* número 20 de Mauthausen era conocido como «el barracón de la muerte». Cerca de 5000 oficiales soviéticos, comisarios políticos y otros prisioneros considerados peligrosos fueron encerrados en él en abril de 1944. La mayor parte era víctima de la llamada *Aktion-Kugel*, operación Bala, puesta en marcha por orden de Himmler en marzo de ese año. El objetivo era eliminar a aquellos oficiales, exceptuando británicos y norteamericanos, que no pudieran trabajar o que hubieran realizado alguna tentativa de fuga. Estos militares habían llegado, mayoritariamente,

desde el *stalag* XVII-B situado cerca de la localidad austriaca de Krems. En sus expedientes constaba la letra «K» que los marcaba como condenados a una muerte inmediata. Por ello, ni eran registrados en los libros del campo ni se les asignaba número de prisionero.

El comandante de Mauthausen, Franz Ziereis, decidió aniquilarles por hambre y de agotamiento, en lugar de darles una muerte más rápida en el paredón o la cámara de gas.

La barraca 20 estaba aislada del resto del campo central por un muro rematado con una alambrada eléctrica. Se trataba, por tanto, de una cárcel dentro de la gran prisión que era Mauthausen. Francesc Comellas describe así la situación que vivían estos prisioneros: «Permanecían continuamente formados o les obligaban a correr a paso gimnástico alrededor de la barraca. A cada momento caían a tierra los más débiles, los cuales no se levantarían jamás, ya que los *kapos* se encargaban de rematarlos. Agravaba la irreversible situación que padecían el que solo les dieran la mitad de la ración de sopa que repartían a los demás deportados; incluso algunos días les dejaban completamente en ayunas. Además tenían que dormir en el suelo mojado en pleno invierno»[242].

El responsable del barracón, el *SS-oberscharführer* Josef Niedermayer explicó durante los juicios de Núremberg cuáles eran sus órdenes: «Los prisioneros morían lentamente, por hambre o enfermedad, sin que se permitiera darles tratamiento. La ración diaria de comida consistía en medio litro de sopa aguada, 125 gramos o la mitad de pan, que con frecuencia no les distribuíamos, y a veces una loncha fina de queso, embutido o margarina». La estrategia de eliminación resultaba enormemente eficaz. En noviembre de 1944, tan solo permanecía con vida un tercio de los prisioneros. En enero de 1945, la barraca ya contaba únicamente con 800 exhaustos y hambrientos inquilinos[243].

Viendo próxima su total aniquilación, los supervivientes decidieron rebelarse y huir. Sin nada ya que perder, la noche del 2 al 3 de febrero mataron a sus *kapos* y salieron en tromba al exterior de la barraca. Amontonaron los escasos muebles junto a los muros para lanzarse sobre las alambradas. Los primeros en caer sobre ellas morían electrocutados, pero los siguientes conseguían saltar al otro lado. Lo inesperado de la acción sorprendió a los alemanes, que reaccionaron demasiado tarde, por lo que alrededor de 300 prisioneros consiguieron escapar. Atrás dejaron a centenares de compañeros electrocutados o abatidos por los disparos de los SS que se encontraban en las torres de vigilancia.

El comandante Ziereis organizó inmediatamente una «caza de la liebre» a gran escala que, muy pronto, acabó con la inmensa mayoría de los fugados. Los cadáveres eran trasladados hasta Mauthausen por los soldados y también por los civiles austriacos que participaban en la operación. A pesar de todo, una veintena de evadidos consiguieron mantenerse escondidos hasta el final de la guerra y volver a las filas del Ejército soviético. En ese momento de suprema alegría, no contaban con que

su máximo líder, Josef Stalin, promulgaría una perversa doctrina: sobrevivir a los campos de concentración solo era posible si se había sido cómplice de los guardianes nazis[244]. Algunos de los héroes del barracón de la muerte terminaron sus días en los gulags de Siberia.

ESPAÑOLES EN EL LADO OSCURO

En la macabra rutina de los campos, quien más y quien menos todos tuvieron que competir en algún instante con otros compañeros para ocupar un sitio más seguro en la formación, obtener un poco más de comida o acceder a un trabajo menos sacrificado. Ganar en esa competición suponía, a veces, condenar a una muerte segura al perdedor. La frontera entre la dura pero comprensible lucha por la supervivencia y la complicidad con los verdugos era demasiado delgada. Mauthausen podía convertir a un hombre bueno en un verdadero monstruo. El ansia por escapar de la muerte y el deseo de detener un sufrimiento insoportable empujaron a un pequeño grupo de republicanos españoles a cruzar esa línea roja y pasarse claramente al bando de los asesinos. Fueron los «*kapos* malos», a los que no debemos confundir con aquellos españoles que también accedieron a puestos de responsabilidad, pero que los aprovecharon para ayudar a sus compañeros.

Entre estos últimos, fueron muchos los que solo aceptaron el cargo tras pedírselo los responsables de la organización. Joan Gil tuvo que hacerlo y vivió esos meses atormentado por su decisión: «Llevar el brazalete de *kapo* quería decir que lo tenías todo a tu alcance, incluso que podías pegar impunemente. Por disciplina, acepté el cargo, pero ¿cómo podía salir bien esta empresa?… Tenías que controlar a la gente, dar cuenta de la situación y estar bajo las órdenes directas de los SS. No había interferencias y mi situación era muy delicada. Para poder trabajar en la solidaridad era imprescindible que en la barraca hubiese orden, silencio y que estuviese muy limpia»[245]. Pese a sus más que justificables dudas, Gil no solo consiguió mantener ese difícil equilibrio encaminado a proteger a sus compañeros de barraca, sino que, durante los momentos finales, tuvo tiempo y valor para esconder a tres trabajadores del crematorio que iban a ser eliminados por los SS, por tratarse de incómodos testigos.

José Sáez Cutanda también afrontó con valentía y honestidad el trabajo de *kapo* en el pequeño subcampo de Ternberg: «Yo era jefe de una barraca en la que dormían 32 hombres. Trabajaba más que ellos porque quería que estuviera perfectamente limpia. Cuanto todos salían para ir a formar, yo les decía: “Muchachos, mirad todo bien antes de salir”. Si los alemanes encontraban una paja en el suelo, te aplicaban un castigo muy duro. Más tarde me nombraron jefe de un *kommando* de trabajo. Allí no podías decir que no, había que ir. A los hombres que tenía a mi cargo les decía que el mejor trabajo era vigilar: “Si veis que viene algún guardia, entonces moved la pala”.

El civil que dirigía los trabajos no era muy malo, nos reñía mucho pero no tenía malos sentimientos. Cuando algún preso estaba enfermo, él le decía: “Vete con Cutanda”. Si alguno no andaba bien: “Vete con Cutanda”. A mi *kommando* le decían “la caballería rusa” porque uno cojeaba de un lado y otro del otro».

En cuanto a los «*kapos* malos» el más recordado por los supervivientes de Gusen es Indalecio González, apodado el Asturias. José Marfil coincidió con él durante los años previos a su cautiverio. Estuvieron juntos en la 9.ª Compañía de Trabajadores Españoles del Ejército francés, sobrevivieron a la batalla de Dunkerque, compartieron los campos de prisioneros de guerra de Zagan y Trier y llegaron a Mauthausen a bordo del mismo tren, el 25 de enero de 1941. En febrero, Indalecio fue enviado a Gusen. Marfil siguió sus pasos dos meses después: «Conmigo llegó a Gusen otro compañero de la 9.ª compañía. Se enteró de que el Asturias dirigía un *kommando* de trabajo y decidió apuntarse a él. Daba por hecho que su pasada amistad le serviría para recibir un trato un poco más favorable. Pasaron varios días y, como no le veía, empecé a inquietarme. Al final, otro español me condujo hasta él. Estaba irreconocible. Me contó que cuando llegó al *kommando* se dirigió hacia el Asturias para abrazarle, pero este le rechazó y le dijo: “No cuentes nada sobre mí. He decidido suprimir a todos los testigos de mi pasado. Los alemanes van a ganar la guerra, debo demostrarles que estoy con ellos; es el único modo de salir vivo de aquí, el único modo de poder un día reunirme con mi mujer y mis hijos”. Mi amigo, desesperado, me dijo acurrucado en su jergón: “Ves en qué estado estoy, mañana no podré tenerme en pie, él va a terminar conmigo, debo despedirme de ti, para mí esto se ha acabado. Si logras salir de este infierno, el mundo entero debe saber las atrocidades cometidas por los nazis y por sus lacayos”. Poco después, el Asturias le mató». Marfil siempre evitó coincidir con Indalecio y se cuidó muy mucho de no mencionar jamás que le había conocido antes de llegar a Mauthausen.

Enrique Calcerrada no consiguió eludir al Asturias, cuya negra fama ya se extendía por Gusen en los albores de 1943. En esa época, Indalecio González dirigió un control de piojos en el que se mostró más violento que los *kapos* polacos o alemanes. Personalmente, quiso ser el encargado de revisar a los españoles. Calcerrada tuvo mala suerte y el Asturias le encontró un parásito en su cuerpo. Entonces le molió a palos y ordenó que le dieran una ducha fría que a punto estuvo de acabar con su vida: «Recuerdo que, para que yo entrara en reacción, mis camaradas me apretaban contra sus espaldas, a riesgo de coger ellos mismos una pulmonía. Cuando mi cuerpo empezó a calentarse, me vi asaltado por dolores tan fuertes que perdí el sentido durante muchos minutos».

Ricardo Rico añade el dato de que Indalecio fue el *kapo* de una de las canteras de Gusen durante años. Los españoles bautizaron ese lugar como la cantera del Asturias: «Tanta era la saña con que él y sus ayudantes se empleaban en sobrepasar las órdenes de masacrar que recibían de los SS, que, en ciertas ocasiones, el estado de su *kommando* al entrar al campo atrajo la atención de los oficiales alemanes. El

comandante del campo, Chmielewski, al ver en la formación de la tarde a esos hombres de su grupo cubiertos de barro y sangrando, felicitó al Asturias por su buen trabajo llamándole Napoleón»[246].

El Asturias tenía otros dos sanguinarios compañeros de fechorías en Gusen: Enrique Tomás Urpí y un republicano conocido con el sobrenombre de el Tirillas. Roc Llop relató el proceso que condujo a Tomás a convertirse en uno de los peores asesinos del campo: «El Tirillas se distinguió de todos los demás *kapos* por sus instintos. Su barraca, la 22[247], era un verdadero infierno y los presos destinados a ella estaban condenados a muerte de antemano. Si el jefe del campo le ordenaba provocar 100 víctimas al día, a la hora de la formación 100 presos estaban de cuerpo presente. Si tenían que ser 200, 200. En la barraca estaba a sus órdenes, como responsable de uno de los *stube*, el célebre Tomás de mala memoria. El jefe del campo SS había ordenado al Tirillas que, para el día siguiente, deseaba que en el parte constaran dos centenares de muertos. Para llevar a cabo la matanza, necesitaba la ayuda de otros carniceros y se lo solicitó a Tomás. Este se negó, alegando su procedencia y el ideal que le había llevado al campo. Recurrió el Tirillas a medios expeditivos y extremos. Le tuvo tres noches seguidas completamente desnudo delante de una ventana y a una temperatura de 30 grados bajo cero. Tomás se doblegó con un "mato a mi padre para salvarme". Y así fue. Bajo las órdenes del criminal Tirillas asesinó cada vez que la orden, como ave de mal agüero, planeaba sobre la barraca 22»[248].

Desde ese momento, Enrique Tomás hizo sobrados méritos ante el Tirillas y los SS para conservar la vida. Ahogaba a los prisioneros en cubos de agua y le gustaba exhibir su sadismo ante sus antiguos camaradas. Estos se escandalizaban, especialmente, por la forma en que maltrataba a los hombres de mayor edad, incluidos los padres de algunos prisioneros. «Aquí no hay padres ni hijos», contestaba Tomás a quienes le recriminaban su actitud[249]. El día de la liberación, el *kapo* pagó por todos sus crímenes. El hijo de una de sus víctimas le acribilló a balazos. Un final muy parecido al que tuvo el Tirillas.

En el campo central de Mauthausen uno de los *kapos* más temidos fue Ramón Vergé, famoso por los crímenes que cometió en la enfermería, en la que estaba destinado. José Alcubierre, Mariano Constante y Francisco Batiste son tres de los deportados que le acusan de ejecutar a enfermos aplicándoles inyecciones de gasolina en el corazón. Batiste destaca además su rasgo más característico: «Trabajando en la enfermería, la conducta de Vergé fue desconcertantemente variable, ya que tanto te ayudaba como aceleraba el proceso de eutanasia para que al desgraciado le fuese inyectada gasolina por vía intravenosa». Antonio García coincide en esta descripción: «Tan pronto te cuidaba como te mataba. A mí me dijo: "No tienes salvación, prepárate para salir en forma de humo por el crematorio"».

Francesc Teix fue uno de los muchos que contempló el perfil más criminal de

Vergé: «Arnau era un hombre loco. Le llevaron de Gusen a Mauthausen porque estaba trastornado. Una vez, por la noche, Ramón Vergé le puso un esparadrapo en la boca y le ató a la cama. Una madrugada, tal vez harto de la cantinela del loco, Ramón le puso una inyección de gasolina en el corazón. Al día siguiente disimuló»[250]. Varios españoles vieron cómo a los propios SS les asqueaban algunos de los métodos de Vergé, que llegaba a «coger la masa encefálica de sus víctimas con la mano»[251]. A pesar de su comportamiento, el doctor muerte español nunca fue condenado[252].

El *kapo* castellonés Vicent Ripollés fue jefe de barraca en Mauthausen y después en el subcampo de Steyr. Mariano Constante le recuerda muy bien: «Era un auténtico monstruo, un tipo alto con mucha fuerza. Había aprendido la forma de apalear españoles hasta la muerte. Una vez, llegaron 600 checos que fueron amontonados en nuestro *block*. Ripollés era un sádico que gozaba torturando a los checos. Tenía una porra de goma y desnucaba a todo el que se atreviera a hacerle frente»[253]. Ripollés fue envenenado por varios *kapos* que no toleraron su participación en una operación de contrabando. Algunos republicanos mantienen que fue descubierto gracias a un plan ideado por la organización española para quitárselo de en medio.

La práctica unanimidad existente entre los deportados a la hora de valorar la actuación de estos *kapos* se rompe en el caso del valenciano César Orquín. Para unos, fue un traidor que llegó a delatar ante los nazis a determinados miembros de la organización comunista. Para otros, alguien que se preocupó por mantener con vida a los hombres que estaban a su cargo. Su comportamiento fue especialmente significativo porque caminó, más que ningún otro, sobre esa delgada frontera que separaba el bien y el mal.

César Orquín dirigió tres grupos de trabajo diferentes, pero que los españoles identificaron con un único nombre: el *kommando* César. En los tres casos los prisioneros a su cargo fueron, en su práctica totalidad, republicanos. César tenía un control casi absoluto sobre sus vidas, ya que todos trabajaban y dormían en el propio subcampo. Entre junio de 1941 y mayo de 1942 César y su grupo estuvieron realizando trabajos de reparación de calles y construyendo un puente en la localidad de Vöcklabruck, a 80 kilómetros de Mauthausen. Cumplida la misión, se le destinó a Ternberg, donde pasó algo más de dos años colaborando en las tareas de construcción de una presa. Finalmente, en diciembre de 1944, se le asignó una nueva responsabilidad en Redl Zipf, donde dirigió la perforación de túneles destinados a la fabricación de armamento.

José Alcubierre coincidió con César en Vöcklabruck: «Cuando estuvo conmigo era majo. Nos decía las cosas como son. A mí me defendió personalmente cuando otro *kapo* me dio una paliza». Francisco Griéguez estuvo bajo su mando en dos de los tres grupos de trabajo que dirigió: «Era un hombre muy inteligente. A mí me pegó dos veces pero me salvé gracias a estar en su *kommando*. Estábamos a unos kilómetros de Mauthausen y, después del trabajo, podíamos descansar, dormir y recuperarnos».

Luis Estañ también recibió golpes del valenciano, aunque no censura su actitud: «A veces, cuando echaba broncas y bofetadas, yo me daba cuenta de que lo hacía para que los SS lo vieran, confiaran en él y no fuera peor la suerte de todos nosotros. A mí me dio una vez una bofetada que me hizo volar cuatro o cinco metros. Y yo se lo agradecí en el alma, porque me había pillado el sargento de la cocina metiéndole mano a las patatas y venía a por mí; a esos les costaba poco acabar contigo. Y César, que lo vio, vino disparado, me cogió y me empezó a insultar en alemán… Y paró al sargento. Lo que este me habría hecho sería, como mínimo, lo que César me hizo. Pero claro, esto hay que tener serenidad para juzgarlo».

Mariano Constante y Francisco Batiste, sin embargo, creen que si no hay apenas testimonios en su contra es porque quienes se colocaron en su punto de mira no vivieron para contarlo. Batiste contesta al principal argumento utilizado por los defensores del *kapo* valenciano: «Afirman que bajo su mando murieron únicamente cuatro españoles por agotamiento físico y que bajo la dirección de *kapos* alemanes el porcentaje hubiese superado el 50%. La realidad fue otra más diabólica, centenares de nuestros camaradas, debilitadas sus fuerzas e imposibilitados ya de ser productivos, no morían allí pero eran trasladados a Mauthausen y Gusen donde se les eliminaba definitivamente». Batiste también recuerda que César tuvo como número dos a otro *kapo* español al que permitió torturar y asesinar a los prisioneros. Se trataba de Carlos Flor de Lis, que había sido internado en compañía de su padre. La rápida muerte de este, en lugar de incrementar su odio hacia los alemanes, le convirtió en un ser que, en palabras de Batiste, alcanzó «cotas de crueldad inenarrables»[254].

Es difícil juzgar fríamente a algunos de estos hombres cuyo estado físico y mental había sido reducido hasta un nivel de salvajismo primitivo. No olvidemos que hubo casos en los que prisioneros jóvenes, forzados por los SS, llegaron a matar a sus padres para así tratar de salvar sus propias vidas. Sin embargo, no podemos dejar de contraponer su actitud con la de la inmensa mayoría de los deportados españoles que también pudieron protegerse, cruzando esa línea roja, y nunca lo hicieron. Uno de ellos, quizás el mejor ejemplo, fue el irunés Enrique García, que, según relatan sus compañeros, eligió decir «no», sabiendo que esa respuesta le conduciría al crematorio: «Los jefes del *block* le eligieron como *kapo* responsable del *stube*. García dimitió del enchufe porque los jefazos le exigían que nos pegara. Él nos dijo: “Yo sé que esto será mi muerte, pero la prefiero mil veces a tener que levantar la mano para dejarla caer encima de un compañero”. Fue uno de los primeros caídos»[255]. Enrique demostró que siempre, hasta en el peor de los lugares, se puede elegir el camino correcto.

Informe responsabilidad franquista (III).

Salvar a los judíos de indudable nacionalidad española

La España de los Reyes Católicos fue siempre citada por Franco como modelo inspirador para su nuevo régimen. Era la nación imperial que extendía sus dominios por medio planeta y era también esa patria pura que derrotó a los árabes y expulsó a los judíos. Los historiadores siguen hoy debatiendo si el régimen franquista tuvo o no un comportamiento antisemita durante la Segunda Guerra Mundial. Lo que demuestran los hechos es que su actitud estuvo presidida por la indiferencia y por una desesperante pasividad. Es cierto que en España no se persiguió a los judíos y no se aplicaron las leyes discriminatorias que se impusieron en las naciones ocupadas por el Reich. También es verdad que el esfuerzo heroico de un puñado de diplomáticos franquistas permitió salvar la vida de centenares de hombres, mujeres y niños. Sin embargo, junto a esta realidad, hay otra cara mucho más terrible: Franco y su católico régimen tuvieron en su mano la posibilidad de salvar a miles y miles de judíos. Pudieron hacerlo pero prefirieron mirar hacia otro lado.

JUDÍOS, COMUNISTAS Y MASONES

Durante su «cruzada» contra la República, los sublevados identificaron a la comunidad hebrea como uno de sus principales enemigos a derrotar, junto a masones y comunistas. Tras la victoria y recién iniciada la Segunda Guerra Mundial, Franco reafirmó su posición ideológica en el discurso con el que despidió el año 1939. En su repaso a los males que azotaban a la España de la posguerra, el dictador, aunque sin citarles expresamente, habló de los judíos y de los países que, como Alemania, les estaban «alejando» de la vida pública: «Ahora comprenderéis los motivos que han llevado a distintas naciones a combatir y a alejar de sus actividades a aquellas razas en que la codicia y el interés son el estigma que les caracteriza, ya que su predominio en la sociedad es causa de perturbación y de peligro para el logro de su destino histórico. Nosotros, que por la gracia de Dios y la clara visión de los Reyes Católicos, hace siglos nos liberamos de tan pesada carga, no podemos permanecer indiferentes ante esta nueva floración de espíritus codiciosos y egoístas, tan apegados a los bienes terrenos, que con más gusto sacrifican los hijos que sus turbios intereses»[256].

Esta idea general fue desarrollada y endurecida por otros líderes del Movimiento y por sus medios de comunicación. Los judíos fueron identificados como seres oscuros y codiciosos vinculados a la Internacional Comunista. La caricatura se completó con la acusación de que, al fin y al cabo, ellos fueron los asesinos de Cristo. Este argumento, que hoy nos puede parecer hasta infantil, fue inyectado en el cerebro de los niños por los maestros y en el de los adultos por los medios de comunicación.

En la práctica, este evidente antisemitismo ideológico estuvo condicionado por la otra idea que el dictador había esbozado en su discurso de fin de año: el «trabajo» que

estaban realizando los alemanes en Europa ya había sido culminado en España cuatro siglos y medio atrás. Esa es la razón por la que el régimen habló siempre de conspiraciones judeo-masónicas procedentes del exterior. No consideraba que la pequeña comunidad israelita que habitaba en nuestro territorio constituyera ningún tipo de amenaza. En el periodo 1939-1945, Franco no aplicó leyes discriminatorias como hicieron sus aliados y no hubo episodios relevantes de violencia contra los judíos en el territorio nacional[257]. Otra cosa bien diferente fue la actitud que mantuvo su régimen mientras Alemania demostraba con sus actos que, a su lado, los Reyes Católicos habían sido unos simples aficionados.

Los dirigentes franquistas y la prensa del Movimiento justificaron y jalearon la persecución de los judíos desde el primer momento. Dejando a un lado las barbaridades que se decían en los diarios más extremistas controlados por la Falange, podemos encontrar destacados ejemplos en las publicaciones «centradas»; aquellas que obedecían más fielmente las directrices del palacio de El Pardo. Solo dos meses después de la invasión de Francia, Manuel Aznar elogiaba a Pétain en el diario *ABC* y ponía el foco sobre los responsables de la «decadencia» de nuestros vecinos del norte: «Legiones de judíos y de masones cayeron sobre el pueblo francés como sobre un botín inmenso y allí hicieron cebo y carne para sus apetitos»[258]. Los kioscos de prensa se llenaron de artículos de opinión en los que se ensalzaban las medidas discriminatorias y represivas contra el pueblo judío adoptadas por Alemania: «Si es la raza perseguida, es por la maldición divina que lleva encima y por eso se ocultan entre los demás pueblos, y ningún judío quiere que se le llame judío (…). Esos judíos que en Francia, Grecia, Turquía, Italia y costas africanas preparan sus maletas, son un indicio de aquel viejo tesón español de no admitir jamás lo antiespañol y de reconocer solo lo español y cristiano»[259].

CONOCER LA MAGNITUD DE LA TRAGEDIA

Tras la derrota de Hitler, el régimen franquista se mostró horrorizado por lo que sus aliados y amigos alemanes habían hecho con los hebreos. Ramón Serrano Suñer escribió en sus memorias: «Repudiamos los campos de concentración alemanes y las monstruosidades allí cometidas. Esas cosas no se hacen con publicidad, y la sorpresa ha sido para nosotros más grande y más dolorosa que para nadie»[260]. Esta justificación es la que han utilizado también quienes trataron y tratan de dulcificar el papel del franquismo durante la Segunda Guerra Mundial: el dictador español no sabía lo que realmente estaba ocurriendo.

Ya hemos visto en informes anteriores que las estrechas vinculaciones con el régimen nazi y, especialmente, con su aparato represivo, hacen difícil sostener que el Gobierno español fuera ajeno a lo que pasaba. Más adelante analizaremos algunos de los documentos oficiales que rebaten esa tesis. Pero antes vamos a tomar el camino

más sencillo que, a veces, es el que aporta los mejores resultados. Repasemos las informaciones que Franco y el resto de sus generales leían cada mañana en los periódicos. Nuevamente dejamos a un lado los diarios más extremistas como *Arriba*, que en estos días publicaba titulares como este: «Esta Segunda Guerra Mundial, según la profecía del Führer, acabará con la raza judía». Nos vamos a centrar exclusivamente en la prensa menos radical y cuyos contenidos censuraban y controlaban estrechamente los funcionarios franquistas. No parece necesario hacer comentario alguno:

20 de noviembre de 1939: «Prohibición a los judíos de Varsovia. El gobernador de Varsovia ha publicado un decreto prohibiendo que los habitantes de los barrios judíos se mezclen con el resto de los habitantes de Varsovia. Este decreto ha sido muy bien acogido, ya que contribuirá a que desaparezca la gran influencia de los judíos en la ciudad».

27 de junio de 1940: «Las tropas alemanas llegan a la frontera de Irún donde fueron agasajadas por las autoridades fronterizas españolas (…). Los alemanes prohíben el paso por la frontera de los judíos, incautándose de sus joyas y dinero».

14 de septiembre de 1940: «Los judíos serán eliminados en Francia. Comunican de Vichy que la implantación de un estatuto judío en Francia se llevará a cabo mucho antes de lo que se esperaba. El proyecto se basa en una ley que prevé medidas draconianas. Parece que el nuevo Gobierno tiene el propósito de limpiar todas las profesiones liberales de elementos judíos y de eliminarles también de la Prensa, la radio, el teatro, etc.».

15 de mayo de 1941. Francia: «Informan sobre que 20 000 judíos se encuentran en los campos de concentración de la zona no ocupada».

23 de agosto de 1941. Crónica del corresponsal en París de *ABC*, Mariano Daranas. «El barrio judío de París. Saint Antoine huele a barniz, aguarrás y serrín pero también a bilis y a sangre. Desde tiempo inmemorial una porción de su vecindario es judía; judía de padres a nietos; judía con todos los estigmas y particularidades de una raza refractaria a la evolución y al contagio (…). El barrio de Saint Antoine ha sido fumigado, desinfectado mediante la eliminación del censo israelita, el cual acaba de ser conducido a campos de concentración».

7 de agosto de 1941: «Enérgica campaña contra los judíos. El gobernador general de Bukovina ha publicado una orden por la que se establece un régimen especial para los judíos. Se prohíbe a todos los judíos circular por las calles después de las veinte horas (…). Se obliga a todos los individuos de raza judía a llevar un distintivo bien visible, consistente en dos triángulos superpuestos, formando la estrella judía, de color amarillo. Las infracciones serán castigadas con internamiento en un campo de concentración. Se ejecutará a quien realice atentados. En el caso de que el autor fuera un judío, serán fusilados con él otros cincuenta judíos notables de Cernaut que se encuentran actualmente en un campo de concentración».

25 de octubre de 1941. «Judíos de Odessa, en número de cincuenta mil, han sido

internados en un campo de concentración en el momento de la entrada de las tropas rumanas en la ciudad».

15 de diciembre de 1941. «El comandante militar de las fuerzas armadas alemanas en Francia ha publicado un comunicado en el que hace saber que, en vista de que aún no han sido detenidos los criminales que atentaron contra soldados alemanes, se adoptan las medidas siguientes: los judíos de la zona ocupada francesa pagarán una multa de 1000 millones de francos. Numerosos elementos judaico-comunistas serán deportados a campos de trabajo del Este. Cien judíos comunistas y anarquistas relacionados con los medios en que viven los autores de dichos atentados serán fusilados».

14 marzo de 1942. Crónica de Andrés Gaytan, que informa sobre las operaciones en que participa la División Azul en el frente oriental: «Desde luego los judíos quedan excluidos totalmente de la vecindad de los militares. Cuando en alguno de los pueblos donde hemos descansado había judíos, se notaba la diferencia que existe entre esta raza y las demás. Por lo pronto, temen, como perros golpeados, y humillan la vista mientras dejan el paso al soldado. Bajo pena severísima tienen prohibido entrar en las cantinas o cafés que frecuentan combatientes alemanes. Ellos se reúnen en determinados tugurios de los que no sale ni una voz. Solo un vaho de reprimido lamento empapa estos locales».

1 de junio de 1942. Crónica de Andrés Gaytan desde el frente oriental: «(Los rusos) no tienen concepto de Patria, ni siquiera de universalidad; solamente son capaces de considerar muy levemente los acontecimientos que ocurren en el instante. En eso se parecen a los monos y son, desde luego, el último estrato que separa al hombre de la piedra (…). El contraste con esta infrarraza produce dos sentimientos en el español. El primero es de desprecio y el segundo de conmiseración. Está visto que los mediterráneos no somos capaces sino de una crueldad pasajera, todo lo fuerte que se quiera, pero sin refinamientos de últimas consecuencias. Los rusos nos buscan porque hallan en nosotros compasión. Y hasta los judíos, que en su carne pagan todos los pecados de su estirpe maldecida, tienen una mirada tierna de perro apaleado cuando el soldado español no le maltrata sin motivos».

21 de julio de 1942. Crónica del corresponsal en París de *ABC*, Mariano Daranas. «La separación de los judíos. En la madrugada del miércoles al jueves, servicios de la Prefectura de Policía han realizado una vasta y sigilosa batida contra la población israelita, deteniendo en sus domicilios a todos los titulares de la estrella de Sión, para llevarlos al Velódromo de Invierno, en donde han sido ya concentrados miles y miles de judíos. Se trata de una operación gigantesca, pues la redada alcanza, según ciertos informes, a 20 000 personas, mujeres y menores de edad, inclusive, y según otros a 28 000. Era de esperar la resistencia de muchos judíos a mostrar la estrella de Sión y el descaro de otros que la exhibían con más insolencia que circunspección. Y la aspiración de otros de frecuentar medios y lugares en que repugnaba la presencia de una casta internacional que es la responsable de los males que afligen a Europa. Ha

desenlazado todo esto en un programa gubernativo que se propone resolver con criterio riguroso, implacable, el problema de convivencia entre la población y el elemento hebreo. Convenía reservar a los israelitas, para sus exclusivas necesidades, determinados restaurantes y privarles la entrada en otros, así como el derecho a circular por los Campos Elíseos y los grandes bulevares en donde solían apostarse los titulares de la estrella amarilla, ora con aire de reto, ora con expresión de víctimas míseras e inocentes. Solo podrán viajar en los vagones de cola del Metro. Hoy no me he topado en la calle ni en el Metro con ninguna estrella amarilla. Es un indicio, acaso una prueba, de que la eliminación responde a un designio definitivo e inapelable. De fijo no cabe afirmar todavía qué rumbo tomará el éxodo de la multitud concentrada en el Velódromo de Invierno. Según una versión corriente, los judíos serán conducidos a Polonia y Rusia, de donde casi todos proceden».

LA ACTUACIÓN DEL RÉGIMEN

Este breve repaso demuestra que en la España de Franco no solo se conocía lo que estaba ocurriendo con los judíos, sino que se justificaba y se aplaudía apasionadamente su eliminación. De puertas afuera la palabra que definió el comportamiento del régimen ante el Holocausto fue la indiferencia. Así fue al menos hasta 1944, cuando las presiones internacionales y el convencimiento de que Hitler iba a ser derrotado le empujaron a realizar gestiones para salvar a pequeños grupos de judíos. Así lo piensan historiadores como Bernd Rother: «España solo a regañadientes y de una manera dubitativa protegió a los judíos y limitó la protección a los judíos españoles»[261]. Rother hace esa clara diferenciación entre judíos y judíos españoles porque en ella está la clave del asunto. En 1940 se calcula que había unos nueve millones y medio de judíos viviendo en Europa. De ellos unos 4500 tenían la nacionalidad española. Había, además, otros 175 000 de origen sefardí, descendientes de los judíos expulsados de España, que conservaban sus tradiciones, su cultura y hablaban en una lengua muy similar al castellano antiguo. Franco, como decía el historiador alemán, se preocupó poco, tarde y mal de ayudar exclusivamente a quienes tenían la nacionalidad española; del resto se desentendió por completo.

La primera prueba de fuego la tuvo que afrontar el régimen franquista con el intento de miles de judíos de huir a España tras la ocupación alemana de Francia. El criterio de las autoridades fue tremendamente variable. Hubo momentos en que la frontera permaneció cerrada y otros en que la concesión de visados se agilizó considerablemente. En términos generales, se permitió el paso de aquellos refugiados, judíos y no judíos, que dispusieran de un visado de entrada en Portugal. No hablamos, por tanto, de una política de acogida sino de permisos de tránsito, solo posibles gracias a la disposición portuguesa de facilitar el acceso a su territorio. De esta forma se calcula que lograron escapar del genocidio entre 30 000 y 50 000

judíos. Todos ellos pasaron por España fugazmente para después dirigirse hacia otros países. No es posible saber cuántos miles acabaron en las garras de los nazis al impedírseles franquear nuestra frontera por carecer del visado portugués o de otros requisitos que, ocasionalmente, les fueron exigidos por las autoridades españolas[262].

En paralelo a este éxodo, los judíos que residían en Francia empezaron a tener los primeros problemas. Las autoridades alemanas obligaron a marcar los documentos y los negocios de todos los miembros de la comunidad hebrea. El cónsul de España en París medió, por su cuenta y riesgo, para impedir que la medida se aplicara a quienes tenían la nacionalidad española. Cuando comunicó sus gestiones a Madrid, el Ministerio de Asuntos Exteriores le corrigió y le ordenó, junto al resto de las embajadas, que adoptara una «postura pasiva» en este asunto[263].

Los diplomáticos españoles en Francia siguieron informando a sus superiores de la rápida evolución de los acontecimientos. En diciembre de 1940 la Embajada en París anunciaba la expropiación de las posesiones de los judíos: «Autoridades Departamento Seine et Oise han comenzado a incautarse bienes de los sefarditas y están bloqueando sus cuentas en los bancos. También en París se proponen desde 1 de enero nombrar administradores judiciales para bienes de los judíos. Urge por tanto resolver este asunto y espero instrucciones». «Amplío mi telegrama anterior. Autoridades Departamento Sarthe han empezado hoy a nombrar administradores judiciales para bienes de los judíos españoles con tienda abierta y según parece por orden de autoridades de ocupación»[264]. En este caso Madrid sí puso mucho empeño en que sus legaciones pelearan con las autoridades alemanas para hacerse cargo de la administración de los bienes de «sus judíos». Una petición que fue aceptada sin mayores problemas por el régimen nazi.

La política desarrollada por Hitler para acabar con el «problema judío» mantuvo casi siempre un escrupuloso respeto al criterio de cada uno de sus aliados. Por ello no deportó a los campos de concentración a quienes tenían pasaporte de una nación amiga sin, previamente, realizar la oportuna consulta. En enero de 1943, el Gobierno alemán aprobó un decreto por el que permitía a sus aliados repatriar a sus judíos. A esas alturas, Estados Unidos, la URSS y Gran Bretaña habían denunciado públicamente que Hitler planeaba el exterminio de todos los judíos europeos. Eran ya, por tanto, bien sabidas las intenciones genocidas del Führer. Es en ese momento, en plena ejecución de la «solución final», cuando las oficinas de seguridad del Reich en toda Europa recibieron la siguiente orden de Berlín: «Por petición del Ministerio de Asuntos Exteriores, los judíos con nacionalidad de los siguientes países deben poder volver a sus supuestas naciones de origen desde todos los territorios bajo jurisdicción alemana: Italia, Suiza, España, Portugal, Dinamarca, Suecia, Finlandia, Hungría y Turquía. El Ministerio de Asuntos Exteriores ha fijado el 31 de marzo de 1943 como plazo límite para la repatriación de los súbditos judíos por parte de sus respectivos gobiernos extranjeros. Si los judíos de una de las nacionalidades mencionadas solicitan un visado de salida para regresar a su país, hay que acceder a

la petición». El periodista Eduardo Martín de Pozuelo ha podido documentar exhaustivamente la respuesta de las autoridades franquistas a este generoso ofrecimiento. En enero de 1943, el embajador alemán en Madrid, Hans von Moltke, trasladó la propuesta de manera oficial al Ministerio de Asuntos Exteriores español. Un mes después el Gobierno no había contestado. Moltke tuvo que insistir en su petición hasta que, finalmente, consiguió conversar con José María Doussinague, director de la división política del Ministerio de Asuntos Exteriores. Del resultado del encuentro informó a Berlín en una reveladora carta: «El Gobierno español ha decidido no permitir en ningún caso la vuelta a España a los españoles de raza judía que viven en territorios bajo jurisdicción alemana. El Gobierno español cree que lo oportuno es permitir a estos judíos viajar a sus países de origen, especialmente a Turquía y Grecia. El Gobierno español estaría dispuesto a conceder, en algunos casos, un visado de tránsito por España para judíos con visado de entrada para Portugal o EE. UU. Si no se da esta circunstancia el Gobierno español abandonará los judíos de nacionalidad española a su destino. (…). El director general comentó que estos judíos serían probablemente más peligrosos en España que en otros países, porque los agentes americanos e ingleses los captarían enseguida para utilizarlos como propagandistas contra la alianza del Eje, en especial contra Alemania. Por lo demás el Sr. Doussinague no mostró mucho interés español en el asunto».

Días más tarde, el sorprendido embajador alemán envió un telegrama informando de un ligero cambio en la posición española. Era el 17 de marzo, solo quince días antes de que expirara el plazo para que los judíos españoles perdieran la protección de que hasta ese momento gozaban: «El director general de la división política del Ministerio de Asuntos Exteriores de España, Sr. Doussinague, me informó verbalmente el 15 de marzo, que el Gobierno español, contrariamente a su intención original, se inclina a permitir la entrada a España de un número limitado de ciudadanos españoles de raza judía que se hallan en territorios bajo jurisdicción alemana. Se trata de un máximo de 100 personas por las que han intercedido españoles famosos. Se contestó al director general que el plazo fijado por el Gobierno alemán, y durante el que los judíos de nacionalidad española podían salir, expiraba el 31 de marzo. El señor Doussinague dijo que el Gobierno español se aclararía definitivamente durante los siguientes días e informaría inmediatamente a la Embajada»[265].

Existe una sorprendente laguna documental sobre lo ocurrido a partir de ese momento. Sin embargo, los escasos telegramas que no han desaparecido demuestran que Madrid impuso un riguroso criterio a sus diplomáticos: salvar exclusivamente a los judíos que pudieran demostrar sobradamente su nacionalidad española. Los mensajes entre el ministro de Asuntos Exteriores, Francisco Gómez-Jordana, y sus diplomáticos son muy claros. En diciembre de 1943 el cónsul general de España en Francia informa a Jordana: «De acuerdo con telegrama VE, intervengo tan solo a favor liberación sefarditas indiscutible nacionalidad española aceptando fin lograr la

condición ser repatriados. Respecto los de incompleta documentación me atengo estrictamente instrucciones VE. Ha quedado demarcada totalmente diferencia entre los que están condición ser breve plazo repatriados (pocos casos) y aquellos cuya eventual repatriación puede ser objeto estudio»[266].

Resultan muy significativos algunos detalles de esta comunicación. El funcionario insiste dos veces en que sus actos obedecen al cumplimiento de una orden directa del ministro. Además, de forma aparentemente innecesaria introduce el dato de que son «pocos casos» los que se verán beneficiados con la repatriación. En el texto también queda claro que el resto «puede ser objeto de estudio». El problema, como veremos enseguida, es que los alemanes ya no estaban dispuestos a esperar más. El plazo había expirado nueve meses atrás y el Gobierno español seguía dudando.

No podemos imaginar el número de vidas que se cobró esa indiferencia. Sus terribles consecuencias se reflejan en unos dramáticos puntos suspensivos que el cónsul en París, Alfonso Fiscowich, incluyó en uno de sus telegramas al ministro Gómez-Jordana: «Familias Mayo y Abastado después de larga detención han sido deportadas Alemania. La primera había sido autorizada entrar España por telegrama VE n.º 3252 habiendo este Consulado realizado con el mayor interés reiteradas gestiones por desgracia infructuosas. La segunda no había cumplido todos los requisitos exigidos para considerar su nacionalidad como indiscutible no entrando por lo tanto en la categoría de repatriados. Ambas han sufrido… consecuencias señaladas en mi telegrama n.º 44 y despacho 798»[267]. Era el 10 de marzo de 1944. Había pasado casi un año desde que expiró el ultimátum alemán.

LOS HÉROES ¿AL SERVICIO DE FRANCO?

Un reducido grupo de diplomáticos españoles consiguió, pese a todo, salvar a miles de judíos utilizando todos los medios a su alcance. El análisis de los hechos que rodearon el comportamiento de estos verdaderos héroes demuestra que todos ellos tuvieron que actuar por iniciativa propia, frente al silencio e incluso, a veces, la oposición de sus superiores.

Un buen ejemplo de ello lo constituye el cese de Eduardo Propper de Callejón. Desde el Consulado en Burdeos expidió, en el segundo semestre de 1940, miles de visados de tránsito para judíos que deseaban huir de Francia. Propper lo hizo sin el consentimiento de Serrano Suñer. El todopoderoso ministro pagó su osadía destituyéndole y destinándole al Consulado de Larache en Marruecos. Su expediente quedó marcado para siempre y nunca alcanzó el puesto de embajador.

Más ilustrativo si cabe fue el caso del encargado de negocios de la Embajada de España en Budapest, Miguel Ángel de Muguiro, que informó continuamente a Madrid sobre la discriminación, las amenazas y los crímenes que se perpetraban

contra la comunidad hebrea de Hungría. Ante el silencio y la pasividad de su Gobierno, el diplomático emprendió por su cuenta y riesgo una serie de actuaciones encaminadas a proteger a diferentes grupos de adultos y especialmente de niños judíos. Su actuación indignó a las autoridades húngaras que protestaron formalmente ante el Ejecutivo español. Franco le cesó fulminantemente.

Su sucesor en el cargo, Ángel Sanz-Briz, llevaba ya tiempo trabajando al lado de Muguiro y decidió tomar el testigo. Junto al nuncio de El Vaticano y a varios embajadores, formó parte de una pequeña organización dedicada a ayudar a los judíos. Sanz-Briz tuvo que sortear los silencios y las trabas que le ponían en Madrid y, finalmente, decidió actuar por su cuenta. Extendió pasaportes españoles y cartas de protección a miles de judíos que ni siquiera tenían raíces sefardíes. Cuando los documentos dejaron de tener valor para las autoridades húngaras, alquiló una docena de inmuebles, los declaró parte de la Embajada y, por tanto, territorio español. En ellos se refugiaron algo más de 5000 hombres, mujeres y niños. Ante el avance soviético, el ministro de Asuntos Exteriores le ordenó que regresara a Madrid. En contra de su voluntad, Sanz-Briz tuvo que irse dejando a sus protegidos en una situación de absoluta incertidumbre. Tras su marcha, los fascistas húngaros se prepararon para detener a los judíos españoles. En ese momento, Giorgio Perlasca, un súbdito italiano que había ayudado a Sanz-Briz en su misión, falsificó unos documentos con los que se hizo pasar por el legítimo representante en Hungría de la España franquista. Esa estratagema le permitió mantener con vida a estos judíos hasta el momento en que las tropas del Ejército Rojo entraron en Budapest.

Menos masivas pero igualmente valientes fueron las acciones que protagonizaron otros diplomáticos españoles como Rolland de Miota y Alfonso Fiscowich en París, José Rojas y Julio Palencia en Bucarest o José Ruiz Santaella en Berlín.

Quizás el caso que reúne elementos más desgarradores es el que se produjo en Grecia. Entre 50 000 y 60 000 judíos de origen sefardita vivían en Salónica en el momento en que fue ocupada por las tropas alemanas. El cónsul español en Atenas, Sebastián Romero Radigales, mantuvo informado al Gobierno franquista de los planes que los nazis tenían reservados para ellos. Nuevamente el silencio, la indiferencia, las dudas y los cambios de posición de Madrid dificultaron las gestiones de los diplomáticos españoles.

La actitud del régimen se refleja perfectamente en los telegramas que intercambió con su sede diplomática en Atenas. La comunicación se realizaba, por motivo de la guerra, a través del embajador español en Berlín. A comienzos de 1944, el ministro de Asuntos Exteriores, Gómez-Jordana, escribía: «Ruego VE comunique cónsul general en Atenas que únicamente se autoriza concesión visados sefardita Hassid e hija en el caso de que realmente fueran deportados sin que baste para ello simple aviso o intimidación»[268]. Podemos imaginar la cara del cónsul cuando leyera esta orden de su superior. Si había que esperar a que se produjera la deportación, ¿a dónde les llevaría el visado? ¿A la estación de ferrocarril de Auschwitz-Birkenau? En este y

en otros telegramas que Gómez-Jordana envió a la legación en Atenas insistía en que la concesión de visados debía seguir limitándose a sefardíes de «indudable nacionalidad española».

Ante esta situación, Romero Radigales también decidió actuar por iniciativa propia: logró que varios centenares de sefardíes fueran identificados como españoles y que no fueran trasladados a los campos de exterminio. El objetivo último era repatriarlos a España, sin embargo, la demora en las gestiones desesperó a las autoridades alemanas. El apoderado del Reich en Atenas, Eberhard von Thadden, escribió el siguiente telegrama a Berlín resumiendo lo ocurrido: «El Gobierno español fue informado en abril de que todos los judíos debían salir de Salónica por razones de seguridad policial. Pese a tener graves dudas respecto a la emisión de los visados de salida para unos 600 judíos, se prometió al Gobierno español su repatriación. Poco antes de la expiración del plazo, la Embajada española solicitó una prórroga. Después de la expiración del segundo plazo, la Embajada española ya no pidió ninguna prórroga más. Mediante insinuaciones, el Gobierno español dio a entender que la repatriación no le interesaba. Miembros de la Embajada española lo confirmaron explícitamente al Ministerio de Asuntos Extranjeros (alemán). No se prevé intervenir ante el Gobierno español (…), otra prórroga de la solución de la cuestión judía en Salónica es inaceptable. Los judíos españoles se enviarán por el momento a campos de tránsito en el Reich»[269].

Este mensaje fue enviado el 26 de julio de 1943. Ante la falta de movimientos por parte del Gobierno español, el 13 de agosto un grupo de 367 sefardíes españoles fue internado en el campo de concentración de Bergen-Belsen. Sin embargo, el Reich volvió a demostrar una paciencia infinita y les mantuvo en una zona especial en la que se encontraban relativamente a salvo. Cinco meses después, la insistencia de Radigales y, sobre todo, la intervención de Estados Unidos hicieron que Franco, finalmente, aceptara su repatriación. Los sefardíes fueron divididos en dos grupos. El primero de ellos cruzó la frontera española sin mayores problemas. El segundo tren llegó dos días más tarde pero fue «olvidado» por las autoridades franquistas. El 11 de febrero, la Embajada española en Berlín mandaba este mensaje urgente y secreto al ministro Gómez-Jordana: «Este ministerio de negocios extranjeros (alemán) me dice que expedición sefardita, a que me referí en mis telegramas números 49, 51 y 54, lleva 36 horas en frontera hispano-francesa sin ser recibidos por autoridades españolas y que servicio competente alemán le hace saber que de existir motivos que impidan su entrada en España, se encuentra en la imposibilidad de continuar haciéndose cargo de ellos como hasta el presente, por haber expirado hace meses plazo concedido para repatriación de judíos extranjeros, y procederá a su inmediato transporte a campos de concentración en Polonia, de donde no podrán salir en ningún caso ni en manera alguna»[270]. Antes de que se agotara definitivamente la enorme paciencia de los alemanes, Madrid permitió la entrada del tren en territorio español. Los 367 sefardíes fueron enviados a Palestina pocos días después.

Romero Radigales siguió tratando de organizar convoyes durante los siguientes meses, como demuestran los incontables telegramas que envió a Madrid: «La noche del 24 del corriente han sido detenidos sefarditas españoles Atenas, que serán deportados en breve plazo ignorando dónde serán llevados. Ruego organizar gestiones necesarias para que sean rápidamente repatriados y apoyar mi demanda de que se permita permanecer viejos y niños. Hago gestiones para que viaje se realice en las mejores condiciones posibles»[271]. No hay constancia de que el diplomático pudiera cumplir su propósito.

Es muy sorprendente que mientras realizaba este esfuerzo por salvar vidas, Radigales enviara este otro mensaje al ministro Gómez-Jordana: «Habiendo encontrado policía alemana escondidos a canciller Consulado Palchevsky, dos judíos griegos y dos españoles, le he suspendido temporalmente sus funciones»[272]. Es muy probable que Romero Radigales supiera que el incidente acabaría llegando a oídos de sus superiores a través de las autoridades alemanas y prefirió tomar la iniciativa de «sancionar» a su canciller. Sea como fuere, el telegrama demuestra que, a esas alturas de la guerra, los diplomáticos seguían temiendo la reacción del régimen a sus acciones encaminadas a proteger a los judíos.

El balance final de la gestión española en Grecia ofrece dos cifras dispares: alrededor de 700 judíos fueron repatriados o protegidos; 48 000 sefardíes acabaron en las cámaras de gas de Auschwitz-Birkenau.

EL GIRO FINAL

Tras la súbita muerte de Gómez-Jordana, Franco nombró ministro de Asuntos Exteriores a José Félix de Lequerica. Se trataba de aquel embajador en Francia que había perseguido implacablemente, con ayuda de la Gestapo, a los exiliados republicanos españoles. Sin embargo, cuando Lequerica ocupó su flamante despacho corrían nuevos tiempos. Era octubre de 1944, Hitler tenía la guerra perdida y el régimen llevaba meses coqueteando con los aliados. Una semana después de su toma de posesión, el nuevo ministro escribió al embajador en Berlín: «Sírvase VE gestionar nuevamente, en la forma que considere oportuna, la obtención de cuantas medidas sean posibles para protección personas de nacionalidad judía que sean súbditos de países hispanoamericanos incluso de aquellos que no han encomendado a España la protección de sus intereses».

El 27 de diciembre va un paso más allá. Solo un mes antes de que los soviéticos liberen el campo de Auschwitz, Lequerica pide a su embajador en Berlín: «Embajada Brasil aun sabiendo España no protege a súbditos uruguayos en Alemania, solicita que VE envíe funcionario al campo de Auschwitz Oswiecin en Silesia para identificar titulares pasaportes sudamericanos (…). Conviene a nuestra política en América hacer lo posible por satisfacer petición brasileña, pues favorable resultado repercutiría

en beneficio España en Uruguay, donde tan violenta es actualmente campaña antiespañola partidos izquierdistas». Definitivamente había llegado la hora de lavar la cara de una España que tenía demasiados cadáveres a sus espaldas.

Los periodistas e historiadores que defienden el papel jugado por Franco en el Holocausto judío esgrimen el tan manido argumento de la *Realpolitik*: el régimen franquista hizo lo que pudo en aquellas difíciles circunstancias. La excusa podría valer si se la aplicáramos a una nación que hubiera sido víctima del nazismo, pero no encaja cuando hablamos de un aliado fiel de Alemania como era España; un aliado fiel dirigido por personas como Franco o Serrano Suñer que nunca ocultaron su admiración por Hitler. El dictador sí hizo un gran ejercicio de *Realpolitik* cuando escondió las esvásticas y tendió la mano a las «democracias judeo-masónicas» en 1945. Serrano Suñer ya había sido privado del poder y no tenía por qué renegar tanto de su pasado. Por eso, a finales de los años cuarenta, en el mismo libro en el que expresaba su repulsa por el genocidio judío, seguía hablando así de Hitler y de Mussolini: «Ya es hora de decir que, desgraciados y vencidos, y aun acaso catastróficos (Mussolini no lo era por naturaleza), ambos han sido grandes hombres y hombres que han creído y querido grandes cosas y que han amado y aspirado a servir la grandeza de sus pueblos. El mundo que hoy odia celosamente las personalidades fuertes y que celosamente elige a los mediocres —porque esa es ley de la fatiga—, un día, sin duda alguna, volverá a admirarlos»[273].

8

Adaptados al horror (1943-1944)

«Tres años de lucha por la existencia nos habían convertido en ratas perspicaces que comen el cebo sin alterar la trampa».

ENRIQUE CALCERRADA
Prisionero n.º 43 269 del campo de concentración de Gusen

La enorme tasa de mortalidad entre los prisioneros españoles comenzó a caer en picado a mediados de 1942 y permaneció en niveles relativamente bajos hasta el mismo momento de la liberación. Si en 1941 la media era de diez muertes diarias, en 1943 esa cifra se redujo a un fallecimiento cada dos días. Los supervivientes coinciden en señalar que, si bien las condiciones de vida continuaban siendo muy precarias, tenían la sensación de que lo peor había quedado atrás. La mayoría de los historiadores apunta tres razones para explicar este sustancial cambio: la llegada masiva de judíos y soviéticos, que pasaron a ser el principal objetivo de la ira de los SS; un giro en la estrategia marcada por Berlín que, por encima del exterminio, puso el énfasis en el rendimiento de los prisioneros para colaborar en el desarrollo de la industria bélica; y, por último, las condiciones particulares en que se encontraban los españoles después de dos años de cautiverio.

El análisis a fondo de estos tres factores indica, sin embargo, que solo el último de ellos resultó verdaderamente decisivo. A mediados de 1942 ya había muerto la mayoría de los republicanos, entre ellos los más débiles y la práctica totalidad de los que tenían mayor edad. Los que habían logrado sobrevivir contaban con una gran experiencia en la vida concentracionaria y, muchos, estaban ya colocados en puestos de trabajo físicamente menos exigentes. A todo ello se sumaba el papel que jugaba la organización y la solidaridad española. Organización, solidaridad y condiciones de vida se retroalimentaban mutuamente. Cuanto mejor vivían los republicanos, más tiempo tenían para ayudar a sus compañeros y contribuir al crecimiento de la organización. Y cuanto más crecía esta y más funcionaba la solidaridad, mejores eran las condiciones de vida de los prisioneros.

Los otros dos hechos también merecen ser analizados en profundidad porque resultaron determinantes en la historia de Mauthausen y del resto de los campos de

concentración nazis. Sin embargo, su efecto sobre la vida de los españoles no fue tan decisivo como se ha puesto de manifiesto en demasiadas ocasiones. Los prisioneros judíos y soviéticos comenzaron a llegar en el verano y el otoño de 1941 y fue, precisamente, durante el siguiente invierno cuando se produjeron las mayores matanzas de republicanos, especialmente en Gusen. Esta realidad no evita que los supervivientes fueran conscientes de que ya no eran el colectivo más odiado en el campo y que ese hecho, puntualmente, les hiciera sentirse un poco más seguros. En cuanto al cambio de prioridades ordenado por Berlín, también tuvo una repercusión relativa sobre los españoles. Mientras que determinadas decisiones adoptadas sí supusieron pequeñas mejoras para algunos de ellos, otras condenaron a decenas de miles de prisioneros a una muerte segura en los siniestros túneles en que se fabricaba el armamento de guerra.

RENTABILIDAD Y ESFUERZO DE GUERRA

En febrero de 1942, Albert Speer era nombrado ministro de Armamento del Reich. El arquitecto de cabecera de Hitler daba un salto en su carrera y pasaba a ocupar un puesto clave en el Gobierno nazi. Speer se marcó un ambicioso objetivo: hacer girar todo el trabajo industrial y también el que se realizaba en los campos de concentración para que sirvieran al esfuerzo de guerra de Alemania. En la hoja de ruta del ministro, el exterminio quedaba en un segundo plano y siempre supeditado a la nueva prioridad, que no era otra que la fabricación de armamento y material para el Ejército. Speer y quienes le seguían en esta estrategia no se movían por un sentimiento de compasión hacia los deportados, sino por puro pragmatismo. El cambio era imprescindible para poder ganar la guerra. Aunque contaba con el beneplácito de Hitler, Speer tardó tiempo en conseguir que sus órdenes se cumplieran, especialmente en los campos. Su plan no contaba con el respaldo de los SS de las diferentes guarniciones que habían sido adoctrinados en la necesidad de someter, humillar y eliminar a las razas inferiores y a los disidentes políticos. Un sentimiento que, por otro lado, compartía también la mayor parte de la cúpula del régimen, empezando por el propio Führer. Hitler y su Reich se debatieron siempre en una especie de lucha interior entre la necesidad de rentabilizar el trabajo esclavo de los prisioneros, que sabían que resultaba imprescindible para ganar la guerra, y el deseo irrefrenable de exterminar a la masa de «infrahombres».

En este proceso, el 30 de abril de 1942 el Gobierno creó una nueva organización para gestionar los campos de concentración: la *SS-Wirtschafts-Verwaltungshauptamt* (SS-WVHA). El objetivo de esta Oficina Principal para la Administración Económica era, precisamente, el de obtener una mayor rentabilidad económica de los prisioneros. Su responsable, el general de las SS Oswald Pöhl, dirigió una carta al comandante en jefe de cada campo de concentración para dejar claro que su receta no pasaba por

mejorar las condiciones de vida de los internos: «El empleo de la fuerza de trabajo debe ser total en el sentido profundo del término, con el fin de obtener la máxima productividad. No hay límites a las horas de trabajo. Los límites dependerán del tipo de labor y las horas serán fijadas por el comandante. Todos los factores tendentes a reducir el horario de trabajo deben limitarse al máximo. Las pausas para comer al mediodía han de reducirse al menor tiempo posible»[274].

El único efecto positivo de esta reorganización, al menos para algunos deportados, fue la dispersión del trabajo en multitud de nuevos subcampos. Al igual que los ya existentes, estos *kommandos* dependían de Mauthausen, pero tenían un alto grado de autonomía y se encontraban alejados de la locura criminal colectiva generada en el campo central. Por ello, el trato a los deportados dependía casi en exclusiva de la personalidad y la actitud que tuvieran los SS y los *kapos* responsables.

A pesar de ello, la tasa de mortalidad en Mauthausen y sus subcampos seguía sin reducirse y desde distintos departamentos en Berlín se llegó a amonestar verbalmente al comandante y al responsable médico del campo. El general Oswald Pöhl aclaró personalmente a Himmler el «verdadero motivo» por el que continuaban muriendo tantos prisioneros: «Debemos ser conscientes y asumir que Mauthausen recibe el peor material humano»[275].

En la primavera de 1943, ante la falta de avances, Speer pasó definitivamente a la ofensiva. Entre el 30 de marzo y el 2 de abril visitó Mauthausen y Gusen. Cargado de argumentos, regresó a Berlín donde acusó a Himmler de desaprovechar a millones de prisioneros en trabajos inútiles, en lugar de utilizarlos adecuadamente como mano de obra esclava para la fabricación de armamento. Speer recibió el apoyo del Führer pero tuvo que bregar, nuevamente, con las reticencias de las SS y de los responsables de los campos. Su oposición no venía dada solo por motivos ideológicos, sino también por otras razones más terrenales. Los oficiales nazis recibían pingües retribuciones de la DEST, la empresa propiedad de las SS que gestionaba la utilización de la mano de obra esclava[276]. Aunque la producción armamentística les dejaría tajada, sería sustancialmente menor que la que generaba la explotación de las canteras de Mauthausen y Gusen. El pulso acabó en tablas. La mayor parte de los trabajadores, como deseaba Speer, se destinó a la fabricación de armamento, pero las canteras nunca dejaron de funcionar y se limitaron a reducir sus niveles de producción.

Los prisioneros que fueron asignados a las nuevas tareas que requería la marcha de la guerra acabaron en la factoría Daimler en Steyr, la de Siemens en Ebensee, la fábrica de tanques de Nibelungenwerke, construyendo aviones en Floridsdorf o trabajando en un proyecto en el que perecieron a millares: la construcción de túneles en las proximidades de Ebensee y de Gusen.

ENTERRAR LAS FÁBRICAS DE ARMAMENTO

En la visita que Speer había realizado a Mauthausen y Gusen, además de constatar el mal uso de la mano de obra esclava, se percató de la importancia que la zona podía tener para llevar a cabo sus planes. El cercano pueblo de St. Georgen era conocido por sus bodegas, excavadas en las montañas de arenisca, en las que sus habitantes conservaban fresca la cerveza desde finales del siglo XIX. El ministro de Armamento y el resto del Gobierno del Reich estaban preocupados por los daños que los bombardeos aliados estaban ocasionando en sus fábricas de material bélico. Las colinas próximas a St. Georgen se presentaban como el lugar ideal para construir un sistema de túneles en el que producir armamento a resguardo de las bombas norteamericanas y británicas. La composición geológica del lugar era la adecuada y, lo que resultaba aún más positivo, no habría que buscar la mano de obra lejos de allí.

La necesidad de llevar a cabo el proyecto se multiplicó el 17 de agosto de ese año, cuando los B-17 estadounidenses destruyeron, casi por completo, el centro de producción de armamento aéreo que la empresa Messerschmitt tenía en la localidad de Regensburg. Solo cinco días después, Himmler, con el acuerdo de Speer y la aprobación de Hitler, creó un comando especial de operaciones encargado de planificar la construcción de las fábricas subterráneas. Al frente del mismo situó al general de las SS Hans Kammler que, aconsejado por el ministro de Armamento, eligió Austria como uno de los lugares para ejecutarlo. Además de las colinas de St. Georgen, se decidió excavar otra red de túneles en Ebensee, 90 kilómetros al suroeste de Mauthausen. Este proyecto se inició en noviembre de 1943 con la llegada de los primeros prisioneros procedentes del campo central. En los 16 meses siguientes, la construcción de siete kilómetros y medio de galerías se cobró la vida de miles de trabajadores esclavos[277].

Se calcula que unos 250 españoles estuvieron internados en Ebensee. En unos pocos días, fueron conscientes de que aquel trabajo se realizaba en condiciones más duras que en la temible cantera de Mauthausen. Marcial Mayans explica el motivo: «Cuando llegué a Ebensee me enviaron a perforar los túneles. Era todavía peor que en Mauthausen porque, cuando comenzabas a hacer agujeros en las paredes de roca, el polvo no tenía por dónde salir y te lo tragabas todo. Mientras que en la cantera, al menos, el trabajo se hacía al aire libre y se podía respirar».

Los túneles de Ebensee quedaron inacabados y nunca se pudieron utilizar para el fin que fueron concebidos, la fabricación de misiles intercontinentales. Sí sirvieron, en cambio, para la producción de combustible y para que la empresa Steyr-Daimler-Puch estableciera una planta de piezas de motor para tanques y camiones.

Más exitosos y productivos resultaron para los nazis los dos proyectos que ejecutaron en las proximidades de Gusen: Kellerbau y Bergkristall. En noviembre de 1943 comenzó la perforación de la primera red de túneles. Los SS trataban por todos los medios de que ni siquiera los habitantes de la zona tuvieran conocimiento de la finalidad de los trabajos. Por eso, tal y como explica la historiadora Martha Gammer, se preocuparon de que no quedaran testigos: «El primer grupo de prisioneros que

inició los trabajos en Kellerbau fue eliminado. Los SS los fusilaron a todos porque sabían demasiado y temían que pudieran contarle a alguien los detalles de este proyecto que había sido considerado alto secreto». El grupo de infelices ha pasado a la historia de Gusen con el sobrenombre de *kommando* de la muerte. Unos días después, paradójicamente, los alemanes pusieron a miles de prisioneros a trabajar en esos mismos túneles «secretos».

José Marfil no llegó a estar en el interior de ellos, pero fue testigo del sufrimiento atroz de sus compañeros: «Unos empezaron a trabajar en la perforación de un túnel bajo la colina cerca del campo, otros se dedicaron a construir grandes hangares. De los nuevos trabajos el más terrible era el comando del túnel. Aquellos que se integraban en él no tenían opciones de salir de allí salvo encima del carro de los muertos. Fueron muchos los camaradas que perecieron allí. El terreno era muy arcilloso y, de cuando en cuando, se desprendían grandes bloques que sepultaban al que iba en la cabeza del grupo. A medida que el trabajo avanzaba, iban encontrando los cuerpos de los desafortunados. Después, un carro los conducía al crematorio».

Los trabajos avanzaron a buen ritmo y, a finales de ese mes de noviembre, llegó el primer tren con componentes de aviones Messerschmitt desde la semidestruida factoría de Regensburg. Dos meses después, ya se producían en los subterráneos de Kellerbau 25 fuselajes al día del avión modelo Me109.

Paralelamente a estos trabajos, el 2 de enero de 1944, un grupo formado por 272 prisioneros de Gusen fue llevado al *kommando* de Bergkristall-Bau. Ese puñado de deportados aún no sabía que su trabajo sería levantar el más terrible de los subcampos de Mauthausen: Gusen II. El historiador austriaco Rudolf A. Haunschmied explica que en ese primer grupo había, sobre todo, españoles, rusos, polacos, yugoslavos, griegos y franceses. Entre febrero y marzo, el número de prisioneros ascendió hasta los 1250. Haunschmied detalla la forma en que se excavaron los 50 kilómetros de túneles de Bergkristall: «Las condiciones eran terribles para los prisioneros de Gusen II. Sufrían un sofocante calor, una altísima humedad y un ruido ensordecedor generado por la maquinaria. Y a eso debemos añadir que pasaban hambre y sed porque no tenían suficientes suministros. Tenían que vivir de las reservas que tenían en su cuerpo. Desafortunadamente, en Bergkristall y Gusen II el periodo de supervivencia normal para un hombre saludable era de entre tres y cuatro meses. Los prisioneros judíos tenían una esperanza de vida aún menor, aproximadamente de una o dos semanas». El historiador destaca el sufrimiento que les provocaba la falta de descanso. Tenían que recorrer grandes distancias desde los túneles hasta el campo y, eso, unido a los largos turnos de trabajo, les dejaba sin tiempo material para dormir: «Era un gran problema para los prisioneros que estaban, además, muy débiles. Algunos de ellos se quedaban dormidos mientras trabajaban y eso significaba una sentencia de muerte. En estos túneles había *kapos* que habían sido especialmente entrenados para vigilar. Cuando encontraban algún preso durmiendo o que no trabajaba lo suficiente, se lo llevaban y le ahorcaban en alguna sección de los túneles.

Así servía de ejemplo ante sus compañeros»[278].

Cristóbal Soriano fue uno de los españoles que participó en la construcción de Bergkristall: «Era un trabajo muy duro, cada día había muertos. Trabajábamos a mano y con dinamita. Nos costaba mucho hacer los agujeros en los que teníamos que poner los explosivos. Luego todo explotaba y se llenaba de polvo y de humo».

El madrileño Vicente Delgado, que también pasó por estos túneles, explica cómo los prisioneros eran distribuidos en dos turnos de trabajo: «Cada equipo trabajaba doce horas seguidas. Los aviones aliados nos visitaban con frecuencia. Los túneles estaban construidos sólidamente, pero cuando bombardeaban se apagaban las luces y nos quedábamos sumidos en la más absoluta oscuridad». Vicente recuerda el pánico que sentía en esos momentos en el interior de unos túneles «que estaban llenos de orines y excrementos de los propios prisioneros»[279].

Los vecinos de las localidades más próximas pudieron ver el estado en que salían los hombres que participaban en las tareas de perforación. María vivía en St. Georgen: «Cada turno abandonaba el túnel transportando dos o tres cadáveres en sus hombros. Y había más en los vagones. Un día vi cómo habían amontonado los cuerpos en la piscina de una casa situada junto a la antigua cervecería». María observó también cómo un grupo de agotados niños judíos dormía sobre sacos de cemento. La escena le hizo enterrar su miedo y preguntar a un SS el motivo por el que se encontraban allí. El militar alemán le dio una respuesta que no ha podido olvidar: «Si tú ves una serpiente en el bosque, no solo la matas; tú acabas también con la cría, o ella crecerá y te envenenará con su mordedura».

Al finalizar la jornada, las condiciones en que los prisioneros se encontraban en el campo de Gusen II eran dantescas. Dusan Stefancic, un deportado esloveno, describe su barraca: «No recuerdo el número de mi bloque pero sí recuerdo su aterrador aspecto. En la puerta había una pila de cadáveres desnudos, cada uno con su número escrito en negro en el pecho y cubiertos con polvo de cal hidratada con cloro. El hedor de los cuerpos y la cal era inaguantable. Entrando en el bloque, había otro número de cuerpos dispersos por aquí y por allá, que, aparentemente, habían muerto durante la noche. Yo nunca entré en ninguna barraca de Gusen II en la que no viera lo mismo: cadáveres y cadáveres». Karl Littner, un joven judío nacido en el pueblo polaco de Oswiecim[280] relata cómo eran las noches: «Para encontrar un lugar donde dormir, tuve que empujar a un muerto y tirarlo al suelo. Era la única forma de hacerme hueco». Martín Lax, judío de origen rumano, explica las condiciones que encontró en la enfermería de Gusen II: «Los inválidos no recibían comida y se les dejaba morir. Un *kapo* y un preso muy alto elegían a los más enfermos y los trasladaban a una sala conocida como *bahnhof*, la estación. La llamábamos así porque era la estación que conducía al paraíso. Una vez allí eran olvidados. No recibían comida, solo un cubo con agua y otro para defecar y orinar. Eran hombres condenados». Lax asegura que nunca se le permitió ducharse en el campo: «Ni una sola vez ese año pude cepillarme los dientes o cambiar mis ropas. Vestía mi uniforme

siempre, despierto y dormido. Lo manché con mi orina, mis heces, mi sudor. Nuestro olor nos seguía a todas partes»[281]. Otros grupos de trabajo, especialmente los formados por deportados judíos, ni siquiera regresaban al campo para descansar y se les obligaba a dormir en el interior del túnel.

Este ritmo frenético e inhumano permitió que los frutos comenzaran a ser visibles en el verano de ese mismo año. En agosto de 1944, Messerschmitt comenzó a trasladar a Bergkristall la factoría que había montado en Kellerbau. Los túneles que iba abandonando fueron ocupados por la Steyr-Daimler-Puch para fabricar fusiles de asalto y otro tipo de armamento. En septiembre de 1944, Hitler dio luz verde al proyecto de fabricación en Bergkristall de una de las armas secretas que debían servirle para dar un giro de 180 grados al curso de la guerra: el Messerschmitt 262, el primer avión de combate a reacción de la historia. Desde diciembre de ese año, de los túneles comenzaron a salir los fuselajes y las alas del reactor. Estas piezas eran trasladadas a diversos puntos de Alemania en los que se realizaba el montaje definitivo del avión. En ningún documento constaba el lugar en el que se había llevado a cabo su fabricación. Bergkristall seguía siendo una factoría fantasma cuyas dimensiones crecían día a día. Cuando acabó la contienda contaba con ocho kilómetros y medio de túneles, cerca de 50 000 metros cuadrados utilizables y se había convertido en la mayor fábrica subterránea de Messerschmitt. De sus entrañas salieron unos 1500 fuselajes del Me262 y más de 20 000 cadáveres[282].

EL GENOCIDIO DE JUDÍOS Y SOVIÉTICOS

Todos y cada uno de los colectivos de prisioneros que pasaron por Mauthausen fueron objeto del salvajismo de los SS. Homosexuales, gitanos, prisioneros políticos, checoslovacos, polacos, españoles… No hubo un solo grupo étnico o nacional que despertara la más mínima piedad entre los guardianes alemanes. Sin embargo, por número de víctimas y también por la especial inquina con que fueron eliminados, los soviéticos y los judíos ocuparon el primer peldaño en la escalera represiva de los campos de concentración.

Los primeros convoyes cargados con soldados del Ejército Rojo llegaron a Mauthausen en el otoño de 1941. En esas fechas, había otros campos a los que todavía no había llegado ni un solo prisionero soviético. El comandante Ziereis se mostró indignado por esa circunstancia, que consideraba un desprecio hacia su persona por parte de Berlín. Su reacción fue instantánea, reunió a sus subordinados y les ordenó acabar con todos los recién llegados. Sus deseos se cumplieron de inmediato y 2000 hombres murieron en un plazo de diez días. De poco le sirvió a Ziereis esta sangrienta pataleta. El flujo de prisioneros del frente ruso ya no se detendría y le obligó a construir un nuevo recinto para albergarles, situado fuera de la muralla, junto a las instalaciones deportivas de las SS. Los propios presos soviéticos

fueron los que realizaron los trabajos para levantar ese campo, que fue conocido como *russenlager* o campo ruso. Francisco Batiste describe la forma en que tenían que vivir y morir los inquilinos de ese apéndice de Mauthausen: «El reducido espacio de las barracas imponía respeto hasta a los propios SS, que no se atrevían a entrar por temor a contraer cualquier enfermedad contagiosa. Los camastros, rústicas literas de unos ochenta centímetros de ancho, amontonaban hasta cinco esqueléticos cuerpos de lo que antes habían sido hombres. El hambre, problema congénito en todo deportado, alcanzó su cenit en el campo ruso. Los vivos escondían a los muertos todo el tiempo que podían, para quedarse con su misérrima ración de comida. Tal situación se mantenía hasta verse forzados a lanzar por las ventanas los cuerpos en fase de descomposición». Los castigos físicos, las ejecuciones y las duchas de agua helada hicieron el resto.

En la Nochevieja de 1942 solo quedaban con vida entre 300 y 450 prisioneros soviéticos de los 5333 que habían entrado a lo largo de 1941 y 1942[283]. Ziereis se encontró, por tanto, con una situación grotescamente dramática. Disponía de un nuevo campo, pero había exterminado a quienes debían ocuparlo. No tardó mucho en encontrarle una utilidad a las instalaciones, y el campo ruso se convirtió en un recinto «sanitario». Miles de enfermos fueron internados en él con el único objetivo de que murieran en el menor tiempo posible. Los oficiales del campo pasaron a llamarlo *sanitätslager*, aunque los pacientes no recibían atención sanitaria alguna, las condiciones higiénicas eran deplorables y en cada cama se apiñaban hasta cinco hombres.

Josep Figueras fue uno de los españoles que pasó por este recinto: «Solo pude sobrevivir gracias a la solidaridad de otros compañeros como Joan Tarragó y un electricista extremeño que me traía trozos de pan. La comida era muy escasa y para conseguir una ración suplementaria me ofrecí voluntario para transportar cadáveres. A veces, encontraba algún pedazo de pan junto a los muertos y lo repartía entre los españoles que estábamos allí».

La inquina hacia los soviéticos que seguían llegando masivamente hasta el campo se agudizó en febrero de 1943. La catastrófica derrota de la Wehrmacht en Estalingrado provocó que, por primera vez, las tropas del Reich se sintieran vulnerables. Esta frustración la pagaron los prisioneros soviéticos. Miles de ellos morirían antes del final de la guerra víctimas de ejecuciones masivas, castigos generalizados y la eliminación sistemática que se realizó en el llamado barracón de la muerte.

En el caso de los deportados judíos, los primeros que llegaron a Mauthausen no lo hicieron por su condición religiosa. Eran hombres que profesaban ese culto pero que habían sido encerrados por ser disidentes políticos, soldados enemigos o pertenecer a cualquier colectivo considerado peligroso para la seguridad del Reich. Tras ser descubierta su ascendencia hebrea, su condena a muerte era prácticamente inmediata.

Los SS les reservaban los peores trabajos, los castigos más duros y el trato más inhumano hasta que acababan con sus vidas o, ellos mismos, decidían lanzarse contra las alambradas.

Lázaro Nates recuerda los primeros judíos que vio en el campo: «Eran cuatro judíos holandeses a los que habían destrozado por completo. Estaban tirados en los lavabos. Acababan de repartirnos la comida y yo estaba con mi sopa de nabos, mirando el agujero que uno de ellos tenía a la altura del corazón. No podía dejar de mirarle el agujero, pero, a la vez, seguía comiendo. Al final te acabas acostumbrando a todo».

Pocos meses después, en los grandes convoyes de republicanos de comienzos de 1941, llegaron también algunos judíos que habían combatido en las Brigadas Internacionales. El húngaro Istvan Balogh formaba parte de un grupo de diez brigadistas, de los que ocho eran judíos: «La primera víctima fue el doctor Emerico Mezei, que era médico militar. Lo habían incluido entre los judíos por el mero hecho de tener una abuela que profesaba esa religión. No tenía facultades para los trabajos que requerían fuerza física y, de inmediato, los SS se ensañaron con él, golpeándole en la cabeza. Al tercer día, estaba tan desfigurado que tan solo se le podía identificar por su número de matrícula. Al día siguiente, los SS le entregaron un alambre y le obligaron a ahorcarse delante del barracón 19. Su cuerpo aún estaba tibio cuando fue arrastrado hasta el horno crematorio. Tras la muerte del doctor, los siete que quedaban volvieron de la cantera en un estado espantoso: dientes rotos, orejas arrancadas, ojos amoratados, rostros tumefactos». Según Balogh, el grupo se negó a recibir la comida extra que le ofrecían los españoles. Conscientes de que no tenían futuro, pidieron que, quienes sobrevivieran, contaran la forma en que habían muerto. «A la mañana siguiente, cuando llegaron a la cantera se abrazaron fuertemente y cantando *La Internacional* se encaminaron hacia la torre de vigilancia. Despavoridos, todos interrumpimos el trabajo y los SS se pusieron a ladrar sus "*Halt!*". Pero ellos seguían caminando, cantando con todas sus fuerzas, y nosotros seguimos oyendo *La Internacional* hasta que quedaron segados por las ráfagas de las metralletas»[284].

Otros dos brigadistas que llegaron meses más tarde se salvaron gracias al consejo que les dio Antonio García Barón: «Nada más verles les dije: "Haceos pasar por españoles. Os irá mejor". Cuando les llamaron para identificarles, dijeron: "Somos andaluces". Eso les salvó. En un lugar en el que las paredes oían, los "andaluces" lograron pasar todas las pruebas. Nunca dirigieron una mirada o una palabra a un judío. Tenían el cuidado de hablar siempre en español, hasta en sueños. A los que llegaron con ellos al campo de concentración los vieron morir, uno por uno, en dos semanas».

En el verano de 1941, el régimen nazi dio un paso más en su persecución de los judíos y comenzó a desarrollar planes de eliminación masiva. Antes de que terminara el año, entró en funcionamiento el primer centro de exterminio en la localidad polaca de Chelmno. El 20 de enero de 1942, el máximo responsable de la Oficina Central de

Seguridad del Reich (RSHA), Reinhard Heydrich, presidió la Conferencia de Wannsee. En ella, destacados responsables del régimen nazi dieron el empujón definitivo a la fatídica «solución final» que les debía servir para erradicar de Europa la raza judía. En la Polonia ocupada se abrieron los centros de exterminio de mayor tamaño y también los más conocidos: Belzec, Sobibor, Majdanek, Treblinka y Auschwitz-Birkenau. Hubo otros campos de la muerte, de menor tamaño, en países ocupados como Yugoslavia y Ucrania, que fueron dedicados a la eliminación de la población judía de la zona. Los dirigentes nazis decidieron establecer estos centros criminales en el este, fuera del territorio alemán. Por ello, Mauthausen recibió un número relativamente bajo de prisioneros hebreos. Algunos de ellos fueron obreros especializados que llegaron desde Auschwitz a lo largo de 1942 y 1943 para trabajar en la construcción de los túneles de Ebensee y Gusen o en las fábricas de armamento. Los que permanecieron en el campo central fueron repartidos entre la temida compañía de castigo, que trabajaba en la cantera, y un comando específico, llamado *judenkommando*, del que nadie salía con vida.

Los republicanos españoles se sentían unos privilegiados al lado de los prisioneros que llevaban la estrella de David cosida en el uniforme. Eduardo Escot lo resume así: «Para ellos era la muerte segura todos los días. No debemos olvidarlo. Yo vi pasar varios grupos de judíos que desaparecieron inmediatamente en el horno. Y yo estoy aquí, todavía». Manuel Alfonso describe una de las escenas de la que fue testigo: «Era un grupo numeroso. Les hacían formar separados de los demás presos. Estaban tan delgados que los ojos los tenían como hundidos. Era una imagen terrible. Y los mataron a todos». Juan Romero se entristece recordando lo que él y sus compañeros pensaban cuando aparecía un grupo de judíos: «Nos sentíamos un poco más seguros porque los SS siempre la tomaban con ellos y a nosotros nos dejaban en paz. Si había judíos, la guerra era siempre contra ellos. Los pobres judíos…». Lo peligroso era, como le ocurrió a Ramiro Santisteban, compartir *kommando* con ellos: «No sé por qué razón, pero un día me metieron en un grupo de trabajo en el que solo había judíos. Yo sabía que eso significaba la muerte, estaba convencido de que no llegaría con vida hasta la noche. Me salvó otro español que me vio allí y avisó a uno de los *kapos* que nos tenía una cierta estima. Inmediatamente se presentó y me sacó de ese grupo que estaba condenado a morir ese mismo día».

A partir de mediados de 1944 la llegada de judíos se multiplicó. El avance soviético hizo que los alemanes comenzaran a derivar convoyes de deportados hacia Austria. Francisco Griéguez vivió la llegada de los primeros grupos en los que ya viajaban mujeres y niños: «A los judíos los mataban enseguida, no los guardaban. Unas veces los llevaban atados y al lado nuestro, ¡pam, pam!, los liquidaban. Y cuando venía una expedición, cada uno traía su maleta y ni siquiera sabíamos de dónde llegaban. A las dos horas no quedaba ni uno. Mujeres encintas, madres que llevaban a sus chiquillos en los brazos… hacían la cola para ir a la ducha y ya no salían de allí. Y esto ocurría todos los días, por centenares, los mataban como a los

piojos».

A comienzos de 1945, los alemanes realizaron las evacuaciones masivas de los campos que iban a caer en manos de las tropas soviéticas. Fueron las marchas de la muerte, en las que decenas de miles de prisioneros fueron trasladados a pie o en vagones de tren descubiertos, hasta los campos situados en el corazón del Reich. Mauthausen recibió entonces un aluvión de judíos procedentes principalmente de Auschwitz.

MAESTROS DE LAS DESAPARICIONES FORZADAS

Lo que ocurría cada día en Mauthausen y en el resto de los campos de concentración era una prueba de lo poco que importaban a Hitler los mandatos de la Convención de Ginebra. El Führer y sus lugartenientes no pararon de idear acciones y directivas que marcarían un hito en la historia de la represión y serían, posteriormente, imitadas por dictadores de medio mundo.

La más importante de ellas recibió el nombre de «Noche y Niebla» y surgió como respuesta a la creciente resistencia que las tropas alemanas encontraban en su retaguardia. Los actos de sabotaje en todo tipo de infraestructuras y los atentados contra los invasores se multiplicaban en las naciones ocupadas. Es al propio Hitler al que se le atribuye la idea de hacer desaparecer, para siempre y sin dejar rastro alguno, a los resistentes considerados más peligrosos. Una vez definido su objetivo, el Führer se sintió inspirado para buscar un nombre «épico» que designara el conjunto de directivas que sirvieran a tal fin. No tuvo que pensar mucho para recordar *El anillo del Nibelungo*, la tetralogía operística de su admirado compositor Richard Wagner. En ella, un yelmo mágico, conocido como Tarnhelm, permite a quien lo usa cambiar de forma, viajar a enormes distancias o, simplemente… desaparecer. Alberich, el rey de los Nibelungos, cuando se lo enfunda por primera vez, se transforma en una columna de niebla tras declamar en voz baja las palabras *nacht und nebel*, noche y niebla. Una vez más, el Führer demostró su peculiar sentido del humor al bautizar como *Nacht und Nebel* el decreto que condenaría a miles de personas a ser borradas de la faz de la tierra.

El encargado de plasmarlo fue el mariscal Wilhelm Keitel, que el 7 de diciembre de 1941 promulgó las llamadas «Directivas para la persecución de las infracciones cometidas contra el Reich o las fuerzas de ocupación en los territorios ocupados». En un breve párrafo introductorio, Keitel explicaba la necesidad de tomar «severas medidas» debido a «la cantidad y el peligro de estas maquinaciones». A continuación establecía la primera premisa: «Dentro de los territorios ocupados, el castigo adecuado para los delitos cometidos contra el Estado alemán es, en principio, la pena de muerte». La orden añadía: «Estas depuraciones se deben realizar en los territorios ocupados en el caso de que el juicio y la ejecución se puedan completar en un tiempo

muy corto. De lo contrario los delincuentes deben ser enviados a Alemania». Ese traslado debía ser absolutamente secreto, sin que quedara constancia alguna sobre el destino y la suerte del detenido. En el caso de que alguna persona o institución, incluida cualquier autoridad alemana, se interesara por dichos prisioneros, la orden era taxativa: «Se les debe decir que han sido arrestados, pero que los procedimientos no permiten facilitar más información»[285].

Por si no había quedado claro, el propio Keitel envió cinco días después una carta en la que justificaba y desarrollaba las directivas: «Una intimidación efectiva y duradera solo se logra por penas de muerte o por medidas que mantengan a los familiares y a la población en la incertidumbre sobre la suerte del reo». Keitel también aclaraba que los presos «NN», como serían llamados a partir de ese momento, no podían, obviamente, mantener contacto alguno con sus familiares a través del correo. Y terminaba con otra orden expresa: «No debe transmitirse a ningún organismo extranjero informaciones sobre los detenidos. En caso de muerte, la familia no debe ser informada»[286].

El flujo de prisioneros «NN» se fue incrementando a lo largo de 1943 y 1944. En julio de este año, Hitler aprobó el decreto «Terror y sabotaje» que endurecía y ampliaba los términos de las directivas «Noche y Niebla».

Aunque es imposible conocer la cifra real de personas que fueron detenidas y ejecutadas bajo el paraguas de estos decretos, diversos estudios hablan de un mínimo de 7000 víctimas, cinco mil de ellas en territorio francés. Los arrestados eran interrogados y torturados en las dependencias de la Gestapo para después ser trasladados a prisiones y campos de concentración. Allí se les registraba específicamente como reos «Noche y Niebla» y, en algunos casos, se les identificaba cosiéndoles las letras «NN» en el uniforme.

Los españoles que pasaron por esta situación, cuyos nombres conocemos, son básicamente aquellos que consiguieron sobrevivir. La mayoría tuvo la suerte de caer en Mauthausen y ser protegidos por la organización española. Casimir Climent y Josep Bailina, los secretarios de la Oficina Central de la Administración, leían con antelación los listados de los convoyes que iban a llegar hasta el campo. Cuando veían que el cargamento incluía prisioneros calificados como «NN», entraban en acción: «Avisábamos a los que estaban condenados a desaparecer y su grupo nacional se responsabilizaba de ellos. A quienes tenían que ser ejecutados les mandábamos al hospital para que pasaran la cuarentena. Una vez allí, les ponían al lado de un enfermo de tifus que tenía que morir a la fuerza. Llegado el momento, cambiaban la chapa y se hacían pasar por el difunto»[287].

Gracias a este y a otros procedimientos, se salvaron resistentes españoles como el barcelonés Josep Ester, el gerundense Emilio Jonama, el vallisoletano Emiliano Alcón, el asturiano Luis Montero, el almagreño Pedro Chaves, el conquense Doroteo Sáez, el valenciano Joaquín Olaso, el alicantino Isidoro Marí y los madrileños Domingo Fernández, Luis Moragas, Antonio Puig, Constancio Huertas, Ángel

Hernández y Tomás Martín. En total, existe documentación sobre 22 españoles «Noche y Niebla» que llegaron con vida hasta la liberación, 18 de ellos en Mauthausen. Entre ellos también había dos mujeres resistentes, la zaragozana Herminia Martorell y la española de origen francés Rosita de Silva. Ambas habían pasado por varias prisiones alemanas y por el campo de Ravensbrück, antes de acabar en Mauthausen. Además de velar por las vidas de todos ellos, la organización española ideó un sistema para que pudieran burlar la prohibición de mantener correspondencia con sus familias. Prisioneros «NN» como Josep Miret lograron escribir a sus hogares utilizando la identidad de otros compañeros.

En los archivos que no fueron destruidos por los nazis también aparecen, al menos, otros diez españoles resistentes que murieron como consecuencia de su calificación como «NN». Cuatro perecieron en Mauthausen: Fernando Pérez y Luis Moreno por causas desconocidas; Pedro Bellugue fue gaseado en el castillo de Hartheim, y Josep Miret ejecutado en el *kommando* de Floridsdorf. Cecilio Baena, Adolfo Marcos y Miguel Pérez fueron fusilados en la prisión de Klingelputz, en la ciudad alemana de Colonia. Vicente Riancho y Benito Rivero murieron en los campos de concentración de Gross-Rosen y Dora.

El último de ellos, el alicantino Manuel Albert, figura en los libros de registro de las prisiones de Diez, Brieg, Siegburg y Sonnenburg. En ese lugar se pierde su pista. Su figura y su historia se difuminan sin dejar rastro, tal y como hizo Alberich tras enfundarse el mágico yelmo de los Nibelungos… como la noche y la niebla.

ALIADOS EN EL PUNTO DE MIRA

Hitler solo se preocupó de cumplir la Convención de Ginebra, al menos en términos generales, con los prisioneros aliados. Fueron muy pocos los militares británicos o norteamericanos que acabaron en campos de concentración. La práctica totalidad pasó la guerra en los *stalags*, donde se respetaba, más o menos, la legislación internacional.

En Mauthausen, el día de la liberación solo permanecían internados tres estadounidenses y un británico[288]. Sin embargo, existe constancia de que varios grupos de militares aliados fueron asesinados por los hombres de Ziereis durante los momentos finales de la contienda. Se trató de una serie de crímenes de guerra a los que la justicia militar norteamericana prestó una especial atención tras la rendición alemana.

El primer incidente del que se tiene noticias ocurrió en julio de 1944. Dos paracaidistas aliados cayeron en las proximidades de Gusen después de que sus aviones fueran abatidos. José Marfil observó cómo los SS no permitieron que se rindieran. Trabajaba en la carpintería que estaba situada en una posición elevada: «Pudimos ver a uno de los aviadores descender en paracaídas cerca del cuartel de los

SS. Numerosos guardias y oficiales le esperaban con la metralleta preparada. El desafortunado levantó los brazos tan pronto como llegó al suelo, pero los SS le dispararon inmediatamente, y le vimos desmoronarse, como una marioneta. Los alemanes se mostraron eufóricos por la hazaña que acababan de realizar».

Dos meses después, otro español fue testigo de la mayor masacre de prisioneros de guerra aliados perpetrada en Mauthausen. Se trataba de Joan de Diego, el activo y resistente secretario que trabajaba en la oficina central del campo. Ese privilegiado puesto le permitió asistir al proceso de tortura y eliminación de 47 agentes del Servicio Ejecutivo de Operaciones (SOE) que habían sido trasladados desde diversas cárceles de Holanda y Francia. 39 eran holandeses, siete británicos y uno estadounidense: «Tres personajes conocidos por su crueldad y sadismo se encargarían de la recepción de los recién llegados: el comandante Ziereis, el capitán Bachmayer y el teniente Trum[289]. Vergajo en mano, condujeron al grupo de 47 oficiales de los ejércitos aliados frente a la oficina del campo, donde dieron su filiación. Bachmayer azuzó al perro; el animal furioso hincaba sus dientes sobre aquellos desgraciados sembrando el consiguiente pánico. Insultos, palos y más palos caían sobre ellos mezclándose sus gritos de dolor con los ladridos del perro. Ziereis ordenó a un barbero afeitar la cabeza, con una simple maquinilla, a uno de los detenidos. El barbero sabía que era imposible; este quiso ejercer su arte con humanidad pero el comandante Ziereis se la arrancó de la mano asestándole varios puñetazos y puntapiés, y le dijo: “¡Hijo de perra! ¡Así, así lo tienes que hacer!…”. Y llevando la maquinilla sobre la cabeza del recién llegado, la hizo correr sin piedad hasta arrastrar con ella el cuero cabelludo. Satisfecho al ver brotar la sangre, miraba a sus compadres, los cuales se reían y mofaban. Cayó inánime el herido; Bachmayer lanzó el perro; este hincó sus caninos en el antebrazo izquierdo tirando furiosamente sin abandonar la presa. Gracias a un momento de confusión, sus camaradas, dándose cuenta del peligro, consiguieron levantarle y, después de esfuerzos sobrehumanos, colocarle en el centro de la formación para protegerle de los asaltos del animal y de los SS».

Tras esta terrible bienvenida, De Diego tuvo que consignar en los libros de registro el destino reservado para los recién llegados, que no era otro que la compañía de castigo de la cantera: «Allí los SS habían preparado una gran juerga. Se situaron al otro lado de la alambrada, donde esperaron al grupo de castigados. Cuando llegaron corriendo, los SS empezaron los “fuegos de artificio” con pistolas, fusiles y armas automáticas. Sembraron el pánico entre aquellos hombres que tuvieron que escalar los 186 peldaños de la escalera, en seis o siete ocasiones, cargados con pesadas piedras. En cada viaje caían varios prisioneros. La tarde del 6 de septiembre de 1944 se saldaría con 22 hombres asesinados. Por etapas fueron llegando los cadáveres al campo. A fin de poder extender las actas de defunción, era necesario identificar a cada uno de ellos. A su llegada, los SS habían ordenado grabar en el pecho y la espalda de los componentes del grupo su número de matrícula. Raro fue el que no

acabó destrozado por las balas, por lo que era imposible encontrar la traza de los números. Los cuerpos llegaban con el pecho arrancado, la espalda destrozada… casi cortados en dos, la carne aún caliente y viva. Los que habían recibido disparos en la cabeza la tenían machacada, desaparecida. Los 25 hombres que permanecían con vida fueron encerrados en los calabozos del triste edificio conocido con el nombre de *arrest*»[290]. Ante la imposibilidad de identificar a la mayoría de las víctimas, De Diego recibió el encargo de realizar un listado con los supervivientes: «Designado para ello, me presenté al oficial SS encargado de la guardia del *arrest*. Este se llamaba Niedermayer[291], individuo de mala calaña, cruel y sanguinario cuya presencia causaba repugnancia. Abrió los dos calabozos. Concebidos para albergar a un solo detenido, en cada uno de ellos había amontonados doce o trece de los supervivientes. Un vaho maloliente de una fetidez repugnante, seguido de una oleada de calor, hacían insoportable el ambiente. Tullidos, encorvados, demacrados, expresando con sus miradas todo el dolor de la ruda jornada, salían de los calabozos quedando formados en el corredor esperando qué nuevo castigo iban a infligirles. Pasé lista y, a medida que iban respondiendo por su nombre, salían del grupo para formar aparte, quedando en blanco los 22 nombres de los asesinados durante el día. Quiso el azar que entre los presentes hubiera un oficial holandés con el mismo apellido que el del SS que mandaba en la prisión[292]. Al oírlo, Niedermayer saltó como una bestia sobre él y profiriendo los insultos más groseros y asquerosos, se sació de la manera más cruel. Le asestó puñetazos, puntapiés y vergajazos hasta que, falto de fuerzas, abandonó su presa. Sus compañeros, para evitar otros actos de violencia, le metieron en el calabozo. Minutos después los cerrojos condenaron las puertas, sumiendo aquel triste lugar en el más lúgubre silencio. Aquellos seres horriblemente mutilados se me aparecían como una obsesión. Las heridas que se abrían desde los hombros hasta el abdomen daban la impresión de que los hombres estaban cortados en canal. La carne sangraba y se movía con temblores nerviosos como si las células buscaran la unidad que el crimen había destruido»[293].

De Diego no fue testigo de lo que ocurrió esa noche en el interior de la prisión. Según el testimonio de uno de los prisioneros que se encontraba en otra de las celdas, los SS hicieron una fiesta a la que invitaron a varias mujeres. Como parte de la diversión se dedicaron a humillar a los militares aliados. Les sacaron de sus calabozos, les hicieron volcar los bidones que contenían sus excrementos y, finalmente, les forzaron a recogerlos con las manos[294]. El amanecer supuso el comienzo del fin para los malheridos cautivos. Fueron llevados nuevamente hasta la cantera y, tras ser sometidos a diversas torturas, les acribillaron a balazos.

En los siete meses y medio que restaban para la rendición de Alemania, los SS de Mauthausen ejecutaron, al menos, a otro medio centenar de agentes y aviadores aliados. El día de la liberación, ante la cámara de cine con que las tropas estadounidenses inmortalizaban sus acciones, el prisionero norteamericano Jack

Taylor explicó lacónicamente la forma en que fueron asesinados dos de sus compañeros: «Aquí está la insignia de uno de ellos, un oficial de la armada. Y aquí tengo su chapa identificativa. Fue ejecutado en la cámara de gas de este campo». Junto a él, el sargento neoyorquino Louis Biagioni se mostraba aún incrédulo por haber conservado la vida: «Me habían condenado a muerte. Estaba esperando que me ejecutaran pero los americanos han llegado primero. Estamos salvados. ¡Dios les bendiga!»[295].

EL FIN DE LA INCOMUNICACIÓN

El comienzo de 1943 trajo también una serie de pequeños cambios que contribuyeron a incrementar la moral entre los republicanos. Los trajes rayados comenzaron a escasear y, por ello, los prisioneros que llegaban al campo recibían ropa civil sobre la que pintaban unas franjas rojas verticales y cosían unos cuadrados de tela con rayas. Los deportados españoles más veteranos que ocupaban los puestos de enchufados no tardaron en sustituir sus viejos uniformes por este vestuario más cómodo y menos denigrante.

Este cambio llegó incluso hasta Gusen, tal y como pudo observar Enrique Calcerrada: «No era extraño encontrar a un preso vestido con una chaqueta rayada y un pantalón civil o militar, o al revés; cuando no con un uniforme militar como era mi caso». Paralelamente, los SS dejaron de raparles una vez a la semana y el pelo de la cabeza comenzó a protegerles del frío y del sol. No obstante, Calcerrada matiza, eso sí, la obligatoriedad de llevar totalmente pelada una franja de cuatro o cinco centímetros que les delataría como reclusos si decidían emprender una fuga. A pesar de este detalle, los republicanos estaban siendo testigos de la desaparición, o al menos de la decadencia, de dos de los símbolos del proceso de deshumanización que habían sufrido desde su llegada al campo.

El tercero de ellos sería aún más importante: el punto y final a casi tres años de total incomunicación. A los españoles no se les había autorizado a escribir a casa. Nadie conocía, pues, si estaban vivos o muertos y, mucho menos, cuál era su paradero. En 1943 pudieron redactar las primeras cartas, eso sí, sometidas a unas estrictas normas que aparecían impresas en la parte superior de las mismas. Estas condiciones estaban escritas en alemán y en un español relativamente correcto: «Instrucciones para la Correspondencia de los prisioneros: 1. El prisionero está autorizado para escribir una vez cada seis semanas, como asi el recibo de la respuesta. (No más de veinticinco palabras, solamente de carácter personal y familiar). En la carta respuesta es permitido adjuntar (Coupon Reponse International) Timbre Moneda. 2. En los envíos de paquetes a los prisioneros está prohibido adjuntar fotografías»[296].

Los españoles aprovecharon la correspondencia, principalmente para hacer saber

a sus familias que seguían con vida y tratar de conocer la suerte que habían corrido en España y en Francia sus seres queridos. Todo lo que escribían pasaba por la censura, por lo que no podían detallar la situación real en la que se encontraban ni el martirio por el que estaban pasando. Francisco Batiste recuerda su frustración: «Todas mis postales daban la impresión de que estaba casi disfrutando de una situación perfecta ¡Cuán lejos de la cruda realidad! La estricta censura nazi no permitía el más ligero desliz, mis escuetos mensajes no daban para más».

Mariano Laborda quería informar a su familia de la muerte en Gusen de su amigo y paisano de Ejea de los Caballeros, Ramón Lacima. Se daba la circunstancia de que Ramón era, además, el novio de su hermana, por lo que Mariano se veía en el deber de comunicarle la mala noticia. «Ramón trabaja con mi padre», escribió finalmente en la carta. Mariano sabía que su familia entendería el mensaje porque su padre había muerto muchos años atrás, antes del inicio de la guerra[297].

Las primeras respuestas que llegaron desde España, como pudo comprobar Domingo Félez, no podían ofrecer grandes alegrías: «Cuando menos lo esperaba, como un año después de que yo hubiera enviado mi carta, llegó la respuesta. Era de mi madre y de las veinte palabras que contenía, las más importantes eran estas: “Tu padre murió en el año 41”. Me decía que mi padre había muerto hacía dos años; me lo decía en el 43. Y no lloré porque llorando no se ganaba nada»[298]. Manuel Alfonso, debido a su puesto de enchufado, fue el único español que recibió una carta de su familia, ya en 1941. Su madre le localizó a través de la Cruz Roja y consiguió que le hicieran llegar su misiva debido a las tristes noticias que debía comunicarle a su hijo: «En esa primera carta me anunciaron la muerte de mi hermano. Tenía 19 años. Pensé mucho pero no pude llorar. Me extrañó mucho mi conducta, ni una lágrima. Allí había muertos todos los días por docenas. Tuve tres cartas más, en el 43 y en el 44; en la última supe de la muerte de mi hermana; tenía 15 años. Tuve la misma reacción, la vida del campo nos había endurecido. Nunca más yo sería el mismo de antes».

Junto a las malas noticias, llegaron desde España y Francia los primeros paquetes de comida a Mauthausen. En los textos de las cartas redactadas por los republicanos, se puede sentir la ansiedad con la que pedían a sus familias que les enviaran más suministros. Josep Figueras escribía el 9 de mayo de 1943: «Apreciados padres: (…). Hace un mes recibí los paquetes con el chocolate y lo demás. Lo que os pido es si me podéis enviar otros con ayuda de la familia; si podéis chocolate, mejor, y cosas de conserva…». En enero de 1944, Josep se impacientaba: «Apreciados padres, hermano. Salud, yo bien, no he recibido aún contestación a mi última carta. Espero paquete, jersey, calzoncillos, pastas y fotos vuestras. Salud y suerte»[299]. El paquete que no acababa de llegar, muy probablemente, estaría a esas horas en manos de los SS. Tanto los soldados alemanes de la guarnición como algunos *kapos* saqueaban el correo y se quedaban con la mayor parte de los alimentos y vestimentas que enviaban las familias de los prisioneros.

Estos cambios ocurrían en un momento en el que, como vimos anteriormente, se habían producido otros dos hechos relevantes para los republicanos españoles: el crecimiento y la consolidación de la organización política nacional e internacional, y la llegada de miembros de la Resistencia cargados de moral y de experiencia. A todo ello hay que sumar otro factor determinante: las noticias positivas que llegaban desde el frente y también desde el cielo. Acurrucados en sus barracas, los deportados sonreían por la noche cuando escuchaban los cada vez más frecuentes bombardeos aliados. El miedo a morir bajo los proyectiles quedaba en un segundo plano ante el cada vez más palpable deterioro de la resistencia militar alemana. Fueron muchos los compañeros que perecieron en los ataques que alcanzaron la fábrica de armamento de Linz, las instalaciones de Gusen, Steyr y, sobre todo, de Melk. En este subcampo murieron, el 8 de julio de 1944, más de 500 prisioneros como consecuencia de un devastador bombardeo aliado.

Junto a estas noticias que vivían en directo, entre los forzados habitantes de Mauthausen corría de boca en boca cualquier información relativa a la marcha de la guerra. Todos los deportados recuerdan dos acontecimientos que, aunque con cierto retraso, festejaron silenciosamente en la oscuridad de sus barracones: la derrota alemana en Estalingrado en febrero de 1943 y lo ocurrido durante una fresca mañana del 6 de junio de 1944, en la que los aliados comenzaron el desembarco de sus tropas en las playas de Normandía. Ese día, los hombres y mujeres del pijama a rayas empezaron a descontar las horas que les restaban para ajustar cuentas con sus verdugos.

ENTRE MUERTE Y MUERTE… FÚTBOL, BOXEO Y MÚSICA

La forma en la que los españoles pasaban sus ratos de ocio también evolucionó con el paso del tiempo. Hasta finales de 1942, cada momento libre era aprovechado para descansar, dormir y tratar de recuperar fuerzas. Los domingos, el día en el que supuestamente no se trabajaba, según describe Josep Simon, «no había nada que festejar. Siempre había trabajos que terminar y debíamos estar pendientes de los caprichos de los SS. En muchas ocasiones nos obligaban a escuchar por los altavoces del campo los discursos de Hitler y las noticias sobre las victorias militares de su ejército». Además de propaganda, esos altavoces escupían canciones de algunas de las cantantes favoritas de los SS, especialmente de Zarah Leander[300]. Los domingos se aprovechaban también para aplicar algunos de los castigos acumulados durante la semana. La *appelplatz* se convertía en el lugar elegido para infligir los 25, 50 o 75 latigazos a los reos. El reglamento del campo prohibía a los reclusos reunirse en grupo, por lo que las oportunidades de esparcimiento eran mínimas.

Conocemos uno de esos escasos momentos de ocio gracias al testimonio de José Alcubierre: «En la Nochebuena de 1940, el jefe de la barraca nos autorizó a hablar y

a permanecer despiertos más allá de la hora establecida. Los que habíamos llegado desde Angulema nos colocamos en un círculo, uno junto a otro. Yo me puse entre las rodillas de mi padre. Recuerdo que estaba contento porque aún estaba junto a él. Empezaron a hablar de tal o de cual… del pueblo, de las chicas que uno había conocido… Y, de golpe y porrazo, uno dijo: “Vamos a cantar algo”. Los primeros que lo hicieron fueron unos andaluces y después los aragoneses cantamos una jota… Me emociono mucho siempre que recuerdo ese momento. Cantamos muy bajito hasta que decidimos irnos a dormir en el suelo, sobre la paja. Así fue como pasamos la primera Nochebuena».

Buena prueba del pírrico estado físico y anímico de los republicanos durante esos primeros años, fue el hecho de que no se plantearan impartir clases a los compañeros menos instruidos, como sí hicieron algunos prisioneros soviéticos. Los españoles habían sido capaces de hacerlo en los frentes más duros de la guerra de España, en los campos de concentración franceses, en las unidades del Ejército galo e, incluso, en los primeros centros de prisioneros en que fueron confinados por los alemanes. Sin embargo, la cruda realidad de Mauthausen no les permitió continuar con esta «cultura de la cultura» tan arraigada entre ellos.

Solo con el paso del tiempo y siempre de forma irregular, los deportados fueron capaces de organizar algunas formas de entretenimiento que les permitieron evadirse mentalmente del horror que les rodeaba.

En las navidades de 1943, los españoles de Gusen se sintieron con fuerzas para organizar una pequeña celebración. Durante días estuvieron guardando una parte de la comida que conseguían robar. Otros prisioneros se dedicaron a elaborar figuritas con los restos de las cajas de cartón en las que se almacenaba la margarina. El día señalado se prepararon para darse un pequeño atracón con el pan y los pocos alimentos que habían conseguido acumular. El leonés Rufino Baños se olvidó de la deseada comida al contemplar un pequeño árbol que había sido decorado por sus compañeros: «No movíamos los ojos, lo mismo que si tuviésemos delante un monstruo, pero por las mejillas corrían lágrimas que parecían perlas. En el árbol había colgada una sorpresa, un mapa de España, pero ¡qué mapa! Yo que había sido estudiante, me parecía que los contornos de la Península eran más bonitos que los que yo había conocido. En el medio del mapa había un triángulo y este no tenía una “S” como la que llevábamos los españoles, sino el busto de una mujer, morena, con el pelo liso, peinada con moño, hermosa como no la habíamos visto hacía muchos años. Como son las españolas, sobre todo las madres, pues aquella era una madre; bien claro lo decía debajo del triángulo: “¿Hasta cuándo, madre?”»[301].

Con idéntica espontaneidad surgió el principal pasatiempo de los prisioneros. El madrileño Luis Gil y otros españoles se atrevieron un buen día a improvisar un partidillo de fútbol: «Un domingo por la tarde, en que no se nos había impuesto ningún castigo, los españoles confeccionamos una pelota de fútbol con papel de los

sacos de cemento, trapos y algunos pedazos de cordel. En la plaza de los recuentos, junto a las barracas que iban del 1 al 5, organizamos un partido de balompié. El primero en aquel siniestro campo. Se trataba de la primera manifestación, no prevista, que desbordaba el cuadro rígido y de terror impuesto por los SS. Días antes, habíamos hablado de ello a otros grupos nacionales con el fin de organizar un encuentro internacional, pero nos respondieron con una negativa, llamándonos locos y otras lindezas por el estilo. Insistían en que no se había hecho nunca y en que los SS no lo permitirían. Los que se quedaron más boquiabiertos fueron los delincuentes alemanes y los polacos, que llegaron a llamarnos suicidas. Pero los locos españoles nos lanzamos a dar patadas a la pelota y los SS no dijeron nada»[302].

A partir de ese momento el fútbol se fue abriendo camino en Mauthausen. El segundo comandante del campo, el capitán Bachmayer, comenzó a autorizar la celebración de partidos y acabó entregando un balón a los prisioneros. Llegó incluso a celebrarse una liguilla internacional con un equipo alemán, uno polaco, otro austriaco y el formado por los españoles.

Ramiro Santisteban cree que aquello suponía una inyección de moral para todos: «Eso para nosotros era una fiesta. Bachmayer lo autorizó porque le gustaba mucho el fútbol y todos los deportes. Luego ya se convirtió en algo habitual. Y los españoles en fútbol siempre ganábamos». El equipo contaba con algunos futbolistas que habían jugado en destacados clubes de la España republicana. Entre ellos se encontraban los barceloneses Francisco Santolalla y Juan Castañeda o el burgalés Saturnino Navazo, que jugó en el histórico Club Deportivo Nacional de Madrid.

En Gusen también comenzaron a celebrarse partidos en el verano de 1942. Había tres equipos, el polaco, el alemán y el español, que, según cuenta Enrique Calcerrada, solo consiguió plantar batalla en los primeros encuentros: «Según fue pasando el tiempo la balanza deportiva se inclinó del lado de los polacos, porque iban llegando nuevos prisioneros más aptos para la práctica del deporte. Los españoles cada vez íbamos quedando menos; tanto que al final los partidos se jugaron entre polacos por un lado y, por otro, equipos mixtos de alemanes y españoles, elegidos entre los que tenían más posibilidades de aguantar el partido».

A los SS les entretenía asistir a estos partidillos y ofrecían más comida y trabajos menos exigentes a los jugadores más destacados. Navazo, Santolalla y Castañeda salvaron la vida gracias a su habilidad con el balón. El resto de los prisioneros eran conscientes del premio que conllevaba participar en la liguilla. Eran tantos quienes querían jugar, que se hacían partidos de prueba para seleccionar a los mejores. Calcerrada lo intentó y, como la mayoría, fracasó: «¡Fue un verdadero desastre! Las piernas no aguantaban y el estómago, con tanto esfuerzo, pedía algo más que nabos para impulsar los músculos reducidos a su mínimo volumen y potencia. Antes de media hora de juego, la mitad de los competidores yacíamos por el suelo con las rodillas ensangrentadas por las caídas; y no eran solo las rodillas, pues apenas podíamos levantarnos cuando volvíamos a caer. Lo más prudente en ese caso era

marcharse a la barraca sin esperar el hipotético plato de forraje prometido, ni dar más vueltas a la cuestión, ya que valía más estar fresco para picar sobre la piedra el lunes, antes que el negocio tomara peor cariz».

El otro deporte que despertaba pasiones en Mauthausen era el boxeo. De cuando en cuando se celebraban combates en los que, casi siempre, ganaba un español que acabaría convirtiéndose en una celebridad entre los prisioneros y también entre los SS. Ramiro Santisteban le conoció muy bien: «Paulino le llamábamos. Era un aragonés que no veas. Era extraordinario. Era el único al que los SS llamaban por su nombre y no por su número. Era un buenazo y ayudó todo lo que pudo. Para que mantuviera las fuerzas y pudiera combatir, le asignaron a *kommandos* en los que no trabajaba mucho. Él aprovechaba para robar comida y repartirla entre otros españoles».

Paulino era el sobrenombre por el que todos conocían al turolense Segundo Espallargás. Su habilidad con los puños le ayudó a salir vivo del campo. Tras haber pasado por los trabajos más duros, los SS le destinaron a trabajar en la cocina y le permitieron disponer del tiempo necesario para poder entrenar.

La música, como el deporte, supuso la posibilidad de escapar de la muerte a otro grupo de republicanos españoles. Los alemanes organizaron, para su propia diversión, una orquesta de prisioneros que llegó a contar con cerca de 80 componentes. En ella se integró una parte de los músicos de la pequeña banda que acompañaba con sus melodías los ahorcamientos públicos. Tocar en la orquesta suponía ser trasladado a un *kommando* en el que existían muchas más posibilidades de sobrevivir. Los ensayos y los conciertos que algunos domingos ofrecían para los SS y sus familias suponían importantes momentos de descanso en los que recuperar fuerzas para seguir adelante.

Entre finales de 1942 y mediados de 1943 comenzaron a realizarse también algunas representaciones teatrales organizadas exclusivamente por los propios prisioneros. En las navidades de 1942, Sebastián Barrena y José Cereceda, bailarines profesionales antes de la guerra, realizaron un pequeño vodevil que contó con la autorización de los oficiales del campo. Unos meses más tarde, la organización española animó a varios republicanos a montar un grupo músico-teatral que sería bautizado como La Rondalla de Mauthausen. El ovetense José Sánchez Fernández tomó la iniciativa y organizó a sus compañeros para culminar la tarea. Mientras los carpinteros fabricaban los instrumentos, otros prisioneros, como el fotógrafo Francesc Boix, conseguían, trapicheando con los SS, las piezas que no podían fabricarse. Cuando los alemanes descubrieron las primeras bandurrias, en lugar de tomar represalias celebraron la ocurrencia de los españoles y les permitieron seguir con sus planes. La primera actuación tuvo lugar en la barraca 13, donde resonaron jotas, pasodobles y alguna pieza clásica como *El sitio de Zaragoza*. La Rondalla, en las navidades de 1944, llegó a interpretar una obra satírica titulada *El marajá de*

Rajaloya. Los prisioneros que trabajaban como sastres, carpinteros y pintores se encargaron de confeccionar los trajes para los actores y construir los decorados[303].

Manuel Alfonso recuerda lo que sintió en una de estas representaciones: «Aquello nos distraía mucho. Llombart, que había trabajado como peluquero de señoras, confeccionó unas pelucas con virutas de la carpintería. Se las ponía Cereceda, que hacía de chica. El decorado estaba muy bien hecho y con las luces parecía que estábamos en otro mundo».

Manuel Alfonso, precisamente, se dedicaba en sus ratos libres a otra de las aficiones que algunos deportados practicaron en Mauthausen: la pintura. Durante los últimos años de cautiverio realizó postales que regalaba a los compañeros que cumplían años: «Me llamaban Pajarito, porque firmaba mis obras dibujando un pequeño pájaro. Cuando alguien quería regalar algo, venía a mí y le pintaba cualquier tontería. Era peligroso hacerlo porque estaba prohibido, pero yo hice muchos, siempre a escondidas de los SS. Llegué a hacer dibujos pornográficos para algún *kapo* que, a cambio, me daba un poco de pan». Otro gran dibujante, el oscense José Cabrero, también se benefició de su habilidad para plasmar sobre el papel escenas de sexo. El día de su llegada al campo, su talento fue descubierto por uno de los *kapos* más agresivos: «No había podido deshacerme de unos dibujos pornográficos que había hecho en el *stalag* para los soldados alemanes. Fui acogido por el jefe de barracón quien, con los malditos dibujos en la mano y la mirada severa, me preguntó si yo era el autor. Me temía el peor desenlace pero no podía negar la evidencia, de manera que contesté afirmativamente. Entonces, con una gran risotada, me anunció que dibujaría para él… Fue así como pasé a ocupar en aquel universo de hambre y de horror, una de las situaciones más envidiadas»[304]. Cabrero fue asignado al *effektenkammer*, el lugar en el que se almacenaban las pertenencias de los recién llegados. Durante su cautiverio, no dejó de dibujar por puro placer o para satisfacer visualmente las fantasías sexuales de algún *kapo* o SS.

EL ABSURDO PROSTÍBULO

¿Qué sentido tenía permitir interpretar una obra de teatro, tocar un instrumento o jugar al fútbol a unos prisioneros a los que se pensaba asesinar? Las contradicciones, excentricidades y decisiones carentes de toda lógica fueron una constante en el comportamiento de los SS de Mauthausen. Una más de ellas fue la existencia de un lugar llamado la cantina, que debía servir para que los deportados pudieran adquirir determinados productos de consumo. En la práctica, se trató de un armario situado en los baños de uno de los barracones. Controlado por los SS, solo disponía generalmente de cigarrillos, betún y algunos lápices. Únicamente los prisioneros alemanes y unos pocos enchufados disponían de dinero para poder comprar estos productos.

Pero, sin duda, el hecho más surrealista de todos fue la existencia de burdeles en los campos de concentración. La decisión provino directamente de Heinrich Himmler. En su visita a Mauthausen, en junio de 1941, ordenó la construcción de un prostíbulo para que diera «servicio» a los prisioneros. En marzo del año siguiente, el Reichsführer insistió en su petición, en una carta que dirigió al máximo responsable de la organización de los campos, Oswald Pöhl. En ella le pedía que abriera burdeles, no solo en Mauthausen, sino en todos los campos con el objetivo de «incrementar la productividad» de los prisioneros. El general Pöhl cumplió la orden y llegó a erigir un total de diez prostíbulos en campos como Buchenwald, Sachsenhausen, Dora, Dachau e incluso Auschwitz. Los nazis se referían a ellos con el nombre de *sonderbauten*, edificios especiales. Los dos primeros en abrirse fueron los de Mauthausen y Gusen, en la segunda mitad de 1942. Diecinueve mujeres fueron traídas del campo femenino de Ravensbrück con la promesa de que el trabajo como prostitutas les permitiría salvar la vida y mejorar sus condiciones de vida. No se trataba pues de «voluntarias», como se ha dicho en algunas obras, sino de prisioneras que se veían forzadas a dar ese paso para escapar de la muerte. En el campo central se habilitó una parte de la barraca número 1 para acomodar a las mujeres y que pudieran ejercer su trabajo. En Gusen se utilizó un edificio de ladrillo cerca de la entrada principal del campo.

Solo los *kapos* alemanes y algunos enchufados, que podían disponer del dinero y las fuerzas suficientes, llegaron a utilizarlo. Para acceder a él había que solicitar un *ticket* y pagar dos marcos. De este dinero, la mitad era para la prostituta y el resto para los SS. El burdel abría de seis a ocho de la tarde y cada cliente disponía, tan solo, de diez minutos para completar la faena.

Cristóbal Soriano cuenta su experiencia en Gusen: «¿Pero quién iba a ir allí? Yo, además, no podía ni con mi alma. Los que fueron pasaron por situaciones tremendas. A veces, en medio del acto, entraba un SS con su perro y el prisionero tenía que salir corriendo. Cuando alguien me contaba que había ido al burdel, yo pensaba, ¡no es posible! Lo que sí hice una vez es conseguir un *ticket*. Después se lo vendí a un *kapo*, que a cambio me dio un buen trozo de pan». Después de años de forzada abstinencia y convencidos de que se trataba de prostitutas voluntarias, varios enchufados españoles dieron el paso. En un gesto de honradez y sinceridad, Manuel Alfonso confiesa ser uno de ellos y reconoce su error: «Quisimos probar. El dinero nos lo dieron y, para ir decentes, hubo una famosa camisa vistosa que pasó de mano en mano para los que quisieron ir. Lo reconozco, no fue nada extra, y no tenía que haberlo hecho por dignidad, pero no quiero hacerme pasar por un héroe y menos por un mártir, los verdaderos héroes y mártires se quedaron allí, convertidos en humo».

Pablo Escribano y Francisco Bernal también pasaron por la barraca número 1. «Yo en ese momento estaba bien colocado porque era peluquero —explica Escribano—, y me propusieron ir. Quise probar la experiencia pero fue muy triste. Entrabas en la barraca y te hacían sentar en una sala de espera. Te ponían una pomada para no contraer enfermedades y, cuando llegaba tu turno, ya podías entrar con la prostituta.

Era monótono y frío, como una bestia salvaje. Estaba prohibido besar, solo se permitía hacer el acto. Ante todo esto dije: “Una vez y no más”». Bernal, por su parte, estaba enchufado en la zapatería. Consiguió ropa prestada y al llegar al burdel le tocó un número que le daba derecho a ser atendido por la chica más guapa, a la que todos llamaban la Gitana. Un *kapo* que también estaba esperando le ofreció comida si intercambiaban sus puestos, y Bernal aceptó sin dudarlo: «Al final entré y había una cama chiquita, justita para los dos. La chica que había era muy simpática, casi no la entendía, imagínate con mi alemán… ¡uuuy! Yo estaba muy nervioso y no conseguí hacer nada. Comenzabas a hablar con ella, que si cómo te llamas, cuantos años tienes… y claro, en alemán, y el tiempo se terminaba… Aquella chica me preguntó por la chaqueta y la ropa que llevaba; dijo que era muy bonita y bromeó diciendo que todos íbamos a verlas vestidos igual, que siempre era la misma ropa pero en diferentes hombres»[305].

El historiador alemán Robert Sommer sitúa esta obsesión por abrir prostíbulos en los campos en el contexto de la política general del Reich sobre este tema. Frente a un aparente interés por erradicar la prostitución de las calles, la Alemania de Hitler creó una enorme red de burdeles civiles y militares, controlados por el Estado, destinados a satisfacer los deseos de sus tropas[306]. Esta explicación sería insuficiente si no tenemos en cuenta las peculiares y enfermas mentes de los miembros de la cúpula nazi. Por mucha política general sobre la prostitución, por mucho interés en fomentar la productividad de los prisioneros… solo ellos eran capaces de ordenar la construcción de prostíbulos con vistas a las cámaras de gas y a las chimeneas del crematorio.

EL GRAN TABÚ DE LOS CAMPOS

La historia de los burdeles pone sobre la mesa un asunto de enorme gravedad y que apenas ha sido analizado. Un deportado español, que prefirió guardar el anonimato, lo resumió con claridad ante la periodista Montserrat Roig: «Allí los problemas sexuales eran muy duros y nadie ha querido ponerse nunca a estudiarlos. Hay que pensar que el más joven de nosotros había nacido en 1927 y tenía 13 años justos cuando entró en Mauthausen. Los más jóvenes habíamos conocido el combate pero no la vida». Junto a ese desconocimiento e inexperiencia, convivían dos factores más: la prolongada abstinencia sexual y la presencia de pederastas y violadores entre los presos comunes. Los supervivientes han preferido, generalmente, eludir este delicado tema. A la natural discreción y repugnancia generada por algunos de los hechos que les tocó vivir, se suma una visión tradicional que consideraba estos temas como un absoluto tabú. La abierta mentalidad de los republicanos españoles en temas políticos y sociales era mucho más avanzada que la de la mayor parte de las sociedades europeas y americanas. Sin embargo, en esos tiempos aún existían temas, como el de la

igualdad real entre sexos o la homosexualidad, sobre los que seguían pesando los largos siglos de educación y tradición conservadora.

Conforme a estas realidades, los españoles reaccionaron en dos sentidos. Por un lado, desarrollaron un espíritu de protección sobre los compatriotas de menor edad, y, por tanto, más apetecibles para quienes cometían estas prácticas. Y por otro generaron un rechazo frontal y absoluto al prisionero que cedía a las pretensiones sexuales de algún *kapo* a cambio de protección y comida. Testimonios como el de Alfonso Maeso apuntan en estas dos líneas: «Los “pochacas” siempre estuvieron bajo nuestra protección, procurando que en ningún momento quedaran a solas con aquellos desgraciados, los cuales no dudarían en abusar de los niños si tenían oportunidad. Los *kapos* sabían, sin embargo, que aquella raya no debían sobrepasarla. De haberlo hecho, les habríamos hecho pagar muy caras las consecuencias. La homosexualidad era practicada, sobre todo, entre *kapos* y presos checos, polacos y alemanes que se sometían a cambio de recibir pequeños privilegios, muchas veces por unos simples cigarrillos o una camisa nueva. Hubo dos españoles que, durante un tiempo, no ofrecieron resistencia ante los intentos de seducción de los *kapos*, actitud innecesaria que censuramos inmediatamente».

La protección de los más jóvenes que destaca Maeso resultó fundamental para los jóvenes republicanos, especialmente para los «pochacas». Algunos *kapos* eran conocidos como verdaderos depredadores de niños. Cristóbal Soriano describe un episodio que vivió en Gusen: «Llegó un convoy en el que venían unos chicos ucranianos muy jóvenes. Los SS sabían lo que ocurría en el campo, así que les metieron en una barraca aparte rodeada de alambradas, para evitar que fueran violados. Porque había *kapos* que, sin duda, lo habrían hecho».

Otros no tenían que recurrir a la violencia. Sabían que el hambre, el agotamiento y la amenaza de la muerte empujaría a algunos prisioneros a ceder a sus pretensiones. José Alcubierre fue uno de los que recibió todo tipo de proposiciones: «Había hombres que, faltando las mujeres tanto tiempo, hacían cualquier cosa. Más de uno me acosó. Pero nosotros, nada, nos alejábamos inmediatamente de ellos». Manuel Alfonso también reconoce que tuvo que permanecer muy alerta: «A cambio de un par de calcetines nuevos, me propusieron encerrarme con un *kapo* en su cuarto. Yo preferí seguir zurciendo los viejos». Eduardo Escot, poco después de su llegada al campo, empezó a recibir algo de embutido y margarina de un preso político alemán. Unos días más tarde, le dejó claro lo que tenía que hacer si quería seguir contando con el valioso suplemento alimenticio. Escot le rechazó y el triángulo rojo le dijo: «Cuando estés delgadillo vendrás a buscarme y entonces no te querré. No querré nada contigo». Escot pasó hambre y se quedó «delgadillo», pero no cedió a las pretensiones del alemán.

A quien nunca se atrevieron los *kapos* a acosar fue a Siegfried Meir. Este niño judío de solo diez años contaba a comienzos de 1945 con la protección del ya poderoso grupo de españoles. El problema surgió cuando un SS se encaprichó de él:

«Ocurrió varias veces. Era un nazi que se emborrachaba mucho y que supongo que era pedófilo. Un tío gordo y asqueroso que entraba en el campo y se ponía a gritar: “¿Dónde está el niño? ¿Dónde está el niño?”. En ese momento los españoles se coordinaban para protegerme y, enseguida, me escondían en un sitio seguro. Nunca permitieron que me encontrara».

Las historias más terribles relacionadas con este asunto son, sin duda, las que no conocemos. Quede como muestra la «no respuesta» que me dio un superviviente español cuando le pregunté si, alguna vez, había sido acosado en el campo: «Repítemelo otra vez, que no te he comprendido bien». Era la primera vez en toda la entrevista que se mostraba dubitativo a la hora de afrontar un tema. Pese a su muy avanzada edad, seguía conservando una mente privilegiada. Tras formularle la pregunta por segunda vez, con tono cansado, respondió: «La memoria no me va ahora. No recuerdo. Perdona pero no puedo contestarte». Era justo y necesario pasar a otro tema.

Informe empresarial.

Es la economía, estúpido

El adjetivo «fanático» es el que más se ha empleado en la historia para definir a Hitler y al amplio grupo de lugartenientes que dirigieron el destino de la Alemania nazi. Sin embargo, hay otro calificativo mucho menos utilizado que resulta igual de imprescindible para explicar su estrategia política y militar. Hitler y el resto de su camarilla eran grandes «hombres de negocios». En sus mentes pesaban más el dinero y las cuestiones económicas que su deseo de exterminar a los judíos. Su modelo de capitalismo fascista, pese a estar basado en una fuerte intervención estatal, resultó muy atractivo para los empresarios alemanes y también para importantes magnates extranjeros, principalmente estadounidenses. Hitler difícilmente habría podido embarcarse en una guerra de tamaña magnitud y plantearse algunos de sus objetivos genocidas si no hubiera estado apoyado por un amplio y fiel entramado empresarial. La complicidad de las empresas con el régimen nazi se produjo en cuatro direcciones diferentes. Por un lado, financiando directamente al NSDAP y garantizando su sostenibilidad económica. En segundo lugar, enriqueciéndose gracias al suministro de la tecnología y el material necesario para que Alemania invadiera Europa. Tercero, brindando los medios técnicos y los productos químicos con los que exterminar a millones de personas. Y, por último y no menos grave, explotando como trabajadores forzosos en sus industrias a prisioneros de los campos de concentración.

EL EMPORIO DE HIMMLER

El régimen nazi tuvo clara su estrategia económica desde el primer momento. El 29 de abril de 1938, año y medio antes de que comenzara oficialmente la guerra, las SS fundaron la empresa DEST (*Deutsche Erd Und Steinwerke*) y, unos días después, la DAW (*Deutsche Ausrüstungswerke*).

Himmler puso al frente de ellas al general Oswald Pöhl[307], uno de sus hombres de confianza y jefe de la Administración Central de las SS. Su misión se centraba en realizar cualquier negocio posible aprovechándose de la mano de obra esclava disponible en los campos de concentración. A estas alturas los únicos prisioneros eran los disidentes políticos y los delincuentes comunes alemanes y austriacos. Se trataba, por tanto, de una apuesta de futuro de los dirigentes nazis, que ya preveían el gran número de deportados con que podrían contar cuando comenzara la invasión de Europa.

El objetivo de Himmler era que las SS jugaran un papel predominante en la economía alemana, incluso en el escenario de paz que se abriría tras la guerra. La DEST y la DAW debían ser las herramientas para conseguir este fin. Las empresas del Reichsführer jugaban con una enorme ventaja sobre sus competidores privados ya que eran ellas mismas, a través de las SS, las únicas que podían controlar el flujo de trabajadores esclavos. Con este as sobre la mesa, la DEST comenzó sus trabajos abriendo una fábrica de ladrillos junto al campo de Buchenwald. A continuación se lanzó a por las canteras de Flossenbürg, Gusen y Mauthausen. Solo después de lograr que los dueños de estas firmaran su cesión a las SS, se ordenó la construcción de campos de concentración en sus proximidades para contar con la mano de obra necesaria.

En otras ocasiones, como ocurrió en Auschwitz, el proceso fue a la inversa. El campo se levantó allí atendiendo, exclusivamente, a razones políticas y demográficas, por lo que la DEST tuvo que buscar, *a posteriori*, la mejor forma de emplear a los prisioneros. Paralelamente la DAW comenzó a gestionar compañías en Dachau y Sachsenhausen, extendiéndose paulatinamente a cerca de 20 campos de concentración. Los SS que dirigían los recintos estaban perfectamente integrados en esta estructura financiera. Todos cobraban incentivos de las empresas de Himmler por rentabilizar al máximo el trabajo de los prisioneros. Franz Ziereis, comandante de Mauthausen, percibía 300 marcos mensuales de la DEST que se sumaban al sueldo que recibía del Estado alemán por ser miembro de las SS. Explotar hasta la muerte a los deportados no era, por tanto, un simple pasatiempo sino que también reportaba pingües beneficios a quienes servían en los campos.

Era más que evidente que el modelo económico diseñado por Hitler y Himmler no se podía sostener sin el concurso de centenares de miles de trabajadores forzados. Antes de comenzar la guerra, las SS llegaron a realizar redadas cuyo único objetivo era elevar la insuficiente cifra de prisioneros-esclavos. Más tarde, cuando se produjo la llegada masiva de soviéticos, polacos, checos, yugoslavos y españoles, se siguieron

produciendo «detenciones a la carta» entre la población civil para poder contar con trabajadores especializados. Según ha podido documentar el historiador Rudolf A. Haunschmied, agentes de las SS de la zona de Gusen y Mauthausen imputaron falsos delitos a obreros austriacos de alta cualificación. De esta manera pudieron internarlos en el campo de Gusen y aprovecharse de sus conocimientos y capacidades[308].

Historiadores como Ulrich Herbert coinciden en que, por encima de sus políticas de exterminio, las grandes decisiones del Reich siempre estuvieron presididas por otro objetivo: contar con suficiente mano de obra esclava. De hecho, Herbert afirma que la decisión de Hitler de aplicar la «solución final» para eliminar a todos los judíos, solo se produjo después de constatar que el altísimo número de prisioneros de guerra rusos y polacos permitiría cubrir el cupo necesario de trabajadores forzados. El historiador recuerda que en abril de 1944, en pleno periodo de exterminio, el Führer ordenó a Himmler trasladar a 100 000 judíos a las empresas de armamento. Herbert concluye, por tanto, que «*Hitler, Himmler y Albert Speer eran ideológicamente flexibles*» cuando se trataba de planificar la economía de guerra[309].

Precisamente fue Speer, tras ser nombrado ministro de Armamento, el que lideró el proceso para que el esfuerzo industrial de Alemania se volcara casi exclusivamente en la guerra. La fabricación de material para el ejército pasó a ser la prioridad absoluta. A ese objetivo se destinó también la mano de obra esclava y, por ello, la DEST siguió jugando un importante papel en esta nueva etapa. Las empresas de armamento, automoción, productos farmacéuticos y tecnología no podían contar con los jóvenes alemanes para trabajar en sus fábricas porque estos se encontraban en los frentes de batalla. Los prisioneros de los campos y los trabajadores forzosos se convirtieron en la mejor opción y también en la más barata.

Las centenares de grandes y pequeñas empresas que entraron en el juego pagaban diariamente a la DEST entre tres y diez marcos por cada prisionero, dependiendo de su nivel de especialización. Los burócratas de la empresa de las SS calcularon fríamente el rendimiento económico que podrían obtener de cada deportado. Estimaron que los reclusos sobrevivirían un máximo de nueve meses al ritmo de trabajo y a las condiciones a las que se veían sometidos. En ese tiempo generarían unos ingresos medios de 6 marcos al día y unos gastos en alimentación y vestuario de no más de 70 peniques. De esta forma, antes de morir asesinado o extenuado, cada esclavo permitiría a la empresa de las SS embolsarse unos 1431 marcos. El negocio de los campos era redondo. La DEST aportaría los trabajadores, las SS ofrecería la seguridad y las empresas aportarían el resto. En el reparto de papeles todos ganaban. Todos menos los deportados, que morirían a millares en las canteras y las fábricas controladas por el emporio de las SS y por las empresas privadas alemanas y norteamericanas.

EL EMPRESARIADO ALEMÁN

La lista de firmas alemanas que colaboraron y se beneficiaron de las políticas bélicas y genocidas del régimen nazi es interminable. Desde gigantes de la automoción hasta pequeñas empresas familiares e incluso particulares que utilizaron prisioneros de los campos de concentración para cultivar sus tierras o trabajar en sus granjas. Los industriales alemanes se subieron muy pronto al que consideraban que era el caballo ganador en la nueva Europa.

Heinrich Hoffmann, fotógrafo personal del Führer, fue testigo de la falta de recursos de Hitler cuando salió de la cárcel de Landsberg[310] en diciembre de 1924: «Una de sus más ardientes seguidoras, acaudalada miembro de una familia aristocrática y esposa de un altamente respetado hombre de negocios, alquiló una oficina personal para él y la decoró con muebles de su propiedad que guardaba en un almacén»[311]. Desde ese primer gesto, una corte de empresarios se fue sumando a la causa nazi. Uno de ellos, Fritz Thyssen, comenzó a ayudar al NSDAP en 1923 con una generosa donación de 100 000 marcos. Otro poderoso industrial, Alfried Krupp, justificaría ante el tribunal que le juzgó después de la guerra los motivos por los que la clase empresarial respaldó decididamente al Führer: «Nosotros necesitábamos ser dirigidos por una mano fuerte y dura. Y la de Hitler lo era. Nos sentíamos satisfechos de los años que pasamos bajo su mando».

El apoyo se multiplicó con el nombramiento de Hitler como canciller en enero de 1933. Un mes después, el 20 de febrero, Himmler y Göring se reunieron con un importante grupo de empresarios. Buscaban respaldo financiero para el Partido Nazi, que se encontraba en plena campaña electoral. Ese día, los dos lugartenientes de Hitler recaudaron tres millones de marcos. La empresa que se mostró más generosa fue IG Farben, que extendió un cheque por 400 000 marcos[312].

El consorcio empresarial IG Farben fue el que mejor exprimió todas las opciones de negocio que facilitaba el régimen nazi. Fabricó combustible y un tipo de caucho sintético llamado «Buna» para el Ejército alemán, suministró los productos químicos para la exterminación masiva de «enemigos» del Reich y se aprovechó del trabajo esclavo de miles de prisioneros de los campos. Tres empresas químicas y farmacéuticas constituían el corazón de IG Farben: Bayer, Basf y Hoechst.

En 1941 sus directivos pactaron con los máximos dirigentes de las SS abrir una gran planta junto al campo de concentración de Auschwitz. Para su construcción no se dudó en expropiar y destruir numerosas viviendas a sus propietarios polacos. El personal de la empresa se alojó en casas arrebatadas a la comunidad judía, que había sido expulsada de la ciudad. El responsable del proyecto, Otto Ambros, informó a sus colegas de la dirección de IG Farben sobre la marcha de los trabajos: «Nuestra nueva

relación de amistad con las SS es una bendición. Hemos establecido todas las medidas de integración de los campos de concentración en beneficio de nuestra empresa»[313].

En un principio los prisioneros eran llevados a la fábrica desde el campo central, situado a seis kilómetros de distancia. El tiempo que se perdía en los traslados llevó a los responsables de la compañía a organizar con las SS la construcción de un campo propio, anexo a la factoría. Así nació Auschwitz III-Monowitz, que llegó a alojar a más de 11 000 prisioneros, en su mayoría judíos. Durante su funcionamiento, sus directivos se preocuparon constantemente de que aquellos trabajadores enfermos o exhaustos fueran «retirados». El argumento con que justificaron estos «retiros» no dejaba lugar a dudas sobre la falta de escrúpulos que regía su estrategia empresarial: no habían invertido grandes cantidades de dinero en levantar barracas para albergar a prisioneros que no eran capaces de trabajar. A causa de ese comportamiento se calcula que unos 10 000 hombres y mujeres fueron «retirados» por los SS mediante la aplicación de inyecciones letales o en la cámara de gas[314].

Entre los supervivientes más conocidos de este campo se encontraba el escritor italiano Primo Levi, que dejó numerosos testimonios sobre las terribles condiciones de vida en la fábrica. Uno de sus poemas se lo dedicó precisamente a la Buna, el caucho sintético en cuya fabricación murieron tantos prisioneros: «Pies desgarrados y tierra maldecida; / la larga línea en la mañana gris. / La Buna humea a través de mil chimeneas. / Un día como cualquier otro nos aguarda. / Los silbatos terribles al amanecer: / “¡Eh!, ustedes, multitudes con rostros muertos; / en el monótono horror del barro, otro día de sufrimiento está naciendo”. / Cansado compañero, te veo en mi corazón. / Leo tus ojos, triste amigo. / En tu pecho cargas frío, hambre, nada. / Has roto lo que quedaba de coraje dentro tuyo. / Ser incoloro, tú eras un hombre fuerte. / Una mujer caminaba a tu lado. / Vacío compañero que ya no posee un nombre; / abandonado hombre que ya no puede llorar; / Tan pobre que ya no penas, / tan cansado que ya no temes; / Desgastado hombre que alguna vez fue fuerte. / Si volviéramos a encontrarnos, / allá arriba en el mundo, dulce más allá del sol, / ¿Con qué clase de cara podríamos mirarnos el uno al otro?»[315].

La responsabilidad del consorcio formado por Bayer, Basf y Hoechst no se limitó a su actuación en Auschwitz III-Monowitz. IG Farben fabricó y comercializó el Zyklon B, un pesticida elaborado a base de cianuro con el que los nazis exterminaron a millones de personas, especialmente judíos.

Los SS comenzaron a emplearlo para desinfectar de piojos y pulgas algunas dependencias de sus acuartelamientos y, sobre todo, las barracas de los prisioneros en los campos de concentración. Muy pronto se dieron cuenta de que el producto podía acabar con enemigos de mayor tamaño. El Zyklon B empezó a utilizarse experimentalmente en septiembre de 1941 en la cámara de gas de Auschwitz. Aunque no fue el único producto que emplearon los nazis en sus campos de exterminio, sí fue el que más utilizaron y, por tanto, en el que más dinero gastaron. IG Farben tenía la

patente del pesticida que fue fabricado y distribuido por las empresas Tesch und Stabenow (Testa) y Degesch, en la que el propio consorcio tenía una participación superior al 40% del accionariado. Resulta difícil conocer el dinero exacto que les reportó el uso de este producto para exterminar a millones de personas. Sin embargo, los estudios realizados sobre el tema concluyen que, por dramático y paradójico que parezca, esa cantidad fue casi despreciable. El historiador estadounidense Peter Hayes tomó como referencia los datos ofrecidos por las personas que participaron directamente en los gaseamientos para realizar un cálculo aproximado. Rudolf Höss, comandante de Auschwitz, afirmó que utilizaban entre cinco y siete kilos de Zyklon B para asesinar a 1500 personas. Esa cantidad, según su testimonio, se incrementaba en dos o tres kilos si hacía mucho frío o demasiada humedad. Según Hayes eso tuvo que suponer un consumo total de unas seis toneladas de pesticida con destino a los gaseamientos. Al precio que se cotizaba el producto en aquellos tiempos, debió de generar unos ingresos para Degesch y Testa de algo más de 30 000 marcos. Esta cifra suponía tan solo el 1% del total de las ventas que esas empresas realizaron durante el periodo 1942-1944. Hayes concluye su análisis señalando que las dos compañías perdieron en la misma etapa cerca de un millón de marcos como consecuencia de las sanciones internacionales y los daños producidos por la guerra. Definitivamente, se puede afirmar que para la empresa controlada por IG Farben, el exterminio de millones de personas en las cámaras de gas ni siquiera fue un buen negocio[316].

Si bien dos directivos de Testa fueron ejecutados por los británicos tras la guerra, el destino de los directivos de IG Farben fue bien diferente. Una veintena de ellos fueron juzgados junto a los magnates del armamento y el acero, Friedrich Flick y Albiert Krupp. La condena más severa fue de ocho años de reclusión, aunque en 1951 ninguno de los culpables permanecía en prisión. Casi todos volvieron a ocupar puestos claves en sus empresas o en otras compañías que colaboraron activamente con Estados Unidos en programas armamentísticos durante la Guerra Fría. La inmensa mayoría de los empresarios que ayudaron a Hitler y que se aprovecharon del trabajo esclavo de los prisioneros nunca fueron juzgados. Y ello a pesar del elevadísimo número de víctimas y al agravante de haber explotado también a miles de niños, especialmente, judíos y soviéticos.

Doce de las empresas que se beneficiaron del nazismo aceptaron en 1989 aportar dinero a un fondo para compensar a sus víctimas. Estas compañías llevaban décadas siendo señaladas con el dedo por los trabajadores esclavos que habían trabajado en ellas y por los medios de comunicación. Habían tenido que pasar más de 40 años para que, finalmente, dieran este paso. Fueron la aseguradora Allianz; las empresas químicas y farmacéuticas Basf, Hoechst y Bayer; los bancos Deutsche Bank y Dresdner Bank; las compañías automovilísticas BMW, DaimlerChrysler y Volkswagen; las empresas metalúrgicas Degussa y Krupp-Hoechst, y la tecnológica Siemens.

Tras medio siglo de negativas y silencios, estas multinacionales fueron abriendo sus archivos a los investigadores. Aún así, a día de hoy, siguen sin conocerse todos los detalles sobre el feliz matrimonio que formaron los empresarios alemanes con Hitler. Un reciente estudio publicado por el prestigioso semanario económico alemán *WirtschaftsWoche* ha recopilado algunos de los datos más significativos:

BASF, Bayer, Hoechst. Las tres conformaban la corporación IG Farben que utilizó en torno a 80 000 trabajadores forzados.

Audi empleó en su cadena de producción a 20 000 trabajadores forzados.

Daimler utilizó a gran escala trabajadores forzados para la fabricación de automóviles.

Bosch empleó a unos 20 0000 trabajadores forzados.

Volkswagen colocó en gran parte de su producción a trabajadores forzados.

Krupp (actualmente **Thyssenkrupp**). Los archivos de la compañía fueron investigados por el historiador Werner Abelshauser. Su informe se hizo público en 2002. Krupp tuvo la consideración de empresa modelo del nacionalsocialismo y empleó a más de 75 000 trabajadores forzados.

Deutsche Bank. El historiador Harold James analizó el periodo nazi en 1995. James tildó la actitud del banco en aquella época como «complaciente».

Lufthansa autorizó al historiador Lutz Budraß la realización de un estudio sobre su participación en la creación de la Luftwaffe. Los datos oficiales del estudio no se han publicado todavía. La pregunta permanece en el aire.

Bertelsmann encargó al historiador Saul Friedländer un estudio que fue presentado en 2002. El gigante de los medios de comunicación se aprovechó del régimen nazi de forma masiva.

Quandt (propietaria de BMW). Según la investigación llevada a cabo por el historiador Joachim Scholtyseck, Günther Quandt se enriqueció en el periodo comprendido entre 1933 y 1945. La empresa del magnate utilizó a 50 000 trabajadores esclavos.

Oetker abrió sus archivos en 2007 tras la muerte del patriarca, Rudolf August Oetker. El historiador Deren Erkenntnisse reveló que Rudolf A. había pertenecido a las Waffen-SS y colaborado activamente con el régimen nazi.

Adidas permitió a la Asociación para la Historia Empresarial explorar sus actividades durante el Tercer Reich.

Siemens hizo público su archivo histórico y se está llevando a cabo su estudio hoy en día[317].

Estas dos últimas firmas también se aprovecharon del trabajo forzado de miles de prisioneros.

ESCLAVOS ESPAÑOLES

El grueso de los republicanos que pasaron por los campos de concentración trabajó y murió a las órdenes de la DEST, la empresa propiedad de las SS. Las canteras de Mauthausen y Gusen, así como el molino de piedra ubicado junto a esta última, se cobraron el mayor número de vidas entre los españoles. El emporio dirigido por los hombres de Himmler también controlaba la mayor parte de los trabajos que los republicanos realizaron en subcampos como Schlier-Redl-Zipf, Bretstein o Vocklabrück. No obstante, hubo algunas empresas privadas alemanas y austriacas que, especialmente después de 1942, explotaron a los republicanos que quedaban con vida.

La mayor de ellas fue la Steyr-Daimler-Puch. A comienzos de 1941 su director, Georg Meindl, que era miembro del Partido Nazi y de las SS, empleó internos de Mauthausen para trabajos de construcción en su factoría de Steyr. Posteriormente, ya en 1942, negoció con los altos mandatarios del régimen la utilización de prisioneros en el proceso de fabricación de armamento y vehículos para el ejército. Fruto de esas conversaciones, Himmler aprobó la construcción de un subcampo, dependiente de Mauthausen, que dotase de operarios a la factoría. Medio millar de españoles se vieron obligados a trabajar en condiciones infrahumanas en Steyr. Un diez por ciento de ellos murió en el propio subcampo, asesinados violentamente o por una mortal combinación de hambre, agotamiento y frío. La empresa también gestionó factorías en los túneles de Ebensee y de Gusen, por las que pasaron un menor número de republicanos.

La otra gran compañía armamentística que se aprovechó de los trabajadores de Mauthausen fue Messerschmit, que instaló una de sus mayores plantas en los túneles de Bergkristall, cerca de Gusen. Fueron pocos los españoles que trabajaron en ella fabricando fuselajes y otras piezas para diversos modelos de aviones de combate. Sin embargo, como ocurrió con la factoría de la Steyr-Daimler-Puch de Ebensee, decenas de republicanos perecieron junto a miles de soviéticos, polacos, judíos y checos en la perforación de las galerías subterráneas en que se albergaron sus fábricas.

Las prisioneras españolas deportadas a Ravensbrück trabajaron en diversas empresas que fabricaban armamento y piezas para vehículos y aviones del Ejército alemán. La más conocida de ellas fue Siemens & Halske, que en 1942 construyó una fábrica junto al campo para la producción de componentes electrónicos destinados a los misiles V1 y V2. En un principio las mujeres seguían durmiendo en Ravensbrück y se desplazaban cada día hasta la fábrica. A finales de 1944, para ahorrar tiempo, Siemens construyó unos barracones en la propia factoría en los que alojó a sus trabajadoras forzosas. Las condiciones de vida eran igual de duras que en el campo central y los capataces se encargaban de que las mujeres débiles y enfermas fueran

devueltas a Ravensbrück donde, generalmente, acababan siendo ejecutadas.

Junto a estas grandes compañías, hubo también pequeñas empresas que se aprovecharon del trabajo esclavo de los prisioneros. En Mauthausen destacó, por encima del resto, la empresa local de materiales de construcción Poschacher. Su dueño, Anton Poschacher, pagó a la DEST para tener a su disposición un grupo de reclusos. En total, en su cantera de Heinrichsbrunn, trabajaron 42 jóvenes españoles. La historiadora Martha Gammer explica la importancia que esta empresa tiene en la historia de la deportación española: «El llamado *kommando* Poschacher tiene dos caras. Quienes trabajaron allí destacan el hecho de que no se les maltrató. Comparan sus condiciones de vida con las que sufrían en otros grupos de trabajo de Mauthausen y concluyen que tuvieron suerte de formar parte de él. Sin embargo, no debemos olvidar que la compañía Poschacher hizo una mala utilización de estos españoles que, además, eran muy jóvenes. Fue un mal uso de chavales que tenían menos de 18 años». La empresa sacó un gran beneficio del empleo de estos jóvenes, por los que pagaba a la DEST menos del 50% del salario que habría cobrado un trabajador austriaco. Tras la guerra, sus responsables no fueron perseguidos. La empresa no solo consiguió mantener sus posesiones, sino que las amplió y hoy en día es la propietaria de la mayor parte de los terrenos en los que murieron 120 000 prisioneros de Mauthausen, entre ellos, 5000 españoles.

CÓMPLICES ESTADOUNIDENSES

Historiadores y economistas coinciden en que a Hitler le habría resultado imposible lanzarse a la conquista de Europa sin el apoyo de cuatro grandes multinacionales estadounidenses: Standard Oil, General Motors, Ford e IBM. La Alemania nazi, a la que medio mundo veía como una gran amenaza, era a ojos de un grupo de empresarios norteamericanos una enorme oportunidad de negocio. Hitler era para ellos la mejor opción política en un continente deprimido por una profunda crisis económica y «amenazada» por el auge de los movimientos obreros. Si a ello sumamos el antisemitismo que profesaban algunos de estos industriales, encontramos la explicación a la ola de simpatía hacia el Partido Nazi que recorría los despachos de los grandes grupos empresariales de Nueva York o Detroit a finales de los años 30. El propio presidente Franklin D. Roosevelt denunció públicamente, en noviembre de 1941, la hipocresía de estos personajes: «El rendimiento total de nuestra vasta máquina industrial no debe verse obstaculizado por el proceder egoísta de un grupo pequeño, pero peligroso, de directivos industriales que quiere obtener beneficios adicionales y prosigue con sus negocios como si no estuviera pasando nada».

Una de las empresas a las que señalaba el presidente de Estados Unidos era General Motors (GM). El gigante de la automoción, a través de su filial Opel, se encontraba en una posición privilegiada en el mercado alemán. Su director ejecutivo

para el mercado exterior, James Mooney, cuidó especialmente sus relaciones con la cúpula nazi. Ello le sirvió para que sus fábricas en Brandenburg y otras ciudades alemanas fabricaran miles de camiones militares. Su modelo bautizado con el nombre de Blitz, Relámpago, sirvió a Hitler para entrar con sus tropas en Austria. La admiración del Führer por la tecnología de Opel y su agradecimiento por contar con su colaboración le llevó a conceder a Mooney la Gran Cruz de la Orden del Águila Alemana.

Mooney no actuó por su cuenta y riesgo, sino que cumplía órdenes del presidente de la compañía, Alfred P. Sloan. Este magnate, nacido en Connecticut, odiaba la política de ayudas sociales e intervencionismo estatal que había impuesto el presidente Roosevelt para hacer frente a la gran depresión que sufría Estados Unidos. El modelo de hacer negocios de Sloan se identificaba mucho más con el que Hitler había implantado en Alemania y que pasaba, entre otras cosas, por eliminar a los sindicatos obreros. La ideología xenófoba del presidente de GM no había pasado desapercibida para los grupos judíos, que le acusaban de estar detrás de movimientos antisemitas y del mismísimo Ku Klux Klan. Esta sintonía ideológica y económica con el Führer permitió a Opel multiplicar sus beneficios y alcanzar una valoración, a finales de los años 30, de 86,7 millones de dólares; el equivalente en nuestros días a 1,1 billones de dólares.

Las críticas que le llovieron en Estados Unidos por su complicidad con el Reich llevaron a GM a enmascarar el control que seguía ejerciendo sobre su filial alemana. Sloan no quiso tampoco desaprovechar las oportunidades de negocio que la guerra le abría en Estados Unidos y, por ello, se comportó como un «perfecto» patriota desvinculándose de la estrategia colaboracionista de Opel. La realidad, sin embargo, era bien diferente. Mientras en Washington ayudaba a Roosevelt a ganar la guerra, en Alemania seguía fabricando vehículos para la Wehrmacht, piezas para los aviones de la Lutwaffe, minas terrestres y otros tipos de armamento. En el proceso de producción, no dudó en servirse de trabajadores forzosos procedentes de Europa del Este y de judíos[318].

Ya fuera por puro azar o por otras razones, la principal fábrica de Opel en Alemania, situada en Brandenburg, solo resultó atacada por los aviones norteamericanos en los momentos finales de la guerra. Años después, General Motors consiguió que el Gobierno de Estados Unidos le indemnizara con 33 millones de dólares por los daños sufridos en sus industrias como consecuencia de los bombardeos aliados.

La trayectoria de Ford, su principal competidor en el mundo de la automoción, tuvo muchos paralelismos. El fundador de la compañía, Henry Ford, era ya conocido a finales de los años 20 por su profundo antisemitismo. Se puede decir incluso que Hitler le tomó, al menos en parte, como modelo ideológico y empresarial para articular su programa político. Antes de su llegada al poder, el futuro Führer tenía un

retrato de Ford presidiendo su despacho de Múnich. En 1931, un diario de Detroit le preguntó por esa admiración y Hitler respondió con absoluta claridad: «Considero a Henry Ford como mi inspiración». Ese amor era mutuo y permitió que la empresa automovilística estadounidense se convirtiera en el segundo productor de camiones para el Ejército alemán, superado únicamente por Opel-General Motors. Henry Ford también fue distinguido por Hitler con la Gran Cruz de la Orden del Águila Alemana en 1938.

Tras la invasión de Francia, la empresa estadounidense continuó trabajando para el Reich y se negó a fabricar motores para los aviones de la Royal Air Force británica. Cuando Estados Unidos entró en la guerra, Ford teóricamente dejó de administrar sus plantas en Alemania y en países ocupados como Francia. Todas sus filiales europeas pasaron a operar, supuestamente, bajo el control directo de las autoridades nazis. Sin embargo, existen numerosas pruebas de que sus hilos seguían siendo manejados directamente desde Detroit. Edsel Ford, el hijo del magnate y presidente de la compañía, escribió una carta en 1942 a sus directivos en la Francia ocupada. En ella se congratulaba porque los periódicos norteamericanos, que informaban sobre el bombardeo de una de sus fábricas en territorio galo, «afortunadamente no hacen referencia alguna a la Ford Motor Company». Edsel animaba a su principal directivo en Francia a «continuar realizando el gran trabajo que estás haciendo»[319]. Ford fabricaba en esos momentos miles de vehículos para el Ejército alemán en sus factorías francesas. Lo mismo hacía su filial alemana, Ford Werke, que utilizaba trabajadores esclavos procedentes del campo de concentración de Buchenwald. Documentos citados por *The Washington Post* demuestran que, tras la finalización del conflicto, la Ford recibió al menos 60 000 dólares de su filial alemana en concepto de beneficios obtenidos durante el periodo 1940-1943[320].

Hitler también contó con el respaldo de la empresa petrolífera más importante de Estados Unidos. Si Ford y Opel-General Motors le aportaron buena parte de los vehículos que utilizó para iniciar la guerra, la Standard Oil le proporcionó el combustible y el caucho necesario para emprender una operación de tamaña magnitud. El Gobierno nazi, consciente de que las importaciones de petróleo se reducirían con el estallido de la guerra, decidió fabricar combustible sintético. El complejo proceso de elaboración no habría sido posible sin la alianza entre el consorcio alemán IG Farben y la Standard Oil norteamericana. La alianza también trabajó en la producción de la Buna, el caucho sintético con que se fabricarían los millones de neumáticos que requería la Wehrmacht. Esta colaboración se mantuvo durante la guerra y resultó decisiva, según reconocía en sus informes internos la dirección de IG Farben: «El acuerdo con Standard fue necesario por razones técnicas, comerciales y financieras. Técnicamente porque la especializada experiencia, de la cual solo disponía una gran compañía petrolífera, era necesaria para el completo desarrollo de nuestro proceso. Y no había ninguna empresa así en Alemania»[321]. Los buques cisterna de la Standard suministraron combustible a barcos alemanes en

Tenerife y otros puertos de la España franquista. En Estados Unidos, la complicidad de la Standard con el enemigo nazi provocó la apertura de investigaciones oficiales del Congreso, que calificaron su actuación como «traición» a su país fruto de una «conspiración prolongada».

Hitler se apoyó en otra multinacional estadounidense para sistematizar sus planes de exterminio y organizar la explotación de los millones de trabajadores esclavos con que contaba en los campos de concentración. La empresa tecnológica estadounidense IBM, presidida por Thomas J. Watson, encontró en el Tercer Reich uno de sus mejores clientes. Su filial alemana, Deutsche Hollerith Maschinen Gesellschaft (Dehomag), obtuvo la certificación de empresa modelo del Frente Obrero Alemán, y Watson se sumó a Ford y Mooney en la selecta Orden del Águila Alemana. Su mérito fue dotar al régimen nazi de sus aún primitivos pero eficaces sistemas informáticos. Sus máquinas, que funcionaban con tarjetas perforadas, precursoras de los ordenadores, resultaron de enorme utilidad para el Gobierno de Hitler. Por un lado se destinaron al control de la economía que, por primera vez, podía ser monitorizada en toda su amplitud y casi en tiempo real. Y, por otra parte, el sistema de datos le permitió establecer un exhaustivo censo de su población en 1939, con el que identificó a los judíos que vivían en Alemania y en los recién anexionados territorios de Austria y los Sudetes.

Himmler fue consciente de las posibilidades que le ofrecía la tecnología de IBM para organizar, distribuir, explotar y eliminar a los millones de judíos y prisioneros de guerra que cayeron en sus manos durante la guerra. Técnicos de las filiales de la multinacional estadounidense trabajaron codo con codo con los altos cargos de las SS para sistematizar toda la información. Se realizaron censos de la comunidad judía que servirían para identificar y eliminar con mayor facilidad a sus miembros. En la mayoría de los campos de concentración se abrió un «departamento Hollerith» en el que se realizaban fichas de cada deportado, incluyendo su profesión y su raza o religión. Los documentos eran enviados después a Berlín para que los datos fueran volcados en tarjetas perforadas. El sistema permitía determinar con rapidez y facilidad qué prisioneros podían resultar útiles y quiénes debían ser destinados a la cámara de gas.

Aunque Watson devolvió la Gran Cruz de la Orden del Águila Alemana durante la guerra y negó sus vinculaciones con el trabajo que desarrollaban sus filiales europeas, los investigadores han encontrado una montaña de pruebas en su contra. Entre las más relevantes figura un documento donde el presidente de IBM aprobaba personalmente la utilización de sus máquinas para organizar la deportación de los judíos polacos. Igualmente significativa es la carta que la compañía envió a su filial en Ámsterdam, en junio de 1941. En ella se constata que la matriz estadounidense no solo conocía, sino que supervisaba, los trabajos dirigidos a identificar a los judíos holandeses para su exterminación[322]. Los expedientes de los más de 9000

deportados españoles también guardan en su interior una prueba de la complicidad de IBM en su cautiverio. En sus fichas de prisioneros, donde los SS consignaban sus datos, se puede ver un sello impreso con tinta oscura con las palabras «Hollerith-Erfasst», «Hollerith-Censado».

El periodista y experto investigador en la historia de IBM, Edwin Black, resume lo ocurrido durante los años del nazismo en esta multinacional. Sus conclusiones se pueden extrapolar al resto de las empresas estadounidenses y europeas que ayudaron a Hitler: «IBM y Thomas J. Watson cometieron genocidio desde todo punto de vista. Nunca fue por el antisemitismo. Nunca fue por el nacionalsocialismo. Siempre fue por el dinero. El negocio era su segundo nombre».

9

El hundimiento (1945)

> «La rendición es imposible. Ningún prisionero debe caer con vida en manos del enemigo».
>
> HEINRICH HIMMLER
> Comandante en jefe de las SS

La inminente derrota no detuvo los planes de exterminio del Reich. Hasta el último minuto de su existencia el régimen nazi continuó asesinando. En los inicios de 1945 los avances aliado y soviético eran ya imparables, pero Hitler continuaba alimentando las esperanzas de sus últimos fieles. El Führer estaba convencido de que alguna de las armas definitivas desarrolladas por los ingenieros alemanes le permitiría cambiar el curso de la guerra.

Por eso siguió actuando con «normalidad» y se limitó a adaptar a la difícil coyuntura tanto «la solución final al problema judío» como el resto de su estrategia concentracionaria. Dos fueron las decisiones que puso encima de la mesa. La primera fue evacuar los campos para evitar su liberación y, de paso, seguir contando con mano de obra esclava en el territorio que aún permanecía bajo su control. La segunda estaba reservada para el caso de que, a pesar de todo, llegara la derrota final: en ese momento todos los prisioneros tendrían que ser eliminados.

Las evacuaciones de los campos comenzaron ya en los últimos meses de 1944. Sin embargo, fue la llegada del nuevo año la que marcó el gran éxodo forzoso de prisioneros en las marchas de la muerte. Los supervivientes de Auschwitz y del resto de los campos polacos, en los que se había exterminado a más de tres millones de judíos, fueron los primeros en ser evacuados. Después les seguirían los de Stutthof, Ravensbrück, Buchenwald, Dachau, Sachsenhausen… Antes de la partida, los deportados más débiles eran eliminados en el acto o abandonados a su suerte sin agua ni comida. Los demás tenían que recorrer enormes distancias a pie. Quienes no podían mantener el ritmo de la marcha, eran ejecutados de un disparo en la cabeza. El frío, con temperaturas de 20 grados bajo cero, el agotamiento y el hambre hicieron el resto del trabajo.

Joan Mestres participó, muy a su pesar, en la marcha de la muerte que partió

desde el campo de concentración de Sachsenhausen: «Fuimos evacuados entre el 20 y el 22 de abril del 45. Los grupos eran de unos 500 prisioneros y teníamos, cada seis metros, un SS con un perro. Delante y detrás de cada grupo iban los oficiales. El preso que no podía más, que ya no podía caminar, tenía que hacerse a un lado y el SS de turno estaba obligado a matarlo. Si este no se atrevía, debía hacerlo el que iba detrás de él y así hasta llegar al último. Si el último tampoco mataba al preso, entonces el oficial asesinaba al SS y al preso. Después de una media de 30 kilómetros diarios, nos hacían descansar en el bosque. Nos reuníamos siempre los supervivientes de dos grupos y, como las bajas eran tantas, al día siguiente formábamos solo uno. Por la noche nos rodeaban en el bosque con ametralladoras y perros. No nos podíamos levantar ni para hacer nuestras necesidades. Al día siguiente mataban delante nuestro al que no podía continuar. Una noche metieron a un grupo de los nuestros en una granja y, mientras dormíamos, la incendiaron. A los que querían huir por las ventanas para no morir quemados, los ametrallaban. Pasábamos por pueblos muy pequeños. Los que todavía aguantábamos sosteníamos a los que no podían andar. Al pasar por delante de alguna casa con la puerta abierta, los empujábamos adentro pero los (civiles) alemanes les denunciaban a los SS»[323]. Mestres logró aprovechar un descuido de sus guardianes para huir junto a otros dos españoles y dos franceses. Los cinco permanecieron escondidos hasta que, días después, llegaron a la zona controlada por las tropas aliadas.

Quienes no pudieron fugarse de esta marcha acabaron subidos a trenes de carga para finalizar su recorrido. Sin agua ni comida, algunos prisioneros practicaron el canibalismo. La deportada francesa Irène Gaucher contempló cómo antes de que un hombre muriera, sus compañeros se ponían de acuerdo sobre qué partes de su cuerpo se comería cada uno[324].

La cifra total de víctimas en la marcha de la que huyó Mestres no ha podido ser debidamente documentada. No obstante, el comandante de Sachsenhausen, el *standartenführer* Anton Kaindl, declaró ante el tribunal soviético que le juzgó tras la guerra que fueron al menos 7000 los hombres asesinados. En el resto de las marchas los datos son igual de aterradores. De los 60 000 evacuados de Auschwitz murieron más de 15 000; de los 50 000 prisioneros que salieron de Stutthof pereció la mitad.

Franz Ziereis, comandante de Mauthausen, confesó antes de morir un dato muy revelador: «Recibí la siguiente orden de Himmler: “Todos los judíos de las localidades del sureste que trabajaban en los llamados comandos de fortificación, debían ser enviados a pie hacia Mauthausen”. Como consecuencia de esa orden esperábamos recibir a 60 000 judíos, pero solo una pequeña parte de ellos llegó. Recuerdo que de un convoy de 4500 judíos que comenzaron su marcha en alguna parte del país, solo llegaron a Mauthausen 180. Las mujeres y los niños no llevaban zapatos ni ropas y estaban muy verminosos. En ese convoy, familias al completo habían comenzado el viaje juntas, pero un inmenso número había muerto en el camino por el frío, debilidad…»[325]. Algunos estudios estiman que la mortalidad

media en todas las marchas fue superior al sesenta por ciento.

Los supervivientes que no lograron huir ni ser liberados en el camino por los soldados aliados o soviéticos fueron escoltados por los SS hacia el interior de Alemania. Mauthausen se encontraba igual de distante de las tropas rusas, que avanzaban desde el este, que de las norteamericanas, que lo hacían desde el oeste. Por esa razón, muy pronto empezó a recibir los primeros convoyes procedentes de Auschwitz.

LA HISTORIA DE SIEGFRIED MEIR

En ese gélido enero de 1945, un niño rubio de diez años de edad llegó al campo de Mauthausen. Las últimas horas de su largo trayecto desde Auschwitz las pasó inconsciente, probablemente llevado en brazos por algún hombre o alguna mujer que se apiadó de él. Su nombre era Siegfried Meir. Miembro de una familia judía muy religiosa que residía en la ciudad alemana de Fráncfort, Siegfried nació en 1934, un año antes de que el régimen nazi aprobara las Leyes de Núremberg que marcaban las pautas para garantizar la pureza de la raza aria. Creció sin poder jugar en un parque público ni acudir a la escuela con el resto de los niños alemanes. El origen rumano de su padre hizo que su familia fuera una de las últimas en ser deportadas a los campos de exterminio.

«Fuimos de los últimos judíos de Fráncfort en ser deportados. Por esa razón, el convoy en el que llegamos a Auschwitz era muy pequeño y eso me salvó. Generalmente, cuando bajabas del tren se seleccionaba a los ancianos, los enfermos y los niños y se les enviaba directamente a la cámara de gas. Pero cuando llegamos nosotros, solo nos dividieron en hombres y mujeres. Mi padre fue al campo masculino, donde murió. Yo fui en los brazos de mi madre a la sección de las mujeres. Cuando entramos en la sala en la que nos teníamos que desvestir para que nos afeitaran todos los pelos, los prisioneros que trabajaban allí le dijeron a mi madre: “Tienes que esconder al niño porque no es normal que haya llegado hasta aquí. Cuando lo descubran te lo van a quitar y te lo van a matar”. Imaginad lo que debió de sentir y pensar una madre como la mía, que no sabía ni dónde estaba. Ella no entendía nada pero escuchó el consejo. Cuando llegamos a la barraca y supo que durante el día tendría que marcharse a trabajar, me dijo: “Tienes que esconderte mientras yo esté fuera”. Y así lo hice. En esas literas de cuatro pisos en las que había sitio para varias personas, yo me ponía al fondo del todo y nadie podía verme».

Cuando las prisioneras regresaban del trabajo, Siegfried reaparecía de entre las sombras: «Aquello duró poco, solo dos meses, porque mi madre cogió el tifus y murió. Las mujeres que se encargaban de la barraca, que eran buenas chicas, me dijeron que ya no podían esconderme más porque era un gran riesgo para ellas. “Tienes que salir al recuento”, me dijeron. Recuerdo que yo tenía miedo, mucho

miedo a salir. Pensaba: “¿Qué me va a pasar? Me van a coger y me van a matar, tal y como dijo mi madre”. No tenía opciones, así que salí. Como estaba en el campo femenino, las guardianas eran mujeres de las SS. Una de ellas me miró y me preguntó: “¿Qué haces tú aquí?”. Y yo le conté la verdad. Le dije que había permanecido escondido pero que, ahora, mi madre había muerto. Ella me miró, me acarició el pelo y me dijo: “Ya que estás aquí, quédate”. Creo que me salvó el hecho de llamarme Siegfried, hablar perfectamente alemán y mi físico: ojos azules y pelo rubio. Creo que fue por eso, aunque nada de lo que pasó tiene sentido».

Poco después, Siegfried también contrajo el tifus, sin embargo, quizá por el mismo motivo que antes, los médicos SS salvaron su vida: «Cuando me curé, me trasladaron al campo de los hombres y allí también era el único niño. Había chicos más grandes, de 15 o 16 años, pero no había nadie tan joven como yo. Allí tuve una gran admiración por los rusos, porque no tenían miedo, eran agresivos con los nazis. Recuerdo que era obligatorio bajar la cabeza cuando pasaban los SS, pero ellos no lo hacían. Tampoco podías mirarles a los ojos, pero los rusos les miraban. Incluso en uno de los recuentos, cuando un nazi quiso forzar a uno de los rusos para que bajara la cabeza, este se lanzó sobre él para estrangularle. Otro alemán sacó una pistola y le mató. A mí me encantaba ese valor, esa rebeldía. Me gustaba esa forma de ser mucho más que la de los judíos, que hacían todo lo que les decían. Con los rusos aprendí muchas cosas. Había presos que robaban alguna joya en la sala donde se desvestían los recién llegados. Más tarde se las daban a los rusos y estos se las cambiaban por comida o por vodka a los polacos que estaban al otro lado de la alambrada. Yo estaba metido en esa organización. Incluso algunos nazis, cuando querían echar un trago, me llamaban y me pedían que les consiguiera vodka. Yo lo vivía todo como un niño que no es consciente realmente de lo que ocurre a su alrededor. Los niños en las guerras juegan con las balas que se encuentran en el suelo. Yo era así… sabía que corría un riesgo, pero nada más. Me cuidaba de no meterme en líos, de alejarme de los pasos de un nazi que estaba borracho y que podía sacar la pistola por puro placer… Hacía todas estas cosas y me sentía a salvo».

Pese a esta inconsciente sensación de falsa seguridad, Siegfried conocía lo que pasaba en el edificio de las chimeneas: «Claro que lo sabíamos. Los propios alemanes te decían lo que ocurría allí. Y los otros prisioneros. Cuando llegaba un convoy con 2000 personas y tan solo entraban al campo unos 50, entonces preguntaban: “¿Dónde está la gente que iba con nosotros en el tren?”. Los más antiguos del campo les respondían: “¿Tú ves la chimenea? ¿Y ves el fuego y el humo que salen de ella? Pues ahí es donde están tus amigos. Y por ahí vas a pasar tú también”. No había absolutamente ninguna piedad, todo era muy cruel. La gente vivía en la crueldad y no tenían ningún pudor en explicarte las cosas. Sabíamos que la finalidad de todos nosotros era morir».

Siegfried volvió a pasar mucho miedo, tanto o más que después de la muerte de su madre, en los últimos momentos de la historia de Auschwitz: «Me asusté mucho la

noche que liquidaron el campo de los gitanos. Los gitanos vivían todos en familia, en un recinto situado junto al nuestro. Podíamos ver todo lo que pasaba allí a través de la alambrada. Y una noche los SS decidieron liquidarlos. Fue muy fuerte porque ellos sabían que querían cogerlos para matarlos. Así que trataban de escaparse por los tejados y les disparaban, les tiraban a matar como si fueran cerdos. Les liquidaron a todos esa noche y yo pasé miedo porque pensaba que después irían a por nosotros. Esa idea de que nos iban a exterminar corría de boca en boca esos días. Ya habían desmontado los hornos del crematorio y no querían dejar testigos. Eso es lo que se decía entre los prisioneros. Sin embargo, lo que hicieron fue evacuarnos. Y ahí volví a sentir pánico. Nos dieron una manta y un pan que no era pan, y nos metieron en un tren. Era el mes de enero, todo estaba nevado y el vagón no tenía techo. Yo tenía mucho frío y me encontraba mal. Además estaba solo porque los rusos no iban en el mismo convoy. Pensé que era el final y que me iba a morir. Estaba decidido a dejarme ir. Después el convoy fue atacado por partisanos, no sé si yugoslavos o checos. Lo cierto es que fue atacado y tuvimos que bajar del tren. Los más fuertes se escaparon y los más débiles nos quedamos para empezar una marcha a pie. Y es ahí donde tengo un agujero negro. No sé lo que pasó, pero con toda seguridad me desvanecí. La única forma en que pude llegar a Mauthausen fue en los brazos de alguien, no lo sé. Casi todos los que llegaron conmigo fueron asesinados, así que nunca pude preguntarles qué es lo que había ocurrido. Nunca pude saber quién me ayudó y nunca pude agradecérselo».

Cuando recuperó la conciencia, Siegfried volvía a estar solo, en un campo de concentración diferente y rodeado de desconocidos: «Al despertar me sentía recuperado, con nuevas fuerzas. Me metieron en la sala en que te cortaban el pelo, pero yo en Auschwitz siempre lo había conservado. Nunca me lo cortaron, no me pregunten por qué, porque no lo sé. Cuando me tocó el turno, empecé a gritar y a dar patadas. Le decía al barbero: “Nadie me ha cortado el pelo y tú no vas a ser el primer imbécil que lo va a hacer”. Yo gritaba en alemán, claro, y el hombre estaba asustado. Trataban de sujetarme y yo no paraba de resistirme. Ya no tenía miedo a morir porque había escapado tantas veces a la muerte que todo me daba igual. El escándalo que monté atrajo a uno de los comandantes del campo. El capitán Bachmayer me preguntó lo que ocurría. Yo le dije: “Este tonto quiere cortarme el pelo y nadie me lo ha cortado nunca. ¿Por qué va a ser ahora?”. El nazi me dijo que me acercara y me preguntó qué hacía allí. Yo le conté toda mi historia, lo de Auschwitz, la muerte de mis padres… Y, cuando se lo conté, yo sentí que de alguna manera se emocionó. Probablemente fuera por lo de siempre, porque yo hablaba alemán y era rubio. O quizá porque pensaba que como los americanos iban a llegar, pues así se redimía un poco de su crueldad. No sé por qué lo hizo, pero me dijo: “Tranquilízate, no te vamos a cortar el pelo y te voy a confiar a la barraca de los españoles”. Yo no sabía que era la barraca de los españoles porque en Auschwitz no había españoles[326]. Yo pensaba que era una especie de treta para engañarme o algo así y que me mandarían a la

cámara de gas. El hecho es que me llevó a la barraca y me presentó a Navazo[327]. Le dijo: “Mira, este chico es ahora tu responsabilidad y te tienes que ocupar de él. No quiero que le pase nada y si le ocurriera algo será tu responsabilidad”. Y pasó una cosa muy curiosa, cada vez que lo recuerdo me emociono mucho. Nos miramos y en la mirada de Navazo vi una de las cosas más maravillosas de mi vida…».

Por primera vez en su largo relato, Siegfried Meir tiene que tomarse un respiro. Sus ojos azules se tornan vidriosos mientras recuerda ese momento en el que cambió nuevamente su vida: «Navazo me sonrió y nos lo dijimos todo con la mirada. Yo no hablaba español y él apenas sabía alemán pero nos entendimos. La forma en que me envolvió, cogió mi espalda y me llevó con él… me dieron mucha confianza. A partir de ese momento no me despegué de su lado. Navazo se ocupaba de la barraca y de organizar los partidos de fútbol. Tenía un poco más de libertad que los demás. También trabajaba pelando patatas y yo le ayudaba. Cuando podíamos, robábamos algunas de ellas y luego las repartíamos con los demás.

Y así fue como conocí a los españoles de Mauthausen y simpaticé con ellos. Todos eran compañeros de fatigas, habían trabajado muy duro y sufrido mucho. Habían perdido a muchísimos compañeros por el camino pero en ese momento estaban mejor. Y yo era como una especie de fetiche para ellos. Era el único niño que había en el campo. Me hicieron un uniforme a la medida que parecía de bombero. Tenía un estatus que me permitía vagar por el campo y salir de él. Entonces aprovechaba para ir a la cocina de los SS y robar comida. Y el resto del tiempo lo pasaba junto a Navazo. Poco a poco fui aprendiendo español, ya por entonces sabía los cuatro idiomas que hablaban los prisioneros de Auschwitz, y nos comunicábamos mejor. Le acompañaba a los partidos, llevaba sus botas, le daba masajes y él se portaba como un padre conmigo. Por eso, meses más tarde, cuando llegó la liberación, le pedí que me llevara con él. Le pedí que fuera mi padre de verdad».

LA LLEGADA DE LAS MARCHAS DE LA MUERTE

Siegfried fue, como él mismo dice, un niño con suerte. Primero por sobrevivir a la marcha de la muerte y después por no ser aniquilado en Mauthausen, como lo fueron buena parte de los judíos que lograron llegar con vida. Ese mismo mes de enero, otros 2500 prisioneros trasladados también desde Auschwitz fueron rociados con agua helada en medio de la *appelplatz*. Los que no perecieron en el acto tuvieron que caminar hasta Gusen para ser exterminados. Ese tipo de bienvenida fue más que habitual en esos meses de 1945. Se recibía a los hambrientos y agotados recién llegados con duchas de agua fría y se les forzaba a permanecer formados durante horas. Los SS culminaban su trabajo apaleando sin piedad a los pocos hombres, mujeres y niños que quedaban con vida. Los supervivientes de algunos transportes iban directamente a la cámara de gas o eran ejecutados por otros medios.

Hubo deportados que fueron obligados a colaborar en estas matanzas. Joan Pagés se negó a hacerlo: «Eran unos 3000 prisioneros que venían de Auschwitz. Al llegar al campo empezaron a separar a los que se tenían todavía en pie de los que debían entrar ayudados por sus compañeros. Los tuvieron, desde primeras horas de la mañana hasta la noche, completamente desnudos en la antigua plaza de formación, bajo una temperatura glacial. Luego los SS nos dieron la orden a los barberos de que no permitiésemos salir de las duchas a los que quedaban con vida. Esto significaba que les iban a aplicar duchas de agua helada de larga duración. Los barberos nos negamos a ello rotundamente. Y entonces los SS hicieron bajar a otros presos más dóciles para que no dejasen que los evacuados se guareciesen en el espacio que quedaba entre la ducha y la pared y evitasen así el frío del agua. Los barberos escapamos de la ducha aunque sabíamos que con nuestra negativa nos jugábamos la vida. Pudimos ver que a los evacuados les aplicaban duchas de agua helada de 20, 25, 30 minutos de duración y que acto seguido eran enviados fuera, a la parte trasera del edificio, entre la ducha y la alambrada eléctrica. Formaban una piña compacta y hacían la rueda, los que estaban en el interior pasaban al exterior y al revés. Cuando se dieron cuenta, los SS les hicieron bajar, les metieron nuevamente en la ducha y, cuando les sacaron, ya no les dejaron que se juntaran para darse calor. A primera hora de la madrugada nos volvieron a llamar para que afeitáramos de la cabeza a los pies a los que quedaban. Había exactamente 27 personas vivas. Cuando empezó esta operación debían de ser unos 300. Los SS les bajaron café caliente y toallas, algo insólito. Aun así, al día siguiente no quedaba ni uno solo con vida»[328].

En la mayor parte de los casos los responsables del campo no registraban a estos prisioneros, por lo que, según señala el historiador Rudolf A. Haunschmied, es imposible conocer la cifra total de víctimas: «Tenemos constancia, gracias al testimonio de testigos locales, que incluso hubo convoyes que no llegaron a entrar en el campo. Los trenes de transporte permanecían parados en una vía muerta situada entre la estación de St. Georgen y el campo de Gusen. Allí pasaban días y noches de aquel gélido invierno, con temperaturas de 14 y 15 grados bajo cero. Los tenían allí hasta que morían congelados. Cuando ya nadie se movía, sacaban los cadáveres y los quemaban. De ninguna de estas personas quedaba anotación o registro alguno».

Uno de los casos que ha podido documentarse de forma detallada es el asesinato en Gusen de un grupo de 420 niños judíos de entre 4 y 7 años de edad. La historiadora Martha Gammer encontró las pruebas de su aniquilación mediante inyección letal. José Marfil estaba allí; no supo la forma en que los habían matado pero sí observó durante días a los pequeños: «El comandante del campo les dijo a los SS que tenían un mes para matarlos a todos. No sé por qué razón apuraron el tiempo al máximo. Los chiquillos, como no trabajaban, pasaban todo el día en el campo, incluso los alemanes les permitían jugar. Pero el día en el que debían dar novedades a su jefe se acercaba y los niños seguían vivos. Una noche los mataron a todos. Me he preguntado siempre las razones que les llevaron a retrasar su muerte. ¿Tuvieron un

momento de compasión? La verdad es que no lo sé».

Los esfuerzos de los alemanes para eliminar «excedentes» humanos no evitaron que, muy pronto, Mauthausen quedara completamente colapsado. Y ello a pesar de las sucesivas ampliaciones que se habían ido realizando para incrementar su capacidad. En 1944 se había abierto el llamado Campo III, en el extremo oriental del recinto. Igualmente, en el verano de ese año se habilitó un campamento de tiendas para alojar, principalmente, a 8000 judíos procedentes de las deportaciones masivas de Budapest. Aun así, Mauthausen seguía sin poder absorber a tanto recién llegado y la única solución que encontraron los SS fue la de hacinar, todavía más, a los prisioneros. En las tiendas llegaron a concentrarse más de 15 000 judíos, de los que la mitad tenían que dormir a la intemperie por falta de espacio.

José Alcubierre y el resto de los republicanos españoles estaban conmocionados ante la marea humana que les rodeaba: «Todos los días venían vagones repletos, la mitad de sus ocupantes llegaban muertos. Yo no sé cuántos llegamos a ser en el campo en los momentos finales. Llegaban hombres, mujeres, niños… desde todas partes. Muchos iban directamente al crematorio. Era un desastre».

Alfonso Maeso describe la impotencia que sentían en esos momentos: «Jamás olvidaré aquellas terribles noches y días en los que no paraban de entrar en el campo camiones con cientos de personas, en muchos casos familias, unas con dirección a la cámara de gas y otras directamente al crematorio. Eran verdaderos crímenes en masa de seres humanos inocentes e indefensos, entre ellos mujeres embarazadas e incluso niños, algunos de solo unos meses. Nosotros, mientras tanto, permanecíamos impotentes encerrados en las barracas, con las ventanas cerradas, tal y como habían ordenado los SS, que, sin embargo, no podían impedir que por las rendijas asistiéramos a aquel desfile del horror. Tampoco podían taparnos los oídos, con los que escuchábamos los gritos de desesperación y dolor que aquellas personas lanzaban al viento, conscientes de que nadie podría ayudarles, acosados por los soldados nazis y los perros. Aquellas imágenes y esos sonidos me marcaron profundamente. Nunca los he podido olvidar. Nunca, y aún me conmocionan, especialmente cuando recuerdo a las mujeres preñadas, cuyas lágrimas y sollozos me calaron el alma de por vida».

Dámaso Ibarz también tuvo que vivir siempre con la escena que contempló en esos últimos días de cautiverio: «Una mujer judía llegó al campo cuando estaba a punto de dar a luz. Los SS la obligaron a parir entre un montón de estiércol. Cuando nació el crío, uno de los oficiales lo aplastó con su bota. Después, ordenó que fusilaran a la madre».

Mariano Constante, Manuel Razola y el resto de los responsables de la organización española se mostraban impotentes ante la magnitud de la tragedia: «Nos resultaba del todo imposible prestar la menor ayuda a los recién llegados, ni siquiera cabía establecer contacto con ellos. Los escasos supervivientes eran enviados a *kommandos* exteriores, pues el campo se hallaba superpoblado. Por añadidura, las raciones, ya de por sí insuficientes, fueron reducidas gradualmente»[329].

El flujo de prisioneros aún se incrementó más, cuando Ziereis tomó la decisión de evacuar la mayor parte de los subcampos de Mauthausen y ordenó que los internos se repartieran entre el propio campo central, Gusen y Ebensee. Eran las últimas semanas de existencia del sistema concentracionario y los prisioneros apenas recibían ya la mitad de la ración habitual de comida.

En el campo ruso, los enfermos se apiñaban en las literas y comenzaron a devorar los cadáveres de sus compañeros muertos. En la enfermería situada en el interior del campo central, la situación no era mejor; cerca de 8000 internos fueron, paulatinamente, viendo cómo se les reducía la ración diaria de alimentos. Sin medicinas ni atención sanitaria, las víctimas se contaban por centenares.

Los crematorios no daban abasto y los cadáveres empezaron a ser apilados en gigantescos montones. Los SS tuvieron que abrir fosas comunes y priorizar las cremaciones: primero quemaban a quienes morían en la cámara de gas, después a los fusilados y, por último, si había sitio, a los apaleados. Quienes morían enfermos, hambrientos o extenuados eran enviados a las fosas. Solo en la semana previa a la liberación murieron en el campo central un mínimo de 4147 prisioneros.

En el subcampo de Ebensee la tasa de mortalidad pasó de 705 muertes en el mes de enero, a 1852 en febrero y 4587 en abril. Los presos terminaron comiendo hierba, hojas, trozos de carbón y madera. Dos deportados griegos declararon, tras la liberación, que los SS dejaban de alimentar durante días a sus perros para después soltarlos en las barracas de los enfermos. Según su testimonio, los animales despedazaron vivos a cuatro jóvenes y tres ancianos[330].

EL CONVOY DE LAS ESPAÑOLAS

El dos de marzo de 1945 salió de Ravensbrück, rumbo a Mauthausen, un tren atestado con cerca de 2000 mujeres y niños. Entre las pasajeras había siete españolas: Carlota García, Angelines Martínez, Feliciana Pintos, Herminia Martorell, Carmen Zapater, Rosita de Silva y Alfonsina Bueno. Todas ellas tenían en sus espaldas una década de lucha y varios años de sufrimiento en las cárceles nazis y en el campo de concentración de Ravensbrück. Feliciana también había pasado previamente por Auschwitz. Junto a estas siete mujeres, se encontraba la brigadista polaca Estucha Zilberberg, a la que todas llamaban Juanita.

El viaje duró cinco largos días. Angelines estaba muy débil porque había enfermado de tuberculosis. Según relata ella misma, solo logró llegar con vida a Mauthausen por los constantes cuidados de su amiga Carlota: «Charlie estuvo a mi lado en todo momento. Aquel viaje espantoso duraría varios días y en el trayecto murieron muchas de nuestras amigas. Una vez más Charlie fue mi ángel de la guarda, dándome calor con su cuerpo, abrigándome con sus ropas y dándome algo de alimento que me ponía en la boca, como se hace cuando se da de comer a un

pajarillo, ya que yo estaba completamente extenuada. Llegamos a Mauthausen medio muertas casi todas, en medio de los cadáveres de nuestras compañeras fallecidas en el viaje. Pero todavía nos quedaban por recorrer los cinco kilómetros de cuesta que conducían al campo. Para mí aquello representó un verdadero vía crucis y de no haber tenido a Charlie a mi lado jamás hubiese llegado a la cima de la colina. Los SS me hubieran liquidado de un balazo en la nuca, como hicieron con otras». A su llegada, separaron a los niños que habían sobrevivido al largo viaje y les asesinaron. En total, 182 componentes de ese convoy no llegaron a traspasar las puertas del campo.

La presencia del grupo de españolas no pasó desapercibida para los veteranos españoles de Mauthausen. Estucha sintió un profundo alivio cuando, al llegar a la zona de la desinfección, escuchó hablar en castellano a algunos prisioneros: «Afortunadamente para nosotras, al entrar en aquellas salas subterráneas, se nos acercaron varios españoles que luego supimos que eran peluqueros y empleados en diversos servicios del campo. Ellos fueron los que nos prodigaron las primeras palabras de ánimo, asegurándonos su apoyo y su ayuda en todos los terrenos, así como una protección eficaz contra los “bandidos alemanes” que merodeaban por allí con designios nada tranquilizadores. Otro de los hechos que nos produjo sorpresa y preocupación a la vez fue el enterarnos de que allí, frente a las duchas, había una barraca transformada en prostíbulo». Los españoles y la organización internacional se pusieron en marcha y les hicieron llegar algo de ropa y de comida.

Dos deportados tuvieron una agridulce sorpresa al descubrir que sus esposas formaban parte del grupo. El resistente anarquista Josep Ester estaba casado con Alfonsina Bueno y Joaquín Olaso con Charlie. Alfonsina recibió la noticia de la presencia en el campo de su marido y también la de la muerte de su padre, que había sido asesinado nueve meses antes en el castillo de Hartheim. Dos días después de su llegada, Josep Ester se las arregló para reunirse con ella: «Todos mis compañeros se desvivieron para ayudarme y muy particularmente el doctor Pedro Freixa, que habló con el propio jefe del campo para que me permitiese abrazar a mi mujer. Es posible que fuese la primera vez que Bachmayer, que siempre se comportó bestialmente con los presos, daba semejante autorización. Y no faltaron SS ni *kapos* que se sorprendieron con tanta benevolencia hacia un prisionero. Pude al fin reunirme con mi mujer y pasar con ella unos minutos en la barraca de la cuarentena, donde en muy poco tiempo hicimos el balance de nuestras respectivas aventuras y vicisitudes»[331].

Días más tarde, las mujeres fueron destinadas a diversos *kommandos* de trabajo. Carmen Zapater, Charlie y Estucha tuvieron que dedicarse a remover los escombros que los constantes bombardeos aliados provocaban en la estación de ferrocarril de Amstetten, a 35 kilómetros del campo central. Fueron muchas las compañeras que perecieron bajo las bombas norteamericanas y británicas. Tras uno de los ataques más devastadores, Estucha y el resto de las prisioneras se negaron a volver al trabajo: «Cuando había alerta aérea, huíamos hacia las colinas vecinas, pero muchas de

nosotras nos quedábamos tendidas por el camino. Los cráteres de las bombas lanzadas en días anteriores se rellenaban del agua de la nieve derretida y aquella tierra tan esponjosa se transformaba en un inmenso barrizal en el que nos hundíamos hasta las rodillas. En tal situación, las más fuertes no podíamos perder de vista a las más débiles, las cuales, una vez postradas en el fango, hubiesen sido incapaces de volverse a levantar y estaban condenadas a morir medio asfixiadas y medio ahogadas. Todo esto al tiempo que vigilábamos a los SS, para evitar que nos rematasen a tiro limpio. Nuestra desmoralización llegó a tal punto que un día decidimos negarnos a ir a sacar escombros de aquella maldita estación. Decisión que tomamos por unanimidad. Los SS estaban estupefactos, pues era la primera vez que un grupo de prisioneras se les sublevaba. Contábamos, inconscientemente, que ante los descalabros que los alemanes sufrían por todos lados quizá los SS no se atreverían a tomar represalias; al menos no con la dureza de antaño. Los SS nos encerraron en una barraca y nos privaron de comida y de agua. Y allí hubiésemos muerto de inanición si los españoles no se las hubiesen arreglado para facilitarnos, cada día, varias raciones de sopa».

Estucha, Charlie, Carmen y el resto de las deportadas habían protagonizado la primera huelga en los siete años de historia de Mauthausen; algo a lo que nunca se atrevieron sus compañeros. Las ocho republicanas consiguieron llegar con vida al día de su liberación. Un momento que se produjo de forma inesperada el 22 de abril. Siguiendo órdenes de Himmler, los responsables del campo autorizaron a la Cruz Roja Internacional a evacuar a los deportados y deportadas franceses. En ese grupo se incluyó a las mujeres españolas. La organización internacional de los prisioneros consiguió «colar» también a Josep Ester, marido de Alfonsina, en el convoy que les condujo hacia la libertad: «Cuando el jefe supremo SS, el comandante Ziereis, nos preguntó si todos éramos franceses respondimos unánimemente de forma afirmativa. Enseguida nos llevaron al campo ruso, después de habernos hecho duchar y vestir con prendas facilitadas por la Cruz Roja. Y entonces empezó la larga espera. Aquello sería nuestro último suplicio, pues muy pocos estábamos plenamente persuadidos de que fuese la verdadera Cruz Roja la que organizaba todo aquel tinglado. Hubo momentos en los que nos arrepentíamos de no habernos quedado en el campo central, al lado de nuestros compatriotas. No podíamos olvidar lo ocurrido otras veces: los traslados desembocaron en el castillo de Hartheim. Personalmente pasé unos instantes de zozobra cuando vi llegar al capitán Bachmayer y verle pasearse por allí. Como él me conocía de la armería, corría el peligro de ser reconocido y de acabar, en el último tramo de nuestra odisea, en el horno crematorio. Nada más lo apercibí, me coloqué en el centro de la expedición y bajando la cabeza o volviéndome de espaldas discretamente, cuando lo veía acercarse, logré conjurar el peligro. Enseguida llegaron los camiones y se llevaron a las mujeres y luego nos tocó el turno a los hombres».

Paradójicamente, por la misma puerta por la que los camiones de la Cruz Roja abandonaban la fortaleza, seguían ingresando prisioneros procedentes de otros

campos. Así siguió ocurriendo hasta 24 horas antes de la liberación. El 4 de mayo, con las tropas norteamericanas estacionadas a menos de cinco kilómetros, cuatrocientas mujeres procedentes del *kommando* Freiberg[332] se convertían en las últimas deportadas que entraban en Mauthausen.

HASTA EL ÚLTIMO PRISIONERO

Las marchas de la muerte habían supuesto, además de una acción criminal, una huida hacia delante por parte de los líderes nazis. El traslado masivo de los prisioneros había evitado que, buena parte de ellos, cayera en manos del enemigo. Sin embargo, la inminente derrota final volvió a colocar a la cúpula del Reich entre la espada y la pared. Si querían evitar que los centenares de miles de deportados fueran liberados por aliados y soviéticos, solo les quedaba ya la opción de liquidarlos… a todos.

La idea del exterminio total estaba muy arraigada en la mente de los comandantes de los campos, incluso cuando las noticias que llegaban del frente eran positivas. Antonio García recuerda las palabras de Franz Ziereis, tras ahorcar a varios prisioneros allá por 1942: «En el frente del Este y en los otros se muere, pues aquí también se muere. Si por azar, que no llegará, un día las cosas no fueran bien para Alemania, de aquí no saldréis ni uno vivo. Uno a uno seréis colgados como estos»[333].

Cuando la guerra y no el azar quiso que el Reich empezara a vislumbrar su próximo final, estas ideas se materializaron en instrucciones muy taxativas. Fue Himmler, a comienzos de 1945, quien ordenó a los responsables de los campos que no permitieran que los prisioneros cayeran con vida en manos del enemigo. El propio Ziereis aportó ciertos detalles sobre este hecho, poco antes de morir: «De acuerdo a una orden de Himmler, fui conminado a matar a todos los prisioneros siguiendo las instrucciones del *obergruppenführer* Dr. Kaltenbrunner. Los prisioneros debían ser concentrados en un túnel, cuyas puertas quedarían selladas con piedras y cemento, y, después, todo debía ser volado con dinamita. Yo rechacé obedecer esa orden (en Mauthausen). Creí que los prisioneros en los campos de Gusen I y II habrían sido liquidados por ese procedimiento»[334]. Le faltaban minutos para fallecer, pero Ziereis trataba de autoexculparse.

Poco después, algunos de sus antiguos colaboradores desmentirían sus palabras. El ingeniero de la DEST que tenía a su cargo la gestión de las canteras de Gusen y Mauthausen, el capitán Paul Wolfram, declaró en los juicios de Dachau: «A comienzos de 1945 me ordenaron acudir a la habitación de Seidler (comandante de Gusen). Allí me encontré con él, que estaba con Ziereis y el *SS-obersturmfürer* Schuettauf[335]. En este encuentro, Ziereis anunció una orden secreta dada por Himmler, vía Kaltenbrunner y Eigruber. De acuerdo a esta orden, todos los presos de Mauthausen, incluidos sus campos satélites, debían ser exterminados. El objetivo era

evitar que el enemigo los utilizara como fuerza de trabajo y eliminar todos los testigos de los hechos ocurridos en los campos».

Wolfram dejó claro que Ziereis no solo no pensaba desobedecer la orden, sino que la lideró con entusiasmo. El nombre en clave que el comandante de Mauthausen dio a la operación de eliminación fue *Feuerzeug*, es decir, «Mechero». Wolfram detalló cómo se pensaba ejecutar el plan. Se simularía una alarma antiaérea y, con esa excusa, se forzaría a todos los prisioneros a refugiarse en los túneles. Para evitar que sospecharan y pudieran tener la tentación de sublevarse, también entrarían civiles austriacos de las poblaciones cercanas. Una vez dentro, los soldados alemanes harían detonar las cargas explosivas colocadas con anterioridad. Los incómodos testigos quedarían enterrados bajo toneladas de arena y rocas[336].

Ziereis fue consciente muy pronto de que este plan era perfecto para exterminar a los cerca de 20 000 prisioneros que permanecían en los tres campos de Gusen y a los más de 18 000 de Ebensee, ya que disponían de unas redes subterráneas muy próximas. Sin embargo, los más de cinco kilómetros que separaban Mauthausen de los túneles más cercanos dificultaban el traslado de los 21 000 hombres, mujeres y niños que se apiñaban en el campo central. Ziereis barajó varios planes de aniquilación alternativos para ellos, que iban desde un ametrallamiento masivo, hasta una última marcha de la muerte destinada a acabar con la vida de todos sus integrantes.

Ideas similares se barajaban en los despachos de las *kommandantur* de Buchenwald, Dachau, Sachsenhausen, Flossenbürg… La orden de liquidación total nunca se revocó. Sin embargo, causaron desconcierto las medidas adoptadas por Himmler en los últimos meses de la guerra. La mano derecha de Hitler fue consciente, mucho antes que su jefe, de que la guerra estaba perdida. Sus consejeros más cercanos ya le animaron, en 1943, a emprender negociaciones de paz con los aliados de espaldas al Führer. Pero sus dudas solo comenzaron a materializarse a finales de 1944. Durante ese invierno jugó con la posibilidad de utilizar a los prisioneros como moneda de cambio y realizó algunos gestos para la galería. Una de las órdenes que salieron de su despacho dejó petrificados a sus destinatarios: «Con efecto inmediato prohíbo personalmente cualquier liquidación de judíos y ordeno que, por el contrario, se les dé atención hospitalaria a las personas enfermas y débiles»[337].

Paralelamente, el Reichsführer ordenaba la evacuación de los campos y las marchas de la muerte en que perecerían decenas de miles de prisioneros, la mayor parte judíos. Himmler aún no sabía si le convenía o no traicionar a Hitler. Aun así, cada vez fue albergando más esperanzas de que el temor que Stalin despertaba en los aliados podía acabar proporcionándole una salida airosa. Estos delirios le llevaron finalmente, en los meses de marzo y abril, a reunirse en secreto con diferentes intermediarios para que hicieran llegar sus propuestas de paz a los líderes occidentales. Entre sus interlocutores directos, estuvo el representante del Congreso

Judío Mundial en Suecia, Hilel Storch, y el vicepresidente de la Cruz Roja sueca, el conde Bernadotte. Y todo ello lo hacía mientras seguía ejerciendo como comandante en jefe del aparato represivo del Reich.

Esta rocambolesca estrategia se tradujo en una sucesión de contradictorias decisiones. En marzo envió una carta en la que ordenaba que los judíos recibieran «camas nuevas con sábanas blancas». El 2 de abril, en una conversación con el jefe de la policía de Weimar, afirmó: «El jefe del campo debe matar a todos los verdes y rojos pero salvar a los judíos». El día 14, sin embargo, telefoneó a Ziereis para insistirle en la orden de que ningún prisionero debía quedar con vida. El 20 permitió que las prisioneras francesas, belgas, holandesas y luxemburguesas de Mauthausen fueran evacuadas por la Cruz Roja sueca. El 24 mandó un mensaje al máximo responsable de los campos, el general Oswald Pöhl, en el que respondía con estas palabras a la petición de rendir a los aliados los campos de Dachau y Flossenburg: «La rendición es absolutamente imposible. Los campos en cuestión han de ser evacuados de inmediato. Ningún prisionero caerá vivo en manos enemigas»[338].

En la noche del 28 al 29 de abril, Hitler recibió en su búnker de Berlín la noticia de que Himmler había ofrecido la rendición en el frente occidental al general Eisenhower. El Führer le despojó de todos sus cargos y ordenó su arresto. Himmler permaneció, desde ese momento, escondido y al margen de las últimas decisiones que adoptó su moribundo régimen. Sin embargo, sobre las mesas de los comandantes de los campos seguían estando sus órdenes de exterminar hasta el último deportado.

MORIR RESISTIENDO

Los prisioneros pensaban, casi desde el principio, que los alemanes no les dejarían con vida si finalmente perdían la guerra. Esta creencia acabó convirtiéndose en certeza gracias a las indiscreciones de los propios SS, al trabajo de la organización española e internacional y a los acontecimientos que se sucedieron durante los meses y, especialmente, las semanas previas a la liberación del campo.

El 20 de julio de 1944, Hitler se salvaba milagrosamente de un intento de asesinato perpetrado por un grupo de altos mandos y civiles alemanes. José Alcubierre recuerda lo que ocurrió en Mauthausen durante las horas en que las noticias sobre el estado de salud del Führer eran confusas: «Pensábamos que nos iban a matar a todos. Vimos que en las garitas de vigilancia había el doble de centinelas con las ametralladoras preparadas. Nunca habíamos visto aquello. El comandante entró en el interior del recinto, pistola en mano… tampoco le habíamos visto nunca así. Nos dijo: “Hitler ha sufrido un atentado. Si muere, moriréis todos”. Recuerdo que yo pensé: “Por favor, que no se muera Hitler”».

Desde finales de ese año, la precaria situación de la Wehrmacht provocó que, cada día, más miembros de la guarnición se marcharan al frente a combatir. Entre los

que quedaban, hubo algunos SS que trataron de hacerse un «seguro de vida» congraciándose con los prisioneros. En palabras de José Marfil: «En aquellos días muchos SS perdieron su habitual arrogancia». Estos nazis, apresuradamente arrepentidos, facilitaron a los deportados información sobre los planes de exterminación. No había dudas sobre las intenciones de Ziereis: ya fuera con explosivos en el interior de los túneles de Gusen o acribillados a balazos en la *appelplatz* de Mauthausen, el destino de los reclusos sería la muerte. Los hechos se sucedían y, todos ellos, apuntaban en esa misma dirección.

Los alemanes comenzaron también a eliminar las pruebas de sus crímenes. Los responsables de las diferentes oficinas y del laboratorio fotográfico quemaron sus archivos. El 29 de abril se desmanteló la cámara de gas, retirando todo el equipo técnico: depósito de gas, tuberías, etc. Ziereis ordenó que los prisioneros que habían trabajado en ella y en el crematorio fueran asesinados. Varios médicos y enfermeros que habían sido testigos de los crímenes cometidos en el *revier* fueron liquidados. Los pocos que lograron salvarse lo hicieron gracias al trabajo de la organización española e internacional, que se volcó en su protección.

Alfonso Maeso ayudó a esconder a uno de los médicos checos que más había ayudado a los prisioneros enfermos: «Aquel médico, consciente del peligro que corría ante la inminente liberación, decidió inteligentemente no esperar acontecimientos y buscó un escondite. Yo fui uno de sus cómplices. La desesperada búsqueda se prolongó hasta la madrugada. Escudriñaron todos los rincones del campo, removiendo las barracas, los crematorios, la cámara de gas, la desinfección, la cárcel y la enfermería, lugar este último donde precisamente se hallaba oculto el checo. Invisible bajo una enorme pila de ropa en el secadero de los trajes de los enfermos, el fugitivo aguardaba paciente a que finalizaran las pesquisas. Los soldados llegaron a estar frente a la montaña de ropa que cobijaba al médico, pero sorprendentemente optaron por no investigarla. De haberlo hecho, lo habrían encontrado con facilidad y todos nosotros, sus compinches, los españoles que allí trabajábamos habríamos sido ejecutados con él». La liquidación de testigos y la destrucción de pruebas materiales se repetía en Gusen y en el resto de los campos que aún no habían caído en manos del enemigo.

Los prisioneros no estaban dispuestos a quedarse cruzados de brazos. Ahora tenían la experiencia y la fuerza que les faltó en los años iniciales de cautiverio. Además contaban con una sólida organización política y, desde septiembre de 1944, también con el AMI.

El Aparato Militar Internacional había logrado acumular algunas armas que permanecían escondidas en los barracones. Mariano Constante detalla en qué consistía ese pequeño arsenal: «Los cuchillos y puñales eran las armas más fáciles de conseguir. Los herreros, los carpinteros y los mecánicos tenían la posibilidad de fabricarlos. Otros se los habíamos requisado a los propios SS. En la cantera teníamos la posibilidad de requisar algunos cartuchos de dinamita en el momento oportuno.

Nos faltaba poder conseguir algunas pistolas, bombas de mano y botellas de gasolina para hacer los cócteles que tan famosos se harían años más tarde en ciertos países. La obtención de la gasolina fue fácil: en el garaje trabajaban varios españoles». Se trataba, en cualquier caso, de un armamento más que insuficiente para poder hacer frente a los más de 5000 soldados y oficiales alemanes que custodiaban el campo. Aun así, el AMI había decidido que, llegado el caso, la enorme masa de prisioneros moriría matando. Por ello organizó grupos de choque que contaban con su cadena de mando y también con misiones y objetivos específicos que deberían cumplir en el momento en que se ordenara la sublevación. Una de sus precarias bazas era utilizar los pequeños extintores que había en las barracas para atacar a los soldados que vigilaban desde las garitas: «Sabíamos que estos extintores lanzaban una espuma ácida a unos seis metros de distancia, y que este líquido destinado a combatir el fuego podía cegar a una persona si esta recibía el chorro en plena cara»[339]. Constante y otros miembros de la organización española como Joan Pagés llegaron a probar el uso de uno de esos aparatos para familiarizarse con su manejo.

El AMI también barajaba un plan alternativo por si los SS optaban por evacuar el campo en una gigantesca marcha de la muerte. En ese caso los prisioneros se lanzarían sobre los soldados alemanes en las primeros kilómetros del recorrido, cuando aún hubiera fuerzas suficientes para plantar batalla.

La situación era radicalmente diferente en Gusen, donde los deportados carecían de toda organización. José Marfil describe la resignación con que afrontaban la posible exterminación: «En cada alerta antiaérea, los SS nos obligaban a entrar en los túneles. Como refugio no podía haber otro más seguro que este, aunque lo peor era que para meternos utilizaban los habituales golpes y gritos. Durante una de las últimas alertas, sintiendo a los SS cada vez más nerviosos, mi amigo Ramos me dijo: “Vamos a intentar entrar los últimos. Tengo la impresión de que nos han preparado alguna sorpresa desagradable. Si entramos los últimos y tratan de gasearnos, podemos dirigirnos hacia la verja de salida y allí nos dispararán. Los de dentro morirán asfixiados pero para nosotros será la metralleta la que nos dará una muerte mejor”». Marfil y Ramos entraron todo lo tarde que pudieron y, afortunadamente, la alerta concluyó sin que ocurriera nada.

Los alemanes no realizaron los preparativos para volar los túneles hasta finales del mes de abril. En Gusen situaron un depósito de dinamita cerca del recinto, se colocaron explosivos y se tapiaron algunas de las entradas. Enrique Calcerrada fue obligado a participar en estos trabajos: «Se nos encargó llevar a cabo un trabajo especial, consistente en amurallar con espesos tabiques dos de las tres entradas y salidas del complejo subterráneo. También tuvimos que cavar profundos huecos en la tercera, que fue la única que permaneció en servicio para la continuación de los trabajos subterráneos. Supusimos que los agujeros cavados, a una y otra parte del corredor de entrada, tenían como función albergar los explosivos necesarios para obstruir, en un gigantesco derrumbe, la única puerta de comunicación con el interior

del túnel». El tiempo daría la razón a Calcerrada.

Mientras tanto, en Ebensee, el sargento de la Lutwafe Josef Poltrum les contó a los prisioneros que había visto al comandante del campo, Anton Ganz, entrar en los túneles con varios SS que portaban cargas de dinamita[340]. En este subcampo los deportados sí estaban organizados, por lo que se prepararon para resistir como sus compañeros de Mauthausen.

¿POR QUÉ NO SE CUMPLIERON LOS PLANES?

Todo estaba, pues, ordenado y preparado. Sin embargo, en ninguno de los campos se llegó a ejecutar el plan. Las razones no responden a un súbito ataque de humanidad de los comandantes, sino a diversos motivos que variaron de un lugar a otro. En el caso de Gusen, los historiadores tienen pocas dudas del factor principal que evitó la tragedia. Lo explica Martha Gammer: «Estaba todo a punto. La dinamita preparada y la decisión tomada. Se iba a meter en los túneles a todos los prisioneros y también a los habitantes de los pueblos cercanos. Si no se hizo fue solo porque la llegada de las tropas aliadas se produjo antes de lo que esperaban los SS. Esa fue la razón». De hecho, el momento previsto para perpetrar la masacre era la noche del 5 al 6 de mayo, pero los primeros soldados estadounidenses llegaron a Gusen en la mañana del día 5. Fue un delegado de la Cruz Roja, llamado Louis Haefliger, que jugaría un importante papel durante la liberación, quien tuvo conocimiento de la fatídica fecha. Haefliger había llegado a Mauthausen a finales del mes de abril con un cargamento de alimentos para los prisioneros. Ziereis le negó el acceso, pero el pertinaz suizo se quedó en la zona y consiguió, poco a poco, ganarse la confianza de algunos oficiales. Uno de ellos, Guido Reimer, le reveló los planes de exterminar a los prisioneros en los túneles durante la noche del 5 de mayo. Haefliger contaría más tarde que logró reunirse con Ziereis para tratar de que anulara su orden: «Se negó, argumentando que no era él quien la había dado y que no le era posible anular las órdenes de sus superiores. Yo apelé a su rango y a sus sentimientos de humanidad. Finalmente, conseguí que Ziereis, al menos verbalmente, revocara su orden»[341].

Nunca sabremos si esta conversación sirvió realmente para algo, pero lo cierto es que el propio Haefliger no quedó nada convencido de la sinceridad de Ziereis y optó, días después, por marchar al encuentro de las tropas estadounidenses para informarles sobre la tragedia que se avecinaba. Serían, precisamente, los soldados aliados quienes comprobarían que la mortal trampa de los túneles estaba lista para ser utilizada. El capitán del 56 Batallón de Ingenieros del Ejército de Estados Unidos, Edward R. Ardery, fue de los primeros en entrar en Bergkristall tras la liberación. Su testimonio no deja lugar a dudas: «Había una gran cantidad de explosivos. Estaban cableados y conectados a fusibles de retardo que podían retrasar la explosión hasta 28 días. Los explosivos estaban alineados. Pasamos un montón de tiempo cortando los

cables y haciendo un montón de conjeturas sobre cuáles cortar»[342].

En el campo central confluyeron diversos factores que impidieron cumplir el plan de exterminación. El primero de ellos, al igual que en Gusen, fue esa llegada prematura de los aliados. En segundo lugar, los SS conocían la decisión de los prisioneros de plantar batalla y, por tanto, eran conscientes del riesgo que corrían al enfrentarse a un ejército de hombres prácticamente desarmados, pero que ya nada tenían que perder. El tercer factor fue la oposición de algunos oficiales a seguir engordando la lista de crímenes con la que se tendrían que presentar ante los ejércitos libertadores. Y el cuarto fueron las dificultades técnicas para perpetrar la matanza. Lo que parece claro es que los ruegos del comprometido delegado de la Cruz Roja sirvieron de poco, como demuestra lo ocurrido en Ebensee.

El responsable de este subcampo, viendo la proximidad de las tropas estadounidenses, se apresuró a cumplir la orden de exterminación dada por Ziereis. Era la mañana del 5 de mayo[343]; Marcial Mayans estaba allí: «Yo había aprendido bastante alemán, así que llevaba meses ejerciendo como traductor. Hacía tiempo que sabíamos que planeaban meternos en los túneles y volarlos, así que nos preparamos para intentar evitarlo. El problema es que no teníamos armas. Bueno, teníamos una pistola y un fusil que no se habían probado. No sabíamos si la bala saldría para delante o para atrás. Lo que sí teníamos eran buenos palos. La organización de los prisioneros tomó la decisión de, si llegaba el caso, negarnos a cumplir la orden de ir a los túneles. Teníamos que refugiarnos en las barracas y ver lo que pasaba. Y finalmente, llegó el momento. El comandante Ganz hizo formar a todo el campo para pronunciar unas palabras. Los intérpretes nos pusimos cerca de él para traducir su discurso».

Ganz comunicó a los prisioneros que, debido a la proximidad de los americanos, los miembros de la guarnición debían salir a pelear contra ellos. Por esa razón, todos los internos tenían que ir a los túneles donde se encontrarían a salvo de los combates y de posibles bombardeos. «Yo tenía en el estómago unos nervios enormes —relata Mayans—. No era miedo, era el temor a no hacerlo bien y que nos mataran a todos. Finalmente, Ganz ordenó: “Todos a los túneles”. Los traductores ya sabíamos lo que teníamos que decir: “¡A las barracas!”. Y todos nos metimos en ellas». Desconcertado y apremiado por el tiempo, Ganz consultó con el resto de los oficiales y optó por renunciar a sus planes. Marcial Mayans, junto a otras 18 000 asustadas almas, permanecieron en el interior de los barracones de Ebensee. Hasta pasadas unas horas de total incertidumbre, no supieron que el comandante y el resto de los SS habían huido del campo para siempre.

Otra prueba más de que los planes de exterminación iban muy en serio la tuvieron las 700 prisioneras de Holleischen. Este *kommando* de trabajo estaba ubicado en territorio checoslovaco y dependía del campo de concentración de Flossenbürg. Allí

estaban las españolas Neus Català y Dolors Casadella, que salvaron la vida por los excesos etílicos de uno de los oficiales del campo. El SS en cuestión se encontraba completamente borracho en una taberna y comenzó a presumir del final que habían ideado para las deportadas: al día siguiente, 3 de mayo, incendiarían el campo con todas las mujeres en su interior. La información llegó muy pronto hasta uno de los grupos de partisanos que se encontraban en las proximidades del pueblo. Neus recuerda lo que ocurrió: «Los alemanes cerraron nuestros barracones con candados y enormes barras de hierro. ¿Qué nos habían preparado? Sabíamos que tenían la orden de exterminarnos. No debían dejar rastro de sus horrendos crímenes. Comimos el trozo de pan que nos dieron, suprema satisfacción del condenado. A las once y media de la mañana nos liberaba un grupo de guerrilleros. Al comandante de nuestro campo le obligaron a desactivar la infernal ingeniería y, sin más contemplaciones, le fusilaron»[344]. Esa infernal ingeniería a la que se refiere Neus consistía en explosivos y bidones de gasolina con los que los SS pensaban reducirlo todo a cenizas. La decidida intervención de los guerrilleros salvó la vida de 700 mujeres.

A 200 kilómetros de allí, en el campo de concentración de Buchenwald, los prisioneros estaban convencidos de que nadie llegaría a tiempo para salvarles. Virgilio Peña participó en la sublevación que se desencadenó en la mañana del 11 de abril: «Uno de nuestros compañeros había escuchado que una unidad de *panzers* se dirigía hacia nosotros para destruir el campo. A esas alturas estábamos bien organizados, así que el comité internacional dio la orden de atacar. Yo dirigía un grupo que debía cortar la alambrada eléctrica. Con un hacha comenzamos la tarea. Aquello parecían fuegos artificiales. Otros compañeros asaltaron las garitas de vigilancia. La mayoría de los SS había huido y los guardias que quedaban eran ucranianos. Cuando nos vieron a todos lanzarnos hacia las alambradas, se cagaron de miedo. Recuerdo que apuntamos a uno con una metralleta y se puso a gritar: “¡No, no, no!”. Soltó el fusil y se marchó. En unos minutos nos hicimos con el control. Yo calculo que hicimos cerca de 200 prisioneros».

Esa misma tarde, una unidad de la 6.ª División Armada del Ejército de Estados Unidos llegaba hasta la zona. Buchenwald acababa de pasar a la historia como el único campo de concentración liberado por los propios prisioneros.

Informe soviético.

La doble traición del camarada Stalin

«Si Stalin lo hace, por algo será». Este era el dicho que, antes y durante la guerra mundial, los comunistas españoles utilizaban para justificar las aparentes locuras del líder soviético. Buena parte de los españoles deportados a los campos de concentración nazis militaba en organizaciones comunistas y mantuvo la confianza en Stalin durante su cautiverio. El apoyo de la URSS a la República durante la guerra

contrastó notablemente con la pasividad de las democracias occidentales. Es obvio que tenía un interés estratégico por controlar o ganar cuotas de poder en España; pero, fuera por los motivos que fuese, el líder soviético, si exceptuamos al presidente mexicano Lázaro Cárdenas, fue el único que ayudó decididamente al gobierno democrático de España a defenderse de una sublevación respaldada ideológica y militarmente por Hitler y Mussolini.

Esta actitud, que se percibía con claridad en el seno de la sociedad republicana, permitió al Partido Comunista de España (PCE) ganar influencia y crecer exponencialmente en número de militantes y simpatizantes. Tras el triunfo de Franco, el PCE fue la organización que mejor se articuló y, por tanto, que más eficaz resultó para los exiliados que se encontraban encerrados en los campos de concentración franceses. Esa fortaleza le permitió también ser la base del primer y más poderoso núcleo de resistencia en Mauthausen, Buchenwald o Dachau. La proximidad ideológica a la URSS, sin embargo, no sirvió de nada a los deportados españoles. Stalin ignoró primero y despreció, más tarde, a los republicanos que se encontraban en los campos de concentración nazis.

ENEMIGOS ALIADOS

Stalin desconcertó a medio planeta e indignó a buena parte de los militantes y simpatizantes comunistas el 23 de agosto de 1939. Apenas una semana antes de que Hitler invadiera Polonia y diera comienzo oficialmente la Segunda Guerra Mundial, la URSS y Alemania suscribieron el llamado «Tratado de No Agresión». Negociado y firmado en presencia del propio Stalin por los ministros de Asuntos Exteriores de ambas naciones, Molotov y Von Ribbentrop, el documento constaba de siete puntos. En el primero de ellos «las dos partes se comprometen mutuamente a no realizar cualquier tipo de acto de violencia, acción agresiva o ataque contra el otro, ya sea individualmente o en alianza con otras potencias». El pacto también estipulaba: «En el caso de que una de las dos naciones sea atacada por otro país, la otra parte contratante no apoyará de ninguna manera a esa tercera potencia». Hitler había conseguido el objetivo que le faltaba para lanzarse a la invasión de Europa, contar momentáneamente con la complicidad soviética y, por tanto, tener garantizado que su ejército no se vería obligado a combatir simultáneamente en dos frentes.

Stalin, por su parte, dio este pragmático paso por varias razones. En primer lugar, despreciaba a las democracias europeas, a las que consideraba igual de enemigas que a las naciones fascistas. Once meses antes, en septiembre de 1938, había tenido que ver cómo los primeros ministros francés y británico se habían retratado junto a Hitler y Mussolini durante la firma del Tratado de Múnich. Este acuerdo, que bendijo la invasión alemana de los Sudetes, se hizo de espaldas a la URSS. El escenario geopolítico del momento demostraba que cada país iba por libre, al margen de su

ideología. El objetivo era sobrevivir y situarse en una buena posición para sacar tajada o perder lo menos posible en el reparto de Europa que estaba por llegar.

Nueve días después de firmarse el Tratado de No Agresión en Moscú, las tropas alemanas entraban en Polonia y provocaban la declaración de guerra por parte de Francia y el Reino Unido. Stalin, como era de esperar, no movió un dedo salvo para dar un giro de 180 grados en su estrategia de propaganda. En la URSS y en la órbita de los partidos comunistas europeos, la guerra se definió como un conflicto imperialista en el que las naciones capitalistas se enfrentaban por intereses puramente económicos. Esgrimiendo ese argumento, se hizo un llamamiento a los trabajadores europeos para que no se implicaran en la contienda. Numerosos militantes se desentendieron de la orden llegada desde Moscú, pero algunos líderes de organizaciones tales como el Partido Comunista Francés siguieron al pie de la letra la doctrina oficial. Los panfletos y los carteles con mensajes antifascistas fueron retirados de las calles y sustituidos por llamamientos a la paz.

El 17 de septiembre Stalin ordenó a sus tropas invadir la zona de Polonia que no había sido ocupada por Alemania. La propaganda comunista vendió esta acción como una campaña de liberación del pueblo polaco que había sido abandonado por sus gobernantes. Excusas similares se dieron dos meses más tarde, cuando el Ejército Rojo inició la frustrada invasión de Finlandia. A finales de junio de 1940, mientras Hitler se dejaba fotografiar por su aparato de propaganda frente a la Torre Eiffel, Stalin culminaba la anexión de las repúblicas bálticas y de parte de Rumanía. El reparto de papeles y de territorios entre Alemania y la URSS no era improvisado ni casual. El pacto germano-soviético suscrito en Moscú contenía un anexo secreto que solo se conocería al finalizar la guerra[345]. En él, Hitler y Stalin habían acordado repartirse Europa. En los dos primeros puntos del documento se establecían los límites territoriales de cada una de las potencias firmantes: «En caso de reorganización territorial o política de las zonas que pertenecen a los estados bálticos —Finlandia, Estonia, Letonia y Lituania— la frontera norte de Lituania constituirá el límite entre las esferas de interés de Alemania y de la URSS (…). En caso de reorganización territorial y política en las regiones que forman parte del Estado polaco, la frontera entre las esferas de interés de Alemania y de la URSS deberá pasar aproximadamente a lo largo de los ríos Narev, Vístula y San (…)». Se trataba por tanto de un reparto concienzudo y bien meditado. El protocolo sería matizado y modificado secretamente durante los meses siguientes, en función de los intereses de ambas partes. La última actualización, firmada el 10 de enero de 1941, supuso la renuncia de Alemania a la parte del territorio de Lituania que le correspondía. A cambio, Moscú tuvo que pagar a Berlín 31,5 millones de marcos. Stalin entregó a Hitler esa importante suma de dinero que le serviría para financiar, precisamente, la invasión de la Unión Soviética.

Tras la guerra, la propaganda comunista mantuvo que el líder de la URSS había

ejecutado una premeditada e inteligente estrategia para ganar tiempo y prepararse ante el previsible ataque alemán. No obstante, los hechos demuestran que cuando Hitler, en el mes de junio de 1941, dio luz verde a la llamada «operación Barbarroja» e inició la invasión del territorio soviético, cogió totalmente desprevenido al Ejército Rojo.

CAMARADAS OLVIDADOS

El pacto germano-soviético tuvo cierta influencia en la actitud con que los exiliados republicanos afrontaron la guerra. Quienes militaban en organizaciones comunistas recibieron las directrices de Moscú que hablaban de un conflicto entre capitalistas en el que los trabajadores no tenían nada que ganar y mucho que perder. Esas órdenes chocaban frontalmente con sus sentimientos y con su terrible experiencia durante la guerra de España. Resultaba difícil asimilar un acuerdo con quien había apoyado decisivamente a Franco para acabar con la República. El recuerdo de los criminales bombardeos de la Legión Cóndor sobre la población civil pesaba más que cualquier decisión, por estratégica que pudiera parecer. Por si fuera poco, la Gestapo había comenzado a ayudar a la policía franquista a perseguir a los republicanos, y muy especialmente a los comunistas, que se encontraban refugiados en el sur de Francia.

Todas estas razones provocaron que las instrucciones que llegaron desde Moscú no convencieran a la inmensa mayoría de los comunistas españoles que se encontraba en Francia. Lo que sí hicieron fue darles un motivo más para no creer en esa guerra. En su ya largo camino habían visto cómo la Francia democrática les daba la espalda en su lucha contra Franco y después les hacía la vida imposible en el exilio. Pocos motivos encontraban para jugarse su vida defendiendo un país que les había tratado así. Comunistas y no comunistas tenían, en cualquier caso, la convicción de que las grandes potencias seguían jugando una partida de colosales dimensiones en un tablero en el que ellos solo eran una serie de piezas prescindibles, como lo había sido la propia República.

La invasión de Francia agravó las ya de por sí enormes discrepancias existentes en el seno de las organizaciones comunistas. En el París ocupado, dirigentes del PCF trataron de negociar con los alemanes la legalización de su partido y el permiso para publicar su órgano de expresión, *L'Humanité*. En esos momentos, la publicación comunista, que se editaba de forma clandestina, difundía mensajes en los que llamaba a la confraternización con los invasores: «Las conversaciones amistosas entre los trabajadores parisinos y los soldados alemanes se multiplican. Nosotros nos sentimos felices»[346]. Otro importante sector del PCF, sin embargo, organizaba la resistencia popular contra los nazis. Peleas similares se producían en aquellos momentos en el seno del PCE. Mientras que algunos de los dirigentes que se encontraban en Moscú defendían la estrategia de Stalin, en Francia y México, la militancia se movía entre la

indignación, el desconcierto y la obediencia debida.

Es en medio de este agitado contexto cuando los españoles fueron capturados en Francia por el ejército de Hitler. El pacto germano-soviético estaba en plena vigencia en el momento en que la inmensa mayoría de ellos fue enviado a Mauthausen y a otros campos de concentración.

Existe un testimonio relevante que acusa directamente a Stalin de conocer la situación en que se encontraban los prisioneros españoles, entre los que había numerosos comunistas, y de negarse a mover un dedo por ellos. Se trata del discurso que pronunció, en junio de 1941, August Eigruber, gobernador nazi de Oberdonau, la región austriaca en que se encontraba Mauthausen. Él era el responsable último del campo, por encima incluso del comandante Franz Ziereis. Eigruber describió así la suerte que habían corrido hasta entonces los republicanos capturados por el Ejército alemán: «En Mauthausen, cerca del Danubio, hay un gran campo de concentración. Allí hay 6000 rojos españoles, aquellos revolucionarios españoles que se alzaron contra el fascista Franco, y que lucharon contra España por una España soviética. Ese era su eslogan. Estaban comandados por generales de la Rusia soviética, oficiales de la Rusia soviética que lucharon con armas de la Rusia soviética. Cuando Franco venció, se exiliaron en Francia, y cuando ocupamos Francia el año pasado, el señor Pétain nos dio a aquellos 6000 rojos españoles y nos dijo: “No los necesito, no los quiero”. Le ofrecimos aquellos 6000 rojos españoles a Stalin y la Rusia soviética porque son luchadores por una revolución mundial. Y el señor Stalin y su Komintern no aceptaron. Ahora están en Mauthausen; están allí para siempre. Al final no podemos crear una colonia española. No podemos asentarlos en ningún lugar. ¿Qué se supone que debemos hacer con ellos?»[347].

Se trata de una afirmación clara pero que no cuenta con prueba documental alguna que la avale. Sin embargo, ¿por qué iba a mentir Eigruber? No parece que lograra ganar nada revelando a sus conciudadanos la complicidad de Pétain y la indiferencia de Stalin. Hay otro hecho que contribuye a dar credibilidad a lo dicho por el dirigente nazi. Sí existen pruebas documentales, como hemos visto en este libro, que apuntan claramente a que las autoridades del Reich consultaron el destino de los prisioneros republicanos con la Francia de Pétain y con la España de Franco; comunicaciones entre los tres gobiernos en las que se ven con nitidez las dudas que los alemanes tenían a la hora de tratar a nuestros deportados. En la lógica nazi de que se trataba de «rojos» españoles, «luchadores por una revolución mundial» como dijo Eigruber, extender esa consulta también a su aliado soviético no parece una opción nada descabellada.

DE CAMARADAS A TRAIDORES

El fin de la guerra y la llegada de la ansiada libertad abrieron un último capítulo de

humillaciones y sufrimiento para algunos prisioneros comunistas españoles. Ocho días después de ser liberados, los deportados que pertenecían al PCE celebraron un multitudinario pleno en el propio campo. En la reunión se congratularon por la derrota del fascismo y se comprometieron a seguir luchando para acabar con el régimen de Franco. El desarrollo del largo pleno quedó inmortalizado en un acta redactada por el aragonés Mariano Constante, que ejercía como secretario del partido. En ella se pueden leer las proclamas con que concluyó la reunión: «Hay que volver fuertemente unidos para implantar nuevamente nuestra República. ¡Viva el Partido Comunista! ¡Viva Stalin! ¡Viva Pasionaria!». En el momento en que vitoreaban al líder soviético, los demacrados asistentes no eran conscientes de que Moscú no les miraba precisamente con simpatía; ni a ellos ni a los miles de soldados de la URSS que habían logrado sobrevivir a su paso por los campos de concentración nazis. Stalin y la Internacional Comunista habían llegado a una «brillante» conclusión: quienes habían conseguido salir con vida de aquel infierno, solo podían haberlo logrado traicionando sus ideales y siendo cómplices del enemigo.

Ajenos todavía a esa realidad que se impondría durante los meses siguientes, los dirigentes de la organización comunista de los prisioneros de Mauthausen seguían mirando con admiración hacia Moscú. Nadie dudaba de que el papel del Ejército Rojo había sido decisivo en la derrota alemana. Eran unos días de desesperante espera en el campo de concentración en el que habían pasado casi cinco años. Estaban libres pero no podían partir porque nadie parecía querer hacerse cargo de ellos. Las tropas estadounidenses seguían sin evacuarles y, por ello, la dirección del PCE decidió, finalmente, enviar una delegación para contactar con el alto mando soviético que se encontraba estacionado a unos 120 kilómetros de distancia. El objetivo era que los «camaradas» del Ejército Rojo conocieran su situación y tomaran cartas en el asunto.

Mariano Constante y otros tres compañeros consiguieron un vehículo y partieron rumbo a la ciudad de Krems. Tras una odisea en la que los soldados rusos estuvieron a punto de requisarles el coche en el que se desplazaban, los cuatro españoles lograron entrevistarse con uno de los generales soviéticos. Constante reproduce la conversación que mantuvieron con él: «La primera impresión fue notar lo inoportuno de nuestra visita. En pocas palabras le puse al corriente de nuestra situación, y le dije que esperábamos que intervinieran para obtener nuestra evacuación. “En la URSS vosotros no tenéis nada que hacer. La revolución ya la hicimos nosotros hace muchos años. Vuestro deber es regresar a España”. Palabra que nunca esperamos ser acogidos con tanta frialdad. Yo insistí: “Pero, camarada General, nosotros no pretendemos hacer la revolución en vuestro país. Pedimos sencillamente que la URSS nos ayude a salir de Mauthausen y que podamos regresar a Francia, donde combatimos antes de ser deportados. Nosotros conocemos muy bien cuál es nuestro deber, camarada General (…)”. Se veía claramente que ellos tampoco querían cargar con nuestro

problema». La delegación volvió a Mauthausen con las manos vacías, un puñado de buenas palabras y demasiadas decepciones. Estaba claro que los soviéticos tampoco querían saber nada de ellos.

La tristeza se multiplicó hasta el infinito poco después de abandonar el cuartel soviético: «Cuando regresábamos hacia Mauthausen nos cruzamos con una columna de compañeros rusos, exdeportados del campo, que se dirigían a pie hacia su país; iban escoltados como si fueran prisioneros. Fue años más tarde cuando comprendí que aquella hostilidad había sido propagada por Stalin y su camarilla. Muchos deportados, liberados de los campos nazis, fueron perseguidos luego en la URSS»[348].

Tal y como afirma Constante, un importante número de los soviéticos que habían logrado sobrevivir al inhumano trato de los miembros de las SS, en lugar de ser recompensados por su patria, fueron acusados de espías o traidores y acabaron en los gulags. Allí, sobre el hielo siberiano, se encontraron con varios centenares de republicanos españoles. Se trataba de algunos de los combatientes comunistas que se exiliaron en la URSS tras el triunfo franquista y también de varios de los llamados niños de la guerra. Por considerárseles disidentes políticos o, en otros casos, por haber cometido delitos comunes, fueron trasladados a los campos de concentración de Stalin donde un número indeterminado acabó muriendo.

El historiador Secundino Serrano ha podido documentar el paso de 185 republicanos por los gulags soviéticos: «Acabaron en los campos de trabajo por una convergencia de factores, incluida la mala suerte. En primer lugar porque muchos de los futuros internados no querían regresar a la España de la dictadura, sino reemigrar a algún país latinoamericano. En segundo lugar, porque en 1940, en el marco del pacto germano-soviético, la Embajada alemana en Moscú consiguió la autorización de salida para varios de esos españoles y el franquismo se negó a recibirlos. En tercer lugar, porque las autoridades soviéticas, apoyadas por los comunistas españoles, pusieron numerosas dificultades para salir de la URSS. Pero el episodio fundamental fue la invasión de Rusia por los nazis: a partir de ese momento, todo extranjero era sospechoso y, si ponía dificultades, tenía todas las papeletas para acabar entre alambradas».

La penúltima decepción para los deportados comunistas españoles llegó a su regreso a Francia, cuando fueron conscientes de que las paranoicas ideas de Stalin habían calado también en la dirección de su partido. Una sombra de sospecha planeaba sobre todos ellos. Traidores, espías, cómplices del fascismo… una serie de acusaciones que caían como una losa sobre quienes habían pasado largos años resistiendo las torturas de los nazis y viendo cómo caían muchos de sus compañeros. Los miembros más destacados de la organización comunista en Mauthausen fueron llamados a comparecer ante la dirección del PCE, reunida en Toulouse. A esas alturas ya no esperaban que les recibieran como a héroes, pero lo que no les entraba en la

cabeza era que fueran tratados como verdaderos criminales. Mariano Constante explica lo ocurrido: «Nos tuvieron sentados en el suelo. Exactamente igual que nos había pasado cuando esperábamos reunirnos con los oficiales soviéticos cerca de Mauthausen. Se nos reprochaba que habíamos dejado morir a la gente para sobrevivir nosotros. Se nos dijo que si fuera un gobierno popular el que tuviera el poder, “mañana mismo os fusilaríamos”. Les mandamos a hacer puñetas. Les dije que volvería a trabajar por el partido cuando hiciéramos una reunión para discutir el papel del PCE en Mauthausen. Y todavía la estoy esperando». Junto a Constante, sentado en el suelo, se encontraba también Joan Tarragó: «Los de la ejecutiva solo estaban de acuerdo con Stalin, que consideraba que cada exprisionero de guerra podía ser un traidor o un espía»[349].

La práctica totalidad de los deportados de Mauthausen fueron expulsados del partido. Se abrieron investigaciones en las que se analizó su comportamiento durante el cautiverio y se realizaron informes sobre ellos. Esas fichas quedaron guardadas en los archivos del PCE y reflejan la forma en que se dudó de la honestidad de los supervivientes. En el análisis, algunos, como el escritor Jorge Semprún, salieron bien parados: «Militante de Buchenwald. Hijo del embajador español en Holanda. Sobrino de Maura. Estudiante de Filosofía. Quiere al P[350]. Formación intelectual. Poca experiencia orgánica. Inteligente». En cambio, otros deportados, basándose en rumores y testimonios poco fiables, fueron acusados de «degenerados» e incluso de pederastas.

Este despropósito inicial se fue solventando con el paso del tiempo y gran parte de los expulsados fueron readmitidos en el partido. Sin embargo, ninguno de ellos volvió a repetir aquella manida frase en la que tanto creyeron: «Si Stalin lo hace, por algo será».

10

Libertad

> «Primero fue la alegría, pero después estuvimos un mes en Mauthausen porque nadie nos quería. Los soviéticos se iban a Rusia, los franceses a Francia y los españoles nos quedamos allí… solos».
>
> JOSÉ ALCUBIERRE
> Deportado n.º 4100 del campo de concentración de Mauthausen

Los últimos días de cautiverio en Mauthausen fueron inquietantes y extraños. La campana que anunciaba el comienzo de la jornada dejó de sonar. Manuel Alfonso fue de los pocos que siguió acudiendo a su puesto de trabajo: «Nos quedábamos más tiempo en la cama pero seguíamos trabajando. Yo no sé cuándo dejaron de hacerlo los demás. Nosotros, los que estábamos en la oficina de arquitectos seguimos yendo hasta el último momento. Estábamos mejor allí. Yo me dedicaba a hacer dibujos para mí. Un día, el oficial SS que estaba al mando me mandó hacer un paquete con las cosas de valor para llevárselas a su casa».

Según el testimonio del español Ramón Bargueño, un amplio grupo de oficiales celebró una fiesta de despedida la noche del 2 de mayo. Al día siguiente los SS comenzaron a marcharse. Querían que la derrota final les sorprendiera en el frente y, de esta manera, que los aliados les identificaran como combatientes y no como guardianes de los campos de la muerte. Los oficiales de mayor rango sabían que su futuro era mucho más complicado. Algunos huyeron vestidos de paisano, mientras que otros lucieron orgullosos sus mejores galas hasta el último momento. A lo largo del día 3, el comandante Ziereis cedió la custodia del campo al capitán Kern, que dirigía una unidad policial llegada desde Viena.

Bachmayer se marchó conduciendo su propia moto, pero antes se despidió del español Joan de Diego, con el que había tenido mucha relación por su trabajo en la secretaría del campo: «Estábamos todos formados y Bachmayer estaba en su moto, con los guantes blancos, vestido casi de gala. Me llama y me dice: “Joan, yo me voy”. Yo le dije: “Mi comandante, yo me quedo”. Me preguntó: ¿Qué piensas de esto? Yo le dije estas palabras: “Para ustedes la noche y para nosotros la luz”. Se

quitó el guante, me tendió su mano y me dijo: “Que tengas suerte, español”»[351].

Cuando los prisioneros se despertaron el día 4, comprobaron que en el campo ya no quedaba ni un solo SS. El niño judío, Siegfried Meir, fue de los primeros en percatarse del cambio: «En la barraca oíamos el ruido de los cañones cada vez más cerca. Los SS habían sido sustituidos por policías que no llevaban el uniforme de nazis. La desorganización era total. Ya no entraba comida ni nada. Sentíamos un poco de miedo pero también la estimulación de la inminente liberación».

El Comité Internacional de los prisioneros trató entonces de tomar las riendas de la situación y habló con el capitán Kern, responsable de los nuevos guardianes de Mauthausen. Este les aseguró su intención de hacer mantener el orden en el recinto pero sin ejercer violencia alguna contra los internos. Los líderes de la organización le exigieron que sus agentes no penetraran en el interior del campo. Fue un día extraño, una jornada de tensa espera en la cual los policías vigilaban con más temor que convencimiento desde las garitas, mientras los prisioneros aguardaban la llegada de sus libertadores.

En Gusen los tiempos fueron diferentes. Los deportados trabajaron, incluso, la jornada del día 4. José Marfil y el resto de los españoles que se encontraban allí no vieron huir a los SS hasta la madrugada del día 5: «Recuerdo que yo esperaba que la campana sonara para ir al trabajo y, efectivamente sonó, pero nadie se movía. No se oía nada, ni los habituales gritos de los *kapos* ni nada. Solo silencio. Salí de la barraca sigilosamente para ver lo que ocurría y me encontré con que ya no teníamos como guardianes a los SS. En su lugar había unos hombres mayores con uniformes de policía. Se les veía aterrorizados por lo que estaban viendo, por el lamentable estado en el que nos encontrábamos».

VEINTITRÉS HOMBRES BUENOS

La liberación no fue fruto de una planificada operación de rescate, sino un hecho casual y fortuito. El sargento Albert J. Kosiek dirigía uno de los pelotones de reconocimiento de la 11 División Acorazada del Ejército norteamericano, conocida con el sobrenombre de Thunderbolt. El pelotón estaba formado por 23 hombres que se repartían entre cuatro *jeeps* y tres vehículos blindados. La misión que se les había asignado en esa mañana del 5 de mayo de 1945 era reconocer el estado de un puente ubicado en la zona de St. Georgen.

Kosiek explica que la primera sorpresa del día se produjo poco después de iniciar su recorrido, en el pueblo de Lungitz: «De pronto, uno de nuestros hombres tropezó con algunas personas que parecían estar en unas grandes jaulas». Kosiek acababa de llegar a Gusen III. Este pequeño subcampo se abrió en diciembre de 1944 y albergaba a unos 300 prisioneros. Su trabajo se repartía entre una panadería, varios almacenes en que se guardaban las piezas de los aviones construidas en la planta de

Messerschmitt y la excavación de un túnel para conectar el campo con las fábricas subterráneas de Bergkristall. Los policías de Viena que guardaban el campo se rindieron sin oponer resistencia. Kosiek les hizo prisioneros y ordenó a dos de sus hombres que les escoltaran hasta el cuartel general que su unidad tenía a poco más de 10 kilómetros de allí, en la localidad de Gallneukirchen.

Tras este inesperado contratiempo, Kosiek trató de seguir adelante con su misión y se dirigió al puente que debía inspeccionar. Sin embargo, en su camino se topó con el pertinaz delegado de la Cruz Roja, Louis Haefliger. Temiendo que los SS ejecutaran sus planes de exterminar a todos los prisioneros, había salido a buscar a las tropas aliadas. Kosiek escuchó sus explicaciones sobre la existencia de un gran campo de concentración «más allá del puente que debíamos chequear». A través de su radio de campaña, el sargento pidió permiso a su superior para dirigirse hacia Mauthausen: «Fue difícil para mí obtener su aprobación porque suponía sobrepasar los límites de la misión que teníamos asignada, provocando un riesgo innecesario por lo que a nosotros respecta. Finalmente aceptó, aunque insistió en que permaneciéramos en contacto permanente por radio»[352].

Kosiek cumplió primero su objetivo de revisar el puente sobre el Danubio. Tras confirmar que se encontraba en perfecto estado y que podría ser utilizado por el grueso de sus tropas, continuó su trayecto en la dirección que le había indicado Haefliger. Poco después se topó con el muro y las alambradas de Gusen. Nuevamente los policías de Viena depusieron sus armas sin que los soldados estadounidenses tuvieran que realizar ni un solo disparo. Existen versiones contradictorias sobre si Kosiek y sus hombres llegaron a entrar en el recinto. Lo que sí es seguro es que el pelotón pasó poco tiempo y no tuvo ocasión de percatarse del calamitoso estado en que estaban los reclusos. Los estadounidenses desarmaron y evacuaron a los guardianes. Los prisioneros que se acercaron hasta los soldados estadounidenses escucharon las palabras tantas veces soñadas: «Sois libres».

José Marfil sintió una emoción que no ha vuelto a experimentar en toda su vida: «Aquello no se puede describir. Fue una alegría inmensa pero no fue completa. La situación era terrible, por todas partes había cadáveres, hombres moribundos y todos estábamos muy hambrientos». En cuanto se marcharon los soldados estadounidenses, la euforia se mezcló con la desesperación y con los deseos de venganza. Unos 800 españoles fueron protagonistas y testigos de estos hechos. Enrique Calcerrada describe lo que ocurrió en esos momentos: «Se inició en el recinto un zipizape monumental en el que cada cual dio rienda suelta a sus anhelos, promesas y rencores. Carreras, ataques, abrazos, gritos, encontronazos violentos, llantos, aullidos vengativos y quejidos lastimeros inundaron el campo. Los *kapos* perseguidos se lanzaban a las alambradas, que ya no tenían fluido eléctrico, o trataban de escapar corriendo hacia el exterior. Unos presos corrían en busca de comida; otros salían fuera de los muros buscando el aire de la libertad recuperada; algunos ejecutaban sus proyectos de venganza, atacando violentamente a los autores de los abusos

cometidos, de las humillaciones, de los desvaríos. Aquí golpeaban con un mandoble sobre el vientre de un *kapo*; allí un grupo enrabietado sacudía a un funcionario por todos los costados; más allá otro grupo corría tras un desesperado que, atajado, caía, entre una nube de golpes, al suelo, de donde no se levantaría más».

Emilio Caballero hace hincapié en los momentos de tensión que se vivieron entre españoles y polacos, la nacionalidad a la que pertenecía la mayor parte de los *kapos*: «Yo buscaba a aquel canalla que tanto y tanto nos martirizó en la barraca. Se trataba de un tipo mal parido, como vulgarmente se dice. Hasta que el ambiente no se calmó un poco no paré; no puedo decir lo que hubiese ocurrido si llego a encontrarle. Dentro de dos barracas pillaron a un austriaco que fue *kapo* de la compañía disciplinaria, lo dejaron en el suelo como un águila destrozada por un disparo. Entre los españoles y los polacos hubo un momento "oscuro", pero, finalmente, todo se calmó».

Servídeo García resume las consecuencias que provocaron estos actos de violencia: «Es así como, a los cuarenta minutos de estar en posesión de hacer justicia, yacían unos 80 cadáveres a la puerta del crematorio. Allí se podía reconocer a todos los verdugos que hasta ese momento habían vivido a costa de estrangular y arrebatar la vida de millares de infelices de todas las nacionalidades y clases sociales».

Uno de los primeros en caer, según pudo ver Fernando García, fue el sanguinario *kapo* español apodado el Tirillas: «Los parias no tenían fuerzas ni para ponerse en pie para recibir la libertad. Pero fue tan grande aquel 5 de mayo, que los desgraciados que se encontraban en el suelo esperando la liberación, la gran mayoría se puso en marcha, lo mismo que una máquina, sin decir ni una sola palabra. Todos pensaban lo mismo: "A por ellos". En unos minutos el Tirillas y otros más recogieron lo que ellos habían sembrado, fueron apaleados, pisoteados, hasta terminar con ellos; y por último arrastrados lo mismo que se suele hacer con los toros en las plazas después de terminada la corrida»[353].

En esos momentos, quien iba a contracorriente era Cristóbal Soriano que trataba de salvar la vida de un amigo: «Durante los últimos meses, un *kapo* alemán me había ayudado a sobrevivir. Era un actor de teatro que acabó en el campo porque se oponía a la política de Hitler. Yo le hacía la cama y él me daba algo más de comida y me reservaba trabajos menos duros. Aunque era una buena persona algunos prisioneros quisieron matarle. Yo les decía: "Hay alemanes buenos y alemanes malos", pero no me hacían caso. Al final, conseguí sacarlo con vida del campo y nos escapamos los dos juntos de allí».

Pasadas esas primeras horas de locura, buena parte de los españoles se reunieron en torno a una bandera republicana que habían confeccionado durante los últimos días de cautiverio. Servídeo García, Jacint Carrió y Enrique Calcerrada estaban en ese grupo: «Dimos una vuelta al campo cantando nuestros himnos épicos y patrióticos, entre los que destacaban el *Himno de Riego*, símbolo de nuestra República y *La Marsellesa*, que simboliza la libertad». Pese a instantes y gestos como este, la falta de

una organización política entre los presos de Gusen provocó que el campo permaneciera sumido en el caos durante días.

SE ABREN LAS PUERTAS DE MAUTHAUSEN

Era mediodía cuando el pelotón liderado por Kosiek llegó a las inmediaciones del campo central. El sargento estadounidense y sus hombres, ahora sí, se encontraban con la imagen real de Mauthausen: «Detrás de la cerca había cientos de personas que se volvieron locos de alegría cuando nos avistaron por primera vez. Fue un momento que nunca olvidaré. Algunos estaban cubiertos con una manta y otros estaban completamente desnudos. Había hombres y mujeres revueltos, tenían el aspecto más demacrado que he tenido el disgusto de ver en mi vida. Todavía sacudo la cabeza con incredulidad cuando recuerdo esa imagen porque casi no parecían seres humanos». Kosiek aún no había traspasado los muros de la fortaleza. Los prisioneros que se le acercaban provenían del campo de tiendas en el que se concentraban los judíos o eran algunos de los miles de moribundos que se hacinaban en el campo ruso. Tras calmarse algo los ánimos, los soldados aliados llegaron a la puerta principal de la fortaleza: «Detrás de esa puerta cientos de prisioneros estaban en formación y cuando entré estaban tan felices de ver a un soldado estadounidense que todos empezaron a gritar, a gritar y llorar». Allí se encontraban algo más de mil españoles, entre los que se desató la euforia. Terminaba un cautiverio que, para la mayoría de ellos, se había prolongado durante cuatro y cinco años.

Juan Romero miraba los uniformes de los soldados norteamericanos una y otra vez: «Yo no podía creérmelo. Me costaba creer que aquello era real. La gente gritaba, lloraba de alegría, se abrazaba…». Siegfried Meir, el niño del que cuidaban los españoles, vivió ese momento como si fuera una gran fiesta: «No era muy consciente de lo que estaba ocurriendo, no estaba convencido de que el final había llegado. Pero como veía a los demás llorando de alegría, pues yo también participé de la euforia general. Recuerdo que me subí a uno de los vehículos de los americanos y uno de los soldados me dio un chicle. Yo no sabía lo que era un chicle, así que pensé que era un caramelo y me lo tragué. Fue todo una locura porque ves a la gente a tu alrededor, tan feliz, gritando… que forzosamente participas de ello. Aquello fue una especie de grito general de “viva la libertad”. Un día antes había cumplido los once años, así que la liberación fue un gran regalo de cumpleaños».

Sobre la puerta principal, mirando hacia el interior del recinto, se extendía una gran pancarta en la que se podía leer en perfecto castellano «los españoles antifascistas saludan a las tropas liberadoras». El texto aparecía también escrito, en caracteres más pequeños, tanto en inglés como en ruso. En el centro aparecían pintadas las banderas soviética, británica y norteamericana[354]. El barcelonés Francesc Teix, con la ayuda de otros republicanos, la había fabricado en la barraca 11,

aprovechando el descontrol y la falta de vigilancia durante las últimas horas de cautiverio. Santiago Bonaque le ayudó en su trabajo: «Las banderas ya estaban dibujadas y los textos en inglés y ruso. Teix empezó entonces el texto en castellano. De pronto, el republicano que vigilaba desde el techo del crematorio empezó a gritar que ya llegaban los tanques. A Teix le faltaba terminar la última palabra del texto castellano, “libertadoras”. La terminó a toda prisa con cuatro pinceladas». Y así se puede ver en las imágenes que se tomaron tras la liberación. En un texto cuidadosamente perfilado, la pancarta acaba rematada con la palabra «liberadoras» escrita de forma apresurada y tosca. Era lo que menos importaba en esos históricos momentos. Un grupo de prisioneros, en su mayor parte españoles, se congregaba junto a la puerta de los garajes para acabar con el principal símbolo del campo. Ayudados por unas cuerdas, en unos segundos arrancaron del inmenso zócalo el águila de piedra, en cuyas garras destacaba la siniestra esvástica.

El entusiasmo fue acompañado de todo tipo de incidentes. En la cocina tenía lugar una batalla campal para hacerse con los alimentos que almacenaba en su despensa. Kosiek con sus hombres y varios policías de Viena trataron de frenar el tumulto: «Cuando llegué a la cocina, la puerta estaba bloqueada y tuve que saltar por una ventana. Los deportados estaban sumergiendo sus manos en grandes ollas con sopa para bebérsela. Otros estaban robando gallinas y peleando entre ellos. Les grité en inglés, pero no conseguí nada. Finalmente disparé unas cuantas veces al techo y comenzaron a salir de la cocina».

Fue en ese momento cuando los soldados norteamericanos fueron informados de la existencia del Comité Internacional. Sus responsables se ofrecieron para colaborar en el restablecimiento del orden y cumplieron el objetivo en un corto espacio de tiempo. Kosiek se encargó entonces de desarmar a los policías de Viena. A esas alturas, eran ya muchos los prisioneros que estaban armados. Siguiendo las instrucciones del Comité Internacional habían asaltado los arsenales y formado grupos para vigilar y mantener la paz en el recinto.

Kosiek aún se llevó una sorpresa mayor cuando fue invitado a participar en un pequeño acto de bienvenida, en el que hablaron varios representantes de la organización y que terminó con la interpretación del himno norteamericano por parte de la banda de música de los prisioneros. Kosiek creyó sentirse, según sus propias palabras, «como una celebridad en el Soldiers Field[355] de Chicago».

Tras el festivo recibimiento, los dirigentes del Comité Internacional le mostraron la cara amarga de la moneda: «En el fondo del patio había cuerpos apilados en un montón. Se podría pensar que no se trataba de seres humanos si no fuera porque podían reconocerse ciertas características físicas. Los cadáveres estaban siendo devorados por las ratas y a nadie parecía importarle. Luego nos mostraron donde gaseaban a la gente y los grandes hornos en que les incineraban. Nunca vi tantas personas muertas alrededor de mí en toda mi vida. Vi cosas que nunca hubiera creído si no las hubiera contemplado con mis propios ojos. Nunca pensé que los seres

humanos podían tratar a otros seres humanos de esta manera. Las personas que estaban con vida hacen que me pregunte lo que los mantuvo vivos. Eran solo piel y huesos».

Traumatizado por todo lo vivido, Kosiek tenía que regresar a su cuartel general. Una de sus principales preocupaciones durante la visita había sido averiguar el número de prisioneros estadounidenses que había en Mauthausen para proceder a su evacuación. Tan solo había tres. El reloj aún no marcaba las cinco de la tarde cuando emprendieron la marcha. Habían pasado algo más de cuatro horas en el campo central y, ahora, el pelotón de 23 hombres se marchaba con tres compatriotas y un militar británico liberados, escoltando a 1800 prisioneros austriacos.

Por increíble que parezca, un deportado español se había perdido todos estos acontecimientos. Manuel Alfonso, el dibujante al que todos conocían como Pajarito, se desmayó de la emoción cuando sintió la llegada de los soldados aliados: «No sé qué me pasó, pero perdí el sentido. Debí pasar dos o tres horas inconsciente porque cuando me desperté había un silencio absoluto. Fue entonces cuando me di cuenta de lo que había ocurrido. Me fui al lugar en el que almacenaban toda la ropa para ver si era capaz de encontrar la mía, la que me habían quitado cuatro años atrás. Todo estaba revuelto y pisoteado, así que cogí una chaqueta azul; con ella y con mi pantalón a rayas llegaría, días después, hasta París». Cuando despertó Manuel, los miembros de la organización internacional controlaban el campo. En grupos, patrullaban el recinto y se preparaban ante un hipotético ataque de los SS. En los momentos iniciales de descontrol, varios *kapos* habían sido linchados. Sin embargo, los actos de venganza y violencia fueron infinitamente menores que los que se habían producido y se seguirían repitiendo en Gusen. La noche del 5 de mayo comenzaba en Mauthausen con calma, pero también con una enorme incertidumbre.

HISTORIAS POCO CONTADAS

La liberación del campo central ha sido descrita en innumerables ocasiones. En cambio lo ocurrido en Gusen y, sobre todo, lo que sucedió en otros subcampos ha pasado prácticamente desapercibido para la mayoría de los historiadores.

En Ebensee, 90 kilómetros al suroeste de Mauthausen, se apiñaban más de 18 000 prisioneros. En la mañana del 6 de mayo, dos pelotones estadounidenses estuvieron en las cercanías del campo, pero ninguno de ellos avanzó hasta él. Tuvo que ser una tercera unidad militar estadounidense la que reventara el acceso principal del recinto y liberara a los deportados. Eran las tres de la tarde cuando se abrían las puertas del último campo de concentración de la historia de la Alemania nazi. 1200 cadáveres se amontonaban cerca del crematorio y el número de moribundos se contaba por centenares. Pese a la existencia de una importante organización internacional, la sed de venganza degeneró en una violencia generalizada. Marcial Mayans no se

arrepiente de haber participado en la ejecución de los *kapos* más sanguinarios: «Los detuvimos enseguida. Hubo compañeros que les pisaban la cabeza o que se las aplastaron con grandes piedras. Yo sentía algo de miedo por todo aquello, pero se lo merecían porque eran unos asesinos. Mataban por matar, fueras de la nacionalidad que fueras. Hubo otros a los que arrojamos a una especie de piscina que había para almacenar agua por si se producía algún incendio. Cuando trataban de salir de ella, les pisábamos, les tirábamos piedras… hasta que morían ahogados y apaleados. Tienes que haber vivido aquello para saber lo que eran esos hombres, para ser consciente de lo que fueron capaces de hacerles a decenas y decenas de personas inocentes e indefensas. Merecían la muerte».

El caos se extendió más allá de las fronteras del campo. Centenares de prisioneros esqueléticos huyeron y sembraron el pánico en las granjas vecinas. Se produjeron saqueos por toda la región. En el *revier*, cerca de un millar de enfermos murió durante las primeras horas de libertad debido a su precario estado de salud.

Menos dramática pero igualmente peligrosa era la situación que sufría en esos momentos un grupo de españoles que trabajaban en Sankt Lambrecht. Este *kommando* de trabajo, dependiente de Mauthausen, estaba ubicado en un bello monasterio benedictino situado 180 kilómetros al sur del campo central. En él también estaban recluidas mujeres testigos de Jehová. El ilicitano Manuel Amorós llevaba casi dos años internado allí: «A medida que iban avanzando las fuerzas aliadas, los miembros de las SS y los *kapos* huyeron y dejaron el lugar sin vigilancia»[356].

Su compañero de cautiverio, Joaquim Aragonés, relata la extraña situación en que quedaron después de ese momento: «El 5 de mayo de 1945 llegó al monasterio el comandante del sector vestido de paisano, nos dirigió unas palabras diciéndonos que la guerra había terminado. Nadie dijo nada, todos escuchábamos con un silencio increíble, sin expresión de alegría. Nos deseó buena suerte y ordenó que nos dieran algo de comida. Los primeros días en libertad nos quedamos en el monasterio. Las presas nos cocinaban los alimentos. Nos habían alertado de que querían llevarnos a unas minas llenas de dinamita»[357]. Efectivamente, tal y como cuenta Aragonés, hasta en el pequeño y tranquilo Sankt Lambrecht los SS planearon la exterminación de prisioneros y prisioneras. Aunque no pudieron llevar a cabo sus planes, Manuel Amorós recuerda lo que les ocurrió uno de aquellos días de precaria libertad: «Fue entonces cuando algunos habitantes del pueblo, acompañados por agentes de la policía, nos encerraron en una granja y nos dijeron que no saldríamos de allí con vida». Tras cerca de 24 angustiosas horas, otro grupo de austriacos no solo les liberó sino que trató de ganarse su favor regalándoles dinero. El 11 de mayo, por fin, un grupo de soldados británicos se desplegó en la zona y garantizó la seguridad de los, ahora sí, liberados.

A otros prisioneros la libertad les sorprendió en plena evacuación. Los SS les trasladaban desde alguno de los subcampos, huyendo de los avances aliado y soviético. Así fue como Francisco Griéguez se topó con la libertad en medio de una carretera: «Llevábamos ya dos días y dos noches caminando hacia Mauthausen, escoltados por varios alemanes. Y, de repente, cuando tomamos una curva que hacía la montaña, nos encontramos con los tanques americanos. Si nos hubieras visto. Todos gritando, nos abrazamos, lloramos, reímos, nos tiramos por el suelo. Fue un momento inolvidable».

Josep Figueras y Mariano Laborda se encontraban a bastantes kilómetros de distancia el uno del otro pero vivieron experiencias muy similares. Figueras estaba siendo evacuado del subcampo de Passau II, donde existía un pequeño *kommando* de trabajo. En la marcha había otros tres catalanes y un aragonés que, junto a él, lograron fugarse aprovechando un descuido de los SS que les escoltaban. Los cinco permanecieron durante días escondidos en los bosques. Evitaban, a toda costa, encontrarse con cualquier persona que pudiera delatarles. Por esa razón, hasta el día 8 de mayo no se enteraron de que la zona llevaba ya 72 horas bajo el control de las tropas aliadas. El zaragozano Mariano Laborda se fugó junto a su paisano Marcelino Beguería, mientras eran trasladados a Gusen desde el subcampo en que estaban recluidos. Ambos permanecieron ocultos en la montaña hasta que, una mañana, vieron a una civil austriaca que portaba una bandera blanca. Al encontrarse con ellos, la mujer se sorprendió de que los famélicos y asustados prisioneros no supieran que la guerra, a esas alturas, ya era historia.

Hubo un grupo de españoles que alcanzaron la libertad antes que el resto de sus compañeros. Los jóvenes «pochacas», desde el otoño de 1944, disfrutaban de un estatus especial que les permitía vestir de paisano y moverse casi sin restricciones por toda la zona. Los días previos a la liberación, ninguno de ellos trabajaba ya, ni se dejaba ver por las proximidades del campo. Ramiro Santisteban estaba empleado en una panadería de la ciudad de Linz: «Iba por sus calles vestido de civil y me movía libremente. A través de otros compañeros me llegaba información de cómo se encontraba mi padre, que seguía en el campo». José Alcubierre prácticamente vivía en la casa de Anna Pointner, la mujer que tenía escondidas las fotografías que habían sacado del estudio fotográfico de Mauthausen: «Nosotros llevábamos días haciendo lo que nos daba la gana. Se puede decir que ya éramos casi libres. Por eso, en la mañana del día 5 yo estaba tranquilamente en la casa de Anna. Habíamos visto cómo los SS se marchaban durante los días anteriores. Cuando nos enteramos de que habían llegado las tropas norteamericanas, nos juntamos todos los “pochacas” y subimos al campo. Cuando llegamos, vimos que aquello era una merienda de negros. Los españoles estaban más o menos bien, pero había muertos por todas partes. Muchos muertos».

ABANDONADOS A SU SUERTE

La tarde del 5 de mayo, entre 40 000 y 50 000 hombres, mujeres y niños quedaban abandonados en Mauthausen y Gusen. Cumpliendo órdenes de sus superiores, el pelotón de 23 soldados dirigido por Kosiek tuvo que regresar a su cuartel general con los policías de Viena capturados. El alto mando estadounidense, pese a conocer por boca del sargento la terrible situación que se vivía en los campos, decidió no hacer nada. No se envió ni a un solo soldado para garantizar el orden y la seguridad de los hambrientos y desesperados prisioneros, ni un médico para atender a los millares de enfermos. El campo central quedó bajo el relativo control del Comité Internacional, pero Gusen continuó sumido en un absoluto caos que describen los supervivientes. José Marfil narra cómo los prisioneros se lanzaron enloquecidos a la búsqueda de comida: «Todo el mundo estaba muy hambriento. La gente salía en todas direcciones. Lo único que les interesaba era encontrar una casa en la que poder obtener alimentos». Cuando encontraban una granja, la asaltaban y se comían todo lo que podían. María vivía en una de las casas que fueron invadidas por los prisioneros: «Yo estaba muy asustada. Los SS siempre le decían a la gente que si los prisioneros escapaban, matarían a todo el mundo. Pero lo que hicieron fue matar un caballo, le sacaron el hígado y me pidieron que lo friera. Recuerdo que lo hice, e incluso que le puse algo de cebolla».

Otro de los problemas para los liberados era que sus atrofiados aparatos digestivos no podían soportar la ingestión de tanta comida. El yugoslavo Dusan Stefancic vio morir a muchos compañeros con el estómago reventado: «Comían todo lo que encontraban y caían enfermos inmediatamente. Los americanos no se dejaron ver en días. Ese retraso fue fatal para muchos presos porque comieron sin control con desastrosas consecuencias. Los prisioneros no estaban en condiciones psicológicas ni físicas para alcanzar un destino. Algunos desaparecieron, otros fueron retornados por los americanos en un estado lamentable». Karl Littner explica también cómo la ola de violencia que se desató no solo acabó con los *kapos*: «Los americanos habían hecho una pira con las armas de los guardias austriacos y le prendieron fuego. Una vez que se fueron, un grupo de rusos locos recuperaron las armas que aún no habían ardido y comenzaron a disparar, matando a algunos de nuestros hermanos».

Se calcula que no menos de 500 prisioneros murieron violentamente en Gusen en las horas que siguieron a la liberación. Los españoles que se hallaban allí decidieron marcharse hacia el campo central, donde pensaban contar con el apoyo de sus compatriotas y de la organización internacional. Sin embargo, lo que se encontraron a su llegada tampoco les gustó. Emilio Caballero y Servídeo García hablan de reyertas, pilas de muertos por todas partes y una enorme masificación. Enrique Calcerrada, además, se sintió como un prisionero de segunda porque sus compañeros no les hicieron ningún caso. Por ello, los tres decidieron volver nuevamente a Gusen a la

mañana siguiente. El testimonio de Emilio Caballero resulta muy esclarecedor; describe cómo cuando llegaba a Mauthausen pensaba que no había nada peor que aquello, por lo que volvía a Gusen donde, ante el horror que contemplaba, se arrepentía inmediatamente de haber regresado. Emilio hizo varias veces a pie los cinco kilómetros que separaban ambos campos, sin saber en cuál de los dos infiernos instalarse.

La experiencia que le tocó vivir a José Marfil refleja también el dramatismo de aquellas horas: «Yo tenía un gran amigo que se encontraba en la enfermería de Gusen. Allí no había nada, así que decidí llevármelo a Mauthausen. Mi amigo se colgó de mí y nos siguieron otros tres enfermos que tampoco querían quedarse allí porque nadie se ocupaba de ellos. El camino lo tuvimos que hacer muy despacio y parando a cada momento porque estaban muy débiles. Cuando llegamos a Mauthausen era muy tarde. Aquello estaba mucho mejor organizado que Gusen. Hablé con un responsable de la organización para que me dijera dónde ir con los enfermos. Estaban desbordados por la situación. Me dijo que los llevara a unas dependencias cercanas, pero cuando entré las camas estaban llenas de cadáveres. En una cama había dos muertos, en otras tres… Estaba claro que no los podía meter en ese lugar, así que volví a hablar con el responsable que, esta vez, me envió al campo ruso. Allí sí había camas vacías, pero las otras estaban llenas de muertos; y había muchos otros cadáveres apilados por todas partes. Desesperado, cuando volvía hacia el lugar en el que había dejado esperando a los enfermos, me encontré con la barraca en la que trabajaban los arquitectos del campo. Estaba casi intacta y contaba con algunas camas. Y allí fue donde conseguí instalar a mis enfermos. Realmente no me sentí liberado hasta que los repatriaron, muchos días después, hacia Francia. Ese día sí respiré el aire y me dije: “Soy libre”».

Como decía Marfil, aunque estuviera desbordada por las circunstancias, en Mauthausen la organización de los prisioneros funcionaba. Unos 3000 hombres habían conseguido armas y trabajaban, más o menos, coordinados por el Aparato Militar Internacional. Mariano Constante, como miembro de la sección española, fue testigo de las decisiones que se fueron tomando esa larga tarde: «Se enviaron destacamentos a la armería, a los almacenes de los SS, a la cantina, a la cantera donde estaba el principal depósito de armas y municiones, a los puestos de guardia alrededor del campo, y a las casas de campo vecinas para recuperar a los evadidos e impedir la desbandada. Al mismo tiempo se evitó que se cometieran desmanes contra los “civiles” austriacos»[358].

Tras conseguir establecer un precario pero meritorio orden, la obsesión fue prepararse para un hipotético regreso de los SS. No hay que olvidar que toda la zona en la que se encontraba el campo había sido refugio de numerosos altos cargos del Reich y de unidades alemanas que huían desde el este y el oeste ante los avances soviético y aliado. Los efectivos reales del Ejército nazi que querían seguir

combatiendo eran mínimos, pero eso los prisioneros no lo sabían. Entre ellos circulaban rumores de que Ziereis y Bachmayer habían reorganizado a los SS que huyeron del campo y se preparaban para retomar el control. Después de cinco años de cautiverio, muerte y torturas, su preocupación resultaba más que comprensible. Por ello, el AMI desplegó pequeños grupos de hombres armados en el pueblo de Mauthausen. Otros comandos vigilaban los puentes, mientras el grueso del improvisado ejército custodiaba los accesos al campo. Durante esa noche hubo algunos combates y mucho caos.

Miembros de la organización española han narrado detalles de una verdadera batalla en la que los prisioneros tuvieron que enfrentarse a los tanques y a unidades de los SS en uno de los puentes sobre el Danubio. Los datos reales apuntan, más bien, a tiroteos y enfrentamientos esporádicos con grupos de soldados alemanes rezagados. La lógica psicosis en que estaban instalados los prisioneros provocó que un grupo de españoles disparara contra el vehículo en el que viajaban otros compañeros, a los que confundieron con miembros de las SS. El barcelonés Juan Bisbal murió a consecuencia de ese «fuego amigo». Algunos le consideran la última víctima española de Mauthausen, pero lo cierto es que muchos otros republicanos fallecerían en los siguientes días, meses y años como consecuencia de las secuelas físicas y psíquicas que les dejó su paso por los campos.

LA DURA LIBERTAD

Tras casi 24 horas de abandono total, los soldados estadounidenses regresaron a Mauthausen la mañana del día 6. En varias oleadas, fueron llegando numerosos efectivos comandados por el coronel Richard R. Seibel. Su primera preocupación fue neutralizar al Comité Internacional, al que consideraba un grupo comunista y, por tanto, peligroso para la seguridad de sus tropas. Tras algunos incidentes menores, la mayoría de los deportados entregó sus armas de forma voluntaria. Los esfuerzos pasaron a concentrarse entonces en el precario estado en que se encontraban los prisioneros.

Se calcula que más de 4000 hombres, mujeres y niños murieron en los días que siguieron a la liberación debido a sus lamentables condiciones físicas. Los estadounidenses desplazaron personal sanitario para atender a los enfermos, pero hasta el día 10 no comenzó a funcionar el primer hospital de campaña. En esos cuatro días, la media de víctimas mortales fue de 500 diarias. Especialmente en los primeros momentos, los soldados libertadores contribuyeron sin quererlo a la muerte de numerosos deportados. Ante las desesperadas peticiones de los hambrientos supervivientes, los estadounidenses les dieron sus consistentes raciones de combate. Se trataba de alimentos demasiado grasos para que pudieran digerirlos unos estómagos acostumbrados, durante años, a la aguada sopa de nabos.

José Alcubierre aclara que fueron muy pocos los españoles que murieron de esta manera: «Hubo muchos prisioneros que se hincharon de patatas y reventaron. Pero nosotros no. Nosotros no estábamos tan mal, no estábamos tan desesperados y, por eso, pudimos hacer las cosas con más cabeza». Aun así algunos, como Francisco Griéguez, no evitaron darse un atracón: «Encontré un montón de azúcar desparramada por el suelo. Era en un almacén que había sido destrozado por las bombas. Comí mucha azúcar, muchísima. Más de la que podía comer. Pero no me morí y tuve azúcar en los bolsillos hasta que llegué a Francia».

Desde el día 7, los estadounidenses obligaron a los civiles austriacos de los pueblos cercanos a colaborar en las tareas de limpieza del campo. Los alcaldes de Mauthausen y St. Georgen, reconocidos nazis, tuvieron que cavar fosas y enterrar a los muertos. En el antiguo campo de deportes de las SS en Mauthausen se sepultaron más de 2200 cuerpos. En Gusen se enterraron 1800 cadáveres en solo 48 horas.

Johanna y María, dos habitantes de St. Georgen, recuerdan aquellos días: «Los estadounidenses hicieron que el alcalde, que era un carnicero y miembro del partido, acarreara los cadáveres. Su chaqueta la usaron para tapar a los muertos. Además llevaron a los escolares del pueblo para que asistieran a los funerales». Las dos mujeres habían destacado por la ayuda que habían prestado a los prisioneros. Por ello algunos de los recién liberados se acercaron hasta sus casas: «Vinieron y me dijeron: “No vayas al funeral. Tú siempre has sido una buena mujer, así que quédate aquí con tus hijos”»[359]. Los civiles que fueron obligados a ir hasta Mauthausen y Gusen se mostraban horrorizados por lo que veían. Ante los soldados aliados hacían gestos de repulsa y trataban de explicar que ellos nunca supieron lo que realmente estaba sucediendo. Los supervivientes les miraban con desdén y, de cuando en cuando, se encaraban con ellos. «Claro que sabían lo que ocurría —afirma Eduardo Escot—. Nos habían visto pasar por sus pueblos, trabajar en las carreteras y los campos. Hasta sus casas llegaba el olor a muerto y el humo de las cremaciones… ¡Cómo no lo iban a saber!».

El soldado estadounidense Joe Barbella servía en la 11 División Acorazada y estuvo presente en estos entierros masivos. El 9 de mayo escribió una carta a su hermana Mary, que vivía con sus padres en Newark, Nueva Jersey: «A mi unidad se nos dio la oportunidad de visitar el campo y tomar tantas fotos como quisiéramos. Fui solo una vez y fue más que suficiente. Lo que se ha hecho en estos campos ha sido mucho peor que lo ocurrido en la propia guerra. Llegamos unos minutos antes de un gigantesco entierro. Las excavadoras habían cavado una enorme tumba y vimos a 220 hombres y mujeres apilados, unos encima de otros. Es difícil explicar la visión de todos esos muertos, pero fue terrible. Algunos murieron de inanición y, la mayoría, de una brutal tortura». Barbella explica después cómo recorrieron los crematorios, la cámara de gas y el resto de los lugares en que ejecutaban a los prisioneros: «Durante el trayecto vi miles de personas que yacían por todas partes. Eran solo huesos y piel, aún no estaban muertos pero algunos expiraron delante de mí»[360].

Otro soldado estadounidense que pasó por la zona pocos días después de la liberación fue Álvaro Rodríguez. Su origen mexicano le permitió hablar con los españoles supervivientes: «Lo que nos encontramos fue una cosa espantosa que no se puede creer. Había algunos que estaban en un estado lamentable y murieron en el plazo de unos días o semanas. Otros consiguieron sobrevivir. Los españoles no hablaban mucho, pero se veía que estaban organizados. Aun así no quedaban muchos porque la mayoría había muerto en el campo»[361].

SIN HOGAR AL QUE PODER REGRESAR

Los prisioneros liberados se encontraban por fin con la oportunidad de volver a sus casas. Poco a poco, todos comenzaron a ser reclamados por los gobiernos de sus naciones de origen. Los republicanos, sin embargo, no tenían a dónde ir. El triángulo azul con la «S» en el centro, que algunos seguían luciendo en sus uniformes rayados, simbolizaba a la perfección la situación en la que se encontraban. Eran españoles sin patria o, mejor dicho, con una patria que seguía en manos de uno de los principales aliados de Hitler. La mayoría de ellos llevaba nueve años luchando, primero contra el fascismo en los campos de batalla y luego contra la muerte en las entrañas del sistema represivo nazi. En este largo tiempo, las calles y plazas en las que se encontraban sus hogares en Barcelona, Madrid, Córdoba o Murcia, habían dejado de existir; destruidas por la guerra o rebautizadas con los nombres de los militares golpistas.

José Alcubierre relata la incertidumbre que vivieron durante aquellos primeros días de libertad: «Los soviéticos se iban a Rusia, los franceses a Francia y los españoles nos quedamos allí, solos. Nadie nos quería, así que nos quedamos un mes en Mauthausen. No teníamos nada que hacer y comíamos lo que nos daban los americanos. Recuerdo que, un día, unos compañeros encontraron un buen puñado de caracoles, hicieron un fuego y los cocinaron como pudieron. Fue la primera vez en mi vida que los comía. Y así iban pasando los días, sin saber qué sería de nosotros». Este aislamiento se veía agravado por la situación política generada en Europa tras el fin de la contienda bélica. La Guerra Fría entre Occidente y la Unión Soviética hacía que los soldados aliados miraran con recelo a ese extraño grupo de rojos españoles al que nadie reclamaba.

En el campo de concentración de Dachau las tropas norteamericanas confinaron a todos los republicanos en un recinto, que rodearon con alambre de espino. Cientos de españoles habían pasado, por tanto, de ser prisioneros de los nazis a cautivos de los «libertadores». En Mauthausen y Gusen no llegaron a tanto, pero se produjeron situaciones especialmente desagradables como la que relata el soldado estadounidense Álvaro Rodríguez: «Algunos españoles empezaron a trabajar para nuestro ejército. Hacían de traductores, de conductores o, simplemente, limpiando las instalaciones. Sin embargo, poco después, les echaron porque decían que eran

comunistas». Estos hechos provocaron que los republicanos también pasaran a desconfiar de sus nuevos guardianes.

El PCE seguía siendo la organización más numerosa y mejor estructurada entre los recién liberados. Sus miembros habían celebrado una sesión plenaria en la mañana del 13 de mayo a la que había asistido buena parte de los supervivientes. En ella, los representantes de otras nacionalidades habían expresado su «total solidaridad con los camaradas españoles». El portavoz de los deportados franceses había realizado una solemne promesa: «Nosotros haremos lo posible cerca de nuestro Gobierno para vuestro pronto regreso a Francia. Allí habéis combatido contra el fascismo, por tanto tenemos un deber con vosotros y lo cumpliremos»[362]. Francia era la mejor opción para la práctica totalidad de los españoles. Muchos de ellos contaban con familiares y amigos que permanecían allí exiliados. Además, su cercanía a España les permitía soñar con cumplir su siguiente objetivo: regresar a su patria, acabar con el régimen del general Franco y reinstaurar la República. Sin embargo, el tiempo corría y los españoles languidecían en Mauthausen.

Las buenas noticias no llegaron hasta finales de mayo. El Gobierno francés, presionado por sus deportados y por parte de la opinión pública, accedió a hacerse cargo de los republicanos. En los últimos días de ese mes y durante el arranque de junio comenzaron a ser evacuados. A bordo de camiones del Ejército estadounidense abandonaron Mauthausen. El fotógrafo y exprisionero español Francesc Boix captó imágenes de ese momento. En ellas se puede ver a decenas de hombres sonrientes, mirando a la cámara mientras mantienen sus puños levantados.

Se organizaron varios grupos que llegarían a París, días después, por distintas rutas y medios de transporte. Los más afortunados viajaron en aviones militares desde el aeropuerto de Linz, situado a solo treinta kilómetros del campo. La mayoría tuvo que recorrer en camiones y trenes los 1000 kilómetros que les separaban de la capital francesa.

El largo viaje dio para mucho. Josep Figueras, junto a otros españoles, pasó por la localidad natal del Führer: «Íbamos en un convoy de camiones franceses hacia la frontera y nos detuvimos en la ciudad de Branau am Inn. Fuimos a visitar la casa donde nació Hitler. No sé muy bien por qué lo hicimos, supongo que por pura curiosidad». Mientras tanto, quienes viajaban en tren vivieron experiencias agridulces. En los vagones les escoltaban soldados franceses que les trataban como a delincuentes. Sin embargo, cuando atravesaban algunas estaciones, la población les recibía como a auténticos héroes. Francisco Griéguez recuerda especialmente la llegada a París: «No nos lo podíamos creer. En la estación había muchísima gente para darnos la bienvenida. Había hasta una banda de música».

El optimismo con que bajaban del tren los deportados no podía ocultar su lamentable estado físico. José Marfil no fue consciente de ello hasta que se encontró

con una de sus hermanas: «Ella le dijo a sus amigas que se iba a la estación a recoger a su hermano, que tenía 23 años. Pensaba que se iba a encontrar con un chico joven y fuerte, pero cuando me vio, yo no pude ni sonreír. Vi que su mirada solo reflejaba sorpresa y tristeza por verme así».

Tristeza como la que sintió Juan Paredes. Era un niño que se salvó de milagro de ser deportado por los nazis en el convoy de Angulema. Ahora, convertido en adolescente, se reencontraba con los amigos que habían pasado cinco años en Mauthausen: «Era horroroso cómo llegaba la gente de esos campos. La gente venía con los huesos y la piel. Eran incapaces de hablar, de andar, de comer… era horroroso. Algunos todavía iban vestidos con el traje de prisionero, con el número en la solapa»[363]. Los deportados no lucían esos trajes rayados por gusto. La mayoría de ellos, como recuerda Olga, la esposa de Marcial Mayans, no tenía ni una sola pertenencia: «Cuando me reencontré con Marcial aquí en Francia, solo llevaba un pantalón de los que usaban los SS y la chaqueta de prisionero. Era una chaqueta marrón con dos rayas de pintura roja y un cuadrado de tela rayado cosido en la espalda. Esa era toda su ropa»[364].

Desde la estación, los deportados fueron llevados al lujoso hotel Lutecia donde se les hizo el primer reconocimiento médico. Aunque se habían recuperado algo durante el mes que llevaban en libertad, muchos de ellos seguían pesando poco más de 40 kilos. Los doctores encontraron dos problemas que se repetían en la mayoría de los españoles: malnutrición y tuberculosis. Aun así, el hecho de quedar alojados en el Lutecia supuso una gran noticia para unos hombres acostumbrados a las condiciones de vida de los campos.

Josep Simon recuerda su entrada en la habitación: «Eran todas individuales con servicio y baño propio. Después de tanto tiempo de dormir en el suelo o en aquellas literas de madera llenas de piojos, apretados entre los compañeros, ahora teníamos una gran cama para cada uno de nosotros. Era la gloria. Me lavé con jabón, hacía años que no sentía ese olor tan gratificante. Después me miré al espejo, volvía ser Josep Simon, no el número 4929». Francisco Griéguez disfrutó, aún más, con el *catering* del Lutecia: «Era el mejor hotel de París y teníamos toda la comida que queríamos. Venían las muchachas a ofrecernos más bocadillos y yo les decía que no podía más, pero ellas insistían. En la calle había gente buscando a sus hermanos, maridos o novios. Estaban muertos de hambre, así que salíamos con los bolsillos llenos de comida y se la dábamos».

Las autoridades francesas les facilitaron ropa, un poco de dinero y algo que hizo especial ilusión a muchos deportados como José Marfil: «Era una carta que nos permitía ir gratis a cualquier sitio de París. No teníamos que pagar en los tranvías, ni en el teatro, ni en el cine. Podíamos ir con ella a todas partes». La capital francesa se llenó de españoles ataviados con los pantalones o las chaquetas rayadas y que estaban ansiosos por disfrutar de su recién recuperada libertad. Manuel Alfonso prefirió

quedarse en el hotel: «Hubo muchos compañeros que se fueron a los cabarés. Iban vestidos a rayas pero les dio igual. Yo no lo hice. Yo solo quería dormir en aquella cama. Me acosté y me dormí. No tenía fuerzas ni moral para salir de mi habitación».

Uno de los últimos en llegar a París fue Cristóbal Soriano, que fue sometido a un intenso interrogatorio por agentes de los servicios secretos aliados: «Yo salí de Austria en el mes de julio porque había huido del campo tras la liberación y me pasé casi dos meses por ahí. Cuando quise que me repatriaran, me hicieron muchas preguntas sobre mí y sobre el campo. Luego entendí el porqué. Temían que fuera un miembro de la División Azul. Me dijeron que se habían dado varios casos de divisionarios españoles que habían combatido junto a Hitler y que trataron de engañarles haciéndose pasar por deportados».

Aunque por motivos bien diferentes, quien sí consiguió engañar a los militares aliados fue Siegfried Meir, el niño judío cuyos padres murieron en Auschwitz y que fue acogido y protegido en Mauthausen por el español Saturnino Navazo: «Cuando se produjo la liberación del campo, había otros niños huérfanos que custodiaba la Cruz Roja. A mí me cogieron y me preguntaron de dónde era. Yo les dije que era de Fráncfort, pero que no quería volver a Alemania. Me ofrecieron ir a un orfanato en Suiza o en Palestina. A mí me salió de dentro una respuesta: “Yo quiero quedarme con mi padre. El hombre que se ha ocupado de mí es como mi padre. Yo quiero quedarme con él”. Se miraron y me dijeron que eso no era posible. Yo, entonces, hablé con Navazo y le supliqué que me dejara marcharme con él. Le dije que sería muy bueno, que no pensaba molestarle. Yo creía que para él era una cosa fácil, no me daba cuenta del sacrificio que suponía. Navazo no tenía a dónde ir, no podía volver a España porque estaba Franco, no hablaba francés, su único oficio era futbolista pero ya era mayor para practicarlo… y encima yo le pedía que cargara con un niño de 11 años. Navazo me miró a los ojos y me dijo que sí. Me pidió que, cuando me preguntaran mi nombre, dijera que me llamaba Luis Navazo, que había vivido en Madrid, en la calle Don Quijote, número 43. Nunca me he olvidado de esa dirección. Así lo hice, funcionó y viajé con él a Francia. Aun así, yo no me sentí libre hasta bastantes meses después. Navazo lo pasó mal hasta que consiguió instalarse en Toulouse con uno de sus hermanos. Allí, un día, me dejó que fuera a ver una película que se llamaba *Los justicieros del Far West*. Yo nunca antes había ido al cine. Navazo vino a buscarme y se enfadó un poco conmigo porque yo, como era una sala de sesión continua, me quedé a verla por segunda vez. Ese día, mientras estaba en la butaca viendo esa película del Oeste, fue la primera vez en toda mi vida que me sentí libre».

CASTIGO E IMPUNIDAD PARA LOS ASESINOS

Una parte de la cúpula del Reich encabezada por Himmler albergó la esperanza de

seguir ejerciendo puestos de responsabilidad en la Europa que nacería tras el final de la guerra. Tras traicionar a Hitler y el suicidio de este, el comandante en jefe de las SS creía que los aliados requerirían muy pronto de sus servicios. La Guerra Fría era ya una realidad, incluso antes de que Alemania se rindiera, y el Reichsführer pensaba que británicos y estadounidenses le acabarían pidiendo ayuda para enfrentarse al enemigo soviético. Sin embargo, sus previsiones no se cumplieron y el Gobierno alemán de transición se negó a ofrecerle un nuevo cargo. Himmler trató entonces de huir, junto a algunos de sus fieles, entre los que se encontraba el siniestro doctor de las SS Karl Gebhardt. Se afeitó el bigote, se quitó sus características gafas redondas y se colocó un parche negro en un ojo. El error del grupo de evadidos fue hacerse pasar por miembros de la Geheime Feldpolizei, la policía secreta del Ejército alemán. Ninguno de ellos sabía que los aliados habían considerado a este cuerpo cómplice de crímenes de guerra y que se había dado la orden de detener a todos sus miembros. Esa fue la razón por la que Himmler y su pequeña comitiva fueron capturados por un destacamento británico el día 22 de mayo. Tuvieron que pasar más de veinticuatro horas para que el padre del universo represivo nazi confesara su verdadera identidad. Poco después, en confusas circunstancias, mordió una cápsula de cianuro y acabó con su vida.

Su número dos, Ernst Kaltenbrunner, fue detenido por las tropas aliadas y juzgado en Núremberg. El testimonio del fotógrafo español Francesc Boix y las instantáneas robadas a los SS por los republicanos de Mauthausen resultaron decisivas para dictaminar su culpabilidad. El jefe de la Gestapo y de la Oficina Central de Seguridad murió ahorcado el 16 de octubre de 1946. Junto a él fueron ajusticiados otros 10 altos cargos del Reich entre los que se encontraban Von Ribbentropp, Martin Bormann o Wilhelm Keitel. La horca número 12, reservada para Hermann Göring, quedó vacía porque el comandante en jefe de la Luftwaffe consiguió suicidarse en su celda la noche anterior.

Un número importante de los responsables directos de los crímenes cometidos en Mauthausen nunca fueron juzgados, bien porque lograron evadirse o porque murieron en los días que siguieron a la liberación.

Ese fue el caso del comandante del campo, Franz Ziereis. Su captura se produjo gracias a los propios prisioneros de Mauthausen, que alertaron a los soldados aliados del lugar en el que podía encontrarse escondido. El 23 de mayo se formó una patrulla formada por cuatro militares estadounidenses y varios deportados. Tras horas de intensa búsqueda dieron con él en las proximidades de una cabaña de caza situada a más de 100 kilómetros del campo. El comandante recibió dos disparos mientras trataba de huir. Trasladado al hospital militar de evacuación 131, que operaba en Gusen, fue interrogado por agentes del Cuerpo de Contraespionaje norteamericano. Ziereis murió en la tarde del día 24. Su cadáver desnudo fue colgado por los prisioneros en el antiguo recinto del campo. Sobre su piel grabaron una cruz gamada y la frase «Heil Hitler».

Más dramático fue el destino del que fuera su número dos. Georg Bachmayer trató de escapar junto a su familia. Cuando el capitán fue consciente de que no le resultaría posible eludir el cerco de los aliados, decidió suicidarse de un disparo en la sien. Bachmayer no quiso marcharse solo y, antes de quitarse la vida, se tomó su tiempo para asesinar a su mujer y a sus dos hijas.

Idéntico final tuvo el médico jefe que supervisó los planes de eutanasia y los gaseamientos en el castillo de Hartheim. Rudolf Lonauer envenenó a sus dos pequeñas y, después, se suicidó junto a su esposa.

Quienes cayeron en manos de las tropas aliadas tuvieron que comparecer ante un tribunal militar estadounidense. El macrojuicio contra los responsables de Mauthausen comenzó en marzo de 1946, en una sala de audiencias habilitada en el antiguo campo de concentración de Dachau. Entre los 61 hombres que se sentaron en el banquillo, se encontraba el gobernador nazi de la provincia de Oberdonau, August Eigruber; los ayudantes de Ziereis, Viktor Zoller y Adolf Zutter; el responsable de la prisión del campo Josef Niedermayer; el supervisor del trabajo esclavo de los prisioneros, Andreas Trum; y los doctores SS Eduard Krebschach, Karl Friedrich y Willy Jobst. Todos ellos fueron condenados a muerte. En total se ahorcó a 49 de los acusados y el resto fue sentenciado a cadena perpetua.

En el patíbulo de la cárcel de Landsberg, los deportados supervivientes echaron de menos a muchos de sus verdugos. La red nazi clandestina Odessa ayudó a escapar a destacados responsables de los crímenes cometidos en el campo. Algunos serían capturados años después, como el jefe de la oficina de la Gestapo Karl Schulz. Detenido en 1946, permaneció 20 años en prisión y, finalmente, fue juzgado por un tribunal alemán junto al sanguinario Anton Streitweiser. Se les condenó a 15 años de cárcel pero quedaron en libertad inmediatamente por «motivos de salud».

El comandante en jefe de Gusen, Karl Chmielewski, no fue localizado hasta finales de los años cincuenta. Su verdadera identidad afloró cuando realizó los trámites para contraer matrimonio. Fue condenado a cadena perpetua en 1961.

Aún más suerte tuvo Anton Ganz, responsable de la muerte de miles de prisioneros en el subcampo de Ebensee. Vivió con un nombre falso hasta noviembre de 1967 en que fue localizado y detenido. Ocho meses más tarde salió en libertad bajo fianza y consiguió ir demorando su juicio hasta 1972. Aunque fue condenado finalmente a cadena perpetua, el tribunal le puso en libertad debido a su precario estado de salud.

El caso de Ganz sirve a los supervivientes de ejemplo para denunciar el escaso interés que hubo, tras la guerra, por apresar a los culpables de los crímenes. La persecución se limitó a los principales responsables, algunos de los cuales acabaron refugiados en países como Chile, Argentina o España. Los cuadros medios de las SS y de la Gestapo pudieron rehacer sus vidas sin que nadie les incomodara.

De los cerca de 15 000 miembros de las SS que prestaron sus «servicios» en Mauthausen, solo 200 tuvieron que rendir cuentas ante la Justicia.

EL JUICIO A LOS KAPOS ESPAÑOLES

Cuatro republicanos se sentaron en el mismo banquillo de Dachau en el que se había juzgado a los máximos responsables del campo. Un tribunal militar estadounidense dedicó una causa especial a dirimir la responsabilidad criminal de Indalecio González, alias el Asturias, los también *kapos* Laureano Navas y Moisés Fernández, y el barbero Domingo Félez. El desarrollo del proceso fue una absoluta chapuza fruto de la premura e improvisación con que se realizaban estos juicios sumarísimos.

Una de las militares norteamericanas que trabajaba en Dachau era Eve Fridell Hawkins. El 23 de septiembre de 1948 escribió una carta al director en *The Washington Post*, en la que detallaba algunas de las irregularidades cometidas durante el juicio. Fridell Hawkins explicaba que ante la falta de traductores, «salvo un taquígrafo que había vivido varios años en América Latina», el tribunal buscó a cualquiera que supiera algo de español para ejercer ese papel. Uno de los funcionarios acabó realizando el trabajo a pesar de las objeciones que hizo públicas ante la corte: «Afirmó que no estaba lo suficientemente cualificado, especialmente por tratarse de un asunto de vida o muerte». Fridell Hawkins narraba cómo los acusados eran incapaces de seguir el desarrollo de las vistas debido a sus nulos conocimientos del idioma inglés, y comparaba la precariedad de estos juicios con aquellos en los que se juzgaba a los grandes criminales nazis: «La raza suprema tenía derecho a una asesoría legal y a traductores competentes, pero los españoles, los no beligerantes, los nacionales de un país no enemigo, los involucrados inocentes, uno podría decir que a nadie le importaba lo más mínimo su suerte». Fridell Hawkins terminaba su carta con una elocuente reflexión: «¡Qué gran vergüenza para nuestra bandera!»[365].

La oficial estadounidense no exageraba ni un ápice. El rigor fue tan escaso, que hasta los nombres de los acusados fueron escritos de forma incorrecta: Domingo Félez Burriel era mencionado en las actas judiciales como «Félix Domingo», Laureano Navas pasó a ser «Lauriano» e Indalecio González aparecía como «Indalecio Gonzalez (también escrito Gonzaless)»[366].

La enorme ventaja con que contaban los fiscales hizo que apenas se prepararan los casos y mucho menos se preocuparan por acumular pruebas que demostraran la culpabilidad de los reos. Las vistas se despachaban por la vía rápida y la inmensa mayoría de los acusados era declarada culpable. Este impresentable sistema provocó, sin duda, que algunos inocentes acabaran condenados. Pero también generó otro efecto igual de terrible: muchos verdugos ganaron sus posteriores recursos y vieron reducidas sus condenas o quedaron directamente absueltos. Los jueces que atendieron esas apelaciones no pudieron pasar por alto las irregularidades y la falta de solidez de las pruebas aportadas por la fiscalía.

Uno de los casos más sonados fue el de Ilse Koch, la esposa del comandante del

campo de concentración de Buchenwald. Conocida como la Bruja o la Zorra de Buchenwald, se distinguió por los perversos métodos que empleaba para martirizar a los internos. Entre sus aficiones se encontraba la de coleccionar retales de piel tatuada de los prisioneros. Su condena a cadena perpetua dictada en Dachau fue rebajada a cuatro años de reclusión por el magistrado que analizó su recurso. Solo la indignación que su inminente liberación levantó en la opinión pública internacional provocó que fuera arrestada nuevamente. En un segundo juicio, celebrado ante un tribunal alemán, fue condenada a pasar el resto de su vida en prisión.

En el caso de los cuatro acusados españoles, su suerte fue muy diversa. Indalecio González, el sanguinario Asturias, fue ejecutado en la horca el 2 de febrero de 1949 después de que fueran rechazados sus recursos y peticiones de clemencia. Moisés Fernández tampoco vio prosperar sus apelaciones y tuvo que cumplir 20 años de reclusión. Sin embargo, Laureano Navas y Domingo Félez, condenados respectivamente a cadena perpetua y dos años de reclusión, ganaron sus recursos y terminaron siendo absueltos. En el caso de Félez, la libertad le llegó cuando ya había cumplido su condena. Hoy, este turolense que ya ha rebasado los 95 años de edad, sigue manteniendo su inocencia de los cargos que se le imputaron en aquel juicio: «Me denunció un prisionero judío polaco, que me acusó de marcar a 180 hombres con pintura en la espalda para que los llevaran a la cámara de gas. Se suponía que había ocurrido en enero de 1945 y yo, en ese momento, no estaba en Mauthausen. Estaba en un subcampo que había en Viena en el que permanecí desde octubre de 1943 hasta el 13 de abril de 1945. Hubo compañeros que así lo confirmaron. Si no estaba allí, ¿como podía yo haber marcado a alguien para que fuera gaseado? Todo fue una mentira enorme. Cuando el mayor Benson, que se presentó como mi defensor, me comunicó las acusaciones, yo me moría de la risa. Me preguntó por qué me reía y le dije que era porque en esas fechas yo ni siquiera estaba en Mauthausen». Domingo fue finalmente absuelto aunque su nombre no quedó limpio por completo, ya que hubo deportados españoles como Prisciliano García Gaitero que le acusaron de maltratar a otros prisioneros. De hecho, algunos de ellos le llamaban el Loco, aunque Félez asegura que el apodo obedecía a la rapidez y habilidad con la que afeitaba. «Yo respeté a todo el mundo. Pero, sí le voy a decir una cosa, yo odiaba el robo y allá por desgracia había muchos que vivían a costa de los otros; les robaban la comida y ciertas cosas. Porque allí había de todo, miles de personas, hombres y mujeres. Usted sabe que todos los humanos tenemos defectos, pero hay quien los tiene más grandes. Uno había sido republicano, esto y lo otro… pero procuraba salvar el pellejo aunque fuera a costa de los otros. Yo nunca fui *kapo*, yo era barbero. El *kapo* era el que recibía las órdenes y tenía que hacer lo que le dijeran. O lo hacía o moría. Allí no había *kapo* o no *kapo*, o se hace lo que se le dice o se muere. Esa era la situación real. Yo no me arrepiento de nada, no tengo por qué arrepentirme ya que, en Mauthausen, no hice nada», concluye Félez.

Hubo, al menos, otros tres españoles que fueron juzgados por su complicidad con

los SS en Mauthausen. El manchego Joaquín Espinosa fue condenado a tres años de prisión en otro de los juicios de Dachau. Entre las acusaciones se le achacaba haber mantenido sumergidos en agua helada a dos prisioneros polacos. Peor suerte corrió José Palleja, alias el Negus, que fue condenado a muerte por un tribunal francés en Toulouse y ejecutado. Nacido en Reus, solo contaba con 20 años cuando llegó a Mauthausen. El sofisticado sistema concentracionario nazi le hizo pasar, en unos meses, de víctima a sanguinario verdugo.

Informe Aliados.

Sombras sobre la liberación de los campos

«No hubo ninguna intención de terminar con los campos. Los sobrevivientes fuimos encontrados en la ruta de los distintos ejércitos, mientras cumplían el único objetivo que se habían propuesto: derrotar a Alemania. La prioridad, la única finalidad, diría, fue la de derrotar al nazismo y nunca la de rescatar a las víctimas. Los aliados permitieron que durante toda la guerra la matanza se ejecutara sin obstáculos»[367]. Quien así habla es Jack Fuchs, escritor e intelectual polaco-argentino de origen judío, que estuvo internado en el campo de concentración de Auschwitz. Allí tuvo que ver cómo sus padres y sus dos hermanas pequeñas morían en la cámara de gas. Sus amargas palabras resumen el sentimiento de buena parte de los supervivientes. No entienden por qué británicos y estadounidenses no diseñaron un plan específico para acelerar la liberación de los deportados.

Los líderes políticos y militares aliados justificaron su actuación con un argumento de peso: la mejor forma de liberar los campos era ganar la guerra cuanto antes y acabar con el régimen nazi. Sin embargo, hay dos factores que han provocado que el debate siga vivo hasta nuestros días. El primero de ellos es que mintieron tras la guerra cuando esgrimieron el desconocimiento como una de las causas principales por la que no cambiaron de estrategia. Según dijeron entonces, hasta mediados de 1944 no supieron lo que sucedía en los campos de exterminio. El segundo hecho que genera dudas proviene de la propia naturaleza de las víctimas: entre los cientos de miles de deportados apenas había un puñado de prisioneros aliados. Por ello, sobre todo este asunto sigue planeando una inquietante pregunta a la que nunca podremos responder con absoluta certeza: ¿Habrían obrado de la misma manera Londres y Washington si en los campos de concentración y exterminio, en lugar de judíos, gitanos, soviéticos, polacos o españoles, hubiera habido prisioneros estadounidenses y británicos?

¿SE PUDO HACER MÁS? SE PUDO HACER MÁS

Los informes secretos que manejaron los aliados durante la guerra demuestran que disponían de detallada información sobre la red de campos de concentración tejida por el régimen nazi. La Oficina de Servicios Estratégicos (OSS) de Estados Unidos elaboró listados muy exhaustivos. En 1944 ya figuraban en ellos los nombres de 138 campos distribuidos por toda Europa. La mayor parte aparecían perfectamente localizados en el mapa, como es el caso de Mauthausen, Buchenwald, Ravensbrück, Auschwitz o Dachau. Un grupo más reducido, entre los que se encontraba Gusen, estaba marcado con la palabra *untraced*, sin ubicación conocida[368].

Lo que ocurría en su interior tampoco era un misterio. Los servicios secretos aliados informaron puntualmente a sus superiores sobre la discriminación, persecución y deportación de las comunidades judías que habitaban las naciones ocupadas por Alemania. Los propios líderes políticos de la URSS, Estados Unidos y Gran Bretaña denunciaron a finales de 1942 los planes genocidas de Hitler.

El 8 de diciembre de ese año, el presidente Roosevelt recibió un revelador informe de manos de Maurice Perlzweig, uno de los líderes del Congreso Judío Mundial. En sus veintidós páginas se ofrecía ya todo tipo de detalles sobre lo que sucedía en los campos de exterminio levantados en Polonia: «El edificio situado en la antigua frontera rusa es utilizado por los alemanes como cámara de gas en la que son asesinados miles de judíos. (…). En documentos recién llegados a Jerusalén, testigos presenciales confirman que trenes enteros cargados de niños y adultos judíos son masacrados en los enormes crematorios de Oswiecim (Auschwitz) (…). Casi dos millones de judíos de Alemania y de los países ocupados por Hitler ya han sido asesinados, y se teme que otros cinco millones corran la misma suerte»[369]. El presidente estadounidense debió dar credibilidad a esta información porque se apresuró a remitir el informe al *Foreign Office* británico.

Durante 1943 las organizaciones judías siguieron aportando datos sobre la magnitud del genocidio que se estaba perpetrando en Europa. En 1944 los aviones de reconocimiento aliados obtuvieron fotografías aéreas de Auschwitz en las que se veían largas filas de deportados bajando de los trenes. En el primer semestre del año llegaron a Londres y Washington tres informes de alto valor probatorio. Habían sido elaborados con los testimonios de cinco prisioneros fugados del campo: «En todos los convoyes cargados con judíos se procedía de la misma manera. Aproximadamente al 10% de los hombres y al 5% de las mujeres se les permitía la entrada en el campo. El resto de los miembros era inmediatamente gaseado (…). Actualmente hay cuatro crematorios en funcionamiento en Birkenau. Dos grandes, I y II; y otros dos pequeños, III y IV. Los del tipo I y II cuentan con tres zonas: la sala de incineración, una gran habitación y la cámara de gas. Una gran chimenea se eleva desde la sala de incineración, alrededor de la cual están agrupados nueve hornos que cuentan, cada uno de ellos, con cuatro aberturas»[370].

Estas revelaciones permitieron completar el relato de lo que ocurría entre las alambradas. La conclusión no era diferente a la que ya se conocía desde 1942.

Aun así, estas nuevas evidencias llevaron a varias organizaciones hebreas, como el Congreso Judío Mundial y la Junta para los Refugiados de Guerra, a solicitar a los aliados que bombardearan Auschwitz y las vías férreas por las que llegaban los trenes de la muerte. Otras importantes asociaciones, entre las que se encontraba la Agencia Judía en Jerusalén, se opusieron tajantemente a la idea porque, según dijeron, no podían asumir «la responsabilidad de respaldar un bombardeo que pudiera causar la muerte de un solo judío».

Ese fue, precisamente, el argumento principal que utilizaron los responsables políticos y militares aliados para rechazar el plan: el ataque podría acabar con la vida de centenares de prisioneros. No hubo explicaciones concretas de por qué no se optaba, al menos, por destruir la línea férrea que llegaba hasta el campo. El subsecretario de Guerra de Estados Unidos, John J. McCloy, argumentó, en todo caso, problemas de tipo técnico y estratégico: «Semejante operación podría ser ejecutada únicamente mediante el desvío de considerable respaldo aéreo (…) que se encuentra ahora dedicado a operaciones decisivas en otros lugares y, en cualquier caso, su eficacia sería tan dudosa que no garantizaría el uso de esos recursos».

El argumento logístico esgrimido por las autoridades estadounidenses se reveló, muy pronto, como absolutamente falso. El 20 de agosto de 1944, bombarderos norteamericanos destruyeron buena parte de la fábrica de combustible y caucho sintético que la empresa química IG Farben tenía junto al campo. Al menos 75 prisioneros que trabajaban en ella murieron y cerca de 200 resultaron heridos. Desde ese día hasta que las tropas soviéticas liberaron Auschwitz, se realizaron otros cuatro ataques contra el mismo objetivo que también provocaron numerosas víctimas entre los deportados[371].

El último aspecto analizado por los expertos ha sido el de la «dudosa eficacia» que hubiese tenido el ataque. Historiadores como James Kitchens o W. D. Rubinstein mantienen que la idea de un bombardeo salvador no pasa de ser un mito. Argumentan que las dificultades técnicas imposibilitaban un ataque preciso y que, caso de haberse realizado con éxito, los nazis hubieran desviado los transportes de judíos hacia otros campos de concentración. En el extremo contrario se sitúan otros historiadores como Stuart Erdheim o David Wyman. Erdheim cree que si se hubieran destruido las instalaciones del complejo de exterminación de Auschwitz, se habrían salvado miles de vidas: «Les llevó 8 meses construir esas estructuras “industriales” en la época en que la Alemania nazi estaba en el apogeo de su poder. Reunir la mano de obra especializada y remodelar las zonas más complejas en la primavera/verano de 1944, habría sido difícil, si no imposible. Sin las instalaciones destinadas a la exterminación, las SS, sin duda, se habrían visto obligadas a ralentizar o incluso detener las deportaciones (que en la primavera/verano de 1944 ascendían a 70 000-80 000 judíos a la semana), mientras encontraban otros métodos menos eficaces para asesinar y eliminar los cadáveres»[372].

El último bombardeo estadounidense sobre la planta que la IG Farben tenía en

Auschwitz Monowitz se produjo el 19 de enero de 1945, ocho días antes de que las tropas soviéticas entraran en el campo.

MAUTHAUSEN TAMPOCO FUE UNA PRIORIDAD

Al igual que ocurrió con el resto de los campos, los aliados contaron con valiosa información acerca de la situación que sufrían los prisioneros de Mauthausen y Gusen. Aunque no eran centros de exterminio como Auschwitz-Birkenau, los generales norteamericanos tuvieron sobre su mesa motivos suficientes para tratar de acelerar o, al menos, planificar correctamente su liberación.

Dos informes secretos de la OSS, fechados en 1944, aportaban datos muy significativos. El primero de ellos reunía la información facilitada por Karl Heinz Obloch, un miembro de las SS capturado por los aliados que había servido en las guarniciones de Gusen y del subcampo de Melk. El informe era tan exhaustivo que detallaba la morfología de los campos, la forma en que actuaban los SS, cómo morían los deportados y el número de prisioneros que había ese año: «Varía entre los 10 000 y los 15 000. Los internos pertenecen a las siguientes nacionalidades: alemanes, rusos, franceses, italianos, checos, españoles y judíos (mayoritariamente húngaros)»[373].

El segundo informe era aún más relevante. Los servicios secretos estadounidenses lo elaboraron basándose en el relato de un prisionero polaco que había sido liberado en Gusen en febrero de 1944. En el punto 6 del documento se podía leer: «DESTINO FINAL DE LOS PRISIONEROS: Los SS advertían constantemente a los prisioneros de que, en el caso de que Alemania fuera derrotada, todos serían ejecutados»[374]. El informe llegó al Estado Mayor aliado y constituyó la primera advertencia clara de que los alemanes planeaban asesinar a todos los deportados antes de permitir que cayeran en manos del enemigo.

La estrategia militar permaneció invariable: el objetivo único seguía siendo ganar la guerra cuanto antes. Los campos no solo no eran una prioridad sino que constituían un elemento que podemos calificar de marginal. El general británico Harold Alexander, quien en principio iba a tener la responsabilidad de liberar Austria, fue el único que valoró la necesidad de prestar atención a la situación de los prisioneros de Mauthausen. Así lo compartió con Eisenhower, comandante supremo de las tropas aliadas en el Frente Occidental: «Será necesaria una acción efectiva para proteger y evacuar a los prisioneros de guerra. Ello requerirá el despliegue de importantes fuerzas en Austria. Si enviamos un número inadecuado de tropas, el enemigo no solo puede aplastarlas, sino que también puede emprender acciones contra los prisioneros de guerra»[375].

El documento redactado por Alexander fue archivado en el fondo de algún cajón. Finalmente, la ocupación de Austria recayó en los hombres del Tercer Ejército de

Estados Unidos, comandados por el general Patton. A comienzos del año 1945 tanto los aliados como Stalin estaban más preocupados de vigilarse mutuamente y de prepararse para el día después, que de acabar con una guerra que ya daban por ganada. Patton, de hecho, trató de convencer a Eisenhower de que le permitiera avanzar hasta Berlín y Praga para llegar antes que el Ejército Rojo. Su petición fue rechazada porque constituía una violación de los acuerdos suscritos en Yalta por Roosevelt, Churchill y Stalin.

La personalidad del célebre general requiere un breve apunte, ya que de él dependió el avance aliado que conllevaría la liberación de Mauthausen y Gusen. Patton fue uno de los militares más brillantes y eficaces durante la guerra. Su patriotismo estaba fuera de toda duda, aunque ideológicamente se situaba más cerca de Hitler que de la mayoría de sus superiores. Profundamente antisemita, defendió públicamente que Estados Unidos se había equivocado de enemigo y que, en lugar de luchar contra Alemania, deberían haber peleado contra la Unión Soviética.

Inmerso en otras preocupaciones, Patton ignoró el hecho de que en el camino por el que avanzaban sus tropas se encontraban algunos de los mayores campos de concentración del Reich. Tampoco pareció enterarse de la amenaza de aniquilación que sobrevolaba sobre los deportados de Mauthausen y Gusen, un peligro del que volvieron a tener certeza los oficiales aliados a finales del mes de abril. Pocos días antes de la liberación, la Cruz Roja evacuó a un grupo de prisioneros franceses. Todos ellos habían sido testigos de lo ocurrido en el campo y conocían los planes de exterminación que barajaban los SS. Al menos uno de estos testimonios, el del coronel francés Guivante de Saint Gast, llegó hasta los oídos de Eisenhower, que se apresuró a informar a los mandos que estaban sobre el terreno: «Hay campos satélite en Gusen, Linz, (…) conteniendo 80 000 prisioneros de guerra y deportados políticos de varias nacionalidades, incluyendo mujeres. De Saint Gast afirma que los alemanes planean exterminarlos completamente. Por ello han reclamado y recibido gas, dinamita y barcazas para ahogarlos. Las masacres habían comenzado cuando el oficial abandonó el campo. El oficial asegura que los presos tienen algunas armas»[376].

Era el 3 de mayo de 1945. Las tropas de Patton se encontraban a menos de 20 kilómetros de Mauthausen. La inquietante información no provocó efecto alguno. A nadie le importó la existencia del campo ni el destino que tuvieran sus prisioneros. Cuarenta y ocho horas después, un pelotón de reconocimiento formado por solo 23 hombres se topaba casualmente con Gusen y más tarde con Mauthausen.

MALA PLANIFICACIÓN QUE SE COBRÓ MUCHAS VIDAS

Ya hemos visto los detalles que rodearon la liberación del «campo de los españoles»: el ejemplar comportamiento del sargento Kosiek y de su pelotón; la irresponsabilidad

de sus superiores, que le forzaron a abandonar la zona y a dejar desamparado al desesperado y hambriento ejército de prisioneros; y la falta de recursos humanos y materiales para afrontar una catástrofe humanitaria de tamañas dimensiones.

Nuevamente los responsables aliados esgrimieron el desconocimiento como atenuante para justificar el descontrol y la improvisación que marcaron su gestión de la crisis. Sin embargo, en sus despachos contaban con innumerables informes que hablaban sobre las decenas de miles de deportados que se hacinaban en Mauthausen en condiciones infrahumanas. Si no hubo mayor cantidad de víctimas en aquellas horas críticas, fue gracias al trabajo de la organización política y militar de que disponían los propios prisioneros.

Hasta cinco días después de la liberación no llegó el primer hospital de campaña a la zona para atender a los liberados. Se trataba del 131 Hospital de Evacuación del Ejército de Estados Unidos, que comenzó a operar en Gusen el 10 de mayo. En los informes diarios que escribieron sus responsables médicos, quedaron patentes tres hechos: la escasez de medios materiales y humanos, el ímprobo esfuerzo del reducido personal militar estadounidense y el lamentable estado de los prisioneros:

«10 de mayo. Todo el personal fue al campo para revisarlo y comenzar las tareas. Al principio parecía una misión imposible, al menos un trabajo horrible. Los prisioneros llegaban en grandes grupos, todos estaban desnutridos y enfermos. Un carro cargado de cadáveres ha sido sacado del campo esta mañana. Un grupo de hombres dentro del recinto mataron un caballo y se lo comieron en un momento. Había heces y basura por todas partes, por lo que comenzamos inmediatamente una campaña de limpieza. Los prisioneros que estaban más fuertes hicieron un trabajo fantástico, ayudando a nuestro personal a limpiar los edificios y las áreas anexas. El personal recorrió el recinto para ver las condiciones existentes. Muchos hombres yacían en sus lechos de muerte en el hospital.

»11 de mayo. Durante la pasada noche murieron, aproximadamente, 30 prisioneros. El coronel Friend está haciendo las gestiones para conseguir un hospital móvil con 1000 camas que se sume al nuestro. Mientras tanto, se ha abierto una sala del hospital con 500 camas y hemos internado a 118 pacientes.

»12 de mayo. Hasta ahora hemos tratado a un total de 1804 pacientes. Hemos comenzado los trabajos para despiojar todo el campo. En general, se ha limpiado todo y los trabajos continúan.

»13 de mayo. Domingo. Día de la madre. Hemos encontrado algunas ambulancias alemanas y cuatro de ellas han sido puestas en uso inmediatamente. Hemos conseguido 1000 mantas del hospital de Gusen. Catorce enfermeras austriacas nos ayudan voluntariamente en el cuidado de las mujeres enfermas. El hospital tiene una necesidad extrema de personal sanitario. Hemos localizado cucharas y platos para poder servir sopa a los pacientes. Necesitamos un pelotón de lavandería; también es necesario otro hospital de evacuación. La dieta de los pacientes de Gusen se ha incrementado y por primera vez se ha dado a los pacientes algo de pan. El hospital se

está quedando sin harina para el pan.

»14 de mayo. En el campo de Mauthausen, sobre la colina, el equipo terapéutico consiste en dos oficiales y cuatro técnicos que cuidan de 608 pacientes en el hospital habilitado en las barracas de las SS. 600 pacientes han sido llevados desde el campo ruso al hospital de tiendas. 80 casos de tifus, 20 de tuberculosis y 117 casos de diarrea han sido transferidos al hospital de Gusen. Los pacientes han sido ahora puestos en una gran nave y en las antiguas barracas SS que han sido preparadas para acomodarles. Los pacientes reciben cuatro comidas al día de la cocina del hospital. Estas cuatro comidas son, únicamente, para los pacientes desnutridos. Se han creado letrinas para 500 pacientes. Un total de 1118 pacientes se encuentran internados ahora en el hospital de las barracas SS. El 131 Hospital de Evacuación cuida ahora de un total de 3286 pacientes.

»15 de mayo. Hemos recibido más suministros pero aún necesitamos grandes cantidades de toallas y literas. El 131 Hospital de Evacuación cuida ahora de 3496 pacientes.

»16 de mayo. Todo está mucho más limpio y la situación parece más alegre. Un rápido estudio nos indica que hay unas 18 000 personas en Mauthausen, 4500 en Gusen, 1000 en el campo de la cantera y ninguna en Gusen II. Muchos cientos permanecen tendidos en el campo o en el borde de las carreteras, enfermos y necesitados de ayuda médica. De las aproximadamente 28 000 personas, al menos 5000 o 6000 necesitan atención médica»[377].

Los informes diarios continuaban detallando la lenta mejoría de la situación y la llegada del 130 Hospital de Evacuación. Este importante refuerzo venía de atender a los supervivientes del campo de prisioneros de guerra situado en las cercanías de Moosburg. El parte que redactaron sus oficiales médicos, recién llegados a la zona, reflejaba el estupor ante la situación en que permanecían los deportados 13 días después de la liberación: «El estado de los prisioneros era desastroso. La mayoría de los pacientes apenas contaba con un cinturón como vestimenta. El tipo de pacientes era muy diferente del que encontramos en Moosburg, Alemania. Aquí los pacientes eran civiles que habían sido reunidos para labores de trabajo, prisioneros políticos y otro personal alemán y de naciones ocupadas que habían sido condenados a la exterminación. Todos estaban en avanzado estado de hambruna. La diarrea era prácticamente universal y la tuberculosis de tipo infantil era más que frecuente»[378].

Los dos hospitales de campaña recibieron la orden de abandonar la zona el 15 de junio. El 131 fue destinado al Pacífico, mientras que el 130 fue enviado, días después, a territorio francés. Algo más de 2000 pacientes tuvieron que ser trasladados a otras instalaciones sanitarias del Ejército estadounidense.

Los propios responsables políticos y militares norteamericanos reconocieron internamente que algo se estaba haciendo rematadamente mal. El 1 de junio, 26 días después de la liberación de Mauthausen, el consejero político para Alemania de

Estados Unidos envió una elocuente carta a los altos mandos de su Ejército: «De acuerdo a la información que acabo de recibir de Berna, unos 27 000 prisioneros del campo de Mauthausen han sido abandonados a su suerte desde la liberación. La mayoría está en condiciones físicas muy críticas, 300 o 400 mueren cada día debido a la malnutrición, el tifus y la tuberculosis. Solo hay unidades americanas en la zona, sin los medios ni el personal adecuado para manejar la situación… Por otra parte, la imposibilidad de prestar un rápido socorro está siendo utilizada por los rusos para hacer propaganda antiamericana en el área que controlan»[379].

Los deportados españoles consiguieron, finalmente, ser repatriados a Francia. Las autoridades aliadas, sin embargo, se enfrentaban a una crítica situación: millones de personas en toda Europa no podían regresar a sus países de origen. Fueron internados en los llamados «campos para desplazados», que prorrogaron el sufrimiento de estas víctimas del Holocausto y la guerra. Sus condiciones de vida quedaron reflejadas en el informe elaborado por Earl G. Harrison, enviado especial del presidente estadounidense Truman: «Muchos de los judíos a finales de julio no tenían más ropa que la que vestían en el campo de concentración. Las prendas enviadas a estos campos son requisadas por la población alemana. Estas personas desplazadas viven vigiladas, rodeadas de vallas con alambre de espino»[380].

Patton, el general que «liberó» Mauthausen y Gusen, fue uno de los primeros en opinar sobre el contenido de este informe: «Harrison y los suyos creen que las personas desplazadas son seres humanos, pero no lo son. Y esto se aplica sobre todo a los judíos, que están en un nivel más bajo que los animales»[381].

11

Necesidad de olvidar frente al deber de recordar

> «Yo aún dudo si fue mayor la suerte del que salió o del que se quedó en los campos. Puede parecer una barbaridad pero es algo que solo podemos comprender nosotros».
>
> LUIS ESTAÑ
> Deportado n.º 4375 del campo de concentración de Mauthausen

Meses después de la liberación, Juan Fernández Colmenero volvía a trabajar en la cantera de Gusen. Este cordobés, que aún estaba recorriendo la tercera década de su vida, conocía el lugar a la perfección. Había pasado allí cuatro largos años tratando de sobrevivir y asistiendo al sufrimiento y la muerte de sus mejores amigos. Cuando por fin recuperó la libertad, Juan, como el resto de los españoles, no sabía qué hacer. La falta de perspectivas le hizo optar por la seguridad que le daban un lugar y un trabajo que le resultaban dolorosamente familiares. Decidió montar una cooperativa con otros republicanos para pulir aquellas piedras manchadas de sangre y transformarlas en una fuente de vida y esperanza. La necesidad de labrarse un futuro pesó más que los malos recuerdos.

Junto a Juan hubo otra veintena de españoles que decidieron establecerse para siempre en los alrededores de Mauthausen. La mayoría de ellos se casaron con mujeres austriacas y pasaron sus vidas en las localidades próximas al campo de concentración. José Carreras y Andrés Blasi encontraron trabajo en Vöcklabruck, la pequeña ciudad en la que habían formado parte del *kommando* dirigido por el *kapo* español César Orquín. El toledano Manuel García Barrado fue un paso más allá y se quedó al cuidado de la propia fortaleza de Mauthausen. Durante cuarenta años se preocupó de preservar la integridad de las instalaciones y de limpiar las placas conmemorativas y los monumentos que se fueron erigiendo. La tarea que más le gustaba realizar era la de guía para los grupos de visitantes que se acercaban a conocer el campo. En esas ocasiones, se sentía especialmente útil contribuyendo a mantener viva la memoria de sus compañeros asesinados. Por ello, y porque no tenía otro sitio mejor al que ir, Manuel García nunca abandonó Mauthausen.

UNA LUCHA INACABADA

México, Argentina y Venezuela fueron otros de los destinos elegidos por algunos republicanos para intentar rehacer sus vidas. Sin embargo, más del 95% de los deportados españoles optó por instalarse en Francia y mantener su mirada puesta en España. A esas alturas ya eran conscientes de que los aliados no cumplirían su promesa de acabar con la dictadura franquista, pero los veteranos luchadores no perdieron nunca la esperanza de regresar a una patria liberada. Todos se incorporaron inmediatamente a los partidos democráticos que trabajaban en el exilio y formaron organizaciones para reclamar sus derechos como deportados.

Marcial Mayans fue uno de los primeros en retomar la lucha armada contra el franquismo: «Desde el principio empecé a colaborar con el maquis español. En el 46 ya pasábamos armas a España camuflándolas en cajas de botes de conserva. Desmontábamos las metralletas en tres partes y las escondíamos entre la paja que protegía las latas de leche La Lechera. También pasábamos pistolas y algunas bombas de mano. Todo este material lo habían empleado los resistentes franceses y españoles que lucharon contra los nazis y ahora queríamos utilizarlo contra Franco». Mayans entró poco después en la Península de forma clandestina: «Tuve un montón de nombres falsos durante esos años. El que más utilizaba era José Cardó. Mi grupo estaba formado por otros cuatro compañeros de Mauthausen. Los cinco teníamos como tapadera nuestro trabajo en una empresa en la que Miguel Subils, otro deportado, era el delegado comercial». Setenta años después, Mayans muestra orgulloso la tarjeta de visita que entregaba a los posibles clientes y también a los policías franquistas. En ella aparece el símbolo de los «rojos españoles» en Mauthausen: el triángulo azul con la «S» en el centro. Una «S» que a los ojos de los agentes del régimen solo parecía la inicial del apellido Subils, adornada y destacada con un nada sospechoso triángulo azul: «Era una forma de reírnos de ellos. Al final, desde Francia nos llegó la orden de dejar nuestra tapadera porque la policía había descubierto a qué nos dedicábamos realmente». Marcial continuó clandestinamente en España participando en diversas acciones de sabotaje. Finalmente, acorralado por los agentes del régimen, tuvo que escapar a Francia. Mayans llegó a ser juzgado «en ausencia» y condenado por un tribunal militar a una pena, que nunca cumplió, de 20 años y un día de reclusión.

La nueva lucha de los republicanos se centró también en perseguir a los *kapos* españoles que habían conseguido permanecer impunes tras la liberación. Los boletines informativos de las asociaciones de deportados se llenaron de anuncios y fotos en los que se pedía ayuda para localizar a estos cómplices del nazismo. Aún más espacio ocupaban, en estas publicaciones, los mensajes en que se solicitaba información sobre el paradero de los españoles que habían desaparecido durante la invasión alemana de Francia. Virgilio Peña tuvo que esperar casi un año, desde que

salió de Buchenwald, para conocer la suerte que había corrido su hermano Hirilio: «Me dirigía a un mitin de Pasionaria en Toulouse. En el camino me encontré con un paisano mío de Espejo, que se llamaba Antonio Arroyo. Cuando me vio, me abrazó y me dijo que había estado con mi hermano en Mauthausen y en Gusen. Me contó que había muerto a consecuencia de una operación de apendicitis. No se la hicieron bien y tenía unos dolores terribles. Para mí que murió de esos dolores».

En el caso contrario estaba Emiliano Yuste, que debía pasar por el amargo trago de comunicar a los padres de uno de sus más queridos compañeros la noticia de su fallecimiento en el campo. Emiliano era uno de «los tres de Camuñas». Tres amigos que salieron de ese pueblo toledano en 1936 para combatir del lado de la República. Desde ese momento trataron siempre de permanecer unidos y lo consiguieron, tanto en España, como en el exilio y también durante el inicio de la Segunda Guerra Mundial. Emiliano, Pedro Gallego y Noé Ortega se enrolaron juntos en la 86.ª Compañía de Trabajadores del Ejército francés. Tras su captura por los alemanes, Noé fue separado de sus compañeros y llegó a Mauthausen en agosto de 1940. Emiliano y Pedro no lo harían hasta el 25 de enero; ya nunca verían a Noé, que el día anterior había sido trasladado a Gusen, donde moriría poco después. Solo Emiliano pudo salir con vida del campo, a Pedro igualmente le enviaron a Gusen para morir. Ahora tenía que comunicárselo por carta a sus padres, que aguardaban noticias en España: «Señor Segundo y Beneranda (…). El contenido de esta, es para manifestarles la mala noticia de que su querido hijo murió el 1 de agosto del 42 (…). Nos separaron en el campo de Alemania en el que estábamos, Mauthausen. Era tanto el tiempo que llevábamos juntos que cuando llegó la separación en aquel maldito campo le dije al jefe de bloque que me quería marchar con él. Basta que quisiera ir para que no me dejara y estuve que si iba o no al crematorio porque todos los días me hacía barrer, nevando y lloviendo (…). Cuando me dijeron “tu paisano ha muerto”, lloré; ya ven si nos llevamos bien los dos. Cuando estemos juntos ya les diré algo más. Les acompaño en su sentimiento y recuerdos para sus queridos hijos y toda la familia»[382].

La pérdida de tantos seres queridos acrecentaba el deseo de los republicanos por volver a su patria y reencontrarse con aquellos familiares que seguían con vida. Esas esperanzas se truncaron muy pronto por las noticias que llegaban desde España. Una breve carta de su madre devolvió a Francisco Griéguez a la cruda realidad: «Nada más pasar la frontera y llegar a Francia le escribí una carta a mi madre. En ella le decía que nos veríamos muy pronto porque me había apuntado para regresar voluntariamente a España. Unos días después recibí su respuesta, en la que me decía: “Paco, dices que vas a venir, pero tus hermanos se han hecho ya grandes y tendrás que dormir con el papá”. Mi padre estaba muerto. Así que comprendí que, si volvía, me iban a fusilar. Mi madre se las había ingeniado para hacerme llegar el mensaje en clave, para que la censura franquista no se diera cuenta. Al día siguiente fui a pedir que me borraran del listado de quienes querían regresar a España». Ante la amenaza

de acabar en una fosa común, algunos deportados optaron por que fueran sus esposas las que trataran de atravesar la frontera ilegalmente para reunirse con ellos en Francia. Era también una alternativa arriesgada y compleja. Por eso muchos no pudieron jamás recuperar las vidas que se habían visto obligados a abandonar en 1939. Josep Simon se reencontró con María, su mujer, en 1954. Fue entonces, en Francia, cuando conoció a su hija Pepita que estaba a punto de cumplir los 15 años. Josep no se había atrevido a regresar a su pueblo porque el alcalde falangista se jactaba ante sus vecinos de tener una bala reservada para él. Ahora ya era tarde, su hija ni le conocía y María tenía que regresar a España porque sus padres dependían exclusivamente de ella. A Josep, el tren del exilio y la deportación no le había quitado la vida, pero sí le había robado su vida.

Antonio García Barón y Manuel Santisteban se rebelaron desde el primer momento contra ese muro que les separaba de sus seres queridos. Ambos estaban decididos a reunirse con sus madres, costara lo que costara. García Barón tiró de imaginación y se adaptó a los gustos de la «nueva España»: «No podía vivir sin abrazar a mi madre; de modo que al salir de Mauthausen preparé con calma mi regreso a casa. Me vestí de cura, como los de antes: con la sotana abotonada, la faja, el breviario, el rosario, gafas de cura y toda la pinta de un cura. Llegué a Monzón en el autobús de línea y me dirigí a mi casa. Fue mi madre la que abrió la puerta. Me observó y dio los buenos días con reverencia. Después arrugó la frente; tuvo unos instantes de duda. Aquella cara le sonaba. “Soy yo, madre”, le dije. Y nos fundimos en un abrazo que duró unos minutos. Mi madre era una mujer muy valiente. “Hijo, corres un gran peligro”. “Sí, he visto a los civiles en los cruces”». Utilizando el mismo disfraz, García Barón volvió a Francia unos días después.

Manuel Santisteban optó por un medio menos sofisticado y lo pagó caro. Su hermano Ramiro recuerda las circunstancias en que se produjo su asesinato a finales de 1945: «Estaba decidido a entrar ilegalmente en España para visitar a nuestra madre, que se encontraba enferma. Era una verdadera obsesión que tenía siempre en la cabeza. Un catalán, amigo suyo, conocía un camino aparentemente seguro a través de los Pirineos. Al parecer, lo había utilizado varias veces pero siempre había permanecido cerca de la frontera, mientras que mi hermano quería llegar hasta Laredo, que era donde vivía nuestra madre. Traté de convencerle para que no lo hiciera. Le dije que era una locura, pero no me hizo caso. Lo intentó, se topó con la Guardia Civil y le mataron». La historia de los Santisteban concluía de forma trágica. Nicasio, el padre de Manuel y de Ramiro, también había muerto en un hospital de París, pocos días después de ser repatriado a Francia. La tuberculosis y su extrema debilidad acabaron con su vida. Cuando Ramiro echaba la vista atrás, no podía asimilar lo ocurrido. En agosto de 1940 llegó a Mauthausen con su padre y su hermano. Los tres habían logrado sobrevivir a casi cinco años de esclavitud en el campo de concentración nazi. Tras recobrar la libertad, en menos de siete meses, Ramiro se había quedado completamente solo.

Fueron muy pocos los deportados que quisieron y pudieron volver legalmente a la España de Franco durante aquellos primeros años de la posguerra mundial. Josep Figueras no había renunciado a sus ideales comunistas, pero su mala salud le empujó a tomar la decisión de regresar al pueblecito tarraconense de Fontscaldes: «En un chequeo sanitario en Francia me diagnosticaron una lesión cardiaca, estimaron que tenía un grado de invalidez del 70% y me aconsejaron que me trasladara a un lugar que tuviera un clima más seco. Me informé, a través de algunos amigos, de que en España no había ningún proceso abierto contra mí. Además, mi quinta se había licenciado el 14 de julio de 1948, por lo que no tendría que hacer el servicio militar. Con esos datos, crucé la frontera el 22 de enero del 49 por La Junquera. En mi pueblo me recibieron muy bien, pero me tuve que presentar en el cuartel de la Guardia Civil de Valls. Allí me recomendaron, entre otras cosas, que me portara bien y que fuera a misa los domingos. Viví siempre con la sensación de que me tenían vigilado».

LA DURA POSGUERRA

En 1945, la vida no era fácil en las ciudades y pueblos de la destruida Europa. Los españoles que tenían algún familiar viviendo en el sur de Francia se marcharon con ellos para tratar de comenzar de nuevo. José Alcubierre volvió a Angulema, la ciudad de la que había partido hacia Mauthausen: «Nunca creí que iba a estar tanto tiempo en Francia. Yo quería volver a España y, mientras tanto, fui a Angulema. Allí intenté que se juzgara al comisario del campo en el que estuvimos internados y desde el que nos habían deportado a Mauthausen. No lo conseguí. El tiempo fue pasando y, al final, me quedé aquí para siempre».

Otros se acercaron mucho más a la frontera española, instalándose en los barrios obreros de ciudades como Narbona, Toulouse, Perpignan, Bayona o Hendaya. Todos ellos llegaron como Luis Perea, con las maletas vacías pero cargados de ingenio y ganas de salir adelante: «No tenía dinero para comprarme ropa. Así que cogí mi traje a rayas de prisionero, lo teñí de color azul marino y así lo pude usar durante varios años».

Los que no tenían a nadie, que eran la inmensa mayoría, se quedaron en los alrededores de París. Pierrette Sáez, viuda del deportado José Sáez Cutanda, resume la situación en que se encontraban: «Los deportados que llegan a París no tienen buena salud. Dejan detrás de ellos el infierno, pero lo conservan en su mente. No tienen casa, ni dinero, ni familia. Están completamente aislados y sin un futuro claro».

El Gobierno francés los acabó repartiendo entre municipios situados en los alrededores de la capital. Los ayuntamientos gobernados por partidos de izquierda fueron los que más se volcaron en ayudar a los republicanos. El alcalde comunista de Ivry-sur-Seine acogió a un grupo formado por 62 españoles, entre los que se

encontraba el madrileño Vicente Delgado: «Nos llevaron a una nave cedida por los bomberos que se encontraba detrás del Ayuntamiento. Estábamos completamente libres y durante el día recorríamos diferentes centros de ayuda de americanos y franceses para tratar de conseguir zapatos y algo de ropa. La comida nos la proporcionó la ciudad y también mi primer trabajo». Vicente y sus compañeros aprovecharon estos primeros meses para aprender algo de francés y tratar de recuperarse físicamente. Las autoridades les facilitaron comida, algo de dinero y les ayudaron a formarse para poder encontrar un empleo.

La empresa francesa que acabó dando trabajo a más deportados españoles en París fue la automovilística Renault. Ramiro Santisteban entró en ella tras hacer un curso de mecánica: «Yo no quería trabajar allí porque la empresa tenía muy mala reputación. Su dueño, el fundador, había colaborado con los nazis. Al final accedí porque a Renault[383] le habían matado después de la guerra y la compañía había sido nacionalizada. Allí acabamos trabajando muchos republicanos».

Quienes continuaban en paro o en trabajos precarios sufrieron un tremendo varapalo en la primavera de 1946, cuando las autoridades cerraron los centros públicos de acogida. Vicente Delgado y sus compañeros de Ivry volvieron a encontrarse en la calle: «Sin un céntimo en el bolsillo, fue un momento desastroso. Tuve la suerte de que conocía al dueño de un hotel al que le expliqué mi situación y me permitió quedarme. Luego encontré un trabajo en una fábrica de madera y pude empezar a pagarme la habitación y la comida».

Los republicanos de Ivry y del resto de las localidades del cinturón de París se apiñaron en habitaciones compartidas dentro de pensiones y hoteles de mala muerte. Allí tuvieron que saltarse las normas para cocinar su escasa comida en infiernillos que instalaron a los pies de sus camas. La solidaridad, que ya salvó su vida en Mauthausen, volvió a presentarse como el mejor medio para hacer frente a tantas dificultades. Como hicieron en el campo, empezaron a compartir comida y a apoyarse en los hombros de los compañeros más fuertes.

Isabel Sánchez conoció en 1946 a Antonio Terres, el clarinetista que había acompañado con su música los ahorcamientos perpetrados en Mauthausen: «Los deportados españoles se llevaban muy bien. Siempre se mostraban alegres. Se les notaba que estaban contentos por seguir con vida. Los domingos venían al baile que se celebraba en el Ayuntamiento de Ivry. Antonio le pidió a mi padre permiso para bailar conmigo y ahí empezó todo. A mi padre no le gustaba mucho porque era músico, pero nosotros empezamos a vernos a menudo». De ese baile popular salieron varios matrimonios entre republicanos y mujeres que, en su mayor parte, eran hijas de emigrantes españoles. Isabel y Antonio se casaron muy pronto, en diciembre de 1946. Con la ayuda de los padres de ella, se hicieron cargo de un café que se convirtió en el centro de reunión de los deportados españoles en Ivry: «Venían muchos por aquí. Mi hermano tocaba el acordeón, así que había días en los que Antonio sacaba el clarinete y pasaban un buen rato todos juntos».

Entre quienes frecuentaban el café del clarinetista de Mauthausen se encontraba Antonio Hernández, al que todos llamaban el Murciano. En la correspondencia que mantenía con su madre se reflejan dos actitudes comunes en todos los deportados: la frustración por el forzado exilio y el compromiso por ayudar, con lo poco que tenía, a su familia que permanecía en España: «Nadie sabe lo que vale una madre si no ha sufrido lo que yo he sufrido ni ha visto las cosas que yo he visto. Con las ganas me quedaré de reunir a todos mis hermanos en compañía de usted y contarles mi historia. Aunque ya hay quien la conoce y en su día espero, como esperan muchos, algo de justicia como la merecemos (…). El sábado día 18 envié a usted un paquete por la agencia de costumbre. Su contenido es de seis paquetes de galletas, dos latas de paté (esto es a base de hígado de pato y se come esparciéndolo encima de pan), dos botes de confitura, seis paquetes de café, dos kilos de azúcar, un kilo de caramelos para los pequeños, dos salchichones (…). Lo que me disgusta es que usted no me diga lo que prefiere para comer porque así no sé qué comprarle»[384].

Las penurias económicas del Murciano y del resto de los republicanos se suavizó a partir de 1955. El Gobierno galo comenzó a pagarles unas indemnizaciones que los deportados franceses ya llevaban años percibiendo. En este triunfo fue determinante el papel que jugaron las asociaciones de deportados. La FEDIP y la FNDIRP[385] no dejaron de pelear para tratar de acabar con la discriminación de que seguían siendo objeto los españoles. Una vez solventada, en buena medida, la situación financiera, los deportados intentaron cumplir su penúltimo objetivo: visitar a sus familias en España. La mayoría no quería instalarse en una patria irreconocible tras dos décadas de duro franquismo; lo que sí deseaban era reencontrarse con los suyos. Después de más de 20 años sin ver a su madre y a sus hermanos, el Murciano también quería intentarlo, aunque seguía teniendo miedo. En una carta, enviada en enero de 1956, informaba a su madre de sus temores y de los datos que había obtenido de otro exiliado que logró entrar y salir legalmente de España: «Yo no sé si él estuvo como yo deportado, pero lo que me ha contestado es lo siguiente: “Referente a los informes que le interesan sobre un eventual viaje a España, es prudente no darlos porque cada individuo es un caso particular y solo usted debe responsabilizarse”. Yo tengo muchas ganas de verla a usted, como a todos los hermanos y sobrinos. Además, yo no he hecho nada en España para que me tengan que acusar como a un criminal, pero ahora de lo que se trata es de mi bienestar. Este hombre dice que con él no se metió nadie, a lo mejor conmigo se meten y, entonces, dígame usted lo que hago…». Antonio consiguió poco después, como el resto de los deportados españoles, la nacionalidad francesa.

La aparente seguridad que les daba un pasaporte galo animó a muchos republicanos a cruzar la frontera. El Murciano no se atrevió a hacerlo hasta comienzos de los años 60. Un verano, decidió subirse al coche con su amigo, el clarinetista de Mauthausen. Antonio Terres ya había viajado a España el año anterior en compañía de su esposa Isabel: «El primer año que regresamos no tuvimos

problemas con la policía. Llegamos hasta Alicante, que era donde vivía la familia de mi marido, y comimos con ellos. Antonio se puso a contar lo que había sufrido en el campo y no le creyeron. Uno de sus hermanos decía: “Antonio se ha vuelto loco. Eso no puede ser”».

En esta segunda ocasión Terres estaba más tranquilo. En el coche, junto a él, iba el Murciano, y detrás, Isabel y sus dos hijas: «Nos pararon en la frontera como hacían habitualmente en aquellos tiempos. Registraron el coche y no encontraron nada porque solo llevábamos ropa y cosas para comer. A Antonio le miraron los papeles y no dijeron nada, pero al Murciano se lo llevaron a la oficina. Estuvo allí dentro mucho tiempo. Nosotros estábamos muy asustados porque, por la forma en que se lo habían llevado, pensábamos que le iban a detener. Varias horas después le soltaron. Antonio conducía siempre con mucha calma, pero recuerdo que en cuanto su amigo entró en el coche, arrancó a toda velocidad». Dos días después, el Murciano pudo abrazar a su madre y a sus hermanos. No lo hacía desde el invierno de 1938.

HERIDAS IMPOSIBLES DE CERRAR

Las secuelas físicas y psíquicas de su paso por el campo acompañaron durante el resto de sus vidas a los republicanos españoles. Casimir Climent, uno de los brillantes secretarios de la oficina de la Gestapo de Mauthausen, no soportó los duros recuerdos y terminó sus días sumido en la locura. Cristóbal Soriano también tuvo que ver cómo uno de sus camaradas sucumbía de forma dramática bajo el peso de la deportación: «Era un oficial de la marina republicana. Cuando llegamos aquí a Carcassonne, después de la liberación, se llegó a casar. Sin embargo, se volvía loco cada vez que se acordaba del campo. Al final no pudo más y un día se suicidó».

La historia del matrimonio Olaso refleja algunos de los fantasmas que persiguieron a los supervivientes de los campos. Carlota García y Joaquín Olaso habían luchado contra las tropas franquistas en España y, después, habían sido destacados miembros de la Resistencia antinazi en Francia. Detenidos y torturados por la Gestapo, Carlota fue enviada al campo de concentración de Ravensbrück y Joaquín al de Mauthausen, donde se reencontraron en marzo de 1945. Allí Carlota tardó poco en percatarse de que a Joaquín sus camaradas le daban de lado porque le consideraban un traidor. Según el testimonio de quienes le conocían, había sucumbido a las torturas de la Gestapo, delatando a varios compañeros de la Resistencia. Tras la liberación, la combativa Charlie siguió al lado de su repudiado marido. Aislados y rechazados por sus antiguos camaradas, el matrimonio Olaso no tuvo fuerzas para hacer frente a las consabidas dificultades físicas, psíquicas y económicas que sufrían todos los deportados. Una mañana, encontraron sus cadáveres en la habitación de la humilde pensión parisina en que se alojaban. La espita del gas estaba abierta.

Definitivamente, haber salido con vida de los campos no era tan bello como los deportados habían imaginado durante sus años de cautiverio. Las escenas atroces de las que habían sido testigos les acechaban durante el día y, sobre todo, la noche. Todos cargaban además con un sentimiento de culpa por haber sobrevivido mientras sus compañeros morían por el camino. Luis Estañ llega al punto de plantearse si no hubiera sido más sencillo morir: «Yo aún dudo si fue mayor la suerte del que salió o del que se quedó en los campos. Puede parecer una barbaridad pero es algo que solo podemos comprender nosotros».

La primera reacción ante este insoportable estado fue el silencio. Pierrette Sáez se sigue culpando por no haber animado a su marido a compartir con ella el peso de la deportación: «Creo que fue un error mío el no preguntarle por todo lo que había pasado. En nuestro matrimonio nunca hablamos del campo. Yo creía que si le preguntaba le haría tener malos recuerdos y por eso no lo hice. Ahora sé que fue un error. Hay que decir que, entonces, no había psicólogos para ayudar a esos hombres que venían del infierno y, también, a sus familias. Había mucho silencio en todos los hogares. Era frecuente el caso de algunos deportados que hablaban ante sus familias y se encontraban con la incredulidad de quienes les escuchaban. Sencillamente no creían las cosas tan horribles que contaban. Así que la mayoría, como mi José, optó por callarse. Lo único que sí me dijo hasta el último día de su vida es que todas las noches volvía a Mauthausen y se despertaba con las imágenes del horror».

Así le ocurría también al resto de sus compañeros. Los SS y los *kapos* resucitaban en las largas noches del exilio. Isabel recuerda las pesadillas que sufría su marido, Antonio Terres: «Tenía malos sueños, le pasaba muy a menudo. Se agitaba, se movía y me daba hasta algún porrazo porque estaba soñando con el campo. Cuando se despertaba tenía mucho miedo. Luego, durante el día, había veces que se pasaba horas sin hablar, con mucha tristeza, dándole vueltas a todo». María Perea tampoco vivió noches tranquilas con su esposo Luis: «Daba brincos en la cama y pegaba golpes. A mí me dio una vez uno muy fuerte. Yo le decía: “Luis, ¿qué te pasa?”. Parecía que se ahogaba. Luego acababa contestándome: “¡Ay! Es que creía que me iba a matar un alemán”»[386].

Juan Romero, el español que trabajaba recogiendo la ropa de los deportados que llegaban al campo, sigue recibiendo cada noche a decenas y decenas de judíos indefensos: «Sueño muchas noches con ellos. Y, sobre todo con aquella niñita que me sonrió antes de que se la llevaran a la cámara de gas. Sueño con ella muy a menudo. Veo su cara… Pobrecita». Al igual que Juan, Francisco Griéguez, superados los 95 años de edad, pasa las noches en vela en su casa de Gardanne: «Me da más miedo ahora que cuando estuve allí, porque entonces no tenías tiempo de pensar. Pero ahora, cuando me acuerdo de donde he estado… La noche me la paso sin dormir, empiezo a sudar. ¿Qué me pasa? Sueño con Mauthausen. Tengo más miedo ahora por la noche, que entonces». El amanecer, según explica José Marfil, es lo único que les devuelve la paz: «Cuando me despierto me siento feliz. He pasado toda la noche en el campo y

la alegría llega cuando me levanto por la mañana y veo que no estoy allí».

A las pesadillas, Luis Estañ sumó una terrible manía: «Yo iba por la calle, incluso cuando iba acompañado de mi mujer, y miraba constantemente a derecha y a izquierda. No podía evitarlo. Y así estuve durante años. Siempre mirando a ambos lados mientras andaba». Alfonso Maeso sufría extrañas reacciones cuando entraba en un restaurante: «Durante muchos años me fue imposible comer fuera de casa. Aún no sé explicar la razón, quizás un psicólogo pueda hacerlo, pero, cuando me servían la comida, mi cuerpo sufría un extraño contraste de temperatura que me estremecía hasta comenzar a temblar compulsivamente. Avergonzado, salía del establecimiento, la mayoría de las veces apoyado en el brazo de mi esposa. Pero quizá la mayor secuela que Mauthausen dejó en mí fue la inseguridad, la falta de confianza en mis posibilidades. Creo que llegué a sufrir una especie de síndrome de Estocolmo, no porque llegara a encariñarme con mis verdugos, cómo iba a hacerlo, sino porque, acostumbrado a recibir órdenes para todo, descubrí que no sabía actuar por mí mismo».

LA VIDA EMPIEZA A LOS 11 AÑOS

Si los jóvenes deportados de treinta años tenían dificultades para mantener la cordura y adaptarse a la vida en libertad, ¿qué podía esperarse de un niño que se encontrara en la misma situación? Con once años recién cumplidos, Siegfried Meir había logrado instalarse en Toulouse junto a su padre adoptivo, Saturnino Navazo. Por primera vez en su vida era realmente libre: «Mi escuela habían sido los campos de concentración y me había acostumbrado a robar. Y después de la liberación seguía haciéndolo. Robaba hasta terrones de azúcar en mi propia casa. Los cogía a escondidas y los guardaba debajo de la cama para comérmelos por la noche. No tenía por qué hacerlo, porque si los pedía me los daban, pero yo seguía robando siempre que tenía ocasión. Había un hombre, un patrón que tenía un negocio y que siempre invitaba a Navazo y a otros españoles a comer o a tomar algo. Yo aprovechaba el momento en que todos estaban con sus platos y me metía en la cocina. Allí siempre estaba la chaqueta del patrón, así que le sacaba la cartera del bolsillo. Yo sabía robar muy bien, solo cogía uno o dos billetes para que no se notara. Pero un día entró una mujer de la limpieza y me descubrió. La reacción de Navazo fue extraordinaria porque, en lugar de regañarme, lo primero que hizo fue disculparse él ante el patrón. Le explicó que yo había pasado toda la vida tratando de sobrevivir y que, para ello, había tenido que robar. Le solicitó comprensión y pidió perdón por mí. Fue más tarde cuando me cogió aparte y me dijo unas palabras que nunca olvidaré: “Mira Siegfried, quiero que a partir de ahora olvides lo que aprendiste en el campo. No robes más. Debes entender que esto no es el campo, que aquí la gente trabaja, gana dinero y con él compra lo que le apetece. Así que no debes robar más porque, si no, vas a terminar muy mal, en la

cárcel, y yo me disgustaré mucho”. Recuerdo que me habló con tanta ternura que, desde ese momento, cambié».

Siegfried sufrió entonces una transformación que también estaba marcada por los traumas que le había provocado su paso por los campos: «En mi cabeza de niño, pensé entonces que tenía que conseguir que Navazo se sintiera orgulloso de mí. Quería que se diera cuenta de que salvar mi vida había merecido la pena. Y, por eso, quise dejar de ser un cero a la izquierda y hacerme famoso». Esa aparente ensoñación infantil se convertiría más tarde en realidad, pero para lograrlo hizo falta mucho esfuerzo: «Yo iba muy mal en la escuela. Aquello no me interesaba nada porque cuando yo entré en el colegio tenía once años y me pusieron con niños más pequeños. Iba muy retrasado por el tiempo que pasé en los campos y además tenía que aprender francés. Los otros niños tenían seis años y me tomaban un poco como el tonto del pueblo porque yo no entendía nada de lo que explicaban en clase. Pero bueno, poco a poco, lo conseguí y con 14 años me dieron el certificado. Recuerdo que ese día Navazo me abrazó y me felicitó por haberlo logrado. Yo sentí que le había hecho feliz y me reafirmé en mi idea de demostrarle que no había sido en vano salvarme la vida».

Siegfried tenía claro que para lograr ese objetivo tenía que ser famoso. Primero quiso ser boxeador, después actor y, finalmente, probó suerte en el mundo de la canción: «Como no tenía vergüenza, me fui al director de una orquesta en Toulouse y conseguí que me escuchara cantar. Me cogió y empecé a actuar en hoteles de la ciudad. Me gustaba mucho que la gente me aplaudiera. Hacía que me sintiera alguien, hacía que me sintiera bien. Poco a poco fui mejorando y conseguí algunos contratos que me llevaron a París y a separarme de Navazo. Pero él siempre siguió siendo mi motor. Antes de que actuara en alguna televisión, le llamaba y le decía: “Seguro que vas a estar orgulloso de mí”. Y, efectivamente, él llamaba a los amigos y se juntaban todos para ver el programa». Con el nombre artístico de Jean Siegfried, grabó varios discos y consiguió el éxito que tanto buscaba: «Hice un recital gratis en el pueblo en el que vivía Navazo cerca de Toulouse. Le vi tan contento y tan orgulloso que para mí fue la felicidad absoluta».

Navazo siguió siendo también el motor de Siegfried cuando dejó la canción y decidió trasladarse a Ibiza. Allí triunfó en el mundo de la moda y de la restauración. «Yo tenía cinco restaurantes, dos *boutiques* y una galería de arte. Pero cuando Navazo murió, caí en una profunda depresión. Me sentí muy mal y dejé que mis negocios murieran. Me arruiné, pero me arruiné muy bien. Fue una ruina casi deseada y, a partir del momento en que no tenía nada, empecé a sentirme más feliz porque ya no tenía que demostrarle nada a nadie. Y así terminó la cosa».

Liberado de ese peso que arrastró toda su vida, Siegfried, sin embargo, sigue sin asumir su deportación: «Siento que mi fracaso es haber nacido judío en Alemania en aquella época. Ese pensamiento sigue estando en mi cabeza porque no encuentro respuesta a la pregunta de por qué quisieron matarme. Yo no había hecho nada, solamente nacer en un sitio donde otros niños nacen y otras personas trabajan. Nunca

he podido entender las razones por las que quisieron matarme. Navazo y los españoles habían luchado por algo en lo que creían. Para mí son una especie de héroes. Pero yo solo era un niño que vivía tranquilamente en su casa, le sacaron de ella y le llevaron a un campo donde mataron a sus padres y le quisieron matar a él». Ya con más de 80 años a sus espaldas afirma no sentir rencor alguno hacia los alemanes: «Lo que sí me ha quedado es una especie de alergia a la lengua, que, paradójicamente, es mi lengua materna. Cuando escucho hablar a alguien en alemán me siento mal. Es como alguien que tiene fobia a las cucarachas y se asusta enseguida. Pues a mí me pasa; si estoy en un restaurante tranquilamente y al lado se sienta un grupo de alemanes que empiezan a charlar, se me corta el apetito, me siento mal y me tengo que cambiar de mesa. No es odio, es algo incontrolable. Es la única secuela que me queda».

Siegfried presta su testimonio a quien se lo pide como homenaje a Navazo y al resto de hombres, mujeres y niños que pasaron por los campos. No lleva muchos años haciéndolo porque, según confiesa, su historia no se la había contado ni a sus propios hijos: «Mi silencio tiene su origen en el pueblo cerca de Toulouse donde vivía con Navazo. Allí era la atracción y todos me preguntaban por Auschwitz. Yo contaba lo que pasaba en el campo, las muertes, la pérdida de mis padres… Y me decían: “¡Venga! Exageras un poco. No puede ser”. La gente no podía creer lo que estaba contando. Me pasó varias veces, así que decidí no contarlo más y me callé. Cuando era cantante un periodista vio mi número de prisionero grabado en el brazo y me dijo: “Con tu historia podemos hacer llorar a Francia”. Yo le contesté que no quería hacer llorar a nadie, que solo quería cantar. Para mí, ser deportado no es ningún título de gloria. Es una parte de mi vida que me gustaría olvidar. No puedo hacerlo porque ahí está, pero no me enorgullezco de ella. Por eso no se lo conté ni a mis hijos. Cuando empezaron a preguntarme por el tatuaje que llevo en el brazo, yo les dije que era mi número de la Seguridad Social».

MEMORIA SIN RENCOR

La necesidad psicológica de olvidar tanto sufrimiento ha chocado durante todos estos años con el deber de recordar. El día de su liberación, los supervivientes juraron continuar su lucha contra el fascismo y mantener viva la memoria de las víctimas. Por ello, muchos no han parado de prestar su testimonio a quien se lo solicitaba, aunque ello supusiera mantener abiertas unas dolorosas heridas. Marcial Mayans ha llevado hasta el extremo ese juramento: «Yo llegué a la conclusión de que mi vida no me pertenecía a mí. Le pertenecía a quienes murieron allí y también a sus familiares. Por eso me he dedicado a contar lo que allí ocurrió».

Después de tantos años, José Alcubierre reconoce que le cuesta, cada día más, hablar del asesinato de su padre y del resto de atrocidades que contempló en

Mauthausen. El viejo republicano se muestra cansado y triste después de repetir, una y otra vez, su terrible historia. Confiesa que es Janine, su esposa, quien le empuja a seguir hablando del tema. Esta mujer francesa, de gesto dulce, endurece su rostro cuando explica el motivo por el que cree que José no debe ni puede callar: «Es el deber de la memoria. Tenemos la obligación de no olvidar. Hay que recordar lo que ocurrió en los campos de concentración para que no se repita. Y hay que hacerlo por todos, especialmente por quienes no salieron con vida de allí»[387].

En términos parecidos se expresa Simone Vilalta, prisionera en Ravensbrück y viuda de un español deportado en Mauthausen: «No hay que olvidar lo que pasó. Es muy importante que lo sepa todo el mundo, pero sobre todo los jóvenes. Tienen que conocer lo que significa el fascismo y hasta dónde puede llegar la maldad del ser humano». Los jóvenes son también la clave para Pierrette Sáez. A ellos dirige siempre el mismo mensaje: «Que sean muy vigilantes, porque lo que pasó ayer puede volver a pasar mañana».

Eduardo Escot quiere dejar claro que recordar no significa odiar: «Yo no odio a los alemanes, ni siquiera a la gente que trabajaba en Bretstein y nos veía cada día trabajar. Era la política de la nación. Sería estúpido odiarles. Mi hija está casada con un alemán. Recuerdo que, una vez, quiso acompañarme a Mauthausen. La noche anterior no fue capaz de dormir y luego, durante la visita, lo pasó muy mal».

José Alcubierre, sin embargo, hace una clara distinción: «Yo a los alemanes jóvenes les saludo con amabilidad, charlo con ellos sin ningún problema. Pero si veo uno mayor, con el pelo blanco como el mío… a ese no le saludo porque no sé qué es lo que hizo durante la guerra». Lázaro Nates coincide con su amigo José: «No podemos tener rencor a las nuevas generaciones de alemanes porque ellos no han hecho nada. Es ese nazismo el responsable. Esos fanáticos que se creían que iban a cambiar el mundo y a preservar la pureza de la raza alemana. Ellos fueron los que no tenían ningún escrúpulo para matar».

Regresar a Mauthausen ha sido, quizá, la prueba más dura a la que han tenido que enfrentarse los supervivientes que querían mantener viva la memoria de sus compañeros asesinados. Alcubierre quiso hacerlo para recordar, especialmente, a su padre: «La primera vez que volví, lloré mucho. Lloré mucho. Iba con mi mujer y con mi hija, que era quien me consolaba. Coloqué dos placas en recuerdo de mi padre, una en el crematorio de Gusen y otra en el de Mauthausen porque nunca he sabido en cual de los dos le quemaron». Ha repetido el viaje en numerosas ocasiones para participar en los actos conmemorativos que se realizan, cada año, coincidiendo con el aniversario de la liberación del campo. Su compañero del *kommando* Poschacher, Lázaro Nates, solo pudo ir en dos ocasiones: «Eran demasiados recuerdos. Las cosas no son fáciles de olvidar y el que ha estado encerrado cinco años allí, volver a ver aquel sitio… Fui esas dos veces y no he querido volver. Ya estaba bien». De hecho, la mayoría de los españoles supervivientes no regresó nunca. Juan Romero se sigue horrorizando solo de pensar en la posibilidad de caminar nuevamente entre aquellas

barracas de madera: «No, no, no. Yo no he vuelto. Yo trabajaba siempre en el interior del recinto del campo y veía todo lo que pasaba. Aquellos niños que entraban en la cámara de gas… No volveré nunca. He visto demasiadas cosas como para querer regresar allí».

Josep Simon, sin embargo, regresó a Mauthausen en 1970 para cumplir una promesa que se hizo a sí mismo mientras permanecía internado en el campo: «Conseguí que me admitieran como tallador de piedras aunque no conocía el oficio. De tanto en tanto, los SS hacían controles para ver nuestro rendimiento. Cada operario tenía su montón de piedras, miraban si las formas eran correctas y la cantidad que habías hecho. Eso me hacía sufrir mucho porque pensaba que me descubrirían muy pronto. Suerte que los compañeros me dejaban algunas de las suyas. También me pasaban alguna a medias y yo la iba picando mientras hacían la revisión. Así, con muchos sobresaltos, fui pasando hasta que ya podía esculpir las piedras de una manera aceptable. Recuerdo que una me salió mejor de lo que esperaba, era una piedra especial para mí. Pensé que si salía con vida del campo me gustaría volver a verla. Presté atención cuando los albañiles colocaban las piedras en su lugar. No perdía de vista la mía porque quería saber dónde sería colocada. La pusieron en una esquina de la fachada de un edificio. Yo la miraba siempre que pasaba por aquel lugar. Al cabo de 25 años, acompañado por mi esposa Elisabet, al visitar Mauthausen pude ver aquella piedra que tanto me hizo sudar mientras la trabajaba».

A pesar de estos esfuerzos por recordar lo ocurrido, la realidad hace que los deportados franceses y españoles no sean muy optimistas respecto al futuro. Francisco Griéguez explica sus motivos: «Los jóvenes ni quieren ver las fotos porque se ponen malos. Les hablas de los campos, de los deportados y te dicen: “¿Pero eso qué es?”. Aquí en Francia el partido más votado ya es un partido fascista, el de Marine Le Pen. A mí me produce mucha angustia escuchar las cosas que dicen. Creo que el fascismo puede volver a gobernar Europa». José Marfil alberga el mismo temor a que la historia se repita, una vez más: «El fascismo sigue existiendo y un día pueden volver a gobernar. Si los jóvenes no conocen el pasado, volverán a votar por el fascismo porque se creerán su discurso populista. Y serán ellos, los jóvenes, los que pagarán las consecuencias si no se evita esto. Yo veo un riesgo real de que Francia y toda Europa acaben sometidos a una dictadura. Y en ese caso también habrá campos, diferentes a los nuestros, más modernos y que eliminarán a la gente de una forma más disimulada. Como no hagamos algo, como no nos defendamos, llegaremos a esa situación».

Lázaro Nates cree que el problema es más profundo y excede de las fronteras de tal o cual país: «Radica en la naturaleza del ser humano. La historia se ha repetido desde que acabó la Guerra Mundial. ¿Qué ha pasado en Ruanda, en otras partes de África y también en Asia? Hoy se sigue matando a la gente a mansalva. ¿Tú crees que hemos aprendido algo? Si el hombre fuera bueno no pasaría esto. Yo creo que el

hombre es malo por naturaleza». Siegfried Meir coincide al cien por cien con el análisis de Lázaro: «Hay una especie de desprecio absoluto por el ser humano. El hombre cuando le dejas matar, mata. Cuando le dices que puede asesinar porque su vecino no es de su misma religión o de su mismo partido político, lo hace sin dudarlo. Cuando yo visito algún colegio les digo lo mismo a los estudiantes: “Que cada uno tenga sus creencias pero que no quiera imponérselas a los demás”. Siempre acabo esbozando la misma idea: espero que en el futuro solo haya una religión, la tolerancia».

Y si el futuro es tan sombrío, ¿ha merecido la pena tanto sufrimiento? ¿Si pudieran volver a 1936, evitarían embarcarse en una lucha que les arrebató a sus seres queridos y les condujo al mayor de los tormentos? Eduardo Escot contesta con contundencia: «No me arrepiento de lo que hice. No. En absoluto. Era un deber hacer lo que hicimos». Francisco Griéguez se une al mensaje de Escot aunque introduce un amargo matiz: «No me arrepiento, pero he luchado por nada. Lo que veo ahora… ¿para qué tanta lucha y tantos muertos? Si al final, todo es siempre igual». Neus Català aporta un rayo de optimismo. A la vieja luchadora catalana se le dibuja una enorme sonrisa cuando ve por televisión imágenes de algunas de las manifestaciones que se celebran en las calles de España: «Ver jóvenes que enarbolan banderas republicanas es muy emocionante. Cuando lo veo me digo, ¡mira, la semilla de los abuelos ha salido adelante después de todo! Es emocionante. La semilla no ha muerto. No»[388].

LA HERENCIA DE LA DEPORTACIÓN

A finales de 2014, solo quedaba con vida una treintena de los 4000 españoles que sobrevivieron a los campos de concentración nazis. Sin embargo, son miles los cónyuges, hijos y nietos que han heredado, de una manera u otra, su deportación. Algunos de ellos han preferido ignorar el pasado, pero otros muchos, con nombre de pila francés y apellido catalán, andaluz o gallego, están decididos a mantener el legado de sus mayores.

Jean, hijo del tarraconense Raimundo Estivill; Jeannine, hija del zaragozano Mariano Laborda; y Nathalie, hija del cordobés Alfonso Cañete; se reúnen a las afueras de París. Los tres se consideran herederos de la deportación, por lo que sufrieron sus progenitores y también por la forma en que les afectó a ellos mismos. Jean explica cómo, desde pequeño, le marcó la historia de su padre: «Aunque todavía era joven, los médicos que le atendían eran geriatras. Tenía el cuerpo de un viejo por las secuelas que le había dejado su paso por el campo y estaba extremadamente débil. Yo era solo un niño y recuerdo que le miraba con preocupación porque, además, tenía cierto miedo por ser hijo de alguien así de frágil. Temía parecerme a él físicamente». «A mí, cuando nos sentábamos a comer y yo decía que algo no me gustaba —

recuerda Jeannine—, siempre me amenazaba diciendo: “¡Espera a que lleguen los alemanes!”. Curiosamente mi padre no habló casi nada durante los primeros años que pasamos en Chile, tras la liberación. Pero después, cuando volvimos otra vez a Europa, se abrió un poco más». «Mi padre conmigo no hablaba nada de todo esto —afirma Nathalie—. Solo contaba cosas del campo cuando se reunía con sus amigos, que eran todos deportados». Jean interrumpe para contar su experiencia: «Yo iba con mi padre cuando se reunía con sus amigos, que eran 20 o 25 deportados. O sea que yo he vivido dentro de un mundo de deportados en el que, curiosamente, se hablaba muy poco de la deportación. Cuando contaban algo lo hacían como si fuera una anécdota, riéndose, por muy trágico que pudiera parecer. Mi padre contaba, por ejemplo, como una vez le dieron una paliza, pero trataba de quitarle el aspecto más dramático al suceso. Lo hacían de una forma muy natural». «Se reían de todo —añade Jeannine—. Habían sacado los aspectos positivos de lo sufrido. Sabían vivir con todo aquello. Además, les gustaba recordar los pocos momentos buenos que habían pasado allí. Lo que no concebía mi padre es que nosotros pudiéramos desmoralizarnos. Eso nunca». «Mi padre tampoco —responde con rotundidad Nathalie—. Siempre decía que, cuando una puerta se cierra, otra se abre»[389].

Las vivencias en el resto de familias fueron muy similares. Pilar, hija de Luis Perea, no puede contener las lágrimas cuando habla de este tema: «Claro que la deportación se hereda. Es muy duro. Es algo que tienes que llevar, pero es duro». Su madre, María, toma la palabra en vista de que su hija no puede dejar de llorar: «Parece que nosotras también hayamos pasado por el campo. Es imposible no ser parte de ello. Pilar siempre está pendiente de su padre pensando en lo mucho que ha sufrido. Le compra un jersey y yo le digo que ya tiene mucha ropa, pero ella me contesta: “Me da igual, se lo merece, con todo lo que ha pasado”»[390].

Isabel, viuda del músico Antonio Terres, recuerda los días en que la tristeza envolvía a su marido: «Le veía mal y no podía hacer nada porque eso que tenía en la cabeza no se lo podía quitar. Y esa tristeza yo también la tenía siempre encima, por verle sufrir y por no poder hacer nada para remediarlo». Annie Bousquet, hija de Vicente Delgado, cree que el sufrimiento de toda su familia vino dado por las condiciones físicas de su padre: «En su caso no era tanto por su cabeza sino por los dolores que tenía. Mi padre estaba hecho polvo físicamente. Sin embargo, siempre se tomaba las cosas con humor. Tenía ganas de vivir y decía que, precisamente, los primeros que morían en el campo eran aquellos que no sentían ya esas ansias de seguir adelante»[391]. Adelina Figueras también recuerda cómo su familia compartía el sufrimiento de Josep, su padre: «Él lo contaba todo sin dramatismo pero nos costaba hacernos a la idea de lo que había pasado. La familia entera sufríamos por él. Sin embargo, nos transmitió unos valores muy positivos, espíritu de supervivencia, compañerismo y valentía para no acobardarnos ante nada. Pero, sobre todo, la necesidad de luchar por un mundo más justo, más equitativo. En otras palabras, lo que la República hubiese significado si no hubiesen acabado con ella. Ese espíritu

siempre lo llevo dentro, el de la justicia social y la igualdad»[392].

Jean, Jeannine y Nathalie concluyen su conversación recordando el legado que les transmitieron sus padres. «Era gente que no quería que nadie decidiera por ellos. Tenían la voluntad de ser los amos de su destino. También eran unos indignados. Ante las cosas que les parecían mal e injustas, se indignaban profundamente. No se quedaban indiferentes». «Mi padre tenía una premisa que era la libertad. Nos dejaba ser libres y ser dueños de nuestras vidas». «Nunca dejarse hacer. Esas fueron sus últimas palabras antes de morir. En la vida, nunca hay que dejarse hacer».

Informe final.

Siempre olvidados

Los cuarenta años que duró la dictadura franquista hizo que, en su patria, los deportados españoles fueran simples fantasmas. Su existencia no constaba en los libros ni era mencionada por los medios de comunicación. Los historiadores del régimen demostraron una gran habilidad e imaginación para reescribir los hechos ocurridos a partir de 1931. Durante décadas los libros de texto de las escuelas enseñaban que la República solo era «una España mal gobernada, en la que todos los días había tiros por las calles y se quemaban las iglesias». Como es lógico, ante esa terrible situación: «El general Franco se sublevó con el ejército y después de tres años de guerra logró vencer a los enemigos de nuestra patria». Después de tan rotundo éxito, «los españoles nombraron a Franco Jefe o Caudillo y desde el año 1936 gobierna a España»[393].

En las populares enciclopedias, el apoyo del régimen franquista a Hitler durante la Guerra Mundial, División Azul incluida, pasó a ser una hábil estrategia del «Caudillo» para evitar que nuestro país entrara en la contienda. Los maquis solo fueron salteadores de caminos en una España próspera en la que jamás hubo fusilamientos masivos, campos de concentración, niños robados y, mucho menos, decenas de miles de personas enterradas en las cunetas. Si bien el derroche de cinismo e inventiva parecían no tener fin, no hubo manipulación posible capaz de explicar las razones por las que más de 9000 españoles acabaron recluidos en los campos de concentración nazis. No eran muchos, así que lo mejor fue ignorar su existencia.

La muerte del dictador y la reinstauración de la democracia no vinieron acompañadas de la imprescindible revisión histórica y de la reparación a las víctimas. En 1945 los luchadores antifascistas franceses, belgas, holandeses o italianos habían sido recibidos como héroes tras la derrota del Eje. Con 30 años de retraso, parecía que ese momento llegaba por fin para los deportados y el resto de los republicanos que permanecía en el exilio. No fue así; las reglas del juego que marcaron el cambio de régimen lo impidieron. Siempre amenazando con un posible golpe militar que

acabara con el incipiente proceso, los franquistas se limitaron a ir devolviendo «graciosamente» a los españoles las libertades y derechos que les habían arrebatado cuarenta años atrás. Como contrapartida, exigieron y consiguieron, entre otras muchas cosas, que no se mirara hacia el pasado. Democracia a cambio de olvido. En estas cinco palabras se puede resumir buena parte del llamado «espíritu de la Transición». La libertad de los españoles pasaba por cubrir con un nueva capa de tierra a las víctimas del franquismo y con un manto de indiferencia a los exiliados y a los deportados.

Alfonso Guerra, uno de los protagonistas de aquel proceso como número dos del PSOE, realizó en 2002 una reveladora autocrítica: «No es este el lugar apropiado para desarrollar los aciertos de la transición española, que permitió un cambio fundamental para la convivencia pacífica de los españoles y para el progreso de la nación. Corresponde aquí señalar la carencia democrática que aquella transición tuvo: el olvido del pasado. El poeta y novelista José Manuel Caballero Bonald afirma (…): "El final del franquismo supuso el despertar de una esperanza y la entrada en un futuro, incierto, pero distinto. Era, pensando en todo lo que había pasado, el final de una historia con culpables. Ese borrón y cuenta nueva de la transición a muchos nos parecía injusto. Nos parecía que, de alguna forma, el franquismo debería haber sido juzgado. Y no lo fue. Yo, personalmente, me sentía muy poco satisfecho con ese proceso hacia la libertad y pensaba que todos los culpables estaban actuando en plena transición". Estas palabras me parecen acertadas, también estas otras: "Opino que en la transición se omitió el pasado y se hizo que la historia de aquel tiempo fuera una historia sin culpables. Aunque quizá no había otra manera de hacerlo, yo no estoy de acuerdo. El franquismo exigía un juicio". Si los vencidos tuvieron tanta generosidad, a la que la derecha responde hoy con la mentira sobre la historia y la militarización de la política, ¿cometimos un error con el consenso de la transición? No lo creo. Pienso que la presión psicológica que ejercía en nosotros la guerra civil primó sobre una visión a plazo corto. Pensábamos más en nuestros nietos que en nosotros mismos. Que ellos no vivan nunca aquellas experiencias fue el móvil en el que se apoyó la paciencia y la generosidad de las víctimas de la dictadura. Pero aquella visión de futuro supuso olvidar a los exiliados, a los defensores de la democracia. Tan injusta laguna la estamos pagando los españoles con una reescritura de la historia»[394].

El análisis de Guerra fue el que se impuso en la mayoría de la izquierda española. Las víctimas del franquismo, los exiliados y los deportados eran los daños colaterales de una exitosa transición.

Ese nuevo abandono, según explica el hispanista Jean Ortiz, supuso el golpe más duro de todos los que recibieron los luchadores republicanos: «La transición fue la peor de las derrotas para los exiliados y los deportados. La peor de todas porque se produjo cuando se suponía que había llegado la democracia a España. Pero en lugar de honrarles como a héroes, se les olvidó. Fueron los franquistas reconvertidos en demócratas quienes lideraron la transición o, al menos, los que pusieron las

condiciones. Se dictó una verdadera ley de punto final para evitar que se pudiera investigar los crímenes que se habían cometido. Hay un dato fundamental en mi opinión. Se nos presentó esa transición como modélica y se pone de ejemplo las naciones de América Latina que la imitaron. Pues bien, países como Argentina o Chile que, efectivamente, copiaron el modelo español, han derogado sus leyes de punto y final porque no eran leyes para la reconciliación, eran leyes de impunidad».

Ese sentimiento de derrota se sigue percibiendo en los pocos deportados supervivientes. Superado el siglo de vida, el cordobés Virgilio Peña baja la cabeza cuando afronta este tema: «La muerte de Franco y la llegada de la democracia fue una enorme alegría para todos nosotros. Pero, poco después, nos dimos cuenta de que nos habían dejado abandonados. Por eso nos llaman “los olvidados”, porque nadie se ha ocupado de nosotros. No le hemos interesado a nadie».

Los distintos gobiernos de la democracia aprobaron, con retraso y todo tipo de limitaciones, algunas leyes encaminadas a equiparar a los combatientes republicanos con los militares franquistas. Una de ellas, ratificada en 1984, permitió percibir pensiones, aunque de escasa cuantía, a algunos de los deportados que habían alcanzado el grado de oficial durante la guerra de España. Aparte de eso, en cuarenta años de democracia no se ha reconocido ningún derecho específico a esos españoles que acabaron en los campos de concentración nazis por la acción y omisión del gobierno presidido por el general Franco.

El historiador Benito Bermejo cree necesario hacer hincapié en este hecho y lo compara con la actitud de nuestros vecinos franceses: «Es evidente que hay una responsabilidad del Gobierno español que había en aquel momento. Como la hubo por parte de las autoridades galas. Tras la guerra, Francia se sintió concernida, pasados los primeros momentos en los que hubo ciertos titubeos. Tuvo un comportamiento impecable con los deportados españoles. Más recientemente, estableció unas indemnizaciones para las viudas y huérfanos de los judíos que habían sido deportados a los campos de la muerte desde territorio francés. Esa norma la extendió en 2004 a las viudas y huérfanos de cualquier persona, fuera cual fuera su origen, que hubiera sido deportado desde Francia. Por tanto incluyó también a los familiares de republicanos españoles muertos en Mauthausen, Gusen y el resto de los campos».

El decreto tenía una especial importancia, según Bermejo, no tanto por la cuantía económica de las indemnizaciones como por su significado. Francia reconocía su complicidad, su responsabilidad en las deportaciones que los nazis habían realizado desde su propio territorio. ¿No debería sentirse también concernido el Estado español? ¿No debería asumir su responsabilidad por el comportamiento de las autoridades franquistas? España respondió «no». Y no solo eso, sino que, tal y como explica Benito Bermejo, se produjo una situación aún más aberrante: «La indemnización que ofrecía el Gobierno francés a los huérfanos y viudas de los españoles deportados estaba exenta de impuestos. Era algo aparentemente lógico por

el carácter de la ayuda. Pues bien, yo pregunté al presidente de la Comisión de Justicia del Congreso de los Diputados lo que iba a ocurrir con las personas residentes en España que percibieran ese dinero del Estado francés. La respuesta que se me dio es que no se podía establecer un trato de favor y que era una renta que debía cotizarse como cualquier otra».

Pese a la insistencia de Bermejo y de las asociaciones de deportados, el Gobierno no dio su brazo a torcer. El Estado democrático español, por tanto, no solo no asumía su responsabilidad con sus deportados, sino que les quitaba a sus huérfanos y viudas una buena parte de la indemnización concedida por el Gobierno francés.

Con todo, no son las reparaciones económicas las que preocupan a los deportados y sus familias. Pilar, hija de Luis Perea, denuncia que lo que han echado de menos, por parte de los diferentes gobiernos españoles, ha sido otro tipo de reconocimiento: «Los de arriba tenían que haber hecho algo. Tenían que haberlo hecho hace años porque ahora ya quedan muy pocos supervivientes. No se pide dinero porque esto no se paga con nada, se pide un reconocimiento, lo que sea pero algo. Y no lo digo especialmente por mi padre, que salió con vida de allí, sino por los miles de españoles que murieron en los campos. Es de ellos de quien hay que acordarse».

Manuel Alfonso Ortells habla de la necesidad de una reparación moral: «El problema es que se han olvidado de nosotros. Hay una deuda pero moral con nosotros, una deuda moral con los olvidados».

Ahora que están cerca del final de su vida saben que esa deuda nunca se va a saldar. Todos ellos se muestran, como José Alcubierre, profundamente resignados: «Qué quieres… no lo hicieron. Los franceses lo han hecho, los españoles no».

Marcial Mayans reconoce que su decepción aún fue mayor tras la llegada de Felipe González a la Presidencia del Gobierno: «La derecha no hizo nada, eso ya sabíamos que iba a ser así. Pero ha habido otros gobiernos más favorables, socialistas, porque hay que decir las cosas por su nombre, que no hicieron nada. Ni González ni otros, nada de nada. Eso es lo que me sabe más mal. Que nos ignorara la derecha, que son los hijos de los que mandaban con Franco, no deja de ser normal. Pero los otros…».

LA FRUSTRADA LEY DE MEMORIA HISTÓRICA

Mayans, Alcubierre, Ortells y el resto de sus compañeros solo tienen guardada una fecha especial en su memoria. El 8 de mayo de 2005 José Luis Rodríguez Zapatero se convirtió en el primer presidente del Gobierno español en visitar Mauthausen y rendir un público homenaje a los deportados. Ocho supervivientes escucharon allí las palabras de Zapatero: «Me inclino con respeto en nombre de todo el pueblo español. Os merecíais un reconocimiento, republicanos de Mauthausen. Y, por eso, he querido estar aquí como presidente del Gobierno de España. Quiero deciros que es el primer

reconocimiento, pero no será el último homenaje del Gobierno de nuestro país».

Aunque el gesto fue muy valorado por los deportados, llegaba tarde. Apenas quedaba con vida un diez por ciento de los españoles que sobrevivieron a los campos de concentración. Habían tenido que pasar treinta años desde la muerte de Franco para que la democracia se acordara de los luchadores a los que tanto debía. En esa legislatura algunos supervivientes visitaron España invitados por el Estado e incluso tuvieron la ocasión de sentarse en los escaños del Congreso de los Diputados. Sin embargo, según recuerda el hispanista Jean Ortiz, la decepción volvió a instalarse entre ellos cuando la anunciada Ley de Memoria Histórica quedó completamente devaluada: «España sigue sin tener una política de Memoria. La famosa Ley de Memoria está muerta. Es muy limitada y ni siquiera se ha llegado a aplicar. Hay un dato que no podemos pasar por alto y que es muy relevante. España, con los gobiernos del PP y del PSOE, se ha comportado como un delincuente internacional. Se han desobedecido las leyes internacionales. La legislación obliga, por ejemplo, a abrir las fosas comunes y recuperar los cuerpos de los desaparecidos. Pero España no cumple y sigue permitiendo que, como mínimo, 136 000 desaparecidos yazcan como perros bajo toneladas de tierra».

Ortiz no comprende cómo en España sigue habiendo calles y plazas dedicadas a Franco o a José Antonio Primo de Rivera: «Nadie entendería que en Francia hubiera estatuas de Pétain o que en Alemania hubiera calles que llevaran el nombre de Adolf Hitler o de Heinrich Himmler; pues bien, en España siguen pasando estas cosas».

La llegada al poder del Partido Popular en 2011 supuso un nuevo paso atrás en los tímidos, dubitativos e insuficientes avances que se habían producido durante los siete años anteriores. Las ayudas a las asociaciones de deportados y de memoria histórica se redujeron al mínimo o desaparecieron. La excusa de no mirar hacia el pasado volvió a servir, exclusivamente, para intentar reescribir la historia. Los verdugos han vuelto a situarse en un nivel superior al de las víctimas.

Los gestos y los actos protagonizados por el Ejecutivo del presidente Mariano Rajoy dejan poco margen a la duda. Los dos mejores ejemplos, que no los únicos, se produjeron en mayo de 2013. Ese mes, la delegada del Gobierno en Cataluña participaba en un homenaje a los voluntarios de la División Azul. Si alguien pensaba que podía tratarse de un error o de una acción personal de María de los Llanos de Luna, estaba equivocado. El ministro del Interior respaldó su presencia argumentando que no se trataba de un acto ideológico sino de un homenaje celebrado en «un ambiente de reconciliación histórica»[395]. Reconciliación era, pues, para el Gobierno del Partido Popular, reconocer a quienes lucharon voluntariamente a las órdenes de Adolf Hitler mientras este arrasaba Europa y aniquilaba a seis millones de judíos y veinte millones de soviéticos. Reconciliación, sin embargo, no era repudiar el régimen franquista como pudo comprobarse ese mismo mes. El PP utilizó su mayoría parlamentaria para evitar que el Congreso de los Diputados declarara el 18 de julio como «Día de la Condena del Franquismo», tal y como pedía Izquierda Unida.

Mientras eso ocurría en el Parlamento, en las escuelas de primaria los niños estudiaban con un libro de texto en el que se describía así el asesinato del poeta Federico García Lorca: «Federico murió, cerca de su pueblo, durante la guerra en España». En la misma obra no se decía que Antonio Machado había tenido que marcharse al exilio sino que: «se fue a Francia con su familia. Allí vivió hasta su muerte»[396]. Salvando todas las distancias, es llamativo que estas frases parezcan redactadas por la misma persona que elaboró el libro escolar citado al inicio de este informe.

Son, precisamente, este tipo de hechos los que más duelen a quienes sufrieron en sus carnes la crueldad del fascismo. Por eso Eduardo Escot quiere remarcar cuál es su mayor deseo: «Debe quedar claro en el futuro y en la historia que los fascistas mandados por Franco hicieron una cosa injusta. Declararon la guerra a España entera y a la democracia entera». Ese es el único reconocimiento que pide Escot. Por lo demás se siente recompensado con el caluroso homenaje que le brindó, hace unos años, su amado pueblo de Olvera. A falta de respuestas a nivel estatal, algunos municipios y comunidades autónomas, generalmente gobernados por la izquierda, sí han rendido tributo a los deportados.

Virgilio Peña tuvo una sensación agridulce cuando vio como bautizaban con su nombre una de las calles de su Espejo natal: «Lo hicieron porque cumplía cien años. Les estoy muy agradecido pero a mí me hubiera gustado todavía más si nos la hubieran dedicado conjuntamente a los diez vecinos de Espejo que pasamos por los campos. Mi hermano fue uno de ellos y murió en Mauthausen. Ellos se lo merecen más que yo».

En la mayor parte de los casos también estos homenajes llegaron tarde, como recuerda Pierrette Sáez, viuda del deportado José Sáez Cutanda: «Hicieron un acto en Albacete pero mi José ya había muerto. Fui yo y Emilio Caballero, que era el único deportado que quedaba con vida. Y eso que en la provincia de Albacete hubo muchos deportados. Fue un homenaje tardío, pero bueno…».

Fuera de nuestras fronteras hay lugares donde igualmente ha sido difícil mantener viva la memoria de las víctimas del fascismo. Austria y Alemania son dos buenos ejemplos de ello. Sin duda, el mejor símbolo lo encontramos en los terrenos en los que se alzaba el campo de concentración de Gusen. Hoy, la plaza en la que formaban hasta la extenuación los deportados ha sido invadida por pequeños chalets en los que sus dueños celebran barbacoas mientras sus hijos juegan alegremente en los columpios. La misma escena puede verse en el antiguo emplazamiento de las barracas de los prisioneros y de las duchas en que se aplicaban los terribles baños de la muerte. La entrada principal al campo, en la que se encontraban las oficinas administrativas y se torturaba a los deportados, ha sido reconvertida en una elegante mansión rodeada de vallas para evitar las miradas de los curiosos. Los pocos edificios de ladrillo que han sobrevivido se emplean hoy para cultivar champiñones. Hasta el lúgubre burdel, en el que tanto dolor y miseria se respiró, es utilizado hoy como

vivienda particular por una de las familias del pueblo. Solo la decisión y el dinero de un antiguo deportado, que compró el solar en el que se encontraban los hornos crematorios, permitieron conservar uno de los símbolos de Gusen.

Hoy, las asociaciones de exdeportados y un grupo de voluntarios locales liderados por la historiadora Martha Gammer siguen luchando cada día para preservar estos pequeños espacios en los que se recuerda a las víctimas. El pequeño museo situado junto a los crematorios sufre robos constantemente, ya que las autoridades austriacas se niegan a desplazar a un funcionario o un vigilante que vele por la integridad de sus instalaciones. Gammer y sus voluntarios hacen todo lo que pueden pero, según ella misma dice, no es suficiente. Su lucha choca con la indiferencia del Gobierno central, la incomprensión de buena parte de sus vecinos y la voracidad de las empresas locales.

La firma Poschacher, que explotó a los jóvenes prisioneros españoles y a otros muchos deportados durante el régimen nazi, es la dueña de buena parte de los terrenos en que se asentaba el campo. Sus responsables no solo no pagaron por lo que hicieron, sino que demuestran cada día su falta de respeto y sensibilidad hacia las víctimas. Impiden el acceso a los antiguos deportados y a sus familias a lugares como la cantera Kastenhof o el fatídico molino de piedra. Además, cada cierto tiempo, tratan de destruir los escasos vestigios que quedan del campo. Gammer y su asociación tienen que permanecer alerta y, gracias a su tenacidad, han alcanzado pequeños triunfos. Recientemente lograron que el Gobierno austriaco declarara bienes protegidos el molino y otros restos de Gusen, y, por tanto, prohibiera su demolición. La historiadora austriaca explica los motivos por los que considera imprescindible que se mantenga viva la historia de los campos de concentración: «Hay que mirar hacia el pasado por muchas razones. La primera es sencilla: siempre acabamos encontrándonos con el pasado; vayamos donde vayamos nos topamos con él, con los hechos que ocurrieron. La segunda razón es porque se trata de parte de la historia de Austria. La tercera es muy importante: si olvidamos todos estos terribles crímenes, ocurrirá de nuevo. Hay que tener claro que aquello que olvidas puede suceder otra vez. Debemos conocer lo que ha ocurrido porque puede volver a ocurrir. Y la cuarta razón es que, como austriacos, debemos respetar a las naciones cuyos ciudadanos fueron víctimas de Gusen y de Mauthausen. Cuando viajamos a Grecia debemos pensar que hubo muchos griegos en Gusen. O cuando vamos a España ser conscientes de que hubo combatientes españoles que fueron entregados a Hitler por Francia, para ser exterminados».

El historiador austriaco Rudolf A. Haunschmied comparte los objetivos de su colega Martha. Nacido en el pueblo de St. Georgen, ha conseguido que los túneles de Bergkristall, en los que murieron miles de deportados, se conviertan en un lugar de estudio y homenaje a las víctimas. Haunschmied también tuvo que pelear con las autoridades, con empresas y con algunos vecinos que creían que destruyendo los túneles conseguirían borrar el negro pasado: «Yo nací en este pueblo y durante mi

infancia conviví con los restos del campo. Durante dos años fui a la escuela primaria que habían habilitado en las antiguas barracas de los SS. Cuando fui creciendo, me fui haciendo preguntas acerca de los edificios y sobre lo que había ocurrido en ellos. Yo he tenido la suerte de tener contacto con muchos supervivientes de todo el planeta. Porque la historia real de Gusen está dispersa alrededor del mundo, de Nueva Zelanda a Canadá, de Rusia a Los Ángeles. Ellos me han contado sus historias y yo he puesto todas esas imágenes juntas. He tenido el privilegio de ser uno de los primeros en tener una visión global de las cosas que ocurrieron. Gusen es en muchos aspectos más importante que el propio Mauthausen. Y estoy seguro que también los españoles descubrirán que Gusen es más importante para las víctimas españolas que el propio campo central». Como dice Haunschmied, el lugar que se cobró la vida del 90% de los deportados españoles que murieron en todos los campos de concentración nazis, sigue siendo un gran desconocido en España. Una prueba más de las lagunas históricas que siguen inundando nuestro país.

EL PAPEL DE LAS «AMICALES»

En el caso de España y de Francia, la lucha contra el olvido corre a cargo de las Asociaciones de Memoria Histórica y, muy especialmente, de las dos «amicales» de Mauthausen en las que se agrupan los pocos deportados que siguen con vida, sus familiares y amigos. Tras la liberación, la mayoría de los españoles se unió a los deportados franceses para constituir la «Amicale de Mauthausen» de París. A través de una suscripción popular consiguió los fondos para levantar en 1962, frente a la puerta principal de Mauthausen, el monumento que recuerda a los españoles deportados en el campo. Precisamente ese año, se creó de forma clandestina en España la Amical de Mauthausen y otros campos y de todas las víctimas del nazismo de España. Durante los duros años del franquismo estas dos organizaciones, junto a las dos asociaciones políticas de los deportados, la FEDIP y la FNDIRP, fueron las únicas voces de las víctimas del nazismo. Hoy, las dos «amicales» trabajan coordinadas desde Francia y España por mantener viva su memoria. Buena parte de su tarea se centra en informar y concienciar a las nuevas generaciones de europeos.

Pierrette Sáez ejerce como voluntaria en la institución francesa. La experiencia adquirida en estos años le hace tener un pequeño punto de optimismo respecto al futuro: «Los hijos de los deportados, en general, se desentendieron más del tema debido a las circunstancias personales y políticas del momento. Son los nietos, los bisnietos y los sobrino-nietos los que están queriendo saber. Son muchos los que buscan información sobre sus abuelos. Todos los días recibimos mensajes con preguntas y peticiones de ayuda. Es algo fabuloso». Pierrette destaca el trabajo que hace la Amicale de París con los jóvenes franceses: «Es nuestro primer objetivo. Que las jóvenes generaciones tengan información de todo lo que ocurrió. Estamos

trabajando con institutos de toda Francia para concienciar a los estudiantes sobre lo que supuso el fascismo».

El país galo dispone de una gran red de museos dedicados a la resistencia y la deportación. Cada día, clases enteras de estudiantes visitan estos lugares en los que pueden conocer, con toda crudeza, la sangrienta herencia dejada por los regímenes fascistas. En una de las salas del Museo de la Resistencia de Toulouse solía recibirles la deportada española Conchita Grangé. Ahora su avanzada edad se lo impide, pero otros compañeros también nonagenarios continúan con su trabajo. Robert Carrière hace que los chavales se sienten en el suelo, a su alrededor, mientras les explica detalladamente los entresijos del aparato represivo nazi. Relata cómo fue torturado por agentes de la Gestapo por pertenecer a la Resistencia y cómo fue su paso por los campos de Buchenwald y Dora. Siempre consigue sorprender a los jóvenes con la frescura de su testimonio, que complementa con una maqueta que él mismo ha fabricado. Se trata de la réplica de un misil V2 como los que ayudaba a fabricar durante su cautiverio. Junto a ella, exhibe un pequeño muñeco a escala que permite a los estudiantes hacerse una idea del enorme tamaño que tenían esos artefactos. Robert acarrea también una pequeña roca de la cantera de Buchenwald. Solo pesa medio kilo, pero impresiona a los jóvenes cuando el viejo deportado les cuenta la forma en que morían sus compañeros por extraer una maldita piedra como esa. Cuando termina la charla, los estudiantes aplauden a Robert, que se marcha a casa andando muy despacito, cargado con sus noventa años, su piedra y su maqueta. Decidido, eso sí, a regresar nuevamente al día siguiente.

El contraste con la situación que se vive en nuestro país resulta más que evidente. La Amical española solo cuenta con el apoyo institucional, ya sea moral o económico, de un reducido grupo de ayuntamientos catalanes: Barcelona, Santa Coloma de Gramenet, Vilafranca del Penedès, Vilanova I la Geltrú, Sant Celoni y Manresa. La falta de ayudas la suple con el trabajo de sus socios y voluntarios. Conferencias, coloquios, exposiciones, representaciones teatrales… cualquier medio es bueno para mantener viva la memoria de los deportados. Al igual que sus colegas franceses, la Amical española se vuelca en los más jóvenes. Todos los años, coincidiendo con el aniversario de la liberación del campo, grupos de estudiantes acompañan a la asociación en su viaje hasta Mauthausen. Según la historiadora y miembro de la Amical, Rosa Torán, que les guía cada año en su visita, no es una experiencia más: «No se imaginan lo que son los campos hasta que no pisan estos lugares. Luego lo transmiten a sus familiares y amigos cuando regresan a sus casas. Hay que tener en cuenta que la etapa de los deportados, desgraciadamente, está llegando a su final. En unos pocos años no quedará ninguno con vida. Su palabra no se puede sustituir, pero sí puede y debe darse un relevo en el protagonismo y en la transmisión de los mensajes. Por eso los jóvenes que vienen aquí adoptan un compromiso de explicar lo que ha significado la transgresión máxima de los derechos humanos. Lo que significa apartar y exterminar a todo aquel que puede contaminar

una raza teóricamente superior. Unas reflexiones que de la misma manera sirven para analizar las exclusiones y las marginaciones de nuestros días».

En ese relevo del que habla Torán, también han dado un paso adelante numerosos hijos y nietos de deportados como los que aparecen en este libro. Adelina Figueras habla en nombre de todos cuando explica el sentimiento que le empuja a no tirar la toalla: «Sus descendientes tenemos que luchar para que no se les olvide. Depende de nosotros. Inculquemos esto a nuestros hijos para que su memoria no se pierda en el tiempo. Pienso que es un deber moral hacia ellos. Si les recordamos, los deportados nunca morirán».

Bibliografía

Alfaya, Javier, *Españoles bajo el III Reich*, Colección «Los Suplementos», Cuadernos para el Diálogo, Madrid, 1970.

Alfonso, Manuel. *De Barcelona a Mauthausen. Diez años de mi vida. 1936-1945*, Memoria Viva, Madrid, 2007.

Álvarez, Antonio, *El Parvulito*, Edaf, Madrid, 1954.

Amat-Piniella Joaquim, *K. L. Reich*, Edicions 62, Barcelona, 2007.

Armengou, Montse, y Belis, Ricard, *El convoy de los 927*, Plaza & Janés, Barcelona, 2005.

Ashby, Henry, *General Motors and the Nazis. The Struggle for Control of Opel, Europe's biggest carmaker*, Yale University Press, 2005.

Authier, Christian, *De chez nous*, Stock, París, 2014.

Batiste, Francisco, *El sol se extinguió en Mauthausen*, Antinea, Vinarós, 1999.

Bermejo, Benito, *Francesc Boix, el fotógrafo de Mauthausen*, RBA, Barcelona, 2002.

Bernadac, Christian, *The 186 Steps*, Ferni Publishing House, 1978.

Black, Edwin, *IBM and the Holocaust. The Strategic Alliance between Nazi Germany and America's most Powerful Corporation*, Crown Books, U. S., 2001.

—, *The Nazi Party: General Motors & the Third Reich*, Jewish Virtual Library.

Bondeson, Jan, *Amazing Dogs. A Cabinet of Canine Curiosities*, Cornell University Press, Ithaca, Nueva York, 2011.

Burns, Emile (traducción), *The Nazi Conspiracy in Spain*. Victor Gollancz Ltd., Londres, 1937.

Caballero, Emilio, *Deportado español en el campo de concentración de Mauthausen-Gusen (Austria)*. Edición del autor.

Calcerrada, Enrique, *Republicanos españoles en Mauthausen-Gusen*, Caligrama, Benalmádena, 2003.

Català, Neus, *De la resistencia y la deportación. 50 testimonios de mujeres españolas*, Adgena, Barcelona, 1984.

Checa, Sandra; del Río, Ángel, y Martín, Ricardo, *Andaluces en los campos de Mauthausen*, Centro de Estudios Andaluces, Sevilla, 2006.

Constante, Mariano, *Le partisan espagnol*, Tirésias, París, 2004.

—, *Los años rojos. Españoles en los campos nazis*, Martínez Roca, Barcelona, 1974.

—, *Yo fui ordenanza de los SS*, Martínez Roca, Barcelona, 1976.

Cooper, R. W., *The Nuremberg Trial*, Faber & Faber, 2010.

De Dios, José, *La verdad sobre Mauthausen*, Sírius, Barcelona, 1995.

Delgado, Vicente, *Mémoires d'un déporté de Mauthausen*, L'air du Temps, Elne, 1991.

Erdheim, Stuart G., *Holocaust: Responses to the Persecution and Mass Murder of the Jews, 1997*.

FriedlandeR, Henry, *The Origins of Nazi Genocide. From Euthanasia to the Final Solution*, The University of North Carolina Press, 1997.

Fuchs, Jack, *Dilemas de la memoria. La vida después de Auschwitz*, Norma, Barcelona, 2006.

García, Servídeo, *Memorias inéditas*, 1947.

Gardenyes, Josepa, *Joaquim Aragonès. De Rubí a Mauthausen*, Llibres a mida, Barcelona, 2014.

Gaucher, Irène, *Camps de mort*, P. Dupont, París, 1946.

Guerra Francisco, *Médicos españoles en el exilio*, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2003.

Halow, Joseph, *Innocent at Dachau*, Noontide Press, U. S., 1993.

Haunschmied, Rudolf A.; Mills, Jan-Ruth, y Witzany-Durda, Siegi, *St. Georgen, Gusen, Mauthausen, Concentration camp Mauthausen. Reconsidered*, edición de los autores, Alemania, 2007.

Hayes, Peter, *From Cooperation to Complicity. Degussa in the third Reich*, Cambridge University Press, 2007.

Hitler, Adolf, *Mein Kampf*, Jaico, Mumbai, India, 2006.

Hoffman, Heinrich, *Hitler was my friend. The memoirs of Hitler's Photographer*, Frontline Books, Chicago, 2013.

Jornet, José, *Républicains espagnols en Midi-Pyrénées. Exil, histoire et mémoire*, Presses Universitaires du Mirail, 2005.

Kepplinger, Brigitte y Leitner, Irene, *Dameron Report. Bericht des War Crimes Investigating Teams* n.º 6824 der U. S. Army vom 17.7.1945 über die Tötungsanstalt Hartheim, Studienverlag Gmbh, 2011.

Leguineche, Manuel, *El precio del paraíso. De un campo de exterminio al Amazonas*, Espasa Calpe, Madrid, 1997.

Levi, Primo, *Collected poems*, Faber & Faber, Londres, 1989.

Llor, Montserrat, *Vivos en el averno nazi*, Crítica, Barcelona, 2014.

Marfil Peralta, José, *J'ai survécu à l'enfer nazi*, L'Harmattan, París, 2003.

Martín, Agapito, *Sobrevivir a Mauthausen*, Memorias difundidas por la Associazione Nazionale Ex Deportati Politici Nei Campi Nazisti (ANED).

Martín, Eduardo, *El franquismo, cómplice del Holocausto. Y otros episodios desconocidos de la dictadura*, Libros de Vanguardia, Barcelona, 2013.

Martín, Julio y Carvajal, Pedro, *El exilio español (1936-1978)*, Planeta, Barcelona, 2003.

Mata, Ignacio, *Mauthausen: Memorias de un republicano español en el holocausto. Basadas en la vida de Alfonso Maeso*, Ediciones B, Barcelona, 2007.

Mitcham, Jr. Samuel W., *The Rise of the Wehrmacht. The German Armed Forces and World War II*, Praeger, 2008.

Neumann, Franz; Marcuse, Herbert, y Kirchheimer, Otto, *Secret Reports on Nazi Germany*. The Frankfurt School Contribution to the War Effort, Princeton University Press, 2013.

Półtawska, Wanda, *And I am afraid of my dreams*, Hodder & Stoughton, Londres, 1961.

Pons, Eduardo, *El holocausto de los republicanos españoles. Vida y muerte en los campos de exterminio alemanes (1940-1945)*, Belacqva, Barcelona, 2005.

—, y Constante, Mariano, *Los cerdos del comandante. Españoles en los campos de exterminio nazis*, Argos Vergara, Barcelona, 1978.

Razola, Manuel, y Constante, Mariano, *Triángulo azul. Los republicanos españoles en Mauthausen*, 1940-1945, Península, Barcelona, 1979.

Roig, Montserrat, *Noche y Niebla. Los catalanes en los campos nazis*, Península, Barcelona, 1978.

Rother, Bernd, *Franco y el Holocausto*, Marcial Pons, Barcelona, 2005.

Salou, Pierre, y Olivares, Véronique, *Los republicanos españoles en el campo de concentración nazi de Mauthausen*, Tirésias, París, 2008.

Salvadó I Valentines, Ramon, *Un clam de llibertat. Vivències de Josep Simon I Mill, exdeportat de Mauthausen (4929)*, Abadia de Montserrat, Barcelona, 2003.

Serrano Suñer, Ramón, *Entre Hendaya y Gibraltar*, Planeta, Barcelona, 2011.

Sinca Vendrell, Amadeo, *Lo que Dante no pudo imaginar. Mauthausen-Gusen*, 1940-1945, Producciones Editoriales, Barcelona, 1980.

Sommer, Robert, *Das KZ-Bordell. Sexuelle Zwangsarbeit in nationalsozialistischen Konzentrationslagern*, Ferdinand Schöningh, Paderborn, 2009.

Sutton, Antony, *Wall Street & the Rise of Hitler*, Buccaneer, Cutchogue, Nueva York, 2004.

Vargas, Bruno, y Debord, Didier, *Les espagnols en France. Une vie au-delà des Pyrénées*, L'Attribut, Toulouse, 2010.

Vilanova, Antonio, *Los olvidados. Los exiliados españoles en la Segunda Guerra Mundial*, Ruedo Ibérico, París, 1969.

Wallace, Max, *The American Axis: Henry Ford, Charles Lindbergh, and the Rise of the Third Reich*, St. Martins Press, Londres, 2003.

Wingeate, David, *Españoles en el Holocausto: vida y muerte de los republicanos en Mauthausen*, Mondadori, Barcelona, 2003.

ARCHIVOS CONSULTADOS

ABC.

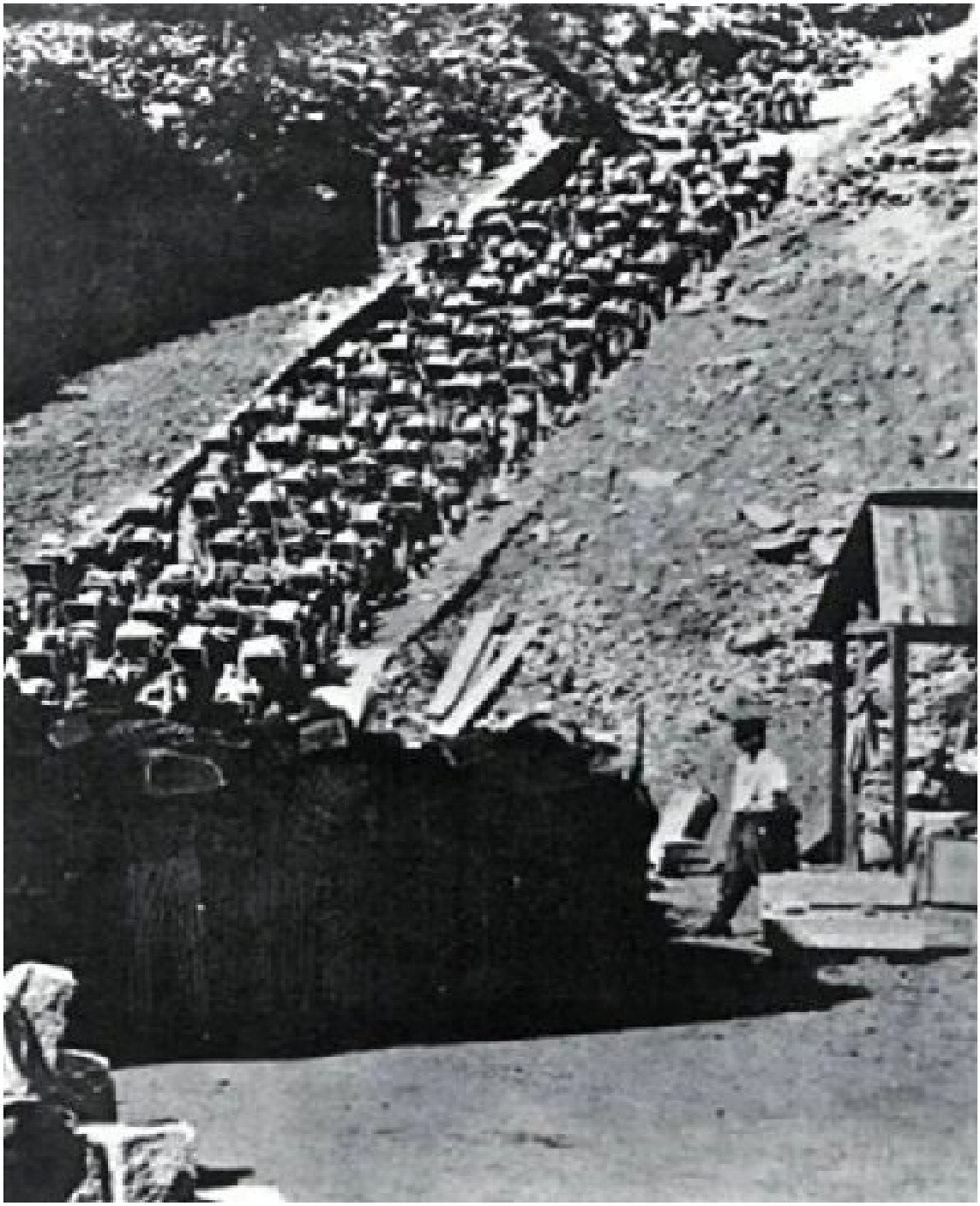
AGA, Archivo General de la Administración, Alcalá de Henares.
Amical de Mauthausen y otros campos y de todas las víctimas del nazismo.
Archiv der KZ-Gedenkstätte Mauthausen.
Archives départementales de Tarn-et-Garonne. Montauban.
Archivo del Congreso de los Diputados.
Archivo histórico del PCE. Madrid.
Centro Documental de la Memoria Histórica de España. Salamanca.
DÖW, Documentation Center of Austrian Resistance.
El Confidencial.
Foreign Affairs.
Foreign Policy.
HEART, Holocaust Education & Archive Research Team.
Hispania.
History Today.
ITS, International Tracing Service.
Jewish Virtual Library.
La gaceta regional de Salamanca.
Ministerio francés de Excombatientes y de Víctimas de la Guerra.
Museu d'Història de Catalunya.
Museo memorial de Zagan.
Museo y memorial de Auschwitz-Birkenau.
NARA, US National Archives and Records Administration, Washington.
News Chronicle.
Past and Present.
Sàpiens.
Service Historique de la Défense. Vincennes. Francia.
The Washington Post.
Thunderbolt.
TVE.
USHMM, United States Holocaust Memorial Museum.
Wirtschafts Woche.

Breve álbum de la deportación española

Fotografías y dibujos cortesía de los deportados y sus familias; MHC (Fonts Amical de Mauthausen); del Holocaust Education and Archive Research Team y del Unites States Holocaust Museum and Memorial.

El trayecto hacia Mauthausen comenzó en 1936. Juan Romero combatió en la 33.ª Brigada Mixta del Ejército republicano.

Familias y vidas rotas. Manuel, Nicasio y Ramiro Santiesteban retratados antes de su deportación.



Escalones ensangrentados. Fotografía realizada por los SS en la cantera de Mauthausen. En ella puede verse a los prisioneros, cargados con grandes piedras, subiendo la terrible escalera.

Construyendo su propia cárcel. Deportados levantando el muro de granito que acabaría rodeando la mayor parte del campo.

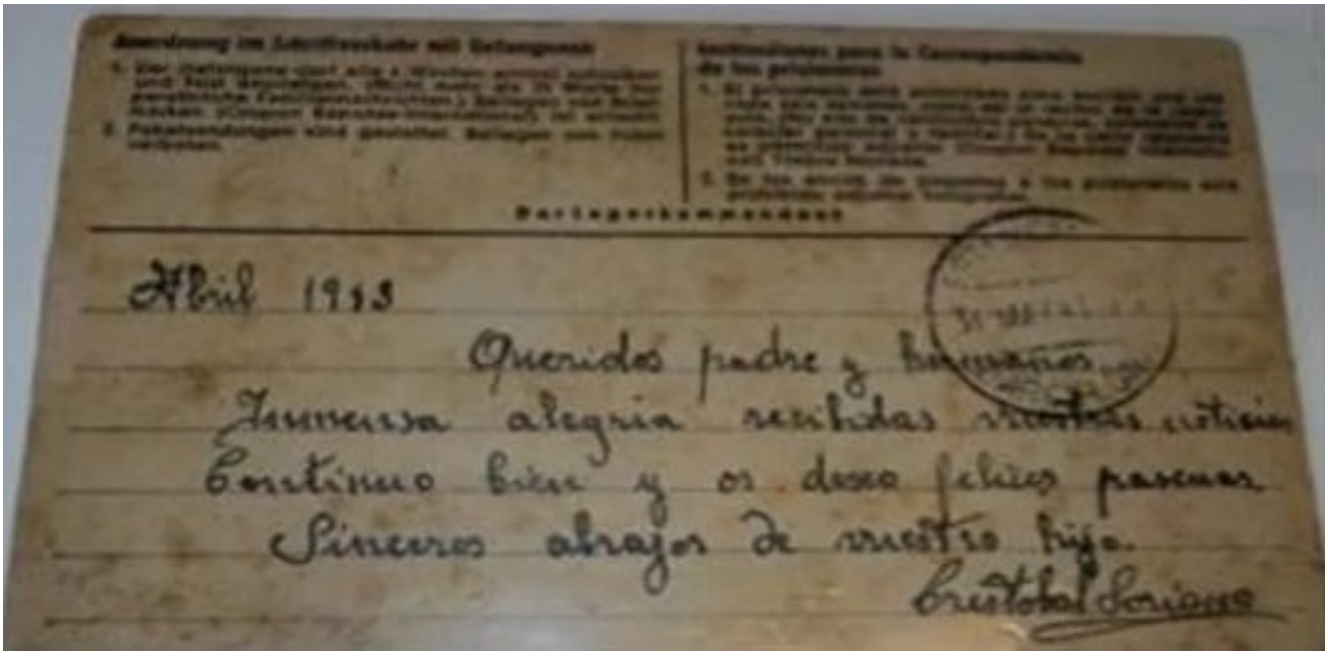
Los dominios de Himmler. El Reichsführer visitó Mauthausen en tres ocasiones. En la foto se le ve atravesando la *appelplatz* acompañado por los máximos responsables del campo.

Una rutina más. Los SS fotografiaban buena parte de las muertes violentas que se producían en el campo. Dos de las más frecuentes eran los ahorcamientos y los suicidios en las alambradas electrificadas.

Ganado humano. El patio de los garajes de Mauthausen en la actualidad y el 22 de junio de 1941. Ese día se llevo a cabo la gran desinfección. Los prisioneros permanecieron todo el día desnudos a la intemperie.

Regalo de cumpleaños. Dibujo que Luis Perea y otros compañeros de barraca obsequiaron a José González en 1941.

Trazos sencillos. La vida y la muerte en el campo vistas por el deportado catalán Manuel Alfonso Ortells.



Abril 1955

Queridos padre y hermanos

Inmensa alegria recibidas vuestras noticias

Continuo bien y os desea felices pascuas

Sinceros abrazos de vuestro hijo.

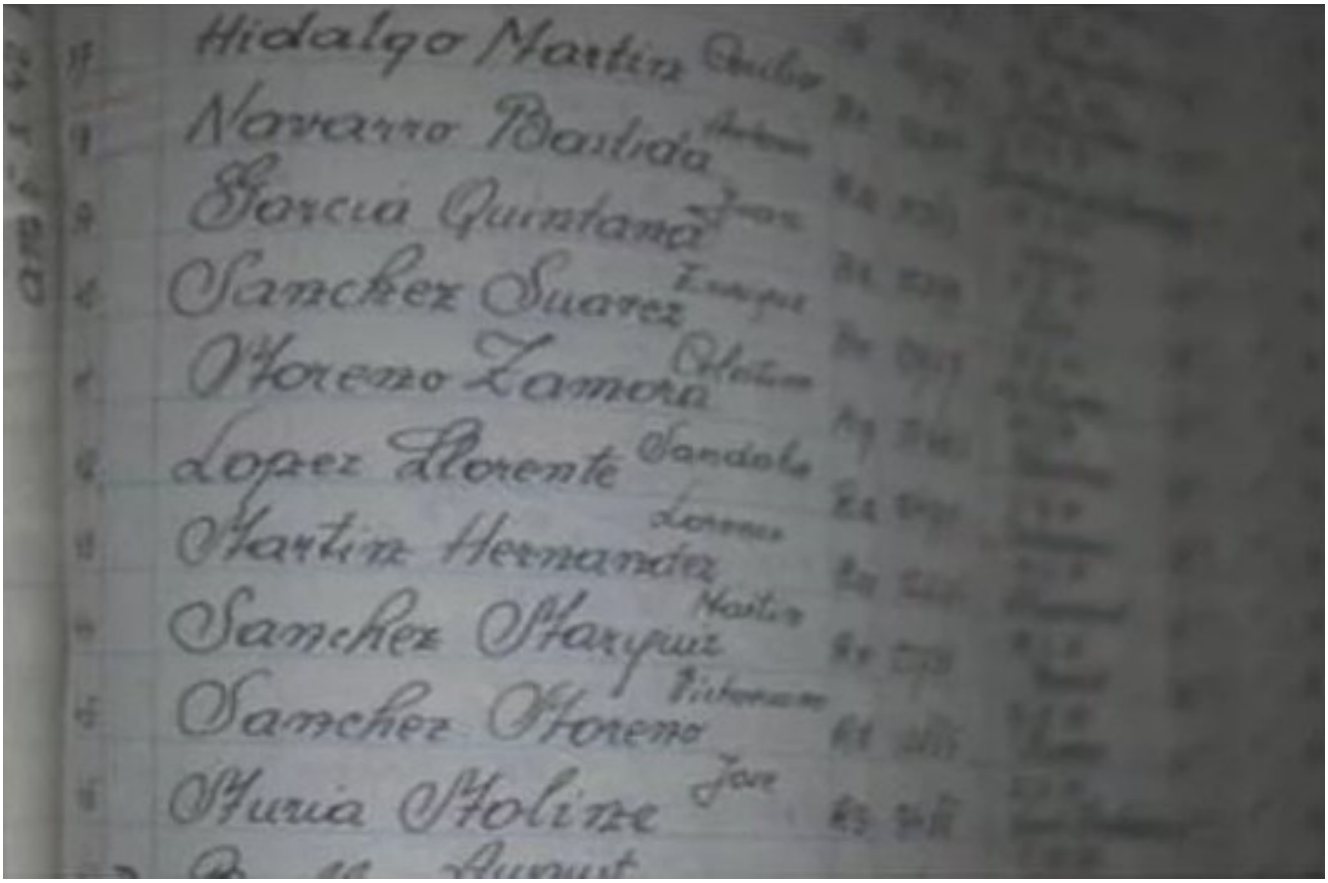
Cristobal Soriano

El fin de la incomunicación. Una de las cartas que Cristóbal Soriano pudo enviar a su familia. En la parte superior se pueden leer en alemán y castellano las rígidas normas que regulaban la correspondencia de los reclusos.

Prisionera. Simone Vilalta conserva el uniforme rayado que llevó en Ravensbrück. Sobre él podemos ver la fotografía que le hicieron los alemanes tras su detención en abril de 1943 y el librito que le regalaron sus compañeras de cautiverio por su vigésimo primer cumpleaños.

Mujeres resistentes. Neus Catalá vistiendo el traje de prisionera que llevó en los campos de concentración de Ravensbrück y Flossenbürg.

Menores en el infierno. Lázaro Nates y José Alcubierre fotografiados por los SS en el momento en que se incorporaron al *kommando* Poschacher. Seguían siendo unos niños, a pesar de que llevaban ya más de tres años internados en el campo.



Nombres españoles. Página del «libro de los muertos» de Mauthasen que se exhibe en el Museo del campo de concentración.

El fin de la barbarie nazi. Un grupo de prisioneros derriba el águila con la esvástica que coronaba una de las puertas de acceso al campo.

Amarga alegría. Un grupo de supervivientes camina junto a uno de los primeros blindados norteamericanos que llegaron a Mauthausen.

Los antifascistas españoles saludan a las tropas liberadoras. Esta frase preside la pancarta que los prisioneros republicanos desplegaron sobre la puerta principal del campo. Delante de ella posa una buena parte de los supervivientes españoles.

El legado del horror. Los soldados estadounidenses se encontraron las barracas y las calles del campo inundadas de cadáveres. Era solo la punta del iceberg. En sus siete años de existencia, murieron más de 120 000 personas en Mauthausen.

Aprender a vivir. El niño Siegfried Meir, con 11 años recién cumplidos, rodeado por alguno de los miembros del *kommando* Poschacher.

Una espera interminable. Mientras aguardaban una repatriación que parecía no llegar nunca, los españoles disfrutaban como podían de su precaria libertad. Luis Perea es el que luce una gorra en el extremo derecho del grupo.

Puños en alto. Casi un mes después de la liberación, abandonaron por fín el campo a bordo de camiones del ejército estadounidense. Antonio Terres, el clarinetista de Mauthausen, es el segundo por la izquierda; junto a él, agachado y con boina, está Antonio Hernández.

Recuerdos de deportación. Estas son las placas de identidad que Mariano Laborda llevó durante su cautiverio. La de mayor tamaño es la del campo de prisioneros de guerra de Sagan. La pequeña con el número 4455, le acompañó durante cuatro años y medio en Mauthausen.

El símbolo de los «rojos españoles» en la España franquista. Esta es la tarjeta de visita de la empresa que Marcial Mayans y Miguel Subils utilizaban como tapadera mientras combatían contra la dictadura.

Nunca olvidar. Antonio Ortuno fue uno de los prisioneros que llegó a Francia con su uniforme rayado. Como hicieron otros compañeros, acudió a un estudio fotográfico para inmortalizar su aspecto.

El clarinete de Mauthausen suena en París. Antonio Terres conservó hasta su muerte el instrumento con el que tocaba en los ahorcamientos públicos que los SS realizaban en el campo. En la foto, un domingo cualquiera en el bar que regentaba Ivry sur Seine. Tras él se encuentra el también deportado Antonio Hernández (con boina).

Regreso a Mauthausen. Cristóbal Soriano con su «libertador», el sargento estadounidense Albert J. Kosiek. La foto está tomada en uno de los actos conmemorativos del aniversario de la liberación.

Padre e hijo. Siegfried Meir con el «motor» de su vida: su padre adoptivo, Saturnino Navazo.

Memoria. El deportado Robert Carrière en una de las charlas que imparte a los estudiantes que visitan el Museo de la Resistencia de Toulouse.

«No olvide a este viejo republicano». Con estas palabras se despidió de mí Eduardo Escot. El veterano antifascista gaditano cree que el único medio para evitar que la historia se repita es recordar y analizar lo sucedido.

Notas

[1] Virgilio Peña Córdoba. Entrevistas: 21 de febrero de 2014 y 18 de abril de 2014. <<

[2] José Sáez Cutanda. Testimonios recopilados por su viuda Pierrette Sáez. <<

[3] Eduardo Escot Bocanegra. Entrevistas: 29 de octubre de 2013 y 22 de abril de 2014. <<

[4] Cristóbal Soriano Soriano. Entrevistas: 21 de febrero de 2014 y 17 de mayo de 2014. <<

[5] Marcial Mayans Costa. Entrevistas: 19 de febrero de 2014 y 21 de mayo de 2014. <<

[6] Manuel Alfonso Ortells. Memorias recogidas en *De Barcelona a Mauthausen. Diez años de mi vida (1936-1945)*, y entrevistas: 5 de octubre de 2013 y 19 de abril de 2014. <<

[7] Ramiro Santisteban Castillo. Entrevista: 25 de abril de 2014. <<

[8] Centro de Interpretación e Investigación de la Memoria de la España Republicana.
<<

[9] Joseph González Ocaña. Entrevista: 19 de mayo de 2014. <<

[10] Eulalio Ferrer. Testimonio recogido en *El exilio español (1936-1978)*, de Julio Martín y Pedro Carvajal. <<

[11] Maintien de l’ordre dans les Pyrénées Orientales. Estado Mayor de la XVI Región Militar. Marzo de 1939. Service Historique de la Défense. Vincennes. <<

[12] El propio Gobierno francés habla en sus documentos oficiales de «campos de concentración» y no de campos de refugiados o campos de internamiento. Tras el final de la Segunda Guerra Mundial, las autoridades francesas trataron de minimizar el maltrato sistemático al que fueron sometidos los refugiados españoles en 1939. Es entonces cuando se trató de cambiar el término «campo de concentración» por otro más benevolente. <<

[13] José Marfil Peralta. Memorias recogidas en *J'ai survécu à l'enfer nazi* y entrevistas: 29 de octubre de 2013 y 22 de mayo de 2014. <<

[14] Francisco Griéguez Pina. Entrevistas: 18 de febrero de 2014 y 16 de mayo de 2014. <<

[15] Manuel Razola Romo. Testimonio recogido en *Triángulo azul. Los republicanos españoles en Mauthausen*, de Manuel Razola y Mariano Constante. <<

[16] Mariano Constante Campo. Testimonio recogido en *Le partisan espagnol*. <<

[17] Mariano Marcos. Testimonio recogido en *Les espagnols en France. Une vie au-delà des Pyrénées*, de Bruno Vargas y Didier Debord. <<

[18] Francisco Guerra. Testimonio recogido en su obra *Médicos españoles en el exilio*.
<<

[19] Dolors Casadella estuvo prisionera, años después, en los campos de concentración nazis de Ravensbrück y Flossenbürg. Testimonio recogido en *De la resistencia y la deportación*, de Neus Català. <<

[20] Sixto Úbeda y Eulalio Ferrer. Testimonios recogidos en *El exilio español (1936-1978)*, de Julio Martín y Pedro Carvajal. <<

[21] Joaquín Prades. Entrevista: 19 de mayo de 2014. <<

[22] José Jornet, *Républicains espagnols en Midi-Pyrénées: exil, histoire et mémoire*. <<

[23] Josep Figueras Solé. Testimonios recogidos por su hija Adelina Figueras. <<

[24] Ramiro Santisteban. Testimonio recogido en *El convoy de los 927*, de Montse Armengou y Ricard Belis. <<

[25] Juan Romero Romero. Entrevistas: 28 de febrero de 2014 y 27 de abril de 2014. <<

[26] Josep Simon I Mill. Memorias recogidas en *Un clam de llibertat*, de Ramon Salvadó I Valentines. <<

[27] Ramiro Santisteban. Testimonio recogido en *El convoy de los 927*, de Montse Armengou y Ricard Belis. <<

[28] Registro de salida del campo de concentración de Septfonds. Archives Départementales de Tarn-et-Garonne, Montauban, noviembre de 1939. <<

[29] El Gobierno francés creó estas unidades con la denominación de «Compagnies de Travailleurs Étrangers». Sin embargo, en todos los documentos oficiales del Ejército y del propio Ejecutivo galo se habla siempre de «Compagnies de Travailleurs Espagnols». <<

[30] Enrique Calcerrada Guijarro. Memorias recogidas en *Republicanos españoles en Mauthausen-Gusen*. <<

[31] Este periodo es conocido como drôle de guerre o «guerra de broma», ya que el frente se mantuvo inactivo hasta que Hitler lanzó la invasión de Holanda, Bélgica, Luxemburgo y Francia en mayo de 1940. <<

[32] General Alphonse Georges. Escrito al comandante en jefe de las Fuerzas Terrestres, mayo de 1940, Service Historique de la Défense, Vincennes. <<

[33] Escrito del jefe del Batallón Leschi, comandante del Grupo de Trabajadores, 2 de mayo de 1940, Service Historique de la Défense, Vincennes. <<

[34] Las CTE eran la 9.ª, 15.ª, 59.ª, 116.ª, 117.ª y 118.ª. Informe del capitán Robert Jean Eugène Noiret, 30 de septiembre de 1941, Service Historique de la Défense, Vincennes. <<

[35] Servídeo García Gómez. Memorias inéditas cedidas por sus sobrinos al autor. <<

[36] Se trata de las CTE números 22, 23, 24, 25, 26, 27, 30, 32 y 33. Orden n.º 423 de 6 de junio de 1940 del Commandant en chef des théâtres d'opérations, Service Historique de la Défense, Vincennes. <<

[37] Marcelino Bilbao Bilbao. Testimonios recopilados por su sobrino Etxahun Galparsoro. <<

[38] Luis Perea Bustos. Testimonios recopilados por su hija Pilar Perea. <<

[39] Algunos historiadores elevan a trescientos esa cifra al incluir otros campos provisionales que, sin embargo, nunca tuvieron la consideración oficial de frontstalag por parte de las autoridades alemanas. En los registros del Ejército alemán consta la existencia de 106 frontstalags en territorio francés. <<

[40] Sagan pertenecía a la región alemana de Baja Silesia. Tras la guerra pasaría a manos de Polonia y a denominarse Zagan. <<

[41] Schutzstaffel. Unidad que operó, inicialmente, como guardia personal de Hitler. Bajo las órdenes de Heinrich Himmler se convirtió en la organización militar y policial más poderosa del Reich. <<

[42] El campo recibía el nombre de Luft III y albergaba a aviadores aliados. De él se fugaron ochenta prisioneros la noche del 24 de marzo de 1943. Solo tres lograron escapar de Alemania. El resto fue capturado y cincuenta de ellos fusilados por los alemanes. La «gran evasión» fue inmortalizada en una película dirigida por John Sturges y protagonizada por Steve McQueen, Richard Attenborough y James Garner. <<

[43] Francisco Batiste Baila. Memorias recogidas en *El sol se extinguió en Mauthausen*. <<

[44] Luis Estañ Alfosea. Testimonios recopilados por su nieto Gabriel Estañ. <<

[45] Amadeo Sinca Vendrell. Memorias recogidas en *Lo que Dante no pudo imaginar*.
<<

[46] Los retratos de dos prisioneros españoles a los que no se ha podido identificar se exhiben hoy en el Centro de Historia de la Resistencia y la Deportación de Lyon. <<

[47] Más datos en el informe «Responsabilidad franquista II. Las deportaciones de españoles a los campos de concentración». <<

[48] Jean Ortiz. Entrevista: 18 de abril de 2014. <<

[49] Benito Bermejo. Entrevistas: 28 de enero de 2014 y 6 de junio de 2014. <<

[50] El Estado español disponía de algo más de 40 toneladas de oro depositadas en una entidad financiera de Mont de Marsan. La República trató de utilizar estos fondos a mediados de 1938 para financiar la guerra y, más tarde, para ayudar a la ingente cantidad de refugiados que cruzaron la frontera. Sin embargo, el Gobierno francés y los responsables del Banco de Francia impidieron que pudiera disponer de él. En julio de 1939, el ejecutivo de Daladier hizo entrega del oro a las autoridades franquistas. <<

[51] Discursos de Philippe Pétain y Francisco Franco, Burgos, 24 de marzo de 1939. <<

[52] Philippe Pétain. Informe de fecha 28 de julio de 1939 citado por Montserrat Armengou y Ricard Belis en *El convoy de los 927*. <<

[53] Compagnies de Travailleurs Espagnols, Informe del Alto Estado francés, 15 de diciembre de 1939, Service Historique de la Défense, Vincennes. <<

[54] Orden del presidente del Consejo de Ministros de la Defensa Nacional y de la Guerra, firmada en su nombre por el general Gamelin, París, 20 de abril de 1939, Service Historique de la Défense, Vincennes. <<

[55] Nota de servicio del Estado Mayor del II Ejército, 27 de enero de 1940, Service Historique de la Défense, Vincennes. <<

[56] Orden del Alto Mando del III Ejército, 1 de mayo de 1940, Service Historique de la Défense, Vincennes. <<

[57] Nota de la Primera Oficina del Estado Mayor del Ejército francés para la Oficina del Ministro, Vichy, 18 de mayo de 1942, Service Historique de la Défense, Vincennes. <<

[58] Informe del capitán Robert Jean Eugène Noiret, 30 de septiembre de 1941, Service Historique de la Défense, Vincennes. <<

[59] Testimonio de Dolores Sangüesa y carta del subprefecto Charles, del departamento de Cognac, al prefecto del departamento de Charente. Citados por Montse Armengou y Ricard Belis en *El convoy de los 927*. <<

[60] José Alcubierre Pérez. Entrevistas: 5 de octubre de 2013 y 20 de abril de 2014. <<

[61] Lázaro Nates Gallo. Entrevistas: 25 de febrero de 2014 y 23 de abril de 2014. <<

[62] Más datos en el informe «Responsabilidad franquista II. Las deportaciones de españoles a los campos de concentración». <<

[63] Jesús Ramos. Testimonio recogido en *El convoy de los 927*, de Montse Armengou y Ricard Belis. <<

[64] Alfonso Maeso Huertas. Testimonio recogido en *Memorias de un republicano español en el Holocausto*, de Ignacio Mata. <<

[65] Eduardo Pons y Mariano Constante afirman en su obra *Los cerdos del comandante* que en el «tren de la muerte» viajaban 65 españoles, de los que fallecieron 25. <<

[66] Conchita Grangé Veleta. Testimonio recogido en *Vivos en el averno nazi*, de Montserrat Llor. <<

[67] Joan Tarragó Balcells. Testimonio recogido en *Noche y niebla, los catalanes en los campos nazis*, de Montserrat Roig. <<

[68] Gusen era uno de los subcampos que dependían de Mauthausen. Llegó a albergar más prisioneros que el campo central. En él murió el 90% de los prisioneros españoles. <<

[69] Rafael Álvarez. Testimonio publicado en *Hispania, revista de la FEDIP* (Federación Española de Deportados e Internados Políticos Víctimas del Fascismo), 26 de marzo de 1988. <<

[70] Años más tarde, en algunos campos de concentración, los gitanos recibieron triángulos de color marrón. <<

[71] A partir de 1943, los españoles de la Resistencia que llegaron a Mauthausen recibían el triángulo rojo con la «S». <<

[72] Mariano Constante Campo. Memorias recogidas en *Los años rojos*. <<

[73] Antonio Hernández Marín. Escritos inéditos. Archivo del autor. <<

[74] Miguel Serra Grabulosa. Testimonio recogido en *Noche y niebla, los catalanes en los campos nazis*, de Montserrat Roig. <<

[75] Siegfried Meir. Entrevistas: 29 octubre de 2013 y 2 de junio de 2014. <<

[76] Enrique Martín Hernández. Testimonio publicado en *Hispania, revista de la FEDIP*, julio de 1968. <<

[77] En 1940 y 1941 era una alambrada que, según avanzaban los trabajos de construcción del campo, fue sustituida por un muro de piedra de tres metros de altura. <<

[78] Joaquín Amat Piniella. Testimonio recogido en *Noche y niebla, los catalanes en los campos nazis*, de Montserrat Roig. <<

[79] El Bundestag ardió la noche del 27 al 28 de febrero, cuatro días antes de las elecciones. Los nazis culparon a los comunistas. Nunca se aclaró la autoría real de un incendio que solo benefició al propio Hitler. <<

[80] Partido Nacionalsocialista Alemán de los Trabajadores, Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei. <<

[81] Hitler obtuvo el 43,9% de los votos emitidos. Si tenemos en cuenta que la abstención en esas elecciones superó el 10%, el porcentaje real de alemanes con derecho a votar que apoyó al NSDAP no alcanzó el 38%. <<

[82] *La résistance allemande contre Hitler, 1933-1945*, de Barbara Koehn. Datos del periodo 1933-1944. <<

[83] Datos facilitados por el United States Holocaust Memorial Museum, Washington. En esta cifra se incluyen los stalags, los campos de tránsito, concentración y exterminio. <<

[84] Decreto de Reinhard Heydrich: «Einstufung der Konzentrationslager», Berlín, 2 de enero de 1941, NARA. <<

[85] La enfermería cambió de ubicación varias veces a lo largo de los años. Su emplazamiento definitivo junto a la cárcel data de 1944. <<

[86] El día de la liberación había más de 21 000 personas en el campo central de Mauthausen y otras 60 000 en los subcampos que dependían administrativamente de él. <<

[87] Waffen SS employed in concentrations camps, International Military Tribunal, Núremberg, 1946, NARA. <<

[88] Richard Glücks fue primero la mano derecha de Theodor Eicke y acabó sucediéndole en el cargo de inspector de los campos de concentración. <<

[89] Hans Loritz, comandante del campo de concentración de Sachsenhausen. <<

[90] Franz Ziereis: Deathbed confession, 24 de mayo de 1945, NARA D-626. <<

[91] Mariano Constante Campo. Memorias recogidas en *Yo fui ordenanza de los SS*. <<

[92] A 12 year old nazi, Informe del Ejército estadounidense, 511th CIC Detachment, 30 de mayo de 1945, NARA. <<

[93] Joan de Diego Herranz. Testimonio publicado en *Hispania, revista de la FEDIP*, marzo de 1973. <<

[94] David Wingeate Pike, *Españoles en el Holocausto*. <<

[95] Los deportados llamaban «gamela» al cuenco en que tomaban las comidas. <<

[96] Pascual Castejón Aznar. Testimonio publicado en *Hispania, revista de la FEDIP*, enero de 1982. <<

[97] José de Dios Amill, *La verdad sobre Mauthausen*. <<

[98] Según Pierre Salou y Veronique Olivares en *Los republicanos españoles en el campo de concentración nazi de Mauthausen*, había 136 escalones. Los prisioneros dan cifras diversas que oscilan entre 130 y 140 peldaños. <<

[99] Fermín Arce Rioja. Testimonio recogido en *Hispania, revista de la FEDIP*, junio de 1967. Fermín se refiere a Juan Munera Martínez, que llegó a Mauthausen en agosto de 1940 y murió en Gusen en agosto de 1941. <<

[100] Joan de Diego Herranz. Testimonio publicado en *Hispania, revista de la FEDIP*, enero de 1967. <<

[101] Luis García Manzano. Testimonio recogido en *El exilio español (1936-1978)*, de Julio Martín y Pedro Carvajal. <<

[102] Víctor Egea Zamora. Testimonio publicado en *Hispania, revista de la FEDIP*, abril de 1967. <<

[103] Antonio Velasco Zapata. Testimonios publicados en *Hispania, revista de la FEDIP*, abril y septiembre de 1996. <<

[104] José Escobedo Jimeno. Testimonio recogido en *Triángulo azul. Los republicanos españoles en Mauthausen*, de Manuel Razola y Mariano Constante. <<

[105] Antonio García Barón. Testimonio recogido en *El precio del paraíso*, de Manu Leguineche. <<

[106] Emilio Caballero Vico. Memorias recopiladas en una edición reducida para familiares y amigos. <<

[107] Esteban Pérez Pérez. Entrevista: 18 de mayo de 2014. <<

[108] Joaquín Mas Catalán. Testimonio recogido en *Hispania, revista de la FEDIP*, octubre de 1979. <<

[109] David Wingeate Pike, *Españoles en el Holocausto*. <<

[110] Inspection of Mauthausen Concentration Camp, U. S. Army, NARA RG226. <<

[111] Franz Ziereis: Deathbed confession, 24 de mayo de 1945. NARA D-626. <<

[112] Rosa Torán. Entrevista: 9 de mayo de 2014. <<

[113] Inspection of Mauthausen Concentration Camp, U. S. Army, NARA RG226. <<

[114] Antonio García Alonso. Testimonio publicado con el seudónimo Juan de Portado en *Hispania, revista de la FEDIP*, septiembre de 1976. <<

[115] Documentos del Partido Nazi en Barcelona citados en el artículo «Els papers secrets del Partit Nazi a Catalunya», de Jordi Finestres y Josep Maria Solé. Revista *Sàpiens*, julio de 2009; Documentos encontrados por los aliados en los archivos de Berlín citados en *El franquismo, cómplice del Holocausto (y otros episodios desconocidos de la dictadura)*, de Eduardo Martín de Pozuelo. <<

[116] Völkischer Beobachter, 1934. Citado en Secret reports on nazi Germany: The Frankfurt School contribution to the war effort, de Franz Neumann, Herbert Marcuse y Otto Kirchheimer. <<

[117] «Un rato de charla con el señor Gil Robles», *La Gaceta Regional de Salamanca*, 14 de septiembre de 1933. <<

[118] *The Nazi Conspiracy in Spain*, Victor Gollancz, Ltd., Londres, 1937. <<

[119] Informe de la OSS citado en *El franquismo, cómplice del Holocausto (y otros episodios desconocidos de la dictadura)*, de Eduardo Martín de Pozuelo. <<

[120] «Entrevista con el jefe rebelde español», de Jay Allen, *News Chronicle*, realizada el 27 de julio de 1936 y publicada dos días después. <<

[121] Informe de la OSS citado en *El franquismo, cómplice del Holocausto (y otros episodios desconocidos de la dictadura)*, de Eduardo Martín de Pozuelo. <<

[122] *The New York Times*, 15 de septiembre de 1936. Citado por *The Nazi Conspiracy in Spain*, Victor Gollancz, Ltd., Londres, 1937. <<

[123] Telegrama de Francisco Franco a Adolf Hitler, abril de 1939, AGA. <<

[124] «Prelude to World War», de John T. Wittaker, Foreign Affairs, octubre de 1942. <<

[125] En esta comparativa hablamos de campos de concentración como Mauthausen y no de campos de exterminio como Auschwitz-Birkenau o Treblinka. <<

[126] *The Rise of the Wehrmacht: The German Armed Forces and World War II*, de Samuel W. Mitcham, Jr. <<

[127] Informe sobre la repercusión en la prensa alemana del viaje del ministro de la Gobernación, Ministerio de Asuntos Exteriores, septiembre de 1940, AGA: R1188/Exp6. <<

[128] La cifra que aparece en los archivos británicos es de 14 millones de dólares de la época, que equivaldrían a más de 200 millones de dólares de hoy en día. <<

[129] Nota del ministro de Asuntos Exteriores, Ramón Serrano Suñer, 5 de noviembre de 1941, AGA: 82/6170. <<

[130] Telegrama del ministro de Asuntos Exteriores a los embajadores en Vichy y Berlín, 24 de marzo de 1943, AGA: 82/03684. <<

[131] Hoja de campaña. Legión española de voluntarios, 11 de marzo de 1944, AGA: 82/4393. <<

[132] Instrucciones reservadas a los directores de periódicos a fin de que enfoquen noticias y comentarios a la luz de estos principios y consideraciones, 1943, AGA: 82/4393. <<

[133] Informe anexo a las instrucciones reservadas a los directores de periódicos a fin de que enfoquen noticias y comentarios a la luz de estos principios y consideraciones, 1943, AGA: 82/4393. <<

[134] Extracto de la conversación sostenida por su Excelencia el Jefe del Estado con el señor embajador de Alemania en presencia del señor ministro de Asuntos Exteriores, 21 de abril de 1944, AGA: 82/6677. <<

[135] Martha Gammer. Entrevista: 8 de mayo de 2014. <<

[136] Félix Quesada Herrerías. Testimonio recogido en *Noche y niebla, los catalanes en los campos nazis*, de Montserrat Roig. <<

[137] Elías González Peña. Conversación telefónica: 25 de marzo de 2014. <<

[138] José Cortés García fue gaseado el 18 de agosto de ese año. Su padre murió en Gusen seis días después. Jacinto y su hermano Manuel (que permaneció en Mauthausen) lograron sobrevivir. <<

[139] Datos oficiales facilitados por la Amical de Mauthausen y otros campos y de todas las víctimas del nazismo, y por el Ministerio francés de Excombatientes y de Víctimas de la Guerra. <<

[140] Eugenio Prats Soler. Testimonio recogido por Antonio García Alonso en *Hispania, revista de la FEDIP*, octubre de 1976. <<

[141] Ricardo Rico Palencia. *Los recuerdos de un triángulo azul. Españoles bajo el III Reich*. Colección Los Suplementos, *Cuadernos para el Diálogo*, 1969. Testimonio recogido por Javier Alfaya. <<

[142] Ofensiva: los españoles definían así los periodos en que los SS se mostraban especialmente agresivos y eliminaban masivamente a los prisioneros. <<

[143] Rudolf A. Haunschmied. Entrevista: 10 de mayo de 2014, y *St. Georgen, Gusen, Mauthausen*, de Haunschmied, Mills y Witzany-Durda. <<

[144] Jesús Tello Gómez. Testimonio recogido en *Vivos en el averno nazi*, de Montserrat Llor. <<

[145] Jacinto Cortés García. Testimonio recogido en *Noche y niebla, los catalanes en los campos nazis*, de Montserrat Roig. <<

[146] Informe de la Embajada española en París, septiembre de 1939, AGA: 82/03587.
<<

[147] *Los olvidados, los exiliados españoles en la Segunda Guerra Mundial*, de Antonio Vilanova. <<

[148] *El convoy de los 927*, de Montse Armengou y Ricard Belis. <<

[149] Nota verbal de la Embajada alemana en Madrid al Ministerio de Asuntos Exteriores, 20 de agosto de 1940. Reproducida en *Hispania, revista de la FEDIP*, marzo de 1998. <<

[150] Nota verbal de la Embajada alemana en Madrid al Ministerio de Asuntos Exteriores, 28 de agosto de 1940. Reproducida en *El convoy de los 927*, de Montse Armengou y Ricard Belis. <<

[151] Nota verbal del Ministerio de Negocios Extranjeros de Alemania, 23 de abril de 1941. Reproducida en *El convoy de los 927*, de Montse Armengou y Ricard Belis. <<

[152] Orden de la RSHA, 25 de septiembre de 1940. Documento cortesía de Benito Bermejo. <<

[153] Correspondencia entre la Embajada española en Berlín y el señor ministro de Asuntos Exteriores, 1941-1942, AGA: 82/6428. <<

[154] David Wingeate Pike, *Españoles en el Holocausto*. Cerca de 20 000 prisioneros se apiñaban en esa fecha en Ebensee, uno de los subcampos de Mauthausen. Entre ellos había numerosos españoles. <<

[155] Informe sobre españoles en el campo de concentración de Nástola, Embajada de España en Helsinki, 24 de noviembre de 1941, AGA: 82/03687. <<

[156] Informe del Alto Estado Mayor firmado por el general Arsenio Martínez, 3 de diciembre de 1943, AGA/R1371/Exp.1. <<

[157] Testimonio recogido en *Mauthausen, el deber de recordar*, documental de TVE. <<

[158] Carol era uno de los kapos más sanguinarios, conocido como el Atila de Gusen. <<

[159] Jacint Carrió Vilaseca. Testimonio recogido en *Noche y niebla, los catalanes en los campos nazis*, de Montserrat Roig. <<

[160] Joaquim Aragonés Campderrós. Testimonio recogido en *De Rubí a Mauthausen*, de Josepa Gardenyes. <<

[161] En diversos archivos y publicaciones se le identifica como José Carlos Grey-Key. <<

[162] Hambre, cámara de gas, asfixia, tiro en la nuca, exposición al frío, ahogamiento, apaleamiento y fusilamiento. Inspection of Mauthausen Concentration Camp, U. S. Army, NARA RG226. <<

[163] Antonio García Alonso. Testimonio escrito bajo el seudónimo Juan de Portado, publicado en *Hispania*, febrero de 1978. <<

[164] Ricardo Rico, Santiago Raga y Patricio Serrano. Testimonios recogidos en *Triángulo Azul. Los republicanos españoles en Mauthausen*, de Manuel Razola y Mariano Constante. <<

[165] Mariano Constante Campo. Memorias recogidas en *Los años rojos*. <<

[166] Jan Bondeso, *Amazing dogs. A cabinet of canine curiosities*. <<

[167] *J'attendrai*. La canción se popularizó antes de la guerra por la interpretación de la artista Rina Ketty. Su estribillo reza así: «Esperaré día y noche, esperaré siempre tu regreso; esperaré, pues el pájaro que se va, vuelve a buscar el olvido en su nido…». <<

[168] King Kong. Su nombre era Magnus Keller, un preso común alemán que ocupó el puesto de responsable del campo o lagerältester hasta 1943. <<

[169] Joan de Diego Herranz. Testimonio recogido en *Hispania, revista de la FEDIP*, junio de 1967. <<

[170] Antonio Terres Gómez. Entrevista a su viuda, Isabel Terres, 22 de abril de 2014. <<

[171] Wilhelm Grill, sargento de las Waffen-SS. Por sus innumerables crímenes fue condenado a muerte en Dachau, pero se le conmutó la pena por cadena perpetua. <<

[172] Pedro Gómez Carriolo y Stefan Szmura, testimonios ante el tribunal militar norteamericano, Dachau, junio de 1947, NARA. <<

[173] José Pons Pérez. Testimonio recogido en *Noche y niebla, los catalanes en los campos nazis*, de Montserrat Roig. <<

[174] Franz Ziereis, Deathbed confession, 24 de mayo de 1945. NARA D-626. <<

[175] Historiadores y testigos no se ponen de acuerdo sobre la fecha exacta en que se produjeron las primeras ejecuciones. Mientras algunos las sitúan en enero de 1942, otros las retrasan hasta el mes de marzo. <<

[176] Tomás Salaet Artiola. Testimonio recogido en *Noche y niebla, los catalanes en los campos nazis*, de Montserrat Roig. <<

[177] David Wingeate Pike, *Españoles en el Holocausto*. Pike afirma que, en total, murieron gaseados en Gusen unos 800 prisioneros durante finales de 1944 y principios de 1945. <<

[178] Rafael Álvarez Fernández. Testimonio recogido en *Hispania, revista de la FEDIP*, abril de 1998. <<

[179] Alfonso Cañete Jiménez. Testimonio recogido en *Andaluces en Mauthausen*, de Sandra Checa, Ángel del Río y Ricardo Martín. <<

[180] Agapito Martín Romaní. Testimonio recogido por la Associazione Nazionale Ex Deportati Politici Nei Campi Nazisti (ANED). <<

[181] Dámaso Ibarz Arellano. Testimonio recogido por su hermana María. Entrevista: 25 de mayo de 2014. <<

[182] Jack Taylor. Declaración recogida en The Cohen Report, NARA D-337. <<

[183] Franz Ziereis. Deathbed confession, 24 de mayo de 1945, NARA D-626. <<

[184] Gesetz zur Verhütung erbkranken Nachwuchses, Berlín, 14 de julio de 1933. <<

[185] Diversos estudios estiman que un total de 65 000 estadounidenses fueron sometidos a operaciones de esterilización forzosa. Algunos estados, como Carolina del Norte o Virginia, siguieron realizando estas prácticas hasta finales de los años setenta. <<

[186] Philipp Bouhler era el jefe de la Cancillería del Führer del Partido Nazi (KdF), que funcionaba como gabinete privado de Hitler, al margen de la cancillería gubernamental y de la cancillería del Partido Nazi. <<

[187] La orden fue firmada por Hitler en octubre de 1939, aunque ordenó que se fechara el 1 de septiembre de ese año para hacerla coincidir con el inicio de la guerra. <<

[188] Carta de Heinrich Himmler a Walter Buch, 19 de diciembre de 1940. Citada por Henry Friedlander en *The Origins of Nazi Genocide: From Euthanasia to the Final Solution*. <<

[189] Grafeneck: 9839 víctimas; Brandenburg: 9772; Hartheim: 18 269; Sonnenstein: 13 720; Bernburg: 8601; Hadamar: 10 072. La cifra total es de 70 272 personas asesinadas. <<

[190] Adolf Merkle trabajó desde 1943 en Hadamar y fue el encargado de los registros y de emitir los falsos certificados de defunción. <<

[191] Información facilitada por HEART, Holocaust Education & Archive Research Team. <<

[192] La cámara de gas de Mauthausen entró en funcionamiento en el primer trimestre de 1942. <<

[193] Dameron Report. Bericht des War Crimes Investigating Teams n.º 6824 der U. S. Army vom 17.7.1945 über die Tötungsanstalt Hartheim, de Brigitte Kepplinger e Irene Leitner. <<

[194] Vinzenz Nohel. Testimonio ante la policía criminal de Linz, 4 de septiembre de 1945, DÖW. <<

[195] Mauricio Pacheco Palomero. Testimonio recogido en *Los cerdos del comandante*, de Eduardo Pons y Mariano Constante. <<

[196] Mariano Constante Campo. Memorias recogidas en *Yo fui ordenanza de los SS*. <<

[197] Juan Romero llegó a Mauthausen el 5 de agosto de 1941. Formaba parte de un pequeño convoy con 24 prisioneros, procedente del stalag III-C de Alt-Drewitz bei Küstrim. <<

[198] Josep Figueras Solé. Testimonio recogido por su nieta Laura Abelló Figueras. <<

[199] Pere Pey Sardà. Testimonio recogido en *Hispania, revista de la FEDIP*, septiembre de 1965. <<

[200] Testimonio de Luisa Ramos, hermana de Galo y Manuel, recogido en *El convoy de los 927*, de Montse Armengou y Ricard Belis. <<

[201] Francisco Pintos Díaz, muchos años después, relató estos hechos a la hermana de ambos. *Andaluces en Mauthausen*, de Sandra Checa, Ángel del Río y Ricardo Martín. <<

[202] Julián Mur Sánchez, miembro de la CNT, fue gaseado en el castillo de Hartheim el 12 de octubre de 1942. <<

[203] En estos primeros meses de cautiverio, los prisioneros aún no disponían de la experiencia ni de los puestos de trabajo necesarios para «organizar» comida. <<

[204] Joan Pagés Moret. Testimonio recogido en *Noche y niebla, los catalanes en los campos nazis*, de Montserrat Roig. <<

[205] Neus Català Pallejà. Conversación: 25 de mayo de 2014. <<

[206] La conocida como batalla de La Madeleine fue una operación llevada a cabo por un pequeño grupo de guerrilleros, en su mayoría españoles. Dirigidos por el célebre resistente español Cristino García, poco más de 30 guerrilleros consiguieron apresar a cerca de 1200 soldados nazis que se dirigían a intentar frenar el avance aliado desde las costas de Normandía. <<

[207] Pepita Molina. Entrevista: 22 de abril de 2014. <<

[208] Estucha Zilberberg. Testimonio recogido en *Los cerdos del comandante*, de Eduardo Pons y Mariano Constante. <<

[209] Elisa Maseailles Garrido, Conchita Grangé Veleta y Secundina Mirambell Barceló. Testimonios recogidos en *De la resistencia y la deportación*, de Neus Català. <<

[210] El nombre obedece a los números que las prisioneras recibieron a su llegada a Ravensbrück. A todas ellas se les asignó un número entre el 27 000 y el 28 000. <<

[211] Neus Català Pallejà. Testimonio recogido en *Vivos en el averno nazi*, de Montserrat Llor. <<

[212] Alfonsina Bueno Vela. Testimonio recogido en *De la resistencia y la deportación*, de Neus Català. <<

[213] Wanda Półtawska. Memorias recogidas en *I boje sie snów*. <<

[214] Carl Clauberg. Carta a Heinrich Himmler, junio de 1943, Jewish Virtual Library. <<

[215] Dolors Casadella. Testimonio recogido en *De la resistencia y la deportación*, de Neus Català. <<

[216] Conchita Grangé Veleta. Testimonio recogido en *Vivos en el averno nazi*, de Montserrat Llor. <<

[217] Simone Vilalta. Entrevista: 17 de abril de 2014. <<

[218] Mercedes Núñez Targa. Testimonio recogido en *Los cerdos del comandante*, de Eduardo Pons y Mariano Constante. <<

[219] Felicitat Gassa y Mónica Jené. Testimonios recogidos en *De la resistencia y la deportación*, de Neus Català. <<

[220] Conchita Grangé Veleta. Testimonios recogidos en *De la resistencia y la deportación*, de Neus Català. <<

[221] Pierre Daix. Testimonio recogido en *Triángulo azul. Los republicanos españoles en Mauthausen*, de Manuel Razola y Mariano Constante. <<

[222] Mariano Constante Campo. Memorias recogidas en *Los años rojos*. <<

[223] Joan de Diego Herranz. Testimonio recogido en *Hispania, revista de la FEDIP*, abril de 1967. <<

[224] Casimir Climent Sarrió. Testimonio recogido en *Noche y niebla, los catalanes en los campos nazis*, de Montserrat Roig. <<

[225] Mariano Constante Campo. Memorias recogidas en *Yo fui ordenanza de los SS*. <<

[226] Joan Tarragó Balcells. Testimonio recogido en *Noche y niebla, los catalanes en los campos nazis*, de Montserrat Roig. <<

[227] Artur London. Testimonio recogido en *Triángulo azul. Los republicanos españoles en Mauthausen*, de Manuel Razola y Mariano Constante. <<

[228] Joaquim Amat-Piniella, K. L. Reich. <<

[229] Ernesto Udave Moreno y Antonio Martínez García. Testimonios recogidos en el informe «Notas de las conversaciones mantenidas con los camaradas de Mauthausen», mayo de 1945. Archivo histórico del PCE. <<

[230] Joan de Diego Herranz. Testimonio recogido en *Noche y niebla, los catalanes en los campos nazis*, de Montserrat Roig. <<

[231] Testimonio de Antonio García en *Crónicas de nuestro tiempo*. Citado por David W. Pike. <<

[232] Paul Ricken. Declaración ante el tribunal militar estadounidense de Dachau, julio de 1947, NARA. ETO Case 00050514. <<

[233] Registro de salida del campo de concentración de Septfonds. Archives départementales de Tarn-et-Garonne, Montauban. <<

[234] Informe sobre militantes, mayo de 1945. Archivo histórico del PCE. <<

[235] David Wingeate Pike, *Españoles en el Holocausto*. <<

[236] Francesc Boix Campo. Testimonio ante el Tribunal Internacional de Núremberg, 28 y 29 de enero de 1946, NARA. <<

[237] Antonio Vilanova, *Los olvidados*, y Marsalek, Geschichte. Citados por David W. Pike. <<

[238] La historiadora Martina Schröck encontró el informe que los SS realizaron sobre la fuga. En él se cita a un quinto fugado cuyo nombre era Vicente García Ramos. Según David Wingate, García Ramos fue capturado tres días después y «registrado como muerto por los SS». Sorprende, sin embargo, que ninguno de sus supuestos compañeros de fuga hiciera mención a su participación en la misma. <<

[239] Antonio Velasco Zapata. Testimonio publicado en *Hispania, revista de la FEDIP*, y recogido en *Los republicanos españoles en el campo de concentración nazi de Mauthausen*, de Pierre Salou y Veronique Olivares. <<

[240] López Bermúdez apenas tenía 35 años pero, en los campos de concentración, a esa edad ya era un «viejo». <<

[241] Agustín Santos Fernández. Testimonio recogido en *Los cerdos del comandante*, de Eduardo Pons y Mariano Constante. <<

[242] Francesc Comellas Linares. Testimonio recogido en *Hispania, revista de la FEDIP*, enero de 1997. <<

[243] David Wingeate Pike, *Españoles en el Holocausto*. <<

[244] Más datos en «Informe soviético. La doble traición del camarada Stalin». <<

[245] Joan Gil Balañá. Testimonio recogido en *Noche y niebla, los catalanes en los campos nazis*, de Montserrat Roig. <<

[246] Ricardo Rico Palencia, *Los recuerdos de un triángulo azul, Españoles bajo el III Reich*. Colección Los Suplementos, *Cuadernos para el Diálogo*, 1969. Testimonio recogido por Javier Alfaya. <<

[247] Otros deportados sitúan también al Tirillas como responsable de los blocks 30 y 32 de Gusen. Es más que probable, por tanto, que cambiara en varias ocasiones de barraca. <<

[248] Roc Llop Convalia. Testimonio escrito con el seudónimo Solsticio en *Hispania, revista de la FEDIP*, marzo de 1971. <<

[249] Jacinto Cortés García. Testimonio recogido en *Noche y niebla, los catalanes en los campos nazis*, de Montserrat Roig. <<

[250] Antonio García Alonso y Francesc Teix Perona. Testimonios recogidos en *Noche y niebla, los catalanes en los campos nazis*, de Montserrat Roig. <<

[251] Informe bajo el título: «Indeseables», Archivo histórico del PCE, mayo de 1945. <<

[252] Vergé no fue ajusticiado por sus compañeros tras la liberación y regresó a Francia. Allí fue finalmente detenido gracias al empeño de varios supervivientes españoles que querían hacerle pagar por sus fechorías. Vergé salió indemne de su paso por los tribunales y se trasladó a Alemania, donde acabó sus días en libertad. <<

[253] Mariano Constante Campo. Memorias recogidas en *Los años rojos*. <<

[254] Carlos Flor de Lis fue ejecutado por los prisioneros el día de la liberación. César Orquín no fue perseguido y emigró a Argentina. Según el testimonio de Mariano Laborda, trabajó de camarero en una cafetería de Buenos Aires. <<

[255] Enrique García Pérez. Testimonio de su compañero de convoy Antonio García, escrito bajo el seudónimo Juan de Portado en *Hispania, revista de la FEDIP*, abril de 1982. <<

[256] Discurso de fin de año del jefe del Estado, 31 de diciembre de 1939, Prensa del Movimiento. <<

[257] En este periodo las sinagogas fueron clausuradas y los judíos tuvieron prohibido practicar su religión. Se trató, no obstante, de una medida que afectó a todas las confesiones religiosas salvo a la católica. <<

[258] Manuel Aznar, «Política de España en Europa», *ABC*, 13 de julio de 1940. <<

[259] Acevedo, «El éxodo de los judíos». Publicado en diversos diarios del régimen, 24 de mayo de 1941. <<

[260] Ramón Serrano Suñer. Memorias recogidas en *Entre Hendaya y Gibraltar*. <<

[261] Bernd Rother, «Espada se equivoca: España salvó judíos a regañadientes», *El Confidencial*, 1 de junio de 2013. <<

[262] En todo el periodo los refugiados tuvieron que demostrar en la frontera que contaban con el dinero suficiente para atravesar el territorio español. Hubo momentos en que se les exigió disponer de un pasaje marítimo de salida de Portugal. <<

[263] Orden del Ministerio de Asuntos Exteriores al Consulado en París, 5 de noviembre de 1940. Citada por Bernd Rother en *Franco y el Holocausto*. <<

[264] Telegramas de la Embajada española en París al Ministerio de Asuntos Exteriores, 24 y 26 de diciembre de 1940, AGA 54/16157. <<

[265] *El franquismo, cómplice del Holocausto (y otros episodios desconocidos de la dictadura)*, de Eduardo Martín de Pozuelo. <<

[266] Telegrama del Consulado General en París al ministro de Asuntos Exteriores, 18 de diciembre de 1943. AGA: 82/03684. <<

[267] Telegrama del cónsul general en París al ministro de Asuntos Exteriores, 10 de marzo de 1944, AGA: 82/03694. <<

[268] Telegrama del ministro de Asuntos Exteriores al embajador en Berlín, AGA: 82/3693. <<

[269] *El franquismo, cómplice del Holocausto (y otros episodios desconocidos de la dictadura)*, de Eduardo Martín de Pozuelo. <<

[270] Telegrama de la Embajada en Berlín al ministro de AA. EE., 11 de febrero de 1944, AGA: 82/3693. <<

[271] Telegrama del Consulado en Atenas al ministro de AA. EE., enviado a través de la Embajada en Berlín, 26 de abril de 1944, AGA: 82/3693. <<

[272] Telegrama de la Embajada en Berlín al ministro de AA. EE., 11 de febrero de 1944, AGA: 1082/Exp.4. <<

[273] Ramón Serrano Suñer. Memorias recogidas en *Entre Hendaya y Gibraltar*. <<

[274] Carta del SS-obergruppenführer, Oswald Pöhl, citada por David Wingeate en *Españoles en el Holocausto*. <<

[275] Carta de Oswald Pöhl a Heinrich Himmler citada en *St. Georgen Gusen Mauthausen*, de Haunschmied, Mills y Witzany-Durda. <<

[276] Más datos en «Informe empresarial. Es la economía, estúpido». <<

[277] El número de muertes registradas oficialmente asciende a cerca de 9000. Sin embargo, historiadores y asociaciones de exdeportados elevan esa cifra hasta los 20 000. Fueron numerosos los convoyes de prisioneros que no pasaron por el habitual registro, especialmente en los meses finales de la guerra. <<

[278] Rudolf A. Haunschmied. Entrevista: 10 de mayo de 2014. <<

[279] Vicente Delgado Fernández. Testimonio recogido en *Mémoires d'un déporté de Mauthausen*. <<

[280] Oswiecim es la denominación en polaco de la ciudad que los alemanes rebautizaron como Auschwitz, en cuyas proximidades se levantó el campo de concentración del mismo nombre. <<

[281] María F., Dusan Stefancic, Karl Littner y Martin Lax. Testimonios recogidos en *St. Georgen Gusen Mauthausen*, de Hauschmied, Mills y Witzany-Durda. <<

[282] Al igual que ocurre en Ebensee y en otros campos de concentración, en Gusen II la cifra oficial de víctimas dista mucho de la real. Frente a los 8500 muertos registrados, los historiadores elevan esa cifra por encima de los 20 000. <<

[283] Datos facilitados por el Archiv der KZ-Gedenkstätte Mauthausen. <<

[284] Istvan Balogh. Testimonio recogido en *Triángulo Azul. Los republicanos españoles en Mauthausen*, de Manuel Razola y Mariano Constante. <<

[285] Office of United States Chief of Counsel for Prosecution of Axis Criminality. <<

[286] R. W. Cooper, *The Nuremberg Trial*. <<

[287] Casimir Climent Sarrió. Testimonio recogido en *Noche y niebla, los catalanes en los campos nazis*, de Montserrat Roig. <<

[288] Relato de la liberación del campo de Mauthausen y Gusen publicado por el sargento Albert J. Kosiek en *Thunderbolt, boletín de la 11th Armoured Division*, mayo de 1955. <<

[289] Andreas Trum tenía en realidad el grado de SS-oberscharführer, sargento primero, era el supervisor del trabajo esclavo de los prisioneros, arbeitdienstführer, y fue sentenciado a muerte y ahorcado en Dachau. <<

[290] El arrest era la cárcel de Mauthausen. <<

[291] Josef Niedermayer tenía el grado de SS oberscharführer y era el responsable de la prisión de Mauthausen y del barracón de la muerte. Fue juzgado y ahorcado en Dachau. <<

[292] El nombre del prisionero holandés era Willen Johan Niermeijer. <<

[293] Joan de Diego Herranz. Testimonio publicado en *Hispania, revista de la FEDIP*, enero de 1975. <<

[294] Joseph Drexel. Testimonio recogido en sus memorias *Viaje a Mauthausen*, citado por David Wingeate en *Españoles en el Holocausto*. <<

[295] Jack Taylor y Louis Biagioni. Archivo videográfico del United States Holocaust Memorial Museum, mayo de 1945. <<

[296] Se ha respetado el texto original con sus faltas de ortografía. <<

[297] Mariano Laborda Arilla. Testimonios recopilados por su hija Jeannine Laborda. <<

[298] Domingo Félez Burriel. Entrevistas telefónicas: 20 y 21 de febrero de 2014. <<

[299] Josep Figueras Solé. Documentos cedidos al autor por su hija Adelina Figueras. <<

[300] Zarah Leander fue una de las musas de Hitler. La actriz y cantante de origen sueco se convirtió en la mayor estrella del Reich, en contraste con otras artistas como Marlene Dietrich, que emigró a Estados Unidos y se opuso frontalmente al nazismo. <<

[301] Rufino Baños Lozano. Testimonio publicado en *Hispania, revista de la FEDIP*, octubre de 1979. <<

[302] Luis Gil Blanco. Testimonio recogido en *Los cerdos del comandante*, de Eduardo Pons Prades y Mariano Constante. <<

[303] *El holocausto de los republicanos españoles: vida y muerte en los campos de exterminio alemanes*, de Eduardo Pons Prades. <<

[304] José Cabrero Arnal. Testimonio recogido en *Noche y niebla, los catalanes en los campos nazis*, de Montserrat Roig. <<

[305] Pablo Escribano Cano y Francisco Bernal Lavilla. Testimonios recogidos en *El convoy de los 927*, de Montse Armengou y Ricard Belis. <<

[306] *Das KZ-bordell*, de Robert Sommer. <<

[307] Aunque el primer director general de la DEST fue Arthur Ahrens, Pöhl dirigió la compañía *de facto* desde el primer momento. En 1939 destituyó a Ahrens y asumió oficialmente la jefatura. <<

[308] Rudolf A. Haunschmied. Entrevista: 10 de mayo de 2014 y *St. Georgen Gusen Mauthausen* de Hauschmied, Mills y Witzany-Durda. <<

[309] Herbert Ulrich, «Labour and Extermination: Economic Interests and Primacy of Weltangschauung in National Socialism», *Past and Present* núm. 138, febrero de 1993. <<

[310] Hitler permaneció 264 días encarcelado en Landsberg por su participación en un intento de golpe de Estado. Durante ese tiempo escribió su obra *Mein Kampf*. <<

[311] *Hitler was my friend*, de Heinrich Hoffmann. <<

[312] Información facilitada por HEART, Holocaust Education &Archive Research Team. <<

[313] Información facilitada por HEART, Holocaust Education &Archive Research Team. <<

[314] Datos facilitados por el Museo y Memorial de Auschwitz-Birkenau. <<

[315] Primo Levi, *Collected poems*, Faber and Faber, 1989. <<

[316] *From cooperation to complicity: Degussa in the third Reich*, de Peter Hayes. <<

[317] *WirtschaftsWoche*, núm. 22, 26 de mayo de 2014. <<

[318] *General Motors and the Nazis: The Struggle for Control of Opel, Europe's biggest carmaker*, de Henry Ashby Turner Jr., y *The Nazi Party, General Motors & the Third Reich*, de Edwin Black. Jewish Virtual Library. <<

[319] Carta de Edsel Ford a Maurice Dollfus, responsable de la empresa automovilística en Francia. Citada en *The American Axis: Henry Ford, Charles Lindbergh, and the Rise of the Third Reich*, de Max Wallace. <<

[320] «Ford and GM Scrutinized for Alleged Nazi Collaboration» publicado por Michael Dobbs el 30 de noviembre de 1998 en *The Washington Post*. <<

[321] Memorándum de IG Farben, citado por Antony C. Sutton en *Wall Street & the Rise of Hitler*. <<

[322] Carta de IBM, 10 de junio de 1941. Citada por Edwin Black en *IBM and the Holocaust*. <<

[323] Joan Mestres Rebull. Testimonio recogido en *Noche y niebla, los catalanes en los campos nazis*, de Montserrat Roig. <<

[324] *Camps de mort*, de Irène Gaucher. <<

[325] Franz Ziereis, Deathbed confession, 24 de mayo de 1945, NARA D-626. <<

[326] El número de españoles que pasó por Auschwitz y de los que existe constancia documental es de 32. Un caso aparte lo constituyen los miles de judíos de origen sefardí. <<

[327] Saturnino Navazo Tapia. Este republicano burgalés nació el 6 de febrero de 1914 en la provincia de Burgos. Llegó a Mauthausen el 27 de enero de 1941. Su habilidad como futbolista le permitió sobrevivir en el campo y acceder a un buen trabajo. Navazo era el kapo de una de las barracas en las que se alojaban los españoles. Su comportamiento con sus compañeros fue siempre ejemplar. <<

[328] Joan Pagés Moret. Testimonio recogido en *Noche y niebla, los catalanes en los campos nazis*, de Montserrat Roig. <<

[329] Mariano Constante y Manuel Razola, *Triángulo Azul. Los republicanos españoles en Mauthausen*. <<

[330] Petsirilos Nissim y Jakob Lewis. Testimonio recogido en el *Report on Investigation of Alleged War Crimes*, mayo de 1945. Citado por David Wingeate en *Españoles en el Holocausto*. <<

[331] Angelines Martínez, Estucha Zilberberg y Josep Ester Borrás. Testimonios recogidos en *Los cerdos del comandante*, de Eduardo Pons y Mariano Constante. <<

[332] Este kommando dependía administrativamente del campo de concentración de Flossenbürg. <<

[333] Antonio García Alonso. Testimonio publicado con el seudónimo Juan de Portado en *Hispania, revista de la FEDIP*, enero de 1981. <<

[334] Franz Ziereis, Deathbed confession, 24 de mayo de 1945, NARA D-626. <<

[335] Erich Schuettauf era el teniente que mandaba la guardia del campo de Gusen. <<

[336] Paul Wolfram. Declaración en los juicios de Dachau citada por Rudolf A. Haunschmied en *St. Georgen Gusen Mauthausen*; David Wingeate, *Españoles en el Holocausto*. <<

[337] Kurt Becher, SS standartenführer. Declaración por escrito ante los investigadores estadounidenses, marzo de 1946, NARA. <<

[338] Archivo del United States Holocaust Memorial Museum; David Wingeate, *Españoles en el Holocausto; St. Georgen Gusen Mauthausen*, de Hauschmied, Mills y Witzany-Durda. <<

[339] Mariano Constante Campo. Memorias recogidas en *Yo fui ordenanza de los SS*. <<

[340] Ganz reconoció ante el tribunal que le juzgó en 1972, en la localidad alemana de Memmingen, que había enviado a los túneles camiones cargados con explosivos. <<

[341] Louis Haefliger. Informe dirigido al Comité Internacional de la Cruz Roja, reproducido por Christian Bernadac en *The 186 steps*. <<

[342] Edward R. Ardery. Testimonio recogido en *St. Georgen Gusen Mauthausen*, de Hauschmied, Mills y Witzany-Durda. <<

[343] Las tropas aliadas llegaron a Gusen y Mauthausen el 5 de mayo. Ebensee tuvo que esperar 24 horas más. <<

[344] Neus Català Pallejà. Testimonio recogido en *De la resistencia a la deportación*. <<

[345] La existencia de este protocolo secreto fue revelada por primera vez por el abogado del líder nazi Rudolf Hess durante el juicio de Núremberg. Los soviéticos negaron siempre este hecho, a pesar de que se encontró una copia del mismo en los archivos alemanes. En 1992, tras la caída del muro de Berlín, las autoridades rusas encontraron y desclasificaron el documento original. <<

[346] *L'Humanité*, julio de 1940. Citado por Christian Authier en *De chez nous*. <<

[347] August Eigruber, discurso del 27 de junio de 1941, citado en un informe de los servicios de inteligencia americanos. Recogido por Benito Bermejo en Francesc Boix, el fotógrafo de Mauthausen. <<

[348] Mariano Constante Campo. Memorias recogidas en *Los años rojos*. <<

[349] Joan Tarragó Balcells. Testimonio recogido en *Noche y niebla, los catalanes en los campos nazis*, de Montserrat Roig. <<

[350] En los informes se refieren al Partido Comunista de España con la abreviatura «P». <<

[351] Joan de Diego Herranz. Testimonio recogido en *Mauthausen, el deber de recordar*. Documental de TVE. <<

[352] Relato de la liberación del campo de Mauthausen y Gusen publicado por el sargento Albert J. Kosiek en *Thunderbolt, boletín de la 11th Armoured Division*, mayo de 1955. <<

[353] Fernando García Ortega. Testimonio recogido en *Hispania, revista de la FEDIP*, febrero de 1978. <<

[354] Existen testimonios y datos contradictorios sobre el momento exacto en que se colocó la pancarta. El historiador David Wingeate asegura que no se desplegó hasta 24 horas después. <<

[355] Emblemático estadio de fútbol americano inaugurado en 1924, en el que tenían cabida más de 100 000 espectadores. <<

[356] Manuel Amorós Lafuente. Testimonio recogido por su nieto Cristophe Lesquendieu Amorós. <<

[357] Joaquim Aragonés Campderrós. Testimonio recogido en *De Rubí a Mauthausen*, de Josepa Gardenyes. <<

[358] Mariano Constante Campo. Memorias recogidas en *Los años rojos*. Constante escribe la palabra «civiles» entre comillas. Sin duda para destacar la complicidad, activa o pasiva, de la mayoría de ellos con el nazismo. <<

[359] María F. y Johanna B. Testimonios recogidos en *St. Georgen Gusen Mauthausen*, de Hauschmied, Mills y Witzany-Durda. <<

[360] Carta de Joe Barbella cedida al autor por su hija Rosemary Barbella, 9 de mayo de 1945. <<

[361] Álvaro Rodríguez. Entrevista: 11 de mayo de 2014. <<

[362] Acta del Pleno del PCE celebrado en Mauthausen el 13 de mayo de 1945, Archivo histórico del PCE. <<

[363] Juan Paredes. Testimonio recogido en *El convoy de los 927*, de Montse Armengou y Ricard Belis. <<

[364] Olga Mayans. Entrevista: 21 de mayo de 2014. <<

[365] Eve Fridell Hawkins. Carta al director publicada en *The Washington Post* recogida en *Innocent at Dachau*, de Robert Halow. <<

[366] Actas del juicio de Dachau, ETO Case 00050525, U. S. y Lauriano Navas *et al*., NARA, julio de 1947. <<

[367] *Dilemas de la memoria: La vida después de Auschwitz*, de Jack Fuchs. <<

[368] List of german concentrations camps, OSS. NARA: RG226/190/ 9.31.5/369. <<

[369] *Auschwitz and the British*, de Barbara Rogers y William Rubinstein. <<

[370] The Vrba-Wetzler report, OSS, HEART. <<

[371] Estos bombardeos se produjeron los días 13 de septiembre, 18 y 26 de diciembre y el 19 de enero. <<

[372] *Holocaust: Responses to the Persecution and Mass Murder of the Jews*, Stuart G. Erdheim. <<

[373] Report on interrogation of PW, 14 de diciembre de 1944, NARA: RG226/190/9.31.5/369. <<

[374] Report on information obtained from PW Slonina, 28 de enero de 1945, NARA: RG226/190/ 9.31.5/369. <<

[375] Telegrama del general Alexander al War Department's Adjutant General for the Allied Combined Chiefs of Staff y al British Chiefs of Staff, 15 de marzo de 1945. Citado en *St. Georgen, Gusen, Mauthausen*, de Haunschmied, Mills y Witzany-Durda. <<

[376] Telegrama de Eisenhower a Bradley, Devers y otros, 3 de mayo de 1945. Citado en *St. Georgen, Gusen, Mauthausen*, de Haunschmied, Mills y Witzany-Durda. <<

[377] 131th Evacuation Hospital, Final Report, 1945, NARA. <<

[378] Informe del Lt. Col. J. G. Baxter, jefe del Servicio Médico del 130 Hospital de Evacuación, 31 de mayo de 1945, NARA. <<

[379] Memorándum. United States Political Adviser for Germany, Donald R. Heath, 1 de junio de 1945, NARA RG 84/804.41. <<

[380] Harrison report. U. S. State Department. Bulletin 13, septiembre de 1945. <<

[381] Diario personal de George S. Patton, septiembre de 1945. Citado por Foreign Policy. <<

[382] Carta de Emiliano Yuste Aranda a los padres de Pedro Gallego Romero, 12 de noviembre de 1945. Cedida al autor por Pedro Gallego. <<

[383] Louis Renault fue detenido y encarcelado en París en septiembre de 1944. Todo apunta a que su muerte, acaecida un mes después, se produjo por la suma de varios factores: la enfermedad cerebral que padecía, las secuelas de los malos tratos que recibió durante su detención y la depresión que le generó el confinamiento. <<

[384] Antonio Hernández Marín. Cartas cedidas por su sobrino Pedro García al autor. <<

[385] FEDIP: Federación Española de Deportados e Internados Políticos Víctimas del Fascismo. FNDIRP: Federación Nacional de Deportados e Internados Resistentes y Patriotas. <<

[386] María Perea. Entrevista: 17 de abril de 2014. <<

[387] Janine Alcubierre. Entrevista: 20 de abril de 2014. <<

[388] Neus Català Pallejà. Conversación: 25 de mayo de 2014. <<

[389] Jean Estivill, Nathalie Cañete y Jeannine Laborda. Entrevista: 25 de abril de 2014. <<

[390] Pilar y María Perea. Entrevista: 17 de abril de 2014. <<

[391] Annie Bousquet. Entrevista: 21 de mayo de 2014. <<

[392] Adelina Figueras. Entrevista: 24 de mayo de 2014. <<

[393] *El Parvulito*, de Antonio Álvarez. <<

[394] Alfonso Guerra González. Prólogo de *El exilio español (1936-1978)*, de Julio Martín y Pedro Carvajal. <<

[395] Jorge Fernández Díaz, ministro del Interior. Diario de Sesiones del Congreso de los Diputados, 22 de mayo de 2013. <<

[396] A raíz de la polémica generada, el libro de primaria editado por Anaya fue retirado de todos los colegios en 2014. <<